HISTORIA UNIVERSAL

GRECIA

CARL GRIMBERG

HISTORIA UNIVERSAL
CARL GRIMBERG

TOMO II

GRECIA INMORTAL

De la cultura minoica a la Italia prerromana

TABLA DE CONTENIDO

LA CULTURA EGEA....9

MICENAS, LA DORADA....9

La leyenda sobre Troya....10

Schliemann en pos de Agamenón....15

La leyenda de Teseo y el Laberinto....18

LA CULTURA MINOICA....21

LOS PERÍODOS HELÁDICOS....24

Quiénes eran los micenios....26

Los micenios entran al mercado internacional....28

Fierro, dorios y migraciones....30

LA ÉPOCA DE HOMERO....35

HOMERO....35

LA VIDA REAL....36

Pobreza ambiente....36

Repúblicas más que monarquías....38

IMAGINACIÓN SOBRESALIENTE....38

Las aventuras de Ulises....38

El gigante Polifemo....39

Ulises en los infiernos....41

Las sirenas....42

Los bueyes del dios Sol....43

La isla de Calipso....43

Regreso y venganza de Ulises....44

Los trabajos de Hércules....47

Orfeo y Eurídice....49

Las artes plásticas.....51
La mitología religiosa.....52
DOS INSTITUCIONES BENÉFICAS.....58
El oráculo de Delfos.....58
Los deportes.....61

GRECIA DURANTE LOS SIGLOS VII Y VI.....67
LA SEGUNDA COLONIZACIÓN GRIEGA.....67
De campesinos a marinos.....67
CARACTERIZACIÓN DE LA SEGUNDA COLONIZACIÓN GRIEGA.....69
Colonias griegas y fenicias.....70
Colonias en Occidente.....71
Colonias en el mar Negro.....73
PATRIAS CHICAS, INDIVIDUOS GRANDES.....76
Divididos, pero políticamente activos.....76
De la monarquía a la república aristocrática.....77
ESPARTA, ESTADO INALTERABLE.....77
Un estado militar y aristocrático.....77
Las guerras mesénicas.....83
ATENAS Y SUS CONMOCIONES POLÍTICAS.....85
De la república aristocrática a la república democrática.....85
Las leyes de Dracón.....86
Solón.....86
Pisístrato y sus hijos.....88
Las reformas democráticas de Clístenes.....91
Monarquía-aristocracia-tiranía-democracia.....91

LA LÍRICA Y LOS PRESOCRÁTICOS.....95
ORÍGENES DE LA FILOSOFÍA.....95
Los filósofos jónicos.....95
Pitágoras y los pitagóricos.....99
Los filósofos de Elea.....101
Desarrollo de la filosofía después de los eleáticos.....104
FLORECIMIENTO DE LA POESÍA LÍRICA.....106
Epigramas.....110
La lírica dórica.....110
LÍRICA Y FILOSOFÍA.....112

OCCIDENTE ENFRENTA A ORIENTE.....115
LOS GRIEGOS LUCHAN POR SU LIBERTAD.....115
El prólogo.....115
Maratón.....116

Las Termópilas y Salamina....120
Platea y Micala....131
Los griegos occidentales luchan por la libertad....132
LOS GRIEGOS, CAPITANEADOS POR ATENAS, ATACAN A LOS PERSAS....133
La Confederación de Delos....133
La caída de Pausanias....135
Política de Temístocles después de la victoria sobre los persas. Su trágico fin....136

EL "SIGLO" DE ORO DE PERICLES....139
LA RIVALIDAD ENTRE CIMÓN Y PERICLES....139
ATENAS EN TIEMPOS DE PERICLES....142
LA PRIMERA EDAD DE ORO DE LA TRAGEDIA....145
Esquilo....145
Electra, de Sófocles....146
La leyenda de Edipo....147
Eurípides....151
Esquilo, Sófocles y Eurípides....155

LAS GUERRAS FRATRICIDAS....159
LA "PAZ DE TREINTA AÑOS" QUE SÓLO DURÓ QUINCE....159
SEGUNDA GUERRA DEL PELOPONESO....162
Pericles, el Olímpico....162
El demagogo Cleón....164
TERCERA GUERRA DEL PELOPONESO....167
Alcibíades....168
La expedición a Sicilia....170
La guerra de Jonia....172
La caída de Atenas....173

APOGEO DE LA FILOSOFÍA....177
LOS SOFISTAS....177
SÓCRATES....179
Sabio de la Antigüedad y amigo de los hombres....179

LA MUERTE DE SÓCRATES....185
LAS ESCUELAS SOCRÁTICAS....185
Cínicos y estoicos....185
Cirenaicos y epicúreos....187
PLATÓN....189
ARISTÓTELES....193
HIPÓCRATES....195
El padre de la medicina....195

LA ANTIGUA COMEDIA ÁTICA....197
Aristófanes....197
OCASO POLÍTICO DE GRECIA....199
LA HEGEMONÍA DE ESPARTA....199
La expedición de "los Diez Mil"....200
Los espartanos atacan al imperio persa....204
LA HEGEMONÍA DE TEBAS....206
SICILIA ENTRE 413 Y 336 ANTES DE CRISTO....209
HEGEMONÍA DE MACEDONIA....215
FILIPO DE MACEDONIA....215
ALEJANDRO MAGNO....222
Alejandro en el trono de Macedonia....224
Los griegos atacan Persia....225
EL IMPERIO....234
FRAGMENTACIÓN DEL IMPERIO....240
ÉPOCA HELENÍSTICA....245
UN NUEVO PERÍODO EN LA EVOLUCIÓN ECONÓMICA....245
LA CULTURA HELENÍSTICA....250
Lo que atestiguan las ruinas....250
La ciencia helenística....255
Lo que ocultaban las arenas del desierto....258
La escultura helenística....262
La nueva comedia de Menandro....264
Teócrito y Calímaco....266
La más antigua parodia que se conoce en la literatura mundial....267
DECADENCIA DE LOS REINOS HELENÍSTICOS....268
Helenos y bárbaros, en Occidente....268
LOS ETRUSCOS....271
ÍNDICE....277

Macedon
Pella
Amphipolis
Eion
Thasos
Samothrace
Chersonese
Aegospotamos
Chalcidice
Olynthus
Mount Olympus
2917 m
Potidaea
Mount Athos
2033 m
Imbros
Abydos
Hellespont
Phrygia
2637 m
Mende
Torone
Lemnos
Troas
Epirus
Pindus Range
Mt Ossa
1978 m
Scione
AEGEAN
Larissa
Crannon
Pelion
1651 m
Thessalia
Pheres
Pharsalus
Lesbos
Mysia
Corcyra
Ambracia
Phthiotis
SEA
Arginusae
IONIAN
Malis
Trachis
Cape Artemisium
Skyros
Aeolis
Lydia
Leucas
Thermopylae
Aetolia
Mount Parnassus
2457 m
Chaeronea
Euboea
Delphi
Delium
Eretria
Sardis
SEA
Acarnania
Ithaca
Naupactus
Coronea
Thebes
Tanagra
Chios
Gulf of Calydon
Gulf of Corinth
Plataea
Leuctra
Marathon
Cephalonia
Achaia
Ionia
Sicyon
Megara
Athens
Ephesus
Elis
Corinth
Salamis
Andros
Samos
Saronic Gulf
Attica
Icaria
Zacynthus
Olympia
Mycenae
Epidaurus
Aegina
Ceos
Tenos
Cape Mycale
Arcadia
Argolis
Gulf
Mantinea
Argos
Troezen
Miletus
Caria
Peloponnese
Gulf of Argolis
Syros
Mykonos
Delos
Cythnos
Seriphos
Paros
Mount Ithome
Messene
Pylos
Sparta
Naxos
Calydna
Siphnos
Sphacteria
Laconia
Amorgos
Cos
Gulf of Messenia
Gulf of Laconia
Melos
Ios
Doris
Astypalaea
Telos
Thera
Anaphe
Rhodes
Cythera
Cererthes
Mount Ida
2456 m
Chossus
CRETE

LA CULTURA EGEA

MICENAS, LA DORADA

Cerrando el amplio arco que protege al mar Egeo, con sus decenas de islas, de las aguas del Mediterráneo oriental, se halla la gran isla de Creta, geográfico centro de una estrella que se abre a los cuatro vientos de las civilizaciones antiguas. Creta sirvió de puente entre Oriente y Occidente, entre Egipto y Grecia, y en ella se desarrolló una cultura llena de enigmáticos atractivos, cultura que a través del archipiélago de las Cicladas echó una cabeza de puente sobre el noroeste de la península de Peloponeso, en pleno continente europeo. Una rama indoeuropea que en la primera mitad del segundo milenio antes de Cristo se afincó en Grecia —los aqueos— asimilaron poco a poco, a su manera belicosa, el desprevenido *"savoir vivre"* de los cretenses, montando piedra sobre piedra fieras alcazabas en Micenas, Tirinto y otras atalayas de la Argólida. Desde allí, llamados por el azulísimo mar que con un remedo de su nombre gentilicio habían bautizado Egeo, trasmitirían primero hacia el litoral de enfrente (Asia Menor), y después a cualquiera costa europea el refinamiento logrado, aunque por ello sus naves tuvieran que embromarse durante el largo asedio de Troya, ese estorbo tan provocativo para ellos. Creta y Micenas forman con la legendaria Troya, puente también entre dos continentes y avanzada entre dos mares, el triángulo de aquella cultura que habiendo recibido influjos de Egipto y Mesopotamia, respectivamente, los iba a trasmitir elaborados a Grecia, cual preámbulo de la cultura helénica y occidental.

El mar vinculaba a los egeos con las civilizaciones del Cercano Oriente

La historia de Creta y de Micenas es, en muchos aspectos, la historia del nacimiento de la civilización europea, que para nosotros tiene un interés extraordinario. Los grandes esfuerzos de los investigadores modernos para levantar el velo que cubría este período desde hacía miles de años, dan materia para un relato apasionante.

En la Antigüedad ya se contaban leyendas sobre las figuras fabulosas de esta Edad del Bronce: el rey Minos, el intrépido Aquiles, el astuto Ulises y el gran Agamenón.

La leyenda sobre Troya

La pugna entre Oriente y Occidente, que los eruditos en general ubican hacia 1200 antes de Cristo, había puesto en juego la dominación del Helesponto. Sin embargo, para la imaginación popular las causas económicas y políticas son demasiado abstractas y prosaicas. El sentimiento del vulgo imaginó un motivo de guerra completamente distinto: el rapto de la bella Helena, causa mítica tomada de una leyenda popular. De los cantos sobre la guerra de Troya y sus héroes se formaron dos grandes poemas atribuidos a Homero: la ***Ilíada***, que trata de la guerra misma, y la ***Odisea***, que describe las aventuras del héroe Ulises una vez terminados los combates.

La historia de la guerra de Troya comienza con el relato de la causa del conflicto: Eris, diosa de la discordia, trató de sembrar cizaña entre las tres diosas, Hera, esposa de Zeus; Palas Atenea, diosa protectora de las artes y las ciencias, y Afrodita, diosa del amor. Eris, la única divinidad que no pudo asistir a una fiesta nupcial a la que fueron invitados todos los dioses y diosas, se vengó arrojando a los convidados una manzana de oro con la leyenda: *"Para la más bella"*. Y el ambiente de la fiesta se agrió por completo. Al fin, Zeus, padre de los dioses, consiguió hacer entrar en razón a las tres diosas que se disputaban el galardón, convenciéndolas de que sometieran la decisión al príncipe Paris, cuya belleza también era muy celebrada. El padre de Paris, Príamo, era rey de Troya o Ilión, como asimismo se la llamaba.

Paris apacentaba los rebaños de su padre en el monte Ida, cerca de Troya. Un día se le aproximaron las tres diosas y le pidieron zanjar la cuestión: Hera prometió hacerle el rey más poderoso de la Tierra si le concedía la manzana, y Afrodita, que le entregaría en recompensa la mujer más bella del mundo. *"La manzana te pertenece",* dijo Paris sin titubear, ofreciéndola a la diosa del amor.

El juicio de Paris.

Helena, esposa de Menelao, rey de Esparta, era considerada la mujer más bella del mundo. Allá se dirigió Paris, donde el rey lo acogió con hospitalidad. La bella Helena se

enamoró pronto de él, pero temía ser infiel a su esposo. Entonces, Paris determinó precipitar los acontecimientos: penetró una noche en el cuarto de la reina, la condujo a su nave y partió rumbo a Troya. Al saberse la noticia del rapto, en toda Grecia se levantó una ola de indignación. Menelao y su hermano, el poderoso rey Agamenón de Micenas, llamaron a todos los príncipes griegos al combate para vengarse del infame seductor. Sedientos de guerra, todos respondieron al llamamiento y la flota griega reunió más de 1.200 barcos. Agamenón fue nombrado generalísimo de este ejército.

Cuando los griegos arribaron al país de los troyanos, situaron sus naves en la playa y las protegieron con una muralla. Después pusieron sitio a la ciudad de Troya. La lucha fue dura e indecisa la suerte de las armas; los años pasaban sin que el conflicto se resolviera. Héctor, hermano de Paris, era el guerrero más valiente de los troyanos; Aquiles, el más valiente entre los griegos. Bastaba la presencia de uno o de otro para poner al enemigo en fuga. Al llegar el año décimo de la guerra, la fortuna empezó a abandonar a los griegos. Un reparto de botín fue causa de la enemistad entre Aquiles y Agamenón.

La Ilíada se abre con esta disputa. Las invectivas que se dirigen ambos héroes están llenas de sabor y de elocuencia. Aquiles descarga así su furor:

> "Costal de vino, tú que tienes ojos de perro y corazón de ciervo, nunca has tenido el valor de ponerte la coraza para combatir al mismo tiempo que tus guerreros, ni de acompañar a los más valientes aqueos para acechar en las emboscadas; exponer tu persona te parece la muerte. Sin duda es más provechoso, en el vasto campamento de los aqueos, despojar de su recompensa al que se atreve a contradecirte. Eres un rey que devora al pueblo, porque gobiernas sobre un grupo de cobardes. Si fuera de otra manera, oh, atrida, hoy cometerías tu última infamia."

Lleno de cólera y de amargura, Aquiles pronunció un discurso preñado de consecuencias; en adelante, no desenvainaría la espada contra los troyanos. Se retiró a su tienda y sólo permitió la compañía de Patroclo, su amigo y hermano de armas.

Los griegos sabían cuán insustituible era Aquiles, y estaban desesperados. Cansados de esta lucha interminable y deseosos de volver a sus casas, muchos guerreros se dirigieron a los barcos para hacerse a la mar. Pero el astuto Ulises, rey de Itaca, les salió al encuentro y les avergonzó de su retirada tan poco honrosa, rogándoles que no abandonaran todo en un momento de desesperación, como niños caprichosos, sino que se mantuvieran firmes. Sus palabras hallaron eco. La nostalgia de los griegos se transformó en ardor guerrero y con amenazador griterío se lanzaron de nuevo contra los troyanos.

Cuando éstos los vieron, salieron de la ciudad para enfrentarse a los griegos en batalla campal. Paris marchaba al frente del ejército. Cuando Menelao divisó al raptor de su esposa y lo vio "marchar con paso marcial al frente del ejército, orgulloso como un pavo real", se lanzó hacia él con todo el fuego de su ira y el apuesto príncipe perdió su combatividad.

> "De la misma manera que un hombre que ve una serpiente en los repliegues de una montaña vuelve de un salto sobre sus pasos y se aparta, y sobrecogido de temor retrocede con el rostro Heno de palidez, así se replegó entre la multitud de los troyanos, exaltados por el temor del atrida Alejandro, hermoso como un dios."

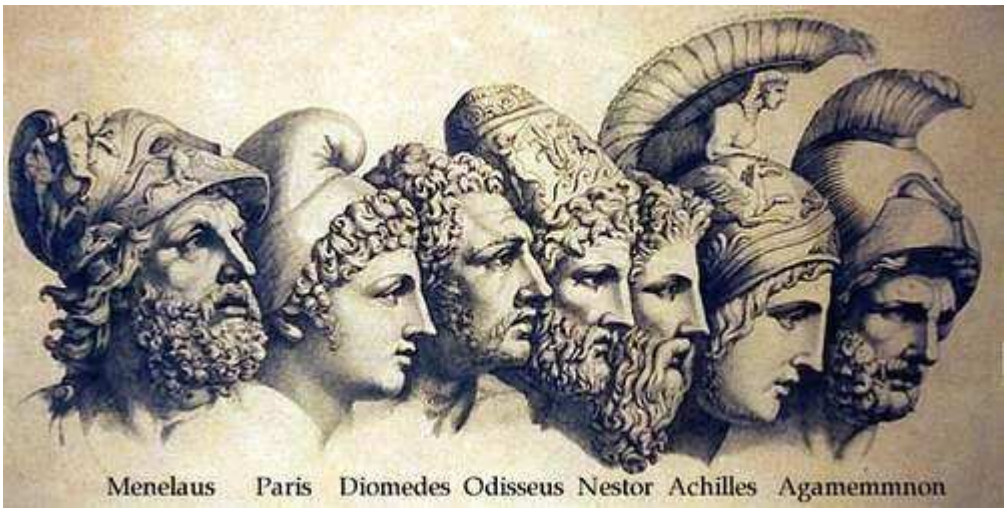
Héctor, al verle, lo interpeló con estas palabras mortificantes:

> —¡Maldito Paris, presumido, libertino, sobornador, ojalá mueras sin descendencia y sin conocer el lazo conyugal! Si, ojalá fuera así; más te valdría que ser el oprobio y el desprecio de los demás. En verdad, sonríen los aqueos de cabezas melenudas, evos que te creían un paladín incomparable, puesto que poseías una bella presencia. Pero ni vigor ni valentía hay en tu corazón."

Estas palabras insultantes reanimaron el valor de Paris, quien provocó a Menelao a un duelo singular en que se pondría en juego a Helena como trofeo; después, los griegos volverían a su país. Griegos y troyanos dejaron las armas y se dispusieron a contemplar el combate como pacíficos espectadores. Sin embargo, Paris no tuvo necesidad de poner excesivo valor en la lucha. Cuando pareció que la suerte le volvía la espalda, su protectora Afrodita intervino para salvarle: envolviéndole en una densa nube, le llevó al "cuarto perfumado" del palacio de Troya. Él intentó entonces hacerse pasar por héroe a los ojos de su esposa, golpeando con energía aquellas armas con las que no había obtenido ninguna victoria. Sin embargo, ella no se dejó alucinar y se lamentó ante su cuñado, el intrépido Héctor:

> "Ahora los dioses nos han enviado esta desgracia, ¡que yo no tenga siquiera un esposo más valiente, sensible a los reproches y afrentas de los hombres!" [1]

Después del duelo entre Paris y Menelao, los griegos juzgaron que su campeón había triunfado, pero los troyanos no estaban de acuerdo. Y se determinó un nuevo desafío: el duelo se celebraría esta vez entre Héctor y Áyax, el más valiente guerrero entre los griegos, después de Aquiles. "Como furiosos leones", Áyax y Héctor se arrojaron uno contra otro, y de ambas partes llovieron golpes de espada hasta que la oscuridad puso fin a la lucha.



Al día siguiente, montado sobre su carro y al frente de sus hombres, Héctor atacaba a los griegos. Al poco tiempo se entabló una lucha cuerpo a cuerpo, llena de proezas, junto a las naves. Algunos héroes aqueos fueron heridos. Los griegos tenían su última esperanza depositada en Aquiles. Patroclo se dirigió apresurado hacia su compañero de armas y le contó hasta qué grado de desesperación habían llegado los suyos, encareciendo a Aquiles que les ayudara. Sólo con que los troyanos le vieran en el combate perderían todo su valor. Pero Aquiles permaneció inquebrantable. No obstante, si su armadura era capaz de espantar a los troyanos, podía ponérsela Patroclo y conducir a los guerreros de Aquiles al combate.

Dicho y hecho. En viendo la armadura de Aquiles, todos pensaron, amigos y enemigos, que el propio Aquiles volvía a tomar parte en la lucha y los griegos se envalentonaron. Al contrario, los troyanos se llenaron de temor y sólo tuvieron un pensamiento: buscar su

[1] ¡Qué abismo separa a Paris y Helena de los dos esposos modelo, Héctor y Andrómaca! No se encuentra en la literatura universal una imagen más lograda del amor conyugal. Héctor es, sin duda, la figura más atractiva de toda la Ilíada. Homero el gran poeta, nos describe en ella con especial simpatía el retrato de Héctor, hijo, padre y esposo.

salvación en la huida. Los griegos se lanzaron en su persecución. El carro de Patroclo corría en vanguardia de las líneas griegas y muchos troyanos perecieron bajo sus golpes. Pero a las puertas de la ciudad, Héctor detuvo su carro, dio media vuelta y se volvió contra Patroclo. Al final, Héctor traspasó con su lanza al enemigo y llevó la armadura de Aquiles como trofeo a Troya. ,

Cuando Aquiles supo que había perdido a su mejor amigo y su armadura, se encolerizó. Arrasado en lágrimas, arrojóse al suelo y prometió no dar sepultura a su amigo difunto hasta conseguir la cabeza de Héctor como trofeo. Las lamentaciones de Aquiles llegaron a la resplandeciente gruta donde vivía, en el fondo del océano, Tetis, la madre del héroe. Tetis, cariñosa, vino a la superficie y trató de consolar a su hijo, prometiéndole que Hefaistos, dios del fuego, forjaría, a petición suya, una nueva armadura. A la mañana siguiente, Aquiles pudo ponerse la armadura nueva, más bella que la anterior, v con voz de trueno reunió a los griegos. En medio de las aclamaciones de todos, se reconcilió con Agamenón y se precipitaron al combate. La lucha fue tan feroz que los mismos dioses, que hasta entonces sólo habían ayudado a sus protegidos en los momentos críticos, llegaron ahora a las manos.

Aquiles no tenía más que un pensamiento: vengar a su amigo. Y sembró el terror y el luto entre los troyanos.

El hijo de Peleo, por su parte, se lanzó contra él como león que deseara aplastar a una multitud de hombres, a un país entero. La fiera, primeramente, se adelanta desdeñosa, pero cuando un vigoroso cazador, ágil en el combate, la ha herido con su lanza, el león se agazapa abriendo sus mandíbulas, arroja espuma por la boca, esconde apretada su indómita fiereza en el fondo del corazón, azota con la cola sus caderas y sus flancos, se excita a sí mismo al ataque y, por fin, con mirada ardiente de amarillos reflejos, decidido a matar a uno de los cazadores o a encontrar la muerte en primera fila, así el ardor y la bravura impulsan al heroico Aquiles a salir al encuentro del magnánimo Eneas.

La derrota obligó a los troyanos a encerrarse en su ciudad; sólo Héctor permaneció fuera de los muros. El anciano Príamo miraba con espanto a Aquiles, que protegido con su armadura resplandeciente se acercaba a su hijo. Cuando el héroe griego se encontró cerca de su enemigo, el gran Héctor tuvo miedo y emprendió la huida. Aquiles le persiguió tres veces alrededor de los muros de la ciudad. Al fin, Héctor se detuvo y le hizo frente. El duelo comenzó. Los dos héroes se arrojaron primeramente sus venablos, pero sin alcanzarse. Con el valor de un desesperado, Héctor sacó su espada y se precipitó furiosamente sobre su enemigo; pero Aquiles lanzó un segundo venablo, esta vez con tanta fuerza, que Héctor fue traspasado de parte a parte.

Aquiles tomó la armadura del cadáver y vengó a su amigo difunto arrastrando con su carro el cuerpo del troyano. Llevó así el cuerpo hasta su tienda y le abandonó sin sepultura a los perros y aves de rapiña. Por el contrario, se organizaron solemnes exequias en memoria de Patroclo.

> "Mugían numerosos toros blancos, abatidos por el cuchillo; balaban muchos carneros y cabras, y muchos cerdos de dientes blancos, lustrosos de gordura, chillaban extendidos en las llamas de Hefaistos. Por doquier, alrededor del cadáver, corría la sangre como copa desbordada."

Después se preparó una colosal hoguera, en la que se incineró al muerto junto con sus caballos y perros preferidos. Y se erigió un túmulo sobre sus cenizas. Al fin, los dioses tuvieron piedad de Héctor y de su familia. El mismo Zeus llamó a Tetis y rogó a la diosa que persuadiera a su hijo para que devolviese el cuerpo de Héctor al desconsolado padre. Cuando Príamo penetró en la tienda de Aquiles, el héroe se dejó ablandar por las súplicas del anciano. Más aún, prorrumpió en sollozos y declaró que devolvería el cuerpo de Héctor sin cobrar el crecido rescate que el rey llevaba consigo.

Troya se llenó de lamentaciones cuando los despojos del héroe penetraron en la ciudad, y se le incineró en medio de solemnísima pompa.

Aquiles arrastrando el cadáver de Héctor. Bajorrelieve de un sarcófago del siglo II.

Así termina la Ilíada. Pero se conservan otros poemas y relatos griegos y romanos que cuentan cómo Aquiles fue mortalmente herido por una flecha disparada por el cobarde Paris. La flecha alcanzó el talón de Aquiles, el único lugar vulnerable de su cuerpo. Cuando niño, su madre le había sumergido en las aguas de la Estigia, laguna del infierno, haciéndole así invulnerable a todas las armas. Sólo el talón, por donde le sostenía su madre, no tocó el agua de la laguna y permaneció vulnerable. Para colmo de desgracias, la flecha estaba envenenada y Aquiles murió de la herida. Como éste, Paris fue también alcanzado por una flecha emponzoñada, y así acabó el hombre que había desencadenado la conflagración.

Como la guerra duraba ya diez años sin conseguir la rendición de Troya por las armas, el astuto Ulises ideó una estratagema: se construiría un caballo gigantesco, en donde se encerrarían él y algunos hombres esforzados, mientras el resto de los griegos simularían abandonar el asedio y levar anclas rumbo a su país, aunque en realidad se ocultarían en la isla de Ténedos, no lejos de Troya.

Alegres por el final de la guerra, los troyanos salieron de la ciudad y contemplaron el colosal caballo. "¡Llevémosle a la ciudad—dijo uno—y hagamos de él un monumento a la memoria de nuestros valientes defensores y en recuerdo de la retirada de los griegos!" El sacerdote Laocoonte, por el contrario, presentía un engaño y aconsejó quemar el caballo. "¿Quién sabe —exclamaba— lo que el monstruo oculta en su vientre? ¡Dejadme examinarlo!" Dichas estas palabras, clavó una jabalina en el vientre del caballo y, como un eco, se oyó un débil ruido de armas que chocaban entre sí. Pero en aquel instante, la atención del pueblo se orientó hacia otro suceso: entre un clamor de voces podía oírse a alguien que gritaba: "¡Un griego! ¡Hemos hecho prisionero a un griego!"

Era precisamente lo que esperaba Ulises. Este griego astuto había concertado con Sinón, otro griego redomado, un plan: Sinón debía merodear por los alrededores, dejarse capturar y, aparentando terror, suplicar a los troyanos que le perdonaran la vida. "Mis compatriotas querían sacrificarme —dijo—, para conseguir de los dioses vientos favorables, pero logré escaparme y he estado escondido allá abajo, entre las cañas, hasta que se han embarcado." "¿Y qué pretendían con este gigantesco caballo?", preguntó Príamo. "Los griegos lo construyeron como ofrenda a Palas Atenea. Y para que os sea imposible meterlo en la ciudad y atraeros, de esa forma, los favores de la diosa, lo han fabricado tan grande que no pueda franquear la puerta. Pero si dañáis de un modo u otro este presente a la diosa, experimentaréis su tremendo furor y vuestra caída será cierta e inevitable."

El caballo de madera arrastrado por los troyanos.

Mientras hablaba, del lugar en que Laocoonte y sus hijos se ocupaban de los preparativos para el sacrificio, llegó un grito de terror que les heló la sangre. Los que corrieron en socorro del sacerdote fueron testigos de una escena horrible: dos enormes serpientes estaban enroscadas al cuerpo de sus hijos y les habían ocasionado ya mordeduras venenosas. En vano el padre intentó salvarlos; también él fue aprisionado y mordido por los monstruos. Antes de que se les pudiera ayudar, los tres se desplomaron con un estertor final. Las serpientes soltaron rápidas sus presas, se deslizaron hacia el mar y desaparecieron en las profundidades.

Sinón exclamó: "Mirad, ahí tenéis el castigo por haber herido al caballo. Laocoonte lo había perforado con su lanza". Desde ese momento, todos los troyanos creyeron las palabras del hipócrita griegos y sintieron un mismo deseo: atraerse la protección de Palas Atenea. A toda costa, el caballo debía ser introducido en la ciudad, pero como la puerta era demasiado pequeña, se derribó el arco y una parte del recinto amurallado. El caballo fue colocado sobre ruedas y, uniendo sus fuerzas, los troyanos lograron deslizarlo hasta el interior y colocarlo en la plaza de la ciudad. Se celebró una gran fiesta, con banquetes y libaciones; al llegar la noche, todos los hombres estaban ebrios e incapacitados para pensar y actuar. Era el momento esperado por el enemigo. El hipócrita Sinón se dirigió a la ribera y encendió una antorcha, señal convenida por los griegos de Ténedos para anunciar que todo iba bien; después de dirigió hacia donde los troyanos habían instalado el caballo y golpeó tres veces con un bastón el vientre del coloso. Era otra señal convenida. Ulises descorrió el cerrojo de madera y salió seguido de sus hombres. Los troyanos, entorpecidos, no pudieron defenderse; los griegos prendieron fuego a las casas y pronto no quedó de la opulenta Troya más que un montón de escombros. Sólo muy pocos lograron huir con Eneas, que pudo escapar gracias a la protección de su madre, Afrodita. Llevando en hombros a su anciano padre y asiendo de la mano a su hijo, consiguió alcanzar la costa y abandonó su patria. Entre los troyanos llevados por los griegos como botín de guerra se hallaba Helena, que fue conducida a Esparta. Sonrojada de vergüenza y mirando al suelo, volvía a estar en medio de sus compatriotas. Pero los griegos enmudecieron de admiración ante su belleza, pensando todos, sin excepción, que, de haberse encontrado en lugar de Menelao, hubieran obrado de igual modo: perdonárselo todo.

Schliemann en pos de Agamenón

Algunas de estas leyendas comenzaron a ser comprobadas hace una centuria, cuando Heinrich Schliemann pudo realizar sus ensueños de adolescente.

Heinrich Schliemann

Las lecturas juveniles habían provocado en este hijo de un pastor protestante de Mecklemburgo, un desmesurado entusiasmo por los relatos de la guerra de Troya, aunque, a diferencia de la mayoría de sus contemporáneos, presentía en esos relatos algo más que literatura y pura imaginación. Desde su infancia, su mayor anhelo fue visitar los lugares donde se desarrollaron los combates descritos por Romero, pero la familia del muchacho era humilde y no podía ofrecerle educación adecuada a sus anhelos científicos. Primero fue dependiente de ultramarinos; luego se abrió camino a tuerza de trabajo y economía, se estableció por su cuenta en San Petersburgo y acumuló una gran fortuna. A los cincuenta años bien cumplidos pudo, al fin, realizar su sueño y consagrarse por entero a su pasión por la Antigüedad.

Lleno de entusiasmo, en otoño de 1871 dio el primer azadonazo en una colina cerca de Hisarlik, en el nordeste del Asia Menor, donde se encontraría la Troya de Homero. Sus métodos, desde el punto de vista moderno, no eran muy ortodoxos, y, sin embargo, la ciencia arqueológica debe al aficionado Schliemann uno de sus principios más importantes: la necesidad de distinguir cuidadosamente las diferentes capas del terreno en las excavaciones. Schliemann no era más que un aficionado, pero tuvo la suerte de encontrar un auxiliar que llegó a ser célebre en arqueología, su compatriota Wilhelm Dörpfeld. Aparte de éste, el mejor ayudante de Schliemann fue su mujer, una hermosa griega que participaba plenamente del entusiasmo de su marido.

Schliemann disponía de 120 obreros griegos y turcos. Desenterraron nueve ciudades, una encima de otra: la de abajo se remontaba a la Edad de Piedra; la más superior, a la época bizantina. Los arqueólogos llamaron a estas ciudades Troya I, Troya II, etcétera. En la Troya II apareció un fuerte muro de circunvalación y se encontró, además, una rica colección de joyas de oro, plata y cobre, entre ellas 9.000 pendientes. Por supuesto, Schliemann creyó haber encontrado el palacio de Príamo y la Troya de Homero.

Un día halló un sorprendente objeto de cobre al pie del muro de circunvalación y pesados cubiletes de oro, grandes candelabros de plata, diademas, brazaletes y collares del oro más puro. Sólo un rey podía haber poseído todo aquello.

Nuestro investigador creyó tener en sus manos las riquezas cantadas por Homero. Había encontrado los tesoros de Príamo, según decía alborozado, y dio a conocer su triunfo al

mundo entero. Jamás ningún sueño de juventud alcanzó realidad tan esplendorosa. Schliemann ofreció los "tesoros de Príamo" al Museo de la Antigüedad de Berlín, los que desde entonces son el orgullo de sus colecciones.

Schliemann en las ruinas de Troya.

En realidad, Schliemann no había encontrado la Troya de la Ilíada. La ciudad del rey Príamo, saqueada por los griegos, se encontraba en una capa superior, y el arqueólogo aficionado, en su precipitación, había destruido mucho de lo abandonado allí por Ulises y sus compañeros de armas. Despreocupado en absoluto de esta capa, había cavado a través de los restos llevado por el ansia de ir más lejos. En 1890, poco antes de su muerte, se descubrieron por primera vez vasos micénicos en la Troya VI, y a continuación, Dörpfeld descubrió restos de murallas de circunvalación y de torres que creía formaban parte del palacio real cantado por Homero. Pero se trataba de un nuevo error. Troya VI había sido asolada por un terremoto hacia 1300 antes de Cristo. Por el contrario, la ciudad reconstruida, la Troya VII, destruida 150 años más tarde, debe haber sido el teatro del drama inmortalizado por la *Ilíada*. Ambas capas datan de la época micénica y comprenden construcciones monumentales, así como numerosos pozos para abastecer de agua a sus habitantes durante los asedios.

Así, pues, en distintas épocas pudieron nacer diferentes ciudades ricas y poderosas en el lugar llamado hoy Hisarlik, cosa que se explica por su favorable situación geográfica. Troya era la llave del estrecho de Helesponto y, por consiguiente, de los países ricos en trigo que rodean el mar Negro. El rey de la ciudad dominaba el camino marítimo y podía cobrar peaje a los navíos que lo atravesaban.

En 1876, Schliemann cambió su teatro de operaciones: abandonó el Asia Menor por el Peloponeso. Llevado por su alegría de haber descubierto el "palacio de Príamo" y sus riquezas, esperaba encontrar otros ocultos tesoros en los antiguos dominios del mayor enemigo del rey troyano, Agamenón, rey de "Micenas, la dorada", como se la denomina en la epopeya homérica. Pero la antigua "ciudad real" sólo era un montón de ruinas negruzcas en un paisaje montañoso y desolado.

Las antiguas ciudades griegas se componían generalmente de un palacio fortificado de difícil acceso, la acrópolis, y una ciudad interior situada al pie de las murallas. En la acrópolis residían el rey y su corte, sus funcionarios y servidores; en caso de peligro, todos los habitantes de la ciudad se refugiaban detrás de los muros. En la acrópolis de Micenas había

grandes depósitos, donde en caso de guerra podían almacenarse provisiones; el abastecimiento de agua estaba también asegurado por un acueducto secreto excavado en la roca calcárea.

Fuera de los muros se elevaban enormes "tumbas de cúpula" semejantes a colmenas; en los tiempos esplendorosos de Micenas, sus reyes dormían allí su último sueño. Estas construcciones, que ya impresionaban a los pueblos de la Antigüedad, si causaron admiración, despertaron también codicia. Cuando Schliemann llegó a Micenas, las grandes tumbas de cúpula ya habían sido saqueadas y no quedaban más que algunos restos de loza y otros objetos sin valor. Sin embargo, el hecho que la tradición llame a estas tumbas "cámaras del tesoro" no está injustificado. La existencia de estos tesoros está probada por algunos descubrimientos esporádicos, como, por ejemplo, el de los célebres cubiletes de oro en una tumba de cúpula cerca de Vafio, en las cercanías de Esparta, y sobre todo en los descubrimientos hechos por arqueólogos suecos cerca de Dentra, la antigua Midé, no lejos de Micenas.

Schliemann ofreció sus hallazgos de Micenas al Museo Nacional de Atenas, población donde residía con su mujer y sus dos hijos, Andrómaca y Agamenón, en la más bella quinta de la ciudad con vista a la acrópolis. Allí trató de hacer revivir el tiempo de los héroes homéricos. Los esposos ofrecían hospitalidad a cuantos participaban de su afición hacia la Antigüedad griega y el dueño de la casa gustaba hablar a sus invitados en la lengua de Homero. Schliemann podía enorgullecerse de sus laureles; había abierto, por dos veces, nuevas perspectivas al arte y a la historia.

Sin embargo, en Tirinto —"Tirinto, la de los innumerables muros", como dice Homero — fue menos afortunado. Creía que los fuertes muros micénicos databan de época romana, y sólo en el último instante logró convencerle Dörpfeld para que no los destruyera. El célebre arqueólogo no pudo, sin embargo, impedir la destrucción de unos frescos únicos que datan del período más floreciente de la vida de la ciudad. Schliemann porfiaba, en efecto, que los frescos no podían ser de época anterior a la bizantina. Con abnegación y paciencia increíbles, los arqueólogos alemanes separaron después el error de su compatriota reconstruyendo los frescos trozo a trozo.

Como es natural, los descubrimientos sensacionales de Troya y Micenas suscitaron gran interés, por la cultura de esta edad de bronce griega. El nuevo material fue estudiado a fondo y muy pronto se tuvo una idea más clara de esta civilización y de su desenvolvimiento. Los investigadores se enfrentaron pronto con el problema genético: cómo había nacido la civilización micénica, quiénes habían sido sus modelos y dónde se habían establecido los contactos más cercanos, fuera de Grecia. Se concedió atención especialísima a determinados objetos —vasos, orfebrería y escultura de marfil— descubiertos al mismo tiempo que los restos micénicos, pero de estilo distinto. Los objetos micénicos daban más o menos la impresión de ser copia de otros. Una idea asaltaba entonces las mentes: debía tratarse de mercancías importantes, pero ¿de verdad? Y una vieja leyenda puso a los investigadores sobre la pista.

La leyenda de Teseo y el Laberinto

He aquí el relato:

En Creta reinaba desde hacía mucho tiempo un rey poderoso llamado Minos. Su capital era célebre en el mundo entero por un curioso edificio que existía en ella, el Laberinto, cuyos corredores tenían un trazado tan complicado que quien penetraba en él, no podía salir jamás. En el interior del laberinto habitaba el terrible Minotauro, monstruo con cabeza de toro y

cuerpo de humano, fruto de los amores de Pasifae, la esposa de Minos, con un toro que Poseidón, dios de los mares, hizo surgir de las aguas. En cada novilunio había que sacrificar un hombre al Minotauro, pues cuando el monstruo no tenía con qué satisfacer su hambre, se precipitaba fuera para sembrar la muerte y la desolación entre los habitantes de la comarca. Un día, el rey Minos recibió una noticia espantosa: el hijo que era su alegría y orgullo acababa de morir asesinado en Atenas.

El corazón de Minos pedía venganza. En un rapto de ira, reunió a su ejército y lo mandó contra Atenas; la ciudad no estaba preparada para este ataque, no pudo ofrecer resistencia seria y pronto los atenienses tuvieron que pedir la paz.

Minos recibió con severidad a los embajadores. Después de un silencio de mal presagio, les dijo: "Habéis matado a mi hijo, la esperanza de mi vejez, y he jurado vengarme de manera terrible. Os ofrezco la paz, pero con una condición: cada nueve años, Atenas enviará siete muchachos y siete muchachas a Creta para que paguen con su vida la muerte de mi hijo". Un estremecimiento agitó a la asamblea cuando el rey dijo que aquellos muchachos serían arrojados al Minotauro para que los devorara. Una luna nueva sí y dos no, entregaría uno de ellos al monstruo, que, hasta entonces, sólo había saciado su apetito con malhechores.

Como los atenienses vencidos no podían elegir, tuvieron que aceptar las condiciones impuestas por Minos, aunque con esta sola reserva: que si uno de los jóvenes atenienses consiguiese matar al Minotauro y salir del Laberinto, ambas cosas poco menos que imposibles, no sólo salvaría su vida, sino las de sus compañeros, y Atenas sería liberada para siempre de tan atroz obligación.

Dos veces pagaron los atenienses el horrible tributo; dos veces condujo un navío a Creta a siete muchachos y a siete muchachas, sobre quienes recayó la suerte fatal.

Se acercaba ya el día en que por tercera vez la nave de velas negras, signo de luto, iba a surcar la mar. Llegó el momento de echar suertes. Entonces, Teseo, hijo único del rey, dio un paso al frente y, sin someterse a sorteo, ofreció su vida por la salvación de la ciudad. Al día siguiente, Teseo y sus compañeros subieron a bordo. El rey y su hijo convinieron en que si a Teseo le favorecía la suerte, el navío que les volviera al país enarbolaría velas blancas.

Días más tarde, los jóvenes atenienses desembarcaron en Creta y fueron conducidos a una casa en las afueras de la ciudad, donde debían permanecer bajo custodia hasta que llegase el momento. La prisión estaba rodeada de un gran jardín, que lindaba con el parque por donde las hijas del rey Minos, Ariadna y Fedra, solían pasear. Un día, el carcelero se acercó a Teseo y le dijo que en el parque había alguien que quería hablarle. Muy sorprendido, el joven salió y se encontró con Ariadna, la mayor de las dos princesas. Tanto conmovió a ésta el aspecto y porte del mancebo, que decidió ayudarle a matar al Minotauro. "Toma este ovillo de hilo—le dijo-, y cuando entres en el Laberinto, ata el extremo del hilo a la entrada y ve deshaciendo el ovillo poco a poco. Así tendrás una guía que te permitirá encontrar, la salida." Le dio también una espada mágica. Al separarse, Ariadna le preguntó, con voz emocionada: "Te salvo con peligro de mi propia vida: si mi padre supiera que te he ayudado, su cólera seria terrible. ¿Me salvarías tú también?" Teseo se lo prometió.

A la mañana siguiente, el príncipe fue conducido al Laberinto. Cuando estuvo tan lejos que no veía la luz del día, tomó el ovillo, ató el extremo del hilo al muro y fue desenrollándolo a medida que avanzaba por los corredores. Durante mucho rato, sólo oía el eco de sus pasos. Pero, de pronto, el silencio fue turbado por un ruido sordo, como el mugido lejano de un toro furioso. El ruido se iba acercando, pero Teseo caminaba animoso. Penetró en una gran sala y se encontró frente al terrible Minotauro, que bramando de furor se lanzó contra el joven. Era tan espantoso, que Teseo estuvo a punto de desfallecer, pero consiguió vencerle con la espada mágica que le había dado la princesa. Después, le bastó seguir el hilo de Ariadna, en sentido inverso, y pronto pudo atravesar la puerta que tantos jóvenes habían franqueado antes de él para no salir jamás.

Teseo y el Minotauro, de Antonio Canova

Gracias a Ariadna, Teseo salvó su vida y la de sus compañeros, librando a su ciudad de la terrible obligación contraída. Dispuestos ya a reembarcar, Teseo llevó a bordo en secreto a Ariadna y también a Fedra, que no quiso abandonar a su hermana. Durante el regreso, sobrevino una tempestad y tuvieron que refugiarse en la isla de Naxos. Vuelta la calma, quisieron continuar el viaje, pero Ariadna no apareció. Buscaron por doquier y la llamaron hasta que el eco repitió su nombre, pero en vano. Finalmente dejaron su búsqueda y se hicieron a la mar. Ariadna, extraviada en un bosque, estaba dormida, agotada. Ya había zarpado el navío cuando Ariadna despertó y encontró al fin el camino de la playa. Gritó, lloró; todo fue inútil. El navío apenas se dibujaba ya en el horizonte. A Ariadna, extenuada, se le nublaron los ojos y cayó al suelo sin sentido. Cuando volvió en sí, vio acercársele un alegre cortejo, acompañado de flautas y címbalos. Pronto pudo distinguir un carro de oro tirado por mansos leones; sobre el carro iba el joven más bello que la princesa viera jamás. Era Dionisos, dios del vino, quien dijo a la muchacha: "Si quieres ser mi esposa, te volveré inmortal". Ariadna le tendió la mano y Dionisos la subió junto a sí en el carro. Después de un viaje triunfal por la Tierra, el dios la llevó a su morada eterna.

Ariadna, de John Vanderlyn.

En Atenas reinaba la tristeza. Cuando el retorno del bajel de Creta era inminente, el anciano rey iba todos los días a la orilla del mar, oteando la nave que se había llevado la mayor alegría de su vida y la esperanza de su vejez. Al fin, el barco apareció en el horizonte. Pero traía las velas negras, y el anciano se desesperó. No podía saber que Teseo, anonadado por la desaparición de Ariadna, habíase olvidado de izar las velas blancas, signo de su victoria. Loco de dolor, el rey Egeo se arrojó al mar que desde entonces lleva su nombre. Pero cuando el navío entró en el puerto de Atenas y Teseo y sus compañeros hubieron desembarcado, el pueblo estalló en aclamaciones. Poco después, los atenienses reunieron una asamblea que ofreció la corona a Teseo, quien casó luego con Fedra y llegó a ser el poderoso rey cuyas hazañas viven aún en el recuerdo de los hombres.

LA CULTURA MINOICA

Leyendas como la historia de Teseo y del Laberinto fueron las que en la Antigüedad dieron a Tucídides la impresión que el rey de Creta debió reinar sobre un imperio poderoso, poderío que hacía sentir a los soberanos del continente griego. En los años siguientes a los hallazgos de Schliemann, más de un investigador llegó a pensar que la civilización más próxima a la cultura micénica y quizás aun el origen de ésta, era preciso buscarlos en Creta.

Unos veinticinco años después de Schliemann, sir Arthur Evans comenzó a excavar en la costa septentrional de Creta, más exactamente en el asentamiento de la antigua **Cnosos**. Buscaba el palacio real. Evans no era un novato, pues ya se había dedicado a la búsqueda arqueológica en otros puntos de Creta, y también en los Balcanes, en Italia y hasta en Laponia (península Escandinava). Ahora pretendía aclarar una época más remota que la micénica, la denominada época minoica, basada en el nombre de una legendaria figura cretense, el rey Minos. La cultura de ambos períodos lleva el nombre genérico de cultura egea, porque surgió junto al mar Egeo. Evans había de ampliar la historia de esta civilización en más de cinco siglos de antigüedad, motivo por el que después fue ennoblecido con el título de *"Lord Minos of Creta"*.

Desde el comienzo de los trabajos de Evans se ha exhumado en Creta enorme cantidad de antigüedades minoicas —primero en **Cnosos**, después, al sur, en **Faistos**— en un palacio semejante descubierto por arqueólogos italianos y en muchos otros lugares de la isla, con lo que podemos reconstruir con bastante exactitud el desarrollo de la cultura minoica en un período de unos 1,200 años. Basándose en estos ricos hallazgos, Evans dividió la época minoica en tres grandes etapas culturales —minoico antiguo, minoico medio y minoico reciente— y subdividió cada uno de ellos en otros tres períodos distintos, I, II y III. También pudo fechar los diferentes períodos con cierta precisión gracias al comercio activísimo que los comerciantes cretenses mantenían con las ciudades de Oriente.

En líneas generales, cada período posee un estilo propio en el arte de la cerámica y en otras artes. La evolución más interesante comienza, construido ya el palacio de Cnosos, en el transcurso del período de transición entre el minoico antiguo y el minoico medio, hacia 2,000 antes de Cristo. Los cretenses dibujaban entonces las espléndidas flores estilizadas y adornos abstractos en blanco, rojo y amarillo sobre fondo esmaltado de negro brillante, cerámica de calidad muy estimada en el extranjero, razón por la cual se la ha encontrado en las turrabas egipcias. Sin embargo, hay que llegar al fin del minoico medio para ver aparecer la técnica que ordinariamente denominamos "arte minoico": dibujos naturalistas, de gran viveza, sobre un fondo claro, inspirados particularmente en las plantas y animales marinos.

Pero hacia fines de este período de esplendor, la situación cambió. Los palacios de Cnosos y de Faistos fueron arruinados por los disturbios, y los tiempos se hicieron difíciles. En lo que los arqueólogos han llamado "estilo palaciego" hay algo indefinible, convencional y frío. Cnosos estaba muy apegado a la tradición de su edad de oro, pero el espíritu que constituía su base había desaparecido y la inspiración empezaba a declinar. Faistos cayó en ruinas y la antigua avenida entre los palacios, en otro tiempo tan ancha, se angostó más y más, hasta que la invadió la vegetación. Después, la catástrofe desplomóse sobre la vieja residencia del rey Minos y el palacio ya no volvió a levantarse de sus ruinas.

Sir Arthur Evans.

La cultura cretense se derrumbó y fue olvidada durante más de tres milenios. Pero las ruinas de Cnosos nos la devuelven con impactante realismo. A excepción de Pompeya, no hay ruinas que hablen tan directamente al espíritu de un profano. El honor se debe a Evans, el restaurador de las viejas mansiones y de las pinturas murales que recrearon la vista del rey Minos y sus cortesanos.

En estos palacios es digno de nota un ingenioso sistema de desagüe. Sus moradores daban más importancia a la higiene que cualquier otro país de la Antigüedad. Además, las

telas, los objetos prácticos y los ornamentales, testimonian un gusto refinado quizás más característico de un corto período y de un medio cortesano, que de esta cultura en conjunto.

El elemento infantil y primerizo del arte naturalista minoico, tal como se expresa en la decoración de jarros, es quizás más característico que los frescos. Nada demuestra que la mayor parte del pueblo participase de la cultura refinada de la corte.

Sólo después que el arqueólogo inglés Leonard Woolley publicó los resultados de sus excavaciones durante los años veinte en la antigua Alalah, en el norte de Siria, se comprende la importancia que adquirió el elemento oriental en la cultura minoica. Woolley encontró frescos que, por sus colores, estilo y técnica, se asemejan a los del palacio de Cnosos. La técnica de los frescos era prácticamente desconocida en estas regiones y en tan remoto período. Mientras que las pinturas murales aparecen a menudo en Creta y desaparecen en seguida con la destrucción de los palacios, los frescos de Alalah son resultado de una larga evolución y se mantienen mucho después del período micénico. Y aún más: el palacio del rey Jarim Lim de Alalah corresponde, por muchos detalles, al palacio de Cnosos, pero es por lo menos dos generaciones más antiguo. "No hay duda —escribe Woolley— que Creta tomó del continente asiático lo mejor de su arquitectura y de sus frescos."

Sellos minoicos con la imagen de seres fabulosos. Las figuras humanas con cabeza de macho cabrío y de ciervo nos recuerdan la leyenda del Minotauro.

En el complejo descubrimiento de las excavaciones inglesas se ha querido reconocer el espléndido palacio del rey Minos. Se trata de un enorme laberinto de salas y habitaciones más pequeñas, de patios abiertos y de corredores, donde los arqueólogos todavía hoy pueden perderse. La construcción comprendía, en su tiempo, varios pisos y abarcaba una vasta superficie. En realidad, su atribución al rey Minos sólo es una hipótesis, como lo es también considerar a Minos personaje histórico.

Opuesto a una opinión muy extendida entre los mejores conocedores de la religión minoica, Martín Nilson afirma: "No hay nada, en los monumentos minoicos, que atestigüe la existencia de un dios-toro o de un culto dedicado al toro". Sin embargo, la importancia adquirida por el sacrificio ofrecido a este cornúpeta nos parece una prueba irrefutable. El sarcófago de Hagía Tríada evidencia que la sangre de toro servía, en virtud de su fuerza vital, para implorar y hacer que apareciera el dios o el difunto. Los cuernos del toro no eran, pues, objeto de culto; más bien lo encuadraban.

El palacio de Cnosos. Los grandes arcos de piedra invertidos como el que vemos a la derecha, simbolizan los cuernos del toro, cuyo importante papel en la religión cretense sigue siéndonos desconocido.

Los documentos iconográficos que evocan la religión minoica son abundantes. Y, sin embargo, suele ser difícil interpretarlos. El culto oficial se celebraba en unos templos edificados en tres naves, la central, más elevada que las laterales. Muchos frescos nos muestran a la multitud reunida en torno a uno de estos edificios contemplando a un grupo de danzarines sagrados; otros documentos puntualizan las actitudes extáticas de los fieles, con los brazos extendidos en espera de una señal divina. Este culto ritual llamando al dios a la Tierra explica la ausencia de la imagen del dios en el templo. En torno a los árboles y en las grutas sagradas, el culto se celebraba también sin imágenes.

Antes de aventurarse a la reconstrucción de un tipo de sepulcro hay que ser muy cauto; en efecto, aunque conozcamos a la diosa de la montaña, la del árbol, la diosa cazadora, la dueña de los animales, la diosa-serpiente, la diosa-madre llevando un niño en brazos, etcétera, debe evitarse el deducir afirmaciones en el sentido de la existencia J. diferentes divinidades o de manifestaciones distintas de una misma divinidad.

LOS PERÍODOS HELÁDICOS

Evans y sus colaboradores creyeron haber encontrado el origen de la importante cultura descubierta en e1 continente por Schliemann. Se ignoraba todavía quiénes la habían formado, mas para Evans estaba claro que, en primer lugar, los emigrantes procedentes de Creta la llevaron consigo y que se estableció después en forma menos refinada entre los habitantes del continente, fuesen éstos antepasados de los griegos o una población primitiva no griega, quizás emparentada con los mismos cretenses. Éstos exportaban al continente gran cantidad de jarros, vasos y otros objetos que los artesanos locales se esforzaban en copiar. Las pinturas cretenses cruzaron también el mar para decorar los palacios de los reyes micénicos con frescos cuya técnica procedía de Siria. Y, sin embargo, existen muchas obras del arte micénico que son completamente distintas de las encontradas en Cnosos.

Por tanto, las excavaciones en el continente eran indispensables para aclarar los orígenes de la cultura micénica. Hoy, después de los brillantes hallazgos de los últimos años, la ciencia puede explicar muchas cosas en otro tiempo enigmáticas. Sin embargo, el trabajo de los primeros investigadores ya dio antes sus frutos, pues poco después de morir Schliemann

se pudo esbozar un excelente cuadro de la historia cultural del continente griego desde los tiempos más remotos.

Jarrón micénico decorado con un pulpo de color sepia sobre fondo claro. Altura: cincuenta centímetros.

Las fases de la Edad del Bronce en Grecia corresponden a los períodos minoicos establecidos por Evans. La cultura del continente griego (exceptuando las islas adyacentes) fue denominada heládica. Los arqueólogos han hallado, a gran profundidad, abundantes vestigios culturales que se remontan a la época más arcaica, la heládica antigua, período que fue, sin duda, muy largo y tuvo gran desarrollo en diferentes terrenos. La población mantenía entonces contactos con la Troya de Schliemann.

Encima de las ciudades de este período han aparecido capas de ceniza y de carbón de madera, lo que demuestra que el enemigo penetró en el país y acabó con la antigua civilización. En ciertos lugares, los conquistadores se establecieron en las mismas casas de sus víctimas, como por ejemplo en Orcómenos, en Grecia central.

Con mayor frecuencia, construyeron nuevas ciudades en las cercanías de las antiguas; Micenas fue una de ellas. Esta migración de la fase heládica media data sin duda de 1800-1700 antes de Cristo. Los conquistadores invadieron el país por el norte. Es posible que formasen parte de un pueblo belicoso, "el pueblo de las hachas de guerra", que apareció en numerosos puntos de Europa precisamente en esta época y sometió, entre otros países, a

Dinamarca. Ya antes se había observado que las "tumbas-pozos" de Micenas, donde Schliemann encontró sus tesoros, eran más antiguas que las fuertes tumbas de cúpula. Las leyendas griegas mencionan el advenimiento de una nueva dinastía en Micenas y ello corresponde sin duda a este cambio en tales formas sepulcrales.

En 1951, los griegos hicieron un descubrimiento sensacional justamente al pie del muro de circunvalación de Micenas. Sacando tierra para cubrir una tumba de cúpula recién restaurada, apareció una nueva serie de "tumbas-pozos", exactamente iguales a las de Schliemann, pero aún más antiguas, del período heládico medio.

Una de las más bellas contenía el cuerpo de una niña de dos a tres años, una princesita, a juzgar por la riqueza de la tumba. Su amiguita aparecía enterrada a su lado en una tumba de adornos más sencillos, como convenía a una niña de más baja cuna. ¿Fue ésta sacrificada para que acompañara a la hija del rey? Preferimos creer que ambas murieron de muerte natural, quizás en una dé tantas epidemias que a menudo se abatían sobre las ciudades antiguas.

Los reyes tradicionales de Micenas, los del último período micénico (heládico reciente), pueden situarse, así, en la época de los conquistadores (heládica media). Un antepasado de Agamenón vino del norte con los guerreros salvajes que aniquilaron la cultura heládica más antigua de la Edad del Bronce.

Quiénes eran los micenios

Los reyes tradicionales de Micenas, los que dirigieron el ataque a Troya, se hallaban culturalmente al final del tercer y último estadio de la cultura heládica: el heládico reciente. La cultura heládica media derivó en cultura micénica de la heládica reciente cuando el pueblo entró en contacto con Oriente abriéndose ante él un horizonte internacional; y secundariamente cuando las "tumbas-pozos" cedieron para siempre ante las tumbas de cúpula.

El gusto por lo macizo y lo colosal no fue una característica esencial del heládico reciente. A las generaciones siguientes les costó trabajo creer que estas enormes construcciones hubieran sido erigidas por la mano del hombre; cuando se descubrieron los restos de estas murallas, se creyó ver en ellos una obra de cíclopes, mitológicos monstruos gigantes con un solo ojo en mitad de la frente. Pero las murallas citadas son elementos poco originales de esta civilización.

Las fortificaciones de Micenas y Tirinto fueron edificadas sobre todo hacia finales del período micénico —el heládico reciente II—, cuando los reyes temían invasiones extranjeras; en Pilos no hay muralla alguna. Del mismo período datan también las tumbas gigantescas de cúpula, las mayores construcciones de bóveda que hay en el mundo; un milenio más tarde se edificará el Panteón de Roma de acuerdo con este modelo.

Situémonos ahora al comienzo del heládico reciente y tratemos de identificar a estos hombres en relación a los del heládico medio, a los cretenses y a los griegos dé la época clásica. Los argumentos que expondremos resuelven al mismo tiempo estas tres interrogantes, pues el uso del megarón, la construcción de acrópolis, el idioma griego, la mitología religiosa, la descentralización política y hasta la ocurrencia de desecar pantanos en ciertas zonas los distinguen de los primitivos cretenses, a la vez que los delatan como ascendientes directos de los griegos clásicos.

Sobre un promontorio destacado edificaban la acrópolis o ciudadela, que fungía a la vez de palacio y templo; mejor dicho, el dios tutelar del reino tenía su sede en casa del soberano. La epopeya homérica nos muestra que el rey era a la vez sumo sacerdote, y su domicilio, la sede del culto oficial. También la acrópolis de Atenas fue en tiempos predóricos uno de estos centros; allí se erguía el olivo sagrado de Palas Atenea, diosa protectora de la ciudad. La estatua del dios conservó una morada real incluso cuando las mansiones de los reyes de la

época micénica se habían convertido en ruinas; el viejo palacio micénico sobrevivió en el templo griego.

Donde la cultura micénica alcanzó su mayor esplendor fue en el suelo griego. Las tribus conquistadoras del norte eran portadoras de cierto grado de civilización y legaron también algo a sus predecesores de la heládica antigua.

Ellos introdujeron una novedad muy notable: su tipo de habitación, cuyos caracteres se perpetúan hasta en los templos de la Grecia clásica, que ejerce aún su influencia en la arquitectura. Este tipo de casa llamado "megarón", morada de los héroes de Homero, era una larga construcción rectangular de dos piezas. De una antecámara abierta, a menudo con algunas columnas en la fachada, se pasaba a través de una puerta a la pieza principal, en cuyo centro ardía el fuego. En torno al hogar, el techo solía estar sostenido por columnas. No existían otras entradas ni piezas laterales.

Asimismo, los griegos de la Edad del Bronce conocían ya numerosos dioses del Olimpo que serán adorados durante los siglos siguientes. Lo sabemos por las tablillas que enumeran las ofrendas y tributos que recibían los santuarios. Las inscripciones de Cnosos mencionan a Atenea —no era, pues, sólo la diosa de la ciudad de Atenas, como se creyó al principio—, a Poseidón, a Pean (uno de los nombres de Apolo, considerándole, sobre todo, como dios de la Medicina) y a Enialios (antiguo nombre de Ares, dios de la guerra). Otras tablillas citan claramente a Zeus, a Hera y —lo que es más sorprendente— a Dionisos. En efecto, Homero no concede a éste lugar en el Olimpo y los sabios han creído durante mucho tiempo que vino de Oriente bastante más tarde. En la actualidad, esta teoría es muy discutible.

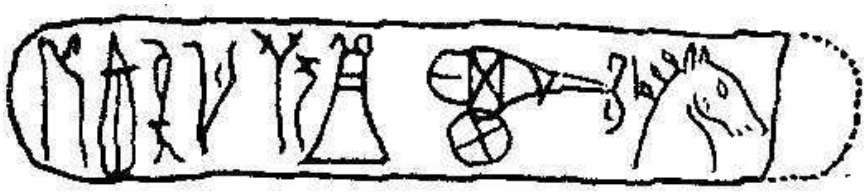
La religión y el sistema político formaban parte de la cultura que la Grecia clásica heredó de la época micénica. Lástima que las tablillas de Pilos tuvieran una finalidad exclusivamente comercial; nunca sabremos con certeza si la Edad del Bronce poseía una verdadera literatura, fuese escrita en materiales caducos o limitada a una tradición oral. Mas parece muy cierto que la primera materia de los poemas homéricos existía ya en el pueblo autor de esas tablillas. Es interesante observar que las enumeraciones consignadas en dichas tablillas recuerdan la primera forma de la poesía griega, empleada sobre todo por Hesíodo. En la Ilíada notamos otros ejemplos de esta "poesía-catálogo". En uno de los libros de la epopeya, Homero enumera con precisión a todos los reyes llegados a Troya, sus ciudades de origen, el número de sus hombres y el de sus naves respectivas: nombre tras nombre, cifra tras cifra, como una tablilla de Pilos puesta en verso. En la Ilíada, esta enumeración sorprende un poco y parece una interpolación, pues menciona héroes que no se citan en ninguna otra parte del texto, mientras que de los personajes principales del poema, algunos ni siquiera son mencionados. Desde la Antigüedad, muchos comentaristas se han extrañado de la inclusión de tal fragmento en el poema, preguntándose si aquél no fue intercalado en la Ilíada en el transcurso de los siglos posteriores a su redacción. Pero el contenido de este pasaje corresponde de manera notable con lo que sabemos de la geografía política de la época micénica.

Los griegos arcaicos se distinguían también por su cultura material. Cuando los griegos de nuestra época desecaron el gran lago Copais, en Grecia central, para crear nuevas tierras de cultivo, descubrieron que sus antepasados de la Edad del Bronce hicieron exactamente lo mismo, quizá por iniciativa del rey de Orcómenes, que reinaba en uno de los Estados más importantes del período micénico. La tradición conservó el recuerdo de su dinastía en el relato de Jasón y el Vellocino de Oro.

Hay que hacer notar, sí, que los micenios de entonces eran parientes de sus contemporáneos cretenses.

El hallazgo en Pilos, en 1939 y 1952, de un caudal de archivo constituido por tablillas de arcilla, dio impulso a los trabajos de interpretación. Por el método estadístico —el mismo utilizada en tiempos de guerra para descubrir un mensaje cuya clave se ignora—, los ingleses

Michael Ventris y John Chadwick consiguieron penetrar el secreto de la escritura silábica llamada lineal B (por oposición a la lineal A, más antigua, y a la jeroglífica minoica primitiva), que se hizo corriente en el siglo XV antes de nuestra era. Estos investigadores ingleses comprobaron con asombro que el lenguaje de estas inscripciones es el griego, inclusa un griego bastante familiar a quien conozca la lengua de Platón y Homero. Y lo mismo ocurre con las tablillas de Cnosos, que datan del último período del palacio; es decir, de 1400 antes de Cristo. Puede decirse que apenas hay diferencia lingüística entre estas inscripciones y las de Pilos, dos siglos más modernas. Es decir, mientras en Grecia la cultura y el arte eran todavía minoicos, reinaban en la isla y habitaban el palacio de Cnosos pueblos griegos de la misma raza que los invasores de la heládica media y, por ende, parientes de sus descendientes, contemporáneos reinantes en Micenas y Tirinto.



Fragmento de una de las tablillas de arcilla en que se llevaba el inventario del palacio de Cnosos. A la derecha aparece el objeto inventariado, en este caso un carro de combate. A la izquierda, una relación detallada, en un dialecto griego de la época (1400 antes de Cristo).

Los micenios entran al mercado internacional

No es raro encontrar alhajas, jarros y cinceles micénicos con dibujos que representan veleros. Naturalmente, no siempre es fácil saber qué mercancías eran objeto de comercio, pero se ha descubierto por casualidad que muchos millones de ánforas de arcilla expedidas en singladuras mediterráneas se llenaban de vino o de aceite de oliva.

Innecesario es decir que el cobre y el bronce eran en aquella época mercancías de primerísima importancia. Siria es una de las pocas regiones del mundo donde los minerales de cobre y estaño aparecían a la vez, y como parece probable que Creta mantuvo contactos con Siria del Norte, se comprende por qué la Edad del Bronce comenzó tan pronto en la isla.[2]

Chipre llegó a ser el mayor exportador de cobre al Mediterráneo oriental después del agotamiento de las minas del Sinaí. El estaño se extraía de España, y la plata, también de España y Cerdeña. Las excavaciones hechas en Troya y Micenas indican que los pueblos egeos debieron haber consumido en sus adornos y vasos preciosos mucho oro, metal procedente de Egipto y de Nubia y trabajado más tarde por artistas de Creta y del continente.

Para la fabricación de alhajas, el continente griego empleó mucho el ámbar; en cambio, en Creta no era utilizado. Ello indica, una vez más, que Micenas, al contrario de Cnosos, mantenía relaciones con el norte. El ámbar venía de los países del mar Báltico, entre otros. Se ha podido comprobar con exactitud que el ámbar báltico difiere del ámbar rumano, siciliano o libanés, por su color, dureza y composición química, y además por el agradable olor desprendido cuando se quema. Está de sobra demostrado que los etruscos también recibieron más tarde ámbar del litoral báltico.

En Inglaterra se ha descubierto una prueba de las muy diversificadas relaciones culturales que en la época egea existían en Europa. En Stonehenge, en la llanura de Salisbury,

[2]Antes de esta época, la principal materia prima era la piedra y lo sería allí, como en todas partes, aún mucho tiempo después que el bronce fuera universalmente utilizado para la fabricación de útiles y armas. Una clase de piedra especial desempeñó primerísima función: la obsidiana, llamada "vidrio volcánico", compuesta por lava enfriada sobre la que se formaba una especie de capa esmaltada. Casi toda la obsidiana del mundo egeo provenía de la isla de Melos, único lugar donde aparecía en gran cantidad.

existe un círculo de piedras enormes que durante siglos fue un misterio para la ciencia: se ignoraba quiénes hubiesen erigido este extraño monumento, en qué época y con qué objeto. Hace unos años, un arqueólogo quiso hacer una fotografía de conjunto. La luz de aquel día era muy favorable, y en la película revelada descubrió algo que nadie vio antes que él: en la piedra se habían tallado unos esquemas representando armas, hachas y otros objetos. Los arqueólogos, conocedores de las características de cada país y de su período prehistórico, se percataron en el acto que los objetos dibujados se usaban en Grecia en la Edad del Bronce, durante la primera parte del período micénico. Se supone que en esta época ya se trabajaba en las antiguas minas de estaño del sudoeste de Inglaterra; lo cierto es que los fenicios las explotaron unos siglos más tarde. Se sabe que en numerosas regiones de Europa las hileras o círculos de gruesas piedras tenían un papel importante en la religión y usos funerarios de la Edad del Bronce. Las piedras que rodean las "tumbas-pozos" de Micenas son ejemplo de ello.

En Inglaterra se descubrió en las cercanías de las antiguas minas de estaño el dibujo de un laberinto de tipo minoico, que, por otra parte, también es frecuente en Europa, lo que prueba las relaciones culturales de los pueblos cretomicénicos. En ciertos puntos de Escandinavia hay laberintos similares formados por grandes muros de tierra, de edad ignorada, aunque su denominación común de *trojaborg* nos recuerda la cultura egea.

Del sur, de África, procedía el marfil, mercancía muy conocida en la civilización cretomicénica.

Egipto era otro importante mercado abierto a las exportaciones de los cretenses y más tarde de los griegos micénicos, de lo que poseemos varias pruebas. En efecto, se han encontrado antigüedades egeas en el valle del Nilo y antigüedades egipcias en Creta y en Micenas, entre ellas varios escarabajos con los nombres de Amenofis III y de la reina Ti. Tomando como referencia la cronología egipcia, bastante segura, ha sido posible fechar con suficiente exactitud las diversas fases de la evolución cultural cretomicénica.

Existen testimonios del comercio micénico a lo largo del litoral de Asia Menor. Al oeste, los griegos extendieron sus actividades por Cerdeña, Sicilia y costas francesas hasta España. En Italia fundaron una factoría que fue luego Taras, y hoy es la ciudad de Tarento. Entre las ciudades mencionadas por las fuentes hititas (1300-1200 antes de Cristo) está Milawata, con toda probabilidad Mileto, ciudad comercial jonia que alcanzarla un porvenir muy brillante. Lo que ocurría allí —como se refleja en la correspondencia diplomática— era nada menos que el comienzo de la colonización griega de la cosa poniente del Asia Menor; fenómeno cuya importancia perduraría hasta la Primera Guerra Mundial. Después de este conflicto, por orden de la Sociedad de Naciones, oleadas de refugiados hubieron de abandonar el Asia Menor y volver a su madre patria, de donde luego muchos emigraron a América; aquí, su energía e inteligencia típicamente griegas han conquistado una nueva reputación.

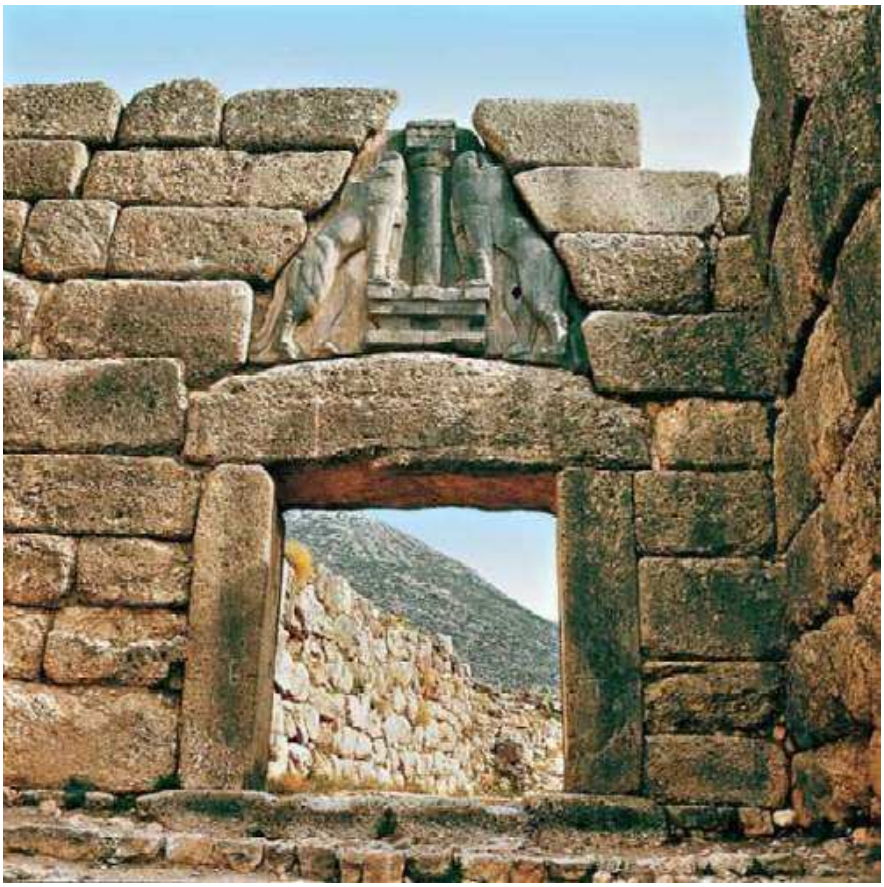
Los hallazgos muestran que Rodas, Chipre y zonas de la costa meridional de Asia Menor fueron helenizadas al unísono. En muchos puntos vivía una población extranjera que tomó entonces contacto con la civilización griega y quizá fue gobernada por griegos. Las excavaciones francesas han revelado un importante centro comercial micénico en Ugarit, la actual Ras Shamra (Siria del Norte). En ciertos lugares, el papel de los griegos podría compararse al de la Liga hanseática en las regiones septentrionales de Europa; en otros, recuerda las conquistas y colonizaciones de los vikingos. El recuerdo de esta expansión se perpetúa en las leyendas griegas que citan los nombres de los héroes que fundaron ciudades en ultramar.

El tráfico, como siempre ocurre, va de la mano con el del intercambio cultural.

Se han descubierto relieves esculpidos en sepulcros de reyes que datan de la época de las "tumbas-pozos" y que atestiguan la existencia de relaciones culturales con el norte.

El relieve de la Puerta de los Leones, de Micenas, que posee una grandeza precursora del arte de la Grecia clásica, apunta claramente a un modelo oriental. Es imposible

comprender la cultura micénica en conjunto sin conocer las relaciones culturales que unían a los pueblos de la cuenca mediterránea.



Puerta de los Leones de Micenas

Fierro, dorios y migraciones

Un evidente malestar caracterizó la fase final de la época micénica, cuya naturaleza y causas desentrañaremos en seguida.

La lengua griega se componía, en la época clásica, de tres grupos importantes de dialectos: el jonio, que entre otras era la lengua de Atenas; el dorio, hablado en Esparta, por ejemplo, y el aqueo, que comprende el arcadio, hablado en la llanura del Peloponeso, el chipriota y algunos dialectos del norte y del nordeste. El jonio y el aqueo forman un grupo dialectal denominado "griego oriental", mientras que los dialectos dorios Forman el "griego occidental".

Homero llama aqueos a los griegos que asediaron a Troya, y la interpretación de las tablillas de Micenas ha reforzado la teoría que los micenios se daban a sí mismos el nombre de aqueos y a su territorio el de *Acaya*; sin embargo, el lenguaje de esas mismas tablilla de Micenas es muy parecido al aqueo y con ciertas semejanzas con el jonio, pero se asemeja muy poco al griego occidental. Podemos, pues, concluir que los jonios tenían relaciones amigables con los aqueos, y que, aunque éstos daban carácter a Micenas, en realidad no formaban un pueblo homogéneo. Seguramente algunas tribus griegas se introdujeron en este país durante la época micénica y, en el curso de la penetración, se tundieron con los habitantes del gran reino. Una de estas tribus eran los danaos, famosos por sus ataques contra Egipto. Mientras el reino micénico fue lo bastante fuerte, desde el punto de vista militar y cultural, para contener la inmigración y asimilar a los recién llegados, esté oleaje humano siguió acrecentándose.

Siendo, además, una de las cuatro potencias de su tiempo[3], le convenía a Micenas usar una cierta dosis de "*laisser faire*". Mientras los reyezuelos vecinos peleaban, la gente del rey de Micenas, quizá parientes suyos, pescaban a río revuelto y se enseñoreaban de algunos territorios. El rey de Micenas apenas prestaba atención a tal estado de cosas. Los hititas, colindantes y en parte señores de las colonias jónicas del Asia Menor, tenían a éstas por vecinas virtualmente molestas—situación que nos recuerda la de Siria en tiempos de El-Amarna-; sus reyes apelaron muchas veces a la autoridad del rey micénico, sin éxito alguno.

Pero ningún Estado debe abrirse tanto que pierda su consistencia. No digo que esto haya sucedido; lo prueba el ardor épico que según la tradición homérica desplegó el ejército de Agamenón en Troya, pocas décadas antes de ser desmantelado.

Las tradiciones homéricas son bastante confiables. Sitúan, por ejemplo, la caída de Troya en 1183 antes de Cristo, año que corresponde fielmente con los descubrimientos de la arqueología moderna. Hasta los nombres que dan a esa ciudad y a uno de sus príncipes parecen estar corroborados por la documentación hitita. En efecto, éstas mencionan alguna vez la ciudad de Vilusa (y otras veces, *Taroisa*), donde reinaba un rey llamado *Alaxandus*. Quizás ambos nombres sean la misma ciudad, la Troya que los griegos llaman también Ilión. En este caso, es fácil admitir que el hombre *Alaxandus* sea *Alexandros*, otro nombre que Homero da a Paris, hijo del rey de Troya. Sin embargo, es posible que no se trate aquí de la misma persona, sino acaso de un apellido tradicional en la dinastía troyana. Los investigadores han removido bastante los archivos de Hatusas en busca de otros nombres en consonancia homérica, pero los resultados son inseguros. Al contrario, en las tablillas de Micenas se encuentran muchas personas con los nombres de Glaukos, Antanor, Héctor y Aquiles. Taroisa estaba situada en una región que los hititas denominaban *Asuwa*, que quizá sea la etimología de la voz Asia. En efecto, "Asia" llamarían los romanos a la región circundante de la antigua Troya, lo mismo que "África", a la región de Cartago.

Mas ¿qué llegaron a valer a fines de la Edad Media los castillos, puestos en jaque por los explosivos? ¿Y no debió el soberbio Japón rendirse sin condiciones en 1945 frente a un arma genocida que ellos no dominaban? Justamente después de la guerra de Troya se dejó sentir un nuevo factor militar: el hierro.

El hierro era conocido por los griegos desde principios de la época micénica; sin embargo, Homero, aunque vivió en la Edad del Hierro, como se observa en diferentes pasajes de sus poemas, conservó el recuerdo de los nobles guerreros armados de bronce y, por consiguiente, hablaba de sus armas como de "cobre cortante".

Se apreciaba entonces tanto como el oro, y en ciertos lugares servía para trabajar los objetos de bronce. La cultura egea se asentaba exclusivamente en el bronce; pero hacia el final de la fase heládica reciente, los griegos, especialmente los dorios, cayeron en la cuenta que el hierro abundaba más que el estaño y el cobre se podía trabajar con relativa facilidad y pesaba menos que el bronce.

El prestigio del bronce victorioso en Troya fue fatal para los hijos y nietos de Agamenón. Una invasión arrasó los palacios reales, que ya no volvieron a construirse: los griegos occidentales, los dorios, entraban entonces en escena. Llegaron al Peloponeso por el

[3] En Hatusas, capital de los hititas, se halló gran número de inscripciones, referentes a las relaciones del rey hitita con un reino llamado Ahhijawa. Al principio, los investigadores no concordaban sobre la significación de este nombre: si fuera cierto que los griegos, generaciones después de la destrucción definitiva del palacio de Cnosos, poseían la hegemonía naval en el Egeo, es probable que se trate de griegos. El rey de los hititas, tan altivo siempre, llama hermano al rey de Ahhijawa, como hacía con los soberanos egipcios y babilonios, lo que hace creer que Ahhijawa no habrá sido una pequeña ciudad griega independiente del Asia Menor, sino acaso una dependencia ultramarina del gran reino de Micenas, detalle que calza con el relato homérico, que describe al rey de Micenas como el soberano más poderoso, y a otros jefes, como sus vasallos.

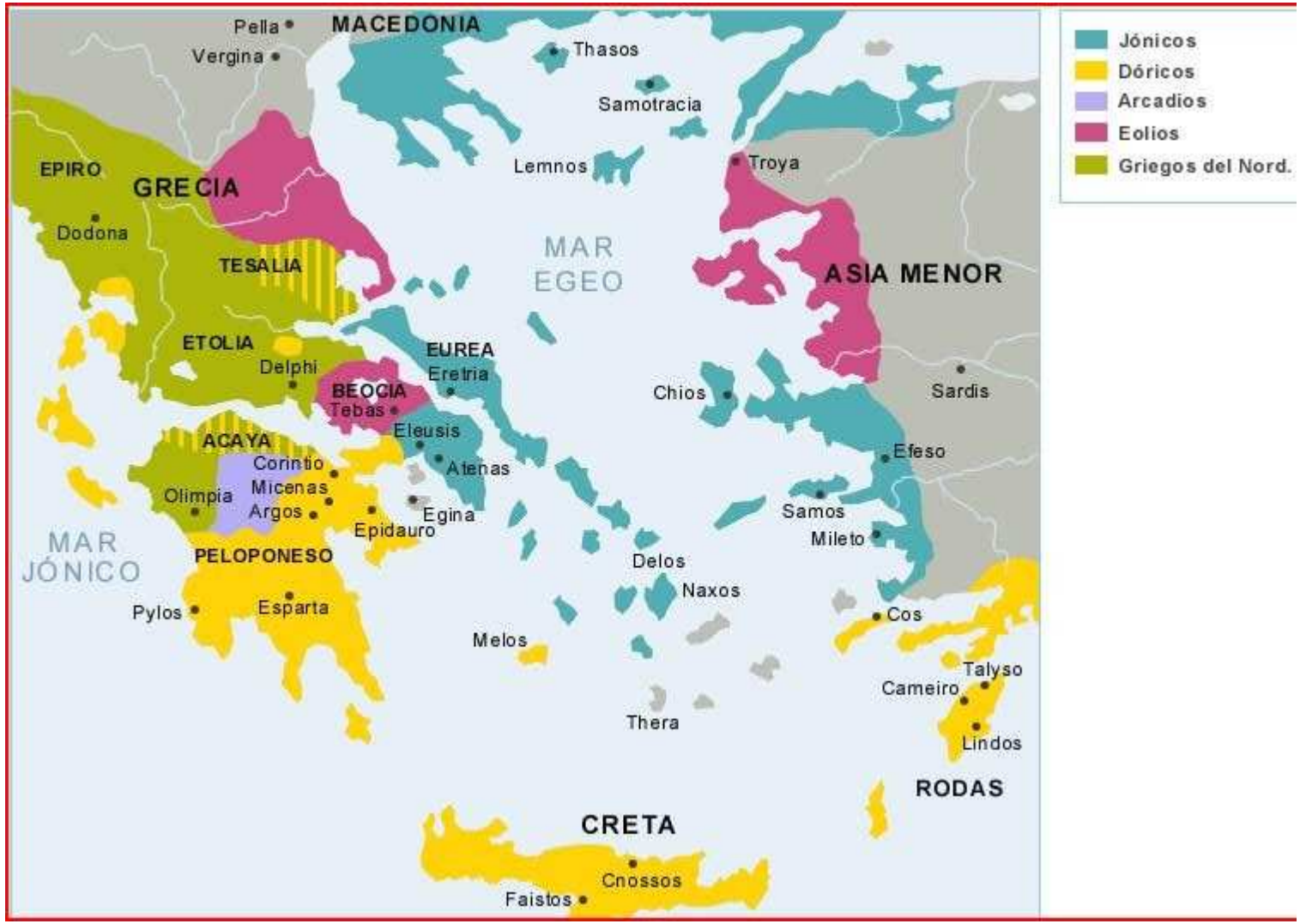
golfo de Corinto en 1100 antes de Cristo, cuando hijos y nietos de los héroes de la guerra de Troya gobernaban todavía. Pilos no estaba preparada para la guerra; su palacio se derrumbó bajo las llamas y desaparecieron las tablillas de los últimos meses anteriores a la catástrofe.

Los gruesos muros de las fortalezas micénicas pudieron proteger al reino; Tirinto no tuvo mejor suerte. La leyenda nos dice que el último rey de "Micenas, la dorada", Orestes, hijo de Agamenón, tan conocido por las tragedias griegas clásicas, tuvo que huir a Arcadia, al interior del Peloponeso. De todos los grandes núcleos micénicos, sólo Atenas fue respetada por la invasión; los últimos supervivientes de la dinastía de Néstor se refugiaron en la ciudad y pronto formaron parte de la más alta nobleza ateniense. Los dorios, emparentados con los griegos orientales, sometieron al Peloponeso y se establecieron como dueños en la península, con lo que las ciudades micénicas perdieron toda su importancia, y el centro de gravedad del país se desplazó a otros lugares. Pero la invasión no significó ruptura alguna en la evolución cultural del resto de la Hélade.

La invasión doria del Peloponeso y la huida fuera de los países micénicos no forman más que un episodio de ese poderoso movimiento del micénico reciente que se llama "la migración egea". La historia de Egipto nos cuenta cómo la marea de esta migración azotó también al delta del Nilo y cómo dos faraones pudieron resistir a duras penas. "Las islas estaban revueltas", dice una fuente egipcia, y entre otras tribus, las aquiwasta—las aqueas —"vinieron a saquear Egipto y conquistar el país". Esta impetuosa marejada hizo desaparecer al imperio hitita y tribus frigias penetraron hasta el corazón del Asia Menor. Algunos investigadores creen que los etruscos también participaron en esta migración. En esta oleada egea, con toda certeza se puede incluir otro pueblo: los filisteos, vecinos y enemigos eternos de Israel y de quienes proviene el nombre de Palestina, "país de los filisteos". Alguna relación entre los filisteos y Creta parece haber existido, entre otras razones, porque en la Biblia se encuentra la expresión "los cereteos y los peleteos" (II, Samuel, 23).

En todo el Mediterráneo oriental observamos una lucha a muerte, pueblo contra pueblo y hierro contra bronce. Un mundo con un milenio de antigüedad se halla completamente revuelto; se levantan nuevos imperios; los más antiguos pierden su importancia o desaparecen; los pueblos afluyen y refluyen; el comercio se resiente; las relaciones internacionales, muy ramificadas en siglos anteriores, desaparecen y las diversas culturas se aíslan. La navegación griega no desaparece del todo, como algunos pretenden; pero en conjunto el comercio marítimo en el Mediterráneo decrece mucho. Entre los restos arqueológicos posteriores a la época micénica se encuentran en Grecia relativamente pocos artículos importados de Oriente. Cuando el comercio se renovó, las ciudades fenicias ocuparon el primer lugar. Homero nos habla de los mercaderes fenicios que visitaban Grecia.

Homero no sólo levantó un grandioso monumento a la época micénica, su principal objetivo, sino también al sombrío período a que él pertenecía, los "oscuros siglos", durante los cuales la Grecia clásica adquirió forma para que la Hélade pudiera revelarse a los ojos del mundo en todo su esplendor.


Jónicos
Dóricos
Arcadios
Eolios
Griegos del Nord.
Pella
Vergina
MACEDONIA
Thasos
Samotracia
Lemnos
Troya
EPIRO
GRECIA
Dodona
TESALIA
MAR
EGEO
ASIA MENOR
ETOLIA
Delphi
EUREA
Eretria
BEOCIA
Tebas
Chios
Sardis
Eleusis
ACAYA
Corintio
Micenas
Atenas
Efeso
Olimpia
Argos
Egina
Samos
Epidauro
Mileto
MAR
JÓNICO
PELOPONESO
Delos
Naxos
Pylos
Esparta
Cos
Melos
Talyso
Cameiro
Thera
Lindos
RODAS
CRETA
Cnossos
Faistos

LA ÉPOCA DE HOMERO

HOMERO

Micenas, Pilos y Cnosos ya no existían. Aquella época gloriosa había pasado a la historia.

Entre las invasiones dóricas del siglo XII y Homero (¿principios del siglo VIII?) se incubó en silencio la Grecia clásica. En silencio, porque el idioma de las tablillas de arcilla se extinguió y su escritura fue olvidada y abandonada como inútil en un ambiente que no conocía los grandes imperios.

Poquísimo sería, pues, lo que supiéramos de esos tiempos oscuros, de no haber sido por Homero, el más antiguo de los escritores griegos, y gracias a una buena cantidad de vasos y ánforas funerarias. Ni restos arquitectónicos nos quedan de entonces.

Según la tradición, Homero, el poeta ciego, escribió la Ilíada y la Odisea; con certeza, lo único que sabemos del gran poeta es su nombre. Algunos investigadores incluso negaron su existencia, pero hoy ya no se pone en tela de juicio.

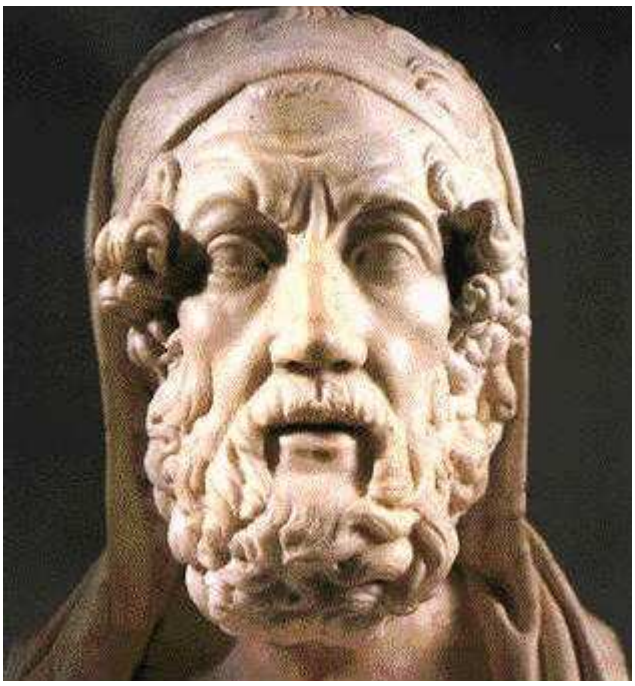
Durante casi 150 años se ha mantenido una acalorada discusión sobre la llamada "cuestión homérica": ¿constituyen los poemas homéricos la obra de un solo vate o eran trovas de distintos autores? En la actualidad, está casi generalmente admitido que los poemas homéricos tienen su origen en antiguas leyendas y cantares que formaban parte de la tradición oral popular. Muchos investigadores descubrieron, tanto en la Ilíada como en la Odisea ciertos pasajes contradictorios, lo que les hizo creer que los poemas correspondían a obras de varios autores. Sin embargo, los investigadores modernos se inclinan cada vez más hacia esta opinión: en la primera mitad del siglo VIII antes de Cristo existió un poeta que compaginó y dio nueva vida a las viejas leyendas sobre la caída de Troya. La obra imperecedera que nosotros conocemos con el nombre de Ilíada debió ser escrita por él. Se cree que la Odisea constituye una especie de continuación de la Ilíada; pero, sin duda, de un autor algo más reciente, que, inspirado por el deseo de aventuras propio de su tiempo —época en que los griegos habían llegado a ser un pueblo de marinos y comenzaban a rivalizar con los fenicios —, escribió una novela de navegación. Los poemas homéricos se cuentan, sin discusión, entre lo que la literatura mundial ha producido de más grande y bello, y representan la primera muestra de la inquietud creadora de los griegos. El espíritu griego se eleva aquí muy por encima de cuanto los pueblos civilizados de Oriente aportaron a la literatura épica. Estos antiguos cantos de hace casi tres milenios son tan profundamente humanos, que es comprensible hayan conmovido a los hombres de todos los tiempos. Entre las escenas del combate hay muchas imágenes que atestiguan la viva empatía del poeta con la naturaleza. Compara la multitud con un campo de trigo ondulado por el viento; el rey avanza en medio de sus guerreros como un macho cabrío por entre las cabras; en los hombres que se arrojan al combate con griterío salvaje ve un vuelo ruidoso de cigüeñas y cisnes. De continuo, el poeta adorna el gran cuadro al fresco de los héroes griegos y troyanos con la pincelada de sorprendentes comparaciones.

La Ilíada y la Odisea son creaciones de una época primitiva, de instintos primarios, de pasiones desencadenadas. Los héroes lloran con la misma facilidad con que ríen. La ira y el

disgusto les hacen derramar lágrimas; pero también lloran de alegría y felicidad. Describe con realismo la crueldad de los combates; ni el poeta ni sus oyentes retroceden ante los detalles más descarnados. La cabeza del héroe vencido vuela como una pelota en medio de la pelea; el vencedor traspasa a su enemigo y le levanta en la punta de su lanza como el pescador que arroja a la ribera el pez que atrapó con su caña.

La Ilíada no describe el relato completo de la guerra de Troya, sino que sólo canta un episodio. Pero el poeta supo escogerlo, y en él se concentra el drama entero. Gracias a ello, la epopeya río quedó reducida a una simple crónica en verso.

No tememos exagerar la influencia de los poemas de Homero en el carácter del pueblo griego. Hay que reconocer que la Ilíada y la Odisea fueron las lecturas preferidas de la juventud y ayudaron siempre a las nuevas generaciones a llegar a ser en verdad helénicas, ya que la libertad, la belleza, la nobleza y la elocuencia son los valores más ensalzados en ellas. La diferencia entre los espíritus griego y romano se desprende de su respectivo método de educación: la juventud griega se nutría de Homero; la romana, de la Ley de las Doce Tablas. "De esta forma —dice un autor—, los griegos han conquistado el corazón de los hombres, mientras que los romanos no pudieron conquistar más que el mundo." Durante muchos siglos, ningún poema fue tan profusamente difundido y estimado como los de Homero. Prueba de ello son los papiros de la época helenística hallados en Egipto. No obstante, donde mayor influjo ejercieron los poemas homéricos fue, desde luego, en la religión y en las artes de los propios griegos.



Homero

LA VIDA REAL

Pobreza ambiente

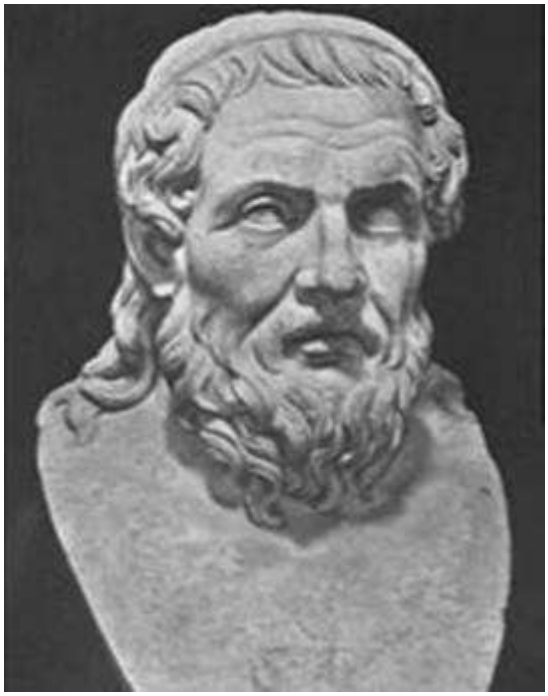
Gracias a que Homero se basa en viejas romanzas que los aedos iban cantando de pueblo en pueblo como los juglares de la Edad Media europea, nos es posible no sólo conocer algo de la época de Romero mismo, sino también penetrar en la para nosotros densa oscuridad histórica que le precedió.

Los poemas de Homero nos hablan del ambiente pobre en que él vivía, por más que él quiera darnos una visión fiel del esplendor pasado. Este propósito está siempre presente en su obra; por eso las imágenes de su época son poco frecuentes; no obstante, describe a menudo la Edad del Bronce con rasgos grotescos, lo que nos indica lo alejado que estaba de ella en realidad.

La pobreza de la época homérica aparece en numerosos pasajes de la Odisea. Ante la puerta del palacio de Ulises, un viejo perro está echado sobre un montón de estiércol; el gañán del rebaño de cabras las conduce y mete en el palacio real, de muros de madera y suelo de tierra apisonada. La reina, fiel a su deber, está sentada a su telar y la princesa en persona va a lavar la ropa al río. Otros detalles nos muestran a los "señores divinos" como ávidos campesinos. Alcinoo, rey de los feacios, obliga a los "nobles y a los ancianos del país" a ofrecer presentes al extranjero: “una capa recién tejida y un talento de oro". Y pese a sus deseos de regresar a su casa, ha de pasar algún tiempo antes de que Ulises reciba estos presentes. "Itaca me recibirá con más honor —se decía— si vuelvo cargado de riquezas que si voy con las manos vacías." Cuando pisa el suelo de Itaca, su primer cuidado es buscar lugar seguro donde esconder los regalos.

Las tumbas descubiertas por los arqueólogos son sencillas y rústicas, como los poemas de Hesíodo.

En Hesíodo, el "poeta campesino" de Beocia, hallamos un pasaje singular. Para él, la historia del mundo comenzó con una época dorada en que reinaba Cronos, padre de los dioses, cuando el oro relucía por doquier. Siguieron la Edad de la Plata y la Edad del Bronce, "los tiempos heroicos". Ahora —dice— no existe la gloria de antaño; vivimos en una Edad del Hierro triste y prosaica, en que la vida es difícil. Así es como este poeta melancólico, cantor de la vida cotidiana, se evade mentalmente hacia un paraíso perdido; en exceso pesimista, considera la historia de la humanidad como un caminar sin esperanza hacia un porvenir cada vez peor. El poeta y sus coetáneos gustaban del recuerdo de los tiempos gloriosos en que el bronce no había sido aún sustituido por el hierro.



Hesíodo de Ascra

Repúblicas más que monarquías

Homero no consigue presentarnos una descripción convincente de los reyes micénicos. La realeza tenía que ser para él un concepto oscuro, pues en varias polis —Atenas, entre ellas — habíanse formado Estados republicanos, con funcionarios elegidos y mandatos limitados en el tiempo, aunque estrechamente ligado a la aristocracia, el "gobierno de los mejores". Era el desarrollo lógico de la organización política de la época micénica, al final de la cual el poder se lo repartían entre sí los miembros de la familia real; y era de esperar que tal desarrollo se produjera más progresiva y naturalmente en los territorios jónicos. Homero era jonio, y durante mucho tiempo sus paisanos desempeñaron un papel importante no sólo en poesía, sino también en esta evolución y otros muchos aspectos.

En los reinos dorios no se produjo la misma evolución política, en parte porque desde siempre había sido republicano y en parte porque la tradición frenaba el nacimiento de un nuevo Estado; por eso, la cultura dórica manifiesta en conjunto un carácter conservador. De ello no debe inferirse que la cultura del Peloponeso fuera a la zaga del resto de Grecia, sino que existía una honda diferencia entre la mentalidad de los griegos del este y los del oeste. El oeste era más prudente y menos abierto a las novedades, razonaba con más rigor y disciplina, sabía guardar la mesura en todo y era consciente de cada etapa; el este, por el contrario, se comportaba con una impaciencia y un entusiasmo que nos recuerdan la Creta minoica. Precisamente la oposición interna en el seno de la cultura griega es la savia de lo que ella fue y ha llegado a ser para nosotros.

IMAGINACIÓN SOBRESALIENTE

En un ambiente social tan rústico y tranquilo como el de las Estaciones y los días, de Hesíodo, ¿qué derroche de ingenio artístico cabría esperar, sino el que sude suscitar la añoranza de tiempos mejores, cuya lejanía los vuelve maravillosos, maravillosos de contar y de pintar?

En la Odisea vemos cómo resurgió en algunos griegos el interés por la navegación y los países distantes, propio de sus antepasado del heládico reciente.

Las aventuras de Ulises

Cuando los griegos, tras la caída de Troya zarparon rumbo a sus patrias, Ulises era feliz. Sentía nostalgia de su mansión asentada en la rocosa isla de Itaca, de su esposa Penélope y de su hijo Telémaco, que tenía unos diez años cuando lo dejó. Tardaría en volverlos a ver. Durante diez años, vientos contrarios lo lanzaron de un lado para otro. En Itaca ya consideraban viuda a la fiel Penélope y muchos pretendientes aspiraban a su mano. Un numeroso grupo se estableció en el palacio de Ulises y llevaron allí una vida de disipación a costas del ausente. Cada año se volvían más apremiantes. Sin embargo, Penélope tenía siempre la esperanza que su marido volvería, y para dar largas al asunto, tejía un magnífico tapiz, afirmando que no se casaría con nadie antes de terminarlo. Y mientras languidecía esperando a su marido, éste vagaba por el mar y vivía maravillosas aventuras en países extranjeros, narradas en la Odisea.

El poema empieza con una invocación:

"Cuéntame, ¡oh, musa!, quién fue este hombre lleno de astucia que vagó tanto tiempo después de haber derruido la ciudadela santa de Troya. Visitó ciudades innumerables, se informó de sus costumbres, padeció en la mar, en el fondo de su corazón, innumerables tormentos, mientras se esforzaba en salvar su vida y el retorno de sus compañeros."

Primeramente, Ulises y sus compañeros alcanzaron el País de los Gigantes.

El gigante Polifemo

Ulises desembarcó con doce hombres escogidos para saber dónde se encontraban. Llevaban provisiones y un odre lleno "de un vino tinto de sabor delicioso, una bebida divina". Junto a la costa había una cueva habitada por el gigante Polifemo. Los gigantes o cíclopes eran hijos del Cielo y de la Tierra, que tenían un solo ojo en mitad de la frente. En aquel momento, el gigante había llevado a apacentar los rebaños de carneros y cabras, y los griegos determinaron esperar a que volviera a su caverna.

"Traía una carga enorme de leña seca para preparar la cena. La arrojó al interior de la cueva con tal estrépito, que el miedo nos empujó hasta el fondo. Metió en seguida, en la espaciosa cueva, a todas las pingües ovejas que ordeñaba de ordinario, mientras dejaba los machos a la puerta, en el recinto espacioso reservado a los carneros y machos cabríos. Después levantó a pulso un colosal bloque de piedra que le .servía de puerta. Tan grande era el peñasco con que cerró la puerta, que el tiro de veintidós poderosos carros de cuatro ruedas no habría Podido arrancarlo del suelo. Sentóse después para ordeñar el rebaño de ovejas y cabras que balaban como de costumbre; luego dejó mamar de cada madre a los tiernos recentales. Seguidamente, cuajó la mitad de la blanca leche, la recogió y la colocó en cestas de mimbre; echó la otra mitad en vasos, para poderla beber cuando tuviera sed y consumirla a la hora de cenar."

Cuando el gigante hubo terminado las actividades de la jornada, se sentó y encendió fuego. Al resplandor de las llamas descubrió a los huéspedes intrusos. Con voz de trueno les preguntó qué clase de gente eran. Los griegos se hallaban amedrentados e incapaces de pronunciar palabra alguna, pero Ulises recobró su ánimo y contestó que eran griegos, arrojados a la costa por la tempestad, y esperaban que él recibiera amistosamente a los extranjeros y les diera hospitalidad, como place a los dioses. El gigante respondió:

"¡O eres un simple extranjero, o vienes de muy lejos, pues me exhortas a temer a los dioses y a preocuparme por ellos! Los cíclopes no se cuidan de Zeus, que lleva la égida, ni de los bienaventurados dioses. Nosotros somos, en realidad, mucho más poderosos. No, no será por escapar de la ira de Zeus por lo que te perdonaría a ti y a tus compañeros, si mi voluntad no me lo ordenara."

Y con una risa despectiva, pero furioso, asió y levantó a dos compañeros de Ulises, uno en cada mano, y los arrojó contra el suelo como si fueran cachorrillos.

"Se desparramaron los sesos por el suelo y se manchó la tierra. Después, cogiendo los miembros palpitantes, preparó su cena y se los comió como si fuera un león salvaje. No dejó nada, devorando las entrañas, la carne y hasta el tuétano de los huesos. Nosotros, a la esta de estas horribles escenas, llenos de lágrimas, elevamos nuestras manos a Zeus, pues nuestra alma estaba embargada por la desesperación. Cuando el gigante hubo llenado su enorme estómago, devorando carne humana y bebido leche pura al final, se acostó en medio de la cueva, tendido entre sus rebaños."

Ulises pensó al principio matar al gigante cuanto antes, pero después desistió, al percatarse que ni él ni todos juntos podrían apartar el peñasco que cerraba la entrada de la cueva. Si mataba a Polifemo, quedarían encerrados para siempre en la caverna. A la mañana siguiente, el gigante requirió sus animales y se desayunó comiendo dos hombres otra vez. Después movió el peñasco de la entrada de la gruta, sacó el rebaño y volvió a poner la gigantesca piedra en su lugar. Polifemo había dejado su garrote en la cueva; era tan grande como un mástil de navío. Ulises afiló una de sus extremidades, acercó la punta al calor del fuego y después lo ocultó con cuidado. Pensaba servirse de él para cegar a Polifemo mientras durmiera.

Al atardecer, el gigante volvió con su rebaño y, terminadas las faenas de la jornada, repitió la horrible escena de la víspera. Cuando hubo engullido a sus víctimas, Ulises se acercó a él ofreciéndole una copa del vino generoso que traía consigo y le rogó beberlo. El gigante vació la copa de un trago, se mostró satisfecho y pidió más. Ulises no se hizo esperar, llenó de nuevo la copa. Cuando por tercera vez ofreció el licor al cíclope, observó que el vino comenzaba a producir su efecto. El gigante quedó tan ebrio, que se desplomó profundamente dormido.

Había llegado el momento esperado. Ulises y sus compañeros sacaron el garrote del escondrijo, encendieron la punta al fuego y, uniendo los esfuerzos de todos, la clavaron en el ojo del monstruo. Polifemo lanzó un grito terrible. A tientas, se dirigió a la puerta de la cueva, corrió la roca y se sentó ante la abertura con los brazos extendidos para capturar al que intentara salir.

Los carneros y las cabras dieron señales de inquietud. Cuando los animales llegaban a la entrada, el gigante les pasaba las manos por el lomo para asegurarse de que ningún hombre intentaba escapar de la cueva. Ulises lo observó e ideó una estratagema. Había en el rebaño algunos carneros de gran porte, capaces de soportar el peso de un hombre. Los separó del resto y, con ramas flexibles encontradas en el camastro del cíclope, ató a cada uno de sus hombres bajo el vientre de un animal. Para evitar que el gigante examinara con demasiada meticulosidad a los carneros, juntó otros dos a cada lado; la espesa lana de los animales recubría las ligaduras y el gigante no las podría palpar. Una vez que Ulises hubo atado con fuerza a sus siete últimos compañeros de infortunio, empujó hacia la puerta a los carneros y sus fardos; todos pasaron sin tropiezo. Ulises escogió para sí el mayor de los carneros, y se agarró a sus lanudos flancos. De esta manera, salieron todos sanos y salvos de la cueva. Ulises desató a sus compañeros y después, conduciendo a los animales, volvieron a la nave, donde sus angustiados compañeros de viaje los acogieron con gritos de alegría. Levaron anclas y, cuando el barco estuvo a una distancia respetable de la costa, Ulises no pudo contenerse más. "¡Polifemo! —exclamó—. El castigo de tus crímenes caerá ciertamente sobre ti, ya que eres tan cruel que no dudas en devorar a tus huéspedes en el interior de tu morada. ¡Por eso Zeus y los dioses acaban de castigarte!"

El cíclope oyó estas palabras y reconoció la voz de Ulises. Lleno de furor, cogió un enorme pedrusco y lo lanzó hacia el lugar de donde venían las voces. Por suerte, no acertó a dar al navío, pero la piedra cayó muy cerca y levantó una ola tan gigantesca, que lo empujó de nuevo hacia la costa. Los remeros tuvieron que emplear todas sus fuerzas para evitar que el barco encallara en la playa. Cuando se creyeron bastante más alejados de la costa que la otra vez, Ulises, movido de nuevo por un deseo imprudente, insultó al gigante:

"¡Cíclope, si algún mortal te pregunta alguna vez quién te privó del ojo, dile que fue Ulises, el conquistador de ciudades, quien te dejó ciego: Ulises, hijo de Laertes, que reside en Itaca!"

Entonces, Polifemo invocó a su padre Poseidón, dios del mar, y le rogó que vengara su honor, impidiera a Ulises llegar a Itaca o al menos que le causara muchos contratiempos en el mar. Ulises experimentaría muy pronto cómo Poseidón atendió la petición de su hijo.

El cíclope Polifemo y Ulises.

Ulises en los infiernos

Durante su estancia en la isla de la encantadora Circe, comprendió Ulises que no podría volver a su patria sin pasar por el infierno y preguntar al divino Tiresias cómo podría escapar a los peligros con que le amenazaba Poseidón. Ulises y sus hombres zarparon y un viento favorable los impulsó hacia el noroeste, a los infiernos.

A medida que los griegos se acercaban al sombrío fin de su viaje, los días se volvían más cortos, hasta que el Sol no se vio en el horizonte y todo quedó sumido en la oscuridad. Llegaron a una costa tenebrosa, echaron el ancla y desembarcaron. El río Océano salía de los infiernos; lo recorrieron hasta un sombrío bosque. Se oía a lo lejos el ruido de una cascada. Ulises avanzó sin miedo por este paraje que estremecía; sus compañeros iban tras él con el corazón angustiado. El fragor de la catarata se acercaba; por fin llegaron al lugar en que la masa de agua se precipitaba en un abismo sin fondo. Allí Ulises sacrificó una cabra y un carnero, negros como el carbón, y entonces las sombras de los muertos surgieron de los infiernos, atraídas por la sangre del sacrificio. Entre ellos, el ciego Tiresias. Cuando hubo bebido la sangre de las víctimas, le fue posible hablar con Ulises, quien le preguntó cómo podría evitar los peligros que todavía le amenazaban. Tiresias respondió:

> "A despecho de las calamidades que os hagan sufrir, todavía es posible que llegues a Itaca si consigues dominar tu corazón y el de tu gente; cuando, después de haber escapado a la mar violácea, ancles tu bien construida embarcación en la isla Trinacria, encontrarás paciendo los bueyes y los gordos carneros del Sol, el dios que todo lo ve y lo oye. Si respetas a esos rebaños y no piensas más que en tu regreso, podrás entonces, a pesar de los obstáculos que habrás de vencer, llegar a Itaca. Pero si los molestas, te anuncio la pérdida de tu navío y de tus compañeros. Y si tú consigues escapar, llegarás muy tarde en una nave extranjera, sufriendo muchos rodeos y perdiendo toda tu gente. Encontrarás la ruina en el seno de tu mansión."

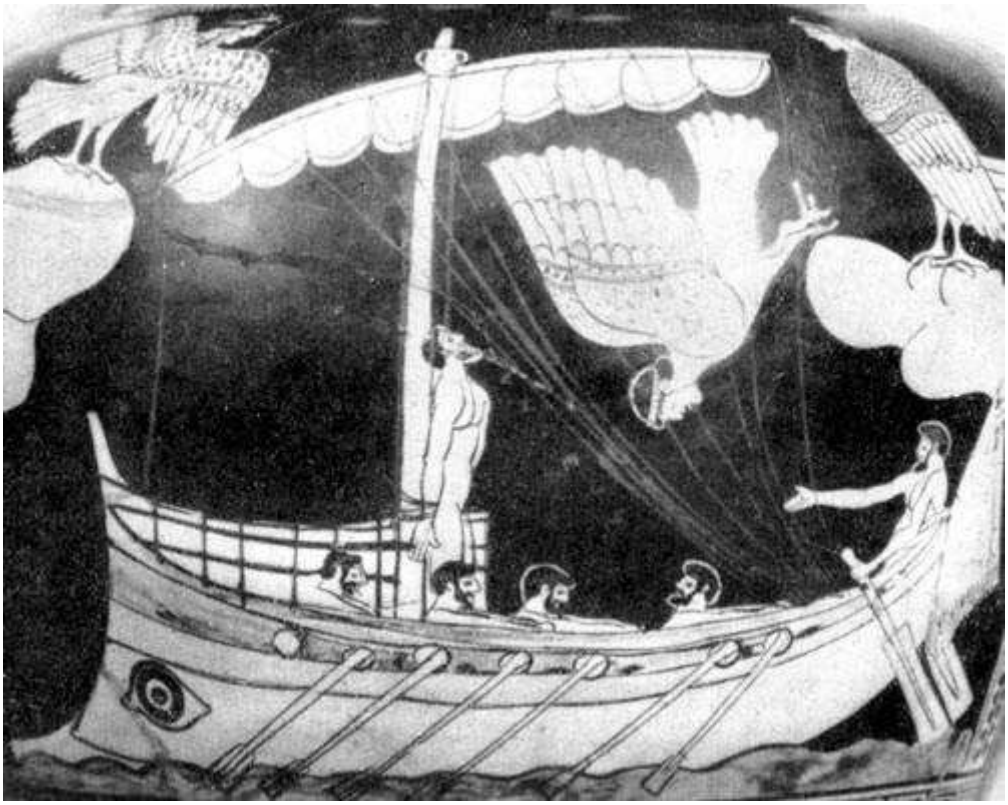
Entre las sombras, Ulises reconoció también a su madre; cuando hubo bebido la sangre del sacrificio, también le habló, refiriéndole que el deseo de volver a ver a su hijo la había llevado a la tumba y que Penélope y Telémaco esperaban llorando el regreso de Ulises. Este

reconoció también a varios de sus compañeros de armas caídos ante Troya, sobre todo a Aquiles y a Áyax. Fue también testigo de los suplicios impuestos a los condenados. Allí estaba Tántalo, el rey de riquezas inconmensurables en otro tiempo; ahora purgaba su orgullo con hambre y sed eternas, sumergido en el agua hasta el cuello y bajo un árbol del que pendían los frutos más exquisitos. Ante estos sufrimientos, Ulises se espantó tanto, que volvió a la nave corriendo y ordenó levar anclas en el acto. Un viento favorable llevó a los griegos hacia el este. Hicieron nueva escala en la isla de Circe donde fueron recibidos cordialmente. Circe puso a Ulises en guardia contra las sirenas, quienes con sus tiernos cantos atraían de modo irresistible a los marineros hacia su voluptuosa ribera; allí se apoderaban alevosas de ellos y los mataban. Pero, sobre todo, le recomendó mucho no olvidar la advertencia de Tiresias en cuanto a los rebaños del dios Sol.

Las sirenas

Cuando los griegos se acercaban a la isla de las sirenas, Ulises repitió a sus compañeros lo que Circe le había contado de estos seres peligrosos y qué medios le había aconsejado para librarse de sus encantos. Sólo Ulises escucharía el canto de las sirenas, pero pidió a sus marineros que le ataran al mástil con las sogas más fuertes que tuviesen. Y aunque les ordenase o rogase que le libraran de las ligaduras, lejos de hacerle caso, debían amarrarle todavía más. Antes de dejarse atar, tapó con cera los oídos a toda la tripulación.

Cuando Ulises oyó la arrebatadora canción, perdió el dominio de sí, y con signos y gestos suplicaba a sus compañeros que le desataran; pero en vez de obedecerle, le amarraban al mástil con más fuerza. Esperaron a que la isla de las sirenas hubiese desaparecido del horizonte para liberar a Ulises y quitarse ellos la cera de los oídos.



Ulises, atado al mastil de su navío, escucha a las sirenas; detalle de un ánfora griega. *British Museum*.

Los bueyes del dios Sol

Una vez pasado el peligroso estrecho de Sicilia (sic), divisaron a estribor una costa verde y soleada, donde una extensa bahía ofrecía al barco excelente refugio nocturno. Ulises reconoció la isla de Trinacria por la descripción que de ella le hicieron. Hubiera preferido seguir su ruta, pero sus hombres, que querían desembarcar a toda costa, insistieron y lograron persuadir a Ulises. Antes les hizo prestar solemne juramento que no matarían buey alguno que encontraran en la isla, "pues—les dijo—pertenecen al dios Sol y su venganza sería terrible si sucediera alguna desgracia a su ganado".

Pero desencadenóse una terrible tempestad que duró un mes. Faltaron los víveres y los hombres empezaron a sentir hambre. Un día, en ausencia de Ulises, Euríloco reunió a los demás marineros y les mostró los cebados y hermosos bueyes que pacían en la ribera. A su parecer, valía más hartarse de una vez y exponerse a la cólera del dios Sol, que morir lentamente de hambre. Todos fueron del mismo parecer y se apoderaron de dos bueyes escogidos entre los más hermosos. Se disponían a asar la carne cuando llegó Ulises y les reprendió con rigor por su desobediencia. Pero era un hecho consumado y dejó que las cosas siguieran su curso.

Una semana más tarde, la tempestad amainó y los griegos pudieron abandonar la isla. Mas al llegar a alta mar, una nube negro azulada ocultó el horizonte y se fue acercando, cada vez más grande y sombría. Al fin, inmensa y de mal agüero, se detuvo sobre la embarcación y en seguida se levantó una tempestad espantosa; el mástil se quebró, aplastando al timonel. En el mismo instante se oyó un estampido y un rayo cayó en el navío. Llenos de espanto, los hombres de Ulises se arrojaron por la borda y fueron engullidos por las encrespadas olas. El barco resistió algo más a los desencadenados elementos, pero era batido con tal furia, que acabó destrozado. Ulises consiguió unir el mástil y la quilla y pudo mantenerse a flote gracias a esta improvisada balsa.

La isla de Calipso

Durante nueve días con sus noches, el náufrago fue zarandeado por las olas; Ulises agotó hasta el último resto de sus fuerzas para sostenerse en la quilla de su desgraciado navío; al fin, la marea lo arrojó a la playa de una isla. Allí, en las verdes riberas, crecían magníficas y perfumadas flores, y en medio de un maravilloso bosque lleno de melodiosos trinos, un serpenteante sendero conducía a la caverna donde moraba la bella ninfa Calipso. Cuando ésta advirtió al extranjero, le dio su bienvenida, lo atendió amable y le rogó que se quedase junto a ella para alegrar su soledad. Sin embarcación ni útiles para construir otra, Ulises no podía abandonar la isla; no tenía, pues, elección y debía aceptar el ruego de la hermosa ninfa. Mas en su ánimo el deseo de volver a su patria era cada vez mayor.

De esta manera transcurrieron siete años. Un buen día, cuando se encontraba llorando junto al mar, como sucedía muy a menudo, sintió que una mano se posaba sobre su hombro y oyó una suave voz detrás de él. Era Calipso, que le sorprendía por primera vez en su dolor. Viendo cuánto ansiaba volver a su patria, le prometió su ayuda para regresar a Itaca. Le dio un hacha y otras herramientas para construir una balsa con la que pudiera atravesar el mar. Cuando el esquife estuvo listo y provisto de mástil y velas, Calipso entregó a Ulises provisiones y vestidos tejidos por ella misma, y llena de tristeza se despidió de él, deseándole un feliz viaje.

Ulises y Calipso

Regreso y venganza de Ulises

Ulises se hizo por fin a la mar y regresó a Itaca. La primera persona que vio al desembarcar fue a una joven y bella pastorcilla, en quien reconoció a su protectora, la diosa Palas Atenea, quien le ayudó a ocultar en una cueva los tesoros que había traído, cegando la entrada con una gran piedra. Después le dijo: "Primero, deberás hacerte pasar por extranjero, y para ello voy a transformarte, a fin que no seas reconocido". Y tocándole con su varita mágica, su piel se arrugó con rapidez; los cabellos, rubios como el oro, desaparecieron de su cabeza; sus rozagantes vestidos blancos se transformaron en harapos de mendigo y la espada se trocó en bastón de caminante.

"Vete a casa de Eumeo, el anciano porquerizo —dijo la diosa—. Él te pondrá al día en las cosas de tu casa, porque se mantuvo fiel a ti y a tu hijo Telémaco. Pero no descubras a nadie tu verdadera personalidad." El anciano pastor acogió al pobre extranjero, le ofreció hospitalidad y diole de comer y beber. El fiel porquerizo refirió a Ulises la vida regocijada que llevaban en su casa los "huéspedes" de Penélope, que, además de haberse invitado a sí mismos, aspiraban a la mano de su esposa.

Al día siguiente, Telémaco, hijo de Ulises, visitó al pastor y saludó con afecto al anciano mendigo. Mas, de repente, Ulises fue transformado por Palas Atenea y recobró su forma primitiva. Telémaco pasó de súbito de la sorpresa a la alegría al hallarse ante su padre, y propusieron en seguida la mejor forma de echar a los huéspedes importunos que asediaban a Penélope con sus peticiones de matrimonio. Telémaco no debía hablar a nadie del regreso de Ulises ni preocuparse del trato que los "pretendientes" dieran a éste.

Al día siguiente, Ulises se dirigió al palacio real acompañado de su fiel pastor. En el camino encontraron al cabrero de Ulises, que llevaba a palacio los más hermosos animales del

rebaño para el banquete de los huéspedes. Era un cómplice de los pretendientes e injurió a Ulises, creyéndole verdadero mendigo. Luego se toparon con el perro de Ulises, echado sobre un montón de estiércol, a la entrada del palacio. El animal, en otro tiempo ágil y vivaz, estaba ahora tan débil por lo viejo y abandonado, que no podía moverse; pero cuando vio a Ulises, lo reconoció en seguida, tendió su cabeza hacia él y moviendo la cola, brincó de alegría. Tamaña prueba de fidelidad conmovió tanto a Ulises, que se le escaparon las lágrimas. El fiel animal murió momentos después de reconocer a su dueño.

En la sala principal del palacio se celebraba una alegre y ruidosa fiesta. Al ver tantos invitados sentados ante las mesas llenas de manjares y bebidas, el dueño de la casa fue mendigando a cada uno un poco de pan. Antinoo, el más orgulloso de todos, se divirtió con él escarneciéndole, y al final le arrojó un banco a la cabeza. Ulises se mordió los labios y se sentó humilde a la puerta. Apareció entonces otro mendigo, llamado Iro, muy popular por su pereza y su glotonería, a quien se le tenía destinado el lugar junto a la puerta. Cuando vio al extranjero, se encolerizó y gritó a Ulises que le dejara el sitio libre. La disputa entre ambos mendigos regocijaba a los comensales, que los excitaban a la lucha y prometían una salchicha grande al vencedor. Iro, más diestro para la injuria que para luchar, recibió un puñetazo tan fuerte de Ulises, que cayó al suelo inerte y sangrando. La escena provocó en los espectadores hilaridad "hasta morirse casi de risa". Las risotadas subieron de punto cuando el viejo levantó a su joven adversario y lo arrojó de un manotazo al patio. Luego lo colocó ante la puerta y le dijo: "¡Ya puedes permanecer aquí sentado toda la vida y defender la puerta contra los perros y puercos! ¡Pero cuidado con mostrarte grosero hacia los extranjeros!"

La actitud de los juerguistas no daba lugar a dudas: el viejo mendigo les inspiraba respeto. Los esclavos, por el contrario, no le mostraban la menor deferencia y se burlaban a cada palabra graciosa que les dirigía. La más encarnizada era Melanto, que Penélope había educado como a una hija.

La hora del ajuste de cuentas se acercaba. Penélope tomó una decisión: considerando que era un deber suyo respecto a Telémaco, quiso poner fin a todas aquellas francachelas diarias. Al día siguiente, anunció a los pretendientes que estaba decidida a elegir esposo. Quien pudiera tensar el colosal arco de Ulises y disparar con la misma habilidad que él, sería su esposo. La prueba consistía en disparar una flecha y atravesar los anillos de doce segures colocadas una tras otra. Todos los pretendientes aceptaron la proposición.

Pronto se vio que nadie era capaz de tensar el arco de Ulises, por más esfuerzos que hiciesen. Por eso se burlaron del audaz y viejo mendigo cuando quiso probar suerte. Pero Penélope dijo: "No sería razonable despreciar a un huésped hasta el punto de no dejar que lo intente. Y nadie será tan necio para temer que este anciano se convierta en mi esposo". Ulises cogió el arco. La expectación era enorme. El viejo mendigo tensó el arco con tanta facilidad como si se hubiera tratado de un juego de niños y, con mano firme, disparó una flecha que atravesó los doce anillos. Después tomó una nueva saeta y dijo: "Ahora voy a ver si doy en un blanco que aún no fue alcanzado por flecha alguna". Disparó y Antinoo cayó al suelo herido de muerte. Entonces, todos quisieron echar mano de sus arcos y lanzas. Pero la víspera por la tarde, Ulises y Telémaco habían quitado todas las armas de la sala. El más animoso de los pretendientes sacó la espada y se lanzó contra Ulises, pero fue atravesado por una flecha. Telémaco, Eumeo y otro fiel servidor ayudaron a Ulises, y entre todos hicieron una verdadera matanza. Las muchachas que intentaron ayudar a los pretendientes, sus amantes, dándoles armas, tuvieron el mismo fin. Fueron colgadas en la plaza. El cabrero murió también con muerte vergonzosa.

Por fin, Ulises era otra vez dueño de su casa. Mandó retirar los cadáveres, limpiar la sangre y purificar el aire de la sala, quemando en ella azufre; después, mandó una esclava a las habitaciones de Penélope, para anunciarle el regreso de su marido. Penélope no podía

creerlo. Pero pronto desaparecieron sus dudas y la alegría no conoció límites. Los esposos tenían muchas cosas que contarse.

Así termina la epopeya de Ulises, en donde aparece un tema tratado con frecuencia por la literatura universal: la esposa fiel que aguarda el regreso de su esposo, abrazándole por último tras vencer toda clase de dificultades.

Ulises y Penélope, por Francesco Primaticcio, 1560. Óleo sobre lienzo. Museum of Art, Toledo (Ohio).

El ser humano común y corriente, simbolizado en la comitiva de Ulises, aparece constantemente expuesto a las fuerzas superiores de la naturaleza, manejadas por los dioses o por los hijos espurios de éstos. Sólo se salva gracias a la obediencia a sus jefes, representados por Ulises, y a la astucia y, amistades de éstos (los dioses que lo se cundan en momentos críticos), reflejándose así en el poema la política de entonces, basada en consejos aristocráticos que toman decisiones bien deliberadas, y en alianzas religiosas (anfictionías) entre las ciudades-Estados (polis). Muchas otras cosas trasparecen en la obra, pero sobre todo se trasunta gran emoción por el ser humano, optimismo respecto a su capacidad para sortear hados poderosos, orgullo ante su moral, intachable en comparación con la que repudiaban en sí mismos proyectándola a sus dioses.

Al revés de la *Ilíada*, la *Odisea* constituye la epopeya, no ya de hombres frente a hombres, sino del hombre contra todo. Este antropocentrismo fue característico de la cultura griega, cuyos santuarios, a diferencia de los monumentos orientales, se nos antojan hechos a la medida del hombre, y cuya filosofía pondrá a la razón de cada cual como metro (canon) de la verdad (Protágoras) y sólo reconocerá la conveniencia del todo armónico humano como criterio de moralidad (Epicuro). El hombre es fin en sí. El Occidente irá deduciendo en la práctica las consecuencias de proposición tan colosal. En el antropocentrismo griego finca la raíz última del pelagianismo, a la vez que del pluralismo y de la avasalladora eficacia de la cultura occidental.

Los trabajos de Hércules

La fe en la omnipotencia potencial del hombre se fundaba en dos explicaciones míticas: una, la de Prometeo, a quien, encadenado, las águilas devoraron vivo en castigo por haber regalado a la humanidad una chispa de inteligencia robada a los dioses; y otra, la de que los linajes humanos proceden, de una u otra forma, de los dioses. Esto se ve claro en los "héroes", hijos mestizos de un padre divino y una madre humana, o viceversa. Los héroes fueron cantados en innumerables leyendas y poemas. Aparecen en los relatos de la guerra de Troya; Teseo y otros personajes de la tragedia griega figuran también entre los semidioses.

Hércules Farnesio. Escultura helenística. Museo de Nápoles.

Hércules, a quien los griegos llaman Heracles, era el más popular de los héroes de las antiguas leyendas griegas. Hijo de Zeus y de una reina de Tebas, ya en la cuna había dado pruebas de una fuerza excepcional. Un día se le había encontrado acostado con dos grandes serpientes, una en cada mano: él las había estrangulado al ser atacado.

En su juventud cuidaba rebaños. Conduciendo un día sus animales, encontró en una encrucijada a dos diosas: una de ellas, bella como el día, prometió al mancebo una vida de

placer si la seguía. Hércules le preguntó quién era. "Soy la diosa del amor." La otra divinidad tenía un rostro grave y serio: era la diosa del deber. Dijo a Hércules: "El camino por el que te llevaré está erizado de dificultades y exige muchas renuncias, pero al final alcanzarás una gloria inmortal y un lugar entre los dioses del Olimpo". "Tú serás mi guía", le contestó Hércules.

Por entonces, Hércules se puso al servicio del apoltronado rey Euristeo de Micenas, quien le encargó doce trabajos de lo más difícil que pueda imaginarse, advirtiéndole que no sería emancipado de la esclavitud hasta haberlos cumplimentado. Hércules los llevó a cabo con pleno éxito y su proeza se hizo proverbial con el nombre de **"los trabajos de Hércules".** Su primera hazaña fue matar al León de Nemea, con cuya piel se hizo un manto que lo protegía de los golpes. Después luchó contra la hidra de Lerna, serpiente de varias cabezas y aspecto monstruoso que vivía en las tierras pantanosas del país de Lerna. Hércules cortó primero algunas cabezas de la hidra, pero por cada una que cortaba brotaban en seguida otras dos; entonces mandó a un esclavo que cauterizara las heridas con un madero ardiendo antes de que las nuevas cabezas empezaran a crecer. Cuando par fin mató a la hidra, emponzoñó sus flechas en el veneno del monstruo para hacerlas mortíferas.

Hércules realizó los trabajos uno tras otro. Uno que parecía imposible era la limpieza de los establos del rey Augías, donde se había acumulado el estiércol de miles de bueyes durante treinta años. Hércules resolvió el problema haciendo pasar el río Alfeo a través de las cuadras y en pocos días los montones de basura fueron arrastrados por las aguas. Más tarde, Hércules llegó al final del mundo donde se encontraba el gigante Atlas, cargando a sus espaldas la bóveda del cielo. Hércules lo invitó a robar unas manzanas de oro del jardín de las Hespérides, las hijas del Sol; entretanto, sustituirían al gigante sosteniendo en sus hombros la bóveda celeste. Pero cuando volvió con las manzanas de oro, Atlas se negó a coger de nuevo la carga. "Entonces me veré obligado a permanecer en tu lugar —dijo Hércules—. Bien, por lo menos ayúdame a poner un cojín sobre mis espaldas." Atlas no iba a negarle este pequeño favor. Mas tan pronto como Hércules se vio libre de la carga, huyó con las manzanas de oro y dejó al gigante lanzando imprecaciones.

El último trabajo que Euristeo le había encargado consistía en sacar a Cancerbero de los infiernos. Hércules, aunque muy animoso, iba con el corazón encogido cuando partió hacia la sombría morada de los espectros. Y sin la ayuda de Hermes, esta vez no habría podido tener éxito. Gracias al mensajero de los muertos pudo llegar hasta Hades, que le autorizó a sacar el perro a la Tierra. Trabajo le costó domar a este furioso monstruo de tres cabezas y serpientes en vez de pelos. Hércules se arrojó sobre el can y oprimió las tres cabezas entre sus manos; así, casi ahogado, el perro quedó reducido a la impotencia. El furioso Cancerbero se echó temblando a los pies de Hércules y se dejó llevar con docilidad. Cuando Hércules llegó ante Euristeo y le mostró el can, el príncipe quedó aterrorizado y suplicó a Hércules que apartara de su vista al animal.

Hércules era ya liberto. Pero no disfrutó mucho tiempo de la tranquilidad tan bien ganada; se fue por el mundo a luchar contra otros monstruos y poner su fuerza al servicio de los hombres. Casó con la bella princesa Deyanira. Un día, tenían ambos que atravesar un impetuoso río. Se preguntaba Hércules cómo podría salvarlo su mujer cuando apareció junto a ellos un centauro, ser mitad hombre mitad caballo. Se llamaba Neso y ofreció llevar a Deyanira sobre su lomo a la otra orilla. Pero cuando el centauro llegó allí, huyó llevándose a Deyanira. Hércules le disparó la flecha emponzoñada con sangre de la hidra. Mientras moría, el centauro tramó una venganza. Aconsejó a Deyanira que recogiera su sangre: "Si Hércules quiere un día abandonarte —dijo—, bastará con que mojes sus vestidos con mi sangre para que renazca su amor".

Algún tiempo después, Hércules hizo prisionera a una princesa bella y joven. Deyanira, movida por los celos, embadurnó con sangre de Neso una magnífica túnica que había bordado

para su marido. Apenas se la puso, el héroe fue presa de un agudo dolor: ¡la sangre estaba envenenada por la flecha de Hércules! La venganza de Neso se había cumplido y Hércules murió. Su alma fue acogida entre los dioses del Olimpo y Zeus y Hera le dieron en matrimonio a su hija Hebe, diosa de la eterna juventud.

El rapto de Deyanira, del Pollaiolo.

Orfeo y Eurídice

Una de las más bellas leyendas heroicas es la de Orfeo y Eurídice. Hace millares de años vivía en Tracia un cantor llamado Orfeo, hijo de Calíope, musa de la epopeya. Cantaba y representaba tan bien, que los animales salvajes acudían a oírle, como asimismo le escuchaban los árboles y aun las rocas. Sus acordes armoniosos acallaban la tempestad y apaciguaban las olas. Se decía que los dioses mismos le habían ofrendado su lira. Orfeo vivía feliz con su mujer Eurídice, cuando la desgracia lo abrumó. Eurídice fue mordida por una serpiente y murió antes de que pudieran prestarle socorro. La pena de Orfeo fue inmensa. Buscaba lugares solitarios y contaba su desgracia a las piedras y a los árboles. Al fin, determinó descender a los infiernos y suplicar a Hades que le devolviera a su querida esposa.

Al fondo de un bravío precipicio, al final de un camino subterráneo, llegó a la laguna Estigia, que surca en la barca de Caronte. Entró por fin a la sala donde se encontraba Hades con su esposa. La mirada del dios se endureció al preguntar a Orfeo cómo osaba entrar en su reino sin haber sido llamado por la muerte. Sin responder palabra, Orfeo tomó la lira y expresó su dolor con acordes conmovedores; después se puso a cantar. Sus versos eran tan patéticos que el terrible Hades se dejó convencer y prometió que Eurídice le seguiría y volvería a la Tierra, con una condición: que Orfeo no volvería la cabeza atrás hasta abandonar los infiernos y llegar al aire libre. Si por temor o amor se volvía a mirar a su esposa, la perdería para siempre.

Orfeo ante Hades.

Orfeo, loco de alegría, estaba resuelto a no mirar atrás antes de llegar a la Tierra. Pasó sin dificultad junto al Cancerbero, el monstruo de tres cabezas que guardaba la entrada del reino de los muertos; bastaron unos acordes de su lira para que el temible perro se tendiese dócil a sus pies. Orfeo seguía oyendo el rumor de los pasos de Eurídice detrás de él. La salida del infierno estaba tan cerca que se veía ya la luz del sol. Pero, de repente, no oyó ruido de pasos. La angustia le hizo perder la serenidad y se volvió. ¡Sí, su mujer estaba allí, precisamente detrás de él! Pero junto a ella se encontraba Hermes, el guía de las almas, que asía ya con su mano el brazo de Eurídice para llevársela consigo. Orfeo la vio desaparecer y sólo oyó que musitaba un adiós... para toda la eternidad.

La muerte es la única valla que el hombre no puede superar y la falta de mesura —sea por soberbia, descuido, impaciencia, etcétera— trae la muerte. Comportarse con mesura es saber vivir. Aristóteles hará el encomio del equilibrio o término medio: ni miseria, ni riqueza.

Hermes, Eurídice y Orfeo.
"El adiós supremo".

Las artes plásticas

En las artes plásticas de esta época, en cambio, no advertimos el mismo humanismo que en la poesía, pero hacia allá sin duda avanzaron paulatinamente.

En la época de Homero y de Hesíodo las artes plásticas no se preocuparon del hombre. No se encuentran cuadros como los descritos en los poemas, más que en los objetos de metal introducidos en el país por los fenicios, objetos que muestran un arte de tercer orden que hábiles negociantes destinaban a los indígenas. Eran, sin embargo, fuente de inspiración y renovación para los artesanos griegos.

Prácticamente, no encontramos obras de arte de grandes dimensiones. Nadie podía permitirse tal lujo. La cerámica, ante todo, es la que testimonia la evolución del estilo. Hacia fines de la época micénica, la decoración naturalista cedió paso cada vez más a un arte ornamental, evolución que terminó hacia el año 1000 antes de Cristo. Los griegos se orientaron conscientemente hacia formas abstractas y geométricas, hacia el empleo del compás, la regla y las líneas rectas y sencillas.

En este período, y algo más tarde, en los jarros, llegó a ser común adornar las tumbas con jarrones de más de un metro de alto, aparecen figuras humanas, sobre todo representaciones sencillas y esquemáticas de difuntos y plañideras; en la época de Homero se encuentran también algunas ilustraciones de relatos legendarios. Las siluetas humanas están aquí adaptadas con cuidado a los adornos abstractos: se han convertido en figuras geométricas formadas por triángulos y líneas con el mínimo indispensable de rasgos humanos. Hallamos aquí el primer ejemplo, quizás el más significativo, de uno de los principios más importantes del arte griego: no se representa al hombre, sino al *concepto de hombre*.[4] No debía compararse al artista con un fotógrafo que capta la realidad de una manera mecánica. Las impresiones del mundo sensible eran recreadas en el espíritu de los artistas griegos en una nueva realidad que adquiría forma cuando el escultor cincelaba el bloque de piedra o el pintor tomaba en sus manos el pincel.

El hombre adquirió mayor importancia en la decoración cuando aumentó el influjo de los mercaderes fenicios; entonces pasó a ser concebido también de forma más realista. Aquí aparece una diferencia característica entre los corintios dorios y los atenienses jonios. Los primeros, en efecto, no rompieron de pronto con los principios tradicionales de armonía y de buen gusto, sino que sólo adoptaron las nuevas formas gradualmente y siempre con mesura y con un agudo sentido de la crítica. Por el contrario, los pintores atenienses fueron inmediatamente conquistados por la nueva libertad artística y adoptaron entusiasmados cualquier tendencia pictórica, lo que no prosperó, dada su falta de experiencia; serían precisas varias generaciones para que los pintores aceptaran de nuevo una cierta disciplina. Sin embargo, muchas decoraciones protoáticas son modelo de vivacidad y de frescor.

El diseño geométrico no podía satisfacer el ansia de realismo, y tal frialdad acabó por no convenir al gusto de los griegos. Echando de menos los antiguos contrastes de luces y sombras fue como descubrieron las siluetas negras sobre fondo claro. Pero iba a ser necesario el paso de algunas generaciones, desde la muerte de Homero, para que los cuadros multicolores, que el poeta vio con la imaginación en el escudo de Aquiles, hicieran su entrada en el arte figurativo.

[4] Al menos del arte producido hasta el siglo V, pues ya en el siglo IV Lisipo se sale de este marco.

La mitología religiosa

A diferencia de las religiones orientales, la griega nunca estuvo dominada por sacerdotes dogmáticos. En efecto, no fueron los sacerdotes, sino los poetas y los cantores, quienes le dieron vida.

La piedra Onfalos de Delfos, las encinas sagradas de Zeus en Dodona, el olivo de Atenea, la fuente salada de Poseidón sobre la acrópolis de Atenas, prueban que los griegos fueron fetichistas en los tiempos más remotos. Adoraban los animales sagrados, los árboles y determinados objetos de madera o de piedra, considerados como mansión de las fuerzas divinas. Incluso en la época micénica encontramos un culto a los muertos que recuerda el de los egipcios.

La época micénica creó dioses personificados y dotados de nombres que se perpetuaron en los tiempos históricos: **Zeus** (el que junta las nubes, dios del cielo y del trueno) lleva un nombre que hallamos entre los pueblos indoeuropeos y que debe tener un remoto origen; es el Júpiter de los romanos y el Thor de los antiguos escandinavos. El monte Olimpo cubierto de nubes, aunque apenas formó parte del espacio hacia donde se expandió la cultura micénica, era considerado por los aqueos como la morada de Zeus; antes de invadir Ática y Peloponeso, los conquistadores del período heládico medio habían reparado sin duda en esta montaña y hecho de ella el asiento de sus dioses.

No obstante, fue durante la época homérica cuando el mundo de los dioses griegos adquirió la forma que conocemos ahora. El mundo de los dioses griegos, tal como aparece en nuestros días en el arte y en la literatura, salió principalmente de la imaginación de Homero y otros poetas. Heródoto afirma que Homero y Hesíodo ofrendaron a los griegos su mitología. Dieron nombre a los dioses, señalaron su misión, determinaron su poder y describieron su aspecto externo y su manera de ser. Los poetas convirtieron a los dioses en seres humanos, con pasiones y sentimientos también humanos, pero más bellos y más poderosos que los hombres, aunque inmortales, se alimentaban (de néctar y ambrosía).

En la fe popular, los antiguos dioses locales siguieron viviendo junto con la religión olímpica, válida para todos los griegos. La creencia en los demonios y en los buenos y malos espíritus tenía una función especial. Una reminiscencia de un antiquísimo culto a los animales la encontramos en los *sátiros*, hombres que tenían patas y cuernos de macho cabrío; en los *tritones*, hombres con cola de pez, y en los *centauros*, seres mitad hombre y mitad caballo, festoneados con un ejército de bellas ninfas, de gigantes espantosos, como los cíclopes de un solo ojo, y horribles criaturas como Hécate, la diosa multicéfala con su séquito de espectros y perros aulladores. Para el griego medio, estos demonios tenían más importancia que los dioses olímpicos de Hornero, ya que representaban las fuerzas de la naturaleza con las que debía luchar cada día o hacerlas propicias a toda costa. No obstante, no debe creerse que los dioses del Olimpo no significasen nada para los griegos. Al contrario, el pueblo los amaba y respetaba y se dirigía a ellos cuando necesitaba ayuda. Los dioses protegían al Estado y ponían bajo su amparo a algunos grupos sociales. Atenea y Hefaistos, por ejemplo, apadrinaban a los atenienses, mientras que Hermes era el bienhechor de los viajeros, ya fueran diplomáticos, comerciantes o campesinos.

Busto de Zeus.

Zeus era el dios supremo de los griegos. En la noche de los tiempos, su morada fue asaltada por una raza de monstruos malvados, titanes y gigantes, pero Zeus los venció y arrojó al sombrío abismo del Tártaro. En este mito observamos la antigua idea indoeuropea de la lucha entre las fuerzas benéficas y maléficas de la naturaleza, antítesis también presente en la doctrina de Zoroastro o Zaratustra y en las antiguas leyendas germánicas, en el combate de Thor contra los gigantes. Zeus compartía la soberanía del mundo con sus hermanos **Poseidón** (el Neptuno de los romanos) y **Hades** (Plutón); en forma parecida reinaba con sus hermanos el Marduk de los babilonios. Poseidón era el señor de los mares y surcaba las olas en un carro tirado por caballos marinos. Hades no solamente era soberano del reino de los muertos, sino también el dios de la riqueza, pues bajo la tierra germina el trigo y yacen los metales preciosos.

La vida en el palacio de Zeus era similar a la de una familia noble y afortunada. La paz familiar alguna que otra vez se veía turbada, pero así es la vida; además, ¿en qué familia no hay, de vez en cuando, algún escándalo, disgusto o intriga? El padre Zeus era, ciertamente, justo y bueno, pero tenía que soportar una carga en su familia: no se ha casado con **Hera**, su hermana mayor (la Juno de los romanos), por amor, sino porque ninguna otra diosa la igualaba en nobleza de origen. Hera no podía dejar de reprenderlo como a un niño; por otra parte, tenía motivos, porque Zeus no era precisamente un marido fiel. Zeus y Hera tenían un hijo, **Ares** (Marte), cuya dedicación, como la de su hermana Atenea, era la guerra. Ares, "el Sanguinario", se complacía en la sangre y en el tumulto de la batalla. El resultado del combate lo dejaba indiferente; él sólo sentía placer en los grandes hechos de armas y en las colosales matanzas.

Relieve procedente del Heraion o templo de Selinunte en Sicilia. Representa la boda de Zeus y Hera. Palermo, Museo Nazionale Archeologico.

De Latona, una antigua diosa caída en el olvido, recreada por la leyenda en forma de princesa mortal, Zeus tuvo dos hijos, los gemelos **Artemisa** (la Diana de los romanos) y **Apolo**. Artemisa era la juvenil diosa de los animales y de la naturaleza, pese a que originalmente se la representaba con apariencia menos amable. Los griegos la consideraban también diosa de la Luna; en ello hay una supervivencia de los tiempos lejanos en que Artemisa pertenecía a lo desconocido, la noche y la muerte, y se encontraba a igual nivel que Hécate, la diosa infernal, y la horrible Medusa, cuya sola mirada convertía a los hombres en piedra. La mentalidad griega elevó a Artemisa desde la tierra donde erraba con sus flechas y su arco hasta el Olimpo, en el que llegó a ser una doncella ideal—pura, sabia, sana y animosa-, semejante a Atenea.

Su hermano **Apolo**, el dios de la verdad y de la luz, protector de la poesía y de la música, destaca asimismo entre las figuras más gloriosas del Olimpo. Nueve diosas formaban su cortejo, las Musas, protectoras cada una de una ciencia o arte. Así, Clío era la musa de la historia; Urano, la de la astronomía; Talía, la de la comedia, y Terpsícore, la de la danza. Las musas siempre habían sido consideradas como diosas de la montaña; se creía que habitaban en cumbres como el Helicón (en Ática, al noroeste de Atenas), el Pindo (al norte de Grecia) y el Parnaso (en Fócida), nombres que todavía hoy se emplean como expresión figurada para la poesía.

Apolo de Belvedere. Escultura helenística. Museo Vaticano.

Atenea (Minerva) era otra hija de Zeus, pero no tenía madre. Cuenta la tradición qué un día en que Zeus sufría una tremenda jaqueca, por haberlo golpeado violentamente en la cabeza otro dios, se le apareció una diosa adulta y bella vestida con armadura y llevando en la mano una lanza y un escudo: era Atenea, la diosa del arte militar, de la cultura y de las ciencias, la divinidad tutelar de la ciudad de Atenas. Y de la misma manera que Zeus tuvo una hija sin madre, Hera parió un hijo sin padre: **Hefaistos**, patrón de los herreros. Su madre, considerándolo demasiado feo, lo arrojó del Olimpo a la Tierra y Hefaistos pasó su juventud en la isla volcánica de Lemnos, junto a los cíclopes, que le enseñaron el arte de la forja.

Hefaistos, devorado de continuo por deseos de venganza, ofreció un buen día a su madre una silla, magnífica muestra de su arte. Hera se sentó en ella, pero le fue imposible levantarse. Entonces Zeus prometió la mano de **Afrodita**, diosa de la belleza y del amor (la Venus de los romanos), al que la libertara. Ares quiso probar suerte; hacía tiempo que Afrodita y él se sentían mutuamente atraídos. Prometió echar a Hefaistos del Olimpo. Pero el dios de la guerra fue por lana y volvió trasquilado. No pudo más que sentarse avergonzado en un rincón y enfurruñarse mientras Atenea le llenaba de sarcasmos. La escena está representada en un célebre jarrón conservado en el Museo Arqueológico de Florencia.

La liberación fue obra de una divinidad que los moradores del Olimpo no habían admitido en su seno: Dionisos, dios del vino. Aparecido en Lemnos con un ruidoso séquito de sátiros y ninfas, pronto llegó a ser gran amigo del maestro herrero. Hefaistos cedió ante una copa de vino. Además, cuando Dionisos le prometió a la bella Afrodita por esposa, las últimas reticencias se fundieron como la nieve al calor del sol. Con el alma algo turbada, mas con el corazón contento, ambos dioses, en otro tiempo despreciados, volvieron al Olimpo y Hera fue despegada de la silla. El feo Hefaistos, zurdo, negro y giboso, se casó con la desenvuelta Afrodita, encarnación de la belleza. Los griegos debían encontrar gran placer en este contraste, que indica a maravilla cómo la belleza podía recompensar el trabajo, manual.

Afrodita inclinada, British Museum. Copia romana de un original helenístico.

El viejo amigo de Hefaistos, **Dionisos (Baco),** era como él, un dios estimado por los griegos. En principio, era un "pequeño Zeus", el hijo del "viejo Zeus" y de una divinidad terrestre—una de esas divinidades primitivas emparentadas con los dioses cretenses de la naturaleza y de su ciclo de muerte y de resurrección anual-. Durante el período clásico, Dionisos se convirtió únicamente en dios del vino. La embriaguez —y no sólo la provocada por el vino— y el éxtasis son las notas características de su culto; Dionisos recorre el mundo para dar a conocer la vid a los hombres y su viaje se representa como una procesión triunfal. Con la cabeza coronada de laurel y llevando un *tirso* rodeado de verde hiedra iba en un carro tirado por panteras y escoltado de bacantes —mujeres extáticas— y sátiros entregados a una danza descabellada. Dionisos adquirió así un papel cultural, quizás el más importante: se convirtió en el dios del arte dramático. El teatro se ha desarrollado partiendo de un ritual primitivo, en donde los desfilantes enmascarados cantaban la gloria de Dionisos.

Dionisos o Baco, dibujo de una crátera griega.

Hermes (Mercurio) es otro hijo de Zeus. Cuando era mensajero de los dioses, llevaba caduceo, casco y unas sandalias aladas. En un principio, quizás representó la columna de piedra que se erigía allí donde terminaba la ciudad o se iniciaba el camino hacia la urbe vecina, pues era la última cosa que veía el viajero al partir hacia regiones desconocidas y la primera en darle la bienvenida al regresar al mundo habitado. Todos cuantos tenían que abandonar la ciudad —pastores, embajadores, comerciantes y aun ladrones y bandidos— pedían ayuda y asistencia a Hermes, quien los protegía y concedía su saber. Hermes acompañaba también a las almas en el más largo e inseguro de los viajes: el que conducía a los difuntos al reino de Hades. Tenía por hijo a Pan, el dios de patas de chivo, inventor de la flauta, tan ruidoso y amante de la vida como su padre y, como él, gran aficionado a las bribonadas.

Los griegos no tenían, como los orientales, sentimientos de culpa; daban la impresión de un pueblo singularmente contento y armonioso. Sólo en un punto sus concepciones religiosas eran sombrías: la muerte, fin de todo. Como un ave nocturna, el alma abandonaba el cuerpo con un suspiro quejumbroso y se convertía en un espectro triste y errante del reino de Hades. "Vale más condenarse a trabajar como un jornalero en el más miserable de los campos, que ser el soberano de los muertos", dijo Aquiles cuando Ulises le evocó en los infiernos. Había que ser, sin duda, muy animoso para llevar una vida feliz ante tales perspectivas.

Entonces, ¿cuáles eran el sentido y objeto de la vida? Adquirir buena reputación; no quedar olvidado, sino permanecer como ejemplo generación tras generación. En eso consistía la inmortalidad, la vida eterna. Era preferible, por tanto, una muerte heroica en la flor de la edad, que una vida larga y oscura. Aquiles pudo elegir cuando enganchó sus caballos antes de su último combate. Uno de los corceles inclinó la cabeza, barrió el suelo con la crin y dijo a su dueño: "Tu última hora se acerca; esta vez vamos a conducirte a la muerte". "Lo sé —

respondió el héroe—, pero no me vuelvo atrás." Y dando una gran voz, lanzó su carro en el fragor de la lucha. ¡La suerte estaba echada!

Hermes, de Praxiteles

DOS INSTITUCIONES BENÉFICAS

El oráculo de Delfos

Los dioses daban a conocer su voluntad a los hombres por medio de presagios y, sobre todo, de oráculos. Los más célebres de éstos fueron el de Zeus, en **Dodona** de Epiro, donde el rumor de una antiquísima encina sagrada respondía a las preguntas, y el de Apolo, en Delfos, que fue durante mucho tiempo el oráculo más importante del mundo, El antiguo templo de Apolo se asentaba sobre una plataforma dominada por el Parnaso, desde donde la ciudad de Delfos, al pie de paredes escarpadas, se inclinaba hacia un profundo precipicio; entre fragosas montañas, vivía aislada del mundo, en un ámbito de impresionante silencio y en medio de las fuerzas primitivas de la naturaleza.

En lo alto del Parnaso, monte de 2.459 metros de altura, sede de las musas, las bacantes celebraban sus orgías en honor de Dionisos. Cuando parecía que la oscuridad iba a vencer a la luz, venían de Delfos, de Beocia y de Ática para las danzas salvajes y nocturnas; bailaban con las cabelleras sueltas, llevando antorchas en las manos, tirsos y serpientes sagradas; danzaban al son de la aguda flauta y del tambor obsesionante. Creían que, en aquel estado de "locura sagrada", el alma se liberaba del cuerpo y se unía a la divinidad, permitiéndoles así penetrar el futuro y profetizar.

Más abajo, en Delfos, se adoraba a Apolo, dios de la luz, y desde todas partes del mundo helénico acudían las gentes a su templo para pedirle consejo y protección. Preguntaban si la cosecha del año sería buena o mala, si debían comprar un esclavo, si casarse o no. Representaciones de pueblos y ciudades iban también a preguntar al oráculo sobre la voluntad de los dioses cuando tenían negros presagios, cuando reinaban el hambre y la peste, antes de tomar una decisión.

Antes de entrar al templo de Apolo, los peregrinos se bañaban en el agua cristalina de la célebre fuente Castalia; después ofrecían sacrificios en el gran altar que estaba ante el santuario. En la entrada, tinas leyendas escritas con letras de oro sobre los muros atraían la atención e invitaban a meditar. Se atribuían a los "siete sabios de Grecia" y aconsejaban el dominio de sí mismo y la moderación. Los griegos consideraban al orgullo (*hybris*) como el más grave de los pecados. El primer deber de cada mortal era conocer sus propias limitaciones. La más importante inscripción del templo de Apolo era ésta: "¡Conócete a ti mismo!".[5] Junto a estas palabras se leía también: "¡Guarda en todo la medida!" y "Guárdate de la exageración". Los siete sabios de Grecia son también autores de otras sentencias que manifiestan una profunda experiencia de la vida, como "Sólo es desgraciado quien no puede soportar la desgracia", y "La prosperidad precede a la decadencia".

En el interior del templo estaba el lugar de donde los peregrinos recibían las respuestas, pero les estaba prohibido entrar. Allí se encontraba Pitonisa, la sacerdotisa de Apolo, sentada sobre un trípode, encima de una hendidura que comunicaba con una cueva subterránea. La sacerdotisa se ponía en trance, como cualquiera médium espiritista, y profería palabras sin sentido; los sacerdotes de Apolo tomaban nota y después las alineaban en frases ordenadas y llenas de significaciones.

El oráculo alcanzó enorme influencia no sólo porque predecía el porvenir, sino sobre todo porque aconsejaba a los hombres en sus crisis de conciencia y les ayudaba a vivir en paz con los dioses. Innumerables hombres torturados por la incertidumbre estaban agradecidos al oráculo por haberles inspirado la decisión que debían adoptar. Podemos estar seguros que el oráculo aconsejaba generalmente el mejor camino a seguir; en efecto, los sacerdotes eran hombres sabios y debían tener gran experiencia de la vida y un profundo conocimiento del hombre. Sus relaciones abarcaban todo el mundo helénico; conocían, pues, con exactitud, el estado de cada región y de este modo podían dar los consejos más acertados. Cuando los dirigentes de uno u otro Estado inquirían la manera adecuada de llevar su política, los sacerdotes conocían las circunstancias como si estuvieran presentes.

En las luchas políticas, el oráculo tenía como norma estar siempre en armonía con el más fuerte. Para mayor seguridad, los sacerdotes inscribían con cuidado las preguntas y las respuestas sobre tablillas de madera y así formaron con el tiempo un archivo, al que se acudía cuando era necesario, por ejemplo, si venía un peregrino que ya hubiera consultado al oráculo con anterioridad. El oráculo y sus archivos se pueden comparar a una completa y moderna oficina de información. Desde luego los sacerdotes se equivocaban algunas veces, pero por lo general podían salir del compromiso formulando respuestas vagas, susceptibles de interpretarse de varias maneras, pues habría sido incomprensible que el oráculo errara alguna vez. Así, la pitia recomendó al gran estadista y general tebano Epaminondas que se guardara

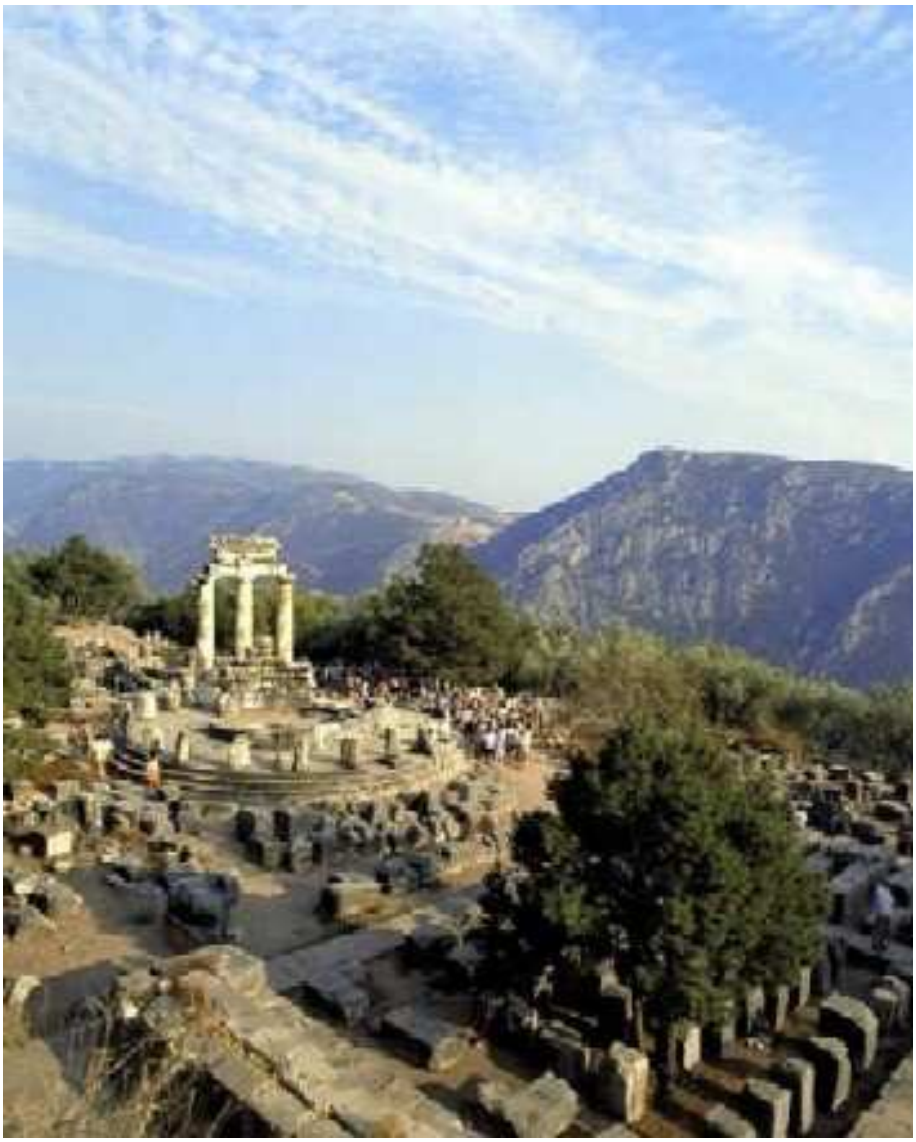
[5]Más adelante veremos cómo Sócrates da a esta sentencia un sentido más profundo todavía

de *Pelagus*, que significa *mar*. No obstante, Epaminondas encontró la muerte en el interior del país, en Arcadia, tan lejos del mar cuanto es posible en el Peloponeso. Los sacerdotes del oráculo salieron de situación tan embarazosa, haciendo observar que un bosque cercano al campo de batalla se llamaba *Pelagus*, o era llamado así desde entonces. El oráculo tuvo más suerte cuando predijo que la guerra del Peloponeso duraría veintisiete años. Los sacerdotes debían conocer la situación a fondo, puesto que predijeron una guerra tan larga. Tres veces nueve sólo significaba, quizás una frase hecha para designar un período de larga duración; pero, en este caso, la cifra simbólica salió bien escogida. El oráculo tuvo también la inmensa suerte de estar de parte de los espartanos desde el comienzo de la guerra hasta el final, y Esparta acabó por ganarla. Por el contrario, los sacerdotes tuvieron menos suerte con ocasión del gran conflicto entre griegos y persas; sobrevaloraron las fuerzas persas y creyeron que el poderoso ejército de invasión arrollaría a los griegos, pero ocurrió exactamente al revés. Los sacerdotes explicaron que la victoria se debía a la intervención del oráculo y a fuerzas sobrenaturales.

Se puede afirmar con seguridad que Apolo de Delfos contribuyó en gran manera a desarraigar la venganza de las costumbres griegas; para ello se crearon refugios en donde se estaba al abrigo de todo perseguidor; con ello los sacerdotes de Apolo prestaron un gran servicio a la humanidad. Durante mucho tiempo, Delfos fue el centro religioso de Grecia. "El hogar de la Hélade", como se denominaba al oráculo, era para los griegos lo que Roma llegó a ser para los cristianos en la Edad Media y La Meca para los musulmanes. Este lugar era considerado como el centro del mundo y se simbolizaba esa idea con una piedra sagrada en forma de medio huevo, colocada en el templo; se llamaba *Onfalos*, (ombligo), el ombligo del mundo. Sobre ella se habían encontrado dos águilas enviadas por Zeus; una procedente del este y otra del oeste. En el exterior del templo había una reproducción de esa piedra sagrada que las excavaciones han puesto al descubierto. De todas partes se recibían presentes para el dios Apolo, y en tan gran cantidad que su templo era insuficiente para guardarlos todos. Por ese motivo, los Estados griegos más ricos mandaron construir en Delfos extensas habitaciones donde se conservaran sus obsequios a la divinidad. No hay duda que el rey Creso fue quien hizo la ofrenda más rica: un verdadero tesoro de oro y plata.

El templo fue destruido por un terremoto unos cuatro siglos antes de nuestra era; así, pues, hubo necesidad de reconstruirlo y los donativos afluyeron de todas partes, hasta de Crimea. También el faraón envió una aportación considerable. Nada podría mostrar mejor el renombre universal que gozaba el oráculo. Pero llegó un tiempo en que las riquezas de Delfos incitaron al robo y al pillaje. Las hordas tracias fueron las primeras que lo asaltaron; después, los romanos se llevaron una gran cantidad de tesoros e incontables objetos de arte; por último, los cristianos también dirigieron sus ataques contra este "bastión del paganismo". El furor destructor se cebó sobre todo en el lugar más sagrado del templo: allí donde se sentaba la pitonisa. Y los terremotos e inundaciones se añadieron a los estragos ocasionados por los hombres.

Finalmente, se construyeron casas sobre este terreno dedicado al dios de la luz, y sobre este suelo consagrado se levantó una población que los arqueólogos tuvieron que trasladar cuando en 1812 comenzaron las excavaciones costeadas por Francia. Los investigadores descubrieron, en primer lugar, una colección de inscripciones, y después, objetos de arte y restos de arquitectura griega antigua. Pocas excavaciones han enriquecido tanto nuestros conocimientos sobre la cultura y la historia griegas.



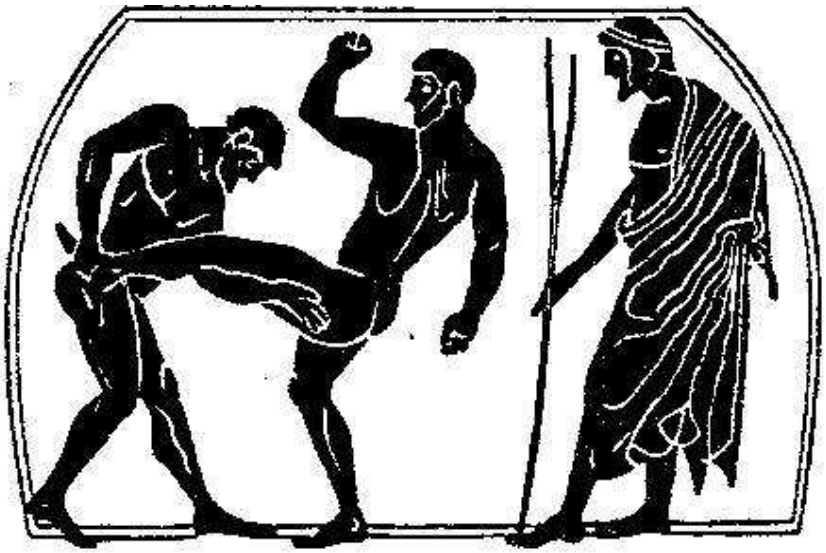
Delfos, la ciudad santa, símbolo de la unidad espiritual del mundo griego.

Los deportes

Luciano, célebre escritor griego del siglo II de nuestra era, fue quien creó el diálogo satírico. En uno de sus diálogos, un escita pregunta a Solón qué utilidad tenían las competiciones deportivas griegas. "Dan vueltas en la arena como cerdos —dijo el escita— y se atacan como chivos. La escena a veces es terrible y brutal y, sin embargo, no son separados por ese hombre vestido de púrpura, que, a juzgar por su ropaje, debe ser un representante de la autoridad. Me gustaría saber para qué sirve todo esto; en verdad, me parece una locura." Solón trató entonces de hacer comprender al "bárbaro" el grandioso significado de estos ejercicios físicos que podían parecer tan despreciables y peligrosos. "El cuerpo de un hombre vigoroso no debe ser graso y blanco como el de una mujer, pálido por encerrarse en su morada. ¡Contemplad nuestros muchachos de piel bronceada. Son como deben ser: hombres llenos de vida, calor, energía viril y rebosantes de salud; no están arrugados ni enflaquecidos y menos aún fofos; el sudor les quitó la grasa superflua y sólo les dejó músculos y fuerza. Lo consiguieron con dieta y gimnasia. Estos dos elementos son para el cuerpo humano lo que la criba para el trigo: la cascarilla del grano se elimina y sólo queda el trigo puro."

También al Estado le interesa que los ciudadanos jóvenes se ejerciten en la gimnasia y los deportes. "No se entrenan sólo para ganar premios en las fiestas, ya que pocos lo consiguen, pero logran para el país y para sí mismos ventajas mucho mayores. Un día, quizás todos los ciudadanos deberán tomar parte en luchas más importantes: por la libertad del individuo, la independencia y la prosperidad de la patria. Estos ejercicios que vemos ahora son una preparación."

Luciano también subrayó la estética de los ejercicios gimnásticos: "Como los muchachos deben quitarse los vestidos ante mucha gente, creemos que vale la pena adquirir un aspecto externo agradable, para no avergonzarse al presentarse desnudos".



Los antiguos griegos honraban a Zeus practicando la lucha y otros deportes y exhibiendo la belleza de sus armoniosos cuerpos. Para ellos la molicie era tan vergonzosa como la ignorancia.

Esta significación tuvieron los ejercicios gimnásticos para el arte griego. El griego culto no se avergonzaba de su desnudez. A los escultores y pintores les bastaba frecuentar el gimnasio para encontrar modelos. Las formas armoniosas se grababan tan bien en la mente de los artistas, que los más eximios pudieron expresar la belleza de lo divino en el cuerpo humano como nadie lo ha hecho antes ni después de ellos. Los griegos reverenciaban la belleza, no sólo en el arte, sino también en la vida diaria. Había concursos de belleza en Elis para hombres y en Lesbos para mujeres; incluso algunos templos exigían haber ganado algún concurso de belleza para ser admitido como sacerdote.

Los jóvenes más apuestos concurrían a las solemnes competiciones del estadio de Olimpia, en donde se reunían cada cuatro años los mejores atletas del mundo griego. Mejor que nadie, los antiguos griegos cumplieron aquella sentencia de *Mens sana in corpore sano*, y así fueron el pueblo más armonioso del mundo. Para un joven helénico, la molicie y la indolencia física eran tan vergonzosas como la ignorancia, y tanto una como otra indicaban una falta de cultura y de educación. Todo esto era tan natural para los griegos de la Antigüedad como para los norteamericanos de hoy, por ejemplo. No puede imaginarse una ciudad griega sin campo público de deportes, dotado de árboles y agua corriente. Quien quería ganarse la estimación de sus conciudadanos, debía pasar parte de su juventud en el estadio, único lugar donde se adquiría aquella soltura y dominio de si mismo que caracterizaban a los hombres libres y los hacían aptos para participar en la vida pública.

En Olimpia, Zeus era el patrono de los Juegos. En Delfos, en el istmo de Corinto y en Nemea se celebraban también Juegos siempre en honor de una u otra divinidad. De la misma manera que los israelitas dedicaban a Jehová cantos y danzas, los griegos honraban a Zeus y a Apolo con concursos de lucha, carreras y la exhibición de la belleza de sus armoniosos

cuerpos. En tiempos remotos se celebraban también competiciones en honor de los héroes muertos. La Ilíada nos refiere los Juegos con que Aquiles honra la memoria de Patroclo. Sin embargo, los Juegos Olímpicos eran los más reputados y los griegos les dieron tanta importancia, que dividían el tiempo en olimpíadas, comprendiendo cada una de ellas los cuatro años de intervalo entre los Juegos. La primera olimpíada empezó en 776 antes de Cristo, pero los Juegos Olímpicos datan de más de un siglo antes.

En la temporada de los Juegos, el bosque sagrado de Zeus, junto a las orillas del río Alfeo, vibraba de júbilo. Centenares de miles de personas acudían a Olimpia y seguían con entusiasmo este espectáculo único en el mundo. En su origen, en el Estadio Olímpico no se celebraba más que una sola competición, la carrera, pero poco a poco se añadieron otras especialidades deportivas. Los corredores griegos son célebres en la historia. Cuando en el año 490 antes de Cristo los persas invadieron el Ática, los atenienses enviaron al corredor Fidípides a Esparta para anunciarles el peligro, salvando 220 kilómetros en dos días. Todavía más célebre es el corredor que poco después cubrió la distancia de Maratón a Atenas (42 kilómetros) para anunciar la victoria de Milcíades sobre los persas: Diomedon, el veloz emisario, murió después de pronunciar su mensaje. Las competiciones de salto no consistían sólo en saltos de altura y longitud, sino también en profundidad. A estas competiciones siguieron las de lanzamiento de discos y jabalinas. La técnica del lanzamiento de éstas era, más o menos, parecida a la nuestra: los griegos tomaban carrera sosteniendo la jabalina con dos dedos para efectuar el lanzamiento. De esa forma se incrementaba la velocidad inicial del arma.

El corredor Fidípides.

Después venia el apasionante concurso de lucha: debía derribarse al adversario durante tres veces y hacerle tocar el suelo con la espalda o el trasero. El pugilato era aún más peligroso. En más de alguna ocasión, el vencedor dejaba muerto a su adversario. Los boxeadores se cubrían las manos con correas de piel de buey guarnecidas con trozos de cuero duro, reforzados con clavos de cobre y bolas de plomo. Al terminar estos combates, los púgiles ofrecían un aspecto lamentable.

La competición más variada era el pentatlón, que comprendía la carrera, lanzamiento de disco, salto, lanzamiento de jabalina y lucha. Quienes participaban en esta prueba eran los atletas más completos y con su fuerza tenían que aunar flexibilidad y agilidad. Las carreras de carros eran, sin embargo, lo que despertaba mayor entusiasmo entre los espectadores. Las cuadrigas, lanzadas a un toque de las trompetas, levantaban nubes de polvo y tenían que doblar doce veces el límite colocado en la extremidad del estadio. Al acercarse el viraje, los caballos se embalaban, algunos carros se salían de la pista, otros chocaban entre sí y no pocos quedaban deshechos.

El discóbolo. Escultura de Mirón.

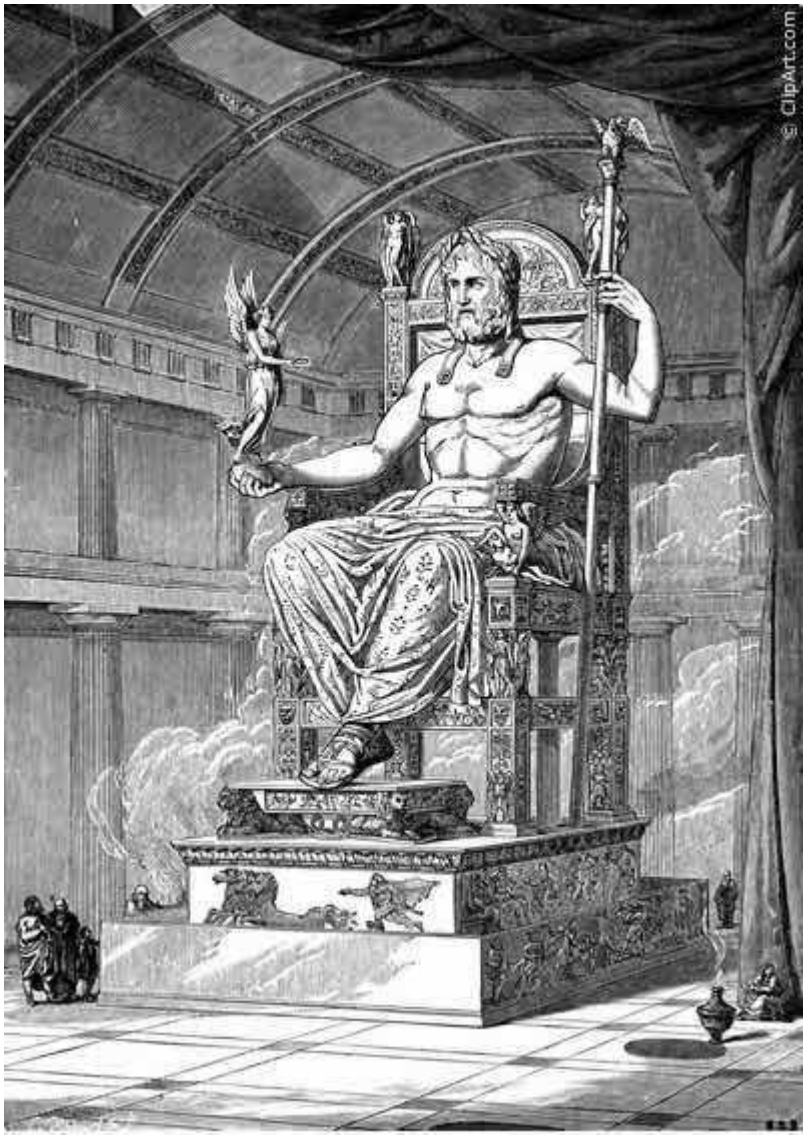
La más importante de las fiestas era la distribución de premios, no por el valor intrínseco del galardón, pues los vencedores sólo recibían una corona de laurel, sino por el honor imperecedero que allí se alcanzaba. Se comprenderá el prestigio que suponía una corona olímpica con esta anécdota histórica: el viejo Diágoras, de Rodas, ganó en su juventud

los Juegos Olímpicos y vivió lo bastante para ver cómo sus dos hijos conseguían el mismo triunfo. Los dos jóvenes coronaron a su padre con sus laureles y le llevaron en triunfo alrededor del estadio bajo una lluvia de flores. Los espectadores aclamaban: "¡Ya puedes morir, Diágoras, pues ya no tienes nada más que desear!" Y en efecto, el anciano murió de alegría.

Cuando el vencedor de los Juegos Olímpicos regresaba a su ciudad era recibido con los máximos honores. Se le erigían estatuas, a veces recibía recompensas en dinero o una renta vitalicia o era mantenido durante el resto de su vida a expensas del Estado. Sus conciudadanos más ricos e influyentes se disputaban el honor de tenerle por yerno o amante. El aniversario de su victoria era celebrado en toda la ciudad, y poetas como Píndaro cantaban sus hazañas en el estadio. Entre la multitud que se apiñaba en Olimpia durante los juegos sagrados, siempre había personajes selectos del mundillo cultural griego. Miles de personas seguían los Juegos por curiosidad o para evadirse durante algún tiempo de su tarea diaria. Y—he aquí uno de los beneficios complementarios de los Juegos—los escritores y poetas encontraban un público siempre dispuesto a escucharles. En los Juegos Olímpicos fue dónde, por primera vez, el historiador Heródoto leyó algunos de sus escritos. Allí exponían sus obras los artistas, allí divulgaban sus trabajos los investigadores científicos y charlaban los oradores y filósofos.

Los últimos Juegos Olímpicos de la Antigüedad se celebraron en 393 después de Cristo. El emperador romano Teodosio, quien perseguía con saña las costumbres paganas, prohibió esta manifestación, que por otra parte había perdido su grandeza. Y en la generación siguiente, el segundo emperador del mismo nombre arrasó los templos sagrados de Olimpia, destrucción rematada por un terremoto y corrimientos de tierra; por último, el río Alfeo y uno de sus afluentes cubrieron el lugar con una espesa capa de aluvión. El glorioso lugar donde resonaron himnos y aclamaciones multitudinarias durante mil cien años, quedó convertido en un desierto y su mismo nombre fue olvidado.

La exhumación de los tesoros de Olimpia se debe a unos arqueólogos alemanes que dirigieron las excavaciones, subvencionados por su gobierno. Excavaron en la capa de aluvión que cubría las ruinas y descubrieron miles de objetos antiguos, que atestiguan que Olimpia atesoraba, junto con Delfos, el mayor depósito artístico del mundo. Los monumentos más notables eran los templos de Zeus y de Hera; este último, el más antiguo de todos los santuarios griegos conocidos. Su forma más arcaica se remonta probablemente al siglo VII antes de Cristo, y allí se encontró un Hermes de Praxiteles, bellísima obra del arte griego y uno de los pocos originales que nos quedan de su edad de oro. El templo de Zeus, por el contrario, desde mucho tiempo antes había sido despojado del rico tesoro de Olimpia: la estatua de Zeus, hecha por Fidias en oro y marfil sobre un marco de madera. El manto del dios era de oro; las partes visibles de su cuerpo, de marfil, y el rostro de Zeus expresaba tal majestad, tanta dulzura y tan celeste paz, que su sola contemplación era ya un placer. Un escritor griego afirma que un hombre abrumado por cuidados y desgracias olvidaba todas sus penas en cuanto se hallaba ante la estatua. El busto de Zeus, de Otricoli, es sólo un pálido reflejo de la belleza que irradiaba la obra maestra de Fidias. Cuenta la leyenda que cuando Fidias hubo terminado la estatua, imploró a Zeus que manifestara su parecer. Y la estatua lanzó un rayo como su divino modelo.



El Zeus Olímpico.

GRECIA DURANTE LOS SIGLOS VII Y VI

LA SEGUNDA COLONIZACIÓN GRIEGA

De campesinos a marinos

En la época homérica, el centro de gravedad de la vida cultural se había desplazado a las ciudades jónicas del Asia Menor. Grecia, propiamente dicha, era todavía un país agrícola cuando los griegos que poblaban el Asia Menor ya hablan conquistado la riqueza material y cultural gracias a su comercio, navegación e industria. Por lo demás, los jonios tenían entonces por modelo a fenicios, babilonios y lidios.

A la larga, sin embargo, la tendencia era clara: mientras el Oriente civilizado se iba estancando, los indoeuropeos más allegados a aquél —griegos, hindúes y quizá también persas— estaban ya por convertirse en los más destacados adalides del progreso —o, si se prefiere, del cambio v de la creatividad— en todo orden de cosas.

Los arios de la India, inmersos entre millones de drávidas rutinarios, y aconsejados por sabios que preconizaban la evasión de este mundo ilusorio, no podían seguir muchos siglos en la delantera de la cultura. Los persas aportarían elementos decisivos en los aspectos político y religioso, pero la inercia de sus súbditos y la falta de contrapeso político interno —único contrapeso que no toleraron los generosos emperadores— terminó engullendo su originalidad como un marasmo. Sólo la cultura de los indoeuropeos de Occidente —griegos, primero; romanos, después; germanos, por último—sigue hasta hoy abriendo siempre nuevos horizontes a la insaciable humanidad.

En la época de las grandes luchas entre Occidente y Oriente, es decir, entre persas y griegos, los helenos del este fueron, con sus compatriotas de la península griega, los salvadores de la cultura occidental.

La civilización helénica logró entonces un período de esplendor, pero no fue entre los jonios del Asia Menor, sino en la misma península griega donde esta cultura terminó alcanzando su mayor grado de perfección, produciendo obras maestras sin cesar y logrando un nivel que jamás seria igualado por las generaciones futuras, pues no se ha dado en la humanidad pueblo con una civilización tan armoniosa como la de aquel que vivió en el suelo griego hace unos 2.500 años.

Ninguna cultura puede escapar del todo al influjo extranjero, y la civilización griega no fue excepción a la regla; pero la fuerza espiritual de los griegos era tal, que pudo armonizar las influencias orientales con las propias aspiraciones. Los griegos crearon de ese modo una cultura propiamente helénica, tanto en su forma como en su contenido.

Por eso mismo es que el hecho que su cultura haya ejercido en el mundo una influencia enorme y hasta creciente, es uno de los fenómenos más singulares de toda la historia de la humanidad.

¿Cómo explicar esto? ¿De dónde sacaban los griegos esas cualidades intelectuales y morales que, desde el punto de vista cultural, les han hecho superiores a los demás pueblos de la Antigüedad? ¿A que debían su inteligencia, su sentido de disciplina y de armonía, su amor a

la independencia, su individualismo, su sonriente optimismo? ¿Cómo se explica que esta raza favorecida por la salud y la belleza pudiera ser, a la vez, una raza de artistas y de pensadores?

Algunos encuentran la explicación en el suave clima mediterráneo. Esta región de naturaleza pródiga hizo del griego un ser moderado, sano de cuerpo y espíritu. Su cielo azul y bucólica geografía, de contornos muy delimitados, le dieron un espíritu claro y abierto a todas las ideas. Su alma no era presa de esa melancolía que reflejan los países septentrionales. Las formas y colores de Grecia modelaron, sin duda, el gusto artístico de sus habitantes. En este sentido, no debe olvidarse cuán esencial fue el mármol, que el suelo griego producía en gran cantidad, para el desenvolvimiento de la escultura y de la arquitectura.

Y, sin embargo, si los griegos no hubiesen sido en su origen una raza sana y dura, no hubieran proporcionado, ni siquiera en las orillas del Mediterráneo, la enorme cultura que les ha valido un lugar preeminente en la evolución de la humanidad. Pues a pesar del clima favorable, Grecia no es un país rico; su suelo no era tan fértil como en Egipto o Mesopotamia. Al contrario, Heródoto dice que "la pobreza ha reinado siempre en Grecia". Pero añade: "Los griegos son animosos y así pueden evitar la miseria". Hubiera podido añadir también que "gracias a sus necesidades limitadas", pues quien acierta con el arte de equilibrar sus gastos con sus ingresos nunca se sentirá pobre.

Los griegos eran tan frugales como el resto de los meridionales. El hombre de la calle pasaba todo el día con un trozo de pan y un puñado de aceitunas o unas cebollas; alguna vez, unos higos. Un trozo de carne era un festín poco frecuente, lo que puede observarse en la forma con que Homero describe un asado. Al vino del país se le añadía siempre agua. Sólo un pueblo robusto y trabajador podía roturar y cultivar sus pocas tierras fértiles, con frecuencia esparcidas entre montañas y que sólo se ensanchaban algo en el curso inferior de los ríos. Las tierras de labor más extensas se hallaban en la llanura de Tesalia, el granero de Grecia. Allí se criaban caballos en tal cantidad, que la región podía reunir una caballería impresionante. Pero Tesalia no formaba parte de la Grecia propiamente dicha.

Por otra parte, tales regiones fértiles pueden compararse con los oasis en un gran desierto montañoso, pues los montes cubren las cuatro quintas partes del país, incluyendo las islas. Sin embargo, ni las montañas impidieron la revalorización y cultivo del suelo; sin retroceder ante ningún esfuerzo, los griegos construyeron muros de contención en líneas escalonadas que, impidiendo que la lluvia se deslizara y se perdiera su efecto, permitieron el cultivo de la vid en las soleadas vertientes.

Al principio, los griegos vivían de lo que la tierra les ofrecía espontáneamente. Los reyes de los poemas homéricos poseían rebaños de bueyes, cabras y cerdos que sus esclavos y siervos llevaban a pacer en los bosques y laderas de las montañas. Sólo con el correr de los tiempos fue tomando importancia el cultivo del trigo, de la vid, del olivo y de la higuera. También los griegos mostraron pronto su habilidad en otros terrenos: llegaron a ser excelentes pescadores, marinos y comerciantes.

En época legendaria dieron los primeros pasos en el camino de su civilización cuando las tribus, antes nómadas, tornáronse sedentarias en su nueva patria y se dedicaron a la agricultura. El siguiente estado en su evolución lo alcanzaron al familiarizarse con el océano, esa inmensidad ante la que tiemblan siempre los pueblos que todavía no la conocen. Hesíodo, poeta campesino, no podía mirar el mar sin estremecerse. Pero había de pasar mucho tiempo antes que estos pastores y campesinos arriesgaran sus vidas en las olas del piélago. Sus predecesores en el país habían sido grandes marinos, y la configuración litoral los invitaba, por así decir, a la mar. De todos los países mediterráneos, Grecia es el que posee costas más recortadas; asimismo, no existe ningún punto que diste más de noventa kilómetros del mar.

Cuando un pueblo se hace marino, se desenvuelve siempre en una nueva dirección. Sin embargo, no basta con tener barcos y saber servirse de ellos; hay que poseer también algo para establecer un comercio. Todo el trigo que producía Grecia era necesario para su

población. Así, pues, fue la industria lo que proporcionó a los marinos griegos artículos en las costas extranjeras. La industria se desarrolló abiertamente cuando la lana, trabajada en cantidades ingentes, permitió la exportación de tejidos. También tenía hierro en abundancia, sobre todo en Laconia, en la isla de Eubea y en las Cicladas; cuando los griegos fueron maestros en el arte de trabajarlo, pudieron exportar armas y herramientas. Algunas regiones poseían una arcilla fina con la que se fabricaban magníficos jarros. La cerámica floreció sobre todo en Corinto (durante siglos enteros, la ciudad exportó sus productos a todo el litoral occidental del Mediterráneo) y en Atenas, donde los alfareros se agrupaban en un barrio denominado *Kerameikos*, barrio que se convirtió después en centro económico y político de la ciudad. Durante el siglo VI, la cerámica ática conquistó el mercado mundial y desbancó a los productos jónicos y corintios. Los artistas que decoraron estos vasos no se entretuvieron con motivos ornamentales, como en el periodo egeo, sino que dibujaron cuadros sacados de la vida cotidiana: ejercicios de gimnasia, guerreros, batallas navales, enterramientos, etcétera.

Taller de herrero. De un vaso griego del siglo VI. a. de C.

CARACTERIZACIÓN DE LA SEGUNDA COLONIZACIÓN GRIEGA

Cuanto mayor auge adquirían el comercio y la industria, tanto más se precisaba encontrar materias primas y mercados para dar salida a los productos manufacturados. Esta necesidad se hacía apremiante, puesto que la población de la península griega y de las colonias jónicas crecía de tal forma, que sería preciso importar trigo de regiones más productivas, en especial de las situadas a orillas del mar Negro. Los hombres animosos y emprendedores podían buscar en el extranjero una vida mejor. La emigración era todavía relativamente baja en el siglo VIII, pero aumentó mucho en el VII antes de Cristo, cuando el comercio y la industria adquirieron de pronto un notable desarrollo. Ello se debió a dos circunstancias: a la puesta en circulación de monedas de oro y de plata, lo que permitió pagar al contado y evitar el farragoso trueque. Durante mucho tiempo, el medio de cambio había sido el ganado, pero, en contradicción con lo que muchos creen, no era el único. En el canto VII de la *Ilíada* leemos que:

"Allí los melenudos aqueos se abastecían de vino, unos cambiando por bronce, otros por armas blancas, algunos por pieles de vaca, quienes por otras vacas, bastantes por prisioneros..."

Los predecesores inmediatos de la moneda fueron pequeños lingotes de oro ó plata, a veces en forma de espiral, del que se cortaba un trozo determinado para pagar una compra. Pero había que recurrir a la balanza y a la piedra de toque para la menor transacción, y no era práctico el procedimiento.

Se cree que la moneda propiamente dicha, es decir, la pieza de metal con un sello del Estado que garantice el peso, forma y dimensión, apareció en el siglo VIII antes de Cristo, en Lidia, durante el reinado de Giges. También se empleó en Argólida una moneda de plata con la efigie de una tortuga, símbolo de la ciudad de Egina. El uso de las monedas se extendió por los centros comerciales jónicos tanto como por los de la madre patria, y pronto se desarrolló una economía francamente monetaria. El antiguo trueque sólo se mantenía con los Estados situados en el interior, como Esparta, donde la agricultura era la principal fuente de comercio.

La aparición de la moneda debió contribuir, en el siglo VII antes de Cristo, a la marea humana que helenizó las costas del Mediterráneo y del mar Negro. Las grandes emigraciones de los siglos VII y VI son conocidas con el nombre de *Segunda colonización griega*, para distinguirlas de las primeras, constituidas por las emigraciones aqueas. Difieren de la primera colonización —suponiendo que puedan llamarse así estas migraciones— por sus causas y desarrollo. La denominada primera colonización era una huida, no una colonización en el sentido estricto de la palabra: una nación que huye de otra y se refugia en las costas extranjeras. La segunda emigración no es una huida, sino la partida de ciudadanos aislados que esperan mejorar su situación en otros países. Ahora no son hordas enemigas quienes los arrojan de su país, sino factores internos, sobre todo el progreso comercial e industrial.

La segunda colonización griega difiere, además, de la primera en que los habitantes de cada ciudad madre ("metrópolis") que salieron a colonizar otras comarcas, se asentaron en ciudades diferentes de las fundadas por ciudades de otras metrópolis. Por eso se consideraban unidas a su ciudad natal (metrópoli) por lazos muy sólidos, en especial de carácter religioso. Llevaban consigo a tierra extraña un rescoldo del fuego sagrado de su patria v enviaban representaciones para tomar parte en las solemnidades religiosas de la vieja ciudad y ofrecer sacrificios a sus dioses tutelares. Así, pues, las urbes antiguas y las nuevas mantenían relaciones muy estrechas y se establecían verdaderas familias de ciudades: la ciudad-madre y las diferentes colonias, que ésta había fundado, denominadas ciudades-hermanas. Cuando las colonias corrían peligro, buscaban refugio en la metrópoli. La guerra entre una colonia y su ciudad-madre se consideraba como impía, como impío es que un hijo golpee a su madre. Todo ello no impedía que una colonia se convirtiese en competidor peligroso para el comercio de la metrópoli.

Colonias griegas y fenicias

La colonización griega difiere mucho de la de los fenicios. Las diferencias pueden resumirse con el siguiente detalle: los colonos griegos, por no estar mezclados con colonos de otras patrias, no se sentían como emigrantes en sus nuevos hogares. En cambio, las colonias fenicias, excepto Cartago y las ciudades de Sicilia, sólo tenían lazos comerciales establecidos para servir los intereses de Tiro, Sidón y otras ciudades fenicias. Por otra parte, las colonias griegas eran auténticas ciudades habitadas permanentemente; algunos de sus miembros se desempeñaban como agricultores en la vecindad. Ello explica, también, por qué la colonización griega tuvo una influencia cultural mucho más profunda que la fenicia. Las colonias helenas eran puestos avanzados de la civilización griega, mientras que las fenicias no miraban más que al señuelo de la ganancia.

En la competencia, siempre tenaz, que los griegos oponían a los fenicios, había notorias ventajas a favor de los primeros: Grecia ocupaba una posición central muy favorable para comerciar por el Mediterráneo, disponía de muchos puertos y gozaba de independencia política; por el contrario, los fenicios situados entre tres grandes potencias rivales (Egipto, Asirio-Babilonia y los hititas) vivían en un estado de inseguridad política, que por fuerza debió frenar su desenvolvimiento comercial.

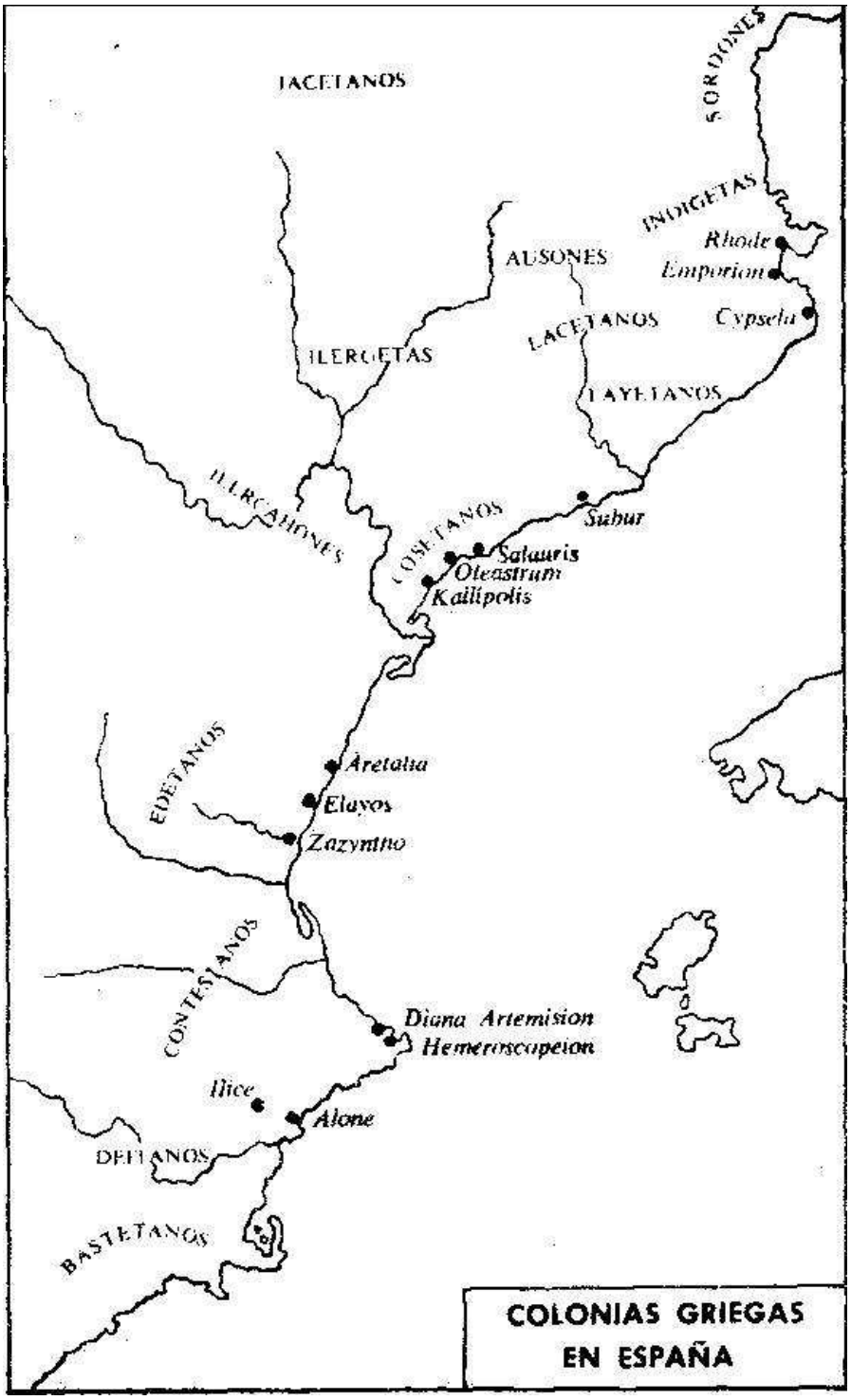
Comparar los resultados permanentes de la colonización griega con los de la fenicia es tratar de comparar el día con la noche. Numerosas ciudades griegas han resistido con tenacidad los poderes de la destrucción hasta nuestros días, en tanto que las colonias fenicias han perdido toda o casi toda su significación y han sufrido la suerte de las antiguas ciudades de Egipto, Asiria, Babilonia y Persia. Así, la antigua **Bizancio** —hoy Estambul— ha sido siempre el centro del comercio levantino, y **Marsella** —la antigua Massalia— aún conserva su rango de puerto más importante de Francia, posición que ya detentaba en tiempo de los griegos. También **Niza** es una de las más antiguas ciudades fundadas por ellos. La influencia de Massalia se dejó sentir en todo el litoral francés y español hasta la desembocadura del Ebro; también las poblaciones provenzales fueron poco a poco helenizadas. Massalia demuestra que los colonos griegos sabían aunar la acción cultural y las empresas comerciales. Mientras los fenicios explotaron sus colonias durante siglos sin ofrecer la menor compensación, los griegos enseñaron el alfabeto a las poblaciones de Francia y España.

Colonias en Occidente

La colonización en el litoral ibérico se inició con **Ampurias**, nombre derivado del griego *emporion* (mercado), lo que indica su característica comercial. Hacia la segunda mitad del siglo VII antes de Cristo, colonos foceos procedentes de Massalia fundaron primero Paleópolis o ciudad antigua en un islote litoral, acaso porque las tribus indigetes de tierra firme eran "gente dura y feroz", como insinúa el cronista Avieno. El trato comercial estableció sin duda mayor cordialidad, y ello condujo, un siglo después, a la fundación de **Neápolis** o ciudad nueva, amurallada con hileras desiguales de bloques sin argamasa y una sola puerta, por donde, sin embargo, no se dejaba entrar con armas a ningún ibero. La traza urbana era regular, de sistema jónico, y contuvo magníficos edificios, una plaza central, una gran cisterna pública con purificadores, casas lujosas, el *buleuterion* o lugar de deliberación de los magistrados y un templo dedicado a Zeus Serapis, de planta y dimensiones semejantes al de Isis, en Pompeya.

Nuevas colonias ibéricas se fundaron en el litoral ibérico. Pero fue en Ampurias por donde penetró, como a través de una ventana abierta, la cultura griega en el extremo occidente y llegaron los primeros elementos civilizadores al pueblo ibero. Algunas de estas colonias, más tarde, fueron incorporadas al sistema proteccionista militar romano.

Los griegos de Massalia introdujeron la vid y el olivo, primero en su territorio, que no se prestaba a su cultivo, y después en todo el mediodía de Francia. También establecieron relaciones comerciales que se extendían no sólo en torno al Mediterráneo, sino incluso a lo largo de una red de ríos cuyos enlaces más importantes eran Ródano-Saona-Sena y Ródano-Saona-Mosela-Rin. Se han encontrado monedas acuñadas con la cabeza de Artemisa por un lado y con un león por el otro, en Francia, Suiza e Italia del norte hasta los valles alpinos. La simiente plantada en otro tiempo por los marinos helenos en la desembocadura del Ródano, en esta tierra "bárbara" de Occidente, había de dar nuevos frutos en la Edad Media. La Provenza iba a ejercer entonces hondo influjo en casi todas las obras de la literatura caballeresca en Europa.



Italia del sur llegó a ser una segunda Grecia. Los propios griegos la llamaban "Magna Grecia", en oposición a su patria, más pobre y pequeña. Estos ricos territorios pululaban de colonias helenas. La fértil tierra de Italia y de Sicilia constituía su granero y recibían también de allí abundante ganadería. Parece ser que los griegos introdujeron el olivo en Italia y Sicilia, como lo hicieron en el mediodía de Francia. En Sicilia, los griegos habían de compartir las regiones litorales con los cartagineses, a quienes pertenecían la costa norte y el oeste de la isla, y a menudo tuvieron que luchar con los sículos, población indígena muy belicosa. Italia del sur, al contrario, estaba casi por completo helenizada y los griegos sentían predilección especial por el litoral del golfo de Tarento, que muy pronto atrajo a los fenicios por su riqueza

en púrpura y pesca. Los rebaños de ovejas que pacían en estas regiones daban una lana renombrada, y la existencia de una excelente arcilla para cerámica originó allí una industria floreciente. Varias colonias de la "Magna Grecia" eran célebres por sus riquezas; así, **Tarento**, **Crotona** y la próspera **Síbaris**, que en el auge de su expansión era más rica que ninguna otra ciudad helena. Los sibaritas tenían el prurito de regodearse en sus riquezas y de quejarse de la menor incomodidad. Estaban tan saturados de placeres, que todavía hoy la voz *sibarita* es sinónimo del que vive una existencia refinada y sensual. Como es natural, una sociedad de vida tan regalada tenía que desmoronarse.

Crotona y Síbaris llegaron a ser rivales implacables. La gente de Crotona tenía otras maneras y sus atletas habían ganado las siete competiciones de los juegos Olímpicos. Su hostilidad degeneró por fin en una guerra abierta, de la que se cuenta que, al librar el combate decisivo, los caballos del ejército sibarita se pusieron a danzar al son de las trompetas enemigas. La guerra terminó con la caída de Síbaris hacia 510 antes de Cristo. Los vencedores arrasaron la ciudad hasta borrar el último vestigio del aborrecido enemigo; incluso, con los años, sacaron de madre el curso de un río para que pasara por el lugar en que se asentaba la opulenta Síbaris. No queda de la ciudad la menor sombra de su gloria pasada.

En el oeste, los griegos emularon a sus rivales macedonios, doblando las columnas de Hércules para alcanzar la desembocadura del Guadalquivir, de donde extrajeron cobre, metal muy apreciado, que embarcaban para su patria.

Colonias en el mar Negro

La segunda colonización griega se extendió desde España a Crimea: en casi todos los puertos se levantaban ciudades comerciales y el griego se hablaba por doquier. Mantenían comercio regular con Egipto y, en uno de los brazos del Nilo, los milesios erigieron **Naucratis**, la mayor ciudad comercial del país hasta la fundación de Alejandría. Los griegos eran ahora un pueblo de marinos y el mar se había convertido en su elemento. En los bosques de las laderas montañosas se oían los golpes de las hachas que hacían madera para construir sus flotas; sus anchos y lentos barcos mercantes, abarrotados, surcaban las olas, mientras los navíos de guerra, más pequeños y ligeros, parecían volar sobre las aguas en su misión de proteger el comercio ¡o dedicarse a la piratería!

En la nueva colonización no sólo tomaron parte los habitantes de la vieja metrópoli, sino también las antiguas colonias jónicas del Asia Menor y sobre todo Mileto, que no fundó menos de noventa nuevas ciudades. Muy intrépidos, los marinos de Mileto se dirigieron al mar Negro, a pesar que los primeros griegos lo habían llamado "mar inhóspito" y temblaban ante tal inmensidad sin islas, ante la mole del litoral amenazador y escarpado de su costa oriental y las playas pantanosas del norte, siempre brumosas. El griego que daba la espalda a su acogedora patria para entrar en el mar Negro, se veía trasplantado a otro mundo expuesto al furor de las tempestades del norte. Allá no era posible vivir al sol, como en Grecia.

Pero los exploradores observaron que este país ofrecía algunas ventajas. Lo primero que vieron los exploradores fue, sin duda, la increíble riqueza pesquera. Los grandes bancos de atún que procedentes del este invadían el Bósforo cada otoño pronto atrajeron a los pesqueros griegos hacia el mar Negro. En vez de pequeños campos limitados por montañas, encontraron llanuras infinitas y muy fértiles, donde el trigo crecía en extensiones tan grandes que el maravillado griego apenas podía creerlo; en otros lugares se daba el cáñamo, mercancía muy codiciada, y los bueyes y carneros griegos no podían compararse con los enormes rebaños que pacían en las estepas y proporcionaban inagotables reservas de carne, pieles y grasas. En otras partes del país había grandes extensiones de selva virgen, que proporcionaban las mejores maderas de encina, fresno y olmo para la construcción naval. No existían puertos costeros ni

barreras protectoras de islas, pero este inconveniente quedaba compensado por unos ríos caudalosos y navegables que permitían llegar hasta el interior.

Las tribus guerreras del Cáucaso se abrieron paso también hacia las riberas de este mar con partidas de esclavos que deseaban vender. Los mejores esclavos procedían, sin embargo, de la costa sur. Los viajes hacia el mar Negro adquirieron más interés para los griegos cuando vieron que la población autóctona ostentaba alhajas de oro. Una exploración más detenida les dio a conocer los ricos yacimientos de las montañas del interior.

Con el correr de los tiempos, la "mar inhóspita" se trocó, para los griegos, en "mar hospitalaria" y Mileto rodeó el "Ponto Euxino" (mar Negro) de una cadena de colonias, sobre todo en las desembocaduras de los ríos y en Crimea, donde habían descubierto tierras laborables de una riqueza incalculable. Por los ríos transportaban a estas colonias los productos de las extensas llanuras rusas, en tanto que las mercancías griegas remontaban su curso hasta Rusia. Mileto exportaba, sobre todo, tejidos. Los griegos realizaron excelentes negocios en el litoral del mar Negro con la introducción del olivo y especialmente del vino, que los habitantes de estas regiones húmedas y frías acogieron con entusiasmo. Después que los "bárbaros" escitas gustaban esta bebida estimulante necesitaban beber cada vez más. Todavía hoy, Rusia meridional es uno de los mejores mercados de vinos griegos, exactamente igual que hace veinticinco siglos. En aquel tiempo, innumerables vasijas de arcilla, llenas de precioso mosto, atravesaron el mar Negro; hasta en Kiev se han encontrado vasijas jónicas. Entretanto, en los bordes del rasar de Azov, detrás de Crimea, nacía una cultura mixta, mitad griega, mitad persa.

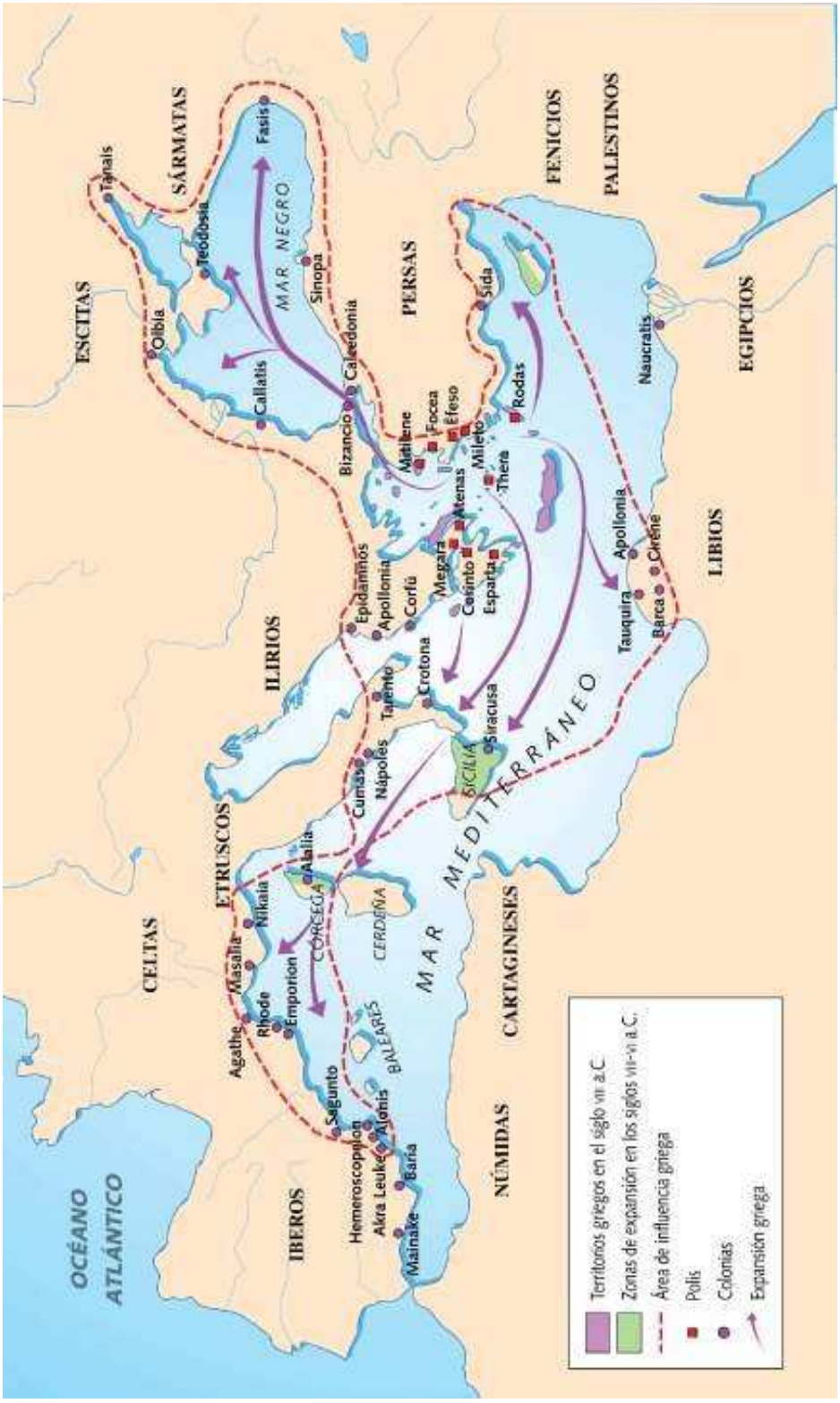
Gracias a sus colonias del litoral del mar Negro, los griegos pudieron acceder a las grandes rutas comerciales que continuaban hasta Babilonia y el interior de Asia. Los puertos del mar Negro contribuyeron en gran medida a la prosperidad de Grecia. Sin embargo, en estas regiones nunca se verificó una expansión cultural helénica. Ese país de nieblas y vientos fríos apenas se prestaba a ello. Salvo escasas excepciones, las colonias griegas no eran más que pequeñas comunidades aisladas en medio de una población bárbara, por lo que no fue posible conseguir una verdadera colonización del país, como ocurrió en Italia meridional, en el mediodía de Francia y, parcialmente, en Sicilia.

Varias colonias griegas del mar Negro mantuvieron su importancia comercial hasta la Edad Media. Las pequeñas comunidades fueron arrolladas por oleadas de pueblos extraños; pero con ánimo admirable, consiguieron conservar casi intactas sus costumbres nacionales. De la misma forma que los recuerdos del descubrimiento de Sicilia y de Italia meridional se perpetúan en las leyendas del viaje de Ulises, las exploraciones griegas en el mar Negro constituyen la base de las leyendas de los Argonautas, héroes que a las órdenes de Jasón trazaron singladuras hasta la Cólquida, en el extremo sudoriental del mar Negro, y arrebataron el Vellocino de Oro con la ayuda de Medea, hija del rey de Cólquida, a un dragón que lo custodiaba.

Los griegos emigraron a las costas del Mediterráneo y del mar Negro por circunstancias económicas, pero los resultados de esta acción no fueron sólo materiales, sino de gran importancia histórica, puesto que la cultura helénica se extendió a toda Europa meridional.

La misma colonización influyó a su vez en esa cultura, ya que amplió la visión de los griegos en proporciones insospechadas. Si en la madre patria los valles eran estrechos y las distancias cortas, cuando los griegos se convirtieron en marinos y comerciantes, el mar les abrió amplios horizontes. Mileto tenía un carácter cosmopolita inaudito para la época, y no fue casualidad que allí naciera la cuna de la filosofía griega y que "el orgullo de Jonia" fuera también metrópoli de todas las ciencias. La colonización fue asimismo muy útil a los propios griegos, puesto que evitó disturbios graves en el interior del país: los descontentos de su situación social tenían ocasión de labrarse una nueva vida en el extranjero.

La segunda colonización griega terminó a mediados del siglo VI, cuando Ciro conquistó el poderoso reino de Lidia. Los jonios se convirtieron en vasallos del rey de Persia y desde entonces la emigración hacia el este perdió atractivo para los griegos, apasionados por la libertad. Al mismo tiempo y de manera similar, también cambió la situación del oeste, en donde fueron los cartagineses y etruscos quienes frenaron la expansión griega.



PATRIAS CHICAS, INDIVIDUOS GRANDES

Divididos, pero políticamente activos

A primera vista, la península griega parece formar una unidad geográfica, pero un examen más detenido nos muestra que la naturaleza la ha dividido en un conjunto de valles y llanuras separados unos de otros por bahías y cadenas montañosas. Por eso, como en los casos similares de Siria, Noruega, Escocia o Suiza, nacieron numerosas y pequeñas comunidades con un indómito patriotismo local. De igual modo, las innumerables islas griegas contribuyeron a favorecer una vida política independiente.

Entre gente para quienes la patria era el valle, la bahía, el litoral vecino o una isla, el Estado y la región natal se identificaban. El Estado no era para ellos, como para el hombre moderno, una abstracción que sólo se comprende con ayuda del mapa, sino una realidad concreta y viva. Un ateniense no tenía más que subir al Himeto para abarcar de golpe todo el Estado ateniense hasta las montañas lejanas que lo limitaban. Cuando el griego defendía a la patria, combatía siempre por su hogar. La región natal y la patria formaban para él un todo inseparable. Y así era cada uno de los Estados griegos: constaba generalmente de una ciudad y de sus campos circundantes. La polis no era, sin embargo, un territorio, sino un pueblo, un conjunto de ciudadanos. En la lengua oficial de la época no se habla de *Atenas* o de *Lacedemonia*, sino de *atenienses* y de *lacedemonios*. Es significativa, a este respecto, la conocida frase de Aristóteles: "No se puede hacer una ciudad con diez hombres, pero tampoco con cien mil".

La lista sería interminable si tuviéramos que citar todos los centros de actividad política existentes en el continente y en las islas. En la mayor parte de las regiones existían varias comunidades urbanas independientes; sólo en Ática y en Lacedemonia una ciudad llegó a gobernar toda la región. Es natural que estas ciudades, Atenas y Esparta, aumentasen también su poder político. En Ática, Atenas adquirió esta autoridad gracias a su puerto, por donde pasaban todas las importaciones y exportaciones de la región.

Los habitantes de las ciudades se entregaban en cuerpo y alma a los debates políticos, actividad que se desenvolvía de ordinario en calles y plazas públicas. Y por muy grande que se considere la aportación griega al acervo cultural de la humanidad, su vida política está marcada con suma frecuencia por el sello de la mezquindad y la desconfianza recíprocas. No obstante, en los momentos críticos de su historia, cuando un peligro urgente les amenazaba del exterior, sabían unir sus fuerzas y luchar por la libertad común. Ningún poeta antiguo ha cantado a la Hélade. Los griegos nunca tuvieron un símbolo común, como la estatua de Roma con que los romanos adornaban sus templos, la Germanía de los alemanes o la estatua de la Libertad de los norteamericanos. Sin embargo, en todos estos Estados minúsculos encontramos, por primera vez en la historia, la libertad individual y el sentido cívico.

En un país escindido por la naturaleza no podían desarrollarse Estados poderosos con gobierno despótico. Grecia abarcaba gran número de Estados minúsculos independientes y en ellos cada individuo podía progresar sin obstáculos y hacerse oír. Muchos pueblos indoeuropeos parecen estar hechos para el individualismo y la libertad; el pueblo griego tenía estas disposiciones muy acentuadas. Ellos trazaron el camino del individualismo con su culto a la emulación. Tanto en los Juegos Olímpicos como en la vida pública no cesaban de disputarse el poder y la gloria. El tiempo que encontraban para dedicarse a la política con tal ardor, era el mismo que sus esclavos y siervos empleaban en los trabajos rudos.

Los griegos tenían derecho y costumbres de participar en las decisiones relativas a negocios del Estado. En Oriente era natural que el rey, único señor del país, tomase las decisiones y a nadie se le ocurría pensar que el pueblo pudiera manifestar su opinión sobre la forma como era gobernado. Los poderosos Estados autocráticos de Oriente no conocían

ningún tipo de asamblea popular. La administración democrática sólo era posible en pequeñas comunidades, pues únicamente en éstas podía reunirse todo el pueblo cuanto era preciso tomar decisiones importantes. En tiempos históricos, los griegos creyeron en el concepto de "ciudadano libre", que riente ignoraba en absoluto. Así, añadieron algo nuevo a todo lo hecho por los pueblos orientales en favor de la humanidad y aportaron uno de los más importantes elementos de civilización. El buen ciudadano es un hombre que busca el progreso no sólo para su propio provecho, sino también para ser útil a sus conciudadanos y a su patria.

Los griegos formaron el primer pueblo políticamente activo que aparece en la historia. Por su sentido cívico y sus actividades dirigidas hacia el exterior, son la antítesis de los santones de la India; introvertidos y consagrados a una perfección continua de su individualidad, éstos permanecieron más o menos indiferentes a las leyes y a la política.

A pesar de su falta de unidad, los griegos tenían conciencia de integrar un solo pueblo desde el punto de vista cultural. Hablaban una misma lengua, aunque dividida en varios dialectos, y tenían la misma religión, explicada por Homero y Hesíodo. Más que ningún otro factor, la epopeya homérica forjó la solidaridad griega. Por último, el bosque sagrado de Zeus, en Olimpia, fue durante siglos enteros el lugar en que los griegos se sentían un solo pueblo: allí se apaciguaban las querellas políticas, allí se borraban todos los intereses locales.

De la monarquía a la república aristocrática

La monarquía patriarcal de la época homérica difería del todo de la tendencia absolutista de tiempos micénicos. En los estados griegos más antiguos, el rey no era apenas más que el *primus inter pares*, el primero entre iguales. Estos pares formaban el consejo del rey, "los ancianos", como se les llamaba, y algunas veces estos nobles llevaban el título de "reyes". El cambio no fue grande, pues, cuando la nobleza sustituyó a la monarquía en la dirección del Estado. No hubo ninguna revolución ni conmoción profunda; la realeza desapareció progresivamente, casi sin que se notara. Poco a poco fue perdiendo atribuciones políticas y el rey acabó siendo sólo el sumo sacerdote. Podemos seguir este proceso con toda claridad en Atenas. En sus comienzos, el rey gobernaba hasta su muerte; luego, su mandato fue reducido a diez años, y finalmente a uno, y su función se limitaba a presidir festividades y desfiles religiosos, mientras que el poder político se concentraba en manos de nueve altos dignatarios que llevaban el título de *arcontes*. Éstos eran, en realidad, los herederos de la monarquía.

Esparta, al principio, siguió una evolución casi parecida; aunque en teoría la monarquía subsistiera, llegó a ser una república aristocrática. Esta forma política era natural en un país donde la poderosa nobleza poseía latifundios; sin embargo, Laconia permaneció siempre como región agrícola y la evolución se detuvo ahí. Por el contrario, en Ática y otros estados marítimos importantes, la evolución continuó hasta que la nobleza resignó su primacía. No obstante, la realeza se mantuvo todavía mucho tiempo en otros estados de la península griega.

ESPARTA, ESTADO INALTERABLE

Un estado militar y aristocrático

Esparta era el alto valle del Eurotas, o mejor, el Estado que ocupaba ese valle, donde todavía vive una población activa y próspera. Homero cantó ya la fertilidad de este valle.

Esparta era en otro tiempo la ciudad más poderosa de la Hélade. Lo que constituía su fuerza no eran las murallas, pues no las tenía, sino el valor y la unidad de todos sus ciudadanos. Si se preguntaba a un espartano por qué su ciudad no tenia muros como las demás, respondía con orgullo: "El pecho de nuestros ciudadanos es la mejor muralla".

Además, Esparta no necesitaba fortificaciones, ya que estaba bastante protegida por las altas cumbres que rodeaban el valle. La Esparta de la Antigüedad no era una única ciudad, sino un conjunto de varios villorrios.

La generosidad de la naturaleza para con los espartanos habría podido relajarles fácilmente, pero existían dos fuerzas, una natural y otra legislativa, para evitarlo. La primera era el Taigeto, majestuosa cadena de montañas que domina toda Lacedemonia, cuyas cumbres abruptas, casi siempre cubiertas de nieve, ensombrecían el paisaje; la segunda era el terrible código espartano. Sin ellas, el pueblo no hubiera ocupado un puesto de honor en la historia por su valor y patriotismo. La tradición atribuye esta legislación espartana al sabio Licurgo, que los historiadores conocen tan poco como a Homero.

Cuando los dorios se apoderaron de Laconia, o Lacedemonia, sometieron a la población aquea. Sin duda, de los vencidos surgió la clase social de los **ilotas**. Después, al correr de los siglos, nacieron incesantes querellas entre los estados dorios asentados en la región e incluso las guerras fueron frecuentes. Esparta acabó por adueñarse de los demás estados y sometió toda Lacedemonia. Los dorios de Esparta (o **espartiatas**, nombre que ellos mismos se daban como clase social) reunieron entonces en sus manos todo el poder político. Concedieron la libertad y parte de sus tierras a sus hermanos de raza vencidos, pero les negaron los derechos políticos, aunque obligándoles al servicio militar y a luchar por Esparta. Así se cree nació la clase social de los "**periecos**" o "habitantes de las cercanías".

Licurgo.

Los espartanos se reservaron el rico valle del Eurotas y lo repartieron en parcelas iguales que no podían ya ser divididas; cuando un hombre tenía más de un hijo, todos heredaban un terreno indiviso. Según el historiador griego Plutarco, Licurgo quería repartir las tierras de tal modo que "desaparecieran por completo las consecuencias vergonzosas de la riqueza y de la pobreza". Esta división del suelo no era exclusiva de Esparta, porque todos los pueblos griegos la habían aplicado a los nuevos territorios anexionados. Pero Esparta, al revés de las demás ciudades, decidió fijar legalmente la igualdad económica y social que dio fuerza y homogeneidad a su ciudadanía.

El espartano no se preocupaba de cultivar la tierra. El trabajo necesario para su sostenimiento y el de su familia estaba reservado a los ilotas, de los que se ha dicho que eran esclavos; pero en el sentido habitual de la palabra no lo eran. Es cierto que cada ilota tenía un dueño, pero éste no lo poseía ni podía venderlo, despedirlo, matarlo o maltratarlo; tampoco podía darle la libertad. Los ilotas eran propiedad de la nación, una especie de siervos del

Estado puestos a disposición de los particulares para trabajar la tierra. Les estaba prohibido abandonar la tierra, pero tampoco podían ser despedidos. Su suerte era en verdad mejor que la de un esclavo: podía tener su casa y vivir con su familia en la parcela que se le había entregado para cultivar; sólo se le obligaba a proporcionar cada año al propietario una cantidad determinada de trigo, vino y aceite. Se han escrito relatos horripilantes sobre la crueldad de los espartanos con los ilotas; por ejemplo, emborracharlos a la fuerza para dar lecciones de sobriedad a los jóvenes espartanos y organizar cacerías en las que el ilota desempeñaba el papel de pieza. No hay duda que los espartanos trataban a los sometidos con crueldad y dureza, pero también se mostraban duros consigo mismos. Por otra parte, el Estado tenía interés, puramente egoísta, claro está, en que los ilotas no fueran maltratados. En tiempos de paz los necesitaba para la agricultura, y en tiempo de guerra debían defender a los espartanos.

El espartano consideraba indignos de él la artesanía, el comercio y la agricultura. Las leyes le prohibían en absoluto ganar el pan con su trabajo; debía entregarse por entero al oficio de las armas y a la política. La profesión de artesanos y comerciantes la desempeñaban los periecos. El comercio se limitaba casi exclusivamente a la provincia de Laconia y la esencia de la transacción la constituía el intercambio, lo que hacía al dinero casi innecesario. No obstante, existía una moneda pesada de hierro, pero sin curso legal fuera de las fronteras de Laconia.

Las leyes y la organización social de Esparta tenían por objeto la formación de un poderoso pueblo de guerreros. El Estado no estaba al servicio del ciudadano, sino el ciudadano al servicio del Estado, y éste disponía del joven espartano desde su nacimiento. Cuando un niño nacía, sus padres lo presentaban a unos funcionarios que juzgaban si la robustez del nacido justificaba el trabajo que exigiría su educación; si no lo consideraban digno, era despeñado desde el Taigeto. "Parecía ilógico—escribió un historiador antiguo—, seleccionar las crías de caballos y perros y dejar vivir los recién nacidos de padres idiotas o de viejos enfermos. Valía más, tanto para el niño como para el Estado, hacer morir a la criatura que la naturaleza no había hecho apta para vivir."

Cuando cumplía siete años, se quitaba el niño a sus padres para evitar que lo malcriaran y el Estado se hacía cargo de su educación. Los niños eran agrupados a las órdenes de jóvenes muy diestros y cada día tenían que ejercitarse en la lucha, natación, carrera, lanzamiento de la jabalina y en otros deportes preparatorios para la guerra. Cuando la ocasión era propicia, los instructores inducían a los muchachos a combatir entre sí. Debían entrenarse para soportar el dolor, el hambre y el frío sin quejarse; iban descalzos para que sus pies se endurecieran; tenían que bañarse en el Eurotas todos los días del año y vestían igual tipo de ropa en invierno que en verano. Ya mayores, una vez al año se les llevaba ante el altar dé Artemisa para flagelarlos hasta hacerles sangrar; más de un joven espartano murió al rigor del látigo sin exhalar la menor queja. Se les daba una alimentación muy sobria y a menudo insuficiente; no obstante, les estaba permitido robar para apaciguar el hambre. Pero al que cogían *in fraganti* hurtando, lo azotaban no por su delito, sino porque se había dejado sorprender robando. Este método pedagógico que a primera vista parece un contrasentido, pretendía hacer a los muchachos astutos y sagaces, cualidades muy convenientes en la guerra. Una conocida anécdota muestra la eficacia de esta educación. Un mancebo que había robado un zorro, al oír que venía alguien escondió la presa bajo su capa. El zorro empezó a morder hasta devorar el vientre del joven, que no dejó traslucir la menor sensación. El robo se descubrió al caer muerto el muchacho.

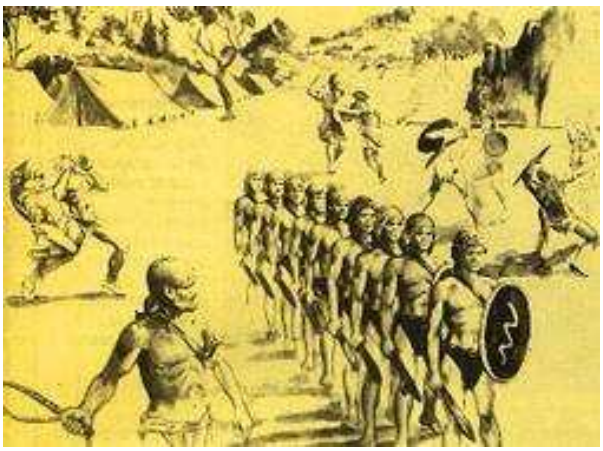
La educación intelectual del muchacho espartano consistía en unas nociones de lectura y escritura, pero sobre todo se le enseñaba a "decir las cosas en pocas palabras". Todavía hoy se califica de lacónica esta manera de hablar. De estas respuestas hay ejemplos célebres. Un ateniense que compadecía a los espartanos, ya que sus espadas eran demasiado cortas, oyó

esta respuesta: "Son bastante largas para alcanzar a nuestros enemigos". Filipo de Macedonia, que quería someter a toda Grecia, dijo un día al embajador de Esparta: "Si entro en Esparta, no dejaré allí piedra sobre piedra". "Sí —respondió el espartano—, *¡si...!*"

A los veinte años, el espartano era considerado apto para llevar armas y desde ese momento comenzaba su instrucción militar; su servicio armado no concluía hasta los sesenta años. Los jóvenes eran educados en grupos; asimismo, los hombres vivían en tiendas de campaña, en compartimientos de quince. Para el espartano, los hombres pertenecían más al Estado que a su familia. Vivían juntos en campamentos y allí hacían sus comidas, famosas por su frugalidad; su célebre **"sopa negra"** se componía de tocino, sangre, vinagre y sal. Todas las actividades del espartano convergían hacia un solo objetivo: estar preparado para la guerra. Su ciudad era un campo militar y sus mismas diversiones tenían naturaleza belicosa, pues la única distracción que les estaba permitida era la caza.

Tan severo entrenamiento hizo de los espartanos los mejores soldados de toda Grecia. Cuando sonaba la trompeta de guerra, el ejército de Esparta —compuesto de ciudadanos-soldados pesadamente armados, los hoplitas— avanzaba sobre el campo de batalla en líneas cerradas al son de flautas. El hoplita iba armado con lanza y una pesada espada y llevaba casco, coraza, grebas y un escudo de bronce. El orden de batalla era la falange, de una profundidad de ocho a doce líneas, formación difícil de romper, pero carente de agilidad y movilidad en el ataque. Esas cualidades eran las de la infantería ligera, compuesta de periecos, ilotas y mercenarios, los cuales llevaban espada y escudo ligero. La caballería no fue conocida en el ejército espartano hasta la guerra del Peloponeso.

Las armas espartanas salvaron varias veces a la patria común cuando la libertad del pueblo griego estuvo en juego. Sólo en estos periodos de crisis encontraba justificación la estrechez de miras de los espartanos; intelectualmente poco evolucionados, pero de una salud física a toda prueba, constituían la gran reserva del poder de Grecia.



Pero si toda la educación griega se hubiera basado exclusivamente en la instrucción militar, la humanidad habría perdido mucho. Esparta no produjo ningún gran pensador ningún investigador ningún artista. Esparta nunca se embelleció, como Atenas, con templos espléndidos y grandes obras de arte.

Los espartanos debían casarse con mujeres capaces de dar al mundo hijos robustos. Un rey de Esparta fue multado, en cierta ocasión, por haber escogido una mujer "que no podía dar ningún rey a Esparta, sino solamente abortos raquíticos". Para preparar a las jóvenes espartanas en su función de madres, se les daba también una rigurosa educación con competiciones deportivas destinadas a endurecerlas. Los atenienses se burlaban siempre de la falta de feminidad de las mujeres espartanas, pero preferían confiar sus hijos a las nodrizas espartanas y respetaban a estas madres que, llenas de noble orgullo, colocaban el interés general

por encima de toda consideración. Cuando sus hijos iban a la guerra les ofrecían el escudo diciéndoles: "¡Venid con él o sobre él!", lo que significaba "¡Vencedores o muertos!" Con ello les recordaban la costumbre griega, después de una victoria, de tender los muertos sobre su escudo para llevarlos fuera del campo de batalla. Además, el escudo era tan pesado que había que desembarazarse de él si se quería huir. Un espartano que huía frente al enemigo estaba deshonrado para siempre, del mismo modo que quien volvía vivo después de una derrota se exponía al desprecio general.

En el mundo nunca ha habido madres como las de Esparta, a excepción, quizás, de las célebres matronas romanas. Una vez que un mensajero dijo a una espartana que su hijo había caído en la lucha, la primera palabra de ésta fue: "¿Se consiguió la victoria?" Y viendo el movimiento afirmativo de cabeza añadió: "Entonces, me siento feliz. Siempre supe que traje al mundo a un mortal". Otra espartana, al saber que sus cinco hijos habían perecido, corrió al templo para agradecer a los dioses el haber concedido a los jóvenes la dicha de morir por la patria. Las espartanas eran madres desconcertantes. En Esparta, la mujer era mejor considerada y gozaba de más amplia libertad que la mayoría de los demás estados griegos, en donde, al menos en la época homérica, las mujeres llevaban en general una vida de reclusas en el gineceo.

¿Cómo era la organización política que cimentaba esta sociedad guerrera? Esparta era el único Estado de Grecia que mantenía la monarquía. Pero en tiempos históricos era, en realidad, una república aristocrática y sus dos soberanos no eran más que presidentes del consejo, cuyo cargo se trasmitía de padres a hijos. Los reyes eran comandantes en jefe del ejército en tiempo de guerra, pero el gobierno real del país estaba en manos de un consejo de treinta miembros que constituían, además, el más alto tribunal de apelación. Este consejo se componía de los dos reyes y de 28 notables mayores de sesenta años de edad, elegidos de por vida por la asamblea popular. Esta asamblea la componían todos los espartanos que habían alcanzado treinta años de edad. Ella nombraba también a los demás magistrados, decidía cuál de ambos reyes dirigiría los ejércitos en caso de campaña y examinaba los proyectos de ley. Los espartanos no tenían necesidad de ejercitarse en la elocuencia, pues en la asamblea no se entretenían en duelos verbales, sino que se respondía lacónicamente a las proposiciones del gobierno.

El más alto organismo de este estado aristocrático era el **eforado**, institución típicamente espartana. Los **éforos** (celadores) eran cinco personas con atribuciones muy

extensas, elegidos por la asamblea, que tenían la misión de impedir cualquier cambio en la estructura política del país y proteger los privilegios de la clase dirigente (los espartanos) contra los reyes, por una parte, y contra los periecos y los ilotas por otra. Hay que tener presente que estos últimos poseían una superioridad numérica aplastante y por consiguiente constituían un continuo peligro. Los éforos también debían velar por la educación de la juventud y el mantenimiento del orden, por lo que podían castigar cualquier acción que les pareciera reprensible. Por último, convocaban la asamblea y obligaban a los reyes, como a los demás funcionarios, a rendir cuentas. En campaña, el soberano era el jefe del ejército, pero estaba con la vigilancia de los éforos, que tenían el derecho de amonestar y, si lo juzgaban necesario, arrestarle. El poder de los éforos no conocía más que un límite; su mandato sólo duraba un ario, a cuyo término también rendían cuentas de su administración.

Es de imaginar cómo estos "perros policías" de la sociedad espartana tratarían a los pobres ilotas. Los éforos podían ordenar la ejecución de un ilota sin ninguna clase de proceso y podían hacer "desaparecer" centenares de ilotas si se enriquecían demasiado o se multiplicaban con excesiva rapidez. Los ilotas, cuyo trabajo era la base material del Estado espartano, constituían una amenaza constante para el país.

Se organizó una policía secreta para prevenir cualquier eventual rebelión ilota, y, de vez en cuando, los jóvenes espartanos invadían sus poblados para capturar o exterminar a cuantos les parecían aptos para fomentar una revuelta. Esta caza afrentosa del hombre entrenaba a la juventud de Esparta en combates sangrientos y aseguraba, al mismo tiempo, el poder de la aristocracia reinante.

Aunque la vida ordinaria de los ilotas no fuera tan difícil como la tradición cree, esta especie de espionaje alimentaba en ellos una angustia permanente que debía convertirles la existencia en poco menos que infernal. Nunca sabía un ilota si sería o no una próxima víctima de estas "purgas". Gracias a este terror organizado, la aristocracia de Esparta mantuvo su hegemonía hasta que se desmoronó en casi todos los Estados de la Hélade. Claro está, esto sólo se consiguió suprimiendo toda libertad individual; incluso los mismos espartanos estaban sometidos a la tiránica vigilancia de los éforos. Todo lo soportaban en silencio durante su vida. No podían educar a sus hijos ni disfrutar de las alegrías de la familia. Los años más felices de su infancia eran sacrificados al interés del Estado.

En Laconia todo el mundo llevaba una vida dura. Un sibarita después de observar cómo se vivía en Esparta explicaba: "Es fácil no temer la muerte cuando se tiene que vivir una vida semejante. El más cobarde de los sibaritas preferiría morir cien veces antes que vivir en una sociedad tan despiadada como la de los espartanos". Pero aunque tenían que someterse a presiones incomprensibles para la gente normal, se consideraban superiores a los no espartanos. Formaban una casta militar exclusiva, orgullosa y cerrada y eran tiranos terribles para sus inferiores. Por esta razón, debían mantenerse siempre en guardia. Prácticamente no tenían más contacto con los demás pueblos que en el campo de batalla y limitaban en lo posible las relaciones pacíficas para que ninguna costumbre extranjera penetrara en el país.

Los espartanos son uno de los pueblos más conservadores que la historia conoce. Tanto como los chinos y los egipcios. Conservaban con gran celo sus viejas tradiciones e instituciones y por eso su civilización apenas superó el nivel alcanzado antes de su llegada al Peloponeso. En medio de la clásica Grecia, Esparta parecía una reliquia de tiempos antiguos, un vestigio de oscuridad primitiva.

Para explicar esta paradoja no hay más que una razón: pensar que todas las reglamentaciones sociales de Esparta se remontan a lejanas épocas pasadas y atribuir la mayor parte de ellas a un solo legislador: Licurgo. La tradición nos habla de él de manera tan contradictoria e incierta que muchos historiadores ponen en duda su existencia. Apuntan que Licurgo es uno de tantos nombres de Apolo o de Zeus, tal vez de un semidiós o un héroe como Hércules o Aquiles. Y es que Licurgo era ya adorado como dios en la época de

Heródoto, poseía un santuario en Esparta y recibía ofrendas anuales. Pero aunque Licurgo hubiese existido y hubiera sido uno de los más diestros legisladores del mundo, difícil es admitir que transformara de un solo golpe la vida social de todo un pueblo.

El régimen político de Esparta se explica con facilidad por el aislamiento de los espartanos en su valle del extremo sur del Peloponeso. Se establecieron allí como conquistadores y desde su llegada trataron a los indígenas como a gentes de segunda o tercera categoría y los vigilaban de continuo para evitar cualquier revolución. Siempre vivieron como un ejército de ocupación y su sociedad era fiel reflejo de su régimen castrense.

Si quiere tenerse una idea exacta de los espartanos y de sus maneras de vivir, no debemos olvidar que la tradición nos pinta un cuadro muy subjetivo. Esparta era un modelo de sociedad aristocrática y llegó a ser el ideal de la clase dirigente en todos los Estados griegos, sobre todo en Atenas. El historiador Jenofonte y el filósofo Platón consideraban a la sociedad espartana como la máxima perfección; no veían o no querían ver, su lado negativo cuando la citaban como ejemplo a sus conciudadanos. La sociedad espartana inspiraba aversión a los pueblos democráticos y admiración a sus adversarios. Y por desgracia, conocemos Esparta a través de entusiastas admiradores o enemigos encarnizados.

Hoplita. Estatuita de bronce

Las guerras mesénicas

La exacerbada militarización de Esparta nos mueve a considerarla como belicista, dispuesto siempre a castigar al menor pretexto y a lanzarse sobre sus pacíficos vecinos. En cierto modo, así fue cómo se formó el Estado: los espartanos estaban en plena expansión y tenían que adquirir nuevas tierras para repartírselas. Pero la situación cambió con el tiempo. Al comprender que la guerra resultaba más costosa que beneficiosa y causaba pérdidas

irreparables, los espartanos sólo tomaron las armas cuando la lucha era poco menos que inevitable.[6]

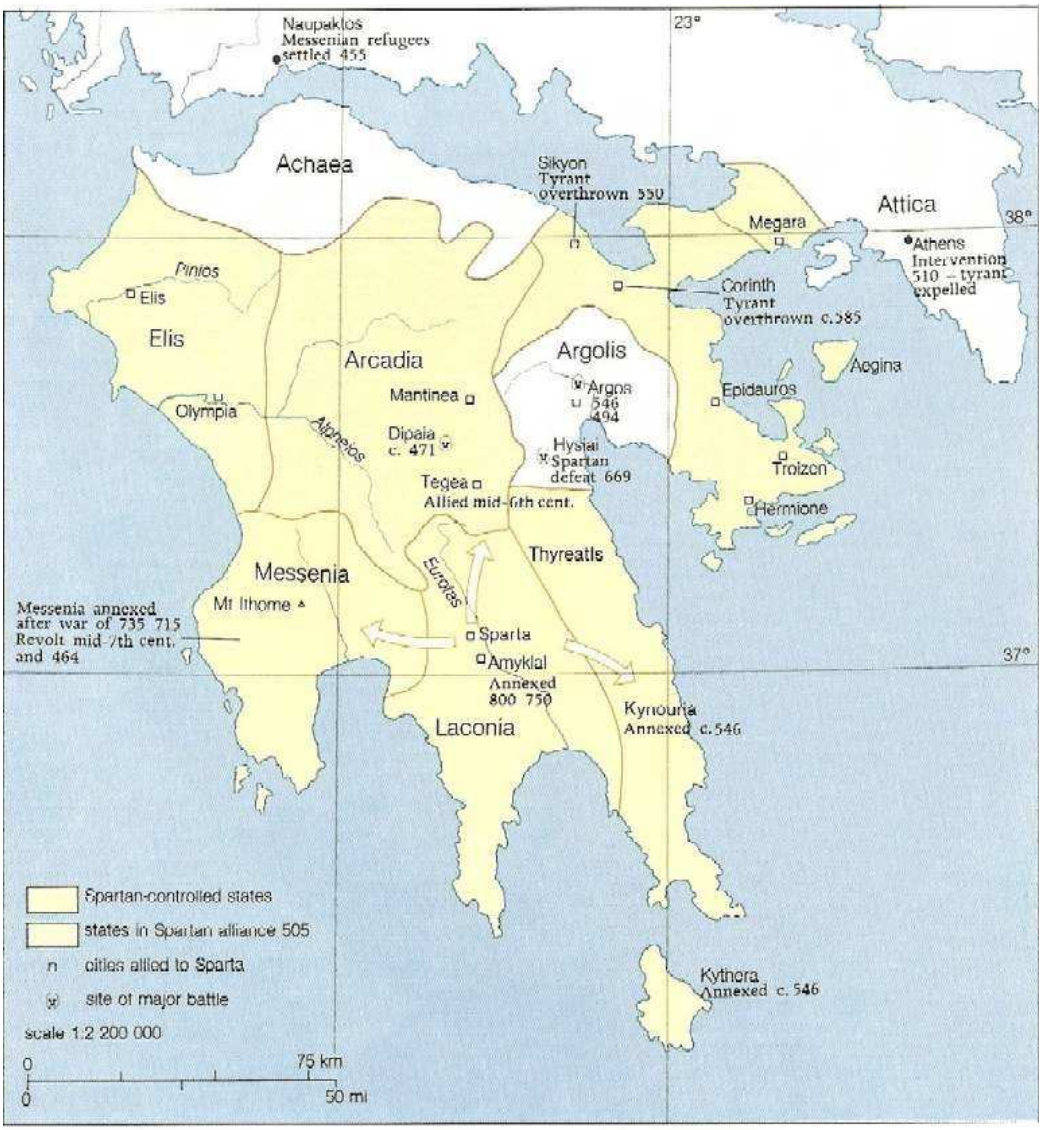
Los espartanos eran lentos para ponerse en movimiento, pero soportaban mejor los contratiempos y devolvían golpe por golpe. No iniciaban la guerra por ansias de gloria, sino por alguna finalidad práctica o porque se veían forzados a ella. En cuantas situaciones históricas los vemos aparecer nos hacen pensar más en un oso cachazudo que en un ágil león.

Cuando los espartanos eran todavía un pueblo de conquistadores, una región vecina, la fértil Mesenia, les tentaba de continuo. La guerra acabó por estallar, echando como suele hacerse en estos casos la culpa a los mesenios. La lucha fue larga y penosa. Fueron necesarios veinte años para que los espartanos pudieran despejar de mesenios las montañas circundantes y los supervivientes fueron reducidos al estado de ilotas y obligados a trabajar las tierras que antes les pertenecían en beneficio de los vencedores. Pasadas algunas generaciones, hacia la mitad del siglo VII antes de Cristo, los oprimidos se sublevaron, pero esta rebelión no fue peligrosa hasta que los mesenios recibieron ayuda de los arcadios y otros pueblos del Peloponeso. Al principio la suerte pareció favorecer a los espartanos, mas cuando consideraron la situación francamente desesperada, aconsejados por el oráculo de Delfos, pidieron a los atenienses que les mandaran un general. Según la tradición, aquellos enviaron a **Tirteo**, más poeta que militar y, además, inválido; pero alentó tanto a los espartanos con sus himnos de guerra, que la victoria les sonrió de nuevo. Los soldados cantaban las marciales y rítmicas canciones al son de las flautas que les animaban a la lucha. Pero el Tirteo que nos lega la tradición es demasiado inverosímil y según algunos autores de la Antigüedad no era ateniense, sino espartano de nacimiento.

La segunda guerra mesénica fue tan larga y sangrienta como la primera y terminó con una victoria para Esparta, aunque las circunstancias fueron desastrosas. El problema de los ilotas llegó a ser acuciante y a partir de entonces los espartanos vivieron en constante temor dé una posible revuelta de laconios y mesenios, unidos por el odio al opresor. Formado por unos miles de conquistadores, este Estado sólo podía mantenerse explotando a otros pueblos estrechamente emparentados con ellos, situación antinatural que purgaba con una inquietud perpetua. Los ilotas serían en el futuro una amenaza constante para Esparta.

La sumisión de los mesenios convirtió a Esparta en el Estado más poderoso de Grecia, por lo que en el siglo VI antes de Cristo, los espartanos consiguieron persuadir a casi todos los demás pueblos del Peloponeso a unirse en la llamada Liga del Peloponeso, cuyo ejército estaba bajo el mando de los reyes espartanos.

[6]Los efectivos espartanos fueron disminuyendo gradualmente con las guerras, pues es sabido que el soldado espartano moría en la lucha antes que recurrir a la huida. En tiempos de Heródoto -a mediados del siglo V- las tropas espartanas sumaban ocho mil hombres, mientras que un siglo. más tarde -según Aristóteles- apenas llegaban al millar. En el 479, en Platea, eran cinco mil; en Leuctria, cien años después, sólo pudieron alinear setecientos hombres, de los cuales cuatrocientos perecieron. Contrariamente, los periecos e incluso los ilotas aumentaban cuanto más disminuían los espartanos que servían como hoplitas. En Platea había tantos espartanos como periecos, pero en Leuctria se contaban 2 ó 3 periecos por cada espartano.



ATENAS Y SUS CONMOCIONES POLÍTICAS

De la república aristocrática a la república democrática

Atenas fue y es el corazón y la cabeza de Grecia. Sin Atenas, Grecia no hubiera sido nunca lo que fue y lo que aún es hoy para nosotros. El genio griego adquirió su vuelo en la Acrópolis.

Atenas era ya, en la época micénica, una verdadera ciudad dominada por el roquedal de la Acrópolis, donde se levantaba el palacio del rey. El desarrollo de la región no sufrió con las migraciones. La doria llegó al Ática, ciertamente, pero el elemento dorio no tuvo la menor influencia sobre el carácter del pueblo ateniense. En la historia de Grecia, Esparta, situada tierras adentro, representa el elemento conservador y la estricta disciplina, mientras que Atenas, ciudad de marinos, estuvo siempre abierta a las inquietudes e impulsos de las ideas nuevas. La divisa de Esparta era el orden; la de Atenas, la libertad.

La misma diferencia se encuentra en las estructuras políticas de Esparta y Atenas. En ésta, la monarquía fue muy pronto abolida y la autoridad pasó a manos de nueve arcontes que se repartieron las antiguas prerrogativas reales, o sea, las funciones de sumo sacerdote, de comandante en jefe del ejército en tiempo de guerra y de juez supremo. Estaban asistidos por

un consejo llamado Areópago, cuyos miembros eran elegidos con carácter vitalicio. Los arcontes entraban a formar parte del Areópago, la jurisdicción más elevada de Atenas, apenas finalizaban su mandato de un año. Se cuenta que sus jueces, cuando debían sentenciar una causa penal, se reunían por la noche para no ablandarse viendo a los acusados. El Areópago se ocupaba también de la vida privada de los ciudadanos. Una vez condenó a muerte a un joven por haber saltado los ojos a una codorniz. El veredicto se justificó así: "Un muchacho como ése hará por fuerza daño a sus compatriotas cuando sea adulto".

Las leyes de Dracón

Las disensiones políticas y sociales que se produjeron durante toda la historia en Atenas comenzaron muy pronto. Por otra parte, los conflictos sociales eran aquí de otro cariz que los de Esparta. Como Atenas, al contrario de Esparta, nunca tuvo que acoger inmigraciones de pueblos extraños, tampoco conoció la opresión de una clase conquistadora ni la existencia de una población oprimida.

El malestar social se originaba siempre en Atenas por causas económicas. El paso de la economía de intercambio a la economía monetaria originó aquí, como en otros muchos lugares, la aparición de grandes fortunas que convivían con una espantosa miseria. Estableciόse entonces la misma relación entre el capital bancario y el trabajo campesino que antaño ya hubo en Babilonia. Los elevados tipos de interés abrumaban las fincas de los pobres campesinos con hipotecas cada vez más pesadas y llegaba por fin un día en que los modestos propietarios no podían pagar. Entonces la propiedad pasaba al acreedor y disponía de ella hasta que la deuda fuese pagada con los intereses acumulados. Las leyes relativas a las deudas eran tan bárbaras que el acreedor tenía derecho a vender como esclavo, incluso a un extranjero, al antiguo propietario del terreno, a su mujer y a sus hijos. Presa de desesperación, el pueblo realizó varias tentativas para arrebatar el poder a los usureros y ponerlo en manos de un soberano absoluto que les amparaba ante la ley.

Los atenienses quisieron acabar con estas luchas sociales y hacia 620 antes de Cristo encargaron al aristócrata **Dracón** la tarea de dar leyes escritas al Estado. Pero Dracón no era el hombre idóneo para ello y concibió una legislación tan severa que los atenienses dijeron que estaba "escrita con sangre". Así, se castigaban con pena de muerte casi todos los delitos; tanto el que robaba unas legumbres como el que sólo hurtaba una manzana, debían sufrir el mismo castigo que el profanador de un templo o el asesino.

Las leyes de Dracón acabaron con los actos de justicia privada y con las venganzas; concedió únicamente al Estado la instancia judicial, interponiéndolo entre el asesino y el que quería vengarse del delito. Dracón, sin embargo, no pudo abolir de golpe una costumbre tan antigua como la justicia privada, pero garantizó al ciudadano una mayor seguridad y, a pesar de todo, se hizo acreedor del agradecimiento de la sociedad ateniense. Las primeras leyes draconianas no eran tan duras como las generaciones posteriores han creído; sin embargo, eran poco aptas para mantenerse mucho tiempo.

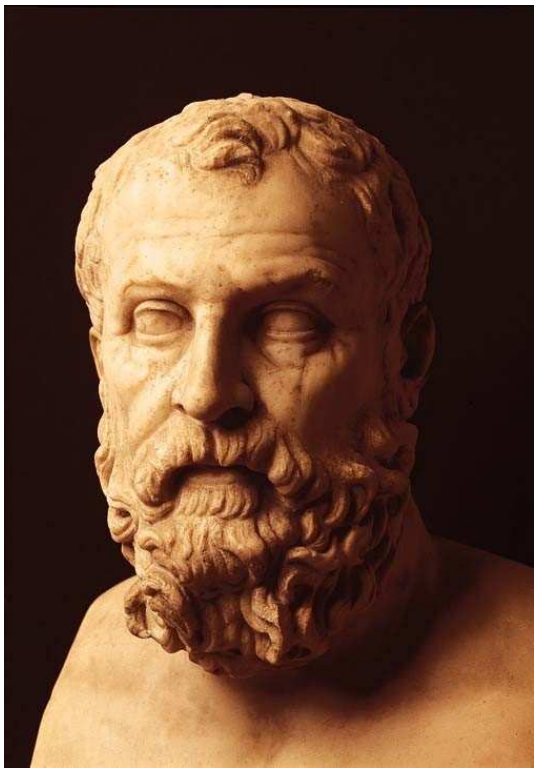
Solón

Solón era uno de los siete sabios de Grecia. Así es como la tradición popular denomina a los hombres públicos más célebres de Grecia. Solón nació hacia el año 640 antes de Cristo. Hijo de un comerciante rico, a quien su generosidad hizo perder la mayor parte de sus bienes, Solón marchó entonces al extranjero para crearse una situación independiente. Tales viajes le abrieron un horizonte más amplio que el de su ciudad natal, enriquecieron su personalidad y le colocaron por encima de todo partidismo. Apareció entonces como el único hombre capaz de salvar a la patria de una guerra civil. En 594 antes de Cristo, los atenienses lo nombraron

arconte y lo invistieron de un poder ilimitado. Solón presentó su programa, si se puede llamar así, en numerosos poemas donde condenaba la injusticia y el deseo inmoderado de riquezas y ponía en guardia contra el castigo que los dioses no dejarán de enviar. Era un idealista que hablaba con poemas y al mismo tiempo un hombre reflexivo, dotado de sentido práctico y capaz de medidas enérgicas. Su sentido del deber arrancaba de esta convicción inquebrantable: que la justicia divina castiga siempre al mal. Nunca se apartaba de lo que consideraba justo; todas sus acciones parecían dictadas por ese sentido de la ponderación que es la clave de la cultura griega.

Por su rectitud y humildad, todos ponían su confianza en este hombre extraordinario, que colocaba el interés general sobre cualquier otra consideración. Si alguien era capaz de conseguir más justicia en la sociedad, ése debía ser él, "pues —como dijo Plutarco— no era culpable de las injusticias de los ricos ni de las miserias de los pobres". Merecen elogio los atenienses por haber sabido escoger con unanimidad, en medio de perturbaciones tan grandes, un árbitro tan inteligente e imparcial.

Solón no decepcionó las esperanzas de su pueblo. Si hubiera sido ambicioso, habría sido para él un juego de niños el dar un golpe de Estado con ayuda de uno de los grandes partidos y obtener el cargo de tirano. Pero el objetivo de Solón era sólo el bienestar del Estado. Se le atribuye la siguiente divisa, adecuada a sus reformas: "Guarda en todo la mesura".



Solón de Atenas

¿Cómo procedió el sabio Solón para resolver los problemas sociales de Atenas? Su primera medida fue anular definitivamente todas las deudas que abrumaban las modestas propiedades agrícolas y ordenar que todos los esclavos por deudas fueran liberados. Solón podía decretar semejante medida sin remordimiento, pues conocía la insensibilidad con que los ricos aprovechaban las dificultades de los pobres para arrebatarles lo poco que tenían. Los afectados por las medidas de Solón eran usureros y explotadores; no debían tener compasión con ellos. El aprecio que el pueblo tenía a Solón alcanzó el máximo cuando derogó las terribles leyes sobre las deudas, que otorgaban derecho a un ciudadano para esclavizar a otro y cuando encontró un medio para rescatar y repatriar, con fondos del Estado, a los deudores vendidos como esclavos en el extranjero.

Solón saneó la situación política suprimiendo todos los privilegios de casta, adaptó los derechos y deberes de los ciudadanos a las rentas de sus tierras y dividió la sociedad en cuatro grupos, según la fortuna de cada ciudadano. Las tres clases superiores debían cumplir tres años de servicio militar, como hoplitas en la infantería pesada, mientras que los miembros de la cuarta clase, los trabajadores asalariados, debían servir, todo lo más, en la infantería ligera o en la flota. Todos los ciudadanos fueron eximidos de impuestos directos. Al revés de los países del Oriente antiguo y de nuestra sociedad actual, los griegos juzgaban el pago de tributos como indigno de un ciudadano libre, opinión que era compartida por los romanos. Ese principio podía ponerse en práctica, porque todas las funciones del Estado eran honoríficas y no remuneradas; sin embargo, se podía obligar a los ciudadanos a contribuir con impuestos de excepción cuando la patria estaba en peligro, en cuyo caso la cuantía dependía de la clase a que se perteneciera.

Solón también concedió derechos políticos a todos los ciudadanos, incluso a los más pobres. Cualquier ateniense con veinte años cumplidos tenía el derecho de participar en la asamblea popular, en donde eran elegidos todos los funcionarios, incluso los arcontes; pero solamente los miembros de las tres primeras clases podían ser elegidos para una función pública. Para equilibrar esta asamblea popular, Solón creó junto al Areópago, otro consejo, el de los Cuatrocientos, semejante al de Esparta, pero cimentado en bases más amplias y democráticas.

La actividad de Solón se ejercitó también en un tercer aspecto, el de la legislación general: atenuó las leyes de Dracón y limitó la aplicación de la pena de muerte a los delitos más graves. Aun introdujo otra interesante reforma: fue el primer legislador de la historia que reglamentó los signos externos de la riqueza. Con sus decretos detalladísimos quiso refrenar e1 deseo de lujo de los atenienses y con otras ordenanzas acabar con la excesiva fastuosidad de los funerales.

Solón, como otros muchos legisladores que trataron de conciliar los extremos, acabó provocando el descontento en todo el país, tanto en los humildes como en los ricos. Pasados los primeros momentos de exaltación, los pobres se percataron que a pesar de las leyes de Solón la vida no era aún la ideal y que las dificultades y las preocupaciones seguían existiendo. Los más pobres, que esperaban que los latifundios fueran divididos en parcelas iguales, quedaron decepcionados cuando vieron que sólo se expropiaban en cierta medida, pues Solón rechazó sus exigencias con la mayor firmeza. Como en todo, Solón buscaba el justo medio y "guardar la mesura". Un día que alguien le preguntó si creía haber dado las mejores leyes a sus conciudadanos, respondió: "¡Sí, las mejores que pueden aceptar los atenienses!"

Por fin, Solón se cansó de los reproches que le llegaban de todas partes y realizó un viaje de diez años para visitar otros países. Los atenienses le prometieron que durante su ausencia vivirían en paz acatando sus leyes. Solón consideró que su función política había terminado. Este hombre, que tuvo en sus manos la suerte de todo un pueblo y se separó voluntariamente del poder, murió hacia el año 560 antes de Cristo.

Pisístrato y sus hijos

El turbulento pueblo de Atenas se mantuvo bastante tranquilo durante varios años, pero después los partidos volvieron a enzarzarse en encarnizadas luchas. Un hombre de ilustre cima, Pisístrato, consiguió por fin restablecer el orden y fue el primer demagogo en la historia del mundo. Luchó hasta asumir la tiranía hacia el año 560. He aquí, según la tradición, cómo subió al poder. Un día, Pisístrato vino del campo a la ciudad; parecía gozar de excelente aspecto, lo mismo que las mulas de su carro. Pero contó a los atenienses reunidos en el mercado, que había sido atacado por sus enemigos políticos y salió del trance por milagro.

¡Era absolutamente preciso que le concedieran una guardia personal! Y la asamblea popular le concedió cincuenta hombres armados de garrotes, que con el tiempo aumentaron hasta tener bastantes para conquistar la Acrópolis.

Cuando Solón murió, su querida Atenas estaba, pues, en manos de un tirano. Solón, padre de la democracia, sabía desde tiempo que los atenienses, "tomados aisladamente, eran como zorros astutos, pero se convertían en un rebaño de ovejas cuando se juntaban en la asamblea del pueblo". Así, pues, el orden político instaurado por Solón fue derrocado, pero la simiente de la que brotaría más tarde la democracia estaba echada. Sus leyes generales formaron la base de la vida privada.

En favor de Pisístrato podemos armar que no se dejó embriagar por el poder. Su gobierno fue de corta duración; a los cinco o seis años, algunos jefes de partido consiguieron expulsarle y confiscar sus bienes. Atenas conoció entonces otro ciclo infernal de querellas políticas que, tras unos años de perturbaciones, Pisístrato aprovechó para retornar al poder del que había sido expulsado. Destronado otra vez al año siguiente, tuvo que pasar algunos años en el destierro hasta que la fortuna, una vez más, le favoreció y se convirtió en el dueño de Atenas.

Relieve ático de principios del siglo V a. de C., situado en la base de una estatua; figuran dos hoplitas y una cuadriga. Atenas, Museo Nacional.

Estas experiencias le sirvieron de lección y Pisístrato adoptó entonces medidas más firmes para asegurarse el poder. Sin que su destierro le inspirase odio alguno hacia sus adversarios, gobernó con la misma moderación que antaño y su benevolencia le atrajo muchas simpatías. Su mandato fue una edad de oro en la historia de Atenas: supo dominar todos los disturbios, lo que permitió a los atenienses dedicarse a cosas más útiles que a sus querellas políticas; dio facilidades al comercio y a la industria para su desenvolvimiento; aumentó el bienestar y la ciudad se embelleció. Pisístrato hizo cuanto pudo por adornarla con obras de arte adecuadas a su categoría.

Mientras Esparta reforzaba su hegemonía en el Peloponeso, Pisístrato fundaba la supremacía naval de Atenas. Primero en comprender que el porvenir de la ciudad estaba en el mar, intentó poner pie en la orilla del Helesponto y ocupó un territorio en el litoral asiático en el momento en que otro ateniense, Milcíades, conducía un grupo de emigrantes hacia la península del Quersoneso. La autoridad de Pisístrato se extendió hasta otros lugares del norte del mar Egeo y las Cícladas. Mientras tanto, emprendía la construcción de una flota de guerra que sería la más poderosa de Grecia. Pisístrato murió en el año 527 y fue sucedido por sus dos hijos, Hiparco e Hipias. Fiel al espíritu de su padre, Hiparco fue amigo del pueblo y un generoso protector de la poesía y de las artes.

Los hijos de Pisístrato diferían de su padre en un punto: siendo éste soberano absoluto, siempre procedió como simple ciudadano; ellos, por el contrario, se consideraron siempre unos príncipes. En resumen, heredaron de su padre el poder, pero no el genio. Hiparco fue víctima de una conjura después de catorce años de un reinado, en general, feliz. Los asesinos, Harmodio y Aristogitón, pagaron el crimen con la vida. Harmodio fue muerto por la guardia

en el mismo lugar del asesinato; Aristogitón pudo escapar aprovechando la confusión general, pero fue detenido. Obligado a revelar los nombres de sus cómplices, se le condujo después ante el hermano de la víctima, quien arrebatado de furor, lo atravesó con su espada. Años más tarde, cuando los tiranos se convirtieron en objeto de execración, el pueblo consideraría al asesino de un tirano como un héroe y le levantaría estatuas.

A la muerte de Hiparco continuó la tiranía; Hipias no olvidó nunca la muerte de su hermano y se volvió mezquino y agrio, anulando así la política bienhechora de Hiparco. El partido más poderoso de aquel entonces en Atenas consiguió sacudir el yugo de Hipias bajo la dirección del afortunado y ambicioso aristócrata Clístenes, quien obtuvo ayuda de Delfos y de Esparta. Cercado en la Acrópolis, Hipias capituló unos días después a condición de poder abandonar el país sin obstáculos. Marchó entonces hacia los territorios del Helesponto conquistados por su padre y vivió allí como vasallo del rey de Persia.

Aristogitón y Harmodio. Copia de época romana del grupo en bronce realizado por los escultores griegos Cricio y Nesiotes. Nápoles, Museo Archeologico Nazionale.

Las reformas democráticas de Clístenes

Es fácil adivinar que las luchas partidistas adquirieron nuevo ímpetu al ocupar el poder Clístenes, de familia aristócrata ciertamente, pero de ideas y aspiraciones moderadas. La gente de su clase, que no había aprendido ni olvidado nada, quería imponer en Atenas la organización que tanto admiraban en Esparta; Clístenes, por el contrario, pretendía restablecer la política de Solón, mas para alcanzar esa meta eran necesarias algunas reformas. Todos los ciudadanos tenían derecho al voto y eran iguales ante la ley, pero de hecho nobleza y comunes se enfrentaban como dos estamentos distintos. Solón había clasificado a los ciudadanos según su nivel de fortuna, pero existía paralelamente otra organización más antigua, que databa de la época en que los griegos eran todavía un pueblo nómada y que dividía al pueblo en cuatro tribus. El sistema tribal otorgaba a la nobleza mayor influencia.

Solón no se había atrevido a enfrentarse con esta clasificación según el nacimiento, pero Clístenes, convertido en acérrimo demócrata, se esforzó en promulgar una reforma electoral que quitase toda significación política a los antiguos grupos tribales y clasificó a la población del Ática, no según el nacimiento, sino según el domicilio, creando así los distritos electorales. Después de esta reforma, las antiguas tribus ya no influyeron más en la vida privada de los ciudadanos. Clístenes realizó también otras reformas de inspiración democrática.

Monarquía-aristocracia-tiranía-democracia

Todos los "Estados urbanos" de Grecia experimentaron la misma evolución: pasaron de la monarquía a la aristocracia y, a través de la tiranía, alcanzaron al fin una democracia cada vez más radical. El paso por estas distintas etapas fue casi obligatorio. Los reyes y los tiranos fueron excelentes administradores, pero las oleadas revolucionarias se sucedían con tanta precisión que hacían pensar en un ciclo natural. El embate de las revoluciones y de las reformas va del este al oeste y surge de las colonias jónicas; no obstante, sabemos muy poco de los efectos que produjo en la misma Jonia.

Los investigadores se sorprendieron con agrado cuando en la isla de Quío, al oeste de Esmirna, fue descubierta una piedra con algunos fragmentos de leyes de la isla que datan, sin duda, del año 600 antes de Cristo. Esta piedra había sido utilizada para la construcción de un muro a lo largo de una carretera real. Faltaba, por desgracia, parte de la cara inferior, pero pudo interpretarse que la inscripción concernía a las "leyes del pueblo". El texto habla del derecho de apelar ante el Consejo del pueblo, formado por cincuenta personas de cada tribu o distrito electoral y habilitado para zanjar los litigios jurídicos. Este consejo se parecía al Consejo de los Cuatrocientos, elegidos por el pueblo, que Solón había instituido en Atenas y que desempeñó progresivamente el papel del antiguo Areópago. Este descubrimiento nos permite, pues, seguir el movimiento popular democrático en esa colonia jónica.

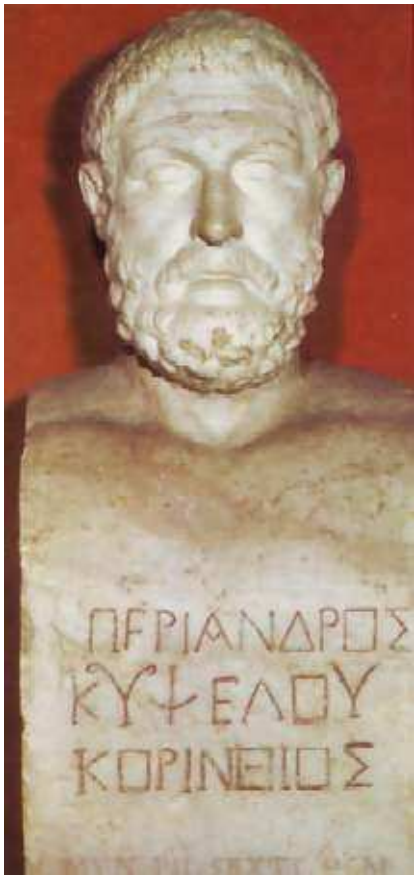
El movimiento democrático quedó limitado a los países del mundo griego, en donde la civilización era más avanzada; sobre todo en las regiones que mantenían un comercio marítimo muy activo, como Ática, Corinto, otras ciudades portuarias y las colonias del Asia Menor y Sicilia. En los Estados donde el auge del comercio y de la industria había creado una clase media próspera, compuesta de artesanos, industriales y mercaderes, el descontento social ofreció a los tiranos el poder que ostentaba la nobleza y, bajo la dirección de esa clase media, el pueblo emprendió la lucha contra la aristocracia.

Los extravíos de la aristocracia proporcionaron un arma a los descontentos. La nobleza de la Hélade cometía los más flagrantes abusos de autoridad en el terreno de la justicia, detentada por la nobleza y ejercida por el Consejo; la arbitrariedad y la corrupción eran moneda corriente. La nobleza minaba de esa forma sus propias posiciones. La nueva clase media

sacó provecho del descontento de las masas y, ya en un Estado, ya en otro, el pueblo (*demos*, en griego) supo, mediante la rebelión o con amenazas de rebelión, arrancar el poder a la nobleza para transformar el país en una república democrática.

La revolución podo evitarse algunas veces, aunque provisionalmente, con reformas sociales como las que los atenienses pidieron a Solón.

La tiranía tuvo una indudable influencia, a menudo saludable, en el desenvolvimiento económico e intelectual de Grecia. Hizo desaparecer las viejas concepciones sociales, liberó a los humildes de la secular opresión y otorgó a todos los ciudadanos igualdad de derechos ante la ley. El Estado consideraba entonces como deber suyo, no sólo proteger a los ciudadanos, sino también velar por su bienestar material. Se construyeron caminos, canales y acueductos; los grandes autócratas echaron las; bases de la grandeza futura de Atenas, Corinto y Siracusa, por no citar más que los ejemplos más salientes. Los artistas y poetas fueron siempre bien recibidos en las cortes de los tiranos.



Periandro de Corinto, tirano de Corinto y uno de los 7 sabios de Grecia.
Roma, Museo Vaticano

La voz *tirano* ha sido tornada del griego y se le ha ido dando un sentido cada vez más peyorativo, sentido que el término griego no tenía en verdad. El tirano griego podía ser un jefe excelente, como acabamos de ver; sin embargo, la tradición nos recuerda también a tiranos que no desmintieron la acepción actual del término. Así por ejemplo, Polícrates, que conquistó el poder en la isla de Samos hacia 530, fue después hecho prisionero por un sátrapa persa y murió crucificado. Afirmaba que se daba más satisfacción a los amigos devolviéndoles lo que se les había robado, que respetándoles sus bienes. A mediados del siglo VI vivió en Acragas (Agrigento) en la costa meridional de Sicilia, un gobernante llamado Falaris que para mantener su autoridad se valía sólo de la violencia. Solía quemar vivos a todos sus adversarios en una estatua de bronce en forma de toro. Incluso uno tan simpático

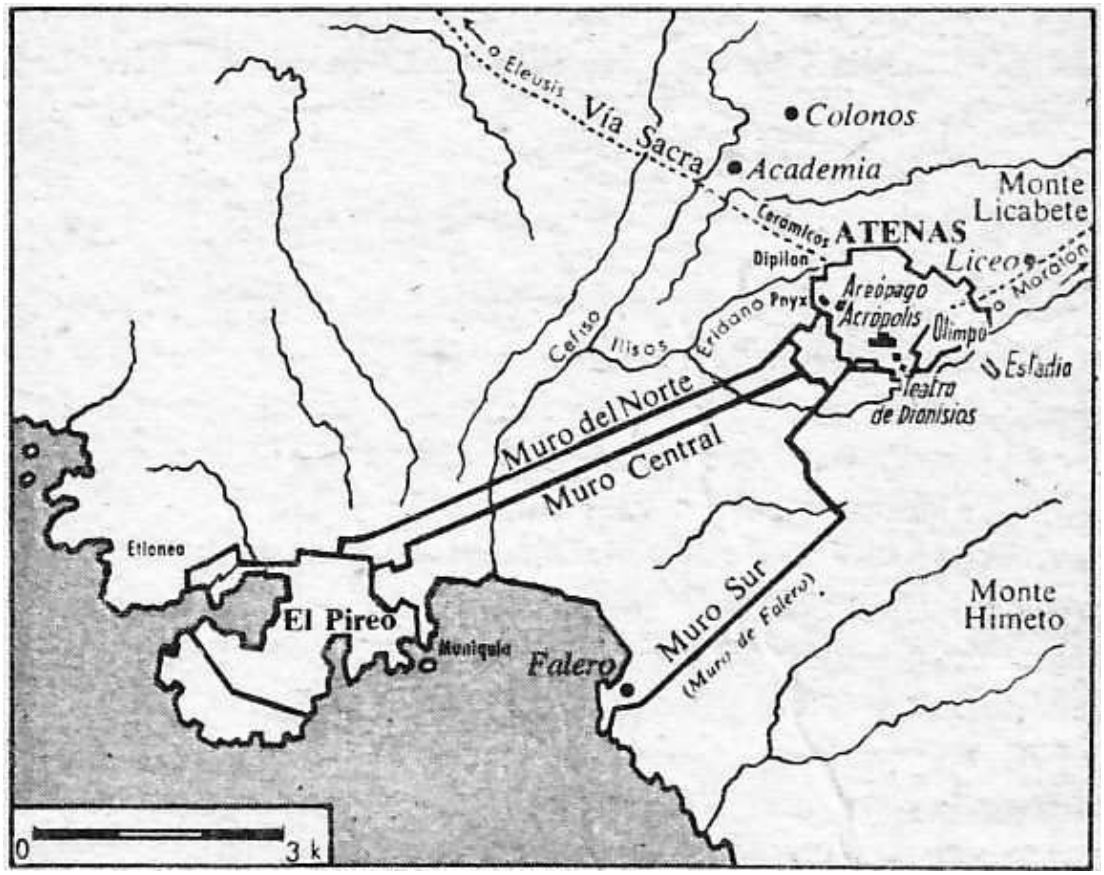
como Periandro de Corinto que se contaba entre los siete sabios de Grecia, llegó a ser, al final, mezquino y déspota. Cuando el tirano de Mileto le preguntó cuál era la mejor manera de reinar, Periandro condujo al embajador milesio a un campo de trigo; no dijo palabra, pero tuvo un gesto muy elocuente: cogió el bastón y golpeó cada espiga que levantaba la cabeza por encima de las demás. Dionisio de Siracusa contribuyó mucho al desarrollo de su ciudad, pero cometió una violencia tras otra. Un día, a un cortesano llamado Damocles que loaba el poder y la felicidad del gobernante le respondió: "¡Vas a experimentar por ti mismo lo agradable que es ser tirano!" Mandó vestir a Damocles con vestidos lujosísimos y le sentó a su lado ante un espléndido festín, pero colgó encima de la cabeza de Damocles una afiladísima espada que pendía de una crin de caballo.

Los tiranos contribuyeron a la evolución de Grecia, pusieron fin a las luchas sociales y el pueblo pudo dedicar todas sus energías a una existencia mejor. Así, se mejoró la posición económica de los estratos inferiores y la situación social en general. Pero la tiranía nunca logró ser una estructura política perdurable, dado que dependía exclusivamente de la capacidad de liderazgo del gobernante.

Lógicamente, la aristocracia era la más favorecida con la caída de los tiranos. Pero borrar las huellas de su paso y retornar a las antiguas estructuras aristocráticas le fue imposible. Con las etapas políticas siguientes se consolidó, en las regiones vitales del mundo helenístico, el régimen democrático, considerado por los contemporáneos y los historiadores futuros ya como el mayor bien, ya como el mayor mal de la sociedad.

Estas ideas de igualdad social fueron en parte las que incitaron a la mayoría de los griegos a luchar contra los persas. Lucha que debía decidir si la evolución futura de Europa iba a colocarse bajo el signo de la esclavitud oriental o de la libertad griega. Porque eran dos mundos los que se enfrentaban con mentalidad muy distinta, por no decir opuesta: la pasividad masiva de los pueblos de Oriente, con su resignación fatalista, abrumados por una religiosidad implacable y empujados como una grey sin idealismo a la conquista de remotos territorios para mayor honor y gloria de sus autocráticos soberanos; por otra parte, las *polis* o pequeños estados helénicos, integrados por hombres libres, de acción individual o colectiva estimulante, henchidos de patriotismo —local, aunque capaz de colaboración común—, que luchaban por sus hogares y amaban la acción creadora. Enamorados de su cultura y de su modo de ser y de vivir, con un concepto deportivo de la existencia y un afán estético que les hacía embellecer la vida y la muerte.

Ésta fue la espectacular y decisiva confrontación entre Asia y Europa, la primera importante de la historia y de incalculables consecuencias. No fue una guerra más en la interminable lista de conflictos armados que nos ofrece la narración de la aventura humana en la Tierra, sino una lucha única y especial, que adquiere la categoría de símbolo.



La comarca ateniense, por su situación excéntrica y la pobreza de su suelo rocoso, quedó libre, en sus orígenes, de invasiones y codicias extranjeras, y por ello sus habitantes se tenían por autóctonos. Se le daba el nombre de "Akté" (península). Naturalmente fortificados en la Acrópolis, pudieron, con el tiempo, imponer su dominio a todo el Ática.

Destruida en 480 antes de Cristo por los persas de Jerjes, fue reconstruida y embellecida poco después por Temístocles y Pericles. El primitivo puerto de El Pireo fue luego ampliado y completado. Temístocles hizo construir desde la ciudad a sus puertos los "muros largos", triple muralla defensiva no sólo contra otra posible invasión persa, sino también temiendo una probable y futura ofensiva espartana, que al fin se produjo. La primera medida adoptada por los espartanos al ocupar la ciudad, fue destruir estas murallas.

Durante la administración de Pericles, el Acrópolis —corazón y cerebro de Atenas— vivió su mejor época. Los edificios del Partenón, los Propileos, la Pinacoteca, el teatro de Dionisos al pie de los muros de Cimón, y otros monumentos, han constituido inmortales maravillas de arte clásico, admiradas por igual en tiempos antiguos y modernos.

LA LÍRICA Y LOS PRESOCRÁTICOS

ORÍGENES DE LA FILOSOFÍA

De dónde venimos y adónde vamos: dos grandes problemas que han preocupado al ser humano en el transcurso de los siglos. Característica muy humana es buscar la causa de cuanto sucede y una explicación a los fenómenos que nos rodean. Y eso ya lo pretendieron algunos griegos de la época que estamos tratando. Observaron que las plantas se alimentan de la tierra y del agua y, a su vez, sirven de alimento a hombres y animales. Pero éstos y aquellos vuelven otra vez a la tierra. ¿Se encuentran estos elementos fundamentales, tierra y agua, en todos los seres vivientes o existe un elemento único de donde nace todo? La búsqueda de este elemento común esencia del ser fue tarea principal de los primeros filósofos griegos, un poco así como la fórmula para transmutar los metales en oro había de ser la de los alquimistas medievales.

Los filósofos jónicos

La tradición menciona como primer filósofo a **Tales de Mileto**, otro de los siete sabios de Grecia, quien en largos viajes aprendió mucho y reunió abundante material para reflexionar. Estuvo en Egipto[7] y debió enseñar en Sardes los fundamentos de la sabiduría babilónica, pues, con gran sorpresa de sus conciudadanos, predijo un eclipse de sol que tuvo lugar en 585 antes de Cristo.

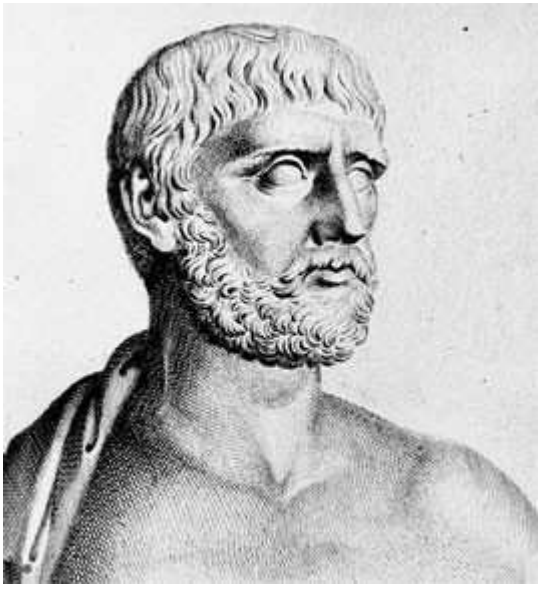
En filosofía, como en otros estudios, los griegos demostraron un talento admirable para asimilar los conocimientos de otros pueblos y reelaborarlos de manera personal y fecunda. Como dice Nietzsche, comprendieron el arte "de tomar la jabalina en el punto en que otros pueblos la dejaron y lanzarla más lejos".

Respecto al problema sobre el elemento original, Tales llegó a la conclusión que "el agua es el origen de todo". Según Aristóteles, basaba tal hipótesis en el hecho que las plantas y los animales necesitan humedad: el calor de la vida tenía que nacer, pues, de aquélla.

Es posible sacar de esta máxima de Tales más conclusiones que las que puede creerse a primera vista. Ver una unidad en la diversidad e inestabilidad del mundo suponía por entonces un gran progreso. En filosofía pura, Tales llegó a esta teoría: todo lo visible, cuando se contempla más de cerca, toma un aspecto diferente del que manifiesta a los ojos del profano, fundamentando así la metafísica, ciencia de la causa de todos los fenómenos de la Tierra en cuanto "todos".

Con los griegos aparece por primera vez en la historia de la humanidad la necesidad de explicar el mundo y sus fenómenos por la razón. Para los pueblos orientales, el pensador—"el que sabe"—era un hombre iniciado en los misterios divinos: sacerdote y profeta, adivino y exorcista. Ver en el "pensador" un hombre cuyo poder reside sólo en la propia capacidad intelectual era conducir a la humanidad por nuevos derroteros.

[7]Según se ha dicho, enseñó a sus maestros a medir la altura de las pirámides valiéndose de la sombra que proyectaban. En efecto, hizo observar a los egipcios que cuando la sombra de un hombre es tan larga como éste, la sombra de una pirámide es también de igual longitud que la pirámide.



Tales de Mileto.

Tales hacía del agua el elemento original. En cambio, otro filósofo jónico, **Anaxímenes**, veía en el aire el origen de todo cuanto existe. Cuando éste se concentra, se forman nubes de donde cae la lluvia. Concluía, pues, afirmando que, al concentrarse más, nacen las materias sólidas, como la tierra y las piedras. Por un proceso reflexivo, llegó a la conclusión que toda materia puede aumentar o disminuir y presentarse en forma sólida, líquida o gaseosa; es decir, que puede cambiar de modo de agregación, como diría la ciencia actual. Pero podemos preguntarnos: cuando Anaxímenes emplea el vocablo que nosotros traducimos por *aire*, ¿no pensaría en algo más abstracto? Quizás entendía con ello un "alma del mundo" que lo penetra y da vida a todo. Por otra parte, dice que "nuestra alma es también aire". Parece, pues, que confundió alma con aliento, el aire expirado y aspirado, y concibió el aire como el aliento del mundo. Los pueblos de la Antigüedad no distinguían tan categóricamente como nosotros, lo corporal de lo espiritual.

Anaxímenes.

Las teorías de otro conciudadano, discípulo y amigo de Tales, **Anaximandro**, son aún más notables y es muy difícil interpretar las escasas máximas que de él se han conservado. Anaximandro llega más lejos que su maestro en la búsqueda del elemento original y no le satisface considerar el agua como origen de todo el universo, pues para convertir el agua del estado sólido al líquido, es preciso calentarla, lo mismo que para pasarla del estado líquido al gaseoso. Había, pues, dos principios fundamentales: frío y calor. Anaximandro hacía surgir a ambos de la "separación" de una materia original existente en los diferentes tipos de materia, y expresaba ese algo original con una palabra que sólo puede ser traducida por *infinito* o *lo sin forma ni límites*. De ahí nacen las cosas por un proceso de división y todas ellas retornan al elemento primario para desaparecer en él. La desaparición de las cosas es su castigo por estar separadas del "todo". En su transformación y desaparición, y en el círculo sin fin del nacimiento y de la muerte, Anaximandro veía la obra de una ley más poderosa que la naturaleza. Al mismo tiempo, esa ley le parecía un orden que sé extiende a todo y castiga al individuo por su *hybris*, por el orgullo que expresa el mismo hecho de su individualidad. "Todo cuanto existe merece desaparecer", podría haber dicho con el Mefistófeles de Fausto. Sólo una existencia no diferenciada en este elemento primero, infinito, donde radica toda la fuerza, merecía, según Anaximandro, ser llamada "divina". Desde el punto de vista científico, la doctrina de Anaximandro resulta interesante, pues algunas de sus ideas recuerdan la moderna teoría de la evolución; sin embargo, los detalles de su exposición llegan a desconcertarnos.

Anaximandro de Mileto.

Otra figura notable entre los antiguos fue **Heráclito de Éfeso**, a quien deberíamos conocer mejor que a otros filósofos jónicos por haberse conservado una parte considerable de su obra filosófica. Pero su pensamiento es tan profundo y su estilo tan hermético, a menudo paradójico, que en la Antigüedad ya se le llamaba "el oscuro". Diógenes Laercio, el biógrafo de los filósofos griegos, cuenta que se expresaba dibujando fórmulas enigmáticas para que sólo los iniciados pudiesen comprenderle y despreciaba profundamente a la multitud. Comparaba el ideal de ésta al de los bueyes y afirmaba que individuos tan bajos no pueden comprender en realidad nada. "Para el hombre con alma de bárbaro, los ojos y los oídos sólo son meros instrumentos."

El desprecio de Heráclito hacia su prójimo nacía de experiencias personales. Ello se comprende cuando juzgaba a sus conciudadanos: "Lo mejor que podrían hacer los adultos de Éfeso es ahorcarse y dejar el gobierno a los jóvenes". ¿Por qué este despectivo consejo? Los

efesios habían expulsado a un amigo de Heráclito, razonando que "entre nosotros, nadie debe ser mejor que los demás. Si existe alguno, que vaya a vivir a otro lugar y entre otros hombres". Heráclito, a quien se le ofreció la realeza, no quiso reinar sobre un pueblo así, cedió el trono a su hermano menor y fue a curar su herido orgullo a la soledad de la naturaleza, "en las montañas, donde se alimentó de hierbas y plantas"; así nos lo refiere la tradición. Murió después de redactar su doctrina en un rollo de papiro que depositó en el templo efesio de Artemisa, al comienzo de las guerras médicas.

En algún aspecto de sus teorías, Heráclito se acerca a Anaximandro. Ambos se preocuparon de la mutación de lo terrestre y de la desaparición de las cosas. *Todo pasa*, reza el axioma de Heráclito. Nada permanece sobre la Tierra, sólo lo inestable y mudable.

Para Heráclito, el símbolo del cambio eterno de las cosas era el fuego, el más mudable de los elementos y más inconstante que el agua y el aire, el elemento que nunca reposa. El fuego da vida a todas las cosas y el calor corporal es la expresión del alma, como para Anaxímenes lo era el aliento. Pero el fuego que da la vida es también el elemento que consume todas las cosas. "Todo—decía Heráclito—se cambia en fuego y el fuego se cambia en todo, como el oro se trueca por la mercancía y la mercancía por el oro."

Heráclito descubrió en las incesantes variaciones del mundo leyes prefijadas, una de ellas constante: la oposición de contrarios. Sin oposición, ninguna vida es posible. "Sin hambre no hay saciedad; sin fatiga, no hay reposo; sin enfermedad, no hay curación. Si no hubiera injusticia, no habría justicia." Y resumía así la significación de esta lucha continua entre contrarios: "La guerra es el padre de todo, el rey de todas las cosas".

Todo cambia y todo es relativo. "Comparado con un hombre, es feo el mono más hermoso. Pero el hombre más hermoso y más sabio, comparado con Dios, parece un mono." Heráclito atribuía las leyes que rigen los diversos fenómenos al hecho que el fuego, alma del mundo, es también "una inteligencia eterna y ordenadora". Anaximandro expresaba igual pensamiento al hablar de una ley natural, omnipotente, una ley que lo abarca todo y también castiga al individuo por haberse separado del conjunto.

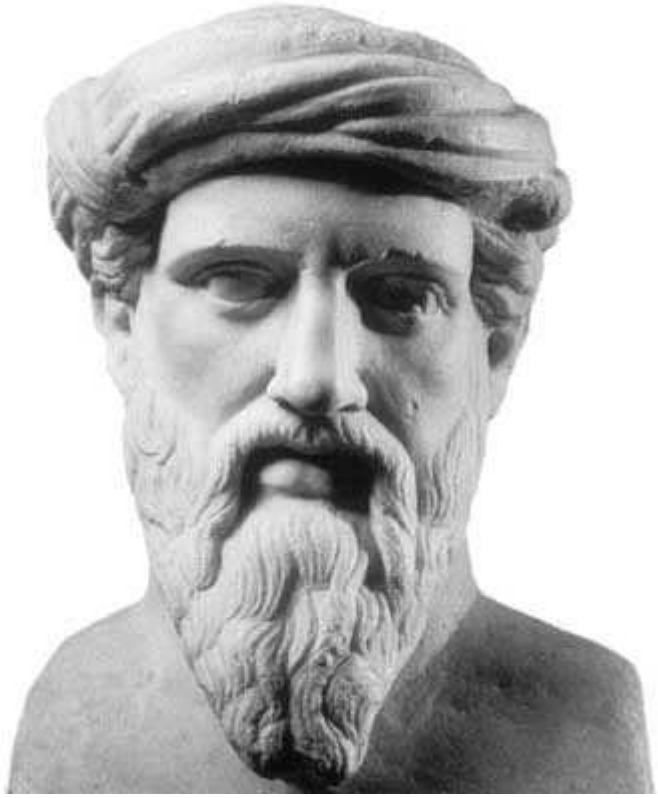
Heráclito, aristócrata e intelectual, despreciaba a los dioses tal como los representaba el pueblo. El creador de aquella mitología, Homero, "merecería ser proscrito de las bibliotecas y ser apaleado", decía: "Rogar a los ídolos es como hablar a la pared".

Heráclito de Éfeso.

Pitágoras y los pitagóricos

Algo más viejo que Heráclito era el celebérrimo **Pitágoras**. Oriundo de Samos, se estableció en Crotona, en la costa sur de Italia, y fundó una especie de orden cuyos miembros buscaban un enriquecimiento intelectual. Esta orden comprendía varios "grados", en los que se ingresaba tras haberse sometido a ciertas pruebas y asistir a determinadas ceremonias. Se reconocía a los "iniciados" en su interés por la mística y la religión, aunque ocupábanse también de ciencia y de política. Las mujeres tenían igual acceso a esta "hermandad".

Pocas veces fue tan ensalzado un maestro por sus adeptos como lo fue Pitágoras. Después de su muerte, casi fue adorado como dios.



Pitágoras.

No hay duda que Pitágoras tenía aptitudes muy varias: era matemático, investigador de las ciencias naturales y de la astronomía, filósofo e investigador científico en general, y también un moralista.

Sin embargo, sabemos muy poco de su vida, y su perfil, medio místico, se pierde entre tinieblas legendarias. Tampoco se han conservado escritos suyos, como si nunca hubiese consignado su doctrina —el mismo caso de Sócrates más tarde—, pero ejerció influjo extraordinario sobre sus discípulos por el vigor de sus enseñanzas y de su ejemplo. Lo único que sabemos de Pitágoras nos lo han legado sus discípulos. Por eso —usando frases de un filósofo alemán— sólo podemos "ver apenas la sombra gigantesca de una poderosa personalidad que, por otra parte, parece más un reformador religioso que un filósofo". Sin embargo, Pitágoras quizás fue el primero en atribuirse este nombre, que significa "amante del saber".

Sus amplios conocimientos fueron fruto de sus largos viajes y, sobre todo, de su estancia en Egipto.

El gran problema para los pitagóricos, como para los filósofos de la escuela jónica, era éste: ¿Qué es lo eterno y permanente en los fenómenos cambiantes de este mundo que nos revelan los sentidos? Y no se limitaban a citar el agua, el aire o cualquier otro de los cuatro elementos; "el mundo es armonía y números", decían. ¿Cómo llegó Pitágoras a esta concepción? En música hizo un gran descubrimiento: los acordes descansan sobre relaciones de cifras y la altura del sonido depende de la longitud de la cuerda que se hace vibrar, hallazgo que convirtió a Pitágoras en el precursor de la acústica. Es fácil comprender que su descubrimiento fuese acogido con estupor admirativo: ¡había conseguido medir matemáticamente el sonido, uno de los fenómenos más difíciles de aprehender! De ahí a convertir estos números maravillosos en algo que regula cuanto existe, sólo había un paso. Y los pitagóricos, dejándose arrastrar por el entusiasmo del gran hallazgo, creyeron haber encontrado las leyes del universo que los filósofos de la escuela jónica buscaban ansiosos en vano.

Pero los números nunca expresan más que ciertas relaciones. ¿Cómo, pues, los pitagóricos podían ver ahí la verdadera esencia y causa de todas las cosas? Esto no se explica sólo por el enorme influjo del maestro y su gran descubrimiento en el campo de la acústica, sino en otras razones; por ejemplo, en la tendencia de los Filósofos a buscar conceptos cada vez más abstractos y juzgarlos como los únicos válidos.

Pitágoras aplicó su doctrina de la armonía al universo entero, por ejemplo, en su célebre teoría sobre la armonía de las esferas. Cada cuerpo celeste que se mueve produce cierto sonido que varía en función de la rapidez desplegada por el cuerpo. Los cuerpos celestes se mueven, pues, en armoniosa danza; se desplazan a velocidades distintas y producen así una música sobrenatural. El universo puede ser comparado a un instrumento de cuerda; por ejemplo, a una lira. Pero, entonces, ¿por qué no oímos esta música de las esferas? Porque la estamos oyendo desde que nacimos. El herrero que día tras día oye el ruido del martillo sobre el yunque, se acostumbra tanto a ello que acaba por no percibirlo. Para que un ruido nos sea audible es necesaria una interrupción o un cambio en la fuerza o en la naturaleza de los sonidos.

Los pitagóricos resumen su doctrina afirmando que "todo lo que conocemos está representado por un número y sólo podremos llegar a comprender una cosa cuando conozcamos su número".

Los pitagóricos sólo juraban con números; se diría que estaban embriagados de su doctrina. Pitágoras, a quien se denomina "el primer técnico de las ciencias exactas", fue también un gran místico. Jamás aplicaron unos discípulos con tanto rigor los preceptos de su maestro como los de Pitágoras. La fórmula "lo ha dicho él" tenía para un buen pitagórico fuerza de ley.

Poco conocemos de la filosofía de Pitágoras; se sabe, sin embargo, que creía en el alma inmortal. Si el alma es aprisionada por el cuerpo, decían los pitagóricos, es en castigo de ciertos pecados. El sabio debía, pues, purificarse, desasirse del cuerpo por la ascesis y la meditación. Mas para este proceso purificador no bastaba una vida y el alma tenía varias existencias, se reencarnaba en diversos hombres y animales. Además de la metempsicosis, los pitagóricos predicaban también el retorno de todas las cosas después del "gran año del mundo", un período muy largo que era respecto al año natural lo que un día es a un segundo, aunque este año del mundo no representase más que un día en la vida del universo.

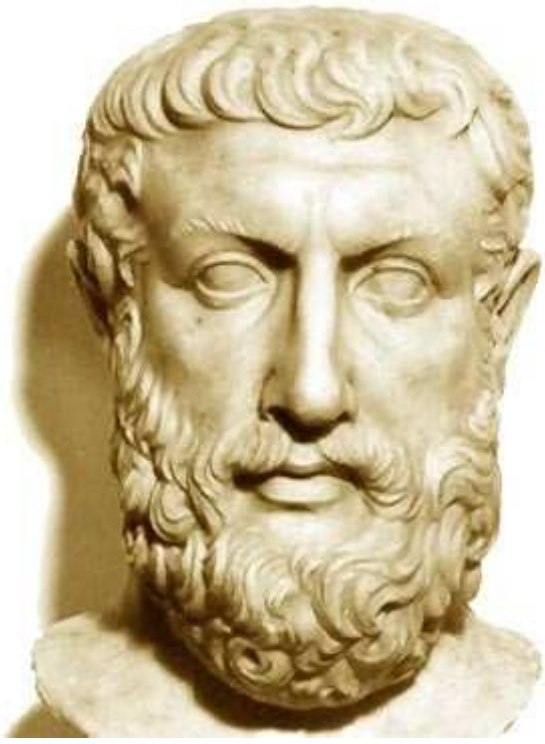
La escuela filosófica de Pitágoras constituyó un avance en la historia del pensamiento. Los jonios tal vez nunca pudieron superar lo concreto; los pitagóricos ciertamente abordaron lo abstracto, sentando las bases de una filosofía que trasciende el mundo visible.

Los filósofos de Elea

Jenófanes nació en Colofón, Asia Menor. En su juventud guerreó contra los persas y abandonó su patria cuando Ciro sometió las ciudades jónicas del Asia Menor. Después de un sinfín de aventuras, encontró refugio en Elea, en la costa calabresa, y murió en 475 antes de Cristo, a la edad de ochenta y un años.

Jenófanes atacó el culto a los dioses con tanta violencia como su contemporáneo Heráclito; juzgaba indigno representarlos como ladrones, estafadores y libertinos. Veía en ello la prueba que los hombres adjudicaron a los dioses su propia imagen. "Los dioses de Etiopía tienen la piel negra y la nariz aplastada; los tracios dan a sus divinidades ojos azules y cabellos rubios." Los dioses que nos habla Homero poseen todos los defectos y debilidades humanas.

Opuesto a los dioses de la mitología popular, el dios de Jenófanes "no era semejante a los mortales, ni por su apariencia externa ni por los pensamientos". Esta divinidad era el alma del mundo y sostenía el universo con la fuerza de su espíritu; era "pura vista, oído puro, pura inteligencia". La concepción que Jenófanes tiene de lo divino se eleva hasta el panteísmo: para él, dios es una fuerza personal, presente en todas partes de la naturaleza y constituyendo su unidad.



Parménides

Jenófanes fue el padre de la escuela filosófica que nació en Elea. Entre sus discípulos destacó **Parménides**, quien, como su maestro, distingue entre pensamiento filosófico y pensamiento vulgar. Sin embargo, Parménides difería de Heráclito en que considera la diversidad y variedad de los fenómenos naturales como simples apariencias, como "el no ser", por oposición a la realidad única y verdadera, la realidad interna, "el ser", que es inmutable. El "ser" no tiene principio ni fin, no cambia de aspecto ni de lugar. Parménides resumía así su doctrina: "El ser *es* y el no ser *no es*". En efecto, no existe cambio ni diversidad. Algunas veces pensamos lo contrario, por ejemplo, cuando contemplamos vivos colores o vemos que

algo se mueve; en realidad, nos engañan los sentidos. El *no ser* es sólo un mundo de apariencias del cual no podemos adquirir un conocimiento firme y estable. Sólo el pensamiento lógico nos permite conocer algo. He aquí la base de la doctrina de los eleáticos, doctrina a menudo mal comprendida: "Pensar equivale a existir". El sistema del pensamiento de Parménides fue en su época el más abstracto jamás alcanzado por filósofo alguno. Su concepto del "ser" no debía nada en absoluto a lo concreto. Sólo podía decirse una cosa de este "ser'" abstracto y puro, y es que *era*, pues en cuanto sede añadiera la menor particularidad se colocaba al ser en el mundo de los sentidos y se le hacía partícipe del mundo del "no ser". Era imposible ir más lejos en la abstracción.

Como podemos juzgar, pocos podían comprender las teorías de Parménides sobre el ser y el no ser. Para sus contemporáneos fue motivo de franca hilaridad, sobre todo cuando afirmaba que el cambio y el movimiento eran pura ilusión óptica.

Parménides tuvo un discípulo, de temperamento más fogoso que él: **Zenón**. Se enzarzó con pasión en las querellas políticas de Elea y participó en un complot para expulsar al usurpador del trono de la ciudad; fracasada esta conjura, Zenón fue condenado a muerte. Soportó los suplicios con tanta entereza que fue la admiración de sus contemporáneos y de la posteridad.

Zenón fue un maestro de la dialéctica, el arte del razonamiento lógico, y se valió de ella para acallar a los que se reían de Parménides su maestro y amigo.

> "Os burláis de nosotros porque creemos que los sentidos son engañosos. ¡Pues escuchad! Si tomo un solo grano de una paletada de trigo y lo dejo caer al suelo, no se oye ningún ruido. Lo mismo ocurre si hago la experiencia con otro grano, y luego con otro, etcétera. Y así puedo ir tomando los diez mil granos que hay en la pala y dejarlos caer uno tras otro sin que se oiga el menor ruido. Pero si los vuelvo a poner en la pala y los arrojo al suelo todos juntos, se oirá con claridad el ruido de su caída. He aquí algo insólito: ¡la suma de diez mil ceros se ha convertido en una cantidad concreta! Esto va contra toda lógica. ¿Qué confianza podéis conceder, pues, a vuestros oídos? ¿No tendremos razón al calificarlos de engañosos?
>
> "Pero en este caso, ¿qué ocurre para que la suma de diez mil ceros sea mayor que cero? Pues que al caer un grano de trigo hace ruido, pero es tan débil que el oído humano es incapaz de captarlo. Sin embargo, este ruido resulta perfectamente audible si es multiplicado por mil."

Aunque premisas falsas, Zenón señaló la insuficiencia de nuestros sentidos. E iba más lejos aún. Dirigiéndose al mismo auditorio, argüía:

> "Voy a probaros por lógica que el movimiento, cualquiera que sea, es sencillamente imposible. Escuchad: los objetos que imagináis estar en movimiento deben moverse siempre, ya en el lugar en que se encuentran, ya en el que no se encuentran. Ahora bien, en el primer caso el objeto no está en movimiento, sino en reposo. Y la segunda posición es imposible, pues un objeto no puede estar donde no está. Así, pues, todo movimiento es imposible, según se pretende demostrar."

El error de este segundo razonamiento era más difícil de descubrir que el primero, puesto que los griegos no concebían el movimiento ininterrumpido, sino que imaginaban cada movimiento dividido en una serie de unidades de tiempo. Ahora bien, al disparar una flecha, jamás permanece en el mismo lugar, ni aun durante la más ínfima parte de segundo, sino que está siempre en movimiento, hasta dar en el blanco. En el caso presente, Zenón habría podido aprender algo de Heráclito, que tenía del movimiento una concepción más justa.

El ejemplo más conocido de la dialéctica de Zenón es el célebre argumento de Aquiles y la tortuga. Aquiles, el de los pies ligeros, no podría alcanzar en la carrera a una tortuga, un animal tan lento, si éste comienza la carrera con una pequeña ventaja. Supongamos que

Aquiles parte del punto A y la tortuga del punto B, y también, para facilitar la demostración, que Aquiles corre tres veces más aprisa que la tortuga. Cuando Aquiles alcance el punto B, la tortuga habrá llegado a C, y cuando aquél llegue a C, el animal se hallará en D, y así sucesivamente.

La distancia entre ambos no cesará de disminuir y acabará por ser tan insignificante, que no podremos representarla; pero esta distancia nunca será igual a cero, sino que siempre permitirá que la tortuga vaya en cabeza.

Zenón era aficionado a estas piruetas dialécticas. Si se admite que la distancia entre A y B es de un kilómetro, Aquiles alcanzará a la tortuga cuando ésta haya recorrido medio kilómetro, pues entonces Aquiles habrá recorrido 3 x 0,5 kilómetro; es decir, 1,5 kilómetro. Pero Zenón divide el trayecto de modo que esta meta no es alcanzada por ninguno de ambos adversarios, pues 1 + 1/3 + 1/9 + 1/27 + 1/81, etcétera, nunca llegará a 1,5. Aquí también Zenón cometía el error de dividir el movimiento, que en realidad es continuo.

Zenón había iniciado su carrera como defensor apasionado de la doctrina ortodoxa de los eleáticos, pero cayó en el escepticismo y acabó por sostener que el conocimiento era imposible, doctrina que más tarde influiría en los sofistas.

Zenón de Elea.

De Jenófanes a Zenón, el pensamiento filosófico recorrió largo camino y pasó de la crítica de la religión tradicional al examen de los fenómenos cambiantes del mundo visible para oponerse, finalmente, a todas las verdades admitidas. Los tres principales representantes de la escuela de Elea (Jenófanes, Parménides y Zenón) sacudieron la indolencia intelectual de sus contemporáneos, y se impusieron la tarea de sacar a la humanidad de su pereza innata y conducirla por el camino del pensamiento. En ello radica el aporte de los eleáticos al esplendor de la filosofía.

Desarrollo de la filosofía después de los eleáticos

Dos pensadores del siglo V antes de Cristo, **Empédocles** y **Anaxágoras**, llegaron a conclusiones muy parecidas, aunque sus personalidades sean tan distintas.

Empédocles de Agrigento era, como Heráclito, hombre de elevada alcurnia que rehusó la corona real que le ofreció su pueblo después de una rebelión política. Paseaba por su ciudad vestido con manto de púrpura adornado de oro y largos cabellos rizados ceñidos con una corona de laurel; le acompañaban por doquier grupos de discípulos y miles de personas le suplicaban que les curara de sus enfermedades y les vaticinara el porvenir. Le seguían con la esperanza de presenciar algún milagro.

Empédocles sintetizó las teorías de Tales, Anaxímenes y Heráclito, que hacían, respectivamente, del agua, el aire y el fuego el principio originario, añadiendo un cuarto elemento: la tierra. A Empédocles debemos, pues, la célebre teoría de los cuatro elementos. Afirmó que objetos y organismos nacen de la combinación de tales elementos, según diversas proporciones, y que cuando ellos se separan aparece lo que los hombres llaman muerte. Cada nacimiento no es, en realidad, sino una mezcla de estos cuatro elementos, y cada muerte o desaparición es la segregación de lo que estuvo unido durante un tiempo. La fuerza que une es el *amor*; la que separa es el *odio*. Y ambas son los principios básicos de todo cuanto se forma y desarrolla en la Tierra. Estas fuerzas no cesan de disputarse la hegemonía del mundo y cada una conoce alternativas de éxito y fracaso. En sus comienzos triunfaba el amor. Los hombres eran entonces tan buenos que no mataban a ningún ser vivo. Comer carne era considerado un

crimen abominable y todos los animales vivían en perfecta armonía con los hombres. Los árboles estaban siempre verdes y daban frutos sabrosos todo el año, pero este paraíso desapareció sin esperanza de retorno. "Desgraciados de vosotros, pobres mortales, que no conocéis más que miseria y lamentaciones", escribía Empédocles. Algunos puntos de su doctrina corresponden a la de Pitágoras. Así, dice que la causa de los sufrimientos de los hombres son sus pecados.

La tradición ha embellecido la muerte de Empédocles como embelleció su vida, haciéndolo desaparecer una tarde después de convidar a un ágape a sus discípulos preferidos. Una voz celeste que le llamó, en medio de un resplandor, y el filósofo desapareció a los ojos de sus invitados. Luego, se le tributaron honores divinos. En realidad, Empédocles fue expulsado de su ciudad, a la edad de sesenta años, por los ciudadanos envidiosos y parece que murió poco después en el Peloponeso.

Anaxágoras nació cerca de Esmirna hacia el año 500, y cuando tuvo cuarenta años se estableció en Atenas, donde vivió muchos más y ganó un lugar preeminente en el mundo de los pensadores. Introdujo la filosofía y la ciencia jónicas en Ática.

Como Empédocles, Anaxágoras veía en el nacer. y el morir, la unión y separación de los elementos. Pero no se conformó con los cuatro principios de Empédocles, sino que creía en la existencia de una infinidad de ellos que denominó "simientes". Por todas partes se encuentran corpúsculos, elementos infinitamente pequeños e imperceptibles a simple vista. El cuerpo humano, por ejemplo, con sus huesos, carne, músculos y piel, se elabora gracias a la alimentación que absorbe, lo que es posible porque todos estos elementos del cuerpo se encuentran, ya reducidos, en el alimento. "Todo está en todo." Nos recuerda a Anaximandro y a su materia original "lo sin-forma y sin-límite", que involucra los distintos elementos.

La función que en Empédocles juegan el amor y el odio, Anaxágoras la atribuye a un poder que llama *nous*, concepto difícil de traducir; inteligencia o espíritu, quizá sean los más aproximados. El *nous*, "lo perfecto", "lo absolutamente puro", conmueve la masa elemental del movimiento turbulento y perpetuo que "disocia" las diferentes cosas.

Aquí también encontramos cierta semejanza con la doctrina de Anaximandro, como nos evoca asimismo a Heráclito, que hacía del "alma del mundo" una "inteligencia eterna y ordenadora", idea también presente en Anaximandro.

Analizaremos ahora el célebre **Demócrito**, autor de la teoría de los átomos. Nacido en Abdera, Tracia, como Anaxágoras, pasó la mayor parte de su vida en Atenas y, como él, sólo vivió para la ciencia.

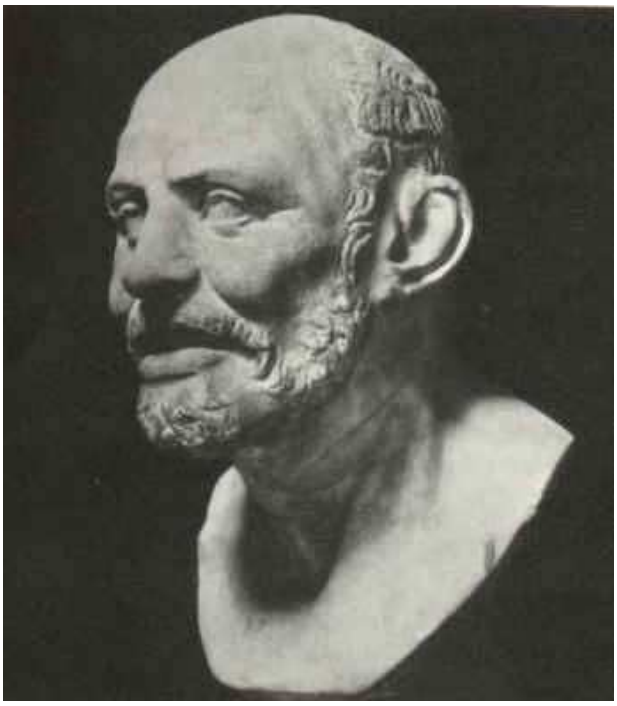
Demócrito enseñaba, como los eleáticos, que las cualidades visibles de las cosas no son las cosas mismas; cualidades tales como "colorado, dulce, amargo, caliente, frío, etcétera", sólo eran para él producto de nuestros sentidos. "En realidad, no existe nada más que los átomos y el espacio vacío" (o "espacio puro").

La voz *átomo* significa indivisible. Demócrito creía que todo está compuesto por corpúsculos infinitamente pequeños que no poseen contenido ni gusto ni ninguna otra característica cualitativa, y que sólo difieren entre sí por la forma y el peso. Desde tiempo inmemorial, los átomos se mueven en el espacio vacío; algunas veces entran en colisión y causan un movimiento turbulento, del que resulta la creación de un mundo.

Demócrito daba una interpretación del mundo francamente materialista. Para él, nada existía fuera de los átomos y del espacio vacío, y rechazaba el *nous* de Anaxágoras; su mundo no conocía más ley que la casualidad. Demócrito no negaba la existencia de lo espiritual, pero sí cualquier diferencia esencial entre lo espiritual y lo material. Lo que llamamos *alma*, sólo era para él un complejo de átomos. La única diferencia entre alma y cuerpo es que los átomos de aquélla son más ligeros y más dinámicos que los átomos integrantes del cuerpo.

Demócrito explicaba nuestras impresiones sensoriales por un contacto entre los átomos que componen el mundo visible y los que forman nuestra alma. De la superficie de las cosas se destacan continuamente "pequeñas imágenes" que penetran en nuestros, ojos y otras partículas que excitan nuestro olfato y nuestro gusto.

El primer materialista en la historia de la filosofía fue también el fundador de la ética. Otros pensadores habían formulado ya algunas reflexiones sobre la ética, pero la confundían con la religión. En Demócritó la ética se libera de la autoridad de los mitos. Como buen heleno, planteaba así el problema fundamental: "¿Qué debe hacerse para vivir de la manera más digna?" Y responde: "Conservar un equilibrio espiritual". ¿Cómo conseguirlo? "No gozar de lo transitorio, absteniéndose del placer sensual y de cuanto pueda turbar la paz del alma, como la ambición, la aversión y el odio. Nuestros sentidos sólo nos proporcionan el placer de un breve instante; cuando éste ha pasado, renace el deseo, y así sucesivamente, sin fin. Cuando se sobrepasa la medida, el mayor deseo se transforma en aversión. Una codicia insaciable es mucho más penosa que la mayor pobreza."



Demócrito de Abdera.

Una buena conciencia es condición esencial para el equilibrio espiritual, y de ahí nacen todas las virtudes. Quien posee la paz del alma que da una buena conciencia, hará el bien con naturalidad y lo realizará con alegría, mientras que los demás conocerán la angustia y los remordimientos. La dicha y la desdicha no dependen de las circunstancias exteriores, sino que cada hombre las lleva en su interior. El sabio debe huir del mal por respeto a sí mismo. Hay que hacer el bien porque es nuestro deber, no por temor a cualquier castigo.

FLORECIMIENTO DE LA POESÍA LÍRICA

Las canciones populares habían originado grandes poemas épicos, tales como la *Ilíada* y la *Odisea*. Sin embargo, a mediados del siglo VIII la poesía épica languideció. Ello no significa que los cantos homéricos fueran menos apreciados que antes —el tiempo nunca les restó popularidad—, sino que nadie se consideraba con suficiente talento para reanudar la obra de Homero. La poesía épica había recibido la pátina de un período turbulento. Tiempos

nuevos crearon necesidades nuevas, aun en la poesía, y los hombres habían cambiado. Un nuevo dinamismo económico y una renovación en la actividad política, sobre todo entre los jonios del Asia Menor, imprimían un ritmo más rápido a todos los aspectos de la vida. La narración homérica, demasiado lenta, no satisfacía ya las necesidades intelectuales de la época. Se requería otro género más subjetivo, una poesía que reflejara los misterios de la vida, el amor y el odio, todos los sentimientos que agitan al individuo. De esta necesidad nació la poesía lírica.

Por desgracia, esta poesía la conocemos menos que la épica. La mayoría de los poetas líricos griegos sólo nos han dejado fragmentos de sus obras, y a menudo tan deteriorados, que los filólogos e historiadores de la literatura sólo pueden reconstruirlos con dificultad. Ante piezas tan fragmentarias, el historiador literario halla los mismos problemas que el arqueólogo.

El primer poeta lírico conocido es **Arquíloco de Paros** (siglo VII antes de Cristo), el primer poeta con personalidad en la historia de la literatura y el primer griego que se nos muestra, por así decir, de carne y hueso. Llevó la agitada existencia de un traficante y murió, muy joven aún, en el curso de una guerra entre Paros y Naxos. Aventuras y combates le proporcionaron material para sus poemas. Es el padre de todos los poetas bélicos. Afirmaba desear la lucha "como un sediento suspira por el agua". El poeta, amenazaba a sus enemigos con imprecaciones y experimentaba verdadero placer en desearles mil tormentos. La literatura ofrece pocos ejemplos de un odio tan apasionado.

Arquíloco, artista inigualable en su especialidad, es el representante típico del carácter exaltado de los jonios. Poseía en máximo grado el individualismo, ardor, aguda sensibilidad y violencia verbal característicos de su raza. En muchos aspectos, su obra poética es el espejo de la vida cultural jónica del siglo VII antes de Cristo.

En las invectivas de Arquíloco habla el odio, como réplica a las afrentas que tuvo que sufrir; un siglo más tarde, en los poemas de **Teognis**, el mismo odio nace de las pasiones políticas. Teognis era un aristócrata cuyas convicciones políticas tomaron un sesgo apasionado a consecuencia de las graves querellas suscitadas entre los dos partidos rivales de su ciudad natal, Megara, cerca de Atenas. Cuando consiguieron la victoria los demócratas, le confiscaron los bienes y lo condenaron al destierro, donde llevó una vida errante; pero la fortuna política cambió, los aristócratas volvieron al poder y parece que el poeta regresó a Megara y recuperó su casa. Pero nada pudo ya borrar el odio que en adelante sentiría hacia el "populacho", odio que exteriorizó en estrofas como ésta: "Aplasta con tu talón a este pueblo estúpido, clávale el aguijón, ponle sobre la nuca el yugo humillante y pesado".

Para él, la humanidad se componía de dos categorías de individuos que jamás tendrán nada en común: los señores y los esclavos, que eran, respectivamente, "los buenos y los malos".

> "La cabeza de un esclavo nunca está derecha: balancea sobre su cuello, siempre inclinado, oblicuo y torcido. Así como de una cebolla jamás nace una rosa o un jacinto, de un esclavo nunca saldrá un hijo libre y altivo."

En otros puntos, la poesía de Teognis nos ofrece una imagen de la política griega, enconada, sectaria y llena de prejuicios. Otra cita suya es: "En verdad, oh, Kyrnos, el corazón de un hombre se quiebra si le ofenden. Pero más tarde se llena de dicha cuando su venganza es satisfecha".

Aparte de esto, Teognis no hubiera sido un buen heleno si no hubiese cantado también al vino y al placer.

El corazón ocupa lugar muy importante entre los poetas lesbios. La isla de Lesbos era la morada favorita de las musas. Dos de los mayores poetas líricos de la Antigüedad, **Alceo** y **Safo**, contemporáneos de Solón, fundaron allí una escuela poética que alcanzó celebridad por sus cantos báquicos y amorosos. Ambos genios hallaron en aquella isla maravillosa ricas posibilidades de expresión. Dionisos la favoreció con uno de los vinos más estimados y generosos de Grecia, y los habitantes de este país bendecido por los dioses eran famosos por su belleza.

No debe, pues, extrañar que el cantor de los placeres de la vida, **Alceo**, fuera hijo del alegre pueblo lesbio. Soldado y jefe de partido, llevó una vida aventurera, como Arquíloco y Teognis, y en su obra dedicada a Dionisos y Afrodita estallaba a veces en amargas imprecaciones contra los tiranos y los demócratas, sus adversarios políticos. Sus cantos báquicos eran propios de un buen meridional movido por su amor al vino.

Safo. Retrato idealizado.

En Lesbos vivió también la primera figura a quien Apolo concediera el don de la poesía, aquella a quien la Antigüedad llamó "la décima musa". ¿Era Safo una joven pura o una hetaira (casquivana) cuyo nombre ha difamado la posteridad? Sobre este punto se ha discutido mucho.

Sin duda, no era lo uno ni lo otro. Cantó el amor con palabras tan ardientes y audaces, expresó con tanta pasión el horror de los celos, que es difícil juzgarla una especie de vestal con la única idea de alimentar en su corazón la llama pura de la poesía. Por otra parte, es cierto que su ciudad natal y la capital de Lesbos acuñaban monedas con su efigie. Una mujer tan honrada por sus contemporáneos, difícilmente habrá tenido mala reputación. Ello no

significa que las costumbres de Safo respondieran a los imperativos de nuestra moral, sino sólo que sus compatriotas de Lesbos no encontraban ningún reproche que hacerle.

La “Safo, de rizos de violeta, de sonrisa encantadora”, como escribe Alceo, era célebre, por sus versos melodiosos y acariciantes, por la armonía de su estilo. Se traiciona siempre el original cuando se traducen sus poemas a otro idioma.

Cantado con estrofas ardientes, el amor no era para ella el Amorcillo travieso, sino la gran pasión qué consume los corazones. "Deseo y ardo", decía. Leamos sus *Efectos del amor*, en clásica traducción de Menéndez y Pelayo:

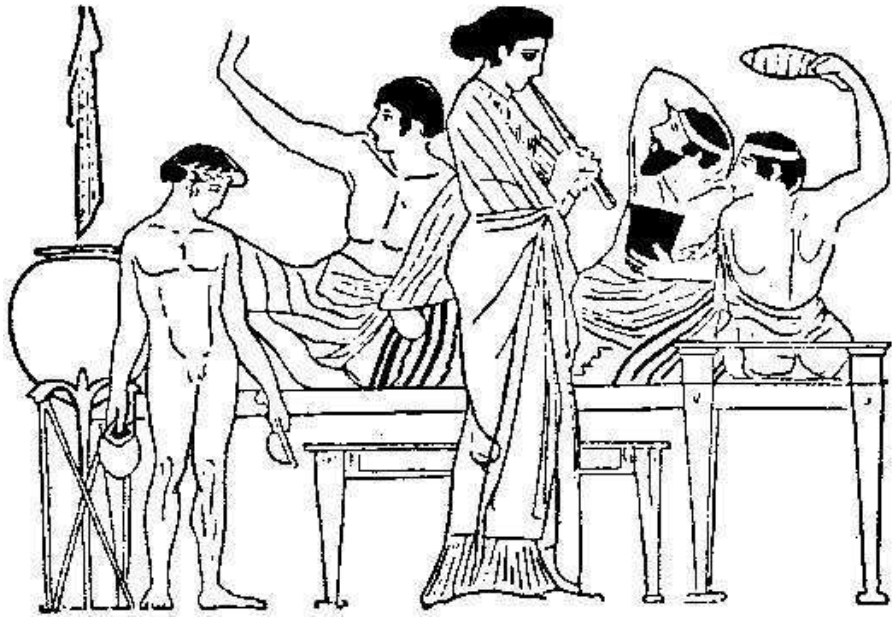
Igual parece a los eternos dioses
quien logra verse frente a ti sentado:
¡feliz si goza tu palabra suave,
suave tu risa!
A mí en el pecho el corazón se oprime
sólo en mirarte: ni la voz acierta
de mi garganta a prorrumpir; y rota
calla la lengua.
Fuego sutil dentro mi cuerpo todo
presto discurre; los inciertos ojos
vagan sin rumbo; los oídos hacen
ronco zumbido.
Cúbrome toda de sudor helado;
Pálida quedo cual marchita hierba:
y ya sin fuerzas, sin aliento, inerte,
muerta parezco...

En Safo, la sensualidad no es más que la manifestación de una naturaleza profundamente sana, pero la posteridad, a la que toda espontaneidad ha llegado a ser extraña, no puede comprender unos sentimientos expresados con tanta naturalidad y franqueza. Para satisfacer a un público propicio a los escándalos, los poetas cómicos de la Antigüedad desfiguraron adrede los poemas de Safo.

La interpretación errónea de la vida y la obra de Safo puede deberse a que los atenienses no comprendían la libertad que gozaban las mujeres entre los eolios de Lesbos y en otras comarcas. La mujer ateniense pasaba su vida en el gineceo y no tomaba parte en la vida social de su marido; la esposa ideal era la que menos daba que hablar, para bien o para mal. En cambio, la mujer eolia llevaba una existencia muy distinta, mucho más libre. Las muchachas recibían la misma formación e igual enseñanza que los adolescentes. Safo reunió en torno suyo un gran número de muchachas, a las que enseñó canto, danza y poesía. Muchas odas de Safo expresan en términos apasionados el dolor de la poetisa al despedirse de una u otra de sus discípulas.

No es el lesbio Alceo, sino el jonio **Anacreonte**, a quien la posteridad juzgó como el poeta báquico por excelencia. Todavía se denomina "embriaguez anacreóntica" a la inspiración que, en todo tiempo, ha impulsado a los poetas a cantar al vino.

Los cantos lesbios y los poemas de Anacreonte son muy distintos. El primer género se desenvolvió en completa libertad; el segundo maduró en una atmósfera principesca. En efecto, Anacreonte pasó la mayor parte de su vida entre autócratas, en un clima literario y estético. Entre otros lugares, residió en casa de Hiparco, en Atenas. Y la inspiración no es igual en los salones donde se ofrecen festines regios que bajo la tienda del soldado, donde Alceo cantaba al vino entre batallas.



Una fiesta de libaciones. El anfitrión y sus invitados están tumbados en un diván. El esclavo a la izquierda cuida de la gran ánfora en la que se mezcla el vino. Una muchacha toca la flauta para animar el festín.

Epigramas

En la poesía, el epigrama, que significa *inscripción*, forma un género aparte. Dos clases de epigramas recibieron pronto forma artística: las inscripciones grabadas sobre las losas sepulcrales y las *dedicatorias* con que acompañaban las ofrendas a los dioses. La forma clásica del epigrama es el dístico, verso también empleado para expresar conceptos filosóficos. Convertido luego en poemas cortos, en pareados, este género literario ha conservado la concisión y elocuencia de la inscripción.

El género llegó a ser tan popular que cualquier hombre culto debía saber componer un epigrama, convirtiéndose al fin en un juego intelectual, una distracción de la buena sociedad. Y con epigramas también se acompañan los sacrificios hechos a los dioses.

Los epigramas más interesantes para la historia cultural son las inscripciones funerarias, que nos dan a conocer el pensamiento de los helenos y su concepto de la vida. Las inscripciones más antiguas encontradas datan del siglo VI antes de Cristo, y cuentan cómo perecieron el difunto o la difunta, elogiando sus cualidades:

"Hija y hermana, y mujer y madre, de príncipes poderosos, no permitió nunca que el orgullo penetrara en su alma."

De todas las formas de muerte violenta, los naufragios eran los que mayor impresión causaban a los griegos.

"Oh, Kleistenes, tu cuerpo reposa en el polvo de cualquier lugar extranjero; la muerte te sorprendió en la mar hospitalaria, donde navegaba tu buque. No conociste la alegría del retorno, no regresaste a la bella Chíos."

Los helenos vivían en un mundo lleno de luz, y la belleza y las alegrías de la vida se reflejan incluso en sus poemas y relieves funerarios.

La lírica dórica

Las formas líricas hasta ahora citadas son eolias y jónicas, pero además existía una poesía dórica que, como todo lo dórico, lleva la huella de Esparta. El arte lírico eolio y el jónico eran muy individualista y subjetivos; en cambio, podría decirse que el dórico era un

lirismo estatal. Eolios y jónicos se expresaban por medio del canto; los dorios, por coros y danzas. Tales coros no cantaban los sentimientos de un individuo, sino la opinión y los conceptos del Estado.

Música, poesía y danza estaban íntimamente unidas en estas representaciones que podríamos llamar oratorios, tanto, que no podemos comprender la popularidad de algunos textos conservados, por haberse perdido la música. Y así, tampoco podemos juzgar en su justa valía al más grande autor del género, el tebano Píndaro, aunque admiremos la profundidad de su pensamiento, el valor de su ética y su respeto hacia todo lo grande y sublime.

En efecto, sus contemporáneos apreciaban tanto la música que componía para acompañar sus poesías como estas mismas.

Además, en Píndaro hay que enfrentarse con otra dificultad: el lenguaje. Su obra está llena de imágenes oscuras, alusiones a mitos hoy olvidados y frases herméticas; sus ideas se entrelazan, se interrumpen y contradicen, haciendo de sus poemas un auténtico laberinto de difícil salida.

Casi todos los poemas de Píndaro llegados a nosotros están dedicados a los vencedores de competiciones atléticas. He aquí algunas estrofas dedicadas a la victoria de Hierón, tirano de Siracusa, en una carrera de carros en Delfos (470 antes de Cristo).

> "Lira de oro, atributo común de Apolo y de las Musas de trenzas violeta, a tu voz el paso rítmico de los coros abre la fiesta y los cantores obedecen tus señales, cuando, vibrante, haces resonar las primeras notas de los preludios que guían los coros; sabes también encender con el extremo del rayo el fuego eterno, y se adormece el águila sobre el trono de Zeus; deja caer a derecha e izquierda, su ala rápida, la reina de las aves; sobre su cabeza encorvada se extiende una nube sombría, brocha suave de sus ojos; duerme y levanta su dorso flexible, poseía por la magia de tus sones. Pues él, también, el violento Ares, olvidando el duro hierro de su lanza, deja que el reposo ablande su alma; y las notas alegran también el corazón de los dioses, gracias al arte del hijo de Leto[8] y de las Musas de amplios ropajes.
>
> "Pero todo lo que Zeus no ama, tiembla al escuchar el canto de las Piérides[9] sobre la tierra y el inmenso mar; y tiembla también quien yace en el Tártaro[10] espantoso, el enemigo de los dioses, Tifón[11] de las cien cabezas. En otro tiempo creció en el antro famoso de Cilicia; hoy, las alturas que dominan Cumas[12] y oponen su barrera a la mar, sujetan con Sicilia su pecho encrespado, y la columna del cielo le domina, el Etna cubierto de nieve, acumulando todo el año los erizados hielos.[13]
>
> "Del monte, vomitadas por el abismo, salen las fuentes más puras de fuego inabordable y durante el día estos torrentes desplazan una ola de humo ardiente; pero, en las tinieblas, una llama roja serpentea y lanza con estrépito bloques de roca sobre la planicie del mar. Este monstruo es quien hace brotar tales espantosos dardos de Hefaistos.
>
> ……
>
> "Deseamos complacerte, oh, Zeus, a ti que reinas sobre esta montaña, frente de tierra fecunda, cuyo nombre lleva la ciudad vecina[14], ciudad a quien su ilustre fundador confirió la

[8]Leto era la madre de Apolo y de Artemisa.
[9]Musas. El territorio de Pieria, en Macedonia del Sur, era considerado como la primera morada de las Musas.
[10]Los infiernos.
[11]Según la leyenda, Tifón, gigante monstruoso que poseía cien cabezas, ojos que lanzaban llamas y voz terrorífica, estaba encadenado en lo más hondo del infierno, y cuando sacudía sus cadenas, se producían terremotos y erupciones volcánicas.
[12]Cumas se asentaba a decenas de kilómetros de la actual ciudad de Nápoles, cuya región era volcánica como Sicilia.
[13]El Etna provocó una erupción poco antes de la composición del poema.
[14]La ciudad de Etna, fundada poco antes

gloria; pues este nombre, en la arena de las fiestas píticas[15], fue proclamado por el heraldo, al anunciar la victoria de Hierón en la carrera de carros."

El poeta canta sus hazañas y le desea buena suerte; pero sin eludir los defectos de Hierón, se dirige al hijo de éste, proclamado por su padre rey de la nueva ciudad, y le recuerda sus deberes con decisión y franqueza:

"...no renuncies a los buenos propósitos. Dirige a tu pueblo con el timón de la justicia y forja tu lengua en el yunque de la verdad.

"Cualquier imprudencia que se te escape, por ligera que sea, se tendrá en cuenta viniendo de ti. Gobiernas una gran ciudad y muchos son quienes pueden atestiguar tus actos, cualesquiera que fueren. Guarda en flor tu noble carácter y, si quieres mantener siempre tu popularidad, distribuye beneficios con frecuencia. Despliega tu vela al viento como buen piloto. No te dejes sobornar, amigo, por la seducción del interés.

"El rumor de la fama póstuma revela sólo a oradores y poetas cómo vivieron los que ya no son. El recuerdo de Creso y de su bienandanza no perece; Falaris, el del corazón despiadado, que abrasaba a sus víctimas en el toro de bronce, guarda por doquier execrable memoria. Nunca en nuestros hogares los tiernos cantos de los nidos mezclan su nombre con el acento de las liras. La dicha es el primero de los bienes que hay que conquistar; la fama viene después. Cuando se encuentra y asegura lo uno y lo otro, se consigue la suprema corona."[16]

Píndaro lleva el panegírico al mayor nivel e insinúa una verdadera "doctrina de gobierno", sirviéndose de la victoria en los juegos délficos para recomendar al príncipe que aúne las cualidades del vencedor con la nobleza y la moderación.

Muerto Píndaro, nadie pudo igualar al maestro desaparecido, y la poesía lírica decayó hasta ser sustituida por otro género: el arte dramático, sucesor de la poesía lírica, como ésta lo había sido de la epopeya.

LÍRICA Y FILOSOFÍA

¿Qué relación existe entre ambas? ¿Fue circunstancia casual que la filosofía naciera cuando la poesía lírica alcanzó su cumbre? En realidad, están íntimamente ligadas. La poesía lírica, como la filosofía, manifiesta la impresión que causa la naturaleza, y tanto en una como en otra el individualismo griego invadió la vida literaria.

La poesía lírica es la forma poética más subjetiva, pero ¿hemos de creer que la filosofía es también expresión de la personalidad del pensador?

La elegía nos da la respuesta. Quien sufre, no sólo se queja, sino que empieza a reflexionar sobre los misterios de la existencia, sobre los sufrimientos humanos y la fragilidad de las cosas.

La elegía y la filosofía griegas nacieron de la misma necesidad y expresan igual tema general: el carácter aleatorio de la existencia y la inestabilidad de las cosas. La elegía es la filosofía en potencia.

Hombres como Pitágoras y Empédocles fueron profetas de la naturaleza y ambos se sentían inmortales.

El filósofo o el profeta no disimula su *yo* tras el asunto escogido, como hacen el dramaturgo y el poeta épico, sino que dice: "*Yo* pienso, *yo* comprendo, *yo* enseño", oponiéndose a las masas ignorante Jenofonte exclamaba: "Ningún vencedor de carreras de carros merece premio mejor que yo, pues la sabiduría está por encima de la fuerza viril y de la

[15]Fiestas realizadas en la ciudad de Delfos.
[16]Primera pítica a Hierón de Etna, vencedor en la carrera de carros.

velocidad de los caballos". ¿Y quién tiene mejor opinión de la propia personalidad que el filósofo que dice a sus adictos: "Yo soy un dios inmortal"?

No debemos creer que tales declaraciones sean fruto del azar; son la base de la filosofía. La antigua filosofía de la naturaleza seria ininteligible sin esta conciencia del valor humano que originó la poesía lírica. Tales anunció ya el pensamiento revolucionario de los filósofos que le siguieron, y para expresarlo son necesarios el aliento de un profeta y el entusiasmo conmovedor del éxtasis. De hecho, toda la filosofía de la naturaleza no es más que un largo combate contra la opinión pública, contra las frías concepciones del hombre.

Se podría objetar a todo ello que la poesía lírica es sentimiento y la filosofía, pensamiento racional. Pero ¿está claramente definida la frontera de ambas? El sentimiento tiende a la armonía y ésta también es el objetivo de filósofos tales como los pitagóricos. Su vida sentimental se expresa en la música y mediante ella dominan sus pasiones. A la filosofía la denominaban música y hablaban de la danza de las estrellas y la armonía de las esferas, pensamientos que encontraremos de nuevo en los románticos de época posterior, que llamarán a la naturaleza el arpa de Eolo y harán de la música la fuerza creadora y ordenadora del universo. Para ellos, el filósofo es Orfeo. Los antiguos filósofos de la naturaleza, sobre todo los pitagóricos, están penetrados de un espíritu órfico.

OCCIDENTE ENFRENTA A ORIENTE

LOS GRIEGOS LUCHAN POR SU LIBERTAD

Ahora hemos de evocar aquellas guerras que tuvieron una influencia decisiva, más que ninguna otra causa, en el desarrollo de la humanidad: la gran lucha entre griegos y persas, entre Oriente y Occidente. Los orígenes de aquel conflicto se hallan en las colonias griegas del Asia Menor.

El prólogo

Hasta mediados del siglo VI antes de Cristo, los griegos gozaban del raro privilegio de extenderse sin ser molestados por los conquistadores extranjeros. Casi en todas partes, sus competidores fenicios les cedieron el puesto sin lucha y hasta abandonaron los establecimientos comerciales del mar Egeo, en donde reinaban como señores desde el ocaso de Creta.

Pero esta situación de los griegos en Asia Menor cambió cuando las ciudades jónicas tuvieron que someterse, una tras otra, al poderoso reino de Lidia y pagar tributo a su soberano. Cuando el reino de Creso fue conquistado por el emperador persa Ciro, hacia la mitad del siglo VI, las colonias griegas siguieron el mismo camino y se vieron sometidas a la autoridad del sátrapa de Sardes.

Darío, príncipe muy ilustrado y amigo de la cultura griega, gobernaba con tacto y humanidad, pero el amor a la libertad estaba tan profundamente arraigado entre los griegos que reivindicaron "el derecho de vivir según sus propias leyes". No querían, como los persas, prosternarse ante el soberano. Pero además alimentaban rencores de tipo material.

Ciro conocía el arte de "dividir para gobernar", y así cuando los jonios se levantaron contra su nuevo dueño tomó enérgicas medidas y les dio una lección. Menos complicaciones tuvo con los fenicios, que también fueron súbditos suyos y quería conservarlos en buena disposición por necesitarlos para su campaña contra Egipto. Siguió, pues, una política hostil hacia los jonios: para halagar a los fenicios, Ciro y sus sucesores favorecieron por sistema el comercio marítimo fenicio a expensas de sus rivales. Además, los jonios sufrieron varias catástrofes, la primera de ellas la conquista de Egipto por Cambises, golpe doloroso para Naucratis; floreciente colonia comercial jónica asentada en el delta del Nilo.

Diez años después de la caída de Egipto, Darío invadió Bizancio, puerto que abría el mar Egeo al comercio griego, rica fuente de ingresos que quedó cortada casi por entero para los jonios. Apenas repuestos de la pérdida de esta "llave del mar Negro", perdieron Síbaris (hacia 510), donde los milesios tenían el mayor mercado para sus tejidos y un punto de apoyo para su comercio en el mar Tirreno.

Este golpe fue sin duda muy doloroso. Heródoto cuenta que todos los milesios lloraron cuando supieron la caída de Síbaris. Tenían motivos: su ciudad, en otro tiempo tan activa, decayó y otro tanto ocurrió en los demás centros industriales y comerciales de Jonia.

Mapa de las Guerras Médicas.

De ahí se originó un profundo resentimiento contra el opresor y no fue necesario enconar mucho los ánimos para transformar el deseo de libertad de los jonios en abierta rebelión. El ambicioso tirano de Mileto, Aristágoras, movilizó a su pueblo y a sus aliados del Asia Menor. Corría el año 499 antes de Cristo.

Pero ¿qué podían oponer estas colonias griegas ante las inagotables reservas del Imperio persa? La ayuda que recibieron de Atenas alcanzó en total 20 navíos —probablemente la mitad de su flota— y otros 5 de la ciudad de Eritrea, en la isla de Eubea. En cuanto a los espartanos, no respondieron a las peticiones de ayuda.

La suerte de los jonios estaba echada. Consiguieron algunos éxitos antes que el rey persa reuniese suficientes tropas en su inmenso imperio y su flota reconquistó Bizancio, victoria que abría de nuevo a los navíos griegos las puertas del mar Negro. Después, sublevaron a la población griega de Chipre, con objeto de dar un golpe decisivo al comercio y a la flota de los odiados fenicios, y consiguieron tomar y destruir Sardes. Pero fue su última hazaña. Aristágoras y los jefes jonios aliados suyos eran unos aventureros de poca talla incapaces de comprender la importancia de su empresa y de darle dirección eficaz. Sin embargo, los griegos consiguieron mantenerse con valor durante seis años, hasta la caída y destrucción de Mileto. En esta ciudad, la mayor parte de los hombres cayeron en la lucha y los supervivientes, mujeres y niños, fueron deportados a Mesopotamia y confinados en la desembocadura del Tigris. El papel de primer orden que los jonios desempeñaron en el escenario del mundo griego daba fin.

Maratón

Se cuenta que cuando el rey Darío supo la sublevación de Asia Menor y la caída de Sardes, no se exaltó por la conducta de los jonios, pues sabía que un día u otro pagarían cara su deserción. Pero ¿quién es esa gente que se llama atenienses?, preguntó. Y tras oír la respuesta exclamó: "¡Oh, Ormuz, dame ocasión de vengarme de los atenienses!" Luego, cada vez que se sentaba a la mesa, uno de sus servidores debía repetirle tres veces: "¡Señor, acordaos de los atenienses!"

Sometidos los jonios y restablecida la calma en el Imperio persa les llegó el turno a los atenienses. Darío encargó a su sobrino, Artafernes, y a un noble llamado Datis una expedición de represalias.

Desde la caída de Mileto los atenienses pudieron suponer la suerte que les aguardaba, mucho más cuando supieron que el gran rey había ordenado a sus ciudades del Mediterráneo la construcción de buques de guerra y de transporte para hombres y caballos. La libertad de Atenas estaba ahora en juego. El mayor defensor de la ciudad sería un ateniense de noble cuna, Temístocles, quizá el estadista más genial que tuvo Atenas y a quien la ciudad había nombrado arconte.

Para Temístocles era evidente que en la lucha contra los persas ni Atenas ni Grecia entera se salvarían, salvo que Atenas organizara una poderosa marina. Y expuso su punto de vista con tanta elocuencia que consiguió le aprobaran su plan por unanimidad. Fortificó El Pireo y el puerto de Atenas fue transformado en una poderosa base naval. Apareció entonces en esta ciudad la figura de Milcíades, miembro de una gran familia ateniense huido del litoral del Asia Menor cuando ocurrió el ataque de los persas. Las inmensas riquezas la numerosa servidumbre que trajo consigo, causaron gran impresión en los atenienses. Al dedicarse a la política, toda la ciudad comprendió que a Temístocles le había salido un temible rival.

Milcíades se oponía a Temístocles porque también tenía arraigadas opiniones. Propugnaba que los griegos se defendieran en tierra antes que arriesgarse en batallas navales, porque sabía por experiencia cuánto podían las lanzas de los soldados-ciudadanos frente a los arqueros persas. Los atenienses le apoyaron, se pusieron a sus órdenes y afrontaron la tempestad. Por último, y por fortuna, el peligro común a todos los griegos ocasionó el acercamiento entre Atenas y Esparta, las dos ciudades que disponían de mejores medios de defensa

En el verano de 490, una poderosa flota persa con tropas a bordo invadía el mar Egeo. En uno de los buques navegaba Hipias. Los persas no temían ninguna oposición naval, porque sabían que los atenienses habían rechazado el plan de Temístocles. Por ello se atrevieron a transportar su ejército de la manera más fácil: por mar. La venganza del gran rey cayó en primer lugar sobre Eretria, que fue reducida a cenizas, y después, por consejo de Hipias, la flota costeó el Ática oriental y desembarcó sus tropas en la llanura de Maratón, considerada como el terreno más adecuado para la caballería persa.

Milcíades, avisado del desembarco, persuadió a los atenienses a que atacaran al enemigo.

Enviaron al corredor Fidípides a Esparta para pedir ayuda, a donde parece que llegó al día siguiente de su salida de Atenas. Una carrera de 220 kilómetros es todo un récord, aunque efectuara parte del camino a caballo. Los espartanos comprendieron la gravedad del momento y prometieron acudir, pero por razones religiosas no podían hacerlo hasta seis días después, en plenilunio.

Llegaron demasiado tarde. Con la única ayuda de un reducido contingente venido de Platea —en conjunto sumaban de 10.000 a 15.000 hombres—, los atenienses debían luchar en Maratón contra un ejército persa que alineaba, según toda probabilidad, de 15.000 a 20.000 hombres.

Heródoto, historiador de las guerras médicas, no menciona los efectivos del ejército persa, aunque afirma que su flota constaba de 600 barcos. Los escritores griegos posteriores incrementaron el número de persas y citan de 200.000 a 600.000 hombres, cifras hiperbólicas tratándose de tropas embarcadas. Además, el campo de batalla de Maratón no era bastante extenso para permitir la maniobra de tales masas.

Se aproximaron los dos ejércitos hasta encontrarse los griegos a tiro de las flechas persas; entonces, precipitáronse sobre el enemigo para eludir la lluvia de éstas y consiguieron forzar las formaciones cerradas persas antes que la caballería entrara en acción. Mezcladas ambas infanterías en la refriega, la caballería persa no pudo actuar ante el peligro de aplastar a las tropas propias.

Batalla de Maratón.

Los helenos habían logrado una ventaja, pues los persas no estaban armados para mantener una lucha cuerpo a cuerpo. Los arcos no les servían, y los sables, puñales y espadas cortas tampoco podían nada contra las largas lanzas de los griegos, que, además, iban protegidos con corazas. Los persas ofrecieron, sin embargo, tenaz resistencia y consiguieron romper el cerco griego, pero reagrupados los flancos griegos pusieron en fuga al enemigo y lo persiguieron hasta el lugar del desembarco. Se entabló allí un combate definitivo y feroz contra los navíos persas. Los atenienses capturaron siete barcos, pero eran insuficientes para cortar la retirada al enemigo.

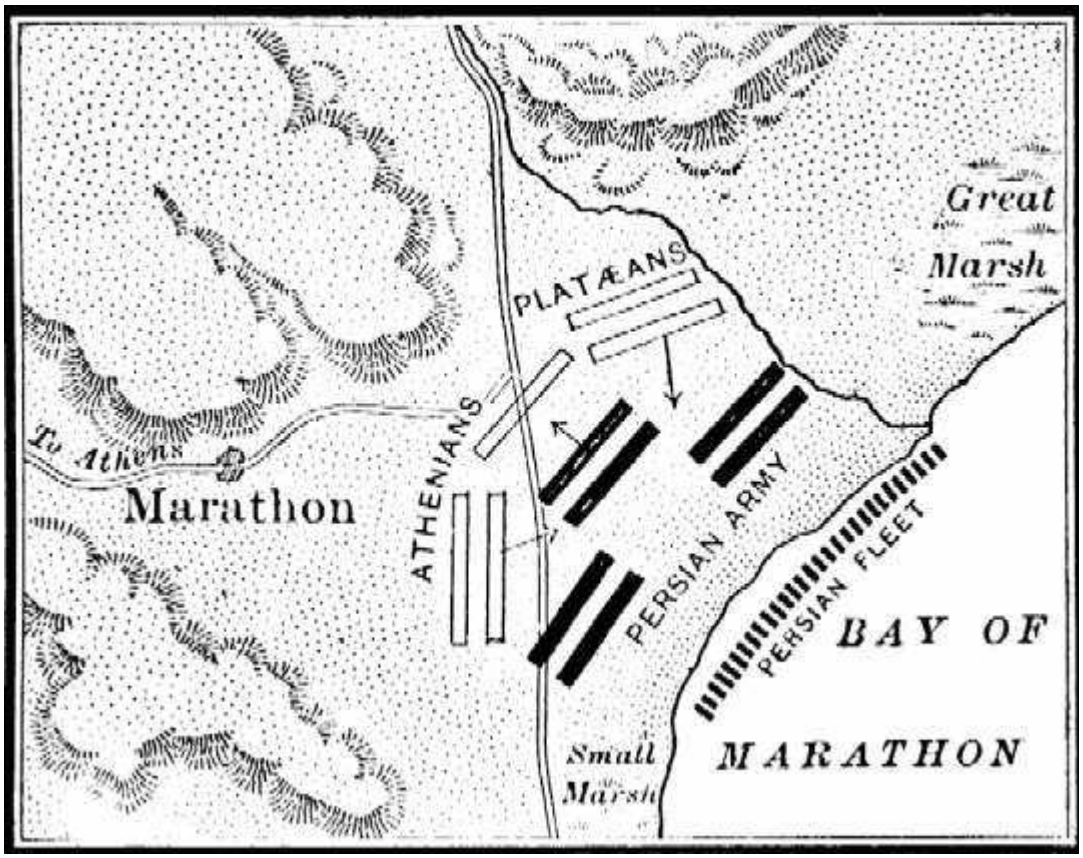
Según Heródoto, los persas perdieron 6.400 hombres y los griegos 192, cifras, sin duda, exageradas. Pero constituyó una seria derrota cuyo significado se comprende mejor cuando se observa el minucioso cuidado de los persas en los preparativos para la expedición siguiente.

En el lugar de la lucha, los arqueólogos han efectuado excavaciones, encontrando bajo un túmulo los huesos de los combatientes de Maratón.

Los atenienses habían conseguido una gran victoria, no sólo para sí mismos, sino también para toda Grecia. El éxito era de ellos y del gran estratego Milcíades. Habiendo rechazado a un enemigo superior en número, temido en el mundo entero y considerado como invencible, los griegos veían ahora el porvenir con confianza.

Milcíades se convirtió en el ídolo del pueblo. Temístocles, en cambio, mostraba siempre un rostro sombrío y decía a sus amigos: "La victoria de Milcíades me quita el sueño".

Milcíades quiso aprovechar su victoria para extender el poder de Atenas en el mar Egeo y poco después de la batalla de Maratón envió parte de la flota ateniense contra las Cícladas, que estaban sometidas a los persas. Atacó sobre todo Paros, la isla del mármol que puso sus navíos a disposición de Datis y Artafernes. Milcíades exigió un tributo de 100 talentos y al negarse los habitantes de Paros a pagarlos, sitió la ciudad; pero los isleños se defendieron con tanta energía que Milcíades tuvo que contentarse con saquear la isla.



Ante tan parco resultado, sobre todo después de Maratón, los altivos atenienses se sintieron desairados ante el mundo y su admiración por Milcíades se tornó en amargo rencor. Consideraron al vencedor de Maratón como un despótico tirano que despreciaba las leyes establecidas. .

Sus enemigos aprovecharon este estado de ánimo para acusarle de haber engañado al pueblo, delito que podía costarle la vida. Gravemente herido en un accidente y sin facultades para defenderse, el acusado siguió su proceso tendido en una camilla. Sus amigos deploraron aquel proceso y recordaron los días gloriosos de Maratón, pero fue en vano. El pueblo declaró a Milcíades culpable y libró la cabeza gracias a que en otro tiempo había salvado la libertad de Atenas y de Grecia. Fue condenado a pagar una suma enorme, 50 talentos. Poco después de su condena, Milcíades moría a consecuencia de sus heridas y su hijo Cimón pagaba la deuda.

La posteridad juzgó de muy diverso modo el postrer acto de la vida del vencedor de Maratón, pero incluso los historiadores que le creyeron más o menos culpable han condenado la ingratitud de los atenienses.

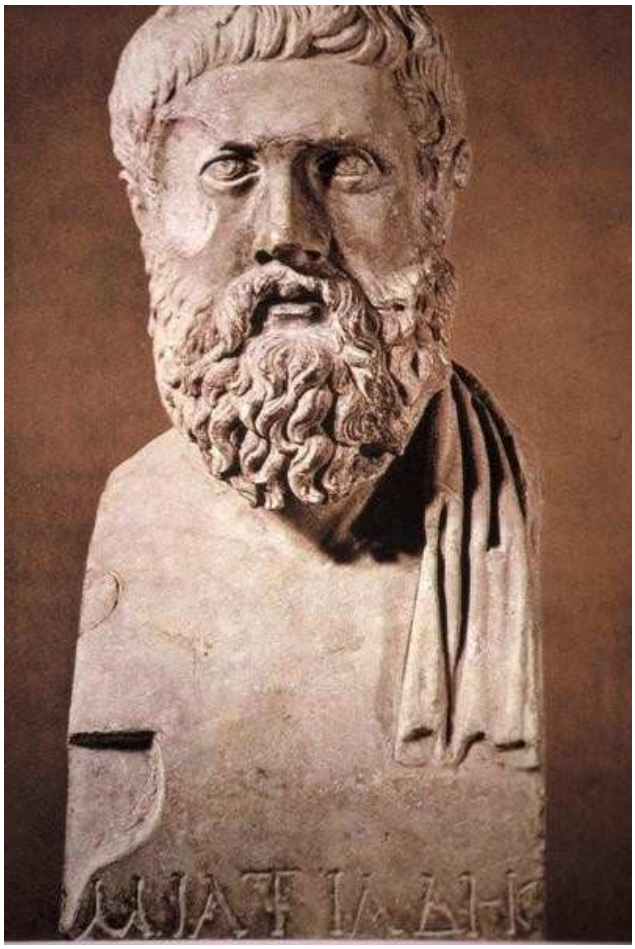
¿Era legal el someterle a proceso y eran en verdad ingratos los atenienses? ¿Puede consentirse que un hombre, por haber prestado grandes servicios al país, pueda después obrar con injusticia e impunidad?

"Parece —dice un historiador— que el pedestal tan vertiginosamente levantado por el entusiasmo del pueblo despertó tal orgullo en Milcíades que le hizo olvidar la prudencia y los deberes con la patria."

Deslumbrado por una transición demasiado brusca, de la angustia al triunfo, cayó en ese estado de ánimo que, según la ética griega, era un desafío a Némesis, la diosa de la venganza.

En la historia del mundo veremos otros ejemplos que muestran cuán difícil es para el mísero mortal saborear un triunfo rápido y definitivo sin ensoberbecerse. Ningún otro pueblo

cuidó tanto como el griego en impedir que sus hombres ilustres y sus jefes cayesen en la embriaguez de la gloria, en un orgullo desmesurado que castigaban sus dioses.



Milcíades

Para evitar todo exceso de poder en el futuro, después del juicio de Milcíades se instituyó el ostracismo, norma característica de Atenas que se aplicaba a cuantos se preveía que podían erigirse en tiranos. Cuando se sospechaba de alguien, se reunía una asamblea popular en que cada ciudadano escribía sobre un pequeño casco de loza (*óstrakon*) el nombre del presunto ambicioso. Cuando los 6.000 hombres habían votado, aquel cuyo nombre aparecía en la mayoría de los *óstraka* debía abandonar el Ática en el término de diez días y por un período de diez años, aunque podía conservar sus bienes.

El ostracismo permitía al pueblo alejar del país a los hombres influyentes acaso peligrosos para el régimen de gobierno establecido. Al principio esta norma sirvió para desterrar a los aspirantes al poder personal, pero poco a poco el sistema degeneró y los partidos mayoritarios lo emplearon como un medio para eliminar a los dirigentes de la oposición.

Como el ostracismo es comparable en su origen al espíritu y reformas de Clístenes, algunos historiadores suponen que fue él su creador.

Las Termópilas y Salamina

La derrota de los persas en Maratón no podía quedar impune. No bastaba representar sobre la tumba de Darío a “los jonios llevando el escudo”; es decir, a los griegos insulares y del continente prestando sumisión al rey de reyes. Era una mentira oficial, desmentida por la

expedición que contra Grecia emprendió Jerjes, hijo y sucesor de Darío y sancionada por el tiempo.

A comienzos de primavera del año 480, los griegos acusaron a los persas de haber dedicado diez años en reforzar su poderío militar, pero ello era una pura fantasía imaginada por los descendientes helenos llevados de un patriotismo exagerado. Después de Maratón, el rey de los persas consagró su atención a cosas más importantes, tales como una peligrosa sedición de los egipcios y a sofocar las revueltas surgidas en Babilonia; sólo después tuvo Jerjes las manos libres y pudo pensar en Grecia.

Ahora no se trataba de una expedición de represalias contra Eretria y Atenas, sino de la libertad e independencia de todo el pueblo griego.

No debe olvidarse que, con esta guerra, el rey de los persas defendía asimismo los intereses comerciales de los fenicios. Los competidores marítimos de los griegos anhelaban abatir la independencia helena tanto como los enemigos que atacaban sus fronteras.

Durante mucho tiempo, los historiadores estudiaron la situación como si se tratase de una lucha entre los evolucionados occidentales y los bárbaros del Oriente y ello no es cierto. Los herederos de la antigua civilización babilónica y los seguidores de Zoroastro estaban más avanzados en muchos aspectos que los pueblos del oeste y algunas de las mejores creaciones griegas en la época de su mayor esplendor cultural provienen de aportaciones orientales.

Esta guerra decidiría si el pueblo de Grecia podría expresar con entera libertad los extraordinarios talentos que atesoraba. Si su país se hubiese convertido en una satrapía, los griegos habrían sido lentamente orientalizados por la presión del enorme Imperio persa y habrían perdido tanto la independencia intelectual como la política. Una victoria persa hubiera significado, en efecto, el sometimiento de los griegos a la misma autocracia religiosa que los pueblos orientales y su consecuencia inevitable hubiera sido la opresión del pensamiento libre de la Hélade, como ocurre siempre en un gobierno jerárquico. Por eso la lucha era decisiva para la cultura occidental. El gran dramaturgo griego Esquilo dijo en *Los Persas*: "Todo está en juego", palabras que tienen un sentido mucho más profundo de lo que a primera vista parece.

Los griegos no hicieron frente con unanimidad ni se comportaron como un pueblo unido y consciente de la gravedad del momento. Argos, por ejemplo, que odiaba demasiado a los espartanos para combatir a su lado, no quiso participar en la lucha; los tebanos sentían un secreto placer ante la idea de la caída de Atenas; los de Tesalia traicionaron también la causa común, y los sacerdotes de Delfos pusieron su influencia al servicio de una política derrotista, creyendo que los recursos del Imperio persa serían irresistibles a la larga. La mayoría de los helenos tuvieron el mérito de conservar su valor en medio de una atmósfera de derrotismo y a pesar de los rumores que corrían por doquier sobre los fabulosos preparativos persas. Sólo los dioses podrían salvar a la Hélade.

Esta convicción hizo que los espartanos y los atenienses, de quienes dependía la suerte de Grecia entera, no se quedaran con los brazos cruzados. Esparta salvó sin duda a la civilización occidental al forjar un Estado militar inigualable. Generaciones y generaciones de espartanos habían soportado una vida sobria y dura, constituyendo así una reserva de fuerzas físicas y militares que eran la columna vertebral de Grecia. Si se rompía, se quebraba también la natural expansión de la cultura griega.

Los atenienses carecían por naturaleza de sentido militar y de la disciplina espartana, pero ante el peligro demostraron igual coraje y valor que diez años antes en Maratón. Temístocles recuperó las riendas del poder después del triste fin de Milcíades e hizo cuanto estuvo en su mano en aprestar su pueblo a la guerra. Valiéndose del ostracismo, alejó a los simpatizantes de los persas, a los partidarios de la familia de Hipias y se desembarazó también de otro adversario peligroso, Arístides el Justo, un hombre que no tenía intención alguna de

traicionar a su patria y era conocido y respetado por su patriotismo y su sentido del deber. Como Milcíades, quiso organizar la defensa contra los persas de manera distinta a la concebida por Temístocles y era adversario acérrimo del programa naval del arconte.

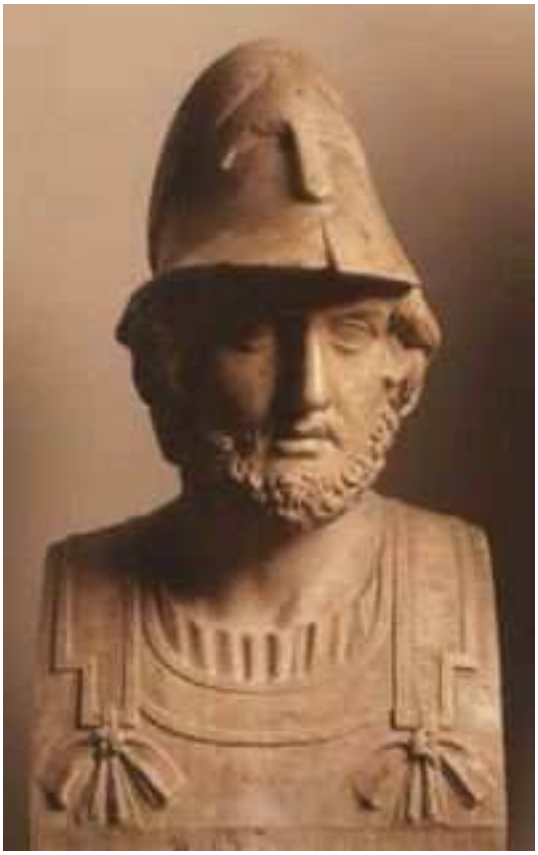
Arístides, tanto más "justo" que Temístocles por estar menos favorecido por la fortuna, era modelo del ciudadano griego desinteresado, exento de toda ambición personal y moderado, al contrario de Milcíades y Temístocles. Una anécdota nos muestra en qué ambiente fue condenado Arístides al destierro. Un campesino analfabeto pidió a un compañero que inscribiera Arístides en su *óstrakon*. "¿Qué mal te ha hecho Arístides?", le preguntó aquél al rústico. "Ninguno—respondió éste-, pero estoy harto de oír llamarle justo." El otro escribió entonces aquel nombre en el *óstrakon* y se lo entregó al campesino para que lo depositara en la urna. El compañero del votante era el propio Arístides.

Arístides y el campesino analfabeto.

Plutarco describe el carácter de Arístides con otra anécdota. Arístides había citado a uno de sus enemigos ante el tribunal, pero el acta de acusación condenaba de tal forma a este hombre, que los jueces creyeron que no era necesario escucharle y quisieron pronunciar en el acto la sentencia. Arístides saltó de su asiento y saliendo en defensa del que exigía la palabra, gritó: "Nadie puede ser privado de los derechos que le concede la ley".

Una feliz coincidencia proporcionó a Temístocles los medios de reforzar su flota de manera insospechada. Descubiertos en las montañas del Ática unos ricos filones de plata, una antigua costumbre concedía a los ciudadanos de Atenas lo que quedaba de los beneficios del yacimiento una vez que el Estado hubiera deducido los gastos ordinarios. Y Temístocles convenció a los atenienses que sacrificaran las pocas dracmas a que tenían derecho para dedicarlas a la flota. Nada hubiera obtenido Temístocles de la mayoría del pueblo hablándole sólo del "peligro persa"; no eran ésas sus miras. Insistió sobre un peligro mucho más próximo: la isla de Egina, un pequeño estado vecino y rival, dueño de la flota naval más poderosa del mundo helénico después del ocaso de la ateniense tras la caída de Pisístrato y la destrucción de la Ilota jónica por los persas. La floreciente industria de Egina era, desde hacía tiempo, como una espina para los atenienses, pero fracasaron todas las tentativas para reducir a este rival. Desde entonces, las costas áticas eran regularmente saqueadas por la ilota de Egina. Era

una vergüenza y una humillación insoportable. Temístocles supo persuadir a sus compatriotas que esa situación duraba ya demasiado y consiguió así simpatías para su programa de construcción naval. La guerra entre Atenas y Egina era el pretexto, pues en realidad Temístocles se armaba contra los persas. La guerra contra Egina concluyó por sí sola al aparecer la armada persa, enemiga común de ambos rivales, pero al terminar las guerras médicas, los atenienses sometieron la isla.



Temístocles.

Los atenienses, pues, trabajaron con ahínco en la construcción naval y el primer día de guerra ya disponían de unos 200 navíos, que iban a conseguir la victoria naval más importante en la historia del mundo.

Espartanos y atenienses fueron juntos al combate y adoptaron la estrategia de Temístocles, que recomendaba el encuentro decisivo por mar y dejar las fuerzas terrestres a la defensiva.

El rey de reyes con quien Temístocles iba a medirse tenía fama de ser el "apuesto hombre de Persia", pero su carácter ofrecía debilidades junto a cualidades superiores.

Jerjes había ido preparándose durante muchos años con la idea de dar el golpe de gracia. En su primer ataque, los persas subestimaron la capacidad de resistencia de los griegos. Esta vez alinearían un ejército tan poderoso que hiciera imposible cualquier fracaso. El rey partió de Sardes en la primavera de 480, a la cabeza de un ejército como jamás vio el mundo. Antes, había enviado embajadores a Grecia para exigir a todos los Estados la tierra y el agua, símbolos de sumisión.

Los espartanos arrojaron a un pozo a los embajadores del rey persa.

Casi todas las islas y muchas ciudades del continente acataron las exigencias del rey, pero los espartanos y los atenienses las tomaron como afrenta. Parece que los espartanos respondieron a los embajadores: "Tendréis toda la tierra y toda el agua que queráis", y los arrojaron a un pozo. Se rompía así, en definitiva, con Persia. Sin embargo, los dioses castigaron a los espartanos por la forma insolente con que entendían la inmunidad diplomática y durante mucho tiempo sólo dictaron augurios nefastos. Hubo, pues, que reunir consejo y preguntar por doquier si había algún ciudadano dispuesto a morir por Esparta y aplacar con su sacrificio a los dioses. Dos ricos espartanos de noble origen se ofrecieron a entregarse a Jerjes, para expiar el crimen de sus compatriotas y se pusieron en camino hacia la corte de Susa.

> "Continuaron su camino por el montañoso país hasta Susa y fueron llevados a presencia del gran rey. Primero, la guardia les ordenó prosternarse ante el soberano y besar el suelo a sus pies; quisieron obligarles a la fuerza, pero los espartanos declararon que no lo harían aunque les pusieran la cabeza en el suelo, pues no estaban acostumbrados a postrarse ante ningún hombre ni habían venido para hacer genuflexiones. Después de eludir, a fuerza de resistir, esta ceremonia humillante, dijeron al rey: 'Rey de los medos, los lacedemonios nos han enviado para que puedas vengar en nosotros la muerte dada a tus embajadores en Esparta'."

Jerjes les respondió que no quería hacerse reo del mismo crimen que los lacedemonios, ni creía que matándolos librara a sus compatriotas de la deshonra con que se habían cubierto al quebrantar un derecho respetado por la humanidad entera.

El ejército de Jerjes no constaba de millones de hombres, como pretende la tradición griega. Hubiera sido una necedad marchar contra Grecia con un ejército tan numeroso, pues tales efectivos no hubieran encontrado allí espacio suficiente para maniobrar ni avituallamientos para alimentarse. Se estima en 60.000 0 70.000 hombres los efectivos persas, que ya es una cifra considerable para aquella época. Por otra parte, los persas contaban con una flota que comprendía unos 1.000 navíos.

Cuando el ejército fue concentrado en el lugar del desembarco y el Helesponto quedó cubierto de navíos, Jerjes subió a un trono de mármol blanco instalado en la cumbre de una colina y observó el despliegue de fuerzas. "Y como viera todo el Helesponto lleno de barcos, y todo el litoral y los campos de Abidos sombreados de gente, Jerjes conmovióse de felicidad; después, se echó a llorar." Al preguntársele por qué lloraba, respondió: "Pensaba sobre la brevedad de la vida humana: ¿es posible que de todo este innumerable ejército de hombres que estamos contemplando no quede uno solo dentro de cien años?"[17]

Según Heródoto, de todos los pueblos que formaban aquel ejército, los persas eran los mejor equipados. "Llevaban en la cabeza una especie de sombrero llamado tiara, de fieltro de lana; alrededor del cuerpo, túnicas con mangas guarnecidas a manera de escamas; cubrían sus piernas con una especie de pantalones largos; en vez de escudos de metal portaban escudos de mimbre; tenían lanzas cortas, arcos grandes, flechas de caña en las aljabas y puñales pendiendo de la cintura junto al muslo derecho." Asimismo, centelleaban los dorados repartidos a profusión sobre su vestuario; traían consigo carros cubiertos que transportaban el harén y a una servidumbre numerosa y provista de cómodo ajuar.

Una sección de la caballería persa no tenía más armas que lazos para capturar enemigos y entregarlos a sus compañeros.

Formaban el nervio del ejército persa 10.000 soldados escogidos, que se llamaban "los Inmortales", pues tan pronto como uno de ellos caía en el combate o era retirado, en el acto ocupaba su lugar otro soldado.

Jerjes había mandado construir dos puentes de barcazas sobre el Helesponto, para que las tropas pasaran de Asia a Europa, pero apenas terminados se desató una tempestad y los destruyó. "Cuando Jerjes lo supo, se encolerizó y mandó azotar al Helesponto y echarle cadenas." "Mientras se azotaba al mar, le dirigían injurias tan dementes como groseras: Olas amargas, tu dueño y señor es quien te inflige este castigo, ya que le has ofendido injustamente sin haber recibido de él mal alguno. Quieras o no, el gran rey Jerjes te surcará." En cuanto a los que dirigieron la construcción de los puentes, les mandó cortar la cabeza.[18]

Hay mucha fantasía en todo ello. Lo verosímil es que a Jerjes le contrariase el accidente. Era natural. En cuanto al proceso contra el Helesponto... Sea lo que fuere, lo cierto es que se reconstruyeron los puentes y pasó el ejército con armas y bagajes.

Jerjes estableció depósitos de víveres, sobre todo en Tracia y Macedonia, para abastecer las tropas y también para evitar que su flota surcara el peligroso rumbo del cabo Athos, donde doce años antes naufragó una flota persa de 300 navíos y en el que se perdieron 20.000 hombres. Por eso había acometido un proyecto colosal: excavar un canal a través del istmo de Athos.

El ejército persa se desplegó, pues, sobre la península balcánica. Los helenos habían determinado retener el máximo de tiempo a las tropas de Jerjes en el desfiladero de las **Termópilas**[19], lugar por donde tenían que pasar por necesidad para ir de Tesalia a Grecia central. En dicho lugar, el monte Eta forma acantilado sobre el mar y el desfiladero entre las aguas y la escarpada pared era tan estrecho entonces, que los carros tenían que pasarlo en hilera. Hoy es mucho más ancho gracias a los aluviones de un río, el Sperchios.

En este lugar, Leónidas situó unos 5.000 soldados—entre ellos 300 espartanos selectos y 1.000 hombres de las regiones vecinas—. Más lejos, hacia el este, en la extremidad septentrional de Eubea, la flota griega tomaba posiciones para un combate decisivo.

Los griegos contuvieron durante seis días el avance enemigo en las Termópilas. Jerjes llegó al lugar y mandó un mensajero a Leónidas para invitarle a entregar las armas; los

[17]Heródoto; VII, 46.
[18]Heródoto; VII, 35.
[19]Termópilas significa “Puertas Calientes”. Las fuentes sulfurosas al pie del monte Eta han dado su nombre al desfiladero.

espartanos respondieron: "¡Ven a tomarlas!" Asimismo, cuando se les dijo a éstos que los persas eran tan numerosos que oscurecerían el sol con sus flechas, exclamó uno de los soldados: "Tanto mejor, así combatiremos a la sombra".

El rey de Esparta, Leonidas, heroico defensor del paso de las Termópilas. Jacques-Louis David, 1813

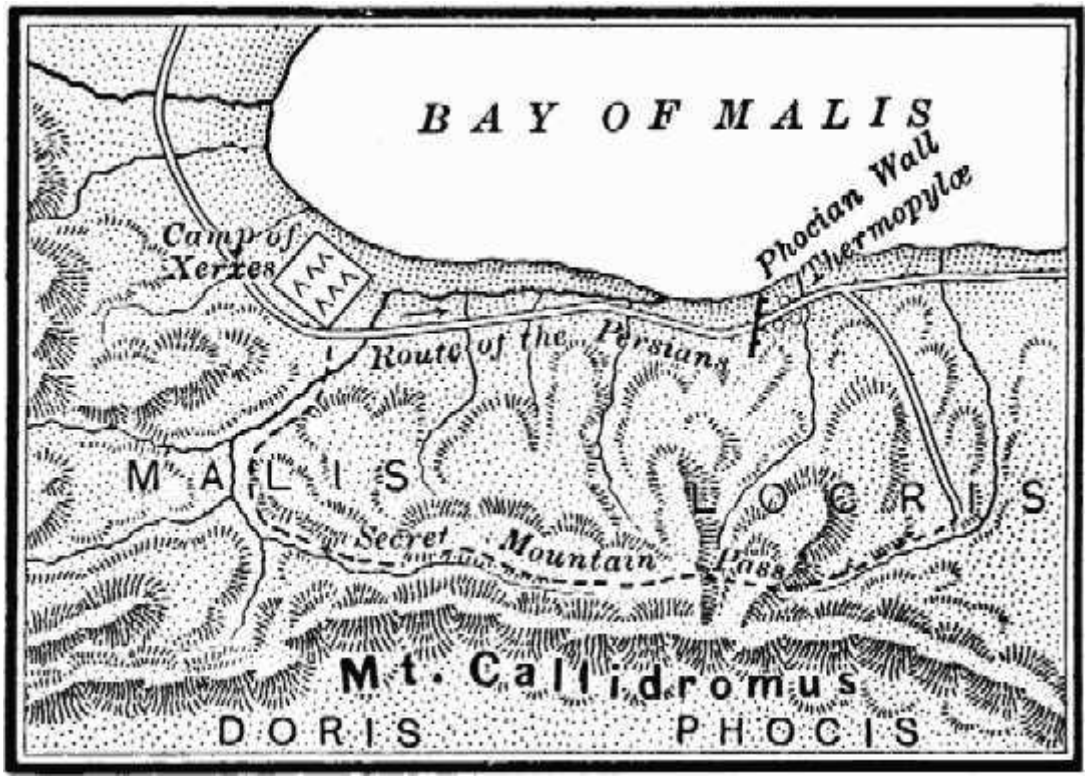
Jerjes esperó a que todas sus tropas se concentraran allí, convencido que los griegos, ante tan gran multitud, evacuarían el desfiladero sin lucha. Así nos lo cuenta la tradición. Jerjes esperó quizás más tiempo todavía, para que el arribo de su flota amenazase a los defensores por retaguardia y forzara su retirada. Pero la armada griega resistió con tanta energía a la flota persa, que ésta tuvo que retirarse con graves pérdidas y no pudo amenazar la retaguardia de Leónidas. Jerjes, entonces, decidió atacar las Termópilas antes que los defensores recibieran ayuda del Peloponeso. Heródoto lo cuenta así:

> "Dejó pasar cuatro días esperando a cada instante que el enemigo levantara el campo. Al quinto día, como le viese determinado a resistir más bien que a volver la espalda—desfachatez y locura a su parecer—, lanzó al ataque medos y cisios y lleno de ira ordenó que trajesen a su presencia a aquellos locos. Los medos lanzados contra los griegos cayeron en gran número y otros acudieron en su ayuda, pero el esfuerzo fue tenazmente quebrantado. Como los medos fueron acogidos con tanta aspereza, se les retiró del combate y fueron sustituidos por 'los Inmortales', creyendo que éstos, al menos, liquidarían al enemigo con facilidad y rapidez, pero no tuvieron mejor fortuna que los batallones medos, por combatir en un corredor angosto y con lanzas más cortas que las griegas; la superioridad numérica de nada les servía."[20]

El combate duró dos días, con grandes pérdidas para los persas, que en aquel desfiladero tan estrecho no podían emplear su mejor arma: la caballería. Pero un traidor condujo a Jerjes por un sendero que rodeaba las Termópilas y su nombre, Efialtes, quedó como ludibrio para la posteridad.

Muchos caminos atraviesan hoy aquellas montañas, pero en la época de las guerras médicas sólo bosques casi impenetrables cubrían la mayor parte de la región.

[20]Heródoto; VII, 210 y 211.



Llegada la noche, diez mil "Inmortales" emprendieron esta ruta desconocida y al romper el alba llegaban a otro desfiladero, escarpado y fácil de defender, guarnecido por 1.000 foceos; pero los foceos no cumplieron con su deber. Sorprendidos durante el sueño, huyeron pronto y su defección significó la muerte de los defensores de las Termópilas, que los persas podían ahora atacar por la espalda. Aquella misma mañana, Leónidas supo por los exploradores que le combatirían en dos frentes. Reunidos en consejo de guerra, algunos griegos propugnaban seguir en sus puestos y otros preferían evitar la inútil matanza. Al fin, Leónidas despidió a los que querían marcharse y se mantuvo en su puesto con los espartanos y 1.100 beocios.

Atacados de frente y por la espalda, los espartanos combatieron hasta la muerte[21] y los persas tuvieron que pagar un sangriento tributo para forzar el paso. Con un valor sobrehumano, los espartanos y sus compañeros de armas facilitaron la retirada del grueso de su ejército y consiguieron así una victoria moral. Más tarde, los espartanos levantaron un monumento a sus hermanos caídos en las Termópilas, en cuyo epitafio se leía:

"Caminante, ve a decir a Lacedemonia que sus hijos han muerto sin abandonar su puesto."

Antes de iniciar la expedición, parece que Jerjes discutió con un viejo rey de Esparta emigrado en Persia acerca de las posibilidades defensivas de un pueblo tan poco numeroso como el griego. "¿Cómo es posible —decía el persa— que unos miles de hombres que no están dirigidos por una voluntad personal puedan resistir a un ejército como el mío? Otra cosa fuera si los griegos estuvieran gobernados, como los persas, por un hombre. El temor hacia su jefe los volvería más valientes y el látigo les obligaría a enfrentarse con un enemigo superior en número." El espartano, que, aunque emigrado, conservaba el espíritu de sus compatriotas, respondió: "Tienen un señor a quien respetan mucho más que lo que os respetan vuestros

[21]Los espartanos que huían ante el enemigo quedaban deshonrados, según las leyes de su país.

súbditos. Ese dueño les ordena no huir ante el enemigo, cualquiera que sea su fuerza, sino permanecer en su puesto y vencer o morir. Este señor es la ley".

Cuando los persas consiguieron forzar el paso de las Termópilas, toda la Grecia central se les entregó. Mientras, las fuerzas de los ejércitos del Peloponeso se reagruparon en el istmo de Corinto y se fortificaron para defender la península. Tras la derrota de Leónidas, la flota griega abandonó sus posiciones de Eubea al enemigo, y evacuó Atenas y el Ática. Temístocles embarcó a todos sus hombres útiles en los navíos que anclaron entre el Ática y la isla de Salamina y los atenienses buscaron refugio para sus mujeres y niños en Salamina, Egina y el Peloponeso. Reunidas las escuadras de Corinto y otras ciudades costeras con los navíos atenienses cerca de Salamina, toda la flota griega sumaba de 300 a 400 navíos.

Batalla de las Termópilas.

Un oráculo de la Pitonisa había preconizado que "muros de madera" salvarían a Atenas. "Por muros de madera hay que entender, naturalmente, la flota", decía Temístocles. Y parece ser que así persuadió a sus conciudadanos a entablar la batalla decisiva por mar.

Desde Salamina, los atenienses presenciaron el saqueo del Ática y la destrucción de Atenas y de la Acrópolis por los persas. Los bárbaros se vengaban así del incendio de Sardes.

Temístocles quería atraer a la flota persa, anclada en Atenas, para entablar batalla en Salamina. Todo dependía de ello. Si rehusaba el combate y atacaba las costas del Peloponeso, sembraría allí el pánico entre la población, los navíos de la Liga del Peloponeso serían llamados para defender su patria y la Hélade dividida sería presa fácil para los persas. Por el contrario, junto a la angosta bahía de Salamina, los griegos tendrían ventaja y la flota persa no podría sacar provecho de su superioridad numérica. Los capitanes griegos se enzarzaban en estériles discusiones: ¿permanecerían aún agrupados a lo largo del Ática? El más acérrimo propugnador de una retirada hacia el Peloponeso era Euribíades, almirante espartano y comandante en jefe.

El historiador Plutarco nos cuenta que Euribíades quería levar anclas y partir hacia el estrecho de Corinto, pero Temístocles se oponía a este plan. Euribíades, encolerizado, exclamó: "Temístocles, en una carrera, al que sale antes de tiempo le pegan con una vara". "Sí —respondió Temístocles—, pero quien llega demasiado tarde no recibe la corona de laurel."

Otro cometió la imprudencia de decir a Temístocles que un hombre que había perdido a su patria no tenía derecho a impedir que los demás acudieran en socorro de las suyas. Temístocles le respondió: "Nosotros, los atenienses, hemos abandonado nuestras casas y murallas, es cierto, pero tenemos aún una ciudad que es la mayor de Grecia: son nuestros 200 barcos, que están dispuestos a ayudaros si queréis que os salven; pero si nos abandonáis por

segunda vez, la Hélade verá cómo los atenienses poseen una ciudad libre que vale más que aquella que nos han quitado". Entonces, los del Peloponeso comenzaron a temer la defección de los atenienses y quizá su marcha a Sicilia o al sur de Italia. En situación tan desesperada, Temístocles ideó una estratagema para forzar a sus aliados a quedarse y combatir. Aquella misma tarde envió un esclavo de confianza a decir a Jerjes, que él, Temístocles, era en realidad amigo secreto del rey de reyes, le aconsejaba atacar a los griegos en el acto; si perdía tiempo, huirían y Jerjes se vería privado de una victoria gloriosa y segura, ya que había disensión en el campo heleno: "Veréis —decía el mensajero— cómo combaten entre sí y no contra vos".

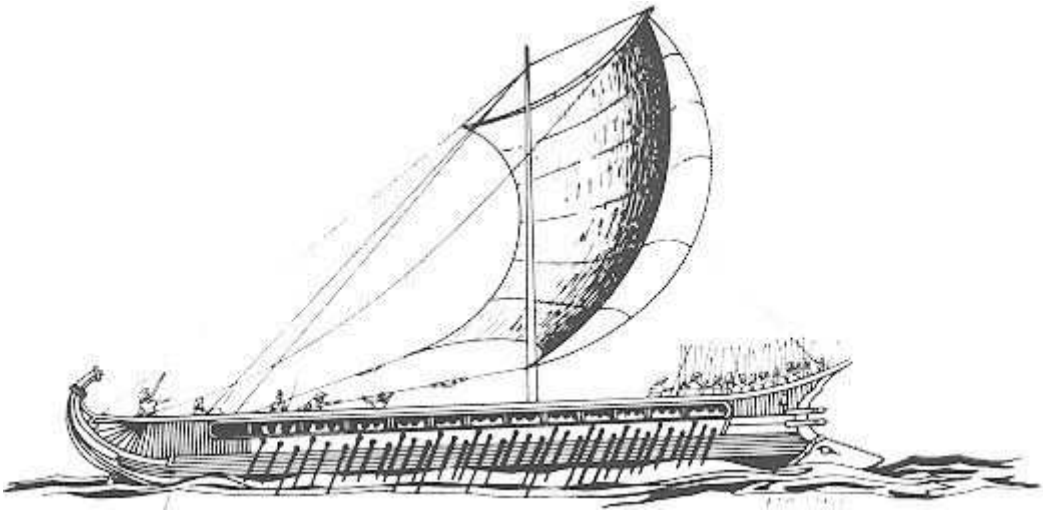
Esquema de la batalla naval de Salamina.

No sin razón, muchos historiadores rechazan la veracidad de casi todas las anécdotas históricas, ni conceden más valor a estos relato, que el de reflejar la impresión causada por los personajes importantes de la historia sobre sus contemporáneos o la generación siguiente.

Consideran el relato de la "traición" de Temístocles como una fantasía y juzgan que Jerjes hacía tiempo que estaba decidido a atacar. Las tempestades del otoño se acercaban y era preciso adoptar una decisión. Durante más de un mes, el rey sabía que los griegos abandonarían la bahía de Salamina para maniobrar en aguas más extensas. Resolvió así atacarlos antes de perder esta ocasión favorable y desplegó su flota durante la noche.

Arístides, el viejo adversario de Temístocles, que poco antes recibió autorización de los atenienses para volver del destierro, fue el primero en prevenir a los jefes griegos. Reunió su flota aquella misma noche con el mayor secreto y atravesó las líneas persas para participar en la lucha común. "Hoy debemos competir en defensa de nuestra patria", dijo, tendiendo la mano a su enemigo político.

Los helenos no tenían elección: debían vencer o desaparecer. Combatirían, pues, con heroísmo para salvar sus hogares, mujeres e hijos. La batalla se desarrolló desde el alba hasta el crepúsculo. Los persas mostraron también desprecio total por la muerte, pues, como dice Heródoto, "cada uno se superaba tanto cuanto temía al rey". Jerjes hizo instalar un trono en lo alto de una colina, frente a Salamina, precisamente donde la bahía era más estrecha, para seguir las incidencias del combate.



Trirreme.

Las maniobras persas carecían de coordinación; los griegos, por el contrario, habían establecido una táctica común: sus alas envolvían a los navíos persas y los empujaban unos contra otros para privarlos de libertad de movimientos. El plan tuvo éxito y muy pronto un desorden indescriptible reinó en la flota persa. Los navíos se obstaculizaban entre sí y se causaban más pérdidas que las que pudo infligirles el enemigo. La bahía se cubrió de restos de barcos y de cadáveres; sólo la noche puso fin a la matanza. Los persas perdieron la mitad de sus navíos y las bajas en hombres fueron bastante más graves que entre los griegos. En efecto, como los persas no sabían nadar, si los navíos hacían agita, se ahogaban; en cambio, los griegos, más entrenados en deporte, ganaban Salamina a nado en caso de naufragio.

El resto de la marina persa, antes tan poderosa, se batió en retirada. Los atenienses alcanzaron uno de los mayores triunfos de la historia del mundo. Escuchemos a Plutarco:

> "Los helenos sabían que cuando llega la hora del combate, ni el número ni la majestad de los barcos ni los gritos de guerra de los bárbaros pueden atemorizar a los hombres que saben defenderse cuerpo a cuerpo y tienen el valor de atacar al enemigo."

Entonces se apreció el acierto de Temístocles, al hacer de sus compatriotas marinos antes que soldados de infantería. En Salamina, el espíritu de Occidente venció a las masas agrupadas por un déspota oriental.

Temístocles quería llevar la guerra a Asia, enviar allí a la flota victoriosa y sublevar las colonias griegas contra el rey, maniobra que hubiera podido cortar la retirada a las tropas de tierra de Jerjes. En el peor de los casos, hubiera forzado al rey a abandonar Grecia más pronto y la campaña griega habría terminado. Pero Esparta temía exponer el Peloponeso dejando partir a la flota y rechazó la propuesta ateniense. Los espartanos obligaron, pues, a los griegos a entablar otra batalla sangrienta en su propio suelo al año siguiente. Jerjes, al frente de una parte de su ejército, regresó por donde había venido, pero dejaba la mayor parte de sus fuerzas en Grecia bajo el mando de su yerno Mardonio, que estableció su cuartel general de invierno en Tesalia. El ejército no podía, desde luego, permanecer en la saqueada Ática. Las tropas que acompañaban a Jerjes fueron diezmadas por el hambre y las enfermedades, y cuando alcanzaron el Helesponto, los puentes habían sido destruidos por las tempestades de otoño. No obstante, una flota los aguardaba allí y pudo transportar al ejército al Asia.

Los persas habían sufrido cuantiosas pérdidas, pero el rey disponía de recursos inagotables y pudo rehacer sus fuerzas con facilidad. Le quedaban suficientes navíos para enfrentarse con la flota helénica y sus tropas ocupaban Grecia hasta el istmo de Corinto. Gracias a esta base de operaciones y a la ayuda de Beocia y Tesalia, la sumisión del

Peloponeso sólo era cuestión de tiempo. Jerjes pasó el invierno en Sardes, para no alejarse demasiado del teatro de operaciones y también para impedir un nuevo levantamiento de los jonios.

Salamina.

Platea y Micala

El Ática conoció de nuevo los horrores de la guerra en la primavera de 479, cuando el ejército persa de Mardonio reemprendió la marcha, saqueándolo todo a su paso. Por segunda vez, los habitantes tuvieron que buscar refugio en Salamina. Sin embargo, en el último momento, Mardonio les ofreció la libertad si firmaban un tratado de paz con Persia, pues necesitaba la flota ateniense para atacar al Peloponeso. Sólo un miembro del consejo de Atenas votó por la reconciliación con los persas y fue condenado a muerte por los atenienses.

Al rechazarse con desprecio su proposición, Mardonio incendió Atenas por segunda vez.

Trabajo costó a los atenienses persuadir a los espartanos que abandonaran sus posiciones en el istmo de Corinto. Incluso tuvieron que amenazarles con acordar el tratado de paz con Mardonio si no mandaban ayuda al Ática. La mayor parte de los demás estados del Peloponeso también enviaron contingentes.

Al saber que el ejército del Peloponeso se había puesto en marcha, los persas se replegaron hacia el oeste, hacia Beocia, hasta **Platea** y Tebas, donde el terreno era más favorable para la acción de la caballería. Los griegos eran mandados por **Pausanias**, rey de Esparta, general competente y muy .popular por su sangre fría ante las situaciones más desesperadas. Los efectivos griegos sumaban casi tanto como los persas, incluso más numerosos según algunos, pero no debemos olvidar que no tenían prácticamente caballería, mientras que los persas disponían de excelentes tropas montadas. Bastaba una maniobra enérgica y hábil de la caballería persa para hacer vacilar a los griegos desde el principio del combate. Durante la retirada que siguió, el centro de los griegos, compuesto por contingentes

enviados por los Estados pequeños, quedó desguarnecido, porque aquéllos emprendieron la huida.

Las cualidades militares de los espartanos salvaron entonces a Grecia. Perdido el contacto con los atenienses que formaban la otra ala, Pausanias se halló ante los persas con una tercera parte de los efectivos. Los asiáticos, ligeramente armados, lanzaban un asalto tras otro, pero no pudieron romper las líneas de la infantería espartana. Hasta Mardonio pereció al intentar reagrupar a sus tropas, y su muerte fue para los persas la señal de la derrota.

Un botín de riqueza incalculable esperaba en el campo persa a los vencedores. Pausanias capturó enormes cantidades de oro y plata y el tesoro fue repartido entre los Estados que participaron en la lucha, quedándose Pausanias con la parte del león.

Por fortuna para los griegos, los de Tesalia y su excelente caballería quedaban a la expectativa. Los tebanos, por el contrario, parece que combatieron con furia contra sus viejos enemigos, los atenienses. Éstos los derrotaron y contribuyeron como nadie a la victoria al ocupar el campo persa que Mardonio mandó fortificar.

En Platea terminaron las guerras médicas, "desafío entre el arco y la lanza", como las denomina el gran dramaturgo Esquilo. En adelante, los helenos podían vivir tranquilos: Oriente no les atacaría más. El suelo griego no sería hollado por otro invasor hasta pasados dos siglos. La victoria de Platea fue decisiva. Sin embargo, no contribuyeron a ella todos los griegos, sino dos de sus Estados más poderosos ayudados por otros más pequeños.

Durante estas guerras, los griegos estuvieron a menudo al borde de la catástrofe. Platón dice con acierto: "En estas guerras que tanto se admiran, se han pasado por alto cosas que no honran precisamente a los griegos".

Poco después de Platea, Grecia recibió otra buena noticia: el resto de la flota persa había sido aniquilado junto a la península de **Micala**, cerca de la isla de Samos. La victoria de Platea influyó felizmente en la escuadra griega que patrullaba cerca de Delos para proteger las Cícladas de la flota persa. Deseando contribuir también, los marinos hicieron rumbo a Samos, donde estaba anclada la flota persa para prevenir todo intento de rebelión de los jonios.

Los persas sentían tal miedo hacia los vencedores de Salamina, que trataron de evitar otro encuentro en el mar, pese a que su flota era casi tres veces más poderosa que la griega. Para salvar sus naves, las vararon en una playa cercana a Micala, las rodearon de fortificaciones y distribuyeron las tropas de tierra por este campo atrincherado. Pero los griegos no se dejaron impresionar. Desembarcaron y asaltaron el campo enemigo. Los persas se vieron perdidos e incendiaron los restos de la soberbia flota destinada a someter a Grecia.

Según la tradición, estos hechos ocurrieron el mismo día que la batalla de Platea, cuando en realidad debieron ocurrir algo más tarde. Temístocles hubiera deseado entablar combate un año antes. Como había supuesto, la victoria de Micala fue la señal del levantamiento de los jonios y. la metrópoli pudo ayudar entonces a las colonias. De esta forma, por primera vez en su lucha contra los persas, los griegos iniciaban la ofensiva.

Los griegos occidentales luchan por la libertad

Los griegos de Sicilia no tomaron parte en la lucha que sus hermanos de raza sostenían con los persas. Estaban ocupados en defender la civilización griega y su propia independencia contra otro enemigo de raza semita venido de Oriente, los cartagineses, tanto más peligrosos cuanto que estaban aliados con los etruscos, en aquel tiempo los más poderosos de Italia por tierra y mar.

Las colonias griegas de Sicilia no se unieron contra el enemigo común, sino que se enzarzaron en querellas intestinas igual que en la metrópoli. Consecuencia de estas disensiones fue la caída de la opulenta Síbaris.

Si la situación mejoró poco a poco en Sicilia, no se debió a la buena voluntad de los helenos, sino a los tiranos que gobernaban en la mayor parte de las colonias griegas de la isla. En la época de las guerras médicas, dos de ellos consiguieron apaciguar a todos, repartiéndose el poder: Gelón de Siracusa y su suegro Terón de Agrigento.

Pero en la costa septentrional de la isla, el tirano de Himera, expulsado por Terón, se pasó sin ningún escrúpulo a los cartagineses, enemigos mortales de los griegos, en demanda de ayuda. En su deseo de intervenir en los asuntos internos de sus competidores, los cartagineses enviaron al general Amílcar para que sitiara Himera con un poderoso ejército. Pero Gelón pidió ayuda a su suegro y aniquiló al ejército cartaginés. Según la tradición, esto ocurría el mismo día y año que la batalla de Salamina. Algunos historiadores creen en un posible tratado firmado en 480, entre Persia y Cartago, para unir sus esfuerzos contra Grecia.

Llegaba el momento en que estos dos poderosos Estados, surgidos a levante y poniente de los territorios orientales, unirían sus fuerzas en una lucha común para destruir la cultura griega que se expandía cada día más.

Cuando los cartagineses supieron la derrota de su ejército expedicionario, enviaron en el acto embajadores a Siracusa para pedir la paz. Temían que Gelón atacase sus territorios. También Gelón tenía mucho interés en pactar con los cartagineses, porque el desarrollo de la guerra en Grecia era aún incierto. Aceptó, pues, la paz con una compensación de 2.000 talentos de plata.

Seis años más tarde, sicilianos y etruscos entablaron una batalla naval decisiva en Cumas, al oeste de la actual Nápoles, y la flota etrusca fue destruida. Esta victoria le valió a Siracusa el dominio del mar Tirreno como Atenas lo detentaba en el mar Egeo.

Estos sucesos debilitaron tanto el poderío cartaginés, que pasaron varias generaciones antes que pudiera reemprender una política agresiva contra los griegos. La batalla de Cumas tuvo, por tanto, significación histórica: liberó en definitiva a los latinos de la dominación etrusca.

La cultura griega había conseguido la independencia, tanto en el este como en el oeste.

LOS GRIEGOS, CAPITANEADOS POR ATENAS, ATACAN A LOS PERSAS

La Confederación de Delos

Lo inverosímil se convirtió en realidad: el minúsculo pueblo griego —o mejor, una parte mínima de éste— había vencido a una de las mayores potencias del mundo y, además, rechazó a Cartago. Los griegos estaban convencidos de haber realizado una hazaña jamás vista en el mundo desde el tiempo de los héroes legendarios. Detentaban el primer lugar entre los pueblos de la Tierra y la evolución histórica mundial dependía ahora de sus armas y su política. Los peligros que acababan de eludir abrieron al fin los ojos a los griegos acerca del valor de lo que estuvieron a punto de perder: la libertad y los derechos cívicos. Ahora no los sacrificarían por nada del mundo. Se percataban del profundo abismo que separaba la cultura occidental de la oriental.

El resultado de las guerras médicas hizo nacer en los griegos un fuerte nacionalismo y un sentimiento de superioridad frente al Oriente; la diferenciación entre griegos y "bárbaros" data de esta época. Con todo, los éxitos obtenidos no produjeron la unidad de Grecia.

Esparta había sido la mayor fuerza del país, pero Atenas contribuyó en gran medida a la victoria sobre los persas. Iban, pues, a disputarse la hegemonía de Grecia, rivalidad nefasta para todos los helenos. Las primeras diferencias aparecieron después de la batalla de Micala, cuando la victoria impulsó a los jonios a liberarse de los persas. Los atenienses quisieron

ayudarles y firmar con ellos un tratado de alianza. La flota que hizo rumbo al Asia Menor en 478, estaba mandada por Pausanias, pero la mayor parte de los navíos procedía de Atenas y su almirante era Arístides.

La victoria de Platea había convertido a Pausanias en el hombre más popular después de Temístocles, aparte de otros éxitos y conquistas añadidos a su gloria, pero al mismo tiempo a su soberbia. Su mayor hazaña fue la reconquista de Bizancio, puerta del mar Negro, con lo que ponía fin a la dominación persa en el Bósforo.

Pero este libertador iba a convertirse en un traidor. Pausanias, hombre tenaz y apasionado, soportaba con dificultad las severas leyes de Esparta. Tanta austeridad no lo sugestionaba, sobre todo después de observar el esplendor y la prodigalidad de los persas. Se propuso ser, con la ayuda de éstos, el dueño de Grecia; en tal caso pasaría de la categoría de rey a la de sátrapa, pero la vida de un sátrapa era mucho más bella y libre que la de un rey sometido a la inquisición de unos éforos mezquinos. Y Pausanias trazó sus planes después de conquistar Bizancio. Según Tucídides, escribió a Jerjes proponiéndole que le concediese la mano de una de sus hijas, a cambio de convertir a Grecia en un Estado vasallo del Imperio persa.

Los investigadores modernos dudan de la autenticidad de esta carta, al menos en lo referente a la petición de matrimonio, pues durante toda la existencia del imperio las hijas del rey de reyes sólo se dieron en matrimonio a otros persas de sangre real.

Sin duda, Jerjes se había maravillado de la traición del espartano, puesto que envió en el acto a uno de sus hombres de confianza para tratar con Pausanias. En su carta, el rey le manifestaba reconocimiento eterno y le prometía todo el dinero y las tropas necesarios para la culminación de sus proyectos. Al recibir esta carta, el orgullo de Pausanias no conoció límites; se vistió al estilo oriental, se portó en todo como un sátrapa persa, se entregó a la molicie y ofendió gravemente a los aliados de Esparta con abusos de autoridad e injusticias. Contrastaba con el humanitarismo y corrección de Arístides. También el joven Cimón, hijo de Milcíades, que compartía con Arístides el mando de las naves atenienses, era muy correcto y respetuoso con sus subordinados. Los jonios acabaron, pues, por sublevarse abiertamente contra el general espartano y pidieron ponerse a las órdenes de Arístides y Cimón.

Cuando el gobierno de Esparta supo los excesos de Pausanias, quiso relevarlo en seguida y nombrar nuevo comandante de la flota. Pero era demasiado tarde. Los representantes de todas las islas jónicas y de las ciudades griegas liberadas en Tracia habían ofrecido la hegemonía a los atenienses, y éstos acogieron encantados la mano que se les tendía. Integraron con los jonios la Confederación de Delos, que dirigida por Atenas libraría a los griegos del Asia Menor de la dominación de Persia. La nueva alianza atrajo pronto a casi todas las ciudades del litoral e islas del mar Egeo. La liga tomó el nombre de la isla de Delos, centro muy importante para los jonios, en donde se levantaba un templo de Apolo. Atenas depositó en esta isla el arsenal bélico de la Confederación.

Arístides fijó las aportaciones. Empezó por reclamar un anticipo para sufragar las necesidades más inmediatas y después estableció como cantidad necesaria 460 talentos. Las aportaciones fueron repartidas a la manera persa: a prorrata, según la extensión y rendimiento de las tierras de cada tributario. Además, cada ciudad de la Confederación proporcionaría barcos o una suma anual para la construcción de una flota. Los jonios accedieron gustosos a tales contribuciones. La dominación extranjera les había hecho comprender, no obstante su individualismo indomable, que la libertad sólo puede ser mantenida con la unidad y el sacrificio.

Desde Salamina, Esparta obstaculizaba todos los esfuerzos de unión de los griegos. No solamente frenaba toda evolución, sino que era incapaz de adaptarse, por estar su política dirigida por ancianos autoritarios, tercos y sentimentalmente adheridos a la concepción autárquica.

Así, los espartanos retiraron sus navíos del Peloponeso y eludieron una guerra naval que les costaba cara. Por otra parte, deseando evitar otro "asunto Pausanias" en el futuro, rehusaron participar en las expediciones que alejaban a sus ciudadanos de la patria y dejaron a los atenienses la dirección de las operaciones contra los persas. Esparta, así, tomaba medidas ante una política para la que no estaba preparada.

La sociedad espartana estaba organizada con demasiada rigidez para las exigencias de los nuevos tiempos. Esparta fue, por una parte, la ciudadela del orden establecido, y por otra, el freno del desenvolvimiento político griego. Mientras se trató de defender a Grecia, los espartanos se cubrieron de honor, pero fueron los atenienses quienes se pusieron al frente de la ofensiva.

La caída de Pausanias

Convocado a Esparta, Pausanias obedeció, aunque parezca extraño, confiado en la gran influencia que ejercía sobre sus compatriotas; no obstante, un tribunal lo desposeyó del mando supremo. En el acto abandonó Esparta voluntariamente y marchó a Bizancio, en donde se proclamó tirano y reinó varios años. Se atrajo todavía más la amistad del rey de Persia cerrando el Bósforo a los navíos de la liga marítima ático-delense. Pero su situación empeoró. Hacia 470 su residencia fue atacada por Cimón, general de la Confederación. Pausanias huyó a territorio persa, donde el gran rey le dio un nuevo principado cerca de Troya.

Busto de Pausanias, el rey de Esparta.
Copia romana de un original griego del siglo VI. a. de C.
Roma. Musei Capitolini.

Cuatro años después, los éforos le ordenaron regresar a Esparta si no quería ser declarado enemigo del Estado y tratado como tal. También obedeció esta vez, sin duda para demostrar rectitud de conciencia; además, esperaba salir airoso de la acusación merced al oro persa.

Sus acusadores no disponían de pruebas muy convincentes. Pausanias, siempre cauto, se había desembarazado de los mensajeros encargados de su correspondencia con el rey de Persia. Veíase ya triunfante cuando los éforos exhibieron una prueba inesperada e irrefutable, la de su traición. Uno de sus hombres de confianza entregó a los éforos una carta que Pausanias había ordenado trasmitir al rey persa. Cuando se le había confiado la carta, el mensajero había caído en la cuenta de algo inquietante: que nadie había oído hablar jamás de ningún otro emisario de Pausanias. Para su tranquilidad determinó leer el mensaje, uno de cuyos párrafos recomendaba al destinatario matar al mensajero. Juzgó éste que era preferible llevar la carta a los éforos y éstos tendieron un lazo al traidor Pausanias. Ordenaron al mensajero que se ocultara en una gruta, junto al templo dedicado a Poseidón, y después se informó a Pausanias de la vuelta de su emisario. Sin sospechar la presencia de los éforos, Pausanias tuvo allí una conversación reveladora con su mensajero.

Los éforos sabían ahora lo bastante para arrestar a Pausanias, pero éste consiguió huir y refugiarse en el templo de Atenea. Los éforos mandaron tapiar las puertas del templo —se cuenta que la anciana madre de Pausanias transportó las piedras que iban a encerrar a su hijo — y perforaron el techo para vigilar al prisionero. Cuando estuvo a punto de morir de hambre, se le sacó del templo para no mancillarlo con su cadáver, y el vencedor de Platea murió ante las puertas del templo.

Política de Temístocles después de la victoria sobre los persas. Su trágico fin

Salamina hizo de Temístocles el hombre más admirado de Grecia. Los propios espartanos reconocieron su mérito y le invitaron a visitar su ciudad, singular deferencia si tenemos en cuenta lo reservados y poco propicios a la alabanza que eran.

Temístocles era demasiado perspicaz para suponer que la Hélade estaría segura mientras dos Estados de igual potencia se disputaran la hegemonía. Y con el propósito de hacer más poderosa a Atenas y darle esta hegemonía, reconstruyó la ciudad y la rodeó de fortificaciones. Pero los espartanos objetaron que una Atenas amurallada podría servir de punto de apoyo a los bárbaros en caso de una posible guerra. Por indicación de Temístocles, los atenienses acordaron el envío de una embajada a Esparta. Temístocles se hizo elegir para formar parte de ella y emprendió el camino en el acto. Antes, empero, había dado instrucciones terminantes: los atenienses no dejarían marchar a los demás delegados —Arístides y otro compañero— hasta que las murallas tuvieran la altura suficiente para contrarrestar un ataque. Ya procuraría él ganar tiempo. A su llegada a Esparta no se apresuró a solicitar audiencia con los gobernantes: debía esperar a sus colegas atenienses, decía. Mientras tanto, toda la población de Atenas, hombres, mujeres y niños, trabajaban día y noche en la construcción de la muralla.

Los espartanos se enteraron pronto de la actividad de los atenienses, pero Temístocles disipó los rumores que corrían y les aconsejó que enviaran sus mejores hombres a Atenas para observar la situación. Al mismo tiempo, con gran sigilo, envió un mensajero a los atenienses para que entretuvieran discretamente a los espartanos hasta su regreso.

Al fin, llegaron los demás embajadores con la buena noticia: los muros estaban levantados. Entonces, Temístocles se desenmascaró y presentóse al gobierno espartano declarando abiertamente que Atenas estaba amurallada. "Los atenienses —añadió— no os pidieron opinión para abandonar la ciudad a los persas y embarcar en los navíos. Y hoy tampoco necesitan vuestra autorización para fortificar su ciudad."

Los espartanos aceptaron los hechos consumados, aunque a disgusto, y no se atrevieron a vengarse en Temístocles por su engaño, porque el ateniense pudo asegurar su retirada; tenía ahora rehenes que responderían de su vida.

Después, Temístocles persuadió a sus conciudadanos que fortificasen el puerto del Pireo. Había, pues, ganado la partida, pero se atrajo el odio mortal de los espartanos.

Temístocles prestó extraordinarios servicios y Atenas se lo reconoció; pero sus conciudadanos eran demasiado versátiles para no escuchar a los adversarios políticos y a los envidiosos de este hombre extraordinario. La reconciliación de Temístocles y Arístides sólo duró los años de la guerra. Arístides no vaciló en castigar a su antiguo rival con los rigores del ostracismo que éste había utilizado contra él. Temístocles tenía también otros adversarios; sobre todo, un importante partido político que quería estar en buenas relaciones con Esparta y cuyo jefe era Cimón, hijo de Milcíades. Además, el desinterés de Arístides contrastaba bastante con la ambición de Temístocles.

Realmente, Temístocles era indispensable a la hora del peligro, pero era demasiado ambicioso e inflexible para dirigir el Estado en tiempos de paz. Pese a sus excelentes cualidades, llegó a ser un elemento perturbador en la vida política. No cesaba de atacar a Arístides y Cimón, y de enturbiar las relaciones entre Atenas y Esparta. Para restablecer la paz era necesario eliminar a Temístocles o a Arístides y Cimón. Y se optó por Temístocles; condenándosele al ostracismo en la época en que Pausanias fue expulsado de Bizancio. Aún se conserva un *óstrakon* escrito con su nombre, que indica la actitud de los atenienses respecto al hombre que cimentó la grandeza de su patria. Pero no debe olvidarse que el ostracismo no era un castigo. Como señala Tucídides, sólo era un manto "a cuya sombra la envidia podía darse el gusto de humillar a los poderosos".

Buscando contacto con los adversarios de Esparta en el Peloponeso, el desterrado se estableció en Argos. Pero los espartanos resolvieron perderle a toda costa. Cuando supieron la traición de Pausanias, vieron la ocasión de derribar a Temístocles y mandaron embajadores a Atenas para acusarle de complicidad en las conjuras de Pausanias. Creyendo poseer pruebas concluyentes contra Temístocles en los documentos del difunto traidor, los espartanos exigían para él la misma pena.

No cabe duda que Temístocles era ajeno a las maquinaciones de Pausanias. Él mismo devela esta acusación en carta dirigida a sus conciudadanos: "Mis enemigos me acusan de autoritario y desobediente. ¿Cómo, pues, podría entregarme, y conmigo a toda la Hélade, a enemigos bárbaros?" Los envidiosos consiguieron, sin embargo, que la asamblea popular le acusara de alta traición, y Atenas y Esparta, olvidando sus rencillas, enviaron hombres para detenerle.

Pero Temístocles huyó antes que llegaran y la asamblea lo sentenció, permitiendo que cualquier ciudadano le diera muerte. Con la declaración de traidor a su país y la confiscación de sus bienes, los atenienses anulaban al mayor de sus jefes. Acosado por todas partes, Temístocles se refugió en el único país accesible: el imperio del rey de reyes. Todo político experimentado era siempre bien recibido en Persia.

Este gran imperio atravesaba entonces una mala época. Jerjes había muerto poco antes —en 465— y su segundo hijo, Artajerjes, ocupaba el trono después de haber asesinado a su hermano primogénito. El nuevo rey, que conocía el talento del perseguido, lo trató con deferencia y le ofreció un principado en Asia Menor, donde reinó hasta su muerte, hacia 450. Según la tradición, Temístocles se suicidó para no ayudar al rey de Persia en la conquista de su propia patria: Artajerjes, liquidados otros asuntos políticos, quedó por fin libre para atacar a los griegos y Temístocles prefirió envenenarse.

Así acabó este hombre que ejerció influencia tan decisiva en la historia del mundo. El partido de Arístides condenó injustamente a Temístocles, y mancilló así la memoria del "justo". Una consecuencia de la política es la corrupción de los mejores caracteres.

Dos de los más eminentes defensores de la libertad griega terminaron, pues, de muerte trágica. Arístides murió años después, honrado por todos sus conciudadanos.

La tradición cuenta que murió pobre, aunque acaso sea ello una anécdota para embellecer la realidad. Con todo, su hijo, de quien Platón habla con tanto desprecio, murió en la miseria.

Recibió del Estado una parcela de terreno y una pensión en recompensa de los servicios prestados por su padre. Sus hermanas fueron dotadas a costa del tesoro público.

Arístides.

EL "SIGLO" DE ORO DE PERICLES

LA RIVALIDAD ENTRE CIMÓN Y PERICLES

Después de la caída de Temístocles, Cimón fue el hombre más popular e influyente de Grecia. Era el prototipo de guerrero ansioso de vida, "el hombre que abrazaba y mataba con el mismo entusiasmo". De espíritu magnánimo, cualquiera podía entrar en sus huertos a coger fruta, siempre tenía mesa dispuesta para los pobres y paseaba por la ciudad con un cortejo de servidores que distribuían vestidos y dinero a los ciudadanos pobres y honrados.

Sin embargo, pese a tantas cualidades y gran talento estratégico, Cimón no era un estadista.

Mientras fue comandante en jefe de las fuerzas de la liga ática, Cimón continuó las hostilidades contra los persas en Jonia y Tracia, logró brillantes victorias y obtuvo rico botín. Luego, al liberar Tracia de la dominación persa, recuperó sus extensos dominios familiares y las minas contiguas, con lo que se encontró de súbito en posesión de una gran fortuna. Los recursos de sus tierras y las enormes riquezas que sacaba de sus correrías navales, le permitieron practicar la beneficencia en gran escala y dedicar parte considerable de sus bienes en levantar hermosos edificios públicos, orgullo de los atenienses.

La Confederación marítima de Delos no cesaba de aumentar su poder y contaba en esta época con más de 200 navíos.

Pero la protección que dispensaba la poderosa Atenas tenía sus fallas. La mayoría de los miembros confederados no sentían afición al servicio armado y preferían pagar un tributo anual. Pronto, casi todas las ciudades adoptaron el sistema y Atenas tuvo que asumir sola la defensa común. Los atenienses sancionaron esta situación en 454, trasladando el tesoro de la Confederación a Atenas, con el pretexto que el dinero estaría más seguro que en Delos. De hecho, esta medida convertía a la liga marítima de Delos en un imperio ático cuya capital era Atenas; los ciudadanos de ésta dispondrían a su antojo de las arcas de la Confederación. Era evidente que ellos protegían a sus aliados ante la amenaza persa. Además, los tiempos de las ciudades pequeñas habían pasado. Imposibilitadas de mantener su independencia, no les quedaba más remedio que vivir sujetas a Atenas o a Persia.

Cuanto más se convertía Atenas en potencia marítima, tanto más urgía la democratización de sus estructuras políticas, pues los mayores contingentes de marinos los proporcionaba el pueblo. Con la victoria de Salamina y las operaciones navales subsiguientes, los marinos adquirieron conciencia de su valer. Y cuanto más se apoyaba el Estado en una política naval, y por consiguiente en la clase popular, tanto más exigía ésta la recompensa por sus servicios.

Mas a pesar de su manifiesta benevolencia con el pueblo y su carácter afable, Cimón se opuso al movimiento democrático. Aristócrata por nacimiento y jefe natural de los conservadores, admiraba el sistema de gobierno espartano y, opuesto a Temístocles, propugnaba una colaboración estrecha entre Atenas y Esparta.

Gracias a su enorme popularidad, pudo convencer a sus conciudadanos para que ayudaran a Esparta, presa de graves dificultades. Los ilotas mostraban inquietud y esperaban la ocasión favorable para levantarse contra sus opresores. Ésta se les presentó en 464, cuando Esparta fue sacudida por un tremendo terremoto que abrió profundas grietas en su suelo y

desprendió enormes rocas, que rodaron por las laderas del Taigeto. Aprovechándose de la confusión general, los ilotas se rebelaron y el movimiento se extendió con rapidez impresionante hasta Mesenia. La situación alcanzó tal gravedad, que los espartanos tuvieron que pedir ayuda a los atenienses. El partido democrático de Atenas quiso abandonar a los espartanos a su suerte, pero Cimón se inclinó en sentido opuesto, exhortando a sus conciudadanos "a no permitir que Grecia perdiera un pie".

Pasado el peor peligro, los espartanos comenzaron a sospechar de las intenciones de quienes llegaron en su socorro e insinuaron a Cimón que sus servicios ya no eran necesarios. La indignación de los atenienses fue inconcebible. La política de Cimón les había acarreado humillaciones. Soplaban vientos favorables para los demócratas.

Hasta entonces, toda iniciativa democrática se estrellaba en el Areópago, que podía oponer su veto a las decisiones de la asamblea popular cuando las juzgaba incompatibles con el espíritu de las leyes. Los miembros de este venerable organismo, semejante en cierto modo al tribunal espartano de los éforos, eran elegidos a perpetuidad. Por eso tenían tanta experiencia; pero eran también muy conservadores. El Areópago elegía por sí mismo sus miembros y no rendía cuentas a nadie. Los demócratas atacaron esta fortaleza conservadora y dieron un golpe de Estado que la privó de sus derechos políticos, no dejándole más atribución que la de intervenir en las sentencias de muerte.

Pericles.

Todas las miradas se dirigieron entonces a **Pericles**, joven de noble alcurnia, gran cultura y auténtico genio político. Su elocuencia era tan brillante, que se decía de él que "su lengua es tempestad y rayo" y por ello se le apodó "el Olímpico".

Pericles no podía competir con Cimón en el arte de ganarse votos. Aristócrata por cuna y por sus maneras, era reservado, digno e imperturbable, pero sus opiniones eran las de un demócrata. Descendiente de Clístenes por línea materna y educado en la tradición democrática, estaba convencido que solamente el autogobierno podía dar al pueblo la educación cívica básica para el desarrollo de una cultura notable y elevada. Pericles casó en primeras nupcias con una dama ateniense que ya había estado casada con el "más rico del Ática", pero fue una boda desafortunada que acabó en divorcio, y Pericles se enlazó de nuevo con la bella **Aspasia**, oriunda de Mileto. Este matrimonio fue feliz, pero no tuvo valor jurídico, porque —nótese— los atenienses negaban derechos cívicos a los nacidos fuera de los muros de la ciudad. El encanto y gentileza de Aspasia convirtieron su morada en punto de reunión de los intelectuales atenienses y fue, sin duda, la primera mujer que organizó un salón literario. El mismo Sócrates estimaba la conversación de Aspasia. Naturalmente, la esposa de Pericles fue blanco de las calumnias de las demás mujeres. ¡No estaba bien visto en Atenas que una mujer casada alternara así con los hombres!

Pericles consiguió el ostracismo de Cimón, y su caída señaló el fin de la política amistosa con Esparta. La consigna entre los atenienses fue entonces "¡Guerra a los persas!", y también "¡Guerra a Esparta y a la Liga del Peloponeso!"

Esparta reaccionó con energía y empezó a comprender el error cometido al retirarse de la guerra contra los persas, la que había dado el dominio de los mares a los atenienses. Esperando ocasión de recuperarse con una intervención armada en Grecia central, encontró el pretexto en las disensiones que enfrentaban a sus distintos Estados. Los espartanos se pusieron de parte de unos y los atenienses, de parte de los otros. Pronto los antiguos aliados de Platea se encontraron frente a frente en una guerra declarada.

Atenas tenía que combatir en dos frentes y en ambos experimentó alternativas de éxitos y fracasos. Pero, a la larga, el pueblo ateniense, poco numeroso, no podría resistir tantos asaltos, y Pericles lo comprendió así. Los griegos acababan de conseguir otra victoria naval sobre los persas, tan brillante como las anteriores. Determinó, pues, aprovechar la coyuntura para firmar un tratado de paz lo más ventajoso posible. Esta victoria fue alcanzada cerca de Chipre por una flota que Cimón, vuelto del exilio, comandó durante casi toda la campaña. "Casi" toda, pues murió poco antes del triunfo. Su última orden fue que se ocultara su muerte mientras su pueblo no lograra la victoria.

Pericles se aprovechó del triunfo de Chipre para enviar una embajada a Susa, en 448. Sin embargo, no se llegó a firmar una paz definitiva, ni consiguió del gran rey que reconociera la independencia de los jonios, objetivo de guerra de los atenienses. Con todo, Persia prometió no ejercer de momento su soberanía sobre Jonia, no enviar su flota al mar Egeo ni situar fuerzas de tierra en las costas egeas del Asia Menor a una distancia inferior a una jornada.

La mencionada "paz" de 448 daba fin a las guerras nacionales de los helenos, primer forcejeo entre Oriente y Occidente. La nueva generación ateniense que sucedía a los vencedores de Maratón y Salamina se oponía, más que a los persas, a los espartanos. Había que ajustarles cuentas.

Dos años después del pacto con los persas, ambas ciudades rivales firmaban una paz que sólo fue un armisticio valedero para treinta años. El tratado reconocía a Esparta la jefatura de la Liga del Peloponeso y a Atenas la de la Confederación de Delos. Ninguno de los dos rivales intentaría atraerse a los aliados del otro. Y cuantas diferencias surgieran entre ambos, serían discutidas y sometidas a arbitraje.

Así acabó la primera fase de la guerra del Peloponeso. Otras seguirían después, mucho más sangrientas y nefastas.

La Acrópolis de Atenas, vista desde los Propileos.

ATENAS EN TIEMPOS DE PERICLES

La victoria de los helenos sobre las huestes orientales parece un milagro. La lucha se desarrolló con tanta energía que franqueó los límites del territorio persa, mérito que debemos atribuir en especial a los atenienses. Su heroísmo y espíritu de sacrificio fueron recompensados en Salamina. Atenas se convirtió en núcleo de Grecia. Que si no, su historia nos importaría hoy tanto como la de Egina, Megara o cualquier otra polis; o sea, casi nada.

Ello se debió, en primer lugar, a un gran estadista a quien la confianza popular consolidó tanto como a un tirano de otros tiempos, pero que, al revés de éstos, pudo conservar su autoridad no por el terror, sino por el ascendiente moral sobre sus conciudadanos y por su elocuencia incompatible: Pericles.

Este poder ilimitado no es la única semejanza entre Pericles y un tirano como Pisístrato. Ambos hicieron progresar la cultura ateniense y embellecieron Atenas con monumentos magníficos. Para este fin, Pericles no dudaba en acudir a las arcas de la Confederación.

Uno de sus adversarios le advirtió que Atenas tendría mala fama en toda Grecia si los demás griegos viesen "de qué forma la ciudad se engalana como una mujer frívola, con oro y piedras preciosas, con dinero de ellos". A lo que respondió Pericles que Atenas no tenía que rendir cuentas a sus aliados mientras su flota les protegiera de los bárbaros, aparte que todos los griegos participaban del esplendor de Atenas.

La época de Pericles es el "siglo" de oro de la Grecia antigua. El arte de la tragedia florecía allí con las obras maestras de **Esquilo**, **Sófocles** y **Eurípides**. Entonces vivían **Heródoto**, "el padre de la historia", y **Tucídides**, el mayor historiador griego. **Anaxágoras**, amigo de Pericles, hizo de Atenas un centro de filosofía, y la ciudad fue todavía más célebre gracias a **Sócrates**, el más conocido de todos los filósofos, y a su discípulo **Platón**, cuya noble figura aparece al final de este período.

Terminada la guerra y restablecidas las relaciones normales con Persia, el comercio y la industria adquirieron nuevo impulso, prosperidad que permitió el florecimiento de una elevada cultura en la pequeña ciudad levantada en torno a la roca de la acrópolis. Desde el cabo Sunión, en el extremo sur de la península ática, los marinos divisaban el magnífico templo de Poseidón levantado por aquel pueblo de navegantes. Y cuando entraban en El Pireo, veían brillar la lanza y el casco de Palas Atenea, diosa tutelar de la ciudad. Fidias había

hecho colocar en la cima de la Acrópolis la estatua de esta diosa, estofada con el oro capturado en Maratón.

Atenea Parthenos. Copia romana en mármol de la colosal estatua de Fidias en el Partenón. Atenas, Museo Nacional.

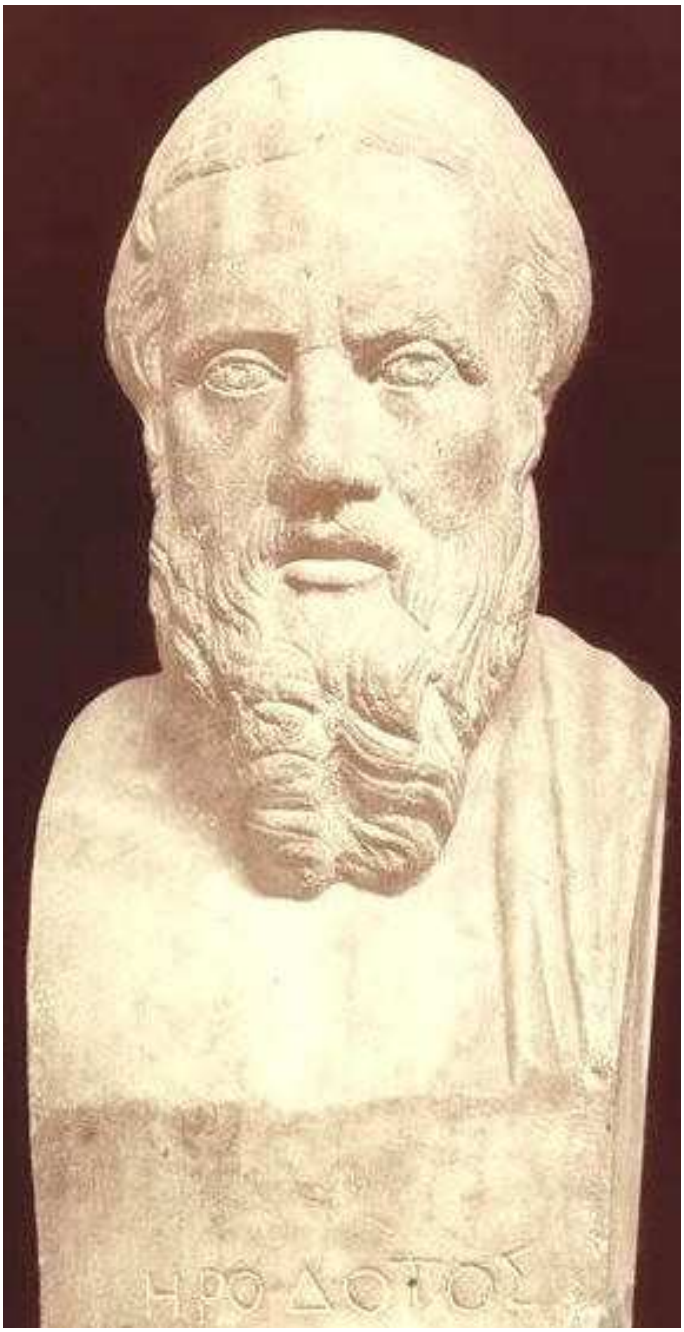
Pericles hizo de esta Acrópolis un símbolo de la grandeza de Atenas. En el emplazamiento de los templos destruidos por los persas ordenó levantar magníficos santuarios, en primer lugar el incomparable Partenón, "la morada de la virginidad", dedicado a Palas Atenea. Para el interior del templo esculpió Fidias otra estatua de la virgen tutelar, efigie de marfil y oro asentada sobre una peana de madera.

El historiador Plutarco, que cinco siglos más tarde pudo aún contemplar los monumentos de la Acrópolis en todo su esplendor, no halló palabras para expresar su admiración ante la belleza de sus detalles, la claridad y nobleza de sus líneas y las armoniosas proporciones del conjunto. "Cada artista puso cuanto pudo de su parte para ejecutar a la perfección el trabajo que le fue asignado", dice.

Desde entonces, dos milenios han dejado su huella sobre estas obras de arte, y todavía experimenta el visitante actual, como antaño Plutarco, la impresión de su perenne juventud. Uno se siente "elevado en la transparencia de un éter luminoso", como expresa un coro de Eurípides. Estos monumentos estaban destinados a los dioses y a ennoblecer con su pureza

sublime a quienes los crearon. Pericles quería que, durante su dirección, Atenas irradiase belleza a todo el mundo griego.

Nunca se ha visto, en toda la historia del mundo, que una civilización se desarrolle espontáneamente con tanta rapidez como la griega durante el siglo V antes de Cristo. En el espacio de dos generaciones, venció a una potencia mundial sin darle esperanzas de desquite; creó una marina poderosa; llevó el arte dramático a su apogeo; la escultura logró su esplendor; la arquitectura rozó las fronteras de lo imposible; la historia se aproximó al status científico y surgieron sistemas de pensamiento filosófico a los que nuestra generación es todavía deudora, y todo ello en una ciudad que no contaba más de 25.000 ciudadanos libres. Una familia de aquella época podía conocer en persona a seres tan excepcionales como Milcíades, Temístocles y Pericles; Esquilo, Sófocles y Eurípides; Fidias, Anaxágoras y Sócrates; Heródoto y Tucídides.



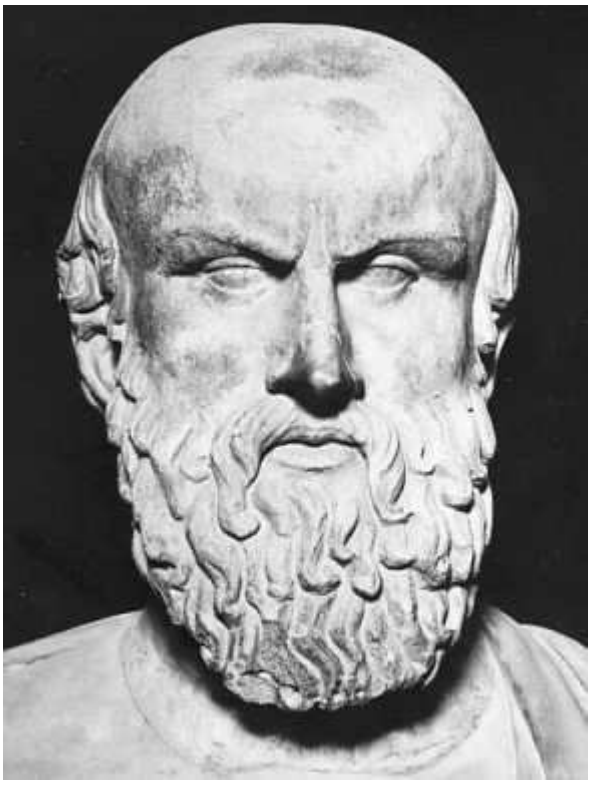
Herodoto, el padre de la Historia.

LA PRIMERA EDAD DE ORO DE LA TRAGEDIA

La tragedia es una creación de la cultura griega. Ningún otro pueblo de la antigüedad produjo obras de este género.

Esquilo

Fue el primer gran dramaturgo. En su juventud participó en el colosal drama bélico cuyos escenarios se llaman Maratón, Salamina y Platea. Murió en 456, a los setenta años.



Esquilo

La tragedia más antigua que se conserva de Esquilo es, con seguridad, *Las Hikétides* (Las suplicantes). Apenas puede llamarse tragedia a esta obra en el sentido actual de la palabra, pues le falta tanto acción como caracteres dramáticos. En esta época, el drama era sólo una gran cantata y la acción gravitaba alrededor del coro. De hecho, la forma más antigua de tragedia fue prolongación de la lírica coral doria. Los escasos diálogos que aparecían se desarrollaban entre un actor y el primer cantor del coro; su única finalidad era dirigir los corales y destacar los más importantes. La acción nació de la presencia del actor junto al primer solista coral. Poco a poco se fueron añadiendo histriones y los diálogos aumentaron a expensas del coro, hasta que éste se convirtió en sencillo intermedio musical entre algunas escenas.

La primera tragedia de Esquilo —en el supuesto que *Las Hikétides* sea la más antigua— es un bello himno a la gloria de la pureza virginal. Las suplicantes son las cincuenta hijas de Danao, que huyeron de Egipto y de pretendientes demasiado brutales, hasta encontrar refugio en Argos. Poco tiempo después, Danao, rey de Argos, se ve obligado por los pretendientes a condescender con sus exigencias, pero en la noche de bodas sus hijas matan a los maridos que

les han dado. Según la leyenda, las Danaides fueron castigadas en el otro mundo a llenar constantemente de agua una vasija sin fondo.

Para el público de hoy, esta tragedia no es verdadero teatro. No entendemos por teatro una larga serie de lamentaciones, plegarias y amenazas, sin acción ni intriga. Más que una pieza dramática, esta obra es una insistente prédica. Esquilo pone de continuo a los espectadores en contacto con los grandes problemas del pecado y la responsabilidad, el orgullo y el castigo divino, lo que le convierte en educador del pueblo, más que Homero y Hesíodo.

En la tragedia *Los persas*, tampoco se puede hablar de una auténtica acción dramática, pero Esquilo sabe aquí despertar por otros medios un interés acrecentado durante todo el drama.

La acción se desarrolla ante el palacio real de Susa, cerca del sepulcro de Darío I. Un coro de piadosos consejeros expresa sombríos presentimientos por el resultado de la expedición de Jerjes contra la Hélade, impresión de catástrofe que llega a ser más intensa aun cuando la madre de Jerjes, Atossa, entra en escena y narra un sueño de mal agüero. Se llega al paroxismo cuando entra de súbito un mensajero y describe en términos conmovedores la derrota de los persas en Salamina y la espantosa retirada del ejército de tierra.

Esquilo no consiguió pintar caracteres en *Las Hikétides* ni en *Los persas;* en cambio, sí lo consigue en la tragedia *Prometeo*, quizás el drama más solemne y profundo de la antigüedad. Prometeo, el titán que robó el fuego a Zeus para ofrecérselo a los hombres, se sacrifica por amor a la humanidad. El dios lo castiga a estar encadenado en una montaña de Escitia, donde un águila acude cada día a devorar sus entrañas. Por fin, Hércules lo liberta.

El *Prometeo* de Esquilo trata de problemas fascinantes y eternamente insolubles: los pros y contras de la civilización, la ciencia del bien y del mal. Este drama arraigó tanto en el alma de los hombres, que inspiró luego a muchos poetas ilustres.

Esquilo escribió más de setenta tragedias, pero sólo se han conservado siete.

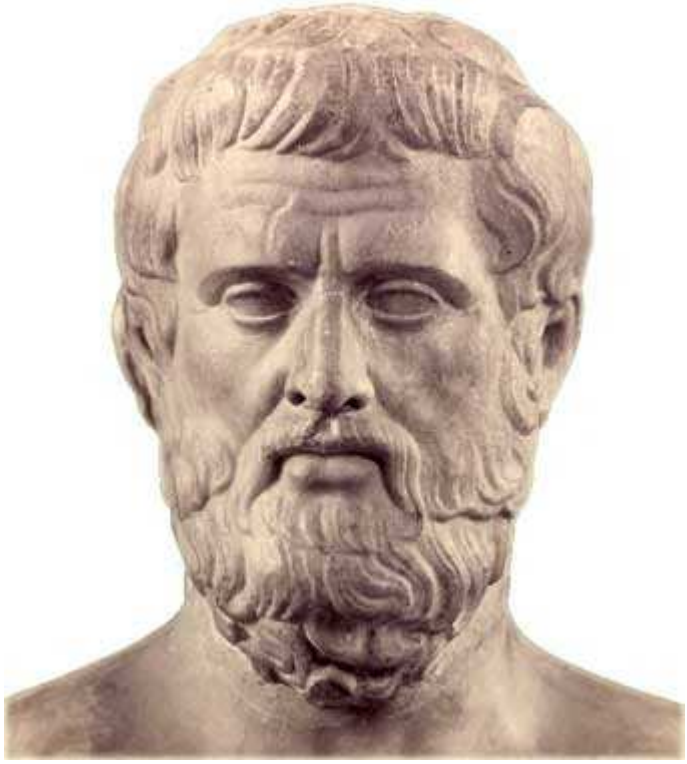
Lo más admirable de su obra es la sencillez con que consigue lo sublime y el desprecio por el recurso fácil. La acción va directa a su objetivo, recta y majestuosa.

Electra, de Sófocles

Cronológicamente, Sófocles fue el segundo de los grandes dramaturgos griegos y pertenece a la feliz generación beneficiada por la victoria de Salamina. En la plenitud de su edad, durante el siglo de oro de Pericles, y adulado por un pueblo agradecido y admirado, pudo dedicarse casi por entero a su arte. Su energía creadora no decayó ni en el último instante de su vida. A los noventa años (murió en 406, medio siglo exactamente después de Esquilo), este hombre mimado por los dioses había escrito unas ciento veinte tragedias, de las que sólo se han conservado ocho.

Una de las tragedias más antiguas es, sin duda, *Electra*, que toma el nombre de su personaje principal, la hermana de Orestes, que incita al hermano a que mate a su madre culpable, junto con su amante Egisto. El asunto es similar al desarrollado por Esquilo en la segunda parte de su *Orestíada*. Electra está colmada de desesperación; su padre acaba de ser asesinado. Sale del palacio vestida de luto y llora su destino. Entonces aparece un siervo leal y le anuncia que Orestes ha muerto en una carrera de carros durante los juegos de Delfos. Clitemnestra, la desnaturalizada madre, se alegra. Pero la noticia es falsa y Electra puede muy pronto abrazar a su hermano. Hasta el momento de penetrar Orestes en el palacio paterno para cumplir su cruenta tarea; la tensión va en aumento. El coro expresa el malestar que consume a cada uno. Dentro del palacio se oyen los ruegos suplicantes de Clitemnestra: "Hijo mío, hijo mío, ten piedad de tu madre". Pero Electra desde fuera responde: "¡No, tampoco vos tuvisteis piedad de él, ni de mi padre!" Aparece Egisto creyendo que Orestes ha muerto. Le habían

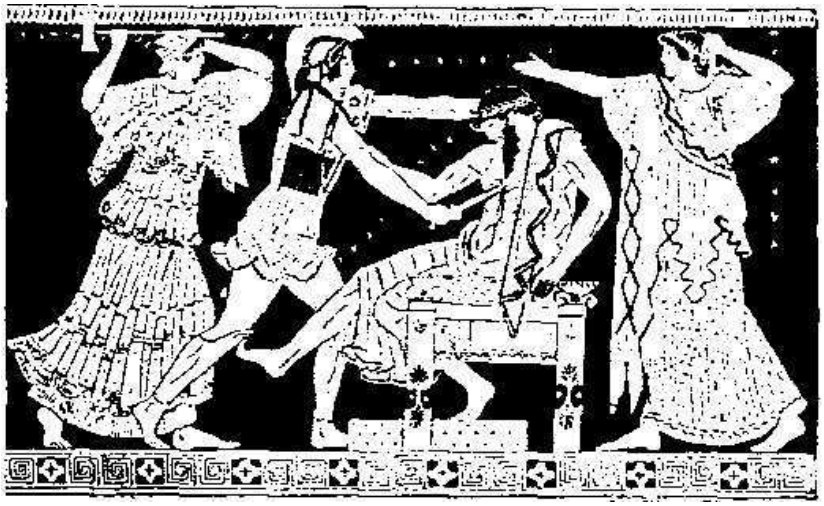
dicho que su cadáver estaba en palacio y se alegra de la separación de tan molesto obstáculo. Levanta él mismo la tela que cubre el cadáver de su mujer y comprende entonces lo ocurrido y lo que va a suceder. Había llegado el día de la venganza, el instante del triunfo para Electra.



Sófocles.

La leyenda de Edipo

Sófocles alcanza su punto culminante en la célebre tragedia *Edipo Rey.* Esta obra, *Edipo en Colona, Los siete contra Tebas* y *Antígona,* son los cuatro episodios dramáticos a través de los cuales Sófocles desarrolló la famosa leyenda de Edipo, que ahora pasamos a referir.



Edipo dando muerte a Layo, su padre, según un vaso griego.
A Edipo se le considera como símbolo de la fatalidad.

Edipo es hijo de un rey de Tebas a quien un oráculo había vaticinado un destino espantoso. La Pitonisa había predicho que el hijo que esperaban mataría a su padre y se casaría con su madre; para evitar tal abominación, los padres habían abandonado a Edipo al nacer. Pero el destino dispuso de otro modo. El siervo encargado de la horrible tarea, apiadándose del niño, lo había entregado a un pastor que servía al rey de Corinto, quien lo había llevado a su esposa; como el rey no tenía hijos, lo había acogido y educado como si fuera propio.

Edipo crece hasta ser un muchacho fuerte y animoso. Todos en Corinto le creen hijo del rey. En una visita a Delfos escucha estas palabras: "No vuelvas a tu patria, porque asesinarás a tu padre, te casarás con tu madre, y tu posteridad será odiada por los hombres". Edipo quiere a todo trance impedir la realización del oráculo tan espantoso y decide no volver a Corinto. Recorre el mundo a la ventura y se dirige a Tebas. En el camino encuentra a un noble anciano que viajaba en su carro acompañado de su guardia personal. El camino es estrecho, el auriga intenta empujar al caminante a un lado y se pelean, matando Edipo al anciano y a su escolta; sólo un siervo puede escapar. El anciano era el rey de Tebas, el verdadero padre de Edipo.

Edipo continúa su ruta hacia Tebas, cuya población tiene que soportar a una esfinge, monstruo con cuerpo de león, cabeza de mujer y alas de ave, que daba muerte a cuantos no acertaban la solución de este enigma: "¿Cuál es el animal, de todos los seres vivientes, que camina con dos, con tres y con cuatro patas, y que cuantos más pies tiene, más débil es?" Edipo responde sin titubear: "El hombre. Pues cuando es niño, anda a gatas; después, camina con los dos pies, y la vejez le obliga a utilizar un bastón como si fuera un tercer pie". Esta respuesta destruye el poder de la esfinge. El monstruo cae desde su roca y Tebas queda libre. Los tebanos, agradecidos, proclaman rey a Edipo y lo casan con Yocasta, la viuda del rey anterior. Se cumplía la predicción del oráculo. Edipo vive feliz en Tebas y Yocasta le da dos hijos y dos hijas.

Edipo y la esfinge (de un vaso griego).

Pues bien, Tebas es azotada por la peste, los ciudadanos mueren a millares y una comisión popular acude a pedir auxilio al rey. Edipo escucha benévolamente y responde que ya tomó sus disposiciones enviando a su cuñado Creonte a Delfos para consultar á los dioses. Creonte llega poco después portador de un mensaje de Apolo: la maldición recaerá sobre el país hasta que no se encuentre al asesino del rey anterior y sea muerto o castigado. Edipo promete que se castigará al malhechor. Consulta a Tiresias, un adivino griego, pero éste prefiere no responder: "Déjame que calle —dice—, pues soportarás más fácilmente tu destino y yo el mío si haces lo que he dicho". Tiresias se obstina en su silencio y Edipo se enfada. Se cruzan reproche, y por fin, el adivino exclama: "¡Tú eres el asesino, tú eres el hombre que buscas!"

Edipo cree que el adivino profiere estas palabras encolerizado; de ninguna manera sospecha la terrible verdad. Poco después, llega un mensajero de Corinto; el supuesto padre de Edipo ha muerto y el pueblo quiere que le suceda su hijo.

Edipo respira. ¡Ya no será el asesino de su padre! Pero el temor que se cumpla la segunda parte del oráculo le impide volver a Corinto mientras viva la mujer a quien considera su madre. Entonces el mensajero le comunica otra noticia tranquilizadora: Edipo no era hijo del rey de Corinto, sino adoptado por él mismo que lo había recogido de un pastor siervo del rey de Tebas y lo había llevado a Corinto. Edipo manda buscar al pastor, que le informa de su origen; después de lo oído, cree al fin ser feliz. Pero, poco a poco, conoce la horrible verdad de boca del antiguo siervo. Anonadado por la fatalidad, entra en el palacio tambaleándose mientras el coro canta:

"¡Ay! ¡Generaciones de mortales: vuestra existencia es a mis ojos como la nada!"
"...con tu destino como ejemplo, desgraciado Edipo, no creo feliz ninguna vida humana."

Sale de palacio el mensajero y anuncia que Yocasta se ha suicidado y que Edipo, en su desesperación, se ha arrancado los ojos para no ver más la profunda miseria en que había caído. Edipo, ciego, es un simbolismo: durante su vida se había comportado siempre como un ciego; obediente a un destino fatal.

Se abren las puertas y una escena espantosa se ofrece a los espectadores: dos siervos expulsan al ciego Edipo, que implora como gracia el destierro, el peor castigo para un griego. En términos vibrantes de dolor y amor paternal, confía sus hijas pequeñas a su cuñado Creonte y se dispone a llevar la vida vagabunda de un proscrito.[22]

Después de los citados sucesos de Tebas, Edipo ciego y mendigo vaga por Grecia. Sólo Antígona, su hija, no ha querido abandonarle. Llega a Colona y reconoce allí el bosque sagrado dedicado a las Erinnias, donde, según el oráculo de Apolo, será librado de su miseria y morirá apacible. Decide quedarse, aunque los habitantes de Colona quieren expulsarle, y para ello acude a Teseo, príncipe de Atenas. Entretanto, se predice que el país que acoja su tumba será feliz y próspero. Por esta razón, Creonte y Polínice, hijo de Edipo, tratan de llevar por fuerza al anciano a Tebas. Edipo se niega y maldice a Tebas y a su hijo. Promete a Teseo, de acuerdo con el oráculo, proteger a Atenas después de su muerte, a condición que Teseo no diga cómo murió y sólo revele a su sucesor el lugar de la tumba de Edipo. Entre truenos y relámpagos, proclama por última vez ser inocente del mal causado a los suyos en Tebas y en pos de una voz misteriosa se interna en el bosque sagrado, de donde es raptado por una fuerza invisible.[23]

[22]Hasta aquí *Edipo rey*. Los propios griegos decían que *Edipo rey* y *Edipo en Colona,* cuyo tema sigue a continuación, eran las obras cumbres de la tragedia. Con recursos sencillos, Sófocles provoca interés a medida que el drama avanza, para preparar así la catástrofe: el héroe se derrumba desde la felicidad hasta el desastre.
[23]El arte de Sófocles (nacido en Colona) alcanza lo sublime en los coros de esta gran tragedia.

Al partir Edipo hacia su destierro voluntario, sus hijos Etéocles y Polínice acuerdan reinar juntos, pero Etéocles no respetó el pacto y se adueñó del trono. Polínice, entonces, se alía con su suegro, rey de Argos, y con otros cinco príncipes griegos.[24]

El ataque enemigo es rechazado por los tebanos, pero ambos hermanos se matan mutuamente en duelo. Su tío Creonte ocupa el trono de Tebas, dedica funerales solemnes a Etéocles y prohibe bajo pena de muerte dar sepultura a Polínice, por haber tomado las armas contra su patria. Su cadáver sería abandonado a los perros y a los buitres. Pero entonces aparece la hermana del muerto, la noble Antígona, y proclama que los preceptos religiosos y los deberes hacia los difuntos están por encima de los mandatos de un rey inhumano. **Antígona** se dispone a rendir a su hermano los últimos honores.[25]

Antígona

Detenida cuando iba a cumplir su propósito, es conducida ante Creonte. "¡...y apareció allí la joven lamentándose, como el ave que encuentra despojado de polluelos el lecho del nido vacío. También cuando ella vio el cadáver descubierto, lanzó dolorosos lamentos y maldiciones contra quien cometió tal ultraje. Recogió con las manos reseco polvo y, levantando un jarro de bien labrado bronce, vertió sobre el muerto la ofrenda de tres libaciones!"

Antígona se presenta ante los verdugos con la cabeza erguida; ha obedecido las prescripciones de los dioses, superiores a los hombres. Pero Creonte lo considera un insulto y manda enterrar viva a su sobrina en una tumba subterránea.

---

[24]Su lucha contra Etéocles proporciona a Esquilo material para otra gran tragedia titulada *"Los siete contra Tebas"*.

[25]Sófocles hizo de Antígona la heroína de una tragedia que muchos consideran como una de las obras literarias más perfectas de la antigüedad.

Nada ni nadie conmueve a Creonte ni le hace revocar la sentencia, ni siquiera su hijo, el prometido de Antígona. El ciego Tiresias entra en escena para decir que ha observado sombríos presagios: los dioses no aceptan ya ofrendas, porque su altar ha sido mancillado por perros y buitres. Por fin, Tiresias amenaza al rey con la cólera divina. Seguido de su pueblo, Creonte corre hacia la tumba para librar a Antígona. Demasiado tarde. Un mensajero que había acompañado a Creonte vuelve a escena, anuncia que la tumba estaba abierta al llegar Creonte; que Antígona se había estrangulado con su velo; que su prometido, abrazado al cuerpo inerte de aquélla, al ver a su padre, sufriendo un acceso de furor, había desenvainado su espada; y que en cuanto Creonte retrocediera, espantado, el joven se había hundido la espada en el pecho.

La esposa de Creonte, al escuchar el terrible relato del mensajero, regresa silenciosa a palacio. A la vuelta de Creonte, las puertas se abren: la reina yace muerta en su lecho; desesperada por lo ocurrido, se ha suicidado. Creonte había de seguir viviendo atormentado por los remordimientos.

> "*Creonte*.—¡Ay, ay de mí! Me estremezco de horror. ¿No habrá nadie que me atraviese con la espada de doble filo? ¡Miserable de mí, envuelto en fatales angustias!"

La tragedia acaba con una sentencia del coro:

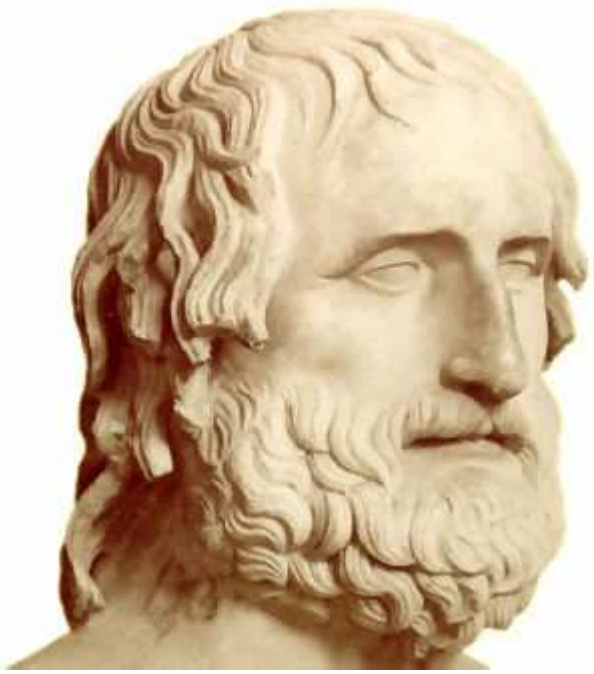
> "*Corifeo*.—La sensatez es la primera condición para la dicha. Jamás debemos ser irreverentes hacia los dioses. Las palabras insolentes acarrean castigos atroces a los soberbios. La vejez, al fin, les enseña a ser cuerdos."

Esta tragedia contiene pasajes de belleza incomparable, como un himno al poder humano que supera las fuerzas de la naturaleza, que parece integrar un elogio a la civilización.

> "*Coro*.—Muchos son los misterios, pero el mayor enigma es el hombre. Él cruza la extensión del misterioso océano en alas del viento proceloso, y lo surca entre olas que braman en torno. Y a la más venerable de las diosas, la Tierra incorruptible e infatigable, la esquilma él con sus arados, año tras año, ayudándose con la raza caballar.
>
> "Las bandadas de aves de tornadiza cabeza, él las apresa con redes, y también a los peces, ¡oh, hombre ingenioso! Él domeña con su ingenio a las fieras montaraces y enfrena al corcel de hirsuta cerviz y al indómito toro montaraz sujetándoles al yugo domador.
>
> "Ha creado el lenguaje, los sutiles pensamientos y las leyes que regulan las naciones, y sabe esquivar los dardos de los hielos insufribles, la intemperie y el azote de las lluvias. ¡Fecundo en recursos! Ningún azar le sorprende. Sólo para la muerte no halló evasión, aunque sepa escapar de las enfermedades, incluso las más rebeldes.
>
> "Dotado de tan sagaz e industriosa inventiva, unas veces se desliza hacia el mal y otras hacia el bien."

Eurípides

El tercer gran dramaturgo murió el mismo año que Sófocles, en 406, y era muy diferente a su contemporáneo. A los veintiocho años, Sófocles saboreaba su primer triunfo como dramaturgo; Eurípides luchó hasta los cuarenta para conseguir igual resultado. Pero, poco a poco, la indiferencia del público se trocó en rendida admiración, tanto que en los siglos subsiguientes a su muerte, acaso fue Eurípides el más apreciado de los tres dramaturgos. Su producción literaria se conservó mejor que la de sus predecesores, pues se conservan dieciocho de los noventa dramas que escribió.



Eurípides.

Eurípides, más realista que sus colegas, penetra en la verdad de la vida cotidiana y en sus grandezas y pequeñeces. En *Alcestes*, la tragedia más antigua que se conserva de él, traza una bella imagen: la de una joven esposa que se sacrifica para salvar a su marido, el rey Admeto, por haberse enterado que el monarca podría vivir más tiempo si alguien muriera en su lugar.

Eurípides contrapone a la noble figura de Alcestes un personaje menos valiente, el anciano padre del rey. Admeto pide a este que ofrezca su vida, ya inútil, para salvarle a él, su único hijo, pero el anciano se niega, aunque luego, ante el túmulo de Alcestes, manifieste profundo dolor y trate de consolar al hijo.

"¿Qué mal he hecho?", alega el anciano. Según él, es Admeto quien ha dado muestras de cobardía al aceptar semejante sacrificio.

Llega entonces Hércules, huésped de Admeto: un Hércules radiante y jovial que en nada se parece al terrible héroe de la leyenda. Cuando conoce la pérdida sufrida por el rey, promete arrancar su presa a Tánatos, el príncipe de manto negro y señor de la muerte. Si fuera necesario, Hércules le rompería las costillas. Cumple su promesa y Admeto recobra a su esposa, aun no siendo muy digno de semejante mujer.

Igual realismo se manifiesta en *Medea*, la tragedia de los celos, la más famosa de Eurípides. Para vengarse de su marido, Jasón, Medea decide matar a Creusa, la nueva novia de su infiel esposo, y a sus propios hijos. El comienzo del drama es ya impresionante; la anciana nodriza de Medea suplica:

> "¡Ojalá que la nave de Argos no volase a la Cólquida y a las Symplégadas, y nunca cayese al suelo el pino cortado en las selvas del Pelión, ni la hubiesen armado de remos los héroes tan ilustres que fueron a conquistar el vellocino de oro de Pellas!"

La anciana piensa en los niños y tiembla al considerar los planes de Medea:

> "Odia a sus hijos y no se alegra al verlos. Y temo que maquine algo funesto, por su carácter vehemente, que no tolera injurias. La conozco y me estremezco al pensar que quizás atraviese sus entrañas con afilado acero, o que mate a la hija del rey y a quien se casó con ella, y

le sobrevengan después mayores desdichas. Su carácter es violento y nadie triunfará de ella con facilidad."

Eurípides hizo de Medea una heroína trágica, atormentada por sentimientos primarios y contradictorios: por un lado, un profundo amor maternal; por otro, unos celos exacerbados y un deseo irrefrenable de venganza. El coro de mujeres corintias escucha su desesperada queja:

"...esta desdicha imprevista ha desgarrado mi corazón, acabando conmigo; la vida no tiene ya atractivo para mí y quiero morir, ¡oh, amigas! Mi esposo, el peor de los hombres, me ha abandonado cuando cifraba en él mi mayor dicha. Nosotras, las mujeres, somos las más desventuradas entre todos los seres que sienten y piensan."

Eurípides retrata a Jasón como un aventurero antipático, un hombre tan ambicioso y vil, que no se comprende cómo pudo despertar semejante pasión. Jasón arma que sólo las dificultades económicas le impulsaron a casarse con una rica princesa.

"No sólo hoy, sino muchas veces, observé que la rabiosa cólera es mal irreparable. Podrías quedarte en tu casa y en este país, obedeciendo resignada las órdenes de quienes mandan. Pero, profiriendo insensatas palabras, obligas a que te expulsen de aquí."

Cuando le recuerda los beneficios que le proporcionó sacándola del país de los bárbaros para llevarla a Grecia, Medea le replica:

"Ni me hospedarán tus amigos ni aceptaré nada ni nada me daréis, que los dones de hombres malvados nada aprovechan... Vete, que ya sólo deseas a tu nueva novia, y no quieres estar tanto tiempo lejos de su palacio. Cásate con ella. Si los dioses lo permiten, celebrarás un himeneo del que te arrepentirás."

Eurípides penetra en lo más profundo del alma humana; conoce muy bien de lo que es capaz el odio de una mujer. Su deseo de venganza ahoga incluso los sentimientos maternales. El odio convierte a la mujer en demonio y a la madre en monstruo; sin embargo, el espectador siente compasión por ella, y éste es el gran mérito del dramaturgo.

El desenlace del drama no tiene efecto en escena, sino que un mensajero describe a Medea el fin terrible de Creusa.

"Ella, al ver tu regalo, no persistió en su propósito y prometió a Jasón cumplir su deseo, y antes que tus hijos y su padre saliesen del palacio, tomó en sus manos aquel vestido de colores y se lo puso, ciñó sus rizos con la corona de oro y sonrió al contemplar en el espejo su bella imagen. Luego bajó del solio y se paseó por el palacio, andando lenta y majestuosa, satisfecha de los regalos, y remirándose de pies a cabeza. Pero a poco presenciamos un espectáculo horrible: alterósele el color, retrocedió vacilante, tembló todo su cuerpo, apenas pudo llegar al solio, y cayó al suelo. Una anciana servidora, creyendo que le acometía el furor de Pan o de algún otro dios, gritó estridente al observar que arrojaba blanca espuma por la boca, que se extraviaban sus ojos y que la sangre huía del cuerpo...

"La corona de oro de su cabeza despedía llamas sobrenaturales que todo lo devoraban, y los sutiles vestidos, regalo de tus hijos, roían las blancas carnes de la desventurada. Huyó del solio, por fin, ardiendo, sacudiendo sus cabellos a ambos lados, pugnando por arrojar la corona; pero el oro fundido, adherido a ella, no cedía, y el fuego, al agitar sus cabellos, la abrasaba con más fuerza. Cayó, por último, al suelo, rendida de dolor y horriblemente desfigurada: sólo su padre podía reconocerla..."

Éste llega a toda prisa y comparte su desgracia.

Cuando Medea comprueba el éxito de esta parte de su venganza, comunica al coro que ha decidido matar a sus hijos. El monólogo de Medea termina así:

> "...Ea, pues, ármate de valor. ¿Por qué titubeo en perpetrar este daño cruel pero necesario? Anda, mísera mano mía, empuña el acero y huella el triste límite de la vida. No seas cobarde ni te acuerdes de tus hijos ni que los amas ni que los diste a luz; olvídalos por un breve día y llora después..."

Medea entra en palacio.

Jasón aparece cuando los sucesos han culminado. Descubre los cadáveres ya fríos de su esposa y de su suegro y, al huir del terrible espectáculo, encuentra a sus hijos asesinados.

La tragedia *Ifigenia en Aulide* es el brillante remate de la obra poética del dramaturgo. Ifigenia, prototipo de muchacha inocente e ingenua, posee el carácter más atrayente creado por la dramática griega. Ifigenia ofrece su vida por la patria. La flota griega, anclada en el puerto de Aulide a las órdenes de Agamenón, lleva un mes sin poder singlar hacia Troya, porque los vientos son contrarios. La colosal empresa sólo prosperará si Agamenón sacrifica su hija a Artemisa, la diosa de los mares. El jefe griego la requiere e Ifigenia responde al llamamiento sin sospechar la suerte que le espera. Su padre le interpreta el oráculo. Temblando de angustia, la muchacha suplica:

> "Fui la primera en llamarte padre, y tú a mí, hija; la primera que, sentada en tus rodillas, te infundí dulce deleite y lo sentí a mi vez. Así hablaste tú: '¿Te veré feliz algún día, ¡oh, hija!, junto a tu esposo, llena de vida y salud, como mereces?' Y yo también junto a tus mejillas, como ahora, te decía: '¿Y qué haré yo? ¿Te recibiré anciano en mi palacio, ¡oh, padre!, dándote grata hospitalidad y devolviéndote los cuidados que tuviste al criarme?' Conservo el recuerdo de estas palabras, pero tú las olvidas para matarme. ¿Por qué he de ser víctima de las nupcias de Alejandro y de Helena?"

Pero sucede algo inesperado: la muchacha presiente que toda Grecia la contempla y se declara dispuesta al sacrificio, revistiéndose así de sublime grandeza:

> "No debo amar demasiado la vida que me diste, para bien de todos, no sólo para el tuyo. Soldados armados de escudos, remeros vengadores de la ofensa inferida a su patria, acometerán gloriosas hazañas contra sus enemigos y morirán por Grecia. ¿Y yo sola voy a oponerme?"

Conducida al altar del sacrificio, Artemisa la libra de la muerte en el último momento y se la lleva a Táuride como sacerdotisa. "En lugar de Ifigenia, yacía en el suelo una gran cierva, palpitante y de maravillosa hermosura, inundando de sangre el ara de la diosa."

Los tres grandes dramaturgos ensayaron también el género burlesco y escribieron dramas satíricos. La tragedia surgió del drama satírico, y en los concursos teatrales, tres de aquéllas eran seguidas de uno de estos dramas para disipar en los espectadores las sombrías peripecias de la tragedia. Los dramas satíricos deben su nombre a los "sátiros", mitad hombres, mitad machos cabríos, que componían el coro. Símbolos de la naturaleza, figuran criaturas maliciosas y brutales que acompañan por doquier a Dionisos y entretienen al dios con sus danzas y bufonadas. El único drama satírico que ha llegado hasta nosotros (*El cíclope,* de Eurípides) trata de la visita de Ulises a la gruta de Polifemo.

Alcestes ofrece muchas analogías con el drama satírico y se sabe que fue representada después de tres tragedias, desempeñando así el papel de un drama satírico. Esto explica en

gran parte el carácter burlesco que aparece en Alcestes, más bien tragicomedia que tragedia propiamente dicha.

Esquilo, Sófocles y Eurípides

Según la leyenda popular, que siempre busca puntos de contacto entre sus idolatrados, Sófocles, joven aún, dirigió a los muchachos que cantaron el heroísmo de los combatientes en la fiesta de la victoria de Salamina y Eurípides nació el mismo día en la propia Salamina.

Los personajes dramáticos de Esquilo conservan algo de la severa simplicidad del arte griego. Parecen tallados en bloques de granito, y del principio al fin siguen idénticos a sí mismos: mueren o triunfan. Los personajes pintados por Sófocles son de carne y hueso, y no luchan sólo contra obstáculos exteriores o contra la fatalidad, sino también contra la debilidad de su propio corazón. No muestran sólo una energía dirigida hacia el exterior, sino también vida interior. Despiertan interés psicológico, porque son más complicados que los caracteres de Esquilo.

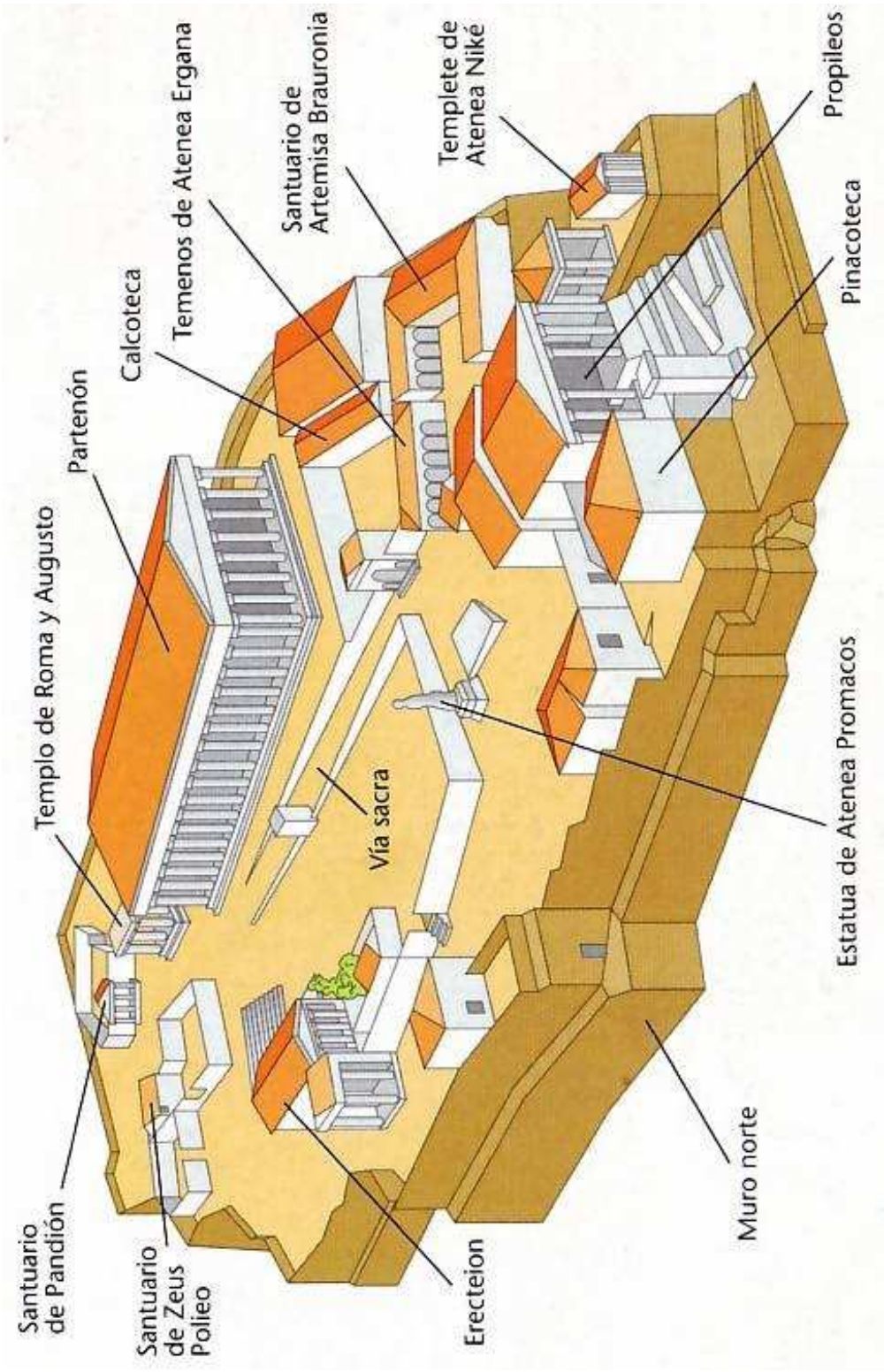
Eurípides jalonó un progreso mucho más importante. Aunque sólo contaba catorce años menos que Sófocles, se diría que es de distinta generación. Cierto es que la diferencia proviene también de su carácter personal. Sófocles era, por naturaleza, ecuánime y feliz; Eurípides, un pesimista. Esquilo y Sófocles se sentían a gusto en el mundo de los dioses y de los héroes de Homero; Eurípides, al contrario, estaba influido por los filósofos que pretendían sustituir la antigua mitología por un ideal ético que satisficiera más a la razón. Como sus célebres predecesores, Eurípides tomó los asuntos de sus tragedias de las antiguas leyendas heroicas, pero sus personajes no conservaron más que el nombre de los héroes homéricos. Despojándolos de su aureola, los ha presentado como hombres ordinarios llenos de flaquezas y, a veces, de mezquindad. El idealismo de Sófocles había sido capaz de imaginar héroes convincentes; Eurípides consiguió el mismo resultado tomando sus personajes de la vida. Se ha afirmado que Sófocles pintaba sus personajes como debieran ser, y Eurípides, como son. Éste situó a sus héroes y heroínas por encima del nivel medió, no por sus cualidades sobrehumanas, sino por la fuerza de sus pasiones, por sus *pathos*. Eurípides planteó en escena el amor y el odio. Sus héroes son reyes y reinas, pero su vida sentimental es común a la de todos los mortales.

La fuerza de Eurípides reside en su talento de psicólogo. Penetró en el corazón humano más hondo que sus predecesores; él mismo poseía un temperamento atormentado. La desarmonía de sus obras produce un efecto dramático más violento que la armoniosa poesía de Sófocles.

Eurípides es más realista que Esquilo y Sófocles, aunque sin dejar de mostrarse con frecuencia disidente. En las lenguas clásicas no hay protesta más enérgica contra los horrores de la guerra que su drama *Las troyanas*. Presente aquí la victoria griega en su dimensión real, incluyendo los sufrimientos de los vencidos. Para los espectadores, Agamenón no aparece ya como el "pastor del pueblo", sino como el hombre que acepta el sacrificio de su hija para rescatar a una mujer frívola y que, para satisfacer su venganza, provoca hecatombes.

La propensión a reflexionar sobre los problemas de su época valieron a Eurípides el título glorioso de "filósofo del teatro". Por eso sus tragedias son mucho más armoniosas que las de sus predecesores, y su composición no ofrece una unidad tan rígida. No obstante, introducir problemas y asuntos modernos en mitos antiguos es echar vino nuevo en odres viejos. Eurípides seguramente quiso sugerirnos que el hombre de la calle puede vivir una vida tan interesante como la de los héroes legendarios, los reyes y reinas de tiempos pasados.

Según palabras del profesor Van den Bruwaene, "Eurípides es a Esquilo y a Sófocles lo que Racine, por su corazón, y Moliere, por su amargura, son a Corneille y a Shakespeare".



Conjunto de edificios que constituyen el núcleo de la Acrópolis de Atenas, paradigma de ciudad antigua.

La Acrópolis de Atenas, vista aérea en la actualidad.
La Acrópolis, fortaleza, centro religioso y símbolo de Atenas.
De entre sus ruinas destaca el Partenón que con el Erecteion y los Propileos
forma uno de los complejos monumentales más famosos del mundo.

LAS GUERRAS FRATRICIDAS

LA "PAZ DE TREINTA AÑOS" QUE SÓLO DURÓ QUINCE

La llamada primera guerra del Peloponeso no fue más que el prólogo de lo que sucedería luego.

¿Quiénes iban a ser los responsables de esta nueva guerra fratricida y catastrófica? Atenienses y espartanos se la reprochaban mutuamente. Las apariencias acusaban a los espartanos, creadores de un Estado militar. Mas, como queda dicho, un Estado militar no presupone un estado belicoso. Esparta habíase organizado para su defensa, no para enviar expediciones a tierras extranjeras. Tenían un ejército poderoso al que mimaban, y no lo exponían más que en casos de extrema necesidad. Por lo demás, lo formaban pocos soldados y poseían menos dinero. El gobierno de Esparta tenía otra razón para temer la guerra: podían muy fácilmente desencadenarse rebeliones interiores; si daban armas a los ilotas y periecos, éstos se considerarían iguales a sus dominadores y podrían exigir participación en el gobierno.

A Esparta no le interesaba una guerra ofensiva. Otro era el caso de Corinto. Esta polis, miembro de la Liga del Peloponeso, difería de Esparta en casi todos los aspectos y tenía lo que faltaba a aquélla: flota y dinero. Además, esta ciudad ocupaba una situación estratégica muy favorable; su istmo unía Grecia del norte con el Peloponeso, dominaba tres rutas comerciales de primera importancia, dos en el mar y una por tierra, y su flota comercial y militar había sido la más poderosa de Grecia hasta las guerras médicas.

Sus artesanos exportaban por doquier productos muy solicitados. Corinto era el corazón del mundo en esta época: las más bellas y elegantes cortesanas de Grecia vivían allí con un lujo desenfrenado. En la acrópolis de Corinto destacaba un templo de esplendor casi oriental dedicado a Afrodita, a cuyo servicio estaban destinadas mil muchachas que atraían a Corinto a los marinos del mundo entero. La Afrodita adorada en este templo era Astarté, procedente de Fenicia, igual que la púrpura de Tiro. Píndaro canta con discreción a "las muchachas hospitalarias de la opulenta Corinto". De todos los países llegaba gente para sacrificar a Afrodita, y Lais, una bella perendenga a quien Aristófanes llamaba "la Circe de Corinto", tenía tanto oro que podía permitirse el lujo de erigir templos. Durante la guerra del Peloponeso aún era considerada una de las ciudades más opulentas del mundo. Una fiesta al estilo de Corinto, era para las demás ciudades griegas un lujo inaccesible y casi inimaginable.

Corinto era rival de Atenas en el mar, y el motivo de tal competencia era Sicilia. Además, los corintios deseaban el monopolio del tráfico en el mar Jónico, dejando a los atenienses sólo los mares Egeo y Negro.

La tensión entre ambas rivales no cesó de agravarse; al final, la hostilidad fue tal que cualquier roce bastaba para desencadenar la tierra.

Detalle importante para los corintios era ganar para su causa a Esparta y a la Liga del Peloponeso. Enviaron, pues, una delegación a Esparta a fin de exhortar a los lacedemonios, tan lentos para entrar en acción si no se les impulsaba. Queriendo provocar su amor propio, los embajadores hicieron comparaciones un tanto desagradables entre el ánimo decidido de los atenienses y la flema de Esparta. Los corintios plantearon un ultimátum para provocar el conflicto: si Esparta no quería tomar parte en una guerra contra Atenas, Corinto buscaría otros aliados, sobre todo Argos, la antigua rival de Esparta.

El asunto fue planteado ante la asamblea general de la Liga del Peloponeso, donde hablaron los tebanos movidos por su tradicional odio a los atenienses. La asamblea presentó, pues, a los atenienses una serie de humillantes exigencias, sobre todo el destierro de Pericles, "cargado de maldiciones". Evidentemente, ello no era más que pura comedia.

En ese crítico momento, Pericles demostró su talento de estadista. Con calma y dignidad explicó a los atenienses que se deshonrarían aceptando tales exigencias. Después, los enemigos propusieron con descaro la supresión de la Confederación de Delos, a lo que Pericles respondió que, según el tratado de 446, había que llevar el asunto ante un tribunal de arbitraje.

Los espartanos y sus aliados rechazaron esta solución jurídica. Cargaban con la responsabilidad del conflicto proclamando que los del Peloponeso querían liberar a los helenos de la tiranía ateniense. Hablando de "guerra de liberación" se ganaron a los miembros de la Confederación de Delos, que soportaban a regañadientes la hegemonía de Atenas. Los espartanos no obligaban a pagar tributo a sus aliados y este detalle los presentaba a los ojos de muchos como los "campeones de la libertad", opuestos al "despotismo" de Atenas. Hacía tiempo que los jonios habían olvidado lo hecho por Atenas en pro de su libertad. No veían más que una cosa: el dinero que les costaba conservarla.

En Atenas, la oposición perseguía el mismo fin que los enemigos de la ciudad: la proscripción de Pericles. Demagogos como el curtidor Cleón tomaron por su cuenta los ideales democráticos y se proclamaron sus paladines. Los adversarios de Pericles atacaron su vida privada y, fingiendo defender las buenas costumbres, acusaron a Aspasia de ser una hetaira. Pericles estaba en desacuerdo con sus dos hijos, que despilfarraban su patrimonio, y sus enemigos se pusieron de parte de los derrochadores.

Pero la gloria de Pericles era mucha y demasiado fuerte su personalidad. No pudiendo atacarle de frente, sus enemigos trataron de abatirle por medios tortuosos, arremetiendo contra sus partidarios y sus mejores amigos. Como el filósofo Anaxágoras era uno de éstos, se persuadió a un sacerdote para que le acusara de haber "atacado la religión sosteniendo opiniones heréticas sobre la naturaleza de los cuerpos celestes".

En efecto, Anaxágoras se había atrevido a decir que los rayos de Zeus herían tanto a los inocentes como a los culpables, e incluso a veces a los templos de los dioses. También se le reprochó el considerar al Sol como una roca ardiente mucho más grande que el Peloponeso. Tales opiniones le valían al filósofo la consideración de "impío".

Anaxágoras abandonó Atenas sin conmoverse. Señaló con calma que la naturaleza había dictado su fallo desde hacia tiempo sobre aquellos extremos. Volvió a su país natal, en Asia Menor, donde murió años después.

Los enemigos de Pericles lanzaron entonces contra Fidias ataques mucho más sensacionales que las acusaciones contra Anaxágoras. El genial artista, acusado de fraude en el oro y marfil empleados para su célebre estatua de Palas Atenea, fue encarcelado. No sabemos exactamente la sentencia final que se dictó, pero sin duda sus enemigos ganaron la causa. Parece que el gran artista murió en un calabozo. La condenación de Fidias daba pie a los calumniadores de Pericles para manchar la reputación del gran estadista, ya que éste era amigo de Fidias y la estatua de Palas había sido esculpida bajo su supervisión. Otros amigos de Pericles sufrieron acusaciones parecidas y siempre se mezclaba al "tirano" en cada asunto.

Aristófanes, célebre autor de comedias, fue quien asestó el golpe más sensible a Pericles: acusó a Aspasia de proxenetismo y de impiedad; se le censuró el albergar en su casa a mujeres ligeras, a quienes dio el nombre de las nueve musas para satisfacer el erotismo de su esposo. Pericles en persona defendió a su esposa ante el tribunal. Aspasia fue absuelta, pero la malicia hizo correr aquel proverbio, tantas veces repetido, de "cuando el río suena... piedras lleva". *Semper aliquid hacret,* que dirán los romanos más tarde.

El mundo egeo en vísperas de la Guerra del Peloponeso (431 adC)
Ciudad
Santuario panhelénico
Victoria ateniense
Victoria peloponense
Atenas y sus aliados
Esparta y la Liga del Peloponeso
Estados griegos neutrales
Imperio Persa
Reino de Macedonia
0
50
100 km
ILIRIA
EPIRO
MACEDONIA
TRACIA
REINO
ODRISA
PROPÓNTIDE
HELESPÓNTICA
FRIGIA
MISIA
IMPERIO PERSA
LIDIA
CARIA
TESALIA
ETOLIA
LÓCRIDA
FÓCIDA
BEOCIA
ÁTICA
ACAYA
ÉLIDE
ARCADIA
LACONIA
MAR JONIO
MAR EGEO
CÍCLADAS
DODECANESO
Epidamno
Apolonia
Corcira
Dodona
Ambracia
Pela
Metone
Egas
Olinto
Potidea
Mende
Escione
Toronea
Anfípolis (422)
Eyón
Estagira
Neápolis
Abdera
Tasos
Maronea
Enos
Egospótamos (405)
Lámpsaco
Sestos
Abidos
Eskepsis
Antandro
Adramition
Asos
Metimna
Pérgamo
Islas Arginusas (406)
Mitilene
Géneon
Cime
Focea
Sardes
Esmirna
Clazómenas
Colofón
Éfeso
Teos
Quíos
Eritras
Samos
Priene
Mileto
Yasos
Cedras
Caunos
Halicarnaso
Cnido
Yalisos
Camiros
Lindos
Bizancio
Calcedón
Astacos
Perinto
Proconeso
Cíos
Dascilio
Cícico(410)
Larisa
Pagasas
Feras
Calcis
Eretria
Delio (424)
Tebas
Platea
Atenas
Caristo
Delfos
Naupacto
Patras
Mégara
Corinto
Epidauro
Trecén
Argos
Elis
Olimpia
Mantinea (418)
Mesenia
Esparta
Pilos
Esfacteria (425)
Citera
Cidonia
Cnosos
Gortina
Itano
Corcira
Leucade
Itaca
Cefalonia
Zacinto
Eubea
Egina
Ceos
Andros
Tenos
Miconos
Siros
Delos
Paros
Naxos
Amorgos
Ios
Sikinos
Melos
Tera
Anafe
Astipalea
Nisiros
Telos
Rodas
Sime
Cos
Calimnos
Leros
Patmos
Icaros
Samos
Lesbos
Lemnos
Imbros
Tenedos
Samotracia
Halonesos
Esciatos
Icos
Peparetos
Esciros
Quios
Cítnos
Sérifos
Sifnos
Cárpatos
Casos
Creta

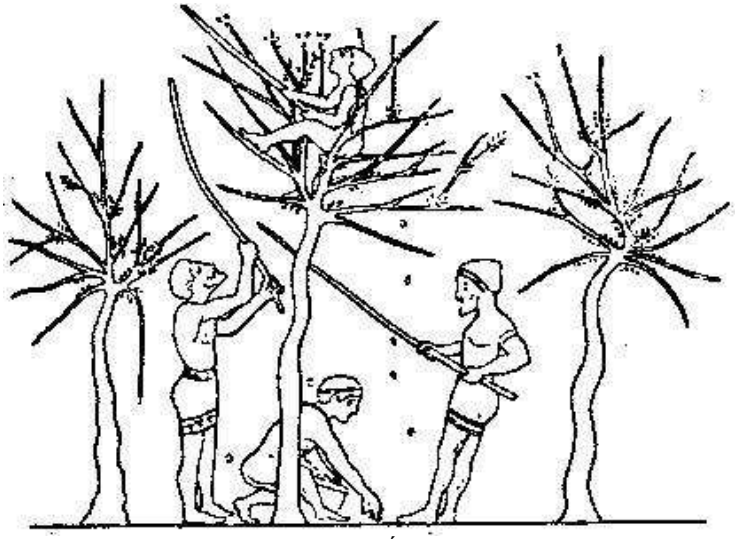
Nada fue capaz de apartar a Pericles del camino que se había trazado: conducir con firmeza la ciudad a la lucha decisiva. Los años de paz le habían permitido proteger a Atenas con unas defensas tan sólidas como nunca tuviera.

SEGUNDA GUERRA DEL PELOPONESO

Pericles, el Olímpico

La lucha estalló en 431, año que señala en Grecia el comienzo de un período de guerras continuas que agotarían a los Estados poco a poco hasta que un conquistador, el rey Filipo de Macedonia, les impusiera la paz.

Los espartanos invadieron el Ática y destruyeron parte de ella, pero no lograron obligar a los atenienses a entablar una batalla campal. Como Esparta poseía una superioridad absoluta por tierra, Pericles evitó a toda costa las operaciones terrestres. Convenció a los atenienses que abandonaran el Ática al enemigo. Los espartanos quemaron las casas, pero esto no tenía importancia catastrófica: sería fácil sustituir estas construcciones de madera y adobe. Tampoco la pérdida de las cosechas era irreparable para un pueblo de marinos que podía importar trigo de los países del mar Negro. La destrucción de las viñas y las higueras tendría más graves consecuencias. Pero donde más sufrió el Ática fue con la pérdida de los olivos.



La recolección de la aceituna. La principal riqueza del Ática eran sus milenarios olivos, y ésta fue la mayor pérdida que experimentaron con la invasión de los espartanos.

Su bienestar dependía sobre todo de la producción de aceite de oliva y los olivos no eran productivos más que al cabo de quince años, con cosechas óptimas a los cuarenta o sesenta, constituyendo en aquel tiempo la riqueza del campesino ático.

Pericles quería compensar las pérdidas sufridas aprovechando la supremacía naval de los atenienses. Saquearía las costas enemigas y ocuparía sus puertos más importantes. Además, como los atenienses disponían de grandes reservas financieras, conseguirían agotar al enemigo manteniéndose a la defensiva en tierra y llevando la ofensiva en el mar.

Por su parte, los espartanos querían acabar la guerra cuanto antes por varias razones; su debilidad económica, sobre todo. La Liga del Peloponeso no poseía un tesoro común como la de Delos, ni sus miembros pagaban tributo alguno. Además, eran incapaces de reunir contribuciones importantes, pues los campesinos de Laconia, Arcadia y otras regiones agrícolas no disponían de dinero en efectivo.

El primer año de la guerra se desarrolló según las previsiones de Pericles. Consiguió mantener en tierra su estrategia defensiva, mientras la flota ateniense operaba a lo largo del litoral enemigo con éxito. Los del Peloponeso saquearon el Ática durante un mes; después faltaron los víveres y los diferentes contingentes regresaron a sus países respectivos. No se atrevieron a atacar las sólidas murallas de Atenas, y la población del Ática, que había buscado refugio en los muros de la ciudad, pudo volver a sus campos a la primavera siguiente.

Al terminar este primer año de guerra se celebraron solemnes funerales por los atenienses caídos en el campo de batalla; Pericles pronunció entonces un discurso conmovedor y brioso a la vez, evocando la memoria de los héroes. "Comenzaré por nuestros antepasados, pues es un deber rendirles honor, y más en la ocasión presente. Ellos habitaron este país a través de ininterrumpidas generaciones y lo hicieron independiente con su esfuerzo; nos trasmitieron un país libre tal como lo hemos conservado hasta hoy."

Pericles fue mencionando, una tras otra, todas las ventajas que entrañaba el derecho ateniense sobre el espartano. "Diferimos de nuestros enemigos por nuestros métodos y nuestra disciplina militar. Entre nosotros, el Estado está abierto a todos y nunca expulsamos a los extranjeros para impedir que el enemigo conozca nuestros secretos, pues nuestra fuerza no radica en secretos de Estado, laboriosos preparativos o tácticas militares, sino en el valor personal de nuestros ciudadanos en el campo de batalla. Nuestros adversarios, por el contrario, se preparan para el combate desde su más tierna juventud y soportan las pruebas más largas y penosas, pero no afrontan los peligros con más ánimo que nosotros, a quienes nos acusan de llevar una vida demasiado fácil. Preferimos llevar al combate un valor innato antes que impuesto y preferimos lo que ellos llaman 'frivolidad' al rigor de su entrenamiento. Ello nos reporta una ventaja: no tenemos que preocuparnos de los sufrimientos que soportaremos más tarde. Y, sin embargo, no mostramos menos valor ante el peligro que aquellos que no cesan de prepararse para él." Y terminó con estas palabras: "Felices aquellos que conocen el fin más noble, como los difuntos que honramos, y felices los que conocen el luto más noble también, como vosotros todos que me escucháis".

El segundo año de guerra tampoco fue favorable para los atenienses. Fueron afligidos por una terrible e imprevista catástrofe: se declaró la peste en la ciudad. Los buques mercantes que venían de Oriente trajeron la enfermedad, y como los refugiados eran muchos, el azote hizo verdaderos estragos, habiéndose dado los primeros casos en El Pireo, corrió el rumor que el enemigo había envenenado las reservas de agua. En aquel entonces, El Pireo aún no tenia acueductos de agua potable, a pesar que Atenas estaba instalada desde el tiempo de los pisistrátidas. El agua de lluvia recogida era, naturalmente, más fácil que se corrompiera que el agua de conducción.

Los enfermos se sentían acometidos de súbito por una fiebre que les atacaba la cabeza y los ojos, en donde se agolpaba la sangre, se extendía luego por todo el cuerpo y les hacía hipersensibles, sin poder soportar ropa alguna. Además, eran presa de una sed insaciable, terribles vómitos e insomnio permanente. La piel se les enrojecía y ulceraba.

Los refugiados del campo fueron los más castigados, pues se amontonaban en templos y barracas. Al caminar se tropezaba con cadáveres de gente muerta en las calles.

Los apestados se congregaban en las fuentes para apaciguar su sed. El pueblo entero temblaba de pavor, que la angustia trocaba a veces por un deseo desenfrenado de placeres. Nadie sabía cuántos días le quedaban de vida: "comamos, bebamos y divirtámonos, que mañana moriremos". La peste azotó el Ática durante dos años, luego desapareció y dos años después rebrotó. Murió la cuarta parte, quizás la tercera, de la población.

Si los espartanos hubiesen aprovechado la peste para atacar a fondo, Atenas se hubiera visto perdida. El resultado no ofrecía dudas. Pero Esparta retrocedió ante el peligro de contagio y porque la peste le facilitaba lo que estaba esperando. Angustiados los atenienses

enviaron, contra la voluntad de Pericles, una embajada a Esparta para pedir la paz. Pero el enemigo propuso condiciones tan duras, que fue preciso continuar la guerra.

Entonces, el pueblo empezó a buscar una víctima expiatoria y ésta fue Pericles. Hasta entonces, sus extraordinarias dotes de jefe le habían permitido evitar un levantamiento de la gente hacinada en la ciudad, pero sus adversarios vieron que se acercaba su última hora y le atribuyeron la responsabilidad de la peste. ¿No era él quien había iniciado la guerra y concentrado aquella multitud en los estrechos límites de la urbe?

Los atenienses obligaron a Pericles, pues, a rendir cuentas. Y aunque pudo justificar todos sus actos, tuvo que pagar una cuantiosa multa —cincuenta talentos— y de hecho fue relevado en sus funciones de estratego. Sin embargo, una vez depuesto, la situación no cesó de empeorar y el pueblo, siempre versátil, anheló de nuevo la mano firme de Pericles y le volvió a llamar. No por mucho tiempo, pues murió de la peste después de ver perecer a sus dos hijos, a sus hermanas y a muchos parientes y amigos. Durante su agonía, los amigos reunidos a su cabecera le creyeron muerto y se pusieron a hablar de él. Deploraban su pérdida, irreparable para Atenas, y comentaban sus brillantes actuaciones; entonces, el moribundo, que lo había oído, dijo: "Me alabáis por cosas que dependen sólo del destino, pero olvidáis el mejor acto que haya realizado en mi vida: ningún ateniense tuvo que vestir de luto por mi culpa".

Pericles podía vanagloriarse con justicia de no haberse vengado jamás de los ataques traidores de sus enemigos. Nobleza y humanidad, los rasgos más sobresalientes de su carácter, lo situaban por encima de sus contemporáneos, crueles y ávidos de venganza.

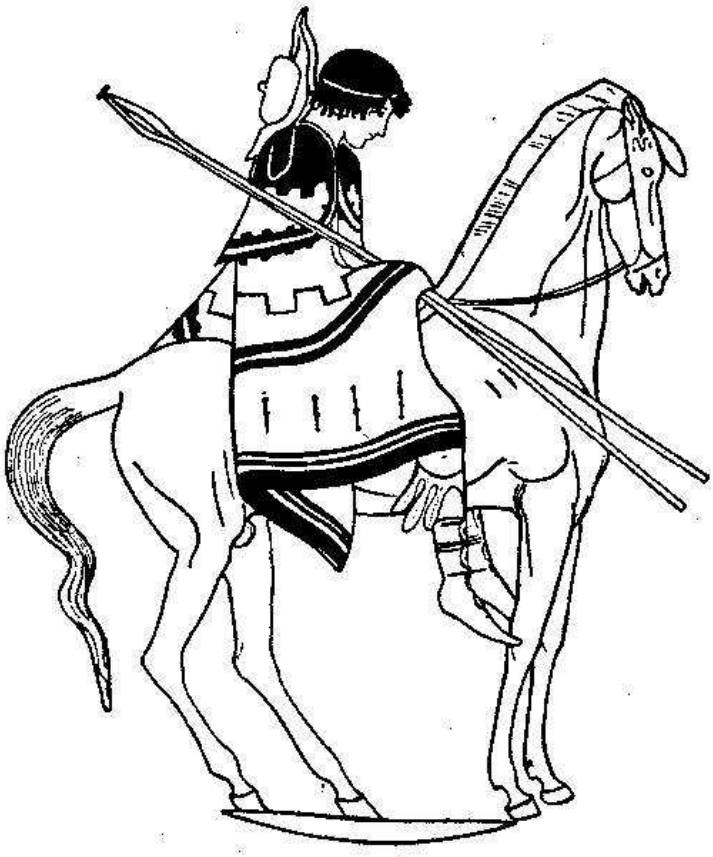
El demagogo Cleón

Durante cuarenta años, Pericles gobernó la democracia ateniense casi como un monarca. Nunca fue confinado al ostracismo y murió a los setenta años investido con la autoridad suprema. El hecho es único en la historia de Grecia.

La pérdida del gran estadista cuando Atenas tenía más necesidad de él, fue incalculable. De hecho, la muerte de Pericles señala el comienzo de una larga anarquía, interrumpida sólo durante los años en que algún demagogo escalaba el poder.

Los jefes políticos que rigieron el país después de la muerte de Pericles no tenían la talla de su predecesor. Pericles había gobernado al pueblo apelando a los mejores sentimientos de los atenienses, los elevó a su adecuado nivel impulsándolos a acciones generosas. Se hubieran avergonzado de mostrar sus flaquezas ante un hombre de tal dignidad. Pero los jefes que le sucedieron era gente de segunda fila.

Sin las cualidades de Pericles para mantenerse en el poder, tuvieron que emplear otros medios: halagaron los más bajos instintos del pueblo para ganar sus simpatías. Así fue como político (*hos demagógo*: guía del pueblo) pasó a ser sinónimo de demagogo en la acepción peyorativa de politiquero o "demagogo". Seducían al pueblo en lugar de conducirle. De cualquier partido que fueran, "mostraban gran habilidad en adornar sus empresas con bellos y pomposos nombres", según frase de Tucídides, el historiador de la guerra del Peloponeso. Los demócratas pretendían anteponer "la igualdad de todos ante la ley", mientras que la divisa de los oligarcas era "un gobierno moderado que agrupe a los mejores de la ciudad". Y ambos partidos tenían, desde luego, un solo objetivo: "El bienestar de todo el Estado".



Un jinete. Su indumentaria consistía en botas altas de montar, amplia capa y un sombrero de alas anchas. Este sombrero "de camino", a menudo usado por Hermes, indicaba disposición a emprender un largo viaje.

El hombre que consiguió atraerse el favor, popular fue Cleón, tosco curtidor, pero enérgico y duro. Según cuenta Tucídides, prefería hombres incultos, antes que espíritus preparados para regir ciudades. Su habilidad para gobernar un Estado se puso de manifiesto el día en que Atenas consiguió cambiar la situación gracias a un éxito de su armada.

Los atenienses habían logrado adueñarse de Pilos, el mejor puerto del Peloponeso, en la costa occidental de Mesenia. Su flota bloqueó a muchos centenares de óptimos soldados espartanos en la isla Esfacteria. Con ello se infería un grave golpe al enemigo, no sólo porque los espartanos corrían peligro de perder un material humano irreparable, el tercio de sus hoplitas, sino también porque un desembarco allí hería a los espartanos en su punto más sensible. Desde Pilos era posible alentar la sublevación de los mesenios e ilotas de Laconia. Entonces fueron los espartanos quienes propusieron la paz y solicitaron un pacto, prueba que juzgaban crítica su situación.

Ello probaba también el excelente plan de operaciones concebido por el finado Pericles. En aquel momento, paz y unión hubieran podido cancelar la guerra fratricida. ¡Lástima que esta gran oportunidad no se le ofreciera a Pericles el Olímpico, sino a Cleón el Curtidor! Engreído por el orgullo y la suficiencia, puso condiciones inaceptables e injurió a los enviados de Esparta. Desperdició una excelente ocasión de negociar.

Los demócratas atenienses tenían razones muy concretas para continuar las hostilidades. El ciudadano que participaba en los trabajos de la asamblea popular en calidad de jurado, percibía una asignación diaria. La pobreza no debía ser obstáculo para, que los ciudadanos del Ática dejaran de ayudar al Estado con sus consejos y votar en la asamblea. El Estado bien podía dar una asignación diaria, haciendo los esclavos todo el trabajo y pagando tributo los aliados de Atenas. La mayoría de los ciudadanos atenienses se iba acostumbrando a depender económicamente de las arcas de la Confederación; por consiguiente había que evitar a toda

costa que Atenas perdiera su poder y que las arcas se agotaran. Tal solución sugirieron los demócratas.

Los atenienses pronto se vieron decepcionados. Ajustar cuentas a los espartanos de Esfacteria no era tan fácil como ellos creían al principio; en esa isla escarpada, casi inaccesible, los hoplitas cercados eran apoyados por sus compatriotas.

En efecto, el gobierno de Esparta ofreció grandes recompensas a quienes abasteciesen de víveres a los defensores de Esfacteria; de esa forma, incluso un ilota podía conseguir su libertad. Muchos ilotas probaron suerte, remando durante la noche hasta la isla en pequeñas embarcaciones; otros, llegaron a nado llevando víveres en sacos de cuero.

El problema se eternizaba y los atenienses empezaron a cansarse. Los temporales de invierno se acercaban y les impedían abastecer la flota que rodeaba la isla. Cleón sintió soplar el viento en contra suya, perdió la paciencia y desde la tribuna empezó a lanzar invectivas contra los comandantes de la flota: ¿qué clase de guerreros eran estos marinos, incapaces de apoderarse de un puñado de hombres cercados en una isla casi desierta? Si él tuviera el mando, tomaría Esfacteria con un golpe de mano.

"¡Hazlo, pues!", replicó un general. En seguida, el pueblo exigió unánime que Cleón se apoderase de Esfacteria. Y aunque nunca dirigiera la menor operación militar, tomó el mando y prometió que, en tres semanas, traería a los espartanos prisioneros o los mataría en la isla.

Así es como Tucídides describe el comportamiento del "curtidor convertido en almirante". Las cosas no ocurrieron, sin embargo, de forma tan dramática. Quizás Cleón conocía la situación de Esfacteria mucho mejor de lo que Tucídides pretende hacernos creer. Sea como fuere, su carrera militar comenzó con mucha suerte: tomó Esfacteria y capturó a los espartanos supervivientes, todo ello en el plazo fijado.

Esta victoria causó gran sensación en Grecia. Los atenienses nunca hubieran imaginado que los espartanos se dejarían prender vivos y entregaran las armas.

Esparta absorbió el golpe e hizo nuevas proposiciones de paz. Los embajadores espartanos recordaron a los atenienses que la fortuna es caprichosa, que lo que sucedía a sus enemigos podría ocurrirles a ellos algún día.

Pero en Atenas la veleta giraba en favor de los partidarios de la guerra. Llegó el momento de jugar la baza decisiva que Pericles, demasiado prudente, había siempre diferido. Los que habían combatido al estratego difunto obraban ahora a su capricho, cometiendo error tras error. Una derrota les demostraría su estrechez de miras. Los espartanos se reanimaron. Su jefe Brásidas, competente y valeroso, ocupó las costas de Tracia, donde Atenas tenía aliados, con la esperanza de provocar la defección de éstos. En un alarde de diplomacia y amabilidad, invitó a sacudir el "yugo" ateniense a las ciudades de la Liga Ática y muy pronto la mayoría de las urbes tracias abandonaban la Confederación de Delos.

A los atenienses les dolió mucho la deserción. Demasiado tarde vieron el error cometido al rechazar por segunda vez las proposiciones espartanas. El pueblo empezó a dudar seriamente de la sagacidad y dotes políticas de Cleón, que se proponía recuperar las tierras de Tracia, para conservar el poder.

Hoplitas y caballería atenienses eran excelentes soldados, pero carecían de lo que poseían los espartanos: la confianza en su jefe. Cleón, militar ocasional, despreciaba a los verdaderos soldados y ¡tenía que enfrentarse con un estratego de la talla de Brásidas! Éste entabló el combate decisivo cuando Cleón no sospechaba el menor peligro, e inexperto en la dirección de las tropas, el ex curtidor sólo pensó en la retirada. Fue una derrota aplastante. Brásidas cayó al primer encuentro; Cleón, herido también, murió mientras buscaba su salvación en la huida. Al menos, eso cuenta Tucídides.

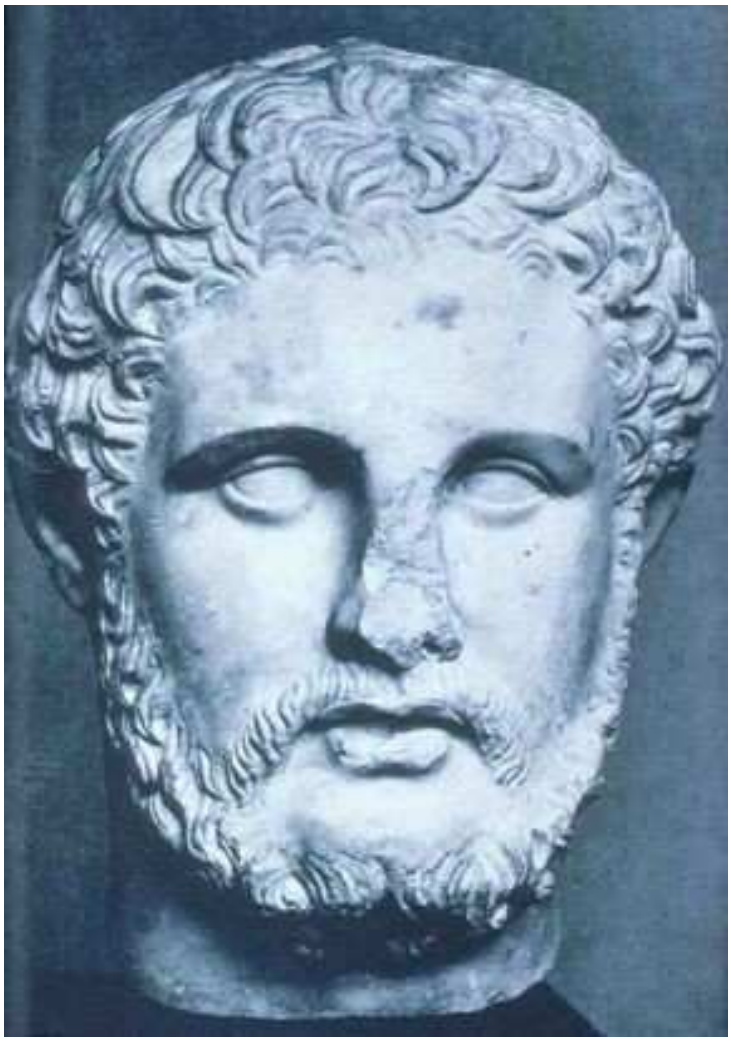
La muerte de Cleón fue tan beneficiosa para Atenas como desastrosa fue la de Brásidas para Esparta.

Su desaparición abrió paso a las negociaciones y se firmó una paz de cincuenta años en 421. En líneas generales, se volvió a la situación de anteguerra. Atenas, siguiendo el plan de Pericles al comenzar las hostilidades, había experimentado graves pérdidas, los fondos de guerra estaban casi exhaustos, el Ática era casi un desierto y, merced a la guerra y la peste, había decrecido considerablemente la población. Pero el poder naval de Atenas seguía intacto, mientras que el prestigio militar de Esparta estaba de baja tras la capitulación de Esfactería.

Parece extraño que Esparta prefiriese un acuerdo con Atenas, sobre todo después de una derrota tan evidente para esta última. Pero es que necesitaba a toda costa recuperar cuanto antes a sus combatientes capturados en Esfacteria; prefería estas tropas escogidas a una expansión territorial. También anhelaba la paz para poder cultivar sus tierras, abandonadas tanto tiempo a causa de la guerra. Por último, Esparta tenía un tercer motivo para mostrarse acomodaticia: preparaba una guerra contra Argos. Amén que la situación se complicaba con dificultades internas en la Liga del Peloponeso, pues los aliados reprochaban a Esparta su escasa preocupación por los intereses comunes y exigían con energía una política peloponésica. Sobre todo Corinto y Tebas expresaban esta opinión con iracundia.

TERCERA GUERRA DEL PELOPONESO

La tregua que siguió a la segunda guerra del Peloponeso fue aún más corta que la anterior. Se juró solemnemente observar una paz de cincuenta años, pero, como dice Esquilo refiriéndose a los griegos, "no es el juramento lo que garantiza al hombre, sino el hombre el que garantiza al juramento". Y Corinto y Tebas nunca quisieron reconocer la paz.



Alcibíades

Alcibíades

Alcibíades reemprendió la guerra entre Atenas y Esparta. Joven ateniense de alta alcurnia y gran talento, después de la muerte de Cleón fue durante algún tiempo el favorito del pueblo y se aprovechó de ello para satisfacer su ambición desmesurada. Fue una desgracia para Atenas que apareciese semejante hombre en su firmamento político cuando tenía tarita necesidad de paz.

Alcibíades era de la familia de los Alcménides —parientes de Clístenes, Milcíades y Pericles— y discípulo de Sócrates, siendo muy estimado por aquel gran estadista y por este gran filósofo. Simpatizaban con este muchacho de pasiones desbocadas y loca arrogancia, pero encantador e irresistible cuando se lo proponía. Alcibíades era el preferido de Atenas y se imitaban su porte, sus gestos y expresiones. Era el árbitro de la elegancia ateniense y su ceceo en el hablar le servía para ser más admirado todavía. Todo e1 pueblo rivalizaba por mimarle y sus excesos, aventuras amorosas y prodigalidades sobrepasaban todos los límites. Los atenienses mimaron así a un "leoncito" que luego no pudieron domar.

Sócrates fue el único que quiso poner orden en el cerebro de aquel joven alocado: sin él, Alcibíades se habría anulado con sus vicios. Su amistad databa de la guerra. Alcibíades, que entonces sólo tenía veinte años, se había cubierto de gloria, luchando en primera línea. Gravemente herido, Sócrates le salvó la vida. (Ocho años más tarde, Alcibíades pudo devolverle el mismo favor.)

Sócrates tenía gran ascendiente sobre su joven amigo, pero al fin se pelearon. Al principio no fueron más que pequeños disgustos, pues Alcibíades se reconciliaba con el amigo que le trataba como a un hijo. Sócrates observaba que sus esfuerzos por educar a Alcibíades no daban resultado. Parecía imposible inculcar en semejante egoísta algunas nociones sobre los deberes hacia el Estado y sus conciudadanos. Alcibíades acabó por cansarse de quien sólo le reprochaba defectos y rompió toda relación con Sócrates.

Sócrates apartando a Alcibíades de los brazos del placer sensual.
Jean-Baptiste Regnault (1791).

No iba con el carácter de Alcibíades el preocuparse de principios políticos, como tampoco le importaba pertenecer a un partido o a otro; sólo deseaba satisfacer su ambición. Por fin, resolvió dárselas de demócrata y convertirse en el primer hombre de Grecia, cosa que difícilmente conseguiría antes de que Atenas impusiera su hegemonía a todo el mundo griego.

Un conflicto surgido entre varias ciudades de Sicilia ofreció a Atenas la ocasión de imponer su autoridad. Algunas urbes le pidieron ayuda contra Siracusa, que quería dominar toda la isla. El dominio de ésta representaba un peligro para Atenas, ya que Siracusa era una colonia doria y cualquier incremento de su poderío significaría una ventaja para Esparta.

Alcibíades concibió un plan de invasión de la isla; parece incluso que pensó convertirla en base de operaciones de los griegos contra sus antiguos enemigos los cartagineses. De esa forma, y dirigidos por Atenas, se unirían todos los griegos del mundo en un solo Estado, dueño del Mediterráneo.

Pocos atenienses imaginaban lo grande que era Sicilia y lo densamente poblada que estaba, y así Alcibíades logró con facilidad que la asamblea del pueblo aprobara sus proyectos y le confiriera el mando. Adivinos y augures anunciaban el favor de los dioses; ricos y pobres, jóvenes y ancianos, acariciaban ilusiones insensatas. Todos los hombres en edad militar querían tomar parte en la empresa y conseguir rico botín. Ya habían olvidado la miseria de los últimos años de guerra, y aun la peste.

En la primavera de 415 la flota estaba dispuesta para zarpar, pero surgió un acontecimiento que tendría graves consecuencias. Una mañana, todas las columnas de Hermes aparecieron mutiladas, Se trataba de unos pilares de piedra con la Cabeza de Hermes barbudo dispuestas en las calles y plazas, delante de templos y casas. La confusión y el pánico se apoderaron del pueblo ante semejante sacrilegio.

Los griegos querían que los dioses fueran venerados, pues de ello dependía su prosperidad y su propia existencia. Cierto que, a veces, los jóvenes se desmandaban tras una noche de orgía y deterioraban alguna imagen, pero ¡una profanación semejante sobrepasaba todos los límites!

Alguien tuvo que organizarlo y llevarlo a cabo con pleno conocimiento de causa: se había ofendido al dios del comercio y de los viajes, al protector de todas las rutas que salían de Atenas o confluían hacia ella. Un sacrilegio contra las estatuas de Hermes era el peor presagio en el momento de lanzarse a una expedición hacia Sicilia. Se trataba, sin duda, de una conspiración contra la misma y contra la libertad del pueblo ateniense. La asamblea popular prometió de inmediato una crecida recompensa a quien entregara a los culpables, y constituyó una comisión investigadora.

Aunque no había pruebas convincentes de ello, las sospechas recayeron sobre Alcibíades, quien poco antes, en un festín, habíase burlado de los dioses. Lo negó, desde luego, y se declaró dispuesto a someterse en el acto a una investigación judicial. "Si soy culpable, dadme muerte antes de enviarme lejos, al frente de un ejército tan poderoso, sin haberme librado de esta acusación." Pero sus adversarios, que temían su popularidad y su ascendiente entre los atenienses, preferían que partiera lo antes posible. Su ausencia les permitiría reunir cargos contra él y perderle ante la opinión pública. Acordaron aplazar las pesquisas hasta el retorno de la expedición.

La imponente flota —134 navíos y 32.000 hombres— levó anclas rumbo a Sicilia. Jamás una sola ciudad helena había emprendido una expedición tan imponente y mejor equipada hacia destino tan lejano.

La expedición a Sicilia

En Sicilia todo el mundo comprendió que una flota de aquella importancia y transportando todo un ejército de tierra, no venía sólo a ofrecer ayuda. Los "salvadores", por tanto, fueron acogidos sin entusiasmo.

Ante todo, debían someter a Siracusa, pero antes que la flota pudiera iniciar la menor operación, Alcibíades fue llamado a Atenas para responder de una acusación de sacrilegio.

Alcibíades fingió obedecer y volvió en su mismo barco. Pero desembarcó en un lugar de la costa meridional de Italia —precisamente donde antaño estuvo Síbaris— y desapareció, dejando que el navío volviera sin él a Atenas. El fugitivo fue condenado a muerte en rebeldía y se le confiscaron los bienes. Cuando conoció el veredicto, replicó: "Voy a demostrar a los atenienses que aún estoy con vida". Huyó a Esparta y se puso al servicio del enemigo tradicional. No tuvo escrúpulos en revelara los espartanos los puntos flacos de su país. Alcibíades, el niño mimado de Atenas, se convertía en traidor a la patria.

En Esparta dio pruebas de su capacidad de adaptación. El antiguo libertino y hombre de placeres refinados, llegó a ser un espartano duro y sobrio que comía la sopa negra sin pestañear.

Destituido Alcibíades de sus funciones, los atenienses sufrieron una serie de reveses en Sicilia y otras partes. Siguiendo el consejo de aquél, los espartanos lanzaron dos fuertes ataques contra las posiciones atenienses. Primero, enviaron a su excelente general Gilipo y algunos navíos en ayuda de Siracusa; después, infligieron a los atenienses un golpe más

sensible. En réplica a su ofensiva al litoral de Laconia, los espartanos acamparon en un punto estratégico del norte del Ática indicado por Alcibíades, impidiendo en parte el suministro a los atenienses y que las tribus aliadas llegaran a Atenas. Por último, los atenienses tuvieron que abandonar las minas de plata del Ática, a cuyo recurso contribuía en gran medida a sufragar los gastos de la guerra. Las consecuencias de ello se dejaron sentir muy pronto en forma de una peligrosa crisis económica y financiera. A partir de entonces la desgracia pareció cebarse en todas las empresas atenienses. Sus tropas fueron derrotadas en Sicilia, y la flota, bloqueada en el puerto de Siracusa, agotóse al pretender romper el cerco. La catástrofe parecía inevitable. El ejército ateniense se retiró a las regiones desérticas de la isla y luego hacia el sur, confiando en encontrar un Estado amigo. Retirada lastimosa la de estos hombres otrora convencidos de su invencibilidad. Las quejas de los enfermos y heridos encogían el ánimo, y los demás, hambrientos y muertos de sed, eran acosados por el enemigo. Pronto el ejército perdió la moral y rindió las armas. Los supervivientes del soberbio ejército fueron encerrados durante 70 días en las canteras de Siracusa, padeciendo hambre y sed en medio de una suciedad y miseria indescriptibles. Muchos perecieron, otros fueron vendidos como esclavos, pocos regresaron a sus hogares. Los jefes fueron asesinados por los siracusanos: Gilipo, que quería exhibirlos en Esparta, en vano trató de salvarles la vida.

La gruta Cordari, en la latomía del Paraíso, cerca de Siracusa. En ésta y otras profundas cuevas abandonadas, fueron abandonados y dejados morir los soldados atenienses

Así, la expedición a Sicilia terminó con una auténtica catástrofe (413 antes de Cristo). Atenas y sus aliados habían perdido más de cien navíos y treinta mil hombres; las arcas del Estado estaban vacías y agotadas todas las fuentes de recursos. Perdida la reputación de invencible que ganara en Salamina, la supremacía naval de Atenas recibía un golpe decisivo. Los sueños de dominio mundial que los atenienses habían acariciado durante algún tiempo, se desvanecieron. En adelante ya no se trataba de extender la autoridad de Atenas, sino de salvar su existencia.

El enemigo se asentaba sólidamente en el corazón del Ática y dominaba las rutas que conducían a la capital a la vez que saqueaba e incendiaba los campos. La inseguridad que reinaba en el Ática y la carencia de víveres llevaba multitudes de refugiados hacia la ciudad, cada vez más numerosos. Allí, los hombres en edad militar montaban guardia sobre las murallas día tras día y año tras año, movilización perjudicial para la producción y la economía. A1 mismo tiempo, los atenienses veían disminuir su comercio de ultramar y empezaban a escasear los productos de primera necesidad.

La guerra de Jonia

La derrota de Sicilia dejóse sentir hasta en Asia Menor. Por culpa de los atenienses, el rey de reyes ya no se sentía obligado por la paz de 448; aquellos la habían violado al pretender la conquista mundial y apoyar a un sátrapa sublevado. Cuando Darío II supo la derrota de los atenienses en Sicilia, ordenó a los sátrapas de las regiones occidentales del Asia Menor que exigieran otra vez tributo a las ciudades jónicas. Para mantenerlos a raya, los sátrapas entablaron negociaciones con los espartanos. La Liga del Peloponeso acababa de botar una flota poderosa y, tratándose de perjudicar a los atenienses, los espartanos no tuvieron escrúpulos en sacrificar a sus compatriotas de Jonia. Aconsejados por Alcibíades, pusieron sus navíos de guerra a disposición de los persas a cambio de dinero en efectivo. Atenas tendría que sostener una guerra en tres frentes y combatir tanto a sus enemigos como a sus amigos decepcionados. Aunque se dé a este conflicto el nombre de jónico, de hecho se trataba de una tercera guerra del Peloponeso, cuyo centro de gravedad se había desplazado al Asia Menor.

Los atenienses hicieron frente a esta nueva coalición con un valor admirable, mientras que la desunión cundió muy pronto en el campo adversario. Los espartanos tuvieron conflictos con Alcibíades, que se atrajo, desde luego, muchas enemistades. Su enemigo más encarnizado era el rey Agis, a cuya esposa había seducido Alcibíades cuando aquél se encontraba en la guerra y además se jactaba de ello. No le había movido la belleza de la reina, decía, sino el deseo de ver reinar en Esparta a un bastardo suyo. Decididos los espartanos a matar a huésped tan embarazoso, Alcibíades sospechó o supo lo que se tramaba y se refugió en Sardes, junto al sátrapa Tisafernes.

En rápido viraje, el sobrio espartano se transformó en un suntuoso oriental. Alcibíades dio muestras de trato exquisito, apareció como un hombre encantador y consiguió el favor del déspota. Luego, se sirvió de él para preparar su reconciliación con los atenienses y vengarse de los espartanos.

En Sardes, Alcibíades hizo cuanto pudo para salvar a Atenas y atraerse la amistad de sus compatriotas. Para convencer a Tisafernes, revistió su política con disfraz oriental. Recurrió a su irresistible elocuencia. Era perjudicial, a los intereses persas, decía, acabar pronto la guerra; era preferible y menos costoso dejar que los helenos se aniquilaran entre sí ayudando alternativamente a unos y a otros, por el momento, los espartanos eran los más fuertes, y así no debían ayudarles demasiado.

El sátrapa escuchó los consejos de Alcibíades. Redujo el sueldo a los marinos espartanos y lo repartió con irregularidad; además, dejó que la flota del Peloponeso se desmoralizara tras largos meses de inactividad. Las dotaciones perdieron el espíritu combativo, comenzaron a murmurar y el descontento se convirtió muy pronto en desconfianza hacia sus jefes y hacia Tisafernes.

Los atenienses lograron así un alivio y un tiempo precioso para reorganizar sus fuerzas. Alcibíades, creyendo llegado el momento de dar una prueba mayor de su patriotismo, entró directamente en relación con los jefes de la flota ática, y les prometió atraer a Tisafernes al rey de reyes a la causa de Atenas si ésta anulaba su sentencia y le abría las fronteras.

Alcibíades conservaba aún sus mágicas cualidades; además, el momento estaba bien escogido. Por propia iniciativa, los soldados lo proclamaron jefe. Bajo su mando, o gracias a sus intervenciones diplomáticas; la flota ática consiguió una victoria tras otra y obligó a los espartanos a pedir la paz. Pero el personaje más influyente entonces en Atenas era otro demagogo tan inepto para la política y la estrategia como su predecesor Cleón. Se llamaba Cleofón, fabricante no de cuero, sino de instrumentos musicales. Fue también tan necio y soberbio que rechazó condiciones de paz favorables a Atenas. Cleofón, como Cleón anteriormente, era un ardiente demócrata, odiaba a Esparta con toda su alma y suspiraba por su destrucción total. La masa popular se hallaba persuadida que Atenas, con Alcibíades al frente de su ejército, podría llevar a cabo estas ambiciones.

A1 principio, la suerte de las armas pareció dar la razón a Cleofón y a los suyos: Alcibíades consiguió nuevas victorias y reconquistó territorios importantes. En 408, regresó a la ciudad que lo condenara siete años antes; la población lo recibió en triunfo, llamándolo "salvador de la Patria". Olvidando todo el daño que había hecho al país, los atenienses lo nombraron comandante supremo de las fuerzas de mar y tierra y le confiaron la dirección del Estado. Ningún ateniense, a excepción de Pericles había sido nunca investido de tan amplia autoridad. Alcibíades permaneció algunos meses en Atenas gozando de las aclamaciones populares y de su ilimitado poder. Pero durante este tiempo la situación cambió en el este. Los espartanos habían enviado una embajada a Susa para explicar al rey de reyes que toda victoria de Esparta redundaría en favor de los intereses persas y que al contrario de Atenas, ellos reconocían gustosamente la dominación persa en Asia Menor. Los embajadores espartanos convencieron a Darío II.

La caída de Atenas

Así planteada la situación, el resultado de la guerra era ya indudable. Los espartanos confiaron el mando de sus tropas al excelente estratego Lisandro. Además, su ambición no cedía en nada a la de su adversario. El afán de poder era la única pasión de Lisandro; frío, astuto y ambicioso como su adversario, era el único político de categoría que había tenido Esparta. Todos los medios le parecían buenos para lograr los objetivos que se proponía, incluso la corrupción, el engaño, la opresión o el perjurio. “Cuando la piel de león no es bastante grande, se puede añadir una piel de zorro”, solía decir. Con ello aludía a Hércules, del que pretendía descender, y a la piel del león de Nemea.

El duelo entre Alcibíades y Lisandro, en Asia Menor, fue el último acto de la guerra y el más espectacular. Lisandro no cayó en el lazo que le tendía Alcibíades al ofrecerle una batalla naval. Trocada la política de Darío II, los espartanos disponían de sueldos tan elevados que podían permitirse el lujo de esperar y dejar que los atenienses agotaran sus reservas.

Alcibíades se vio precisado a buscar fondos y suministros para sus tropas. Condujo, pues, parte de su flota a lo largo del litoral del Asia Menor para saquear las ciudades desertoras del campo ateniense y aprovechar el tiempo útilmente. Confió el resto de la flota a un subordinado, prohibiéndole luchar contra el enemigo cuando fuese éste superior en número. Pero el subalterno fue engañado por Lisandro, aceptó el combate y sufrió un descalabro en **Notión**. La sangre fría espartana había triunfado del nerviosismo ateniense.

Alcibíades hubiera podido reparar sin dificultad esta pérdida, de llevar a cabo las operaciones como él pensaba, pero este único desastre permitió a sus enemigos de Atenas adueñarse del poder, ya que su autoridad sólo se basaba en su reputación de invencible. Los atenienses no creían que algo fuera imposible a Alcibíades; si no alcanzaba la victoria era porque no deseaba vencer y, por tanto, era un traidor comprado por el enemigo para destruir Atenas. En la ciudad se decía que Alcibíades abusaba de su mando, divirtiéndose con

borrachos y hetairas y que se había hecho construir un palacio en Tracia, porque no le gustaba vivir en su patria: acusaciones verosímiles, recordados los antecedentes de Alcibíades. Sin embargo, los atenienses olvidaban que, a pesar de todos sus defectos, era el único hombre capaz de enfrentarse contra Lisandro. Fácil fue a los enemigos de Alcibíades quitarle el mando.

Ello era el fin de su carrera política y Alcibíades se retiró a su palacio de Tracia.

Su ausencia se dejó sentir de inmediato. En el verano de 406, Atenas recibió una pésima noticia: toda la flota ática estaba bloqueada en el puerto de Lesbos. Una vez más, los atenienses reaccionaron de modo admirable y tanto el gobierno como el pueblo hicieron prodigios para salvar la flota del desastre.

La ciudad entera trabajó con fervor. En brevísimo tiempo consiguieron armar otros cien navíos, unos de nueva construcción y otros calafateados y remozados. Todos los hombres útiles se embarcaron, como antaño en Salamina; con la ayuda de aliados fieles esta flota consiguió una rotunda victoria sobre la espartana, al sur de Lesbos, en 406. La flota cercada quedó libre.

La alegría de los atenienses fue ensombrecida, sin embargo, por pérdidas muy dolorosas. Después de la batalla se desencadenó una terrible tempestad que impidió recoger las dotaciones de los navíos averiados y más de mil soldados perecieron en la tormenta. Casi cada familia ateniense lloró algún deudo desaparecido. Entonces buscaron la víctima expiatoria; seis jefes de la flota fueron citados ante el tribunal y condenados a muerte; entre ellos, Pericles el Joven, hijo del gran Pericles y de Aspasia. Según costumbre ateniense, fueron sentenciados a beber la cicuta y sus bienes confiscados por el erario público.

No eran inocentes del todo, pues si después de la batalla hubieran enviado una expedición de salvamento, en vez de celebrar consejo de guerra, habrían podido salvarse muchos hombres antes del temporal.

El dolor del pueblo no excusa, sin embargo, la manera de llevar el asunto. Impulsada por el dolor, la asamblea popular dictó sentencia en vez de dejar el proceso a un tribunal competente. Fuesen culpables los mandos o no, la asamblea no tomaba en consideración que tanto culpables como inocentes tienen derecho a un proceso legal y a la protección judicial. Los atenienses nunca negaron esas garantías a nadie, ni a los peores malhechores. Entonces, ¿por qué tratar así a unos hombres que consiguieron para su pueblo tan brillante victoria? Cuando Sócrates señaló que el procedimiento no era un proceso, sino un asesinato con apariencias judiciales, la asamblea replicó: "¡Tenemos derecho a hacer lo que nos parezca!", lo que equivale a decir que "la voluntad del pueblo es ley". Juicio que demuestra la decadencia de la opinión política ateniense en esta época.

Más tarde, los atenienses, percatándose del error, querrían detener y acusar a quienes habían empujado al pueblo a dictar esta sentencia, pero los culpables conseguirían huir, teniendo que pagar el pueblo en lugar suyo.

La victoria de Lesbos fue motivo de nuevas propuestas de paz por parte de Esparta, que los atenienses volvieron a rechazar desafiando una vez más a la suerte. Lisandro se encargó de hacérselo sufrir: llevó la guerra al Helesponto para impedir que los atenienses recibieran trigo de los países del mar Negro y estableció un bloqueo sistemático para sitiar por hambre a Atenas.

Alcibíades intentó, por enésima vez, recuperar la estima de sus conciudadanos y dar al mismo tiempo una lección a su enemigo Lisandro. Se declaró dispuesto a reclutar tropas entre sus amigos tracios para ayudar a los atenienses si se le daba el mando. Aunque la situación era crítica, Atenas no escuchó a Alcibíades. Lisandro capturó a casi toda la flota ateniense cerca de **Egospótamos**, en Tracia. Carente de disponibilidades para construir una nueva flota, la suerte de Atenas como potencia marítima estaba echada. El desastre de Egospótamos se supo durante la noche. "Las lamentaciones llegaron de El Pireo hasta la ciudad —dice el

historiador Jenofonte, que continuó la obra de Tucídides sobre la guerra del Peloponeso—. Nadie durmió aquella noche; todo el mundo lloraba las irreparables pérdidas sufridas y se preguntaba en su desesperación qué destino esperaba a Atenas."

Lisandro se dirigió luego hacia Atenas para dar el golpe de gracia al secular enemigo, pero sin apresurarse, porque la presa no podía escapársele. La sometería no por las armas, sino por hambre. La ciudad fue cercada mientras la armada espartana bloqueaba el litoral. Cuando los habitantes empezaron a fallecer de hambre, Atenas tuvo que pedir la paz. Ante la asamblea espartana, los enviados atenienses tuvieron que habérselas no sólo con los espartanos, sino también con sus aliados corintios y tebanos, que odiaban tanto a los atenienses que pidieron arrasar la ciudad y vender los habitantes como esclavos. A esta proposición, los espartanos respondieron con dignidad: "No tenemos derecho a vender como esclavos a un pueblo que ha salvado la Hélade en momentos de peligro".

Esta respuesta ocultaba, sin duda, motivos políticos. Si se destruía a Atenas, los espartanos tendrían conflicto con los tebanos —sus más poderosos aliados— por causa del Ática; por el contrario, si perdonaban a los atenienses y les tenían bien sujetos, algún día les serían útiles contra Corinto y Tebas. Pero aunque la actitud generosa de Esparta fuera movida por ese interés político, como dice un historiador moderno, debemos "estar agradecidos a los espartanos, pues si sus aliados hubieran impuesto su voluntad no habría quedado una piedra de la Atenas de Pericles", sufriendo igual destino que Nínive y Síbaris.

Los espartanos obligaron a Atenas a abandonar sus posesiones situadas más allá de sus fronteras, a destruir sus murallas, a entregar toda su flota, excepto 12 barcos, y a comprometerse a ayudar a los espartanos por mar y tierra. La paz se pactó con estas condiciones en 404 antes de Cristo. Atenas sufrió entonces la peor afrenta: Lisandro penetró en el puerto y sus soldados destruyeron los muros de Atenas al son de flautas.

La Hélade no tenía que temer ya a los "opresores". Había ganado su "libertad" gracias al oro del rey persa...

Poco antes, el responsable de la desastrosa expedición a Sicilia vivió su última aventura. Tras la derrota de los atenienses en Tracia y no sintiéndose seguro en la región, pues estaba expuesto a la venganza de los espartanos, Alcibíades buscó refugio cerca de otro sátrapa persa del Asia Menor llamado Farnabaces, con la esperanza de entablar relaciones con la corte de Susa y desempeñar el mismo papel que Temístocles. Aconsejado por Lisandro, Farnabaces determinó deshacerse del fugitivo enviando a un grupo armado para asesinarle, pero ningún soldado se atrevió a atacar a enemigo tan peligroso. Tuvieron que armarse de valor para rodear la casa de Alcibíades y prenderle fuego, pero éste consiguió apagar el incendio y ahuyentó a sus enemigos con un simple puñal. Los esbirros, asustados, se alejaron un buen trecho disparándole flechas y dardos. Así murió Alcibíades a la edad de cuarenta y siete años.

¿Por qué terminó tan trágicamente para los atenienses la guerra del Peloponeso? Por haberse lanzado a la conquista de Sicilia arrastrados por Alcibíades, apartándose así de la política moderada de Pericles, cometiendo luego el grave error de destruir al instigador de la empresa en el momento decisivo. Esta medida contribuyó al desastre. Pero aunque la expedición hubiera tenido éxito, Sicilia no habría podido ser asimilada en el imperio ático; era demasiado grande y estaba alejada en exceso.

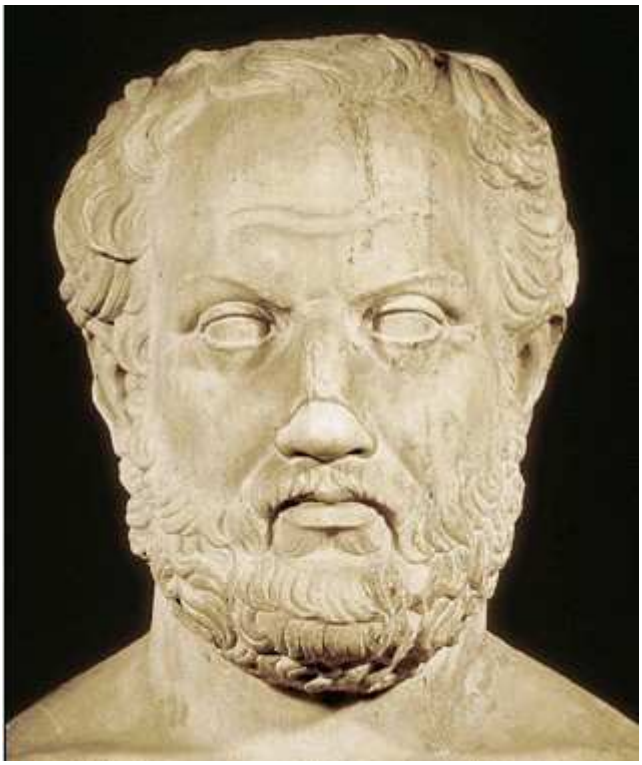
Los atenienses pudieron resarcirse de las pérdidas sufridas en Sicilia y continuaron la lucha con un valor admirable. Su tenacidad les habría permitido salvar, al menos, su independencia si los persas no hubieran intervenido en el año 408.

Cuanto más se prolongaba esta guerra fratricida, más cruel y sangrienta se volvía. Parecía una regresión de los griegos a la barbarie. Aquella moderación y armonía, antaño sus

virtudes señeras, eran ahora juzgadas como debilidad, en tanto que la dureza y falta de escrúpulos llegaban a ser sinónimos de virilidad y valor.

La guerra del Peloponeso encendió guerras civiles por doquier en la Hélade. Por regla general, los partidos democráticos se apoyaban en Atenas y las oligarquías en Esparta. Estallaron conflictos desastrosos; el asesinato de los adversarios políticos y la confiscación de sus bienes se hicieron cosa corriente. Cuenta Tucídides que los ciudadanos de Corcira se destrozaban entre sí, los odios políticos se saciaban con ríos de sangre, los verdugos sacaban de los templos a los refugiados que suplicaban perdón, los padres mataban a sus hijos, las facciones incendiaban las casas de sus adversarios. La guerra civil empujaba a los hombres a las violencias más espantosas.

Al principio, todas estas atrocidades que nos pinta Tucídides causaban horror; más adelante, todos los griegos acabaron por acostumbrarse. El pueblo heleno había enloquecido.



Tucídides.

APOGEO DE LA FILOSOFÍA

LOS SOFISTAS

Hipócrates, hijo de Apolodoro, llegó una madrugada corriendo a casa de Sócrates, aporreó la puerta con su bastón y entró en tromba gritando: "¡Sócrates!, ¿estás despierto o duermes aún? ¡Protágoras está en Atenas!"

¿Quién era Protágoras? El mayor sofista de su tiempo.

En su acepción actual, la palabra *sofista* designa a un hombre que con igual facilidad puede probar la verdad que la falsedad de la misma afirmación. Esta definición no vale, desde luego, para los primeros sofistas. Con el tiempo, sofista, lo mismo que tirano, adquirió un sentido peyorativo que no tenía en su origen. En realidad, el vocablo significa "sabio". En la época de Pericles hubo en Atenas y en otras ciudades griegas profesores de filosofía que se apodaban ellos mismos sofistas. Protágoras era uno de ellos. La significación intelectual de los sofistas fue enorme; hicieron posible en este tiempo que la ciencia se divulgara, enseñando a pensar al pueblo. El nuevo período iniciado por ellos es una época de intensa vida intelectual, semejante a la corriente cultural que hizo del siglo XVIII el siglo de las luces.

La escena del joven Hipócrates que avisa a Sócrates lleno de felicidad y emoción la llegada de Protágoras, nos da una idea de la enorme fama de los sofistas en la ciudad. Platón, el célebre discípulo de Sócrates, relata este suceso en uno de sus diálogos.

Protágoras.

Al levantarse el día se fueron a casa del rico ateniense, que había invitado a Protágoras. El gran sofista paseaba por la antecámara conversando con su anfitrión, dos hijos de Pericles

y otros tres personajes. "Una multitud seguía sus pasos y bebía sus palabras —dice Sócrates —. He disfrutado observando a esta gente; cada cual evitaba estorbar el paso a Protágoras."

En diversas estancias de la casa había otros sofistas, rodeado cada uno por un grupo de admiradores.

Al contrario de los filósofos de la escuela jónica que, encerrados en su torre de marfil, trataban de desentrañar los enigmas de la existencia, los sofistas tendían a enseñar conocimientos y filosofía útiles para la vida.

La utilidad fue siempre el fundamento de su actividad. En ello radicaba, por una parte, la fuerza de este movimiento, pero, por otra, la causa principal de su decadencia.

Para los griegos, la ciencia práctica más importante era el arte de discurrir, la retórica. El pueblo heleno gustaba de los buenos discursos; quien, sabía manejar bien la palabra conseguía oyentes. En uno de los diálogos de Platón, un sofista afirma que la retórica da al hombre el poder de reinar sobre los demás y hacer de ellos sus esclavos.

> "El comerciante que acumula dinero —dice el sofista— no recoge para él, sino para otro, para quien domina la palabra y puede persuadir a las masas. Pues, en verdad, no hay asunto que no pueda ser tratado por un orador ante el pueblo con más persuasión que por cualquier especialista. Tan grande es el poder de la elocuencia."

Gracias a su dialéctica, Protágoras se vanagloriaba de "convertir el argumento más débil en el más sólido". Ninguna idea científica o convicción está tan vigorosamente sistematizada que no pueda ser pulverizada por la fuerza mágica de la elocuencia. Protágoras hace observar que "cada cosa es susceptible de dos interpretaciones distintas y las dos capaces de defenderse a la vez". La verdad absoluta no existe; sólo hay "opiniones" y "maneras de ver".

Aunque los sofistas ponían por las nubes el arte del bien hablar, estaban convencidos, sin embargo, que este arte producía sus mejores frutos cuando se acompañaba de conocimientos suficientes. Así, los sofistas dignos de tal nombre se preocupaban de dominar todas las ciencias, para enseñar a sus alumnos a hacerse buenos ciudadanos. Además, para satisfacer el ansia de saber, que crecía sin cesar, se necesitaban hombres versados en muchas materias.

Sin embargo, el movimiento sofista se atascó luego en apariencia de conocimiento más bien que en lograr un saber real; su técnica derivó muy pronto en una manifestación de la retórica. El sofisma degeneró en argucia abogadil y en pirueta verbal. "La enfermedad ¿es buena o mala?", preguntaban los sofistas, y cuando les contestaban que la enfermedad era mala respondían con aire de triunfo: "¡No, para el médico no!" "¿Es una desgracia la muerte?" "No, por cierto, para quien vende ataúdes." Y tenían preguntas tan tortuosas como éstas: ¿Se miente cuando uno no dice la verdad, pero no la oculta?

Los sofistas de esta categoría sentían especial afición en explicar las cosas más opuestas.

> Un ejemplo de la habilidad de los sofistas para demostrar el absurdo: "Aquello que tuve y ahora no tengo, lo he perdido. Tenía cinco dracmas, pero no tengo ya los cinco dracmas porque acabo de hacer una compra que valía dos dracmas. Si ya no tengo los cinco dracmas que tenía al principio, sino sólo tres, he perdido los cinco dracmas. Pues lo que se poseyó y ya no se posee, se ha perdido; que es lo que queríamos demostrar".
>
> "¿Has cesado de pegar a tu padre?", preguntaban a veces. Si alguien respondía sí, confesaba haber pegado a su padre; si la respuesta era negativa, los sofistas abrumaban al imprudente con este veredicto: "¡De forma que sigues portándote de manera tan escandalosa!" Como preguntaban de modo que había que responder sólo *sí* o *no*, no existía posibilidad de aclarar: "Como no he *comenzado* a pegar a mi padre, no he podido cesar".

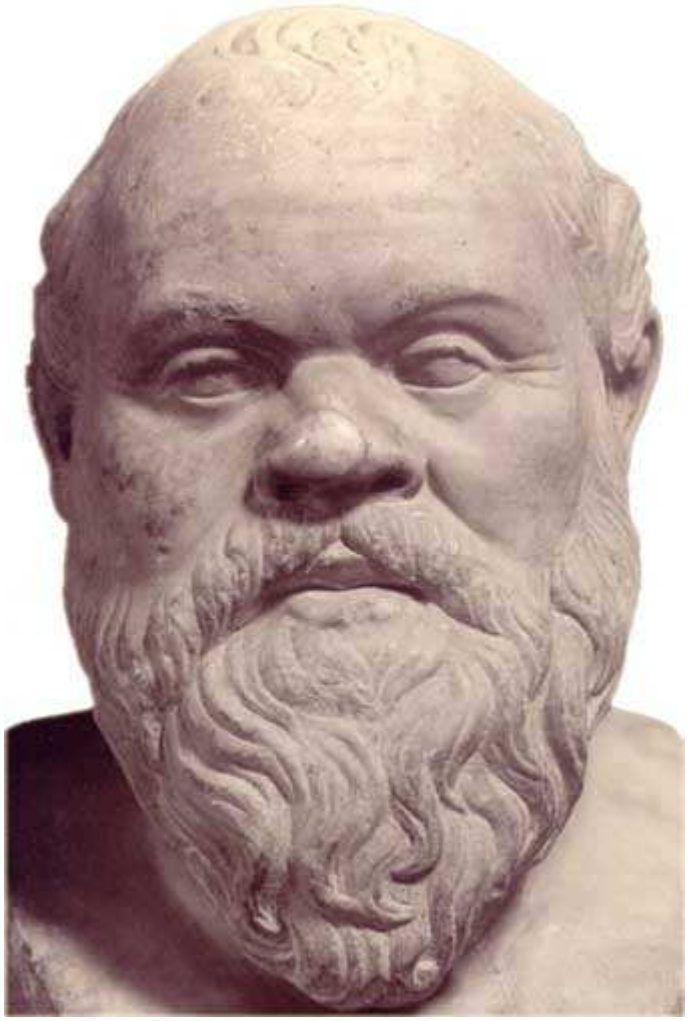
No obstante, estas piruetas dialécticas tuvieron el mérito de provocar un constante avance en el conocimiento del lenguaje y de los procesos mentales discursivos, avance que culminaría en los tratados sistemáticos de Aristóteles sobre estilo literario, oratoria y lógica formal.

Este movimiento cultural, ya antes de su decadencia, tuvo que enfrentarse con uno de los espíritus más agudos y nobles de Grecia y aun del mundo entero.

SÓCRATES

Sabio de la Antigüedad y amigo de los hombres

Hace casi veinticuatro siglos, en Atenas tuvo efecto un proceso político que aún hoy es considerado uno de los acontecimientos más importantes de la historia. Un anciano sencillo y afable que no había ocupado jamás cargo social o político importante; que sólo había abandonado su ciudad natal durante el servicio militar, fue condenado a muerte. Se llamaba Sócrates.



Sócrates

En la época de Pericles, todo el mundo en Atenas conocía a este hombre que desde la mañana hasta la noche deambulaba descalzo y con manto raído por calles y plazas, entraba en las casas de baño y gimnasios, y entablaba conversación con toda clase de personas.

Empezaba hablando de las cosas más triviales: el tiempo, la cosecha, los precios del mercado. Pero al irse devanando el hilo de la conversación, el interlocutor comprendía que aquel hombre singular tenía mucho que decir. ¡Qué manera de hacer reflexionar la de este extraño, cuyos ojos llenos de bondad y de inteligencia atenuaban su fealdad física! Sócrates escogió la divisa de Delfos, "Conócete a ti mismo", como norma de conducta. Cada día hacía examen de conciencia e intentaba enseñar a los demás el difícil arte de hacerse mejores.

Hacia esta meta dirigía Sócrates la conversación con sus conciudadanos. Quería enseñar a los hombres que cada cual tiene en el mundo una tarea que cumplir, y que la más elevada es la de buscar la verdad, la justicia y la bondad. Quería enseñarles a escuchar la voz de su conciencia, ese geniecillo o *daimon*, que nos advierte cuándo obramos mal. Quien se acostumbra a escuchar esta voz, obrará siempre bien y llegará a ser un hombre bueno. En otras palabras: *"Quien sabe lo que es el bien, hará igualmente el bien"*. Y ¿quién sabe lo que es el bien? Aquel que está tan acostumbrado a escuchar la voz de su conciencia que no puede evitar el obedecerla.

En Sócrates, se fundían armoniosamente la vida y la doctrina. No hubo ariscas estridencias en este sabio; era, por naturaleza, un sincero amigo de los hombres, compartía sus desgracias y gozaba con sus alegrías.

Sócrates nació en 469 antes de Cristo. Su padre era cantero y también él ejerció este oficio algún tiempo, pero lo abandonó para consagrarse a conducir a los hombres, en la medida de lo posible, hacia la perfección. Una pequeña granja le proporcionaba lo estrictamente necesario para su sustento, el de su mujer y el de sus hijos.[26]

Sus necesidades eran muy limitadas. En uno de los escritos de Jenofonte, un sofista dice a Sócrates: "Llevas una vida como ningún esclavo la soportaría; nunca se contentaría él con un alimento tan parco, con tan escasa bebida y vestidos tan pobres. Debo reconocer que nos das ejemplo de sobriedad". Sócrates le responde: "¿Acaso te son más sabrosos tus platos suculentos que a mí el sencillo alimento que tomo? No pienses que la felicidad reside en un modo de vida lleno de superfluidades. Al contrario, yo pienso que se vive como los dioses cuando no se tienen necesidades. Quien menos necesidades tiene, más se acerca a la divinidad".

Nadie más desligado del mundo ni más indiferente al juicio de los hombres que este pensador capaz de abismarse en sus pensamientos cuando un problema de importancia preocupaba a su espíritu. Así le vemos en el diálogo *El banquete*, el más célebre y, desde el punto de vista artístico, el más perfecto de los escritos de Platón. Sócrates es invitado a comer; los demás convidados han llegado ya, pero abstraído, el gran filósofo pasa de largo y se encuentra ante otra casa. El anfitrión quiere llamarle, pero uno de los invitados, que conocía bien a Sócrates, dice: "No, no, déjalo. Eso le sucede con frecuencia. No lo molestes".

Durante el banquete, Alcibíades hizo un panegírico de Sócrates contando entre otras cosas lo endurecido que estaba por toda clase de privaciones. En una expedición militar a las montañas de Macedonia, donde habían combatido juntos, "resistió todas las adversidades, no solamente mejor que yo, sino también mejor que nadie. Como suele suceder en el curso de una expedición, cuando fuimos copados con todo el grueso del ejército y tuvimos que aguantar el hambre, nadie resistió más que Sócrates. Y sólo él fue capaz de divertirse de verdad en el transcurso de una fiesta".

[26]La tradición describe a Jantipa, mujer de Sócrates, como una especie de Crisanta. A fuer de prácticas, no siempre las mujeres han reconocido las prerrogativas a que tienen derecho los genios, cuando éstos son a la vez sus maridos. En realidad, no debía ser fácil para una ama de casa ocuparse de todo lo que su distraído esposo dejaba de hacer.

Sócrates sondeó a fondo la cultura de sus contemporáneos y descubrió cuán superficial y hueca era; un barniz de conocimientos, no un todo coherente. Por eso Sócrates dedicó su vida a luchar contra la sabiduría aparente y las frases hueras.

El sofista Hipias era el prototipo del "erudito" que sabía un poco de todo sin haber profundizado de verdad en nada. En un diálogo platónico se recoge un altercado que tuvo con Sócrates. Hipias acababa de pronunciar una conferencia muy elogiada por uno de sus amigos y admiradores; Sócrates, por el contrario, no decía nada. Preguntado qué opinaba, declaró que, no habiendo podido seguir la totalidad de esta lectura, le gustaría hacer algunas preguntas. En su conferencia, Hipias había descrito a Aquiles y a Ulises como opuestos; aquél sincero, leal y espontáneo; éste, falso y astuto.

Sócrates lo forzó a reconocer que Aquiles también mentía. Hipias señaló entonces que Aquiles mentía involuntariamente, mientras que Ulises lo hacía con conocimiento de causa. Aquel que comete a sabiendas una acción mala es peor que quien obra el mal sin quererlo; aquél merece ser severamente castigado, mientras que éste, que obra contra su voluntad, debe ser tratado con consideración. Sócrates agradecía con sinceridad las respuestas que iba recibiendo del “sabio”, pero aún seguía sin comprender, por lo que rogó a Hipias tener un poco de paciencia. Sacó entonces a colación a dos atletas que en una competición corren con lentitud: el primero porque no puede correr más rápido, el otro porque no quiere. ¿Quién de los dos es mejor corredor?, preguntó Sócrates.

Hipias se vio obligado a responder que el mejor corredor es quien puede correr de prisa, si quiere. También reconoció que se plantea idéntica cuestión cuando un hombre versado en ciencias y artes, y otro completamente ignorante en tales cuestiones cometen los mismos errores.

Los antagonistas estaban, pues, de acuerdo; quien posee más comprensión, o tiene mayores facultades, es mejor que otro sin esa comprensión o esas facultades. Y cuando el iniciado comete un error, también es mejor que el profano que comete errores involuntarios. "Por otra parte —dijo Sócrates— la justicia es una facultad. Ahora bien, lo que es válido para la facultad de comprender la música, o de ejercitar las ciencias, debe ser válido para la justicia: el que con conocimiento de causa obra injustamente es, pues, mejor que quien obra injustamente sin proponérselo."

En este momento, Hipias vio que Sócrates había triunfado con preguntas capciosas. Sócrates lo había llevado a armar lo contrario de lo que había dicho momentos antes y, naturalmente, Hipias no quiso admitir esta conclusión.

> "Yo tampoco, Hipias—replicóle Sócrates-, y, sin embargo, nuestro examen nos ha conducido ahí sin género de dudas. Como ves, mis pensamientos vagan de acá para allá sin llegar a ningún resultado. No es de extrañar que yo y otros profanos en la materia nos equivoquemos; pero vosotros, los sabios, os equivocáis también. He ahí una desgracia tanto para nosotros como para vosotros, pues aunque seamos conducidos por vosotros no somos guiados por el verdadero camino."

Sócrates había determinado consagrar su vida a esta tarea esencial: enseñar a los hombres a pensar, a abrirles los ojos sobre lo poco que en verdad se sabe, y despertar así en ellos el ansia por un conocimiento válido y sólido. No realizó esta tarea con exhortaciones y sermones; hacia preguntas para conducir al interlocutor al punto de vista que él quería. Tampoco dejó escritos.

Cuando Sócrates entablaba conversación con alguien, tenía éste que "dejarse guiar de acá para allá hasta que se vela forzado a percatarse de cómo vivía o había vivido".

Sócrates quería alumbrar nuevos hombres: comparaba su modo de proceder con el de su madre, que era comadrona (*mayeuta*), también él quería practicar a su manera la obstetricia (*mayéutica*), ayudando a cada cual a "parir" la doble verdad que, como un niño divino, llevaba dentro: la verdad de lo que debe desearse, hacerse u omitirse, y la verdad de lo que la gente en realidad desea, hace u omite —lo primero, mediante la argumentación; lo segundo, a través de la sincera observación sicosocial—.

De la misma manera que en cada faceta de la vida es necesario ser competente para hacer bien cualquier cosa, según Sócrates, también es necesario en la moral el conocimiento para obrar bien; sólo aquel que sepa lo que es bueno, puede obrar el bien.

El conocimiento acerca del bien tiene una importancia especial y es mucho más elevado que cualquier otro saber, pero no puede ser enseñado de igual modo que las demás ciencias. Quien quiera adquirir este misterioso conocimiento debe, según explicaba Sócrates a Alcibíades, "esperar a que la divinidad le abra los ojos y disipe la niebla que ofusca su visión". El bien es una "ciencia" que sólo puede aprenderse por la experiencia. Algo parecido al cambio interior llamado *conversión* en jerga cristiana. Así se explica la aparente paradoja de la célebre frase de Sócrates: "Quien sabe lo que es el bien, obra también el bien".

Sobre todo, Sócrates quería curar el cáncer moral que habían hecho proliferar los sofistas, esos pretendidos profesores de sabiduría que no creían en nada.

Cuando se ataca una superstición antigua y anquilosada, la crítica puede ser útil y saludable. Los pensadores críticos han hecho nacer la ciencia y progresar a la humanidad en el camino de la civilización. Pero cuando los sofistas borraron los límites entre el bien y el mal volviéronse peligrosos.

El gran maestro Protágoras llegó a la siguiente proposición: No se puede decir de una cosa lo que realmente es, sino únicamente expresar la impresión que causa a nuestros sentidos. La temperatura que para uno es fría, para otro resulta agradable; un fragmento musical puede ser del gusto de uno y un ruido insoportable para otro; hay quien come con fruición la sopa negra espartana y quien no puede oler ni ver dicho plato sin sentir náuseas, Todas las impresiones sensoriales dependen de quien las experimenta:

"El hombre es la medida de todas las cosas." No conocemos cómo es "la cosa en sí".

El sofista Gorgias iba más lejos todavía. Declaraba que, en realidad, no conocemos nada del mundo que nos rodea. Y aunque conociéramos algo, seríamos incapaces de comunicarlo a los demás, pues incluso las palabras no tienen, exactamente la misma significación entre diferentes personas. Otros sofistas llevaron esta tesis al terreno de la ética. De la misma

manera que no existe una realidad válida para todos los hombres, estos sofistas pensaban que tampoco existe ningún deber que tenga un valor igual para todos. Aquello que los hombres llaman ley no es más que un conjunto de preceptos que en una época o en circunstancias determinadas, se consideran buenos y útiles por sí mismos. Deben, pues, obedecerse las leyes del Estado, siempre que ello redunde en nuestro interés. Con semejante enseñanza, los sofistas ejercieron pernicioso influjo en la concepción del derecho, y sus discípulos no sólo superaban a sus maestros en la esgrima verbal, sino en el arte de tergiversar la ley. Semejantes hombres siempre estaban dispuestos a encargarse de la defensa de asuntos equívocos y a echar por tierra las cosas más respetables.

Al contrario de los sofistas, Sócrates estaba persuadido que existía una ley eterna válida para cada hombre y que nadie podía transgredirla impunemente. Sócrates, comentando la teoría de Protágoras según la cual el hombre es la medida de todas las cosas, dijo: Si su teoría implica que las ideas de cada uno de sus alumnos son tan sabias como las suyas, los discípulos son tan sabios como su mismo maestro. ¡Qué barbaridad que un hombre que defienda tal teoría pretenda enseñar a los demás y encima se atreva a cobrar dinero por ella!

Muchos debieron a Sócrates el llegar a ser hombres dignos, pero los enemigos y envidiosos no eran menos.

Sócrates enseñaba con preferencia a los jóvenes bien dotados, que volvían a casa rebosantes de ideas nuevas que sus padres consideraban inadmisibles. Es de imaginar, pues, el estado de espíritu de la vieja generación respecto a este "corruptor de la juventud": enseñaba a los hijos a sublevarse contra la autoridad paterna y a considerarse más sabios que sus padres. No faltaba más... Vagabundeando por las calles con este viejo original, los jóvenes descuidaban sus deberes.

Uno de los acusadores de Sócrates, un curtidor, parece que lo hizo por razones familiares de este género. Su hijo solía ir con Sócrates, que fundaba grandes esperanzas en este joven de inteligencia vivaz y dotes innegables. Trató, pues, de persuadir al padre para que permitiera a su hijo seguir otra ocupación distinta de la de curtidor. Y el padre, "muy digno", encontraba improcedente que aquel viejo loco se mezclara en tales cuestiones.

Finalmente, las cosas llegaron tan lejos que algunos enemigos de Sócrates se atrevieron a presentar quejas contra él. Le acusaban de no creer en los dioses de su patria, de introducir nuevas divinidades —así entendían aquello del *daimon* de que hablaba Sócrates— y de corromper a la juventud.

La irreligión era severamente castigada. El acusador pidió la pena de muerte. Sócrates consideraba la acusación tan absurda, que apenas trató de defenderse. Asistió al proceso sin haber preparado su defensa y habló con la misma sencillez que empleaba cada día en las calles y plazas. "¿Sería digno, oh, jueces, que a mi edad me presentase ante vosotros como un pícaro que puliera las frases?" Éstas son las palabras que dirigió a los jueces según la *Apología de Sócrates*, de Platón. No hizo ningún esfuerzo para conmover a los miembros del jurado con lágrimas y súplicas, como era costumbre. Según él, la sentencia de un juez no debía ser un favor, sino estar basada en una interpretación exacta y concisa de la ley.

Además, por extraño que ello parezca, para Sócrates lo más importante no era saber si sería o no condenado a muerte, sino si los atenienses iban a pronunciar una sentencia justa. Tomaba tan a pecho su tarea de educador del pueblo, que consideraba su vida como detalle secundario; lo esencial era saber si sus conciudadanos eran capaces de reflexión y justicia. Las palabras que pronunció ante el tribunal no tenían por objeto convencerles, sino impedir que los atenienses cometieran una injusticia. "No creo que esto sea permisible según la ley divina y las leyes humanas. Quien hace el mal sólo se perjudica a sí mismo." Y Sócrates quería impedir que los atenienses cometieran este delito contra ellos mismos. Su suerte no importaba. Por fin se dictó la sentencia: Sócrates es culpable.

El acusador exigió la pena de muerte. En procesos de este tipo el acusado tenía el derecho de suplicar una pena más leve; si Sócrates hubiera pedido el destierro, los jueces se hubieran sentido satisfechos, pues el acusado había sido declarado culpable sólo por escasa mayoría. Pero era imposible que Sócrates solicitara tal condonación: primero, porque ello significaba una confesión de culpabilidad, y segundo, porque en el exilio no hubiera podido seguir la obra que era la razón de su vida. Debía, pues, solicitar otra forma de castigo.

> "Veamos, ¿qué puedo proponer yo a mi vez como castigo, oh, atenienses? ¿Sin duda el más justo? ¿Qué es lo más adecuado a la situación de un hombre pobre que necesita tiempo para serviros y exhortaros? Nada os convendría mejor, oh, atenienses, que mantener a un hombre tal en el Pritaneo. Cosa más justa para él que para quien vence en los Juegos Olímpicos con un caballo, una biga o una cuadriga, pues éste os proporciona una dicha aparente; en cambio, yo os doy el ser."

Hablando de esta guisa un acusado recién declarado culpable era como provocar a los jueces a dictar de inmediato la pena capital. La sentencia fue, en efecto, de muerte y con mayoría más notoria que en el veredicto de culpabilidad.

Sócrates escuchó la sentencia con una calma imperturbable. Su actitud ante los jueces muestra a las claras que estaba muy por encima de la cólera y de las debilidades humanas. Juzgaba que su muerte debía ser ejemplar, como su vida; su muerte había de quedar grabada en la conciencia de sus conciudadanos y en las generaciones futuras con más fuerza que cualquier palabra que pronunciase. Su muerte sería, en efecto, la confirmación de cuanto afirmara durante su vida. Platón pone en boca de Sócrates estas palabras finales, dirigidas a los jueces: "Ha llegado el momento de partir, yo para morir y vosotros para vivir. Pero sólo Dios sabe quién de nosotros se encamina hacia un destino mejor".

La muerte de Sócrates. Por David.

LA MUERTE DE SÓCRATES

La condena de Sócrates desesperó a sus amigos y discípulos. Cuando uno de ellos se lamentó que su venerado maestro iba a morir inocente, Sócrates le acarició los cabellos mientras le decía: "¿Preferirías que muriera siendo culpable?"

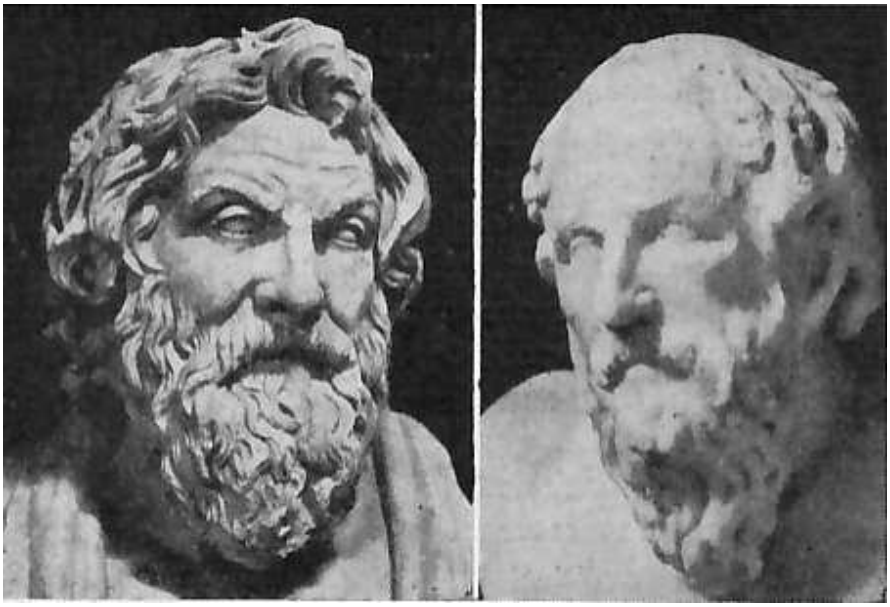
Permaneció fiel a este principio: vale más padecer la injusticia que cometerla, aunque haya que escoger entre la vida y la muerte. El testamento que recoge los últimos momentos de Sócrates, escrito por Platón en el diálogo Fedón, constituye una de las obras más bellas que se hayan escrito jamás.

LAS ESCUELAS SOCRÁTICAS

La doctrina de los hombres ilustres es interpretada siempre más o menos unilateralmente. Es la suerte que espera al genio en un mundo defectuoso, ya que los hombres vulgares no alcanzan la meta del genio y sólo en medida muy reducida pueden interpretarla en su justo valor. De la doctrina del maestro cada discípulo capta aquellos aspectos más consonantes con sus propias aptitudes y naturaleza espiritual.

Cínicos y estoicos

Los cínicos son los que tienen más motivos para ser considerados como discípulos de Sócrates. Éste predicaba ponderación y dominio de las pasiones, y los cínicos llevaron tal doctrina al fanatismo. Prescribían la mesura, mas para ellos la virtud consistía, ante todo, en suprimir las necesidades; sólo así se alcanza la verdadera libertad.



Antístenes y Diógenes

"Preferiría la locura a los goces de la existencia", decía el filósofo **Antístenes**. Aunque no fue él precisamente, sino el célebre **Diógenes**, quien exageró la doctrina cínica. Cuenta la tradición que vendió su casa y ajuar y vivió en un tonel. Se dice que Alejandro Magno le visitó un día y le preguntó si podía hacer algo por él. Diógenes se limitó a contestar: "¡Apártate, no me quites el sol!"

Semejante "vida de perro" fue causa que se diera a los seguidores de este movimiento el nombre de "cínicos" (del griego *kyon*, perro). Se vanagloriaban de estar libres de las ilusiones de prosperidad y relieve social que avasallaban el corazón de la gente vulgar. Ariscos, barbudos y provistos de alforjas y bastón recorrían el país como monjes mendicantes y predicaban su doctrina. En verdad, fueron un consuelo para muchos miserables, pero su forma ruda y desenfadada de predicar "la verdad" fue también una plaga. Oportuna la frase dirigida por Platón a Antístenes, que presumía de su desaliño y de su manto lleno de agujeros: "Amigo mío, la vanidad se trasluce por los agujeros de tu manto".

Los cínicos rompían la armonía de la civilización griega. Antes, la Hélade consideraba la salud y la energía corporales como cualidades primordiales en el aspecto físico y en el espiritual. Lo bello era bueno, y lo bueno, bello. "El alma era como una melodía ejecutada por el instrumento del cuerpo." Ahora se opinaba de otro modo: la virtud se revestía de fealdad y la belleza casi era pecado. Algunos se hicieron soldados profesionales al servicio del mejor postor y otros fueron jefes de escuelas filosóficas; en verdad, sectas con toda su secuela de fanatismo y de mezquindad.

Alejandro Magno y Diógenes el Cínico

Como en otros sistemas, también entre los cínicos hubo teorías negativas que fueron útiles mientras se limitaron a criticar cuanto de malo había en el hombre: en tal época, la avaricia, el deseo de goce y de poder. Pero carecían del nervio necesario para ofrecer algo positivo o nuevo. Las palabras cínico y cinismo significan para nosotros el particular desprecio que tales filósofos tenían respecto a las cosas, convenciones y personas.

Sin embargo, en este movimiento había aspectos positivos. La escuela estoica reunió más tarde estos valores dispersos y los organizó en un sistema filosófico impresionante que tenía por objeto enseñar al hombre a ser *dueño de sí mismo* y a liberarse de las emociones violentas; los estoicos entendían por ello no sólo el dolor y el miedo, sino también la piedad, la cólera, el odio e incluso la alegría excesiva. Los estoicos consideraban tales emociones como enfermedades del alma. Sólo librándose de tales influencias y escuchando la voz de la fría razón se consigue la "tranquilidad estoica", característica de la virtud. Podría resumirse esta doctrina estoica con la consigna "mantente inalterable ante cualquier suceso". "Permanece tranquilo ante lo inevitable: ante la enfermedad o el dolor, ante la pobreza o la indigencia; todo esto son apariencias que no alteran al hombre superior. Sólo la vida interior tiene importancia. Es sabio quien alcanza esa elevada meta; entonces, posee todas las virtudes y es semejante a los dioses."

El sabio ve algo más que lo superficial de las cosas: sus ojos perciben la gran cohesión del universo, y está convencido que a veces tiene que sufrir uno por el bien de todos.

Como veremos, la escuela estoica iba a ejercer enorme influjo en el carácter del pueblo romano. Algunos estoicos romanos predicarían con energía la fraternidad humana; cada alma es una parte de la divinidad. Todos poseemos dignidad humana; todos, tanto el pobre como el rico, el esclavo como el señor. Los estoicos fueron los primeros en conceder esta consideración al esclavo y también los primeros en considerar un deber el amor hacia los enemigos. El sabio es afable y bondadoso con su enemigo, a semejanza de los dioses que permiten también lucir el sol sobre los malvados.

Cirenaicos y epicúreos

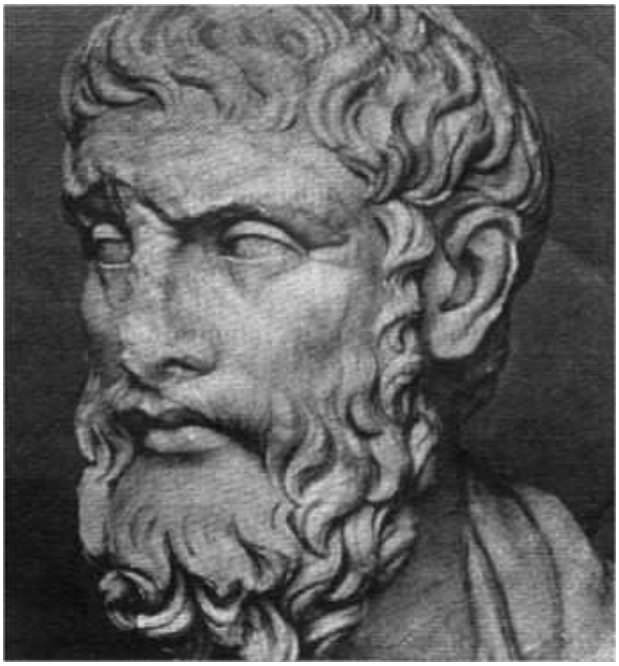
Podría creerse que sólo existe una diferencia insignificante entre la doctrina de Sócrates (la felicidad reside en la virtud) y el principio de su discípulo **Aristipo de Cirene** (la virtud conduce a la felicidad).

Sócrates había afirmado que la virtud en sí es sinónimo de verdadera dicha. O sea: la dicha de un individuo consiste en hacer el bien en todo momento, aunque el hacerlo le cueste la vida. La virtud en sí encierra la mayor felicidad. Nada desagradable puede suceder al hombre virtuoso, ni en la vida ni en la muerte. Se le puede matar o azotar, maltratarle o encadenarle, sacarle los ojos o crucificarle, sin arrebatarle su dicha, pues la virtud es lo que lo hace feliz. Por el contrario, el más poderoso autócrata no puede participar de la dicha si no es virtuoso, aunque satisfaga todos sus apetitos y caprichos. Mas, para la mayor parte de los hombres, hacer el bien "por amor al bien" es un ideal demasiado difícil. Para vivir en consonancia con este elevado principio de moral se necesita una transformación radical de nuestra vida interior, que es lo que Sócrates —y Cristo, cuatro siglos después— inculcaba a sus discípulos. Sócrates animaba siempre a sus discípulos (que estaban muy lejos de alcanzar la perfección moral de su maestro), repitiéndoles que la prosecución de este ideal, la voluntad de ser mejores, encuentra su recompensa en la pura alegría que lleva en sí. Cuanto más progresaban sus discípulos en el camino del ideal, tanto más insistía Sócrates sobre ello: la verdadera dicha no radica en el sentimiento de liberación que da la virtud, sino en la virtud misma. La virtud no sólo es, el camino que conduce a la felicidad, sino la única dicha verdadera.

Su discípulo **Aristipo** basó su sistema en aquel aspecto de la doctrina socrática que unía un sentimiento de profunda alegría a la conciencia de la perfección humana. Y enseñó que lo esencial en el alma son esos sentimientos; quien más intensamente los experimenta, posee la vida más excelsa.

Aristipo era la antítesis del cínico Antístenes. Originario de Cirene, rica y opulenta colonia griega, fue un perfecto hombre de mundo y pensó que había que aprovechar la vida. ¿Por qué —se preguntaba— hemos de obrar como los cínicos, que consideran vanas todas las alegrías de la existencia y se apartan de ellas con desprecio? ¿No es mejor gozar de la vida? Pero entendámonos: hay que gozarla con inteligencia y mesura. Este distingo fue la aportación de Sócrates a la doctrina de Aristipo. No proponía simplemente la búsqueda del placer, sino la dicha con moderación. Consideraba ésta como la meta de la virtud, pero tenía que ser una dicha tranquila y mesurada; el respeto a esta regla helénica de la moderación en todas las cosas es el valor más estimado de la doctrina. La moderación y disciplina en el goce es más difícil que la privación completa. Aristipo definía el sentimiento de la alegría como "un movimiento del alma, suave y regular".

Los ***estoicos*** sostenían la doctrina cínica, suprimiendo, sí, sus excesos e insuflándole una dignidad nueva; por su parte, los ***epicúreos*** teorizaron sobre la tendencia cirenaica y la elevaron de nivel. Estos filósofos adoptaron el nombre de su maestro **Epicuro**, un esclavo, jorobado, fallecido 130 años después que Sócrates.



Epicuro.

Todavía hoy son llamados epicúreos quienes andan a la búsqueda de los placeres más refinados. Con frecuencia se considera el epicureismo como una doctrina que sólo se interesa por la consecución del placer; sin embargo, Epicuro entendía que el ideal de la vida era más elevado. Para él, era sabio quien conseguía que su alma gozara de una tranquilidad perfecta, de una felicidad apacible en todos los aspectos de la vida. Explicaba su pensamiento con estas palabras: "Cuando afirmamos que el sentimiento de alegría es el objeto de la vida, no entendemos con ello el bienestar que persiguen los frívolos, no; entendemos la ausencia de todo dolor físico o de toda inquietud moral". El mismo Epicuro era un hombre bueno y amable, de carácter inalterable pese a las enfermedades y a la deformación que padecía; siempre tenía palabras de aliento o de consuelo para los suyos. Amado y admirado por sus discípulos, deificado después de su muerte, cumplió en vida lo que su nombre significa: "compasivo", "consolador".

Para desenvolverse en aquel estado de felicidad tranquila y armoniosa, ideal de Epicuro, el hombre debe liberarse de .todo cuanto pueda turbar su serenidad; debe desterrar el temor

supersticioso a las fuerzas divinas y a los castigos con que amenazan después de la muerte. Para el hombre, decía Epicuro, lo más difícil es no temblar ante los dioses. Pero este terror tiene como fundamento la ignorancia de las causas naturales de las cosas, atribuyendo a seres sobrenaturales lo que pasa en la Tierra, "como niños medrosos que en la oscuridad tienen miedo de los espectros". Epicuro quería suprimir todo lo sobrenatural, porque eso turba la paz moral.

Para él, la teoría atómica de Demócrito era la más avanzada en este sentido. Según Demócrito y Epicuro todo se basa en el movimiento de los átomos. Los dioses no se preocupan de este mundo, decía Epicuro. Viven muy altos, en un mundo etéreo y aparte, "en un reposo aislado, lejos de la agitación de los hombres".

Si conseguimos extirpar este temor a las fuerzas divinas, la muerte dejará de ser espantosa. Para Epicuro, la muerte no es más que el retorno a la nada, en la que estábamos antes de nuestra existencia, lo cual no debe atemorizarnos. Enseñaba el desprecio a la muerte con un frenesí solemne, casi religioso, y decía vibrante de convicción: "Muerte, nada tengo que ver contigo; no estoy donde tú estás, y tú no estás donde yo estoy".

El mayor reproche que puede hacérsele al epicureismo es su espíritu egoísta. Epicuro nunca colocó la felicidad general por encima de la felicidad moral individual.

Con todo, Epicuro tampoco impulsó al odio o a la intolerancia respecto al modo de pensar de los demás. El hombre sabio sólo se preocupa de lo que pueda aumentar la propia felicidad. Su actitud no manifestaba desprecio como en tantos cínicos o estoicos; y su ideal se presenta con colores más agradables.

El sabio, según los epicúreos, huye del amor y evita toda amistad fuera del pequeño círculo de personas que comparten sus opiniones, pues su dicha se vería disminuida. No se casa nunca, pues el matrimonio acarrea toda clase de cuidados y problemas.

Por igual motivo, el sabio no debe preocuparse de la política. Sin embargo, Epicuro condescendía en una cosa: quien suspire por entregarse a la política, hará mejor en no contrariar sus deseos: satisfágalos. En unos tiempos en que el bien del Estado exige el esfuerzo de todos los ciudadanos, el sabio debe sacrificar su reposo a los intereses de la comunidad.

PLATÓN

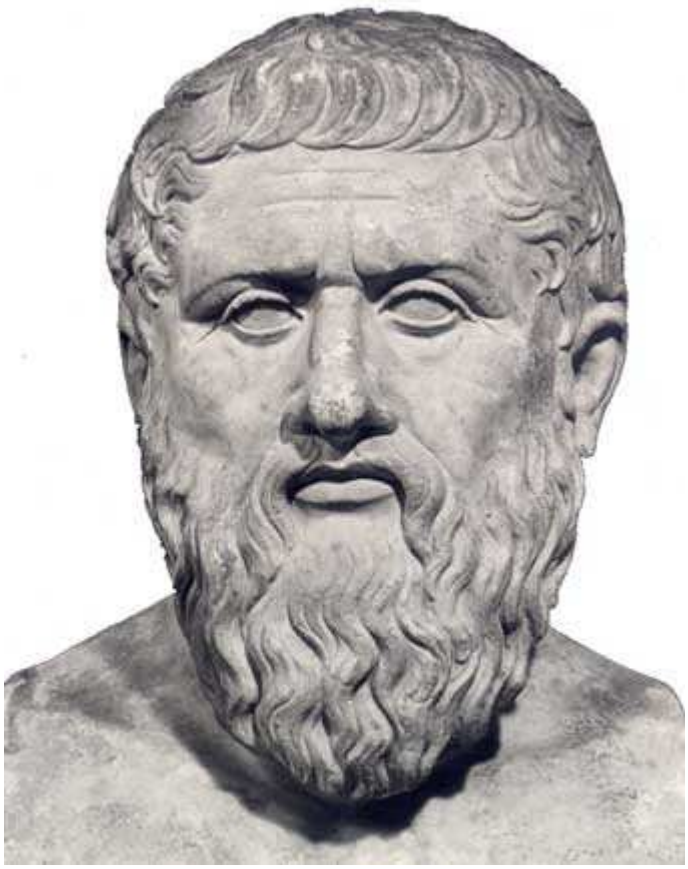
Fue el discípulo más importante de Sócrates y quien trasmitió a la posteridad el mejor retrato de su maestro. Sus contemporáneos lo llamaban "el príncipe de la filosofía".

Platón nació en 427 antes de Cristo, en el quinto año de la guerra del Peloponeso. Pertenecía a una de las familias más distinguidas y opulentas de Atenas, de cuyo último rey su padre se enorgullecía de descender. Tan alta alcurnia proporcionó al ambicioso joven todas las facilidades para desempeñar un papel relevante en la política; pero al entrar en la vida social y pública un acontecimiento cambió el rumbo de su vida: conoció a Sócrates. ¿Qué significaba una carrera política comparada con la compañía de aquel filósofo y con el hecho de poder participar en su obra bienhechora?

Cuando lo de la cicuta, Platón adoptó una decisión irrevocable: continuar la obra de un maestro que sellaba su doctrina con su muerte. Platón tenía veintiocho años cuando determinó seguir este ideal y sacrificar los honores al deber y a una auténtica felicidad. Ante todo, creyó que su tarea principal era reivindicar la memoria de su maestro. Con tal fin escribió la *Apología de Sócrates* y *Critón*. En verdad, no son éstas las primeras obras de Platón, ya que antes escribió otras.

Los eruditos creen que, al menos, los diálogos *Protágoras* e *Hipias I* y *II*, que nos presentan a Sócrates discutiendo con los sofistas, son anteriores a las obras citadas. Además,

influido por la muerte de Sócrates, escribió uno de sus diálogos más célebres, *Gorgias*, llamado también "el canto de la justicia".



Platón.

Platón inició su vida literaria como dramaturgo, y cuando decidió dedicarse a la filosofía quemó sus obras juveniles. Los escritos de Platón, profundo pensador, muestran también la belleza de un gran artista. Los diálogos de su mejor época son verdaderas obras maestras; ofrecen interés, palpitan de vida y crean un perfecto retrato de la serie de personajes que desfilan ante el lector.

Antes de continuar la obra de su maestro, Platón tuvo que superar el duro golpe que significó para él la muerte de Sócrates. Durante mucho tiempo se alejó del pueblo que había condenado a muerte al mejor y más noble de los hombres. Se fue a Egipto, país enigmático que encerraba una oculta sabiduría. Allí parecía que el tiempo se había detenido, que el país poseía un no sé qué de eterna inmutabilidad. Platón encontró la paz en la tierra de los faraones, profundizó en su vida interior y volvió a Grecia como regenerado, como si fuera otro.

A su regreso visitó Italia del Sur, donde conoció la doctrina de los pitagóricos, en la que se inspiró cuando, más tarde, fundó y dirigió la escuela filosófica de Atenas. Sin duda, tomó de los pitagóricos principios filosóficos tales como la creencia en la metempsicosis.

Dion, joven de veinte años y yerno del tirano Dionisio I, se hizo uno de los discípulos más fieles de Platón en Siracusa. El mismo Platón decía del muchacho: "Hizo suya la doctrina que yo enseñaba y sentíala con más celo que ningún otro joven". Dionisio, en cambio, no participaba de tal entusiasmo.

Después de una ausencia de diez años, Platón regresó a Atenas con la idea de acometer su misión: perfeccionar la sociedad haciendo mejores a los hombres. Reunió un grupo de compañeros dotados de temperamento idealista y fundó una comunidad a la manera de los

pitagóricos. Vivian en una casa de campo situada en las afueras de Atenas, en un lugar dedicado a *Akademos*, héroe legendario; por eso se llamó al lugar *Akademeia*. Platón enseñaba en los peristilos y en largos paseos con sus discípulos por los tranquilos bosques de la Academia, planteando problemas filosóficos y otras cuestiones científicas. Así nació la primera academia del mundo y la de mayor duración de todas las de su género. Cuando el emperador Justiniano la cerró en 529 después de Cristo, contaba ya nueve siglos de existencia.

La Academia no era sólo una escuela, sino también un centro de investigación científica: podríamos decir la primera universidad. Iniciáronse allí estudios de *psicología*, la ciencia del alma humana, y de *lógica*, la ciencia que regula las leyes del pensamiento. Pero de todas las ramas de la filosofía, Platón atendía con especial dedicación a la ética. Como buen heleno, también juzgaba que la mesura y la reflexión son las virtudes más importantes.

Entre las concepciones éticas de Platón figura lo que podríamos llamar el primer examen científico del problema del alcoholismo. Estudió primero las diversas opiniones de los pueblos sobre las bebidas alcohólicas; examinó el problema en Escitia y Tracia, donde bebían vino tanto hombres como mujeres; en Tarento, cuyos habitantes se embriagaban al celebrar las fiestas en honor de Dionisio, y en Esparta, donde se prohibía el vino y se castigaba con penas severísimas la embriaguez. Después estudió las secuelas del alcoholismo y observó su influencia al excitar apetitos y pasiones y perturbar los sentidos, la inteligencia y la memoria, que a veces llega a desaparecer. Platón creía que el vino era conveniente a las personas de cierta edad, proscribiéndolo en absoluto a los menores de dieciocho años.

La doctrina de Platón cristalizó en el círculo de alumnos reunidos en la Academia. Expuso los fundamentos de su sistema filosófico en cuatro diálogos: *El banquete, Fedón, Fedro* y *La República*, obras llenas de tensión dramática y cumbre de su arte. Los diálogos muestran al lector la concepción más grandiosa de la filosofía platónica: *La teoría de las ideas*. En *La República* aparece esta bella alegoría:

> "Imaginaos una gruta subterránea donde los hombres yacen encadenados, de tal suerte que no conocen del exterior más que las sombras que se proyectan y se mueven en las paredes de la caverna. Supongamos que estos hombres son incapaces de comunicarse sus pensamientos. ¿No es cierto que todos estarían convencidos que las sombras son objetos reales?
>
> "Supongamos también, que quitan las cadenas a uno de ellos y le obligan a levantarse y mirar la luz del sol. No podría hacerlo sin dolor y la luz le impediría distinguir los objetos reales de los que nunca vio más que las sombras. ¿Cuál sería la respuesta de este hombre si le dijeran que lo visto antes no eran más que sombras y que ahora es cuando contempla verdaderamente las cosas por primera vez?"

Algo parecido ocurre, sigue diciendo Platón, cuando intentamos elevarnos del mundo sensorial —del ver, oír, palpar, oler, sentir frío, etcétera— en que nos hallamos sumidos, hacia el mundo del espíritu y de las ideas. Sólo poco a poco podemos habituarnos a la luz de ese mundo superior y nuestros ojos se abren paulatinamente a la auténtica realidad. Cuando se han abierto, nos percatamos que los objetos del mundo cotidiano no son más que un vago reflejo de las ideas.

Las ideas más elevadas son la Belleza, el Bien, la Justicia y el Valor. ¿Qué es la belleza? Algo distinto y mejor que un objeto bello, aunque esté presente en cada cosa bella. Un rostro encantador cambia, pero la belleza, la pura belleza, es inmutable. La idea posee una realidad más elevada que la forma con que aparece. Cada objeto, cada fenómeno terrestre, no son más que un pálido reflejo del mundo de las ideas. Sólo éste es el mundo de la verdadera realidad, es su origen. Las cosas deben su existencia a la idea. Lo bello sólo es bello porque participa del ideal de belleza.

Algo parecido sucede con las ideas superiores; los arquetipos, el contenido de las nociones específicas, la ley general, es todo cuanto constituye la auténtica realidad. La verdadera realidad es el peso, no la piedra que cae; la verdadera realidad es el concepto *caballo* —es decir, la estructura de notas comunes a todos los caballos, cualquiera sea su sexo, edad, talla y color—, no el caballo concreto. Y así, todas las demás cosas. Los individuos aparecen y desaparecen, nacen y mueren, pero el concepto general, el arquetipo, nunca deja de existir. Ahí está, según Platón, la verdadera realidad o idea. Podemos ver las cualidades aparentes de las cosas con nuestros ojos, escucharlas con nuestros oídos y percatarnos de ellas con nuestros sentidos, pero no podemos aprehender la idea más que con nuestro pensamiento; sólo éste nos garantiza un conocimiento perfecto.

El bien, la idea más perfecta y de la que todas las demás participan y derivan, es Dios. A veces habla Platón de las ideas superiores como de seres espirituales. Para él, pues, son algo más que simples conceptos de especie; las ideas proceden del espíritu divino. Las ideas en cuanto y mientras las pensamos, no son la realidad, sino como reflejos de ella en nuestra mente. Esta, con ocasión de alguna sensación o experiencia interna, "recuerda" alguna realidad o idea que vio cara a cara antes de venir a parar en la cárcel del cuerpo, esa caverna en que cada cual vive durante esta vida, y en cuyos muros desfilan las sombras de las ideas; o sea, las cosas y fenómenos materiales.

Platón fue impulsado a su teoría de las ideas por la apremiante necesidad de descubrir una verdad absoluta, un criterio fijo para juzgar en un mundo inestable y cambiante.

Vivir en el mundo de las ideas es disfrutar de la mayor felicidad y así, la contemplación de las ideas es el objetivo al que deben tender, los seres racionales. El que abre los ojos a esta realidad superior es incomprendido por la mayoría de los hombres. Si un troglodita abandonase de súbito la oscuridad de la caverna y saliera a la luz del sol: "¿No se burlarían de él? ¿No dirían que sus ojos están ofuscados por la luz y que, por consiguiente, no conviene salir de las tinieblas? ¡Y pobre de quien intente liberar a los prisioneros y conducirles a la Luz!" Sócrates era una prueba de ello. Los trogloditas le dieron muerte.

Platón tuvo también esta amarga experiencia: Los hombres no quieren ser liberados de las sombras de la prisión. Esta decepción hizo que se encerrara cada vez más en el círculo de sus fieles amigos y discípulos. Su ideal político lo explicó en *La República*, en que expone a grandes líneas la organización del Estado ideal. El organismo estatal sólo tiene validez para él si está dirigido por hombres que puedan educar al pueblo, que puedan hacerlo bueno y feliz, ya que sus miras se dirigen hacia un mundo ideal. "La única forma válida de gobierno es aquella en que el poder está en manos de los filósofos".

¿En qué medida consiguió Platón actualizar esta teoría? Hubo una ocasión en que la situación parecía propicia. Creyó Platón que los trogloditas aceptarían al fin la luz: la corte de Siracusa le llamó para enseñar su doctrina. Corría el año 366 antes de Cristo, Dionisio había fallecido un año antes y Dion, su admirador, gozaba del favor popular. Dion esperaba, ayudado por su maestro, atraer al joven Dionisio II, al ideal político de Platón.

Aguardábase con impaciencia el encuentro entre el soberano más poderoso y el mayor filósofo de Grecia. Dionisio recibió a Platón con el boato adecuado a un príncipe; para agradar a su célebre invitado reformó de manera drástica la frívola existencia de su corte. Pero el entusiasmo con que recibió la doctrina de Platón se apagó muy pronto. Dionisio no cambió mucho más en su manera de ser bajo el influjo de Platón que lo que había cambiado Alcibíades bajo el de Sócrates.

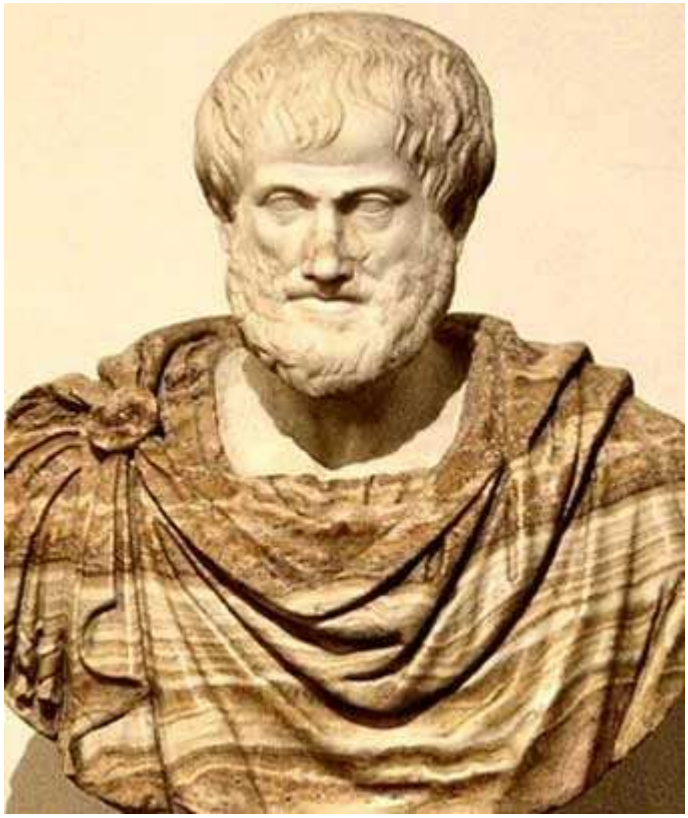
Quienes temían la influencia de Dion y de Platón persuadieron a Dionisio que su tío quería arrebatarle el trono. Dion fue desterrado. Entonces se enfrió la amistad entre Dionisio y Platón y el filósofo regresó a Grecia. Pasados algunos años, la situación se aclaró de nuevo. Dion expulsó a Dionisio de Siracusa, que se estableció en Corinto y vivió allí como profesor. Dion fue asesinado antes de llevar a feliz término las reformas que quería introducir en

Siracusa. Su muerte truncó las esperanzas de Platón: en adelante sería imposible poner en práctica sus teorías. Su última obra, *Las leyes*, expresa la resignación de un anciano frente a una realidad que no pudo someter.

A los ochenta años, Platón abandonó este mundo que tantas desilusiones le causara. Sepultado cerca de la Academia, su memoria se perpetúa aún hoy en sus obras inmortales: Todas las metafísicas idealistas de Occidente proceden en línea recta de Platón. En cada resurgir del idealismo, sea en San Agustín, en el Renacimiento, o en el Romanticismo, "los espíritus han vuelto sus miradas al mundo de las ideas de Platón para prender sus antorchas en la llama de un mundo ideal".

ARISTÓTELES

Discípulo principal de Platón, simboliza el aspecto científico de la Academia platónica.



Aristóteles.

Si Platón era poeta y pensador, Aristóteles fue el típico hombre de ciencia. Carente de la imaginación de su maestro, de la facilidad de Platón para pensar con símbolos y ofrecer a sus discípulos un placer artístico, Aristóteles es una naturaleza seca, abstracta, con la profundidad, la exactitud y el juicio cuidadosamente ponderados del sabio actual. Con todo, también puede observarse en Aristóteles cierto dejo de ironía y humor socrático. Se le atribuye la frase siguiente: "Los atenienses han descubierto dos cosas: la agricultura y la redacción de las leyes. Trabajan la tierra y viven de ello, pero dejan las leyes sin cumplir". El pensamiento de Aristóteles es analítico: lo divide todo en partes elementales, en tanto que Platón toma siempre como punto de partida la imagen completa. El pensamiento de Aristóteles es al de Platón lo que una lámina anatómica a un hombre vivo.

Aristóteles tenía diecisiete años cuando se hizo discípulo de Platón —en el año 367 antes de Cristo— y perteneció a la Academia durante veinte años, hasta la muerte de su maestro.

Cinco años después de morir Platón, el rey Filipo de Macedonia llamó a Aristóteles como preceptor del príncipe Alejandro, que tenía entonces trece años. Aristóteles pudo ejercer su influencia durante un bienio sobre el excepcional joven a quien la posteridad daría el apelativo de "Magno". Pronto sintió el príncipe entusiasmo por la cultura griega, a la que Aristóteles debió aficionarle.

En 335 antes de Cristo, Alejandro subió al trono de Macedonia. El mismo año Aristóteles regresó a Atenas y fundó una escuela filosófica cerca de un campo de deportes llamado Lükeion (en latín *lyceum*, liceo). Se trabajaba allí intensamente, no sólo en las diversas ramas de la filosofía, sino también en las demás ciencias. La grandeza de Aristóteles se debe, en parte, a su excepcional dominio de todas las ciencias de su época.

En el campo filosófico, Aristóteles comenzó siendo deudor de la filosofía platónica. Su metafísica —ciencia de lo que queda más allá de (*metá*) los fenómenos contingentes, cambiantes, múltiples y divisibles (*ta füsiká*)— conservó el fondo de esta doctrina, aunque, como más tarde haría Marx con la teoría de Hegel, poniéndola sobre los pies en vez de estar de cabeza. Platón presentaba las ideas como seres superiores e independientes ubicables en un mundo distinto al de los sentidos. Aristóteles coloca el origen de las ideas en el mundo sensible y dice que están en las cosas como la idea de un artista está en el bloque de mármol del que sale la obra maestra.

Al nacer —decía— nuestra mente está como tablilla cubierta con una gruesa capa de cera, donde nada todavía hay grabado; mientras crecemos, vamos llegando por medio de comparaciones entre nuestras percepciones, a inducir las relaciones entre ellas, las notas comunes: los conceptos o ideas. De modo que nuestro conocimiento no es, como dijera Platón, recuerdo (*anamnesis*), sino abstracción de lo accidental, pasajero y singular; ni las cosas son sombras de las Ideas, sino entidades reales, pues la materia existe desde la eternidad, en tanto que las ideas sólo se hallan en potencia en las cosas, convirtiéndose en algo actual cuando alguien las piensa.

Tratando de explicar el movimiento y, en general, la mutación constante de la naturaleza, que tanto había maravillado a los presocráticos, el Estagirita plasmó las no tan claras como célebres categorías metafísicas de acto-potencia, materia-forma, substancia-accidente, ente-esencia y otras que también le sirvieron para entender al hombre como un compuesto de dos substancias incompletas —alma y cuerpo—, y para concebir a Dios como substancia sin accidentes, acto puro y motor inmóvil del universo, al que mueve y vivifica con su sola presencia majestuosa.

La grandeza de la filosofía de Aristóteles no radica sólo en la metafísica, sino también en la lógica formal, que sistematizó en el *Organon*, creando así un auxiliar para el correcto ejercicio de la razón. Sus escritos de lógica, muy estimados también por la cultura mahometana, recién serían superados en nuestro siglo XX.

En las demás ciencias, el vigor de Aristóteles radica en la objetividad de sus métodos de investigación y en su capacidad para ordenar los fenómenos y explicarlos por sus causas, señalando su interdependencia recíproca. Es ocioso advertir, sin embargo, que sus métodos científicos, basados en la observación, no pueden compararse con los actuales, fundados preferentemente en la experimentación.

Tuvo la paciencia de enseñar a sus discípulos a observar los insectos o los gusanos desde un punto de vista científico, a examinar las entrañas de los animales sin sentir repugnancia. Aristóteles no se cansaba de repetir a sus discípulos que todo es maravilloso en la naturaleza: todo, hasta la cosa más insignificante.

Aristóteles fue el iniciador de la zoología. Dividió los animales en vertebrados e invertebrados, subdivididos a su vez en mamíferos, aves, peces, reptiles y anfibios; sabía que la ballena no es un pez y que el murciélago no es un ave, sino mamíferos. Similar tratamiento dispensó a las disciplinas del espíritu, clasificando ingeniosamente tanto las pasiones y virtudes humanas, como las constituciones políticas de su tiempo, y las distintas maneras de expresarse bellamente de palabra y por escrito.

Durante doce años pudo trabajar en el Liceo con una paz absoluta. Pero a la muerte de Alejandro, en 323 antes de Cristo, estalló la guerra entre helenos y macedonios, que habían dominado Grecia desde la época de Filipo. Las relaciones de Aristóteles con la dinastía de Macedonia lo hicieron sospechoso ante los "amigos de la libertad", quienes comenzaron a esparcir el rumor que el Liceo era un centro de espionaje macedonio. Se trató a Aristóteles como a tantos otros anteriormente, para culminar con la acusación de "impiedad". Pero antes de esperar la sentencia de muerte, Aristóteles, hombre de una modestia encantadora, volvió la espalda a Atenas diciendo: "Los atenienses no cometerán por segunda vez un crimen contra la filosofía". Se refugió en la isla de Eubea, donde murió al año siguiente, a la edad de sesenta y dos años. Quince siglos después de su muerte, uno de los mayores talentos de la Edad Media había de llamarlo todavía "el maestro de todas las ciencias".

HIPÓCRATES

El padre de la medicina

Hipócrates, llamado "el padre de la medicina", fue contemporáneo de Sócrates y Platón. Procedente de Cos, la isla más bella de todas las que se encuentran diseminadas por el litoral sudoeste del Asia Menor, pertenecía a una familia que se gloriaba de descender de Asclepios (Esculapio), dios de la medicina. En cualquier parte del mundo griego había santuarios dedicados a Asclepios, adonde enfermos y achacosos acudían para obtener curaciones y consejos. Los templos más célebres de Asclepios se hallaban en la isla de Cos y en Epidauro, en el país de Argólida. Las excavaciones llevadas a cabo han exhumado tablillas de piedra con inscripciones relativas a toda clase de tratamientos medicinales.

El templo de Epidauro es una muestra de la íntima relación existente en Grecia, como ocurría en Oriente, entre medicina, religión y magia. Pero, junto a esta medicina "mágica", nació muy pronto la auténtica medicina, que Hipócrates elevó a la categoría de técnica. En realidad, no es el verdadero "padre de la medicina", ya que no estableció las bases de este arte, pero ha ejercido más influjo que ningún otro médico en su descubrimiento y por eso mereció tal título.

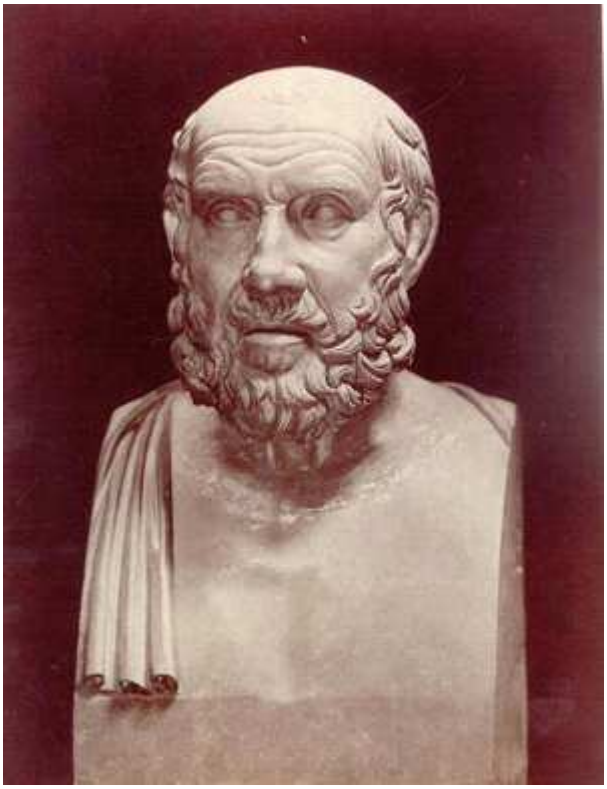
La medicina popular utilizaba remedios cuya eficacia había sido contrastada por la experiencia, pero los curanderos no se preocupaban de averiguar la razón de su éxito. Tampoco eran capaces de distinguir lo esencial de lo accesorio; con frecuencia confundían los síntomas de la enfermedad con las causas de la misma. Semejante terapéutica era más una artesanía que una técnica.

Hipócrates criticaba con aspereza a los magos y exorcistas que basaban su medicina en la creencia en espíritus malignos introducidos en el cuerpo de los enfermos. Difícilmente puede imaginarse cuánto tuvieron que sufrir por tal superstición los temperamentos débiles y los epilépticos, considerados seres impuros y odiados por los dioses.

Hipócrates intuyó que la locura y la epilepsia eran causadas únicamente por lesiones cerebrales, y fundamentó sobre este hallazgo su tratamiento. Él lo basaba todo en la experiencia. Gracias a ese principio, representó en la medicina lo que Aristóteles en las demás ciencias naturales. "Edificad sobre la experiencia", era la divisa de Hipócrates.

Además, sentía confianza ciega en el poder de curación que posee la misma naturaleza. Para él, la verdadera misión del médico era ayudar a ésta en su lucha contra los gérmenes de la enfermedad. "Algunas veces es bueno no hacer nada", decía. Pero fue también un excelente cirujano y aún hoy sus colegas admiran algunas facetas de sus trabajos quirúrgicos, su extraordinaria experiencia, habilidad y prudencia en el curso de las intervenciones. Hipócrates no se cansaba de aconsejar higiene al cirujano y recomendaba, entre otras cosas, no dejar nunca que la suciedad rozara las heridas.

Las observaciones de Hipócrates en el terreno de la higiene en general son de enorme importancia. A nuestro entender, fue el primero que comprendió la influencia de las condiciones climatológicas y geográficas en la salubridad de una población.

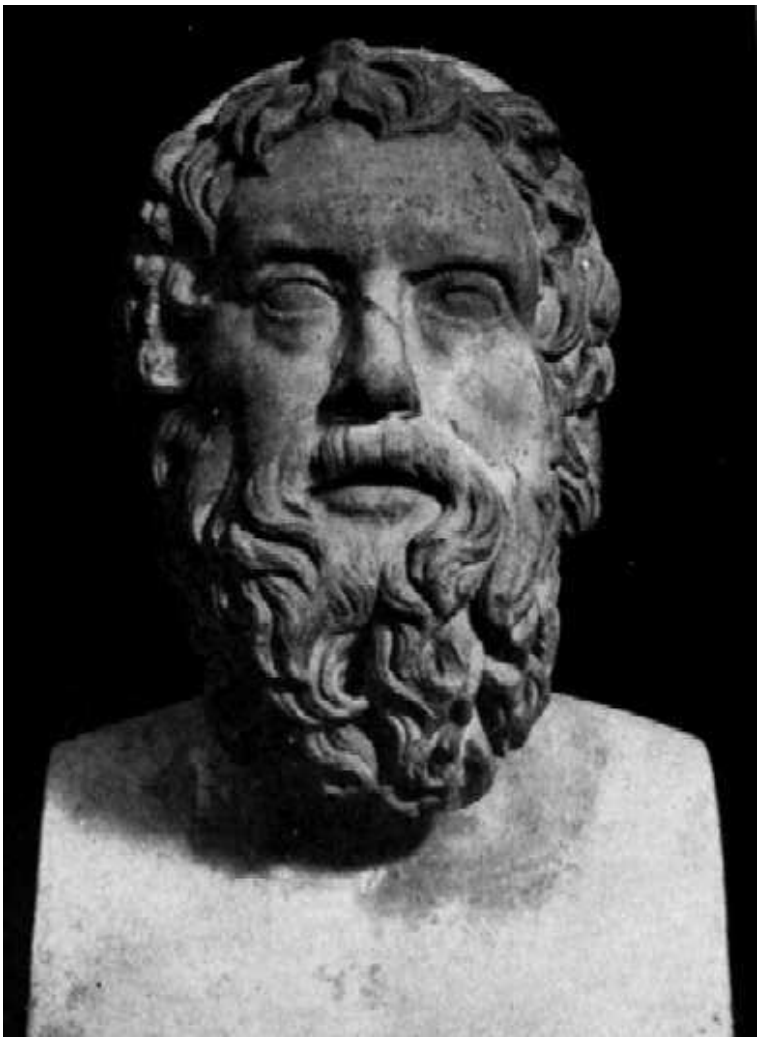


Hipócrates de Cos.

LA ANTIGUA COMEDIA ÁTICA

Aristófanes

En la historia del teatro griego, las primeras comedias se parecen más a lo que llamamos hoy variedades que a la actual comedia. La sátira social era su principal temática; se atacaba a personas de relieve, políticos, poetas, filósofos y a mucha gente. No sabemos con exactitud cómo ni cuándo se originaron, aunque la voz comedia parece indicar que quizá surgió en las fiestas que se celebran en honor de Dionisos en cualquier parte del mundo helénico. Durante tales festejos, muchos se emborrachaban, lanzaban bromas groseras y se entregaban a danzas alocadas y canciones atrevidas. Este género de representación recibió el nombre de *komos*. Las comedias griegas conservaron muchos aspectos toscos, aun cuando poetas posteriores tratasen con nuevas técnicas estas burdas diversiones y les dieran una acción coherente. El género nació en Sicilia, de donde pasó más tarde a Atenas.



Aristófanes.

El comediógrafo más importante fue Aristófanes, de cuya vida sólo se sabe que perteneció a una familia ateniense y nació hacia mediados del siglo V antes de Cristo, quizás en Egina.

Su primera comedia fue representada en 427 antes de Cristo, a los cinco años de estallar la guerra del Peloponeso. Sólo se han conservado algunos fragmentos, pero puede afirmarse que el tema es idéntico al que trató, cuatro años después, en *Las nubes*.

La mejor comedia de Aristófanes, y la más célebre, también, se titula *Las aves*. Preludia al *Sueño de una noche de verano*. Con irrespetuoso desenfado, se burla de los antiguos dioses, de la política y de muchas otras cosas. Es la más airosa, regocijante y ágil de sus obras. A lo largo de la comedia brotan como lítico manantial versos juguetones y brillantes. *Las aves* fue representada por primera vez en 414 antes de Cristo.

He aquí a grandes rasgos el desarrollo de la acción: dos ciudadanos, Pistetero y Evélpides, cansados de las divergencias entre los atenienses, deciden fundar una ciudad, pero no en la tierra, sino en los aires, en el reino de las aves. Los dos amigos desean encontrar a la abudilla Tereo, ya que habiendo este pájaro sido antes hombre, es capaz de adoctrinarlos; cuando sabe que vienen de Atenas y por qué, la abudilla va a buscar a su esposo, el ruiseñor. Ambos reunirán a todas las aves para examinar el proyecto.

El consejo decide construir una ciudad en las nubes, que se llamará Nefelococigia y estará dotada de todos los atributos de un poderoso reino. Pero cuando los muros estuvieron terminados, los dioses comenzaron a inquietarse, porque Nefelococigia rivalizaba con el Olimpo. La nueva ciudad cierra el paso que une cielo y tierra y las ofrendas de los hombres no pueden llegar a los dioses. El hambre reina en el Olimpo y los dioses se ven obligados a enviar una embajada a Nefelococigia para negociar con las aves. La sátira alcanza su cumbre en la escena que sigue. La embajada se compone de Poseidón, Hércules y un dios extranjero que se comporta de forma tan siniestra y grosera que avergüenza a Poseidón.

Pistetero, que dirige el nuevo Estado, se percata enseguida de cómo puede atraer al glotón Hércules a su causa. Coloca ante él un suculento asado, carne de dos aves "que se sublevaron contra la democracia de los pájaros y sufrieron su justo castigo". Una vez satisfecho, el terrible semidiós queda en manos de Pistetero. El dios bárbaro habla un griego desastroso que nadie es capaz de entender; resulta fácil para Pistetero interpretar su jerga diciendo que el dios sostiene la opinión de Hércules. Este mismo dios contribuye a la traducción del galimatías. Terminada la libérrima traducción, el dios bárbaro se limita a decir: "¡Muy bien dicho!"

Los embajadores se someten a las exigencias de las aves; Zeus compartiría la soberanía del mundo con Nefelococigia y casaría a una de sus hijas con Pistetero. La comedia termina con alegres regocijos nupciales.

OCASO POLÍTICO DE GRECIA

Las guerras del Peloponeso terminaron con la caída de Atenas. Gracias al oro del rey persa, los griegos habían aniquilado el principal apoyo de la independencia de su país y como consecuencia retrocedieron a la situación anterior a Salamina, Platea y Micala. Las presiones del Imperio persa se hicieron cada vez más insistentes. Perdida la independencia adquirida por sus victorias y los frutos de la paz de 448 antes de Cristo, el rey persa transformóse en árbitro de cualquier diferencia entre los estados helénicos e inclinaba la balanza a su antojo. Si Grecia se hubiera confederado, nunca habría llegado a tal situación. Una Grecia unida hubiese sido, por muchas razones y desde el punto de vista militar, muy superior al imperio persa, ya decadente. Pero la debilidad y la división subsistieron en Grecia hasta que un caudillo poderoso logró fundir en un pueblo a todos los helenos, para su suerte y, también con más frecuencia, para su desgracia.

LA HEGEMONÍA DE ESPARTA

Sometida Atenas, Lisandro regresó a Esparta y fue honrado como ningún griego lo fuera anteriormente. En testimonio de sus hazañas, ostentaba centenares de proas capturadas en Egospótamos y otros lugares y materialmente se doblaba bajo el peso de las coronas de oro enviadas por las ciudades del Peloponeso en prenda de agradecimiento; tenía además 500 talentos de los subsidios que el rey persa le diera para gastos de guerra. Jamás concedió Grecia a ciudadano alguno un poder tan ilimitado como a Lisandro, el más espartano de sus generales. Dominaba casi todos los puertos del mar Egeo. En todas las ciudades visitadas en su triunfal viaje a lo largo del litoral, estableció decarquías (gobierno de diez miembros). Tales gobernantes disponían de poder enorme sobre la vida y los bienes de los habitantes. Ésa era la libertad ganada por los miembros de la Liga de Delos al desprenderse de sus opresores atenienses. Bajo la autoridad de Atenas debían contribuir a los gastos de la flota, motivo de su rebelión; ahora tenían que pagar a Esparta un enorme tributo: mil talentos anuales. Y como sus predecesores, tampoco el hombre que encarnaba la nueva libertad estaba exento de adulación y orgullo. De todas partes llegaban a Lisandro testimonios de admiración casi idolátricos, y aunque fuese el más austero de los espartanos, tanta veneración acabaría por embriagarle. Lisandro, vencedor en Atenas, imitó a Pausanias, vencedor en Platea; loco de orgullo y carente de clemencia, se hizo pronto insoportable.

Estableció en Atenas un gobierno de treinta atenienses partidarios de Esparta, quienes implantaron el terror; se dice que unos 1.500 ciudadanos fueron ejecutados. Adversarios políticos y enemigos personales fueron inmolados a la sed de venganza. **"Los treinta tiranos",** como se les llamaba, se sentían seguros y amparados por el nutrido contingente espartano que ocupaba la Acrópolis. La situación empeoraba cada día más. Por último, los treinta tiranos acabaron-persiguiendo a todo el que poseía dinero, cuales auténticos bandidos. Además, los tiranos eran enemigos jurados de todo ateniense culto. Querían arrastrar al pueblo de Atenas, tan pagado de su elevada civilización, a la ignorancia rústica.

Critias fue animador de este régimen implacable. Como Lisandro, era de temer que imitase servilmente al espartano. Cuando le hablaban de crímenes cometidos en su nombre, se encogía de hombros y contestaba: "Siempre ocurrió así en tiempos revolucionarios".

Nunca habían soportado situación semejante los infelices griegos. Los miembros de la Liga de Delos empezaron a echar de menos el "yugo" ateniense y llegaron casi a compadecer a los atenienses. En Tebas, sobre todo, hallaron refugio los atenienses ansiosos de libertad, poniéndose al abrigo de los treinta tiranos. Transcurridos ocho meses de tal régimen, un grupo de refugiados atenienses salió de Tebas y se encaminó hacia Atenas, dirigidos por Trasíbulo. Muerto

Critias en las luchas que siguieron, fue fácil eliminar a los tiranos y restablecer las instituciones democráticas.

En otras ciudades, la decarquía siguió el mismo sino; no obstante, gobernadores y guarniciones espartanos continuaron en ellas. Grecia entera lanzó un suspiro de alivio cuando Lisandro desapareció de escena. El gobierno espartano había recibido tantas quejas de su general y de su modo de ejercer el poder, que le retiró el mando.

La opresión sobre la Hélade disminuyó aún más cuando las relaciones de Esparta con el rey de Persia perdieron cordialidad, debido al secreto apoyo espartano a una conjura contra Artajerjes II.

La expedición de "los Diez Mil"

En el litoral persa, conspiraciones, asesinatos y luchas fratricidas estaban a la orden del día. En 465 antes de Cristo, Jerjes fue víctima de una conjura y, poco después, su hijo primogénito Darío fue asesinado a instigación de su hermano Artajerjes. Éste reinó más de cuarenta años y su hijo y sucesor, Jerjes II, fue asesinado dos semanas después también por su hermano, quien a su vez fue eliminado por el tercer hermano, Darío II. El nuevo soberano se casó con su hermanastra Parisatis, participante en todos los asesinatos cometidos en la corte durante el reinado del débil Darío, que murió en 404 antes de Cristo y dejó trece hijos, entre ellos Artajerjes II y Ciro. Éste, más joven, era, al revés de su hermano mayor, enérgico y ambicioso, y se propuso arrojar del trono a aquél. Parisatis le ayudó en el plan, pues Ciro era el preferido de sus hijos.

Reclutó un ejército de 10.000 mercenarios griegos y en la primavera del año 401 antes de Cristo salió de Sardes al frente de sus tropas, que se elevaban ya a 14.000 soldados. Disponía de otro ejército persa compuesto de 10.000 hombres. La expedición se dirigió al corazón del Imperio persa, si bien su plan se desconocía.

Estos mercenarios griegos —"los Diez Mil"— habían de enfrentarse con peligros espantosos y dificultades sobrehumanas. Su odisea ha sido descrita con maestría por uno de ellos, el ateniense Jenofonte, hombre extraordinario, muy culto y amigo íntimo de Sócrates. Su libro sobre la expedición de "los Diez Mil", la *Anábasis*, se lee todavía con el mayor interés.

Lo más penoso de esta expedición fue seguir el Éufrates a través de los desiertos del norte de Mesopotamia: no había un árbol, sólo brotaban el ajenjo y otras plantas aromáticas. Durante dos semanas, los griegos vagaron a través de este país desolador; por fin, llegaron a regiones más fértiles.

Cerca de Cunaxa, al noroeste de Babilonia, Artajerjes lanzó las tropas contra su hermano. El aspecto de este ejército persa era impresionante, pero el ímpetu del menguado ejército griego era mayor; "los Diez Mil" asaltaron las líneas enemigas con repetidas y más rápidas ofensivas cada vez. Al fin, el pánico se apoderó del flanco atacado por los griegos.

Pero las cosas no ocurrieron así en el sector donde luchaban persas contra persas. Ciro fue gravemente herido en un ojo por un dardo, cayó del caballo y fue aplastado con todos cuantos intentaron cubrirle.

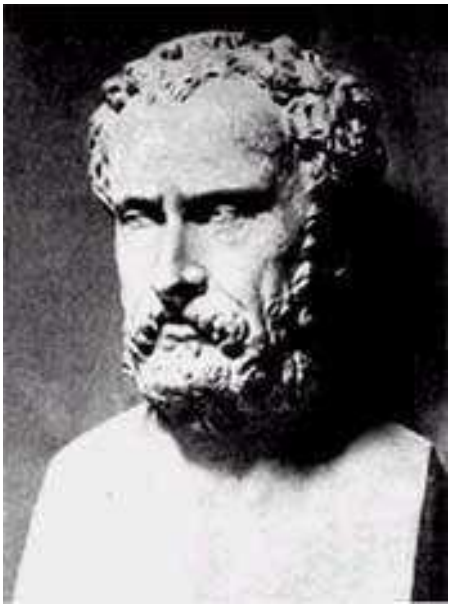
El rey mandó cortar la cabeza y la mano izquierda del difunto pretendiente y los levantó en alto para que los restos macabros fueran vistos en todo el campo de batalla. Para los persas fue señal del fin de la lucha. Las tropas de Ciro emprendieron la huida, pero los griegos siguieron en la brecha.

Por último, el oficial espartano Clearco y sus hoplitas derrotaron a los persas. Con todo, el campamento de Ciro fue saqueado por el enemigo y los griegos se encontraron sin víveres en un país enemigo y a mucha distancia del mar. A pesar de todo, pactaron con el sátrapa Tisafernes. Éste prometió indicarles el camino más seguro para regresar; además, les proporcionaría víveres si se los pagaban y le prometían no perjudicar al país y a sus habitantes.

Cuando los griegos estaban a mitad de camino del Tigris, Tisafernes juzgó llegado el momento largo tiempo acariciado de tenderles el lazo. Con astucia y buenas palabras, convenció a Clearco para que le visitara en su tienda acompañado de los cuatro oficiales griegos de mayor graduación, otros veinte oficiales más y un destacamento de veinte soldados.

Cuando los griegos llegaron al campamento de Tisafernes, invitaron a los cinco oficiales a presentarse ante el sátrapa. De pronto, la guardia de éste izó una bandera roja en la tienda de su jefe y a esta señal convenida, hicieron en ellos una horrible carnicería: cuantos se encontraban fuera de la tienda, fueron pasados a cuchillo, y los oficiales, que estaban dentro, fueron desarmados por los persas y encadenados; luego, enviados al rey y decapitados. Tisafernes mandó mensajeros a los griegos pidiéndoles que rindiesen las armas ahora que sus jefes "habían sido castigados por no respetar el tratado". Las armas "pertenecían al rey, puesto que con anterioridad habían sido de Ciro, su esclavo". Entonces Jenofonte, voluntario en toda esta campaña; y otro oficial se pusieron al frente de sus compañeros de armas. Los griegos respondieron a los mensajeros de tal forma que los persas juzgaron prudente dar media vuelta en el acto.

Así comenzó una retirada aun hoy interesante, no sólo por su significación política, sino por mostrar el carácter del pueblo griego.



Jenofonte.

La *Anábasis* de Jenofonte es una de las mejores obras de la Antigüedad. Nos presenta a hombres procedentes de toda la Hélade, un microcosmos del pueblo griego, con sus virtudes y defectos. Este pequeño ejército estaba aislado y rodeado de peligros en un país inhóspito y hostil. El grupo era fuerte mientras había unión; todos se percataban que la unidad era una necesidad imperiosa. Los soldados deliberaban y tomaban decisiones, como si se tratara de una especie de polis nómada e independiente.

Tisafernes no osó en lo sucesivo atacar de frente a los griegos, aunque estuviera en posición favorable; se contentó con hostigar la retaguardia griega con ataques de caballería. Los griegos sufrieron aún más cuando llegaron a las regiones montañosas del actual Kurdistán, en donde los indígenas les acogieron con una lluvia de flechas y los honderos, con proyectiles de tanta fuerza, que les causaron heridas mortales, pese a sus cascos, corazas y escudos.

"Los Diez Mil" llegaron por fin a las montañas de Armenia. El frío de diciembre era terrible; y los griegos caminaron mucho tiempo con nieve hasta la cintura, sufriendo el azote de un viento glacial. Muchos soldados, agotados de hambre y cansancio, se tendían para dejarse morir. Jenofonte, que dirigía la retaguardia, los obligaba a levantarse: "Los golpeaba con mis puños para que no fueran víctimas de las armas enemigas".

Felizmente, los griegos llegaron casi exhaustos a unas ciudades ricas en ganado, alimentos, vino y cerveza, y se quedaron allí una semana para reponer fuerzas. Después, siguieron adelante, pese a las constantes escaramuzas con las poblaciones que encontraban. Por fin llegó un día en que olvidaron todos los sufrimientos pasados. ¡Desde la cima de una montaña se divisaba el mar! Los de la vanguardia gritaban de alegría, acrecentada a medida que llegaban los demás. Allí a sus pies estaba el mar Negro. *"¡Thalassa, thalassa!"* (el mar, el mar), gritaban, abrazándose unos a otros y llorando de gozo. Combatiendo siempre, fueron abriéndose camino hasta que recibieron acogida hospitalaria en la ciudad litoral de Trebizonda. Se instalaron en algunas ciudades del contorno y pudieron gozar, al fin, de un merecido reposo.

De Trebizonda siguieron costeando en dirección oeste, pero en mirando el mar, se negaban en redondo a caminar más. Tras muchas dificultades, pudieron disponer de una flota. Los sufrimientos tocaban casi a su fin. Los griegos pisaron por primera vez tierras europeas en Bizancio, en el año 399. Allí, parte del ejército se dispersó, otros continuaron el viaje hacia sus patrias respectivas y el grueso de éste se puso al servicio de los espartanos, que los transportaron al Asia Menor. Esparta acababa de entrar en guerra contra Tisafernes y sus colegas. Jenofonte se despidió en Esparta de sus compañeros de armas, quienes le debían, más que a nadie, la salvación. Jenofonte llegó a Atenas tras una ausencia de dos años y medio, pocas semanas después que su maestro e íntimo amigo Sócrates fuese condenado a muerte.

Jenofonte y los “Diez mil”

RETIRADA DE "LOS DIEZ MIL" (401 a. de C.)
PONTO EUXINO (MAR NEGRO)
TRACIA
Bizancio
Chrysopolis
Heraclea
Calpe
Sinope
Cotyora
Trapezus
CAUCASO
MAR CASPIO
CAPADOCIA
ARMENIA
Sardes
Thimbrion
Celenae
Tyana
Tarso
Issos
Myriandes
Chalybon
Tapsaco
Eufrates
L. Van
Tigris
Mespila (Ninive)
Larisa
MEDIA
Opis
(Fortificaciones persas)
Sittace
Cunaxa
PERSIA
CHIPRE
MEDITERRANEO ORIENTAL
FENICIA
PALESTINA
SIRIA
ARABIA
EGIPTO

Los espartanos atacan al imperio persa

La expedición de "los Diez Mil" no fue sólo un episodio aventurero; fue, además, un suceso importante en la historia del mundo, porque reveló la debilidad del Imperio persa. Desde entonces, los griegos más perspicaces advirtieron que un ejército poco numeroso y bien pertrechado bastaría para quebrantar definitivamente el poderío del rey de Persia. Y esta idea sería e1 móvil de las hazañas de Alejandro Magno.

El creciente desprecio de los griegos hacia los persas parecía estar en aparente contradicción con el influjo que el imperio del rey de reyes ejercía entonces sobre los destinos de Grecia. Sin embargo, esta influencia más se basaba en la escisión dejos griegos que en el poder de los persas; además, el rey, que disponía siempre de abundante oro, dirigía con eficacia las intrigas de unos griegos contra otros. Esparta, el Estado más poderoso, había traicionado la causa helénica entregando a los griegos del Asia Menor al rey persa.

Pero la situación cambiaba. Los espartanos se habían hecho sospechosos a la corte persa por haber alentado en secreto la rebelión de Ciro, y aun empeoró más su situación cuando Tisafernes, al regreso de Cunaxa, lanzó una campaña de represalia contra las ciudades jónicas que se habían sumado al movimiento de Ciro. Los jonios pidieron ayuda a los espartanos, que éstos no pudieron negar. Años antes, los espartanos habían comprado los favores del rey de los persas, abandonando sin piedad a sus compatriotas de la otra orilla del mar Egeo; pero ahora eran dueños de la Hélade y querían demostrar su capacidad de defensa del mundo griego. Los espartanos tomaron, pues, las armas contra Tisafernes y su rey.

Al principio, nada notable ocurrió. Pero en 396 los sucesos se precipitaron al ser nombrado jefe supremo Agesilao, uno de los reyes de Esparta. Era un espartano valeroso y sin tacha, bajo de estatura y cojo: un cuerpo deforme alentado por un espíritu indomable capaz de vencer todos los obstáculos. Al revés de lo ocurrido con Lisandro, todos lo querían, por su buen carácter y amabilidad.

Cuando se hizo cargo del mando, comparó su campaña con la guerra de Troya: una vez más, Grecia entera iba a atacar al enemigo común asiático en su territorio. Como antaño Agamenón, también ofreció un sacrificio a los dioses antes de abandonar el puerto de Aulis. El momento cumbre de su expedición lo constituyó una brillante victoria cerca de Sardes. La reina madre Parisatis culpó a Tisafernes de la derrota persa y el sátrapa fue decapitado.

Pero Agesilao interrumpió pronto la marcha triunfal, porque los acontecimientos de su patria reclamaban su presencia urgente. En primer lugar, se levantaron en armas los tebanos contra los espartanos y los derrotaron en una batalla en la que Lisandro halló la muerte. La situación era aún más desesperada, porque los corintios se aliaron con los tebanos, y los atenienses vieron llegada la hora de su libertad; después, se sublevaron los argivos y otros pueblos. Se había creado un frente antiespartano, tal vez merced al oro persa.

Esta amenaza obligó a los espartanos a llamar a Agesilao. El jefe espartano había soñado con una brillante carrera en Asia, pero por el bien de Esparta obedeció a los éforos. Regresó por tierra, atravesando Tracia, Macedonia y Tesalia; cuando llegó a Beocia, halló a las tropas coaligadas cerca de Queronea. Corría el año 394. La batalla fue cruel y Agesilao quedó gravemente herido: se libró gracias al valor de los cincuenta espartanos de su guardia personal. Pero consiguió la victoria.

Sin embargo, este éxito perdía valor ante la aplastante derrota que una flota persa a las órdenes del ateniense Conón acababa de infligir a la marina espartana en Egospótamos, en el extremo sudoeste del Asia Menor, derrota que acabó con la hegemonía naval espartana. Este desastre mudó repentinamente el signo de la situación y Agesilao no pudo volver al Asia. Conón movía su flota de isla en isla, de puerto en puerto del mar Egeo, expulsando de todas partes a los gobernadores espartanos. Éstos se habían hecho odiar tanto, que Conón pudo cumplir su misión con sorprendente facilidad.

A su regreso a Atenas, el pueblo lo acogió en triunfo, aclamándolo como libertador de la patria y segundo Temístocles. Con general satisfacción, Conón mandó reconstruir las murallas de Atenas. Todos querían participar en la tarea. Beocia y otros pueblos vecinos, que once años antes habían festejado el derribo de los muros, ofrecieron ahora su ayuda y los reconstruían con alegría.

En efecto, el rey persa y su sátrapa de Jonia creyeron llegado el momento de inclinar la balanza griega en favor de Esparta. Los persas imprimieron un cambio radical a su política y detuvieron a Conón, declarando que éste obraba contra los intereses del rey. Conón fue paralizado en un momento en que tanto podía hacer para el nuevo progreso de Atenas. Los espartanos se alegraron de ello. Más tarde, un astuto embajador de Esparta consiguió de Persia la firma de un tratado de paz. Estos sucesos ocurrían en 387. Esta paz era otra deshonra para Esparta, que de nuevo sacrificaba a los griegos del Asia Menor sus intereses. Las cláusulas del tratado eran afrentosas para los helenos. Esta **"paz del rey",** como la denominaban, era un decreto humillante para los Estados griegos, un edicto que el rey promulgaba en Susa sin consultarles y al que tenían que someterse de grado o por la fuerza. El tratado estipulaba que todas las ciudades del Asia Menor pertenecerían en adelante al rey.

Sólo un artículo del mismo era ventajoso a primera vista: garantizaba la independencia de todas las ciudades grandes o pequeñas de Grecia propiamente dicha. ¿Podían desear algo más los griegos? ¡Nada, sin duda, si Esparta no hubiera sido aliada de Persia! Esparta era el gendarme de Artajerjes; con él podría malograrse toda tentativa de unidad entre los griegos. Esparta aceptaba la triste misión de velar por el estricto cumplimiento del tratado.

Así quedaron los griegos reducidos a la impotencia. Tuvieron que reconocer no sólo la hegemonía de Esparta, sino también la supremacía del gran rey. Por primera vez después de la batalla de Micala, casi un siglo antes, los persas imponían su poder a los helenos del Asia Menor.

La "paz del rey" dividía al mundo heleno en dos partes, dependientes ahora del monarca persa; una, directamente; la otra, en forma indirecta. Los griegos habían derrochado la herencia de su edad de oro, habían renegado de sus héroes y grandes políticos y, lo más humillante, tenían que inclinarse ante un enemigo a quien pudieron vencer por tierra y mar. Su pugna en sojuzgarse mutuamente había provocado esta lamentable situación.

¿Por qué los espartanos traicionaron así el honor de Grecia? Sólo hay una explicación posible: su pánico al ver con qué rapidez los atenienses levantaron las murallas de Atenas. El temor que Atenas recobrara su antiguo poderío se convirtió en idea obsesionante. De ahí su afán de buscar la paz a cualquier precio, y de tal manera que los demás griegos quedasen aislados e incapaces de unirse contra Esparta y arrebatarle la hegemonía.

De las campañas realizadas por Conón, nada quedaba. Una vez más, los espartanos lograron su objetivo: quebrantar la unidad de sus rivales y servirse de ellos para conseguir cuanto ambicionaban.

Vigilaban ahora a los griegos de los demás Estados como a sus propios vecinos. Desde la conclusión del tratado de paz, obligaron a los tebanos a sacrificar su posición de ciudad directora de Beocia, deshicieron la alianza entre Atenas, Tebas, Corinto y demás polis griegas y, con la ayuda persa, designaron gobernadores en varias partes.

Los sátrapas persas oprimieron más que nunca a los griegos indefensos del Asia Menor. El gobierno espartano sembró en la Hélade un odio que daría más tarde sus frutos.

LA HEGEMONÍA DE TEBAS

Después de la sujeción de Atenas, los espartanos temieron a Tebas más que a ninguna otra ciudad. El rey Agesilao, sobre todo, sentía rencor hacia los tebanos, pues por su culpa se había visto obligado a suspender la prometedora campaña de Asia. No perdía ocasión para obstaculizar su existencia: puso guarnición espartana en Beocia, junto a Tebas, y constituyó unos gobiernos formados por diez hombres (decarquías) filoespartanos en las ciudades beocias. Mientras, los tebanos resentidos esperaban el momento de reanimar la Liga Beocia y lanzarse contra Esparta.

Pero antes de conseguirlo sufrieron otra prueba aún más humillante: los tiranos se instalaron en su misma urbe.

Aunque doria como los lacedemonios, sólo una minoría de la población tebana simpatizaba con Esparta y gracias a ella pudieron los espartanos realizar uno de sus atentados más brutales. En 382, un ejército espartano que iba camino de Tracia asaltó la fortaleza de Tebas Nadie la defendía aquel día, porque se celebraba una fiesta religiosa consagrada a las mujeres, y en tal fecha les estaba prohibido a lo hombres salir de sus casas, por lo que los espartanos se apoderaron de la ciudadela sin ninguna dificultad.

Nadie se atrevía ahora a oponerse a los espartanos; por una parte, estaban apoyados por el rey de Persia, y por otra, el tirano Dionisio de Siracusa se había convertido en su aliado. Fuera de haber derramado su sangre por la causa común, cerca de la ciudad de Platea en 479, los beocios no habían laborado mucho por el engrandecimiento de Grecia. Pero después de la guerra, el orgullo espartano los hizo cambiar de parecer. Los beocios llegaron a solidarizarse con los oprimidos atenienses y acoger con hospitalidad a cuantos huían del terror de los -treinta tiranos.

Los tebanos más ricos y prestigiosos de entre los exiliados planearon una conjuración encabezada por el joven Pelópidas con el fin de asesinar a los oligarcas y liberar a Tebas. Así, una tarde lluviosa de diciembre de 379 lograron entrar a Tebas siete conjurados disfrazados de campesinos, que se escondieron en casa de un amigo. Otro de sus cómplices supo desenvolverse tan bien en la política local, que ocupaba el cargo de secretario de los oligarcas; gracias a él, los conjurados consiguieron cumplir su misión. Éste invitó a un festín a dos de lo cuatro tiranos, que se efectuó al día siguiente por la tarde. Cuando lo invitados estuvieron bastante borrachos, entraron tres mujeres tocadas con velos y primorosos vestidos. Tomaron asiento junto a los tres hombres y a una señal convenida levantaron sus velos, sacaron los puñales ocultos en los vestidos y asesinaron a los dos oligarcas. Sus colegas también fueron apuñalados por los conjurados.

De este modo infamante murieron estos hombres que habían abierto las puertas de su patria al enemigo. Inmediatamente, los conjurados se dirigieron hacia donde penaban 150 prisioneros políticos, pusieron fuera de combate al jefe de la prisión y liberaron a aquellos que habían sido encarcelados por el pecado de defender a la patria.

Después mandaron emisarios por toda Tebas anunciando que la ciudad era ya libre y que todos los tebanos amantes de la libertad debían presentarse armados en la plaza de la ciudad. Al rayar el alba, Pelópidas y los suyos presidían allí una asamblea popular. Los sacerdotes coronaron de laurel a los siete conjurados, les agradecieron en nombre de los dioses tutelares de la ciudad y el pueblo delirante los eligió por jefes. Los siete jóvenes aprovecharon el entusiasmo general para atacar enseguida la fortaleza. Los tres comandantes espartanos ofrecieron rendirse si les dejaban evacuar la guarnición; los tebanos aceptaron. Cuando salieron las tropas, los tebanos no pudieron contener su odio contra los traidores de su pueblo, algunos de los cuales fueron capturados y ejecutados.

La noticia de la liberación de Tebas se extendió como reguero de pólvora por el mundo helénico. Se ensalzaron la presencia de ánimo y el valor de aquellos hombres que llevaron a cabo un plan tan arriesgado y derrocaron en pocas horas un gobierno que parecía invencible en la víspera. La alegría de ver que el orgullo espartano había perdido uno de sus puntos de apoyo era inenarrable.

Poco más tarde, recrudeció el odio antiespartano cuando se supo que habían pretendido hacer con los atenienses lo mismo que con los tebanos tres años antes. El gobernador espartano de una ciudad beocia había organizado una operación militar contra El Pireo para apoderarse, mediante un golpe de mano, de los navíos y bastimentos atenienses. Un atardecer, emprendió la marcha con la idea de llegar al Pireo antes del amanecer, pero le falló el cálculo, Atenas se salvó; al romper el alba aún se hallaban los espartanos en camino.

El guante estaba echado y los, atenienses aceptaron el reto. Pactaron amistad con los tebanos y se prepararon para declarar la guerra por tierra y por mar a Esparta. Consiguieron formar una segunda Liga Ática en 378, exactamente un siglo después de la creación de la Liga marítima de Delos. Gracias a ella, tuvieron recursos suficientes para la guerra naval.

Mientras los atenienses acrecentaban su poderío naval, los tebanos prepararon el ejército más poderoso de su historia, formado por una "falange sagrada" de trescientos hoplitas, integrado por jóvenes valientes.

Además de esa "falange sagrada", los tebanos contaban con algo que también contribuyó a la eficacia de su ejército: un jefe y estratego excepcional, Epaminondas, quien inició una nueva fase en la historia de Grecia. Esparta quería aniquilar a Tebas, principalmente por una razón: porque la ciudad comenzaba a recuperar ascendiente entre las demás de Beocia. Luego, Atenas firmó la paz con Esparta sin contar con su aliado; los tebanos, ofendidos, denunciaron el tratado. Estaban solos y únicamente podían esperar ayuda de Beocia.

Los espartanos juzgaron llegado el momento de dar el golpe de gracia a los tebanos. En el año 371, Beocia fue invadida por las tropas de Esparta, pero gracias al talento político y militar de Epaminondas y al valor de Pelópidas, los tebanos no rindieron las armas y vencieron a los espartanos en **Leuctra**, cerca de Tebas.

La batalla de Leuctra señala un giro, no sólo en la historia de la estrategia, sino también en la política griega. Esparta cedió la hegemonía a la Tebas de Epaminondas. Prácticamente, toda Grecia central, menos Atenas, formó parte de la Liga Tebana, Liga que dejó sentir muy pronto su influencia en el Peloponeso. Epaminondas, al frente de un ejército, invadió Laconia y la arrasó. Los ilotas se sublevaron en Mesenia. De Italia, Sicilia y África llegaron navíos atestados de descendientes de mesenios que retornaban a sus antiguos hogares para adorar a sus dioses en la tierra de sus antepasados. Regresaban del destierro como antaño los israelitas de Babilonia. Los mesenios lograron su libertad y formaron un Estado dirigido por

Epaminondas. Con su ayuda, se organizó también, en el interior del Peloponeso, un Estado arcadio confederado.

Epaminondas.

Pocos países como la antigua Arcadia han dado pábulo a mitos paradisíacos.[27] Pero otra era la Arcadia de la realidad. Un país de pastores, ciertamente, pero con tierras pobres y poco dispuestas para la vida idílica. Eran toscos y primitivos como sus montañas.

Más tarde, también las ciudades de Acaya se aliaron a Tebas; pero la carrera política de Epaminondas cortóse de pronto antes de poder realizar sus proyectos, pues en el año 362 murió luchando en Mantinea, ciudad arcadia enemiga de Tebas.

La muerte de Epaminondas significaba para Tebas el más rudo golpe que podía recibir. De nuevo, la ciudad sufría una pérdida irreparable. Dos años antes había caído Pelópidas en una guerra contra Tesalia. La muerte de este amigo de Epaminondas fue también sentida por el pueblo, al que sacrificó su juventud para librarlo del opresor. Sólo él hubiese podido recoger el mando que dejaba Epaminondas.

Al saber los tebanos la muerte de Epaminondas, firmaron la paz. La obtuvieron a costa de perder su hegemonía. El papel de Tebas finalizaba en el momento en que a los rudos beocios les faltó el genio de Epaminondas. La gloria efímera de Tebas sólo sirvió para frenar el poder y la influencia de Esparta y Atenas. Como anteriormente éstas, también Tebas consiguió con más facilidad debilitar a sus rivales.

---

[27]Los escritores del siglo XVIII presentaron la Arcadia como un país idílico: allí soplaban suaves brisas y habitaba un pueblo feliz de pastores, dichosos mortales que vivían a la sombra de los árboles, junto al arroyo que regalaba los oídos con el susurro de sus aguas. Unas veces, los pastores contemplaban los rebaños que pacían tranquilamente; otras, las más, hablaban de lindas cosas o danzaban al son de sus rabeles. Mundo idílico el de la Arcadia poética....

La muerte de Epaminondas. Isaak Walraven (1686-1765) Rijksmuseum, Amsterdam.

Algo parecido ocurrió con la nueva hegemonía naval ateniense.

Cuando a los atenienses les venía el viento de popa, sus aliados acusábanlos de imperialistas, quizá con razón, y desertaban. Varias islas costeras del Asia Menor abandonaron entonces la nueva Liga Ática, estado de cosas que se prestaba de maravillas a las intrigas persas.

Atenas, Esparta y Tebas estaban exhaustas; ningún Estado descollaba en Grecia. Después de tantos esfuerzos desmesurados, los griegos degeneraron en hedonistas; es decir, engolosinados con los placeres. Para la masa popular, sobre todo en Atenas, nada llegó a ser más importante que las fiestas y las funciones teatrales gratuitas. No necesitaban trabajar, pues el Estado subvencionaba a cuantos cumplían sus pretendidos deberes ciudadanos y los alimentaba sin exigir nada en cambio.

El ateniense medio solo veía en el Estado un organismo encargado de distribuir subsidios y organizar festejos. El servicio militar regular desapareció y la defensa de la ciudad se confió a mercenarios. Todos hablaban de sus derechos, pero casi nadie de sus deberes; el fraude y las prevaricaciones se volvieron habituales, siendo inútiles los organismos de control. Creyóse que nuevas leyes estimularían los sentimientos cívicos y se promulgaron infinidad de decretos. El resultado fue que nadie se entendió en este dédalo de leyes y reglamentos y, en la práctica, cada ateniense obraba a su antojo. Lo positivo de la democracia ateniense se iba borrando, en tanto que los gérmenes de desorden involucrados en todo régimen crecían sin obstáculos. La vida social y privada perdió serenidad y tornóse frívola. Los ciudadanos sólo hablaban de las hetairas o de las postreras innovaciones culinarias. La ciudad paladeaba los comentarios sobre las ingeniosas frivolidades de la última orgía. Así, poco a poco, el clima intelectual de Atenas se redujo al de una ciudad de provincia.

SICILIA ENTRE 413 Y 336 ANTES DE CRISTO

Los cartagineses eran para los griegos de Sicilia lo que los persas para los griegos de la metrópoli. Al perder Atenas la égida de la libertad helénica y su posición hegemónica, sus enemigos mortales —Persia y Cartago— reaparecieron en el escenario que abandonaran

después de Platea, Micala e Himera. Mientras el rey de Persia se interesaba por los jonios, los cartagineses pusieron pie en Sicilia.

Llegado el momento catastrófico para las ricas ciudades de la costa occidental de la isla, una tras otra fueron asaltadas por las hordas mercenarias que Cartago reclutó entre los bárbaros del Mediterráneo occidental. Corrió la sangre. Los hombres capaces de sostener las armas lucharon hasta morir, ancianos y niños fueron asesinados y las mujeres reducidas a esclavitud.

A Acragas (Agrigento), situada en la costa meridional, le llegó el turno años después. Era más poderosa que sus vecinas y estaba habitada por cientos de miles de personas. Situada en una de las regiones más fértiles de la isla, poseía ricos viñedos y olivares. Sus habitantes mantenían lucrativo comercio 4on las costas de África gracias a sus ricas cosechas. Acragas era inmensamente rica, como lo muestran sus templos, peristilos, estatuas y demás obras de arte.

La desgracia se abatió sobre la ciudad cuando en 406 llegó a sus muros un potente ejército cartaginés. Sicilia entera tembló de terror. Los habitantes de Acragas, aprovechando sus fuertes murallas y la situación ventajosa de la urbe —en la cima de una roca escarpada que dominaba toda la llanura—, rechazaron con facilidad el ataque púnico.

Siracusa envió rápida ayuda a Acragas, pero el general cartaginés mandó tropas contra la columna de socorro. Los siracusanos, ayudados por los sitiados, vencieron a los cartagineses. Sin embargo, los generales siracusanos no aprovecharon aquella ocasión de aniquilar al enemigo. ¿Por qué? En Acragas se decía que por corrupción e indiferencia hacia la causa común.

Gracias a las tropas de socorro, la ciudad quedó aliviada; además, los siracusanos se apoderaron de las provisiones en el campamento de los cartagineses y éstos empezaron a sentir el hambre.

Un inconveniente tenía el emplazamiento de Acragas: su aprovisionamiento por mar desde Siracusa. El general cartaginés sacó provecho de esta circunstancia, asaltó un convoy y se apoderó de los tan necesarios víveres. Entonces se volvieron las tornas y el hambre cambió de campo. Los siracusanos vislumbraban que un día u otro, pese a su ventajosa situación, la ciudad caería en manos del enemigo. El dinero cartaginés, bien distribuido, favoreció la opinión siracusana y las tropas de socorro desaparecieron.

Los habitantes de Acragas decidieron no luchar más y, para evitar matanzas, determinaron huir. En una noche de diciembre, miles y miles de hombres, mujeres y niños dejaron sus hogares, desistiendo de casi todos sus bienes. Fue un espectáculo tristísimo. Abandonaron a los niños enfermos y a los ancianos que no podían caminar; algunos se suicidaron para evitar ser torturados por el enemigo.

Al amanecer, los cartagineses encontraron una ciudad vacía; allá, a lo lejos, se divisaba el lastimoso cortejo de los fugitivos. Pero los soldados sólo pensaron en el botín que les ofrecía la ciudad abandonada, saquearon templos y casas y dieron muerte a cuantos habitantes hallaron a su paso.

Los colonos griegos insulares se libraron de situación tan desesperada gracias a un tal Dionisio, oficial joven y enérgico, de oscuro linaje, que dirigió las operaciones con tan drásticas medidas, que despertó el odio y temor de los griegos durante mucho tiempo. Dionisio fue el prototipo de tirano cruel. Sin embargo, gracias a sus cualidades militares y políticas, salvó durante cuarenta años a los griegos de Sicilia occidental de mayores calamidades.

Al juzgar la actitud de Dionisio no debe olvidarse, sin embargo, la suerte de las ciudades del oeste y sur de Sicilia. Alcanzó el poder en el momento en que un inexorable enemigo imponía su yugo a media Sicilia y cuando todos los griegos temían por su vida.

Muchos abandonaron el país por miedo y buscaron una situación menos peligrosa en la Italia continental; si los demás se salvaron, fue gracias a Dionisio.

Templo de la Concordia en Agrigento; se remonta al siglo V a. de C. y es uno de los más altos ejemplos de arquitectura dórica.

Para evitar la suerte de Acragas, Siracusa necesitaba un jefe competente y enérgico. Aunque Dionisio fuera joven y de nacimiento poco ilustre, era ya famoso por su tenacidad y valor. En la asamblea popular habló en contra de los jefes militares y los acusó de traición. Ayudado por sus amigos, fue elegido general en jefe; desde entonces ya no retrocedió ante las astucias demagógicas. Sabía el arte de presentarse como amigo del pueblo y oscurecer al gobierno vigente; nadie como él defendía con tanto calor y patetismo al pobre contra el rico, al oprimido contra el opresor.

Más tarde consolidó suposición con una guardia personal, como hiciera en otro tiempo Pisístrato; de esta forma, la asamblea popular no se atrevía a oponérsele. Imitó a los tiranos, condenó a muerte y ejecutó a sus adversarios más ricos y poderosos, y aprovechó también un conato de rebelión para humillar y desterrar a muchos enemigos. Las célebres canteras de Siracusa se atestaron de prisioneros políticos.

Más de una vez, la vida y el poder de Dionisio pendieron de un hilo y se salvó con astucia y violencia, al amparo de una ciudadela bien pertrechada que se hizo construir con el dinero del pueblo. Digamos, para ser imparciales, que la ciudadela también sirvió para proteger a los habitantes de la urbe.

Tomadas estas medidas de seguridad, Dionisio se esforzó en cumplir su verdadera misión: la guerra contra Cartago. Desde entonces, el tirano cambió su actitud hacia los siracusanos y los demás griegos de Sicilia. La astucia y violencia de su política dieron paso a la clemencia y magnanimidad: debía reconciliarse con todos los griegos si querían vencer al enemigo común.

Dionisio no descuidó ningún medio para conseguir su fin y dotó de armas a la ciudad entusiasmada; nunca se vio un ejército tan bien equipado. Reclutó, por las buenas o a la

fuerza, a los mejores ingenieros, arquitectos, armeros y artesanos de Sicilia e Italia. La ciudad convirtióse en un enorme arsenal. A ejemplo de los cartagineses, se construyeron colosales arietes y catapultas para lanzar flechas, piedras y proyectiles de plomo. El arsenal tenía armas de la mejor calidad y de todas clases. Se reforzó y modernizó la flota. Siracusa llegó a tener tantos navíos como Atenas en su mejor época.

Cuando estuvo todo preparado, Dionisio declaró la guerra a Cartago. Los griegos oprimidos por el enemigo vieron cercano el día de su liberación. Dionisio se puso al frente de un ejército numeroso, marchó hacia el Oeste y liberó ciudad tras ciudad. Los griegos se vengaron tanto de los antiguos estragos cartagineses, que las crueldades cometidas por ellos igualaron a las de sus enemigos.

Los liberadores llegaron hasta la costa occidental de la isla, pero hubieron de retroceder ante un contraataque cartaginés, que luego se hizo presente en la propia Siracusa. La situación de Dionisio era desesperada, pero la suerte lo ayudó. Lo que no lograron las armas lo alcanzó una espantosa epidemia que azotó el campo de los sitiadores, quizás más terrible que la de Atenas. Los cartagineses morían a montones.

El general en jefe cartaginés firmó en secreto la paz con Dionisio, comprometiéndose a retirar del cerco las tropas cartaginesas y volver a su país a cambio de trescientos talentos. El general cartaginés salvó la vida por poco tiempo: al llegar a Cartago, el desprecio de sus compatriotas le afectó tanto, que se encerró en su casa y se dejó extinguir de hambre.

La guerra continuaba con variada fortuna. Por fin, se firmó un tratado de paz que limitaba el poder cartaginés a la zona occidental de Sicilia y dejaba a Dionisio las cinco sextas partes de la isla.

Dionisio extendió su autoridad hasta Italia del sur, botó la marina más poderosa de su tiempo y destacó fuerzas militares en los lugares más lejanos del Adriático para apoyar sus naves. Su gobierno fue temido y respetado en toda la cuenca mediterránea. Hasta los galos, enemigos de los etruscos y de los romanos, quisieron pactar con él y le enviaron tropas. También intervino en los asuntos políticos de la metrópoli griega como activo aliado de Esparta.

Dionisio, odiado en, todos los círculos democráticos griegos, fue considerado tan nefasto para Grecia como el rey de Persia. Se le acusó de pactar con Artajerjes para aniquilar la Hélade y esta animadversión manifestóse sobre todo en los Juegos Olímpicos.

Los laureles de la guerra y el poder ilimitado no satisfacían a Dionisio; pretendía también descollar como poeta y atraerse una admiración no imponible por la fuerza. El tirano era muy susceptible respecto a su talento poético. En un banquete leyó algunas composiciones al poeta Filoxenes y luego, exultante, le preguntó qué le parecían. Filoxenes, imprudente, las criticó y Dionisio, disgustado, envió al poeta a trabajos forzados en las canteras de Siracusa; al día siguiente, se arrepintió y le mandó soltar. Más adelante, en otro banquete, volvió a pedir parecer a Filoxenes: "¿Qué te parecen mis versos?", preguntó el tirano. Filoxenes, en vez de responder, se dirigió a la guardia y dijo: "¡Llevadme a las canteras!" Esta vez, Dionisio rió de la ocurrencia.

Hizo representar sus tragedias en los Juegos Olímpicos de 388, pero sin asistir a ellos. Las obras suscitaron rechiflas y griterío. Dionisio esperaba ansioso a sus mensajeros en los Juegos y se llevó una desilusión terrible ante la noticia. No podía comprender lo ocurrido en Olimpia. Su orgullo era incapaz de soportar tal afrenta. Llegó a creer que todos lo odiaban como los griegos que se manifestaron en Olimpia y sospechó incluso de sus mejores amigos y parientes más cercanos. Los acusó de crímenes inverosímiles y, movido por la cólera, encarceló a varios. Hasta su hermano y su hijo eran registrados por la guardia antes de comparecer en su presencia, pues creía que podían ocultar armas en sus ropas. Cuanto más tiempo pasaba, más desconfiaba Dionisio de cuantos le rodeaban. Pudo mantenerse en el

poder hasta su muerte, en 367, gracias a su guardia personal y a tropas mercenarias que pagaba con generosidad.

Restos del Castillo Eurialo, cerca de Siracusa, construido por Dionisio el Viejo.

En esa especie de dinastía hereditaria en que se convirtió Siracusa le sucedió su hijo Dionisio II. El anciano tirano se jactaba en su lecho de muerte de dejar a su hijo un reino "sostenido por garfios de hierro"; es decir, los mercenarios, las fortificaciones inexpugnables y los inagotables arsenales. Y, en efecto, fueron "garfios de hierro" en tanto los sostuvo un hombre del temple de Dionisio; pero su hijo era inepto para semejante tarea. Abnegado pero débil, inconsciente y demasiado devoto de Dionisos y Afrodita, fue expulsado de Siracusa a los diez años de reinado.

Los cartagineses aprovecharon la confusión que se apoderó de la ciudad al derrocamiento de Dionisio II para invadir de nuevo Sicilia. Desesperados, los siracusanos pidieron auxilio a la metrópoli, Corinto; ésta acordó unánime auxiliar a sus compatriotas. Dirigió la expedición de socorro Timoleón, estimado por sus conciudadanos no sólo por su valentía, sino también por su nobleza de carácter; se le reputaba hombre sencillo y desinteresado, que siempre colocaba el bien de la patria por encima de sus intereses personales.

Su carácter se refleja en su actitud hacia su hermano, a quien salvó de la muerte exponiéndose a los dardos y flechas enemigos. Pasado un tiempo, este hermano, abusando del parentesco, se hizo proclamar tirano de Corinto e implantó el terror. A Timoleón, que detestaba la tiranía y el despotismo, la conducta fraterna le disgustó; al principio intentó hacerle entrar en razones para que desistiera de sus ambiciosos proyectos. Fue todo inútil y Timoleón se sentía cada vez más desgarrado entre el amor que debía a su hermano y a su patria.

Un día, Timoleón subió a la Acrópolis con algunos amigos e invitó una vez más a su hermano a resignar la tiranía. El déspota los insultó y los amigos de Timoleón lo mataron allí mismo. Él no había alzado la mano contra su hermano, pero no pudo soportar el espectáculo y se apartó llorando.

Los ciudadanos de Corinto suspiraron aliviados al enterarse de la muerte del tirano. Admiraban a Timoleón, cuyo patriotismo había superado al amor fraterno; en cambio, su anciana madre maldijo al fratricida y lo arrojó de casa. El desgraciado Timoleón, desolado, intentó suicidarse y sólo el ruego de sus amigos evitó que se dejara morir de hambre. En seguida se retiró del trato humano y vivió en la soledad del campo. En resumen, Timoleón era similar a Epaminondas, a quien tenía por su modelo.

Veinte años después, Timoleón dirigió las tropas enviadas en socorro de Siracusa y sacó el mejor partido de los escasos medios que los corintios pusieron a su disposición. Parecía imposible que aquellos hombres pudieran hacer algo contra las hordas cartaginesas; ni siquiera estaban seguros de poder desembarcar en una isla bloqueada por una nueva y poderosa flota enemiga.

Pero Timoleón consiguió sorprender al enemigo y desembarcó sus tropas sin tropiezos, en la costa oriental de Sicilia, al norte de Siracusa. Utilizando con parquedad sus fuerzas y atacando en momentos oportunos, inició la ofensiva contra los cartagineses. Una feliz estratagema le permitió entrar en Siracusa pese al bloqueo enemigo. Cuando logró la liberación, Timoleón resistió las tentaciones de proclamarse tirano. Al contrario, publicó bandos en toda la ciudad invitando a destruir el detestado bastión de la tiranía, la ciudadela mandada construir por Dionisio. Este acto simbólico fue acogido con entusiasmo y agradecimiento por aquel pueblo que había vivido privado de libertad durante cincuenta años. Demolido el símbolo de la tiranía, se levantó sobre sus ruinas un palacio de justicia. Timoleón ejerció inmensa influencia, cimentada en el respeto y admiración de los ciudadanos.

En 341, Timoleón coronó su obra con una resonante victoria sobre los cartagineses cuando atravesaban un río al sur de la actual Palermo. También esta vez la suerte le fue propicia. Al comenzar el combate, se desató una tempestad que pronto se convirtió en huracán. La lluvia y el granizo daban de cara a los cartagineses, que no veían a más de un metro de distancia; a los griegos, en cambio, el viento les daba de espaldas. El terreno se transformó en un barrial y los soldados que caían ya no volvían a levantarse, impedidos por sus pesadas corazas. Mientras tanto, el río no cesaba en su crecida y los soldados eran arrastrados por las aguas. Desesperados, los cartagineses sólo pensaban en huir y los griegos se lanzaron en su persecución, haciendo una espantosa carnicería, capturando muchos prisioneros y logrando cuantioso botín. Para Cartago fue un golpe rudo; toda la ciudad guardó luto al saber la noticia. Los griegos de Sicilia se sintieron seguros y reconstruyeron Acragas y otras ciudades; la población de la isla aumentó gracias a la emigración procedente de la metrópoli. Las ciudades griegas constituyeron una Liga, capitaneadas por Siracusa, pero tanto allí como en Tebas fue evidente que el resurgir se debía a un hombre: Timoleón, quien falleció muy pronto, en 336. Las ciudades griegas volvieron a sus antiguas discordias tan perniciosas como antaño; algunas hasta se aliaron con Cartago.

La historia de Sicilia ofrece el mismo deprimente espectáculo que la metrópoli. Las mismas eternas discusiones dieron también motivo a los enemigos de la Hélade para inmiscuirse en los asuntos internos de Grecia. Sólo escasos hombres notables lograron detener la fragmentación interior y contener durante unos años la presión de los enemigos exteriores.

HEGEMONÍA DE MACEDONIA

FILIPO DE MACEDONIA

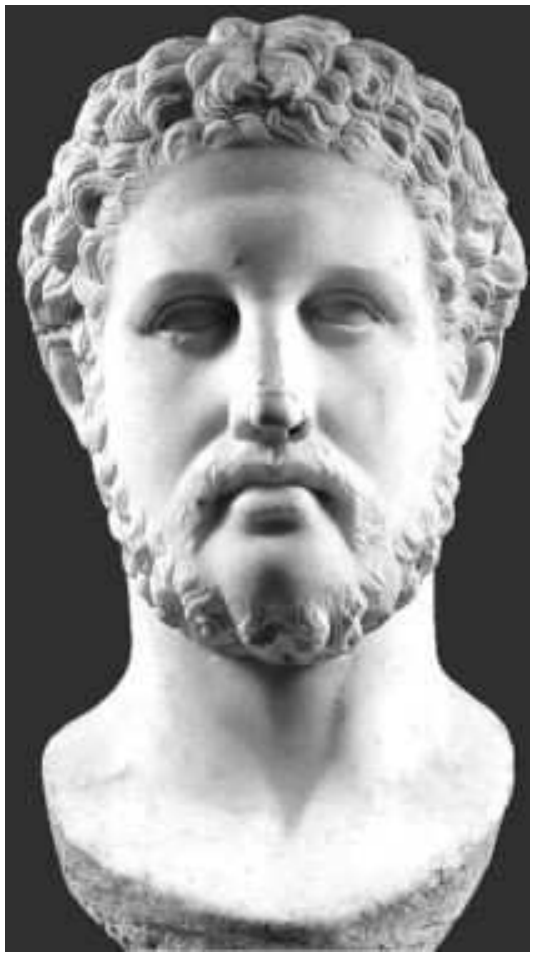
Después de la batalla de Mantinea, los estados griegos quedaron tan debilitados que ninguno estaba en condiciones de asumir la hegemonía. Ningún pueblo de la antigua Hélade soñaba ya con imperialismos de ninguna clase. Sonaba la hora para otro Estado que, hasta entonces, no había desempeñado papel alguno en la historia: Macedonia. Los griegos nunca consideraron helenos a los macedonios, sino bárbaros, e incluso no sabemos con certeza si hablaban griego. Ningún documento escrito en la lengua hablada por los macedonios ha llegado hasta nosotros. La corte y la clase dirigente adoptaron tan pronto el griego que no tenemos noticias de su lengua popular, lo que nos inclina a suponer que el macedonio fuera un dialecto griego. Sabemos que griegos y macedonios no tenían necesidad de intérpretes para entenderse, mientras que éstos precisaban de aquellos para negociar con sus vecinos los ilirios.

La historia común es condición primordial para que dos pueblos puedan sentirse próximos, y no parece que fuera así entre griegos y macedonios. Éstos no participaban en las leyendas y gestas de la Hélade, ni tenían acceso a los Juegos Olímpicos ni demás festividades helenas. Nunca habían sido admitidos en la comunidad griega, cuyo centro era Delfos, antes que Filipo entrara allí por la fuerza. Constituían un pueblo de campesinos. En la época en que los macedonios comenzaron a intervenir en la historia, bajo el reinado de Filipo, su civilización era inferior a la de otros pueblos de la península; vivían todavía como en tiempos de Homero e integraban un pueblo de "pastores y campesinos", en un país fértil y de clima más crudo y húmedo que el de Grecia propiamente dicha. Durante muchos siglos habían vivido ceñidos a sus viejas tradiciones, que databan de una época en que costumbres y cultura eran idénticas en toda Grecia. Así se explica que hubieran conservado una monarquía patriarcal, debido a la ausencia de ciudades grandes y poderosas. El soberano de Macedonia, con todo el territorio bajo su autoridad, era depositario de un cúmulo de poderes todavía inéditos. Macedonia era un Estado de hombres libres, cazadores fornidos y valientes guerreros, orgullosos de sus cicatrices, buenos bebedores. Parecíanse a los antiguos vikingos. Ningún joven podía participar en una fiesta hasta haber matado a un jabalí, y quien aún no hubiera dado muerte a un enemigo, se ceñía la cintura con un cordel.

Apoyado en la fuerza y vitalidad de su pueblo, Filipo de Macedonia entró en la historia de Grecia. Joven aún, este soberano era de temperamento desenfrenado; como buen macedonio, carecía de moderación y autodominio. Practicaba con fogosidad los ejercicios violentos, sobre todo la caza; comía hasta la saciedad; no tenía reparo en aparecer embriagado en pleno día. Las costumbres de la corte de Pella no eran, que digamos, muy delicadas; al contrario, las orgías más groseras y las diversiones más escandalosas eran corrientes.

Sin embargo, los méritos de Filipo superan a sus vicios. A los catorce o quince años fue enviado como rehén a Tebas, donde conoció a estrategos tan eminentes como Pelópidas y Epaminondas. El macedonio aprendió mucho del genio militar de este último. En cuanto a la política, Tebas no era la "mejor escuela" para que Filipo aprovechara los dos o tres años que estuvo allí. Desde este punto de vista, "los debates de la asamblea ateniense, aunque

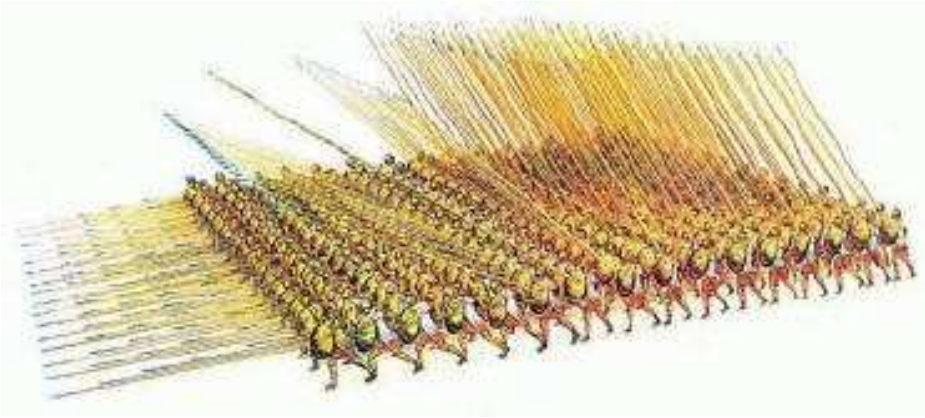
mediocres y ruines, pero fecundos también en sólidos y brillantes discursos, le hubieran proporcionado conocimientos más útiles que la sombría actividad de las reuniones beocias".



Filipo de Macedonia.

La destreza política de Filipo, su clara visión y su audacia singular, eran innatas. Al comienzo de su reinado (359), la ambición de Filipo de Macedonia se limitó a deshacer las dos amenazas que se cernían sobre su autoridad y la independencia de su reino: los pretendientes al trono y las fuerzas ilirias que ocupaban algunas regiones macedonias. En menos de dos años eliminó este doble peligro. Luego, las circunstancias dieron en seguida al macedonio motivos para iniciar una política de expansión. Acometió primero una reforma radical en el ejército, en particular la caballería, compuesta de jinetes jóvenes. El campesino macedonio era idóneo para servir al ejército, por estar acostumbrado a defenderse de las bandas de ladrones. Filipo organizó la caballería y la infantería según el modelo del "orden de batalla oblicuo", inventado por Epaminondas, formación táctica llamada aún hoy ***"falange macedónica".*** Se diferenciaba de la falange tebana en el empleo de caballería en el ala atacante, mientras que los infantes formaban el ala defensiva. La formación se prestaba a tal cometido gracias a sus largas picas.

Filipo creó en la caballería una unidad táctica. Ni en Beocia consiguió la caballería tal disponibilidad, por lo que podemos considerar a Filipo como creador de la caballería.



Falange macedónica

La significación histórica de la estrategia macedónica no se limita a estas reformas; también el ejército creado por Filipo y perfeccionado por su hijo Alejandro constituye un revolucionario avance en la táctica, sobre todo por considerar a los distintos cuerpos de tropa (infantería, caballería, infantería ligera y pesada, etcétera) como un todo táctico.

Filipo mantenía siempre en forma a sus soldados con continuos ejercicios en invierno y verano, de noche y de día. Los soldados manifestaban gran respeto y admiración hacia su jefe, con quien compartían peligros y esfuerzos. Con la implantación del servicio militar obligatorio dotó a su política de un potente instrumento; ello, en una época en que las demás regiones griegas empezaban a considerar la milicia como indigna de ello y reclutaban mercenarios para defender sus fronteras.

Filipo tenía otra ventaja sobre los pueblos diseminados por Grecia central y meridional: habíase señalado una meta y podía ir lográndola manejando la dirección militar y política de su país, mientras que los minúsculos estados libres estaban supeditados a la asamblea popular y a la suerte de los votos. Por otra parte, Filipo era un político consumado.

Grecia, en continuas disensiones, constituía terreno propicio para la acción de un político de la talla del macedonio. Filipo se encargaba de adiar los odios, hasta que los descontentos acudían a él como a un protector de los "oprimidos". El primer objetivo de Filipo fue asegurar los medios económicos para el desarrollo de su política, apoderándose de las minas de oro y plata de Tracia, que pertenecían en parte a Atenas. Filipo estimuló la producción y parece que llevó a sacar una renta anual de 1.000 talentos.

El segundo objetivo fue crear una flota. Para conseguirlo hubo de enfrentarse de nuevo con los atenienses. Como las colonias áticas establecidas a lo largo del litoral de Tracia y Macedonia le impedían asomarse al mar, Filipo se había apoderado de ellas sin resistencia apenas, quedando en poco tiempo suya toda la costa hasta el Helesponto.

En Atenas, la oposición contra Filipo estaba dirigida por Demóstenes, el mejor orador de su tiempo, no obstante carecer de las cualidades indispensables para serlo. Era enclenque y enfermizo, tenía la voz débil, ceceaba, carecía de ademanes naturales y era de una timidez patológica; pero tenía talento y energía suficientes para vencer todas las dificultades. Así, corrigió sus defectos de pronunciación metiéndose piedrecillas en la boca; fortaleció sus pulmones con carreras; aumentó el volumen de su voz escalando colinas sin dejar de perorar y recitando tan alto que ahogaba el ruido de las olas.

Demóstenes.

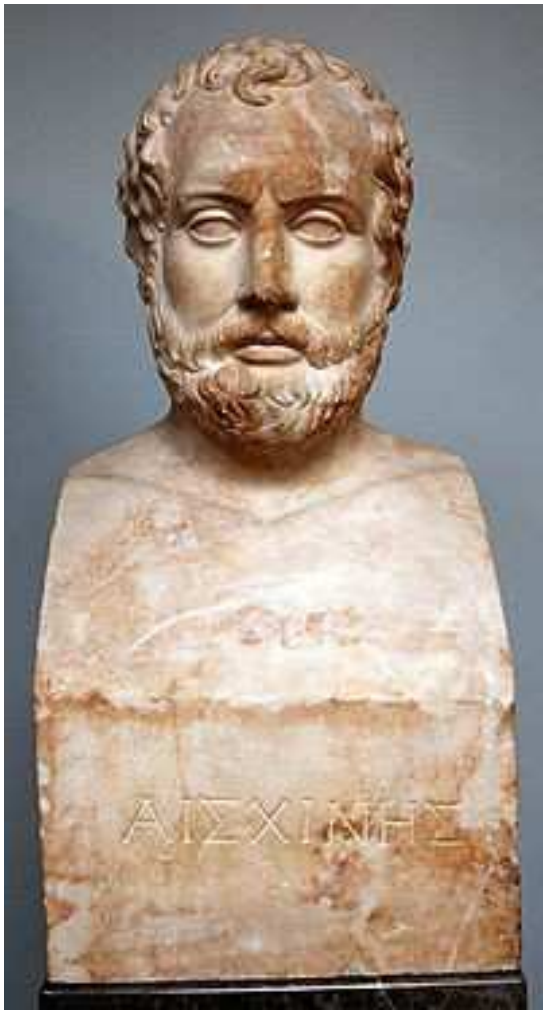
Como orador y como hombre, Demóstenes nos recuerda a Pericles. A ambos, la dedicación a los deberes públicos les quitó tiempo para su vida privada. La elocuencia de Demóstenes se parecía a la de Pericles en la claridad, la fuerza de persuasión y en el arte con que expresaba sus pensamientos, pero no en cuanto al modo de presentar los discursos. No tenía la dignidad innata del "olímpico", ni su confianza en sí mismo, y su apasionamiento rayaba en tozudez. Devolvía burla por burla, afrenta por afrenta; no retrocedía ante nada para desprestigiar a sus adversarios. Gesticulaba con violencia y movíase en la tribuna como fiera enjaulada; a veces bajaba la voz como suave murmullo y otras lanzaba fuertes gritos. Hablaba con gran convicción y en ocasiones se conmovía hasta derramar lágrimas en medio del discurso.

Demóstenes puso en juego toda su elocuencia para prevenir a su, compatriotas del astuto macedonio. Atenas contra Filipo era para él la lucha de la república urbana contra la monarquía y resumía así la situación: un Estado libre regido por la ley debía enfrentarse al capricho de un déspota, pues monarquía era sinónimo de tiranía: "Cada rey, cada tirano, es un enemigo de la libertad y de las leyes". Demóstenes veía en la democracia ateniense el último reducto de la libertad y del derecho contra el despotismo que amenazaba por el norte.

Pero su patriotismo no se extendía más allá de las lindes de Atenas. Tampoco Filipo tenía miras panhelénicas; sólo se interesaba por la grandeza de su trono y, de refilón, por Macedonia.

La lucha entre Atenas y Macedonia fue una contienda entre Demóstenes y Filipo. La causa de este soberano tuvo un defensor en Esquines, la antítesis de Demóstenes. Este orador poseía todos los dones naturales de que carecía Demóstenes: era alto, atlético, con facilidad de palabra y hermosa voz, educada en las funciones teatrales. Al contrario que Demóstenes, rebosaba salud y vigor físico y procuraba gozar de la vida. Se entendía a la perfección con los

macedonios, participaba de sus banquetes y libaciones, se vanagloriaba de ser huésped de Filipo. Demóstenes vociferaba en la tribuna: "¡Es huésped de Filipo como los jornaleros son huéspedes de sus amos!"



Esquines.

Demóstenes sentía tanta repulsión hacia este "bárbaro del norte" que llegó a aconsejar una alianza con el rey de Persia.

En realidad, se equivocó respecto a la política de Filipo. El rey de Macedonia admiraba demasiado a la ciudad más culta de Grecia para tramar los destructivos planes que Demóstenes le atribuía. Quería adueñarse de la dirección política de Grecia entera, es cierto, pero veía en Atenas el fundamento cultural de su futuro imperio. También buscaba la amistad de Atenas por otra razón importante: por la flota y la competencia marítima de los atenienses.

Filipo veía crecer cada año el ascendiente y la influencia de Demóstenes en la asamblea popular y observaba su tenacidad en convencer a los atenienses a declararse contra Filipo. El macedonio esperaba; no creía llegada su hora. Pero Demóstenes, no. En la tercera de sus célebres *Filípicas*, el discurso más impresionante y patético que jamás se haya pronunciado, exhortó decidido a la guerra. Todavía hoy llamamos filípica a cualquier diatriba apasionada.

> "Debemos convencemos-decía Demóstenes-que Filipo nos odia, odia nuestra ciudad, el suelo donde se asienta, a todos los habitantes y a quienes se glorían de ser sus amigos; pero lo que más aborrece es la libertad de nuestro Estado. Y debe odiarla porque tiene motivos, porque sabe muy bien que, a pesar de todos los pueblos sobre los que echó la zarpa, no puede estar

> seguro de su botín mientras exista un Estado donde reine el pueblo como señor. Sabe que si sucediera algo, todos los pueblos que tiene ahora bajo su poder nos pedirían ayuda. Es deber vuestro, atenienses, detener a los salteadores, arrebatarles su botín y ayudar a los pueblos a recobrar su libertad perdida... Pues cuanto más se extiende el reino de Filipo, tanto más peligroso se hace para nosotros. La situación es grave, cumplamos con nuestro deber y actuemos, pues aquello que los hombres libres consideran un peligro pesa ya sobre nuestros hombros. ¿Queréis que además venga lo que los esclavos llaman peligro, es decir la servidumbre y la opresión? ¡Que los dioses nos libren de tal cosa!"

Las palabras no cayeron en el vacío, ni tampoco las lecciones que les había dado Filipo en Tracia. El recuerdo de las hazañas de Lisandro en el Helesponto pervivía en Atenas; recordaban muy bien lo que significaba que les cortasen los suministros de trigo. La lucha ponía en juego la ruta del mar Negro, arteria vital de la navegación ateniense y granero de Grecia.

El ardiente patriotismo y la admirable elocuencia de Demóstenes abrillantaron los últimos días de la independencia ateniense; es triste, empero, comprobar en sus mismas piezas retóricas que esta libertad, que tanto se vanagloriaba, en realidad sólo servia para que los minúsculos estados griegos se destruyesen mutuamente. Demóstenes fue un gran orador, pero un político mediocre. Por otra parte, ¿cuándo se ha perdonado a un político que permita que su país caiga en manos extranjeras? No podía esperarse semejante actitud de un hombre como Demóstenes, tan celoso de la independencia de su patria.

Demóstenes consiguió dirigir la política ateniense y formó con Corinto y otros estados una alianza contra Filipo. Buscó también el auxilio del rey de Persia.

Artajerjes II, muerto en 358 después de reinar casi medio siglo, fue sucedido por su hijo menor con el nombre de Artajerjes III. Oficialmente, la propuesta de Demóstenes fue rechazada, pero los jefes atenienses, en particular Demóstenes, recibieron oro persa a manos llenas. Por último, Atenas, agotada la paciencia, declaró que Filipo había quebrantado la paz y lo derrotó en el mar. Filipo no replicó; se reservaba para más tarde.

Se esperaban con ansiedad los resultados de las elecciones en Tebas. Triunfó el partido que simpatizaba con Demóstenes: nuevo revés para Filipo.

A1 fin, éste tomó la iniciativa, marchó al sur con sus famosas falanges macedónicas y enfrentó a los porfiados en Queronea, lugar de Beocia. Confió el ala atacante a su hijo Alejandro, de dieciocho años de edad, asesorado por dos expertos generales. Alejandro atacó a la "falange sagrada" de los tebanos, mientras Filipo, jefe de la otra ala, se enfrentaba con los atenienses, a quienes había desorientado. La "falange sagrada" perdió hasta el último hombre.

Filipo no persiguió a los vencidos como era su costumbre. Desde el comienzo de la batalla se propuso algo más que destruir al enemigo: quería la reconciliación con Atenas. Y como tampoco le interesaba obligar a los atenienses a una resistencia desesperada, que les echaría en manos del rey persa, ocurrió algo insólito: el vencedor, apenas logró la victoria, tendió la mano al vencido y le ofreció la paz en condiciones insospechadas. Se pedía a los atenienses que disolvieran la liga naval, si es que existía aún, y abandonasen sus posesiones de la costa de Tracia; conservarían, sin embargo, su independencia. Los macedonios ocuparon, en cambio, la ciudadela de Tebas, en tanto que la ciudad pasó a ser regida por un consejo compuesto de partidarios de Filipo.

Los atenienses comprobaron asombrados que el vencedor no era como lo había pintado Demóstenes. Y les satisfizo tanto su insólita magnanimidad, que incluso le erigieron una estatua. Cuando el hijo de Filipo devolvió a la ciudad los cuerpos de los atenienses caídos en combate, la admiración de Atenas no tuvo límites y otorgaron a Filipo y Alejandro derecho de ciudadanía.

El león de Queronea, erigido en el túmulo que reunía los restos de los tebanos caídos en la batalla de 338 a. de C. ganada por Filipo II de Macedonia.

Victorioso, Filipo se propuso una gran tarea: unir a todos los griegos para la lucha decisiva contra los persas, el enemigo secular. Entre los griegos, que siempre habían acariciado tal proyecto, el plan encontró eco en seguida. Surgía el hombre capaz de disponer y dirigir todas las fuerzas helénicas para un solo fin. Filipo firmó con los atenienses un tratado que extendía su autoridad a toda Grecia. Como, excepto Esparta, todo el Peloponeso se adhirió al mismo, Filipo se apoderó de Laconia, repartió diversos territorios espartanos entre sus vecinos y después reunió un congreso en Corinto, en el que participaron todos los estados griegos independientes. Esta asamblea proclamó una paz general y la fundación de una Confederación de todos los helenos, de la que Filipo fue nombrado presidente y generalísimo con el título de "*hegemon*".

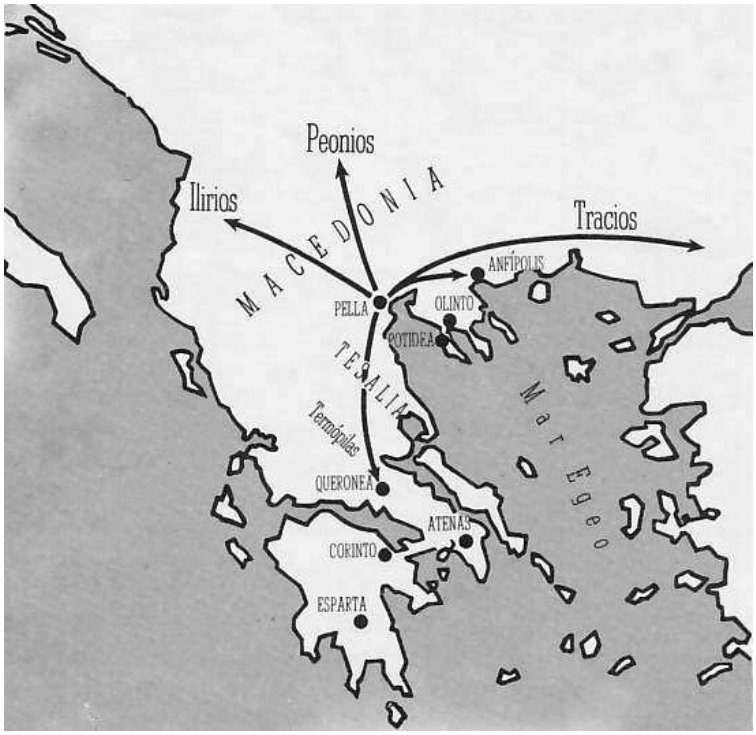
El sueño que siempre alimentaran los griegos era por fin una realidad, aunque de forma distinta a como pensaban. Nunca había estado Grecia tan unida; las querellas internas, continuas y agotadoras, tocaban a su fin. Esta nueva creación política se debía a la voluntad y al talento de Filipo.

En Queronea, el Estado rústico venció al urbano; sin embargo, éste no desapareció por completo, pues tenía raíces muy hondas en Grecia. Además, ésta no llegó a ser nunca una provincia macedónica. Pero el Estado urbano, la polis, había muerto como organismo soberano.

Terminadas las tareas de reorganización, Filipo regresó a Macedonia para preparar a conciencia la guerra contra los persas. El mismo año en que Filipo sometió a Grecia, el cruel déspota Artajerjes moría envenenado por dos conspiradores. Le sucedió en el trono Darío III.

El primer objetivo de Filipo fue libertar a los jonios del dominio persa, y para ello en la primavera de 336 envió una fuerza de 10.000 hombres al Asia Menor. Era la vanguardia de un

ejército mucho más poderoso que dirigiría en persona. Pero antes de realizar sus planes murió asesinado durante la boda de su hija. El homicida era un joven macedonio de la alta alcurnia que vengaba la afrenta de un pariente de la segunda esposa de Filipo. Los amigos del rey le dieron muerte en el acto. Alejandro mandó ejecutar a todos los cómplices y aprovechó la ocasión para deshacerse también de algunos pretendientes al trono, supuestamente complicados en el asesinato de su padre.



Direcciones seguidas por la expansión macedonia.

No siempre se ha juzgado a Filipo de igual manera. Durante mucho tiempo, los historiadores lo consideraron a la luz de la política ateniense; hoy se cree que Filipo era, ante todo, un rey de Macedonia. Pero su política no se limitaba a su país, sino que quería una Macedonia fuerte y capacitada para ser guía de los helenos en el cumplimiento de su misión histórica.

ALEJANDRO MAGNO

La posteridad rodea al hijo de Filipo de una aureola de energía y entusiasmo típicamente helénicos. Es el gran héroe de la historia, una de sus figuras privilegiadas, dotada de eterna juventud y en quien inteligencia y voluntad se equilibran armoniosamente. Para él, proyectar y realizar eran lo mismo. Pero este personaje tenía también sus sombras, en particular la violencia heredada de su madre Olimpia.

Olimpia era una princesa del Epiro, país de habitantes emparentados con los actuales albanos. Las mujeres del Epiro, como las de Tracia, tenían fama de brutalidad en sus éxtasis religiosos durante las fiestas en honor de Dionisos, que se celebraban en esas regiones montañosas. El temperamento de Olimpia parece que se acomodaba a tal género de religiosidad; es probable que practicara conjuros y ritos mágicos a cuyo ritmo se danzaba con serpientes enroscadas al cuello.

No es de extrañar, pues, que semejante mujer hubiera cansado a su real esposo y que otra macedonia consiguiera con facilidad el repudio de Olimpia por Filipo. Ello ocasionó una violenta disputa entre padre e hijo. Al celebrarse las segundas nupcias de Filipo, provocóse la

escena: un pariente de la nueva reina se atrevió a desear a los desposados un heredero legítimo para el trono de Macedonia. Alejandro exclamó: "¿Crees que soy un bastardo?", y arrojó su pesada copa a la cabeza del insolente.

Filipo gritó fuera de sí y espada en mano se abalanzó contra su hijo sin alcanzarle: se derrumbó vencido por la embriaguez. La escena terminó con unas ácidas palabras del príncipe: "Ése es el hombre que proyecta pasar de Europa al Asia y no puede pasar de una mesa a otra sin caerse".

Sin este carácter apasionado, heredado de su madre, Alejandro nunca hubiera llegado a ser el genio que fue, ni cumplir las hazañas realizadas en el teatro de la historia.

Filipo dio a su hijo la mejor educación. Escogió a Aristóteles para iniciar al joven en la cultura helénica y el filósofo infundió a su alumno aquel amor a la poesía griega, en especial a Homero, que Alejandro conservaría durante su vida. Alejandro tenía en gran estima a su preceptor y afirmaba que le respetaba tanto como a su padre: debía la vida al rey Filipo, decía, pero a Aristóteles la manera de vivir dignamente.

Retrato de Alejandro Magno. Arte Griego Helenístico, ss. II-I a. C. British Museum, Londres

Alejandro en el trono de Macedonia

Al morir Filipo, Alejandro tenía veinte años. Necesitó no sólo recuperar el trono de su padre, sino demostrar que era bastante enérgico para conservarlo. Varios estados griegos deseaban emanciparse de la hegemonía de Macedonia y Atenas era el centro de este movimiento. El entusiasmo por Filipo después de la batalla de Queronea decayó pronto y Demóstenes consiguió que las aguas volvieran a su molino. La noticia de la muerte de Filipo causó alegría en Atenas, pues se creía que en Macedonia, como en Tebas, la hegemonía se cimentaba en un solo hombre. Verían qué sucesor dejaba este hombre: si era indigno de su padre, no debían contar ya con la hegemonía de Macedonia. Demóstenes, que esperaba un restablecimiento de la supremacía ateniense, apenas supo la muerte de Filipo se encaminó a la asamblea popular con traje de fiesta, felicitó a sus conciudadanos por la desaparición de su más peligroso enemigo y elogió al "justiciero" asesino de Filipo. De paso tuvo palabras de desprecio para Alejandro y aseguró al pueblo que aquel "jovenzuelo inofensivo" no era temible. En todos los estados griegos los tribunos tronaron con parecidos discursos contra la tiranía macedónica.

De pronto, Alejandro invadió Beocia. Antes que los griegos se percataran de lo que sucedía, "el jovenzuelo", como Demóstenes lo había denominado, demostraba ser un joven león. La idea de separarse de Macedonia desapareció de súbito; el gobierno ateniense juzgó oportuno enviar excusas a Alejandro. Después, el joven macedonio convocó en Corinto a los legados de la Confederación helénica y les hizo confirmar la hegemonía macedónica; sólo se negaron los espartanos, como siempre.

Alejandro hizo suyo el proyecto de su padre: vencer a Persia. Pero antes de emprender la lucha quiso asegurar su retaguardia. Al oeste de Macedonia vivían los ilirios y al este los tracios, que nunca fueron buenos vecinos. Cuando supieron la muerte de Filipo, empezaron a revolverse. Alejandro dirigió personalmente contra ellos una expedición que llegó al Danubio, el más caudaloso río europeo conocido hasta entonces, que cruzó una noche con caballería y todo. Los indígenas se asustaron y huyeron abandonando sus posesiones.

En esta primera campaña, Alejandro ya puso de manifiesto aquel talento de estratego que le convertiría en el conquistador de Asia. Nada dejó al azar en sus preparativos y recompensas, rara cualidad en hombre tan impulsivo y ardoroso. Sacó todo el partido posible del terreno, desconcertó al adversario con la rapidez de sus maniobras y, cuando convino, lanzó todo su ejército en un ataque masivo. El excelente general Parmenión, ex lugarteniente de Filipo, que compartiría con Alejandro la gloria de sus victorias en Asia, no participó en la campaña de los Balcanes, por encontrarse entonces en Asia Menor.

Las operaciones de Alejandro causaron tanto temor entre las tribus tracias insumisas, que le enviaron presentes, solicitando una paz que Alejandro otorgó.

Apenas acabada esta campaña, se enteró de una peligrosa revuelta promovida en Grecia a consecuencia del rumor que Alejandro había sido herido de muerte y su ejército destruido.

Una vez más, Demóstenes excitó a las poblaciones griegas a luchar por su libertad. Los tebanos proclamaron su independencia y asediaron la guarnición macedónica de la ciudadela. Por doquier se extendió el rechazo a los macedonios. Hay que reconocer, sin embargo, que éstos, ebrios de grandeza, en muchos lugares estaban abusando de su poder. La rebelión, amenazadora a la muerte de Filipo, estallaba ahora con violencia.

Darío supo incitar a los tebanos a la rebelión ofreciéndoles dinero abundante. Luego, el recuerdo de Pelópidas reanimó su valor.

Los rebeldes pronto vieron que Alejandro vivía aún al aparecer éste con su ejército ante los muros de Tebas. Alejandro prometió perdonar a la ciudad y renovar el tratado de paz si le entregaban a los instigadores. La respuesta fue más que altiva: los tebanos exigían que

Alejandro les entregase a dos de sus generales. Además, invitaron a todos cuantos querían libertar a Grecia a unirse a ellos y al rey persa.

Alejandro no pudo perdonar tal réplica y el horror de la guerra se abatió sobre Tebas y sus habitantes. Fue una lucha cruel y sangrienta. Los macedonios estaban furiosos por la tenaz resistencia tebana, pero las tropas enviadas contra Tebas por las demás regiones griegas y pueblos de Beocia se mostraron aún más inhumanas. Ansiaban vengarse de Tebas y de todo cuanto su orgullo les había hecho sufrir una generación antes. Ningún tebano capaz de sostener un arma pidió la paz. Ciegos de odio, los griegos aliados de Alejandro no perdonaron ni a los no combatientes, a quienes mataron incluso en los templos, y exigieron que Tebas fuera arrasada y que el resto viviente de sus habitantes —hombres, mujeres y niños— fueran vendidos como esclavos. Alejandro accedió a sus deseos. Sólo la mansión de Píndaro y los descendientes del poeta fueron perdonados por él, en homenaje admirativo al gran poeta que cantara a los ancestros del gran macedonio. La ciudad de Epaminondas y de la "falange sagrada" desapareció de la tierra. Nada semejante había ocurrido nunca en una ciudad griega.

Con todo, era Atenas la instigadora de la rebelión tebana. Alejandro lo sabía muy bien; pero como su padre, quería perdonar al foco cultural de la Hélade. Y lo hizo sin menoscabo de su autoridad, pues los atenienses —por suerte feliz— no dieron señales de abierta rebelión pese a la catástrofe provocada en Tebas. Los atenienses fueron lo bastante astutos para enviar embajadores y felicitar a Alejandro por su feliz regreso de Tracia y su triunfo sobre la rebelión tebana, cumplido que Alejandro aprovechó para sus fines. El macedonio otorgó una amnistía total a cambio que le entregaran a Demóstenes y otros jefes de la política antimacedónica, a lo que se negaron los atenienses. Alejandro cedió a cambio que sus enemigos atenienses más acérrimos fueran desterrados.

El héroe creyó segura ya su retaguardia; volvió, pues, a Macedonia para acabar de preparar su ofensiva contra Persia.

Los griegos atacan Persia

En 334, Alejandro cruzaría el Helesponto para no regresar jamás. Se dirigió a Persia con un ejército de 35.000 hombres para libertar a los griegos de la dominación de Darío. Alejandro se enfrentaba con un imperio cincuenta veces mayor que el suyo y veinte veces más populoso, que se extendía desde el Helesponto hasta la India y desde el mar Negro al océano Índico. Con zonas de frío intenso y otras de calor asfixiante, el país era, además, una mezcolanza de razas, lenguas v religiones. El poder regio era la única fuerza aglutinante de tantas tierras y pueblos.

Las fuerzas griegas eran insignificantes en comparación al ingente número de pueblos y los recursos inagotables de Persia. Con todo, los persas tenían asimismo sus puntos flacos: carecían de la cohesión táctica de los macedonios, los soldados estaban menos adiestrados y la organización de la intendencia dejaba mucho que desear. La fuerza estratégica del imperio residía, sobre todo, en la inhóspita geografía de gran parte de sus territorios; parecía que los ardientes desiertos y las escarpadas montañas hubieran sido colocados a propósito para obstaculizar los movimientos de un gran ejército. Por eso, Darío se sentía seguro en su palacio de Babilonia y juzgaba que el joven invasor padecía delirios de grandeza. El colosal imperio era como un gigante dormido que apenas pestañeó cuando los griegos, una "partida de bandidos", como les llamó Darío, pisaron suelo asiático.

El mayor peligro para el conquistador era la superioridad naval persa, cuya flota podía dirigirse en cualquier momento a Grecia y fomentar allí una rebelión que obligara a Alejandro a interrumpir su campaña en Asia. Para evitarlo, el macedonio desarrolló una estrategia genial: apoderarse del litoral mediterráneo antes de penetrar en el continente. Así impediría a la flota persa establecer bases de operaciones; al ocupar los puertos griegos, imposibilitaría el

reclutamiento de nuevas tropas y cortaría su aprovisionamiento. El combate decisivo se resolvería en tierra, y para ello debía previamente inmovilizar la flota persa.

Ésta permaneció inactiva desde el principio; ni siquiera dio señales de vida cuando Alejandro pasó sus tropas a la otra orilla del Helesponto. Las vanguardias enviadas por Filipo favorecieron también la libertad de movimientos de Alejandro y nadie se le opuso en la costa asiática. Si la flota persa se hubiera apresurado, habría podido hundir la escuadra macedonia e imposibilitar el desembarco griego. ¿Cometían ya el primer error o esperaban batir con más facilidad al invasor cuando estuviera en el interior del continente asiático, lejos de su patria? Este plan era apoyado por el general más competente del ejército persa, el griego Memnón, que aconsejaba eludir el combate hasta extenuar a los griegos, que sin duda traerían pocos víveres. El mejor medio de aniquilarlos, decía, era combinar la retirada del ejército persa con una táctica de tierra calcinada para que el ejército griego, al ocupar unas regiones devastadas, no encontrase nada para subsistir. Al mismo tiempo, la flota persa les cortaría las rutas con su patria y llevaría la guerra allí. El plan fue rechazado por los sátrapas persas del Asia Menor, que no querían cargar con la "vergüenza" de una retirada, aunque fuera con fines estratégicos. Además, no consentían la destrucción del país, fuente de inmensas riquezas para los sátrapas. Resolvieron, por tanto, esperar al joven macedonio cerca del **Gránico**, un riachuelo de los montes de Ida que desemboca en el mar de Mármara. Pero Alejandro obtuvo allí una resonante victoria.

Gracias a la asombrosa rapidez de su ataque, las pérdidas griegas fueron insignificantes, y la victoria, rotunda. El ejército persa fue destruido en parte y el resto huyó a la desbandada. Alejandro ya podía considerarse dueño y señor del Asia Menor occidental. Poco después de esta victoria, fue apoderándose de los contornos, para evitar un ataque por la retaguardia, riesgo tanto mayor cuanto más penetraba hacia el este. La población urbana del Asia menor era en su mayor parte griega. Alejandro se atrajo su amistad restableciendo leyes y normas democráticas y liberándola de los tributos que pagaban a Persia. Los griegos del Asia menor respiraban de nuevo el aire de la libertad helénica.

Alejandro cortando el nudo gordiano.

A finales de 334, Alejandro decidió invernar en **Gordión**, antigua capital de Frigia. Allí se hallaba un famoso carro real, cuyo timón estaba sujeto con un nudo complicadísimo. Según el oráculo de Gordión, conquistaría Asia quien supiera deshacerlo. Alejandro cumplió el

oráculo cortando el nudo con su espada. "La manera de resolverlo no importa", dijo. De ahí el conocido refrán "cortar el nudo gordiano", cuando se resuelve algún problema difícil en forma rápida y radical. Poco después de la batalla de Gránico murió el general Memnón, lo cual supuso un golpe irreparable para el ejército persa.

En la primavera de 333, Alejandro levantó sus cuarteles de invierno y continuó la campaña. Mientras, Darío aprestó en Mesopotamia el mayor ejército hasta entonces conocido y se puso a su frente, resuelto a aplastar al enemigo. Como no pensaba utilizar la flota, ordenó que los mercenarios griegos que la tripulaban se uniesen al ejército de tierra. El primer encuentro entre Alejandro y Darío tuvo lugar junto a **Iso**, puerto meridional del Asia menor. Apenas fue un encuentro en realidad, pues al dirigir Alejandro el primer ataque, Darío emprendió la huida, abandonando a sus soldados. Con ello, cundió el pánico en el campo persa, cuyas tropas, en su ansia de salvar la vida, se obstaculizaron, aplastando la caballería a la infantería.

Alejandro estuvo genial durante y después del ataque. No persiguió al enemigo hasta que el ala defensiva, a las órdenes de Parmenión, consiguió también la victoria, lograda después de un violento combate de caballería. Darío se aprovechó de ello para huir mejor; Alejandro no pudo alcanzarlo, aunque lo persiguió hasta la noche. La bellísima esposa de Darío, sus hijos, su madre y todo su harén cayeron en manos del vencedor, lo que suponía unos rehenes muy valiosos. El joven macedonio trató con caballerosidad a sus prisioneras. "La beldad de las mujeres persas —decía— deslumbra a cuantos las contemplan." Entre el botín se contaron 3.000 talentos; sin embargo, la mayor parte de los tesoros de Darío habían sido depositados en Damasco. Pronto caerían igualmente en poder del conquistador.

Batalla de Isos, mosaico de Pompeya.

Alejandro logró en Iso su más brillante victoria. Había derrotado al propio rey de Persia. Poco después, Darío escribió a Alejandro pidiéndole la devolución de su esposa, de su madre y de sus hijos, al tiempo que le ofrecía su amistad. Alejandro respondió recordándole la expedición de Jerjes contra Grecia y añadiendo que no se trataba de negociar, puesto que él, Alejandro, se consideraba ya como el monarca de Asia entera. Si quería ver a su familia, debía acudir en persona a suplicárselo. "En adelante, cuando me escribas, no me trates como a igual, sino como al soberano de Asia y dueño de todo cuanto te perteneció antes. Si no, te trataré como a enemigo. ¡Y si no compartes mi opinión acerca de la soberanía de Asia, mídete conmigo en el campo de batalla y no huyas!"

A Darío debieron conmoverle los ruegos de su esposa e hijos. Insistió en sus proposiciones de paz: seis meses después, le ofreció 10.000 talentos por la libertad de su familia y se declaró dispuesto a cederle el Asia menor hasta el Éufrates. Llegó a proponerle que fuese no sólo su aliado, sino su yerno. Ningún rey de Persia se había humillado tanto. Al conocer Parmenión las proposiciones de Darío, dijo: "Si yo fuera Alejandro, aceptaría tantas ventajas antes que exponerme a nuevos peligros". "Y yo también, si fuera Parmenión", replicó Alejandro. El macedonio respondió a Darío que mal podía ofrecer territorios a un hombre que los había conquistado todos. En cuanto al matrimonio, profirió Alejandro: "¡Si quiero casarme con tu hija, lo haré, quieras o no!"

Alejandro y la familia del rey Darío III Codomano.

Juzgó entonces el rey persa que de cualquier modo su situación no llegaría a ser peor de la que se encontraba y que quizá con la guerra conseguiría alguna ventaja. Comenzó, pues, a reclutar nuevas tropas al este del Éufrates, entre los millones de súbditos que aún le obedecían.

Alejandro le permitió armarse. Parecía un error no continuar cuando se le ofrecía el inmenso imperio persa. Pero la situación no era tan sencilla. Él no quería abandonar su plan primitivo de apoderarse de toda la cuenca oriental del Mediterráneo, pues persistía la amenaza de una rebelión griega alentada por la flota persa. Alejandro no quería perder el contacto con Grecia. Por eso, en la campaña siguiente decidió someter a las ciudades fenicias.

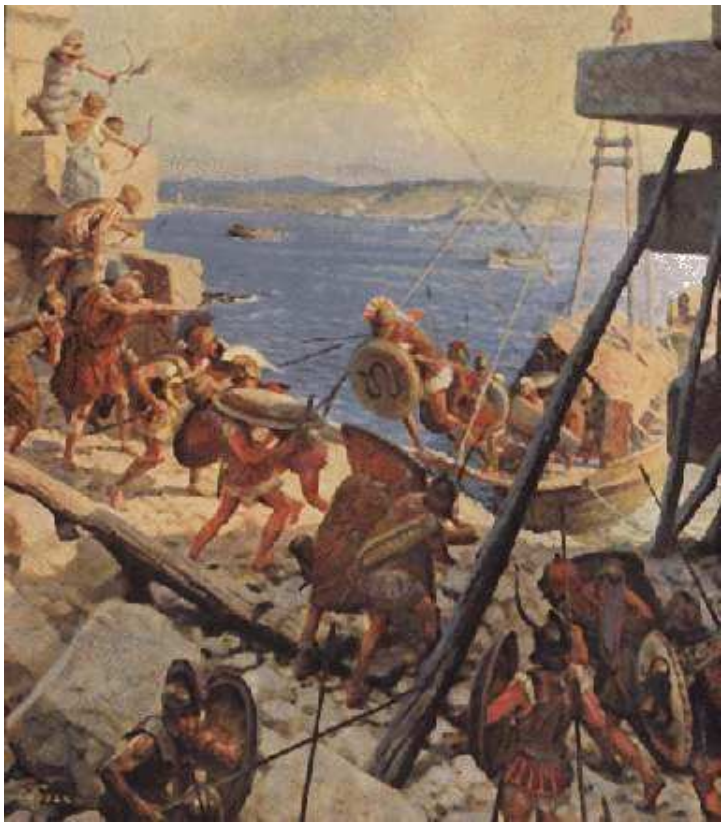
Sólo Tiro opuso seria resistencia: confiaban sus habitantes en la inexpugnabilidad de su ciudad, sita en una isla y rodeada por altos acantilados hasta de cincuenta metros. Alejandro la tuvo cercada durante siete meses antes de atacarla. La mayor parte de los tirios cayeron luchando; los supervivientes fueron vendidos como esclavos. Los defensores no podían esperar clemencia, pues siempre se portaron cruelmente con los prisioneros griegos.

Se reprocha al macedonio haber dedicado demasiadas energías y tiempo en sitiar una sola ciudad, pero no debe olvidarse lo importante que era Tiro para los persas. Con su destrucción, dejaba prácticamente sin bases a la armada persa. Otras razones impulsaban también a Alejandro a conquistar Tiro: la esperanza, que se le uniese la flota fenicia, que constituía la mayor parte de la marina persa. De esa forma, los que esperaban una rebelión griega tenían que descontar cualquier ayuda de Oriente.

La caída de Tiro significó la escena final de la lucha secular entre fenicios y helenos por el dominio de la cuenca mediterránea. Por eso impresionó tanto la victoria de Alejandro. La destrucción de la gran ciudad mercantil abría camino al triunfo de la cultura helenística sobre

el mundo semítico. En el Mediterráneo occidental, sin embargo, la lucha entre indoeuropeos y semitas todavía estaba indecisa. En el Occidente mediterráneo, donde luchaban también los griegos con los cartagineses, serían los romanos, en vez de los helenos, quienes consiguieran imponer dicha cultura.

Reconstruida, Tiro llegó a gozar de cierta prosperidad, pero nunca alcanzaría ya el esplendor de antaño. El comercio mundial se concentrará en adelante en Alejandría, ciudad que Alejandro había de fundar en el delta del Nilo durante su visita a Egipto. Antes de adentrarse en Asia, únicamente le quedaba por ocupar la costa egipcia. Con la posesión de Egipto, Alejandro colocaba la piedra clave de su poderío en el Mediterráneo oriental.



La toma de Tiro.

Alejandro pudo avanzar hasta Menfis sin efusión de sangre, porque los egipcios ansiaban sacudir el yugo persa. Y se ganó a sus habitantes respetando su religión; incluso llegó a hacer sacrificios a Apis. Como los griegos de Asia menor, los egipcios veían en Alejandro un libertador. Un hecho notable de esta campaña fue su visita a Amón, en el oasis de Siva, en el desierto. Los griegos consideraban a Amón como la versión egipcia de Zeus, y su oráculo, como uno de los más importantes del mundo. Los sacerdotes de Amón acogieron al joven rey otorgándole el título de "hijo de Amón", dignidad sólo reservada a los faraones de Egipto. Los griegos que presenciaron el acto quedaron profundamente impresionados al ver que su jefe era honrado como un héroe. Luego, los entusiastas del conquistador extendieron por toda Grecia el rumor de que Alejandro había sido elegido "hijo de Zeus" por el célebre oráculo. Al joven Alejandro no le disgustaron rumores tan lisonjeros.

Durante la estancia de Alejandro en Egipto y Fenicia, Darío reclutó un ejército que llegaba al millón de hombres, según se decía. Y para darle aspecto más terrorífico, puso en vanguardia de esas tropas a quince elefantes traídos de la India y doscientos carros de combate, con ambas ruedas guarnecidas de hoces para segar líneas enteras de la formación enemiga. Darío, esta vez, procuró no situar a su ejército en un terreno tan desfavorable como

en Iso; quería presentar batalla en un campo donde su tropa pudiera aplastar en masa al enemigo. Dejó que Alejandro siguiera avanzando desde Egipto hasta el corazón de Persia. Darío se situó en posición ventajosa cerca de las ruinas de Nínive, en **Gaugamela**, junto al Tigris. Parapetado tras el rápido, ancho y profundo río, decidió esperar al enemigo. Esta batalla decidiría la posesión no sólo de algunas satrapías, como en Gránico e Iso, sino la de todo el imperio.

El más poderoso ejército, el mejor armamento y el lugar más favorable de poco sirven cuando el mando es incompetente, y éste era el caso del ejército persa, formado por una amalgama de individuos reclutados a la fuerza y sin verdadera cohesión. En cambio, la seguridad y precisión que había dado pruebas el ejército griego durante toda la campaña eran admirables; nadie podía resistir a los griegos.

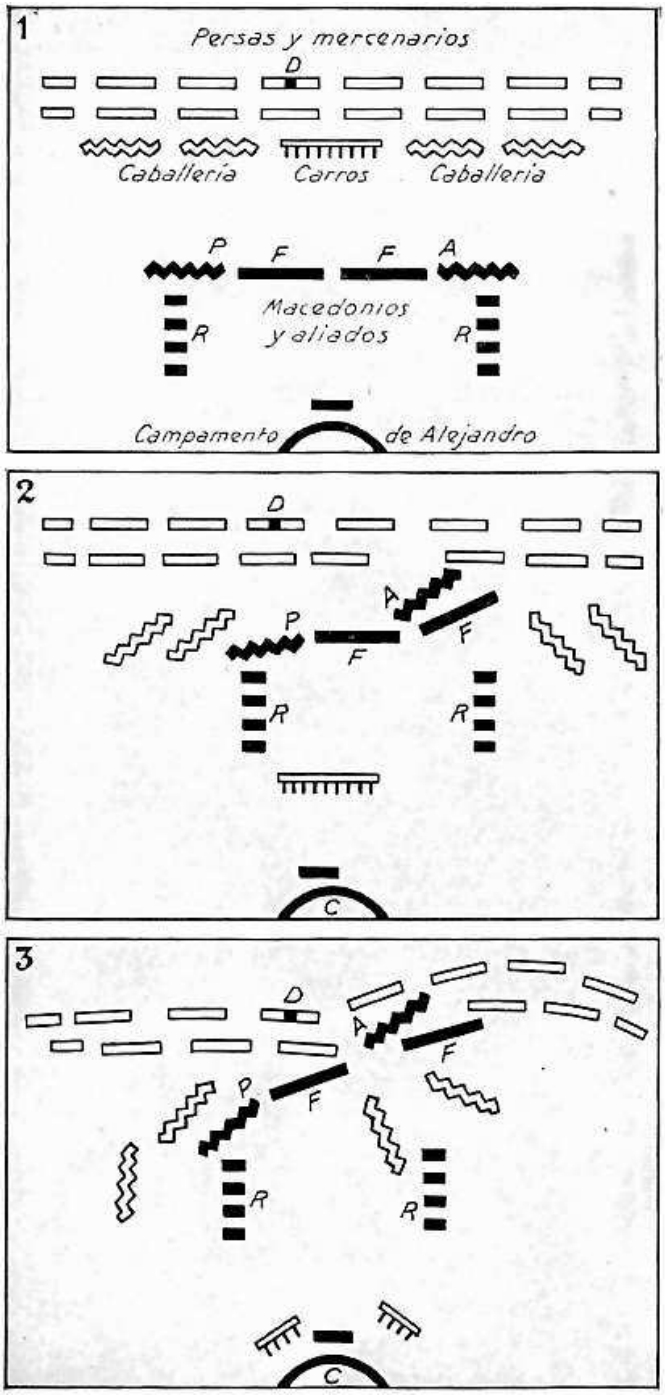
Sus éxitos no hubieran sido posibles sin un mando previsor de todas las contingencias y promotor de toda esta maquinaria bélica firme y segura. Por mucho talento que tuviera Alejandro, no hubiera conseguido semejantes resultados a sus veinticinco años sin buenos mandos y un estado mayor de primer orden. Sus victorias se debían, en gran parte, a los cuadros creados y entrenados por Filipo.

Ello, empero, no restaba méritos al joven macedonio, que supo emplear con acierto tan excelente materia prima y conducirla a metas grandiosas. Alejandro, dice un historiador, era "no sólo un gran general, sino un general excepcional". En los combates manejaba la lanza o la espada al frente de su caballería o rompía las líneas enemigas capitaneando su columna de asalto.

En **Gaugamela**, el Tigris impedía a los griegos lanzarse de inmediato al ataque, como hicieran en Gránico; Alejandro avanzó hacia el norte y, sin advertirlo el enemigo, atravesó el río con su ejército. Sólo entonces atacó. Sucedió lo que en Iso. Después de las primeras escaramuzas, Darío perdió la serenidad. De repente, la falange macedónica, que había permanecido quieta y en completo silencio, se lanzó al ataque, con gritos estridentes. Los nervios del rey de reyes no resistieron; en vez de reorganizar sus tropas, emprendió de nuevo la huida, seguido de muchos de sus soldados. Sólo la caballería persa ofreció tenaz resistencia e impidió a los griegos la persecución de los fugitivos, pudiendo así el rey y el núcleo de su ejército abandonar el campo sin ser copados. Darío huyó a las montañas de Media con la esperanza que Alejandro no lo perseguiría en aquellas regiones.

En el ejército persa reinaba el mayor desorden. La caballería y la infantería se revolvían mezcladas. La mayoría de los soldados no habían presenciado siquiera la batalla. Otra era la situación en el ejército macedónico, en donde cada compañía, cada escuadrón y cada hombre tenían una misión bien determinada que cumplir. Los imperiales aprovechaban el menor éxito parcial para lanzarse al pillaje, y al encontrar botín, mostraban la mayor indiferencia a cuanto pudiera suceder en el campo de batalla. En el otro bando, ningún heleno se hubiera atrevido a dejar su puesto en el combate hasta no haber derrotado por completo al enemigo.

Algo similar ocurría entre el monarca persa, débil y mezquino, y el rey de Macedonia, vigoroso y valiente. Alejandro creía en su estrella. Cuando esta fe va acompañada de inteligencia y cualidades excepcionales, no se tiene miedo a nada en el mundo. La empresa inverosímil que acometió Alejandro con un puñado de helenos, sería incomprensible sin esta confianza en sí mismo y en su triunfo.



Batalla de Arbelas o Gaugamela (1º de setiembre del 331 a. de C.)

Por la madrugada (1) el ejército macedonio ocupaba parte del centro persa. Alejandro (A) estaba en la derecha con su caballería macedónica, mientras Parmenio (P) mandaba la de Tesalia. Ocupaban el centro las falanges (F F) y, para protegerse de un ataque envolvente, se habían situado dos columnas de reserva en profundidad (R R). La batalla empezó (2) con un movimiento del ejército de Alejandro hacia la derecha. Los persas se retiraron también, dejando un hueco por el que penetró Alejandro. A la caída de la tarde (3) los persas habían envuelto el ala de Parmenio (P), pero Alejandro (A) había llegado hasta el carro de Darío (D), quien huía.

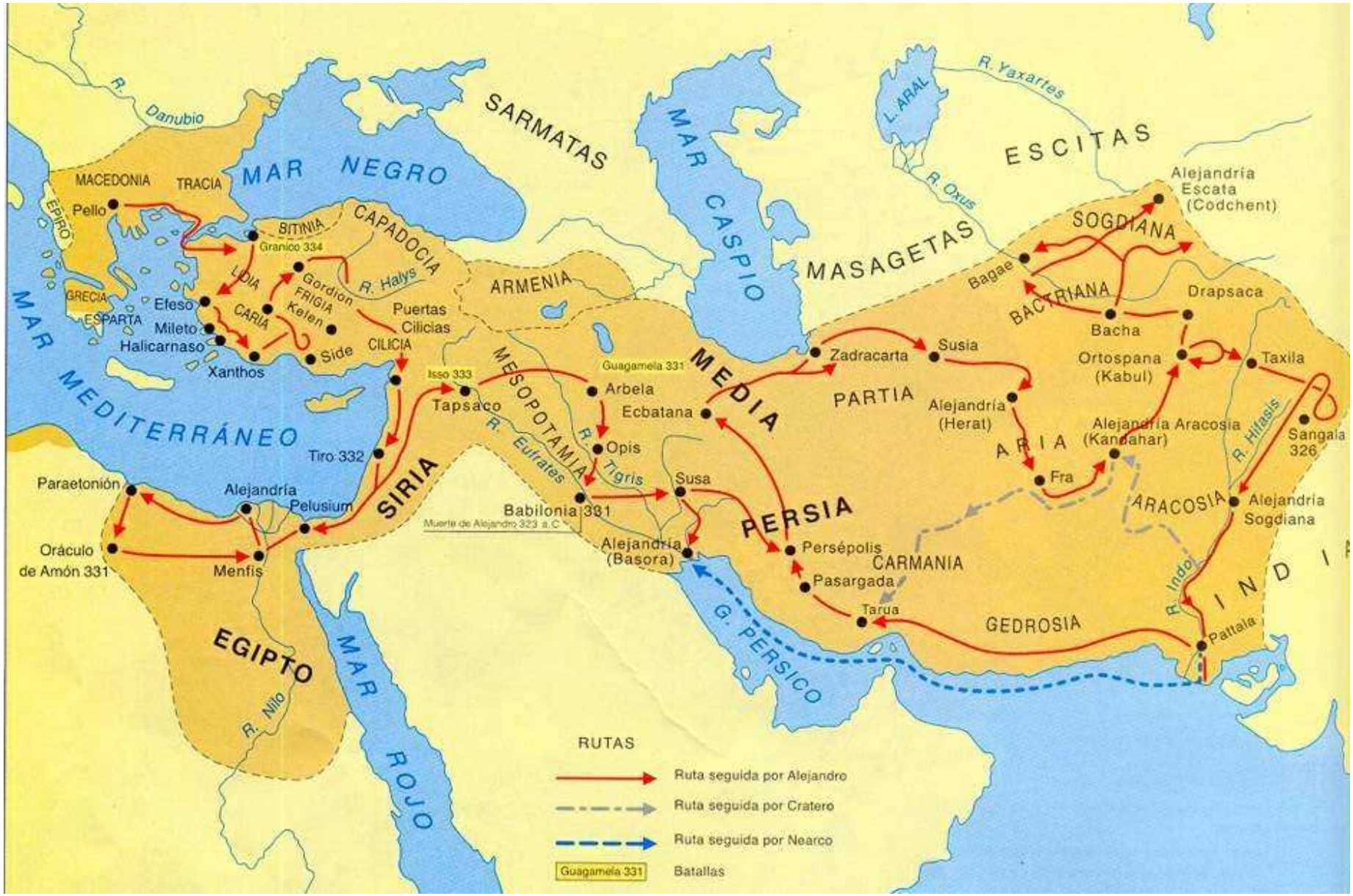
Bajorrelieve con escena de lucha entre griegos y persas, esculpido sobre las paredes del llamado sarcófago de Alejandro. Estambul, Museo Arqueológico.

La importancia de la última victoria de Alejandro no daba lugar a dudas, y las dos ciudades más importantes de Persia, Babilonia y Susa, abrieron las puertas al vencedor. El sátrapa de Babilonia salió al encuentro de Alejandro, para ofrecerle las llaves de la ciudad, y el joven conquistador entró en la antigua capital de los soberanos babilónicos y persas por un camino adornado con flores y fuegos sagrados. El pueblo babilónico, con sus sacerdotes al frente, le ofreció, clamoroso, presentes de bienvenida. En el palacio real, Alejandro encontró enormes sumas de dinero a su disposición. El joven conquistador halló un tesoro tan cuantioso, que pudo gratificar con esplendor a cada soldado de su ejército.

En Babilonia, Alejandro sacrificó a Marduk, como antes lo hiciera a los dioses egipcios, cuando lo proclamaron "hijo de Amón". Aquí fue donde, por primera vez, Alejandro nombró a un persa para gobernar una ciudad conquistada. Era una nueva sutileza de su política: quería atraerse a la nobleza enemiga tratando por igual a los persas adictos que a los oficiales macedonios.

Alejandro dejó Babilonia y se encaminó hacia Susa, que guardaba mayores riquezas todavía. Es posible que la suma de lo recogido se acercara a los 50.000 talentos, cifra exorbitante, pero aún menor que la hallada más tarde en Persépolis, la tercera capital persa: quizás unos 120.000 talentos, fabulosa e inverosímil incluso en la actualidad.

En esta ciudad, corazón de Persia, Alejandro, en un acto no sólo inútil, sino también desconsiderado frente al patrimonio artístico de la humanidad, mandó incendiar los antiguos palacios reales. Los tafetanes gigantescos que al viento se cimbraban entre las columnas, y los maravillosos salones de madera de cedro labrada, donde los reyes persas habían residido y celebrado suntuosas fiestas, fueron también reducidos a cenizas, en simbólica venganza de lo que Jerjes hiciera con los templos griegos. El mundo entero recibió con horror la noticia: los dioses de la Hélade vengaban cumplidamente las ofensas recibidas.


R. Danubio
SARMATAS
MAR NEGRO
MAR CASPIO
L. ARAL
R. Yaxartes
ESCITAS
R. Oxus
MACEDONIA
TRACIA
EPIRO
Pello
BITINIA
Granico 334
CAPADOCIA
R. Halys
ARMENIA
MASAGETAS
Alejandría Escata (Codchent)
SOGDIANA
Bagae
BACTRIANA
Drapsaca
Bacha
GRECIA
ESPARTA
Efeso
Mileto
Halicarnaso
LIDIA
CARIA
Gordion
FRIGIA
Kelen
Puertas Cilicias
Side
CILICIA
Xanthos
MAR MEDITERRÁNEO
Zadracarta
Susia
Ortospana (Kabul)
Taxila
Isso 333
Guagamela 331
Arbela
MESOPOTAMIA
MEDIA
PARTIA
Alejandría (Herat)
Ecbatana
Tapsaco
R. Eufrates
R. Tigris
Opis
ARIA
Alejandría Aracosia (Kandahar)
R. Hifasis
Sangala 326
Tiro 332
SIRIA
Fra
Paraetonión
Alejandría
Pelusium
Susa
ARACOSIA
Alejandría Sogdiana
Babilonia 331
Muerte de Alejandro 323 a.C.
PERSIA
Persépolis
CARMANIA
Oráculo de Amón 331
Menfis
Alejandría (Basora)
Pasargada
R. Indo
INDIA
Tarua
GEDROSIA
Paltala
EGIPTO
R. Nilo
MAR ROJO
G. PERSICO
RUTAS
Ruta seguida por Alejandro
Ruta seguida por Cratero
Ruta seguida por Nearco
Guagamela 331
Batallas

EL IMPERIO

Alejandro no empezó a perseguir a Darío hasta haber entrado en la cuarta capital persa, Ecbatana. Pero el desgraciado rey no cayó vivo en manos de su enemigo. Cuando más desesperada era su situación, fue asesinado por un sátrapa que se proclamó sucesor del rey difunto con el nombre de Artajerjes. Entonces se planteó la lucha entre Alejandro y el falso Artajerjes por la posesión de Persia propiamente dicha; o sea, el actual Irán.

Alejandro descubre el cadáver de Darío III, Gustave Dore

Los iranios eran excelentes guerreros y seguían la religión de Zoroastro. Las tropas de Alejandro sostuvieron una larga y penosa guerrilla contra este enemigo, que, cuando se veía vencido en un lugar, desaparecía de pronto para reaparecer en otro inesperado. Pero el genio de Alejandro comprendió en seguida la nueva situación con que se enfrentaba y cambió de táctica. Reorganizó su ejército y le dio más dinamismo, formando pequeñas divisiones, integradas por secciones más ligeras de caballería e infantería. En parte, las nuevas formaciones se componían de persas adictos, que Alejandro admitió en sus filas por motivos políticos y militares. Alejandro era tan rey de los persas como de los macedonios y pretendía que persas y griegos se compenetrasen y colaborasen en armonía. Cono se ve, el macedonio no sentía los prejuicios de su maestro Aristóteles, quien le había aconsejado ser "jefe para los griegos y déspota para los bárbaros", es decir, considerar a los griegos como amigos e iguales, pero tratar a los orientales como bestias.

Pero Alejandro no condujo a su ejército al corazón de Asia para convertir a los asiáticos en esclavos de los occidentales; en su imperio no habría diferencias entre vencedores y vencidos. Y a medida que conquistaba el mundo, su ejército, su ambiente y él mismo también cambiaban. Tras las sangrientas batallas, su política era cicatrizar las heridas causadas por sus armas, apaciguar, reconciliar y reorganizar. Un autor clásico escribe a este respecto: "Exhortó a todos que consideraran al mundo como su patria y mirasen como extranjeros sólo a los

malvados". La meta que se proponía después de la guerra no era menos ambiciosa que la de sus operaciones militares.

Pero aún tenía Alejandro que realizar grandes hazañas, una de ellas ajustar cuentas al falso Artajerjes, refugiado en el nordeste de Persia. Tres años necesitó Alejandro para someter al país hasta el río Yaxartes. Por fin, le entregaron al pretendido rey. Un tribunal persa condenó al usurpador y le dio muerte con refinada crueldad oriental. Alejandro aseguró sus conquistas fundando ciudades y dejando guarniciones y destacamentos macedónicos. Muchas de estas "ciudades de Alejandro" fueron erigidas en lugares adecuados para las vías de comunicación; su asentamiento fue elegido con tanto acierto, que aún hoy son urbes prósperas.

Cuanto más seguro se sentía Alejandro en su nuevo trono, más se comportaba a la manera oriental. Se vistió como un rey persa, recibió los honores que se tributaban a los reyes que le precedieron, aprendió su lengua y se rodeó cada vez más de gente persa. Como soberano persa tenía que atender y solucionar la mayoría de los asuntos del país; de lo contrario, le hubieran considerado como extranjero y usurpador y no hubiera podido mantener su poder en tan inmenso imperio, sólo guarnecido por un puñado de macedonios, por mucho que fuera su valor en el campo de batalla. Con todo, tanto griegos como macedonios opinaban que Alejandro iba demasiado lejos en la adopción de costumbres orientales; la oposición entre ambas provocó dramas políticos.

El primero de ellos fue la ejecución de su amigo de infancia Filotas y su padre Parmenión, tan estimado por los griegos. Luego, otro, durante un banquete ofrecido por Alejandro a sus amigos; los más jóvenes no cesaban de tributar entusiastas alabanzas al anfitrión, reconociéndole a ratos méritos muy superiores a los de Filipo. Las hiperbólicas lisonjas eran insoportables. A un tal Clitos, la embriagues le hizo perder la prudencia y se puso a cantar las hazañas de Filipo y a despreciar a Alejandro, afirmando que el rey debía todos sus éxitos a los macedonios y, sobre todo, a Parmenión, que acababa de asesinar. Y con la mano extendida hacia Alejandro, gritó: "¡Recuerda que fue esta mano la que te salvó en Gránico! ¡Escúchame: acaba de una vez de rodearte de esclavos y bárbaros que se arrastran para besar la orla de tu vestido!" Alejandro, también bebido en exceso, se acaloró, asió una lanza y atravesó a Clitos diciendo: "Vete, pues, a buscar a Parmenión".

Al ver en el suelo a su salvador, inerte y bañado en sangre, pareció enloquecer y sacando la lanza del muerto quiso matarse. Sus amigos lograron impedirlo. A rastras lo llevaron a su habitación, donde permaneció tres días echado, rehusando alimentos y bebidas, torturado por los remordimientos.

El mejor biógrafo antiguo de Alejandro, el grecorromano Arriano, que vivió hacia la segunda mitad del siglo II después de Cristo, señala rasgos muy interesantes acerca de la violencia y susceptibilidad de Alejandro. No trata de disimular los defectos de su héroe, pero añade que deben tenerse presentes su juventud y la forma con que la fortuna lo favoreció, así como el hecho que los príncipes están siempre rodeados de aduladores que ejercen perniciosa influencia en ellos. Por eso su esfuerzo debe ser mayor que en los demás hombres para dominar sus pasiones: "Sin embargo —que yo sepa—, Alejandro fue el único rey de la Antigüedad capaz de arrepentirse de un error pasado. Ello prueba la nobleza de su carácter. A mi parecer, sólo existe una manera de borrar una falta: reconocerla paladinamente y dar señales de arrepentimiento".

En el año 327 comenzó una nueva etapa en las campañas de Alejandro. Llevó la guerra al Indo, inmensos territorios en donde los ríos arrastraban oro y de donde procedían la mayor parte de los metales preciosos, perlas y alhajas del rey de Persia. La expedición a la India redondearía sus conquistas mundiales, pues creía que después de atravesar este país llegaría al océano, fin de las tierras de Asia y del mundo. La India era un país legendario que subyugaba tanto al conquistador como al explorador. Un mundo nuevo se abrió ante los griegos al llegar

a Penjab, el país de los "cinco ríos" o cinco brazos del Indo, con una flora y una fauna nunca antes vistas por ellos. Las diferencias sociales del pueblo, sus castas, sus costumbres religiosas, todo era objeto de extrañeza para los griegos.

El único que les opuso resistencia fue el rey Porus, con un poderoso ejército compuesto de varios cientos de elefantes que transportaban a lomo a arqueros y lanceros. Dispuso los paquidermos en un frente tan extenso como el mismo orden de batalla y detrás de ellos, la infantería. Porus estaba seguro que los elefantes rechazarían el ataque de la caballería macedonia espantando a los caballos.

Pero el desarrollo de los acontecimientos fue otro. Alejandro no atacó al enemigo de frente con la caballería, sino por los flancos, mientras que la infantería sólo emprendió el ataque frontal cuando en la formación enemiga reinaba la confusión, que pronto fue completa. Muertos sus cornacas, los elefantes se desbocaron, aplastando tanto a sus tropas como a las enemigas. Porus, que con un espíritu de resistencia increíble dirigía la lucha desde lo alto de su elefante, intentó impedir la desbandada de su ejército cuanto tiempo le fue posible, pero, al fin, gravemente herido, se rindió al macedonio. Según la imaginativa pluma de Plutarco (fallecido en 120 después de Cristo), el elefante de Porus "mostró una inteligencia admirable y una solicitud inverosímil con el rey; mientras éste estuvo en plenitud de sus fuerzas, el animal se defendió con valor de los atacantes, rechazándolos; pero cuando le vio herido, temiendo que muriera, se arrodilló con suavidad en tierra y fue quitando con su trompa y con el mayor cuidado los dardos clavados en el cuerpo del rey".

Admirado por la valentía de Porus, Alejandro le pidió que manifestara sus deseos: "Sólo quiero ser tratado como un rey", contestó orgulloso, palabras que ganaron el ánimo de Alejandro. Le trató con la mayor deferencia y así se atrajo la amistad de Porus, que fue luego un fiel aliado.

Porus ante Alejandro, pidiendo ser tratado como rey.

Después de la batalla, Alejandro dirigió un discurso a las tropas proponiéndoles continuar las conquistas hasta el fin del mundo. Según se creía entonces, el orbe terminaba en donde el Ganges desemboca en el mar. Si prolongaba hasta allí su marcha triunfal, Alejandro sería dueño de Asia entera. Pero ocurrió lo inesperado: cuando el conquistador macedonio ordenó avanzar hacia el este, los soldados se negaron a seguirle. Dos meses de lluvias ininterrumpidas habían apagado su entusiasmo. Por primera vez en su vida, Alejandro ordenó la retirada: Su poder no era ilimitado: la naturaleza era más fuerte que su voluntad. Parte del

ejército embarcó y siguió el curso del Indo, mientras el resto avanzaba por ambas orillas. Diez meses tardaron en llegar a su desembocadura, tiempo que Alejandro aprovechó para someter a los habitantes del valle.

También quiso enlazar mejor este territorio con su imperio abriendo una ruta marítima que uniera el Indo con el Éufrates. Para ello envió a su almirante Nearco y una parte de sus tropas a explorar la costa en dirección oeste y a fundar puertos y factorías en los lugares más adecuados. El mismo Alejandro creó, no lejos del litoral, un depósito de víveres y agua potable para los marinos. El grueso del ejército seguía un itinerario más septentrional para reunirse con Alejandro en el sur de Persia. Nearco descubrió la ruta naval del Indo al Éufrates, o más bien la redescubrió. Según parece, este itinerario había sido surcado en el período babilónico más antiguo.

El regreso de Alejandro a través de los ardientes desiertos fue una tortura. Perecieron miles de hombres, caballos y animales de carga. El calor era tan sofocante que muchas veces tuvieron que avanzar de noche y descansar de día. Hambrientos y sedientos, los soldados se arrastraban por la arena alimentándose con los caballos, asnos y camellos que iban muriendo por el camino. Sólo gracias a su rey no perecieron todos en el desierto: su indomable energía salvó al resto del ejército y con él llegó al fin a Persia.

Tal vez no haya existido otro ejército que sufriera tanto, excepto quizás el de Napoleón, en la desastrosa retirada de Rusia en 1812. Pero hay una diferencia entre ambos emperadores; Alejandro no hubiera abandonado a sus soldados, ni aun con peligro de su vida. He aquí una anécdota que lo prueba. Un día, unos jinetes macedónicos descubrieron un poco de agua en la grieta de una roca, llenaron un casco y se la llevaron al rey. "¿Yo sólo he de apagar mi sed?", replicó Alejandro arrojando a la arena el contenido del casco. Este rasgo reanimó tanto a los soldados, que parecía que cada uno hubiera bebido el agua rechazada por el rey. Al llegar a Persia tuvo la alegría de saber que Nearco estaba en un puerto del sur.

El resto del ejército victorioso llegó a Susa, agotado, en la primavera de 324. Llegaban a tiempo, ya que en ausencia de Alejandro varios sátrapas gobernaban como si ya fueran dueños de sus provincias. La autoridad del rey estaba en juego: un síntoma de debilidad y todo estaría perdido. El castigo fue terrible. La campaña de la India había endurecido al joven macedonio, quien restableció la paz y la calma. Después de tal experiencia, Alejandro nombró jefes macedonios en la mayor parte de las satrapías, aun en las más orientales.

Sus intentos de fusionar el elemento persa con el griego habían fracasado en parte. Sin embargo, nunca perdió la esperanza de mezclar pacíficamente a ambos pueblos. Para simbolizar esta unión entre Occidente y Oriente, soñada por Alejandro, celebraba con gran solemnidad los matrimonios entre macedonios y mujeres persas. El propio Alejandro se casó, durante su viaje a la India, con Roxana, hija de un bactriano de noble linaje. A su retorno se casó con una hija de Darío; al mismo tiempo, y con la mayor solemnidad, se celebraron las bodas de ochenta oficiales macedonios con mujeres persas de elevada posición social. Miles de macedonios ya enlazados con anterioridad se unieron a las fiestas. Sin embargo, muchas uniones de éstas no fueron respetadas, debiendo Alejandro forzar a los macedonios el cumplimiento de sus obligaciones paternales. Al morir el rey, los macedonios repudiaron, casi sin excepción, a estas mujeres persas o las consideraron concubinas suyas.

Al rehusar los veteranos seguir su marcha a través de la India, Alejandro había concebido la idea de continuar sus planes de conquista mundial con otras tropas, más disciplinadas. La simbiosis existente entre el rey y sus macedonios no bastaba para afrontar las circunstancias actuales. Reclutó y organizó a la manera macedónica entre las tribus más rudas de Persia, un ejército tan a propósito para sus planes, que no tuvo más necesidad de sus veteranos. Determinó, pues, repatriar a muchos de ellos, sobre todo a los inválidos. Al saberse la noticia, estalló un verdadero motín. Había creído que ello agradaría a los soldados que mayormente habían padecido en sus campañas y ocurrió lo contrario: los soldados creyeron

que lo que pretendía el rey era separarse de sus compatriotas. Entonces, exigieron todos el retorno a sus casas, aconsejándole que continuara en adelante sus conquistas ayudado por su padre Amón. Ciego de ira, Alejandro se abalanzó sobre los amotinados seguido de su guardia personal, apuñaló al que más fuerte gritaba, mandó que detuvieran a algunos y luego los hizo ejecutar. Su energía impuso el orden en la tropa descontenta y después pronunció un discurso que fue escuchado en profundo silencio. Recordó a los macedonios todo cuanto debían a él y a su padre. "¿Qué seríais sin nosotros? —exclamó—. Vagaríais por las montañas con vuestros miserables rebaños, pobres y sin hogar, amenazados por los tracios, los ilirios y otras tribus salvajes. Mi padre os proporcionó hogar y ropas de soldados en vez de las pieles con que os cubríais. Os convirtió en señores de los pueblos vecinos, en dueños de las ricas minas de Tracia y en vecinos del mar. Sometió a vuestro poder Tesalia, Tebas, Atenas y el Peloponeso y os dio la hegemonía sobre todos los helenos en la guerra contra los persas. He ahí lo que mi padre hizo por vosotros.

"¿Y yo? ¿No os he abierto el Helesponto, no puse a vuestra disposición las ricas satrapías del Asia menor, no habéis saboreado las mieles de la victoria? Las riquezas de Egipto, de Siria, de Babilonia os han tocado en suerte; sois dueños de los tesoros de Persia y de las riquezas de la India; he hecho de vosotros sátrapas, generales, estrategos... ¿Me he quedado yo con algo en el reparto del botín, aparte de la púrpura y la diadema? Nada he guardado para mí, nadie puede mostrar mis tesoros.

"¿Qué necesidad tengo de tesoros, yo, que como y duermo como cualquiera de vosotros? ¿No me visteis preocupado cuantas veces sufríais o estábais en peligro? Si alguno de vosotros tiene cicatrices, que las muestre y yo le enseñaré las mías.

"¡Hoy quiero que aquellos de vosotros que estén agotados por tantos combates vuelvan a sus casas para que allí se les admire y se les honre! ¿Queréis marchar todos? Pues bien, ¡marchaos! Cuando lleguéis a vuestras casas contad a todos que habéis abandonado a vuestro rey y dejasteis a los bárbaros vencidos el cuidado de protegerle; a vuestro rey, que sometió a los medos, a los persas y a muchísimos pueblos; a vuestro rey, que ha franqueado los collados del Cáucaso y los ríos de Asia, y que hubiera llegado al corazón de la India si no le hubiérais vuelto la espalda. ¡Cuando digáis esto os tributarán sin duda los honores debidos, y vuestro relato será muy agradable a los dioses! ¡Marchad, pues!" Dicho esto, los dejó.

Desde entonces, Alejandro se desenvolvió como si de hecho no existieran tropas macedónicas. No les daba órdenes, nadie se preocupaba de los soldados y tenían que arreglárselas solos. Con el tiempo, esta situación les resultó insoportable y comprendieron que sería una locura rebelarse contra Alejandro y sus tropas asiáticas. No les quedó más remedio, pues, que acceder a sus deseos y acudieron, desesperados, al palacio real, donde arrojaron las armas e imploraron perdón.

Al salir Alejandro del palacio, el espectáculo que presenció le arrancó lágrimas. Se reconcilió con sus leales veteranos, y los soldados macedonios más afectados por el esfuerzo de tantas batallas regresaron a su país. Alejandro cuidó que nada les faltara durante el viaje y les dio un talento a cada uno. También se preocupó que sus hijos nacidos de mujeres asiáticas recibieran educación macedónica.

Poco tiempo después, Alejandro se trasladó a Babilonia, donde se planeaba una gran operación naval: una flota descendería por el Éufrates, rodearía la península arábiga y entraría en el mar Rojo. Babilonia y Alejandría estarían, así, unidas por mar. La expedición, por otra parte, se apoderaría en su periplo de los puertos más importantes e iría estableciendo colonias. La empresa, como la campaña de la India, sería una nueva etapa en la conquista del mundo. Se rumoreó también que Alejandro proyectaba una guerra contra los enemigos de los helenos en Italia, Sicilia y África.

Alejandro mostró su acostumbrada energía al disponer esta expedición, pero cuando los preparativos tocaban a su fin fue acometido por una fiebre y enfermó de gravedad. Un día en

que su estado parecía desesperado, le preguntaron a quién dejaba el imperio. "Al más digno", respondió. Su último acto fue quitarse el sello del dedo y dárselo a su fiel amigo Pérdicas.

Cuando los soldados supieron que Alejandro estaba enfermo, se agolparon a las puertas del palacio suplicando con ruegos y amenazas que les dejaran ver a su general. Les abrieron las puertas y desfilaron ante el lecho del rey. Alejandro les tendía la diestra, e incapaz de hablar, les despedía inclinando la cabeza. Luego perdió el conocimiento, muriendo dos días después, a la edad de treinta y tres años. El último suspiro de Alejandro fue el campanazo inicial de una lucha sin cuartel entre sus colaboradores para alcanzar el poder.

Poco después de la victoria de Alejandro en Gaugamela, Esquines expresó en un discurso el asombro de sus compatriotas ante los acontecimientos que los griegos de su generación contemplaron en el breve espacio de unos años. "Hemos visto con nuestros ojos cosas que parecerán increíbles a nuestros descendientes. El rey de Persia, el que abrió un canal en el istmo de Athos y tendió un puente en el Helesponto, el que exigió a los griegos la tierra y el agua, aquel vanidoso que al escribir se decía señor de la humanidad, desde Oriente hasta Occidente, el rey de Persia, digo, no lucha ahora para salvar a otros pueblos, sino para salvarse a sí mismo."

Así pensaban sus contemporáneos de los triunfos de Alejandro siete años antes de la muerte del conquistador. Nadie en su época podía soñar que un hombre pudiese juntar tanto poder en sus manos, nadie excepto el mismo Alejandro. Y sin embargo, este dueño del mundo murió joven, en pleno vigor. Puede afirmarse, sin exageración, que nunca comenzó una batalla sin ganarla, ni sitió una ciudad sin conquistarla, ni penetró en un territorio sin someterlo a su patria: No había límite a su ambición. "Por lo que a mí respecta —dice Arriano —, no puedo decir con certeza qué es lo que Alejandro habría hecho de vivir más tiempo, pero estoy persuadido que no se hubiera concedido el menor reposo, aun después de haber agregado Europa al Asia y las Islas Británicas a Europa. Habría buscado después otros países desconocidos, aunque hubiera tenido que ir solo."

Aparte lo que Alejandro hubiese realizado de haber vivido, lo que hizo en los trece años de su reinado significó una conmoción en casi todo el mundo civilizado de entonces. Inició una nueva época. Alejandro no era sólo militar y conquistador, era también político y un hombre culto que no se contentaba con someter un gran imperio, sino que procuró darle orientación nueva, una vez conquistado. Alejandro era uno de esos soberanos innatos que superan los prejuicios nacionales y ponen su entusiasmo y energía al servicio de la humanidad. En sus nuevos dominios, Alejandro trabajó sin descanso por el interés general: creó nuevas fuentes de riqueza, fundó ciudades, activó relaciones mercantiles en países decadentes, mejoró las comunicaciones, favoreció el tráfico e hizo circular el oro acumulado en las arcas reales persas, donde sólo servía para su despótico propietario. Fue como si desde el corazón del imperio empezaran a irrigarse los miembros atrofiados.

También contribuyó al conocimiento de Oriente, ignorado hasta entonces. No consideraba sus conquistas como simples operaciones militares, sino como grandes expediciones científicas a través de territorios poco conocidos. Los informes que proporcionó fueron de mucha utilidad a Aristóteles y a otros sabios, geógrafos, adelantados de las ciencias naturales e historiadores. Los resultados de estas investigaciones se recopilaron en los archivos científicos de Babilonia. Esta colección se ha perdido, como otras muchas por demás interesantes, pero por suerte varios insignes investigadores pudieron conocerla antes de su desaparición.

Alejandro aportó mucho dinero para los trabajos científicos de Aristóteles y a otros sabios les encargó estudiar y determinar el género de vida de ciertos animales exóticos. Sus hazañas bélicas tuvieron, pues, consecuencias importantísimas: contribuyeron a sentar las bases de una gran cultura.

El impacto que causó Alejandro en sus contemporáneos se propagó a los pueblos orientales. Iskandar es todavía hoy una figura legendaria en aquellos países.

FRAGMENTACIÓN DEL IMPERIO

La muerte de Alejandro significó la fragmentación de aquel imperio, obra personal de un genio y cuya unidad sólo por una voluntad férrea podía ser salvaguardada. Eran necesarias una tenacidad v una inteligencia excepcionales para unir en un conjunto coherente a pueblos de tan diversa civilización. El imperio de Alejandro lo integraban unas tribus con agricultura rudimentaria; otras, de pésimas costumbres familiares, a algunas de las cuales incluso debía convencérselas de que "conservasen a sus padres ancianos en vez de deshacerse de ellos y matarlos". Los propios fenicios todavía sacrificaban infantes a su dios Molok.

Por otra parte, Asia era un hormiguero de pueblos de cultura muy antigua. Algunos habían dominado a los griegos cuando éstos todavía eran bárbaros. Y, sin embargo, estos pueblos, como todos los orientales, debían ser liberados de sus supersticiones y de la ciega sumisión a sus jefes; tenían que aprender a tener conciencia de su dignidad humana. Ésta era la tarea de la civilización helena. Alejandro inició esta misión. La tendencia que impuso el joven conquistador se hizo característica de todo este período, llamado helenístico.

Alejandro no dejó heredero. Su esposa Roxana dio a luz un hijo póstumo, al que se impuso el nombre paterno. Antes de su nacimiento, el ejército de Babilonia había ya entablado un violento combate por la sucesión del rey difunto.

La lucha terminó con un pacto. Si el hijo que esperaba Roxana era varón, el hijo y un hermanastro de Alejandro, llamado Filipo Arrideo, hijo de una bailarina, compartirían el trono. Filipo, hombre ya de edad adulta, era epiléptico, débil de carácter e incapaz de gobernar un reino; la corona de Alejandro pasaba, según Wilamowitz, "a un idiota y a un niño que aún no había nacido". Pérdicas, entretanto, tomó en sus manos las riendas del imperio en calidad de regente y escogió como gobernadores a los inmediatos colaboradores de Alejandro, entre ellos a Tolomeo, Antígono y Seleuco. Por su parte, Antípatro llegó a ser gobernador de Macedonia y de Grecia. Todos ellos generales y hombres de fuerte personalidad, entre quienes resultaría difícil toda colaboración. La historia política del período siguiente se caracteriza por la lucha a que se entregaron todos estos *diádocos* o sucesores, para conseguir el poder.

La repentina muerte de Alejandro fue, en Grecia, como llevar agua al molino de los "defensores de la libertad" y echar aceite al fuego de su patriotismo. Consolidando la hegemonía macedónica, Alejandro había puesto fin a las actividades políticas de los minúsculos Estados; desde entonces, las asambleas populares sólo discutían problemas de vida cotidiana o, por citar a Demóstenes, "tratar de las calles y pozos que debían ser reparados, o las paredes que tenían que ser blanqueadas".

Es interesante echar un vistazo a la conducta de Demóstenes y otros atenienses durante las campañas de Alejandro en Persia. Ni la Grecia oficial ni ningún poeta cantó las victorias de Alejandro. Los Estados griegos que daban carácter al mundo heleno tenían conceptos muy distintos del patriotismo y de la vocación nacional. En efecto, si los atenientes hubieran puesto su marina a disposición de Alejandro, éste habría podido vencer a los persas por mar y por tanto decidir de inmediato el éxito de las operaciones. Con ello, Alejandro hubiera quedado obligado por la ayuda de los atenienses y Atenas hubiera podido aspirar a un puesto importante en la política.

Pero los atenienses no quisieron: Demóstenes y sus amigos velaban para que el compromiso no llegara lejos. Demasiado prudentes, los atenienses sólo entregaron a Alejandro los veinte navíos acordados en el tratado; además, se escudaron en la neutralidad y siguieron una política expectante. Cuando conocieron la brillante victoria de Alejandro, Iso,

los atenienses y sus aliados acordaron enviar al vencedor una corona de oro en gratitud a sus esfuerzos en pro de la libertad de Grecia.

Los espartanos, nunca miembros de la Confederación fundada por Filipo en el congreso de Corinto, apenas Alejandro partió al Asia, reanudaron los contactos con el rey de Persia. Tras la batalla de Iso se mostraron tan amenazadores, que estalló la guerra entre ellos y Antípatro, el gobernador que Alejandro había designado para Macedonia. En la sangrienta batalla de 331, los espartanos fueron derrotados; desde entonces, ningún Estado griego osó rebelarse contra Macedonia mientras vivió Alejandro. Pero cuando se confirmó la noticia de su muerte, los gerifaltes de la política antimacedónica pronunciaron apasionados discursos incitando a sus compatriotas a unirse y emprender de nuevo la lucha por la libertad de los helenos. Gracias a Demóstenes y otros instigadores, el movimiento se extendió por toda Grecia y pronto avanzó un ejército contra Antípatro; pero las tropas helenas sufrieron una derrota aplastante y los principales responsables fueron ejecutados. Demóstenes pudo escapar de sus enemigos envenenándose.

Años después, al morir Antípatro, estalló la guerra civil en Macedonia. La ambiciosa Olimpia también tomó parte en la lucha y fueron asesinados el imbécil Filipo, su madre y un centenar de partidarios suyos, pero Olimpia fue vencida y capturada por Casandro, hijo de Antípatro. Los familiares de las víctimas de Olimpia exigieron su muerte y el tribunal del pueblo la condenó a la pena capital. Murió como vivió, sin humillarse. Años más tarde, en 310 antes de Cristo, Casandro se deshizo asimismo del pequeño y prometedor Alejandro y de su madre Roxana, quien por su parte había hecho antes asesinar a la esposa oficial de Alejandro, una hija de Darío II.

Más adelante, los adversarios de Casandro le opusieron un muchacho de dieciséis años, Heracles, hijo de Alejandro y de una noble frigia, pero siguió el mismo camino que sus antecesores. Se invitó al joven a un banquete, en el que lo asesinaron por el mismo motivo que las precedentes víctimas: por descender de Alejandro. Sólo quedaba la hermana del conquistador, la inteligente Cleopatra. Casada con su tío, el rey de Epiro, había enviudado, rechazando desde entonces las propuestas de matrimonio de varios aspirantes al trono. Por último, decidió casarse con Tolomeo. Pero Antígono impidió el proyecto haciéndola envenenar. Con ella se extinguió la dinastía de Filipo y Alejandro.

Mientras en Grecia se desarrollaban todos estos acontecimientos, Oriente se desangraba en cruentas luchas, no sólo entre el regente y los diádocos, sino también entre estos últimos. Aquellos que habían combatido juntos durante años y años, y participado en multitud de fiestas en amistosa camaradería, estaban ahora enzarzados en una lucha a muerte, procurando cada uno arrebatar los dominios del otro. Dos años después de morir Alejandro, caía Pérdicas asesinado por un grupo de sus propios oficiales.

El más poderoso y enérgico de los diádocos era Antígono, apellidado "el Cíclope", porque le faltaba un ojo. Había extendido sus Estados a expensas de sus rivales y desde Asia gobernaba su reino y planeaba el modo de apoderarse de todo el imperio de Alejandro.

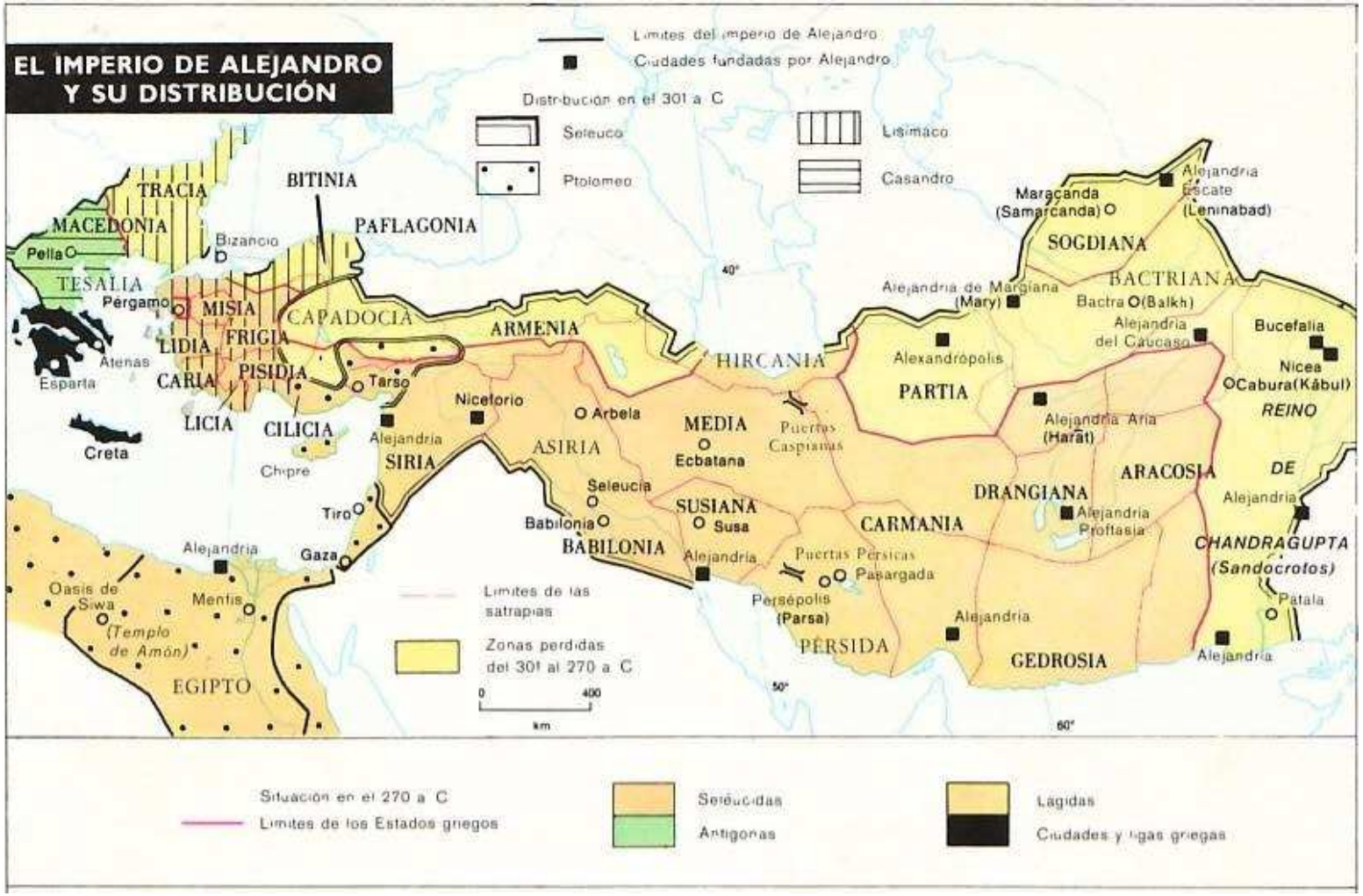
Este hombre de hierro cayó, al fin, a los ochenta años de edad, en una gran batalla contra Seleuco y otros rivales, en 301. Derrumbábase el sueño de unidad imperial que tanto acarició Alejandro. El imperio fue dividido en tres Estados: Macedonia quedó para los descendientes de Antígono, la mayor parte del Asia Anterior para los de Seleuco y Egipto para los Tolomeos.

Este reparto no trajo consigo la paz; las rebeliones y luchas llenarían los dos siglos siguientes. Siria, tan importante desde el punto de vista comercial —el litoral fenicio era codiciado por dos razones: por los cedros del Líbano y por los minerales de sus montañas—,

sería permanente manzana de la discordia entre Tolomeos y Seléucidas, al igual que antaño los faraones disputaban el mismo país a los reyes de Mesopotamia y a los hititas. Por otra parte, las dinastías de Tolomeo y Antígono contenderían por el dominio del mar Egeo.

Ninguna de las tres partes del antiguo imperio había ya de soñar con el imperio mundial, sino con ser más poderosa que las otras dos.

Tolomeo I Lago.


EL IMPERIO DE ALEJANDRO Y SU DISTRIBUCIÓN
Límites del imperio de Alejandro
Ciudades fundadas por Alejandro
Distribución en el 301 a. C
Seleuco
Lisímaco
Ptolomeo
Casandro
TRACIA
BITINIA
PAFLAGONIA
MACEDONIA
Bizancio
Pella
TESALIA
Pérgamo
MISIA
CAPADOCIA
ARMENIA
HIRCANIA
LIDIA
FRIGIA
Atenas
Esparta
CARIA
PISIDIA
Tarso
Niceforio
Arbela
MEDIA
Ecbatana
Puertas Caspianas
LICIA
CILICIA
Alejandría
Creta
Chipre
SIRIA
ASIRIA
Seleucia
SUSIANA
Susa
Babilonia
BABILONIA
Tiro
Gaza
Alejandría
Oasis de Siwa
(Templo de Amón)
Menfis
EGIPTO
Límites de las satrapías
Zonas perdidas del 301 al 270 a. C
0
400
km
Alejandría
Puertas Pérsicas
Pasargada
Persépolis
(Parsa)
PÉRSIDA
CARMANIA
DRANGIANA
Alejandría Proftasia
ARACOSIA
Alejandría
PARTIA
Alexandrópolis
Alejandría Aria
(Harat)
Alejandría de Margiana
(Mary)
Maracanda
(Samarcanda)
Alejandría Escate
(Leninabad)
SOGDIANA
BACTRIANA
Bactra (Balkh)
Alejandría del Cáucaso
Bucefalia
Nicea
Cabura (Kábul)
REINO DE CHANDRAGUPTA (Sandrocotos)
Alejandría
Patala
Alejandría
GEDROSIA
Situación en el 270 a. C
Límites de los Estados griegos
Seléucidas
Antígonas
Lágidas
Ciudades y ligas griegas

ÉPOCA HELENÍSTICA

UN NUEVO PERÍODO EN LA EVOLUCIÓN ECONÓMICA

La época helenística confirió a la vida económica un sello internacional y capitalista. Desde entonces hasta el siglo de la máquina de vapor y de la industrialización, la economía seguiría por los mismos derroteros, con sólo una diferencia esencial: que el trabajo esclavo iría desapareciendo a medida que el cristianismo ganara influencia.

A mediados del siglo VI antes de Cristo, la pujante expansión del pueblo griego fue frenada al este por el imperio persa y al oeste por Cartago y los etruscos. Después, la emigración, válvula de escape para los pueblos prolíferos, estuvo dificultada durante dos siglos.

Alejandro abrió un nuevo mundo a los helenos, pues gracias a él pudieron dispersar, como antes, su vitalidad. Las conquistas en Oriente desempeñaron un papel comparable al descubrimiento de América dieciocho siglos más tarde. Alejandro y Colón abrieron nuevos ciclos para la historia humana. Antes de Alejandro, la cuenca mediterránea y Oriente eran, de hecho, dos mundos opuestos que vivían uno junto a otro. Es cierto que, gracias a la colonización helena, existían muchas ciudades comerciales griegas en toda la margen septentrional y en varias islas del Mediterráneo y en el mar Negro, pero no había ninguna, en cambio, en las costas de Siria. En cuanto a los griegos establecidos en Oriente, nunca se atrevieron a penetrar en Asia. Los persas, fenicios y egipcios, recelando siempre de los demás pueblos, habían cerrado las rutas comerciales hacia el interior asiático.

Alejandro abrió el camino de Egipto y de Asia hasta la India. Los helenos tuvieron así acceso a enormes reservas de materias primas y a inmensos mercados; además, sus conquistas proporcionaron cantidades ingentes de metales preciosos, que los monarcas orientales habían acumulado en sus palacios. Alejandro recogió 6,000 talentos en Pasargada, 50.000 en Susa, 120.000 en Persépolis, etcétera. Él y sus sucesores pusieron en circulación, convertidas en moneda, fortunas inauditas e improductivas hasta entonces. Alejandro mandó acuñar estateras de oro (con un valor inicial de 25 dracmas de plata, que luego redujo a 20), pero sus sucesores no lograron imponer la unificación del patrón monetario. El sistema monetario ateniense fue adoptado en Asia, pero Egipto mantuvo el suyo, análogo al de los fenicios y rodios.

Moneda tracia con la imagen de Alejandro Magno.

La producción y los intercambios comerciales recibieron gran impulso durante la época helenística, pero al mismo tiempo el Estado intervino para encauzar este amplio desenvolvimiento hacia sus fines fiscales e incluso mercantilistas. La política se anteponía a la economía: economía dirigida entre los seléucidas y estatismo característico entre los Tolomeos, cuyo ministro de Comercio (*dioceta*) estableció monopolios y llegó hasta a fijar la superficie que debía sembrarse en cada circunscripción.

El joven conquistador procuró divulgar la cultura, tanto intelectual como material, con la eficiencia que le caracterizaba. Con la fundación de numerosas ciudades, desde la Alejandría de las orillas riel Nilo hasta la Alejandría del Yaxartes (el actual Sir-Daría), creó por doquier, en el mundo antiguo, nuevos centros de civilización griega. Los diádocos, siguiendo su ejemplo, atrajeron hacia el este a miles de helenos para que poblaran las ciudades recién fundadas y así dio comienzo el tercer período de la colonización griega. Seleuco I y su hijo Antíoco I fueron los reyes que más ciudades fundaron en la Antigüedad, prosiguiendo en gran escala la colonización iniciada por Alejandro.

La cultura helénica se extendió de este modo por toda Asia y consiguió sacar de su marasmo a millones de orientales. Allí donde se establecieron los griegos, nació una industria activa y, en muchos lugares, una próspera agricultura.

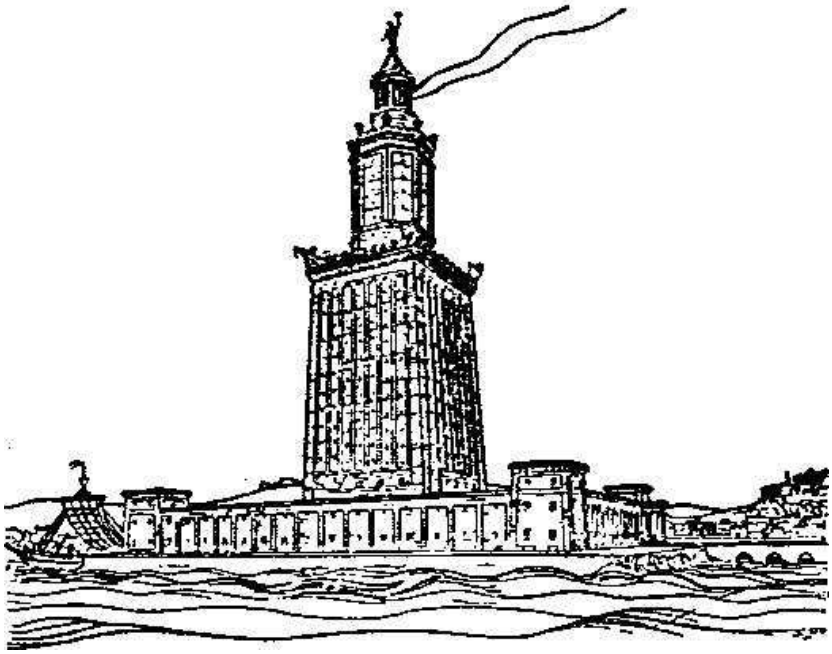
Seleuco fundó una nueva capital cerca del Tigris, Seleucia, para rivalizar con Babilonia, centro entonces de la economía mundial. La populosa ciudad de Nabucodonosor perdió su primacía y la griega Seleucia, con un sistema de gobierno liberal, no cesó de crecer y llegó a ser la mayor ciudad de Asia en su época. Parece que alcanzó los 500.000 habitantes. Los productos de la India pasaban entonces por Seleucia para continuar rumbo a Occidente. Allí se distribuían las especias, el añil, el algodón, las perlas y las piedras preciosas; más tarde almacenó seda de la China e incienso y ungüentos de Arabia. Largas caravanas salían de Seleucia para llevar toda clase de artículos a Alejandría y a las ciudades sirias.

Seleuco I Nicátor.

La tarea de los seléucidas fue más difícil que la de los Tolomeos, que regían una población homogénea, aunque extranjera, y disponían de una burocracia bien organizada y de un pueblo acostumbrado a obedecer al gobierno y a venerarlo como a un dios. Los seléucidas gobernaban veinte pueblos con instituciones y costumbres muy diferentes, situación que complicaban las florecientes ciudades griegas y una numerosa población judía.

En el país egipcio, Alejandría convirtióse en centro del helenismo. Ya en tiempos de los primeros Tolomeos, la ciudad adquirió gran importancia en el comercio marítimo mundial, hacia el este y hacia el sur, a lo largo del litoral africano. En efecto, el canal que unía al Nilo con el mar Rojo fue de nuevo puesto en servicio a mediados del siglo III antes de Cristo. Abierto por Darío I, las arenas lo habían cegado muy pronto.

Alejandría se convirtió en el nudo principal del itinerario norte-sur, entre el mar Egeo y el Nilo, y de la ruta oeste-este que unía Cartago con Siria. El plano de la ciudad asombra por su ordenación amplitud. Los arquitectos de hoy apenas hallarían qué reprochar. Las calles, de 6 a 10 metros de anchura, según su importancia, eran perpendiculares, y en cada barrio había una plaza de grandes proporciones y fácil acceso, rodeada de pórticos, a cuya sombra se podía pasear. Las casas, dotadas de agua mediante sistemas de acueductos y canalizaciones, eran confortables y a menudo lujosas. Los edificios oficiales y los frondosos parques públicos daban a la vez una sensación de grandeza e intimidad.



El famoso faro de Alejandría construido por Tolomeo Lago (280-279 a. de C.), a la entrada del puerto de esa ciudad. Estaba constituido por tres pirámides truncadas, puestas en disminución una sobre otra. Por su forma, recordaba las piras de apoteosis en las que ardía el fuego divino.

El puerto tenía tres dársenas capaces de acoger navíos de cualquier calado y daba trabajo a centenares de obreros desde el alba hasta el atardecer. Los negociantes y traficantes mostraban gran actividad en los almacenes y en la bolsa de comercio. Uno de los muelles enlazaba el puerto con la isla de Faros, donde se levantaba una gigantesca torre de mármol de 120 metros, debida al arquitecto Sostrato, y en cuya cima ardía durante la noche, atizado por esclavos, un fuego cuyo resplandor se divisaba a 50 kilómetros de distancia mar adentro y orientaba a los navíos que quisieran anclar en el puerto durante la noche. Todos los pueblos del mundo comerciaban con Alejandría. Allí se encontraban hasta indios, e incluso ciertas características de la artesanía artística de la ciudad parecen indicar que también hubo chinos.

Egipto poseía tantas riquezas, que podía abastecer a todos los puertos del Mediterráneo. Gracias a su situación geográfica y a sus excelentes fronteras naturales, el país había quedado al margen de las guerras que asolaron Asia y pudo sacar todo el provecho posible a sus recursos económicos. Ya que los canales, arteria vital de Egipto, se habían abierto otra vez, el país pudo convertirse poco a poco en un granero. No sólo exportaba trigo y grandes cantidades de productos agrícolas, sino también telas, vidrio y papiro; este país bendecido por los dioses sólo carecía de madera y cobre, que los proporcionaba Chipre. Tolomeo I fue lo bastante previsor para apropiarse de la isla cuando se efectuó el reparto del imperio de Alejandro.

El poder de los Tolomeos y la importancia de Egipto dependían de la producción de cereales; sin embargo, el campesino no se beneficiaba con las buenas cosechas. El país estaba dividido en grandes dominios pertenecientes al rey, a los templos, e incluso a los miembros de la burocracia civil y militar, y el campesino no poseía a menudo más que su casa y una parte de la cosecha. Los Tolomeos intervenían en el comercio de cereales y tenían el monopolio o participaciones importantes en las industrias más lucrativas, como las del vidrio y del papiro, las aceiteras, textiles, cervecerías y perfumerías. El aceite era elaborado en las factorías reales y vendido después al por menor a un precio fijado por el monopolio.

El gobierno dominaba también la banca y el tráfico hacia el sudeste. El banco regio tenía su central en Alejandría y sucursales en las ciudades más importantes. Los pagos se efectuaban en dinero y en trigo. Todo el que depositaba grano en los almacenes públicos, podía cobrar su precio girando un pagaré por cada cierto número de toneladas de trigo. La política económica de los Tolomeos los convirtió en los más ricos soberanos de su tiempo. Pero si sabían ganar dinero, también sabían gastarlo. Algunos fueron mecenas de las artes; otros lo despilfarraron en fiestas más gratas a Baco y Venus que a Apolo.

Los egipcios constituían un pueblo replegado en sí mismo, de costumbres e idiosincrasia que no se acomodaban al pensamiento griego. El formulismo ceremonioso, secuela del dominio sacerdotal y burocrático, era para ellos una segunda naturaleza. Recordemos la infinidad de títulos atribuidos al faraón cuando decretaba una orden. En cuanto al comercio, en Egipto se necesitaban sesenta testimonios —¡sesenta!— para garantizar un contrato.

Los Tolomeos no forzaron su autoridad para helenizar Egipto. Desde luego respetaron las formas externas de gobierno, que se remontaban a los faraones arcaicos. ¿Era posible la coexistencia entre el espíritu helénico y el despotismo oriental? El helenismo triunfó en Alejandría y en dos ciudades más: una, cerca de Tebas, y la otra, Afroditópolis, en el territorio de Fayún.

Tres ciudades fueran poco para helenizar un país, si los Tolomeos no hubieran nombrado a griegos para las funciones más importantes en el alto mando militar y en la administración central y local. Pero lo que más unió a éstos con la población egipcia fue la creación de colonias agrícolas para soldados griegos y macedonios, medida que a la larga haría inevitable la fusión de razas, a pesar de todo.

ALEJANDRÍA DE EGIPTO
EN LA ÉPOCA HELENÍSTICA
Faros
C. Loquias
Gran Puerto
Templo de Isis Faria
Isla Antirrodos
Isla de Faros
Necrópolis
Fuerte
Timonio
Posidio
Puerto Eunostos
Bendidio
Templo de Neptuno
NEAPOLIS
VÍA CANOPICA
Gimnasio
RHAKOTIS
Serapeo
Estadio
Templo subterráneo
Necrópolis
Lago
Mareotis
Nicópolis
Sepulcros helenísticos
Tumba de Estratónice
Hipogeo de los mercenarios
Necrópolis del sig. III a. C.
Lago Adra
Tesmoforio
Eleusis
Panteones
Supuesta muralla de Alejandro Magno
1 Templo de Isis Loquias
2 Palacete real
3 Mosaico helenístico
4 Heptastadio
5 Puerto Ciboto
6 Arsineo
7 Museo
8 Dicasterio
9 Teatro
10 Templo de Serapis
11 Paneo
12 Palestra
0
2
km

LA CULTURA HELENÍSTICA

Cuando Alejandro Magno abrió las puertas de Oriente al espíritu emprendedor de los occidentales, desarrollóse el comercio y nació la cultura a escala mundial. La cultura griega penetró en Oriente y experimentó allí algunas modificaciones que la hicieron más apta para conquistar el mundo. La cultura egipcia y babilónica, en particular la astronomía caldea, la doctrina de Zoroastro (lucha del principio del bien y del mal), el culto israelita a Yahvé y su doctrina sobre el pecado y el perdón, todo penetró hondamente en la conciencia del mundo. El griego helenístico —lengua a la que fue traducido el Antiguo Testamento por una comisión de 72 eruditos— llegó a ser el idioma universal de la época, como más tarde lo serían sucesivamente el latín, el francés y el inglés. La nueva forma de cultura griega que apareció entonces se denomina helenística, para distinguirla de la cultura helénica de los siglos anteriores. Fue una cultura compleja que no tuvo el mismo cariz en Egipto que en el Egeo ni era la misma en Babilonia que en Siria.

Lo que atestiguan las ruinas

Arqueólogos de diversas nacionalidades han efectuado excavaciones en las antiguas ciudades del Asia menor y han hallado muchos restos de la época helenística y siglos anteriores. Lo más interesante se encuentra en las ruinas de **Mileto**, antiguo centro del comercio mundial y sede de grandes filósofos, "la joya más noble de Jonia". Allí se ha exhumado el ágora mayor que conocemos, una plaza de más de 200 metros de largo por una anchura casi igual; allí se descubrió, también, una cantidad extraordinaria de esculturas y restos arquitectónicos, deteriorados, por cierto, que se conservaron gracias a un muro enorme, levantado a toda prisa en el siglo VI después de Cristo, cuando la ciudad fue amenazada por las hordas bárbaras. Era tan ancho el muro, que algunos monumentos quedaron fundidos con la muralla.

Lo mejor de Mileto era su teatro, que podía albergar a 25.000 espectadores. Desde el graderío se disfrutaba de una maravillosa vista al mar y al puerto con sus centenares de navíos, e incluso se divisaba la isla de Samos en lontananza. El visitante que recorre estos graderíos puede observar toda clase de inscripciones sobre los asientos; algunas indican que tales puestos estaban reservados a particulares o corporaciones, como la de los orfebres. Tenía también un palco imperial. En medio de la primera fila, no lejos de aquel palco, se puede leer: "Lugar destinado a los judíos llamados piadosos", inscripción muy importante desde el punto de vista histórico-cultural, pues nos da a entender que los judíos de Mileto no sentían la antipatía que sus correligionarios ortodoxos tenían por el teatro. El gran proceso de helenización incluso había alcanzado a la diáspora de Israel.

De la puerta sur de Mileto partía una vía sagrada, guardada por leones de mármol, que conducía a un templo de Apolo muy antiguo y famoso por su oráculo, que a veces rivalizó en popularidad con el de Delfos. El templo era una magnífica construcción de imponentes dimensiones: 109 metros de largo por 50 de ancho, en cuyas ruinas son todavía visibles restos de decoraciones en extremo ricas y variadas: cada columna era una obra de arte. Los milesios debieron trabajar muchos años gastando sin medida y afrontando enormes sacrificios para construir este santuario tan venerado. El templo, como la ciudad, fue destruido por los persas en el año 494 antes de Cristo. Después de la catástrofe, la ciudad fue reconstruida en poco tiempo, pero ya no llegó a gozar del esplendor de antaño. Sólo en 333 decidiéronse a reconstruir el templo, cuando Alejandro Magno otorgó libertad a la urbe, pero el trabajo tuvo que interrumpirse varias veces por falta de fondos. Las obras incluso llegaron a estar

suspendidas durante casi un siglo, hasta que fueron abandonadas definitivamente hacia la mitad del siglo I antes de Cristo. Los proyectos de este templo eran tan grandiosos, que nunca pudo rematarse la construcción, por lo que sus ruinas son un vivo testimonio del desarrollo de la arquitectura a lo largo de los siglos.

Reconstrucción de la puerta monumental por la que se accedía a la gran plaza del ágora sur de Mileto. Berlín, Staatliche Museen.

En **Priene**, al norte de Mileto, se han puesto al descubierto las ruinas de otra ciudad que por su interés ha recibido el nombre de "Pompeya del Asia menor". Por encima de ella, a 370 metros sobre el nivel del mar, eleva la acrópolis su "orgullosa frente de mármol"; es un "nido de águilas" muy bien situado para servir de último refugio a la población. Fue fundada el año en que Alejandro partió a luchar contra los persas y es el prototipo de ciudad helenística, simétrica y trazada a cordel. El mercado, como en otros lugares, es el centro urbano; a su alrededor se levantan los templos, edificios oficiales, comercios y talleres.

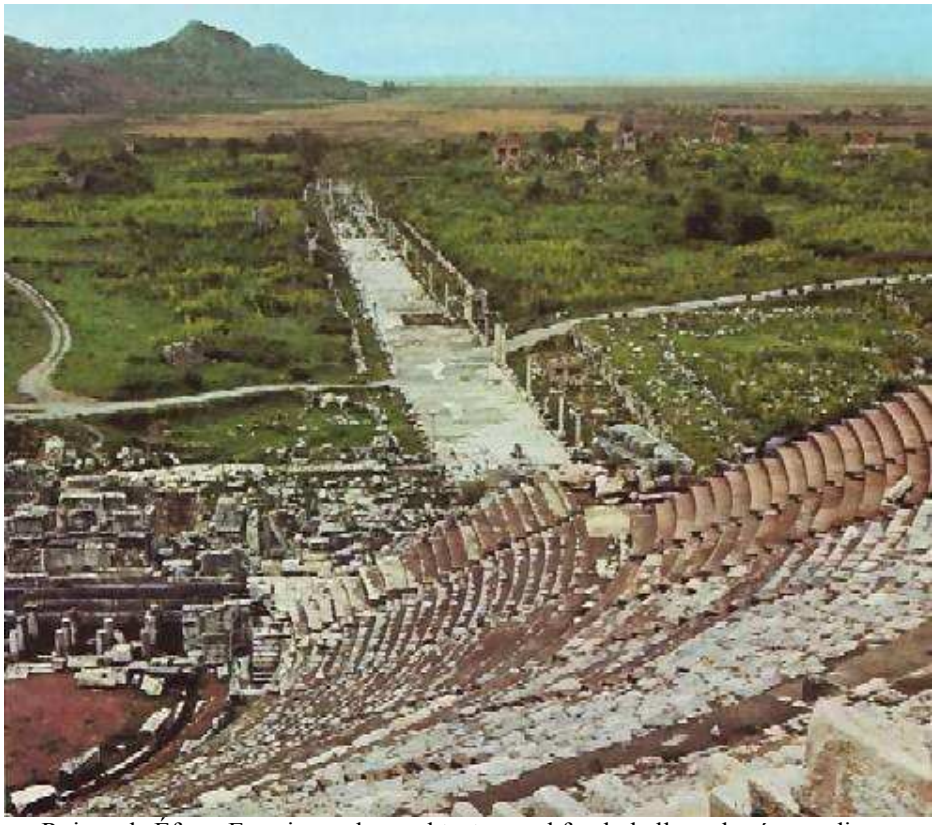
La mayor construcción de Priene es, desde luego, el estadio. El edificio mejor conservado es el teatro, que rivaliza en belleza con el templo de Atenea, uno de los más bellos monumentos de la arquitectura jónica. Llama la atención que una villa de 5.000 habitantes pudiese construir un edificio tan imponente y magnífico. Quizás haya que atribuir el hecho a la generosidad de Alejandro Magno.

Lo que causa mayor admiración en las ruinas de Priene es el excelente estado de conservación de cada casa. A fines del último siglo se contaba con pocos elementos de juicio concernientes al hábitat de los griegos antiguos; hoy no ocurre así, gracias a las excavaciones de Priene, de Delos y otros lugares, cuyas ruinas nos permiten penetrar en los antiguos edificios y disfrutar de una oportunidad que antes sólo Pompeya nos ofrecía.

La casa antigua, en general, estaba aislada de las demás; su luz no provenía del exterior, sino de un patio situado en el centro de ella. Ahí se desarrollaba la vida familiar, lejos del ruido de la calle y al aire libre en cualquier tiempo. La entrada de la casa estaba situada, casi siempre, en una calle lateral y tranquila. Abundaba el agua; casi cada familia tenía su sala de baño.

Muchas inscripciones nos hablan de la vida pública y privada de los habitantes de Priene.

Los arqueólogos realizaron también excavaciones en **Éfeso**, la ciudad de Heráclito, en otro tiempo célebre por su templo dedicado a Artemisa. "¡Grande es la Artemisa de los efesios!", clamaban los paganos de la ciudad ante San Pablo y los cristianos. Nutridas multitudes acudían al renombrado santuario y la ciudad llegó a ser, por tal razón, un gran centro comercial. El fastuoso templo de la diosa era también una potente institución de crédito, una especie de banco central para Asia. En 356, según la tradición, la noche misma en que Alejandro nació, el templo de Artemisa fue incendiado por un efesio que en el tormento "confesó" haber cometido la fechoría para hacerse inmortal. El templo fue reconstruido más grande y con mayor riqueza que antes por Dinócrates, el arquitecto de Alejandro Magno, llegando a ser el más colosal y espléndido de toda la Hélade y una de las siete maravillas del mundo, con 130 metros de longitud y una anchura de algo más de la mitad. Tres siglos después, la comunidad cristiana de la ciudad iba a ser destinataria de una epístola de san Pablo y de un raspacachos en el Apocalipsis. Del Artemision nos queda lo poco que de él dejaron los cristianos y los bárbaros.



Ruinas de Éfeso. En primer plano, el teatro, y al fondo la llamada vía arcadiana.

La ciudad de **Pérgamo** prestó nombre al pergamino, en otro tiempo el artículo de exportación más importante de esta ciudad. Se manufacturaba trabajando, según un método local, las pieles de algunos animales, sobre todo carneros y cabras. Con el tiempo, el pergamino fue el material más utilizado para confeccionar libros hasta la invención del papel. Su resistencia ha salvado de la destrucción muchos documentos inestimables.

Pérgamo era la capital del reino homónimo, fundado en 281 por un gobernador que se aprovechó de las luchas entre los diádocos para lograr su independencia. El reino de Pérgamo se agrandó y adquirió respetable importancia gracias a los soberanos atálidas, que al frente de su pueblo defendieron el helenismo contra las hordas célticas, que invadieron el Asia menor a mediados del siglo III antes de Cristo.

La aparición de los celtas o galos en este continente constituía un episodio de las grandes migraciones célticas. En aquel tiempo, el grupo lingüístico celta abarcaba la mayor parte de Europa central, mientras que en la actualidad sólo se habla el celta en el País de Gales, Irlanda, Escocia occidental y Bretaña.

Al principio, los celtas o galos habitaron las regiones que hoy constituyen Baden y Würtemberg, de donde partió la expansión. Algunas tribus atravesaron el canal y se establecieron en lag Islas Británicas. Más tarde cruzaron el Rin en dirección oeste, para residir en la actual Francia y España, donde se mezclaron con los iberos y dejaron su gentilicio en Galicia. Otros pueblos celtas franquearon los Alpes y se establecieron en su valle del Po; en Italia del norte, de donde expulsaron a los poderosos etruscos. De allí incursionaron hacia el sur, atacando incluso a Roma.

Estatua del “galo moribundo”, copia romana de un original griego que formaba parte de un grupo, quizá de bronce, celebrando las victorias de Atalo I, rey de Pérgamo, sobre los gálatas. Roma, Museo capitolini.

Pero la mayor migración se dirigió al este, como los topónimos lo indican: Galitzia y Galacia. Un siglo después de su asalto a Roma, los galos llegaron a Macedonia y Grecia, y muchos celtas pasaron al Asia menor, en donde se afincaron al este de Frigia, país que recibió de ellos el nombre de Galacia. En efecto, los griegos llamaban a los celtas gálatas, nombre que nos recuerda otra epístola de San Pablo. Que no cayera sobre las ciudades jónicas del Asia menor, se debe, sobre todo, al rey Atalo I de Pérgamo y a sus descendientes, los atálidas. Esta dinastía fue asimismo famosa en el terreno cultural al hacer de Pérgamo una pequeña Alejandría. Su capital no fue sólo el más activo centro comercial del Asia menor, sino también un importante foco artístico y científico. Pérgamo era denominada la "Atenas de Asia", y la biblioteca fundada por Atalo I llegó a ser, después de la de Tolomeo, una de las más grandes del mundo helénico.

El país de Átalo no sólo exportaba pergamino. Pérgamo era también célebre por sus mosaicos, tejidos de brocado de oro y obras de arte; la más famosa de ellas es el colosal altar de Zeus o *"Trono de Satán",* como se le llama en el *Apocalipsis* de san Juan. Los restos de este altar y otras admirables obras de arte han sido descubiertos en nuestra época. Pérgamo,

como Priene, se salvó de la destrucción gracias a grandes murallas erigidas en época bizantina para protegerla de sus enemigos.

Reconstrucción del gran altar dedicado a Zeus y Atenea en la acrópolis de Pérgamo. Berlín, Staatliche Museen.

Las excavaciones de Pérgamo nos han informado acerca de las medidas higiénicas adoptadas por el Estado griego y del modo como se mantenía el orden. Se han encontrado, grabados sobre piedra, reglamentos de policía que aún hoy serían útiles en muchas ciudades. Así, por ejemplo, cada propietario debía cuidar su parte de calle v velar por su limpieza. Quien arrojaba basuras a la calle, debía quitarlas por su cuenta, so pena de multa.

Mesopotamia también tiene su Pompeya. Son las ruinas de la ciudad helenística de **Dura Europos**, en el Éufrates, una de las ciudades fundadas por Seleuco. Dura es el nombre semítico de la ciudad y significa "ciudadela"; Europos es el término griego.

El descubrimiento más famoso fue, sin duda, el del pergamino más antiguo que se conoce: un manuscrito de principios del siglo II antes de Cristo. Después se han descubierto otros semejantes en Europos. El griego fue, sin duda, la lengua oficial en esta ciudad de Oriente.

La influencia de la cultura helenística se dejó sentir muy lejos, hacia el este: se encontraron en territorio medo manuscritos griegos en pergamino que indican que el derecho helénico aún estaba vigente en el siglo I antes de Cristo en estas apartadas regiones. Incluso en el interior del Asia central se han descubierto materiales helenísticos de culturas procedentes de Occidente. Todo ello, obra de Alejandro.

La cultura griega perduró todavía algún tiempo en las ciudades helenísticas de la India. Hasta la generación que siguió a la caída del imperio seléucida —en 64 antes de Cristo—, algunos reyezuelos griegos aislados y tenaces aún resistían en Bactria y en ciertos lugares altos de la hoya del Indo. Solamente a cuatro siglos de la muerte de Alejandro Magno desaparecieron las últimas huellas del influjo griego en la India, influencia evidente sobre todo en el terreno de las artes indo-budistas. Las siluetas de los dioses griegos sirvieron de modelo para representar a budas y bodhisattvas, así como el orden corintio se identifica con facilidad en la arquitectura india.

Este arte indio influido por la cultura helénica penetró más tarde en Asia central con la religión budista, de donde pasó a China e influyó en su arte antiguo.

La ciencia helenística

Alejandría se convirtió en centro de la ciencia helenística. El primer Tolomeo fundó en esta ciudad un instituto de investigaciones científicas llamado Museo; a él lleva los mayores sabios de su época, a quienes pagaba de manera tan generosa, que pudieron dedicarse a la ciencia teniendo a su disposición colecciones científicas y toda clase de medios auxiliares: una biblioteca que reunió miles de rollos o volúmenes, un observatorio, un parque zoológico de animales raros y un instituto anatómico.

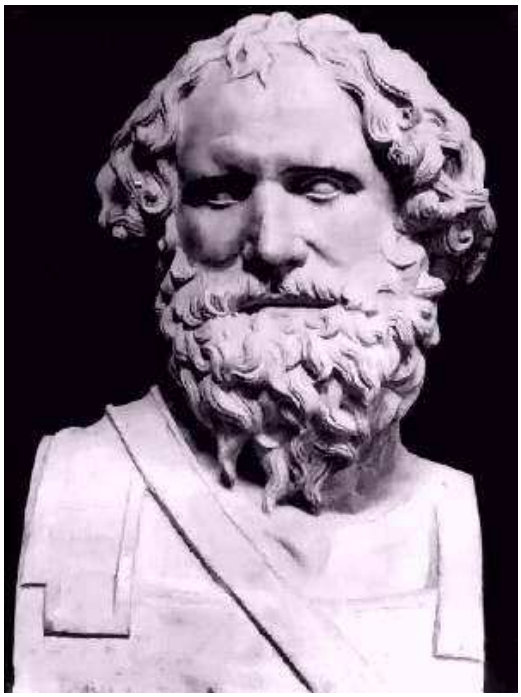
Euclides

El más famoso de los sabios de Alejandría es **Euclides**, que reunió y sistematizó los conocimientos matemáticos de su tiempo en un libro conocido como *Los elementos de Euclides*, de claridad tan excepcional, que algunos países aún lo utilizan como manual escolar. **Arquímedes de Siracusa**, otro genio matemático de la época, estudió en Alejandría y siguió los cursos de algunos discípulos de Euclides; fue, sin disputa, el matemático más grande de la Antigüedad y uno de los mayores de todos los tiempos.

Todo el mundo conoce su célebre exclamación *"¡Eureka!"* (lo encontré), que pronunció en las termas de Siracusa al entrar en una bañera llena de agua y desbordar el recipiente. Lleno de entusiasmo y absorto en sus pensamientos, salió en el acto del baño, sin acordarse de su ropa, y corrió a casa para enfrascarse en cálculos y experiencias sobre la cuestión. El descubrimiento era, en su género, tan sencillo e importante como el que Newton hizo casi dos mil años después, sobre la ley de la gravedad. Arquímedes advirtió que su cuerpo se aligeraba de un peso igual al del agua que desalojaba.

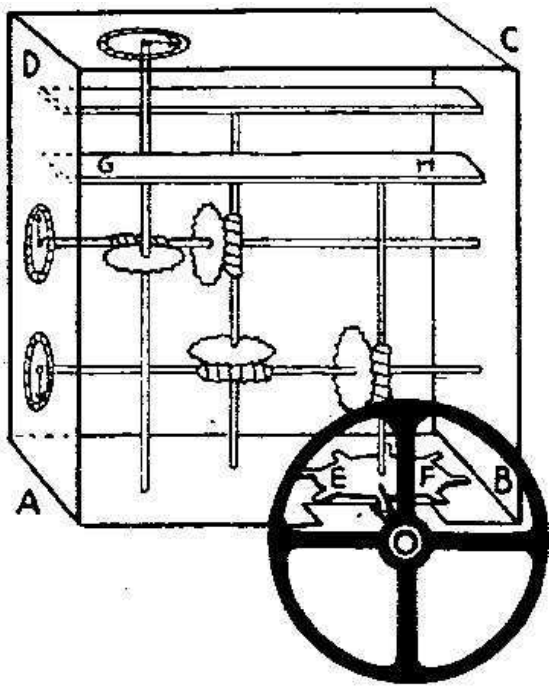
Se ha descubierto hace poco una obra de Arquímedes de la que ruede sacarse una conclusión sorprendente: el siracusano concibió quizá los principios del cálculo integral que Newton y Leibnitz formularon en el siglo XVIII. Arquímedes era también el mejor mecánico de su tiempo y célebre por sus ingeniosas máquinas de guerra. Ha dado su nombre a una invención, el tornillo de Arquímedes, consistente en un cilindro oblicuo de interior alveolado en espiral y que al girar sobre su eje hace subir el agua. La frase siguiente, atribuida a Arquímedes, caracteriza la confianza que sus contemporáneos tenían en su talento mecánico:

"Dadme un punto de apoyo y moveré el universo". Murió durante el sitio de Siracusa por los romanos, tras haberse hecho famoso por sus ingeniosas máquinas de guerra.



Arquímedes

El técnico **Ctesibio** era sin duda contemporáneo de Arquímedes y algo más viejo que el sabio. Como él, poseía conocimientos muy extensos y construyó, entre otros objetos, relojes con figuritas que se movían y con campanillas que señalaban las horas, todo ello movido por fuerza hidráulica. Cuanto sabemos de estos mecánicos, no se debe a ellos mismos, sino a escritores antiguos que los mencionan superficialmente.



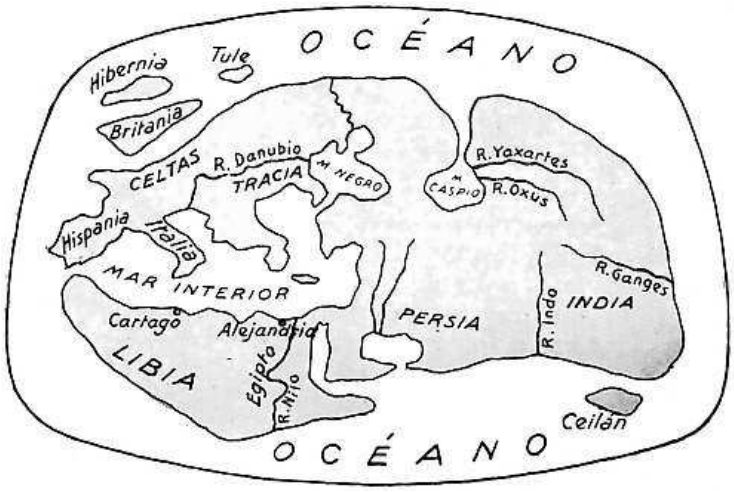
El taxímetro de Herón, cuyo corte esquemático se aprecia, estaba ya basado en las propiedades del escape, de los tornillos sinfín y de la reducción de engranajes.

Herón de Alejandría era otro talento en el campo del artificio. La turbina de vapor, los autómatas y el taxímetro, que parecen creaciones de nuestro tiempo, en realidad fueron inventados por Herón. Se cree que vivió en el siglo II antes de Cristo o poco antes. Sus escritos son un arsenal de datos de los antiguos conocimientos acerca de las leyes de la naturaleza y de sus propias conquistas en el terreno de la técnica.

Cuanto sabemos hoy de la Antigüedad, nos causa estupor. Si la Edad Media hubiese conservado más textos de la antigua literatura técnica, habríamos alcanzado mucho antes el alto nivel industrial y técnico del que estamos tan orgullosos hoy.

La época helenística consiguió progresos no menos importantes en otros campos científicos, por ejemplo, en astronomía y en geografía. La primera había gozado de mucha afición en las ciudades babilónicas, donde los helenos pudieron aprovechar las observaciones de los antiguos caldeos en lo referente a los cuerpos celestes y al cálculo de su curso. Así, **Eratóstenes** llegó por un procedimiento genial a medir exactamente el perímetro de la Tierra.

La geografía ensanchó sus límites gracias a los descubrimientos de Alejandro.



El ecúmeno (mapamundi) de Eratóstenes.

La curiosidad científica se amplió hasta las regiones septentrionales. Hacia el año 300 antes de Cristo, **Piteas** de Marsella descubrió las, Islas Británicas y tuvo conocimiento de las islas Tule en el extremo norte, "la región que limita con el mar glacial".

Los alejandrinos también se preocuparon de los estudios anatómicos, no sólo sobre cadáveres, sino también en malhechores condenados a muerte; al menos así se dice. En las clínicas de Alejandría se realizaron difíciles operaciones utilizando como anestésico la raíz de la mandrágora. Este vegetal, semejante a la patata, se da en la cuenca del Mediterráneo; muy conocido en la Antigüedad por sus propiedades narcóticas, se lo empleaba en la preparación de filtros de amor, etcétera.

La filología, sobre todo la gramática y la exégesis literaria, era tan popular como las ciencias naturales.

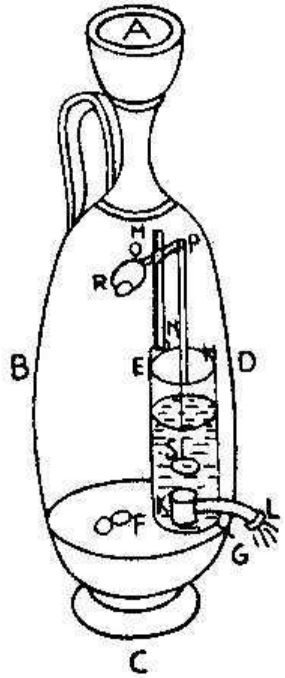
La institución cultural más célebre de Alejandría era su biblioteca, que llegó a ser la "cámara del tesoro" de la literatura griega. En función de ella, surgió en la ciudad un importante comercio de libros. Trabajaban para la biblioteca numerosos esclavos que transcribían las obras de los grandes escritores griegos en muchos ejemplares, vendidos luego en todo el mundo heleno. Gracias a la biblioteca y a las librerías alejandrinas, han podido llegar a nosotros los tesoros de la literatura griega clásica.

En el año 47 antes de Cristo, durante la guerra contra los romanos, la colosal biblioteca se incendió con todas las obras que encerraba: se cuenta que 700.000 entre volúmenes (rollos)

y códices (cuadernos) fueron pasto de las llamas. Sin duda, el guarismo exagera, pero lo que indica parece fidedigno: que era descomunal para su época.

Con todo, Alejandría no llegaría antes del siglo III después de Cristo a superar a Atenas como centro de disquisiciones metafísicas.

Atenas siguió siendo el hervidero de la filosofía; sus escuelas eran frecuentadas por numerosos griegos procedentes del mundo entero junto a Teofrasto, sucesor de Aristóteles en la dirección del Liceo, y a los pensadores de la Academia platónica, los portavoces de las nuevas tendencias filosóficas destacaron pronto y adquirieron gran influjo en todo el mundo civilizado, sobre todo Epicuro y Zenón el Estoico.



Mecanismo automático de agua lustral. Si se arroja una moneda por la abertura A, cae sobre la placa R, que adquiere entonces suficiente peso para inclinar la varilla horizontal O-P, elevando así la válvula S, de forma que permite salir cierta cantidad de agua lustral del recipiente E al vaso K, para salir finalmente por el tubo L. El peso de la tapadera S debe ser mayor que el de la palanca R, lo suficiente como para tapar el vaso K cuando la moneda cae de la placa R; pero es necesario que, a su vez, sea más ligera que la placa y la moneda juntas.

Lo que ocultaban las arenas del desierto

La expansión del comercio de libros ocasionó un aumento en el consumo de papiro, vegetal que crecía abundante en las orillas del Nilo; hoy casi ha desaparecido en Egipto. Puede imaginarse la enorme cantidad de papiro que existiría en otro tiempo en el país ante la riqueza de manuscritos que nos han legado sus regiones secas y arenosas. También se han encontrado muchos rollos de papiro en las tumbas, pues solía usarse una cubierta de papiro para fabricar los sarcófagos de las momias; además, los residentes griegos del Egipto de los Tolomeos ofrendaban a sus difuntos las obras de sus autores preferidos.

Pero los manuscritos sobre papiro nos han llegado además en otras formas más curiosas. Un siglo antes que el geógrafo Estrabón visítaselos cocodrilos sagrados del lago Meris (Egipto), el senador romano Memmius realizó un viaje turístico a través del país, y, como muchos de sus contemporáneos, quiso visitar, desde luego, el célebre lago y observar la alimentación de las fieras sagradas. En un escrito de un alto funcionario egipcio de la época se anuncia a las autoridades locales la llegada de Memmius y se les ordena tomar medidas para la digna recepción de un personaje de tanta importancia. "Procurad —escribió— alojarle en lugares adecuados, obsequiad al senador en todos sus desembarcos en las orillas del lago y tened preparado el pan para ‘Petesuchos’ y demás cocodrilos." "Petesuchos" era el más famoso de estos saurios sagrados.

¿Cómo llegó a nosotros esa carta que nos da una ligera idea de la organización turística egipcia un siglo antes de Cristo? Por raro que parezca, se la debemos al mismo cocodrilo

sagrado. Cuando dos arqueólogos ingleses, expertos en papiros, realizaban investigaciones cerca de la célebre Cocodrilópolis, uno de los obreros descubrió una momia de cocodrilo, pero se habían encontrado allí ya tantas, que el hombre, despreciando un hallazgo tan mezquino, dio un azadonazo al fósil, partiéndolo en dos. ¡Imagínese el asombro de ambos investigadores al ver que la momia estaba "vendada" con largas hojas de papiro llenas de escritura!

La arena y el clima seco de Egipto han contribuido a compensar los daños causados por el hombre a fines de la Antigüedad y principios de la Edad Media. Muchas cosas que se creían perdidas sin remedio, han sido encontradas en las tumbas, entre escombros y cascotes. Estas hojas amarillentas han evidenciado la inaudita riqueza del espíritu griego. Las cartas y contratos personales, los convenios y documentos jurídicos, nos ofrecen material suficiente para seguir el destino de los difuntos desde la cuna hasta la tumba, nos hablan de su vida y sus anhelos, de sus alegrías y tristezas, de sus pensamientos y sentimientos más íntimos. Así, sabemos que cuando una madre no podía alimentar bien al niño o el padre no quería que amamantase a su hijito, se contrataba por escrito a una nodriza, que se comprometía a llevar una vida sana y casta mientras tuviera que alimentar al niño. El período de lactancia duraba a veces dos años e incluso más, como ocurre aún en Oriente. Cuando una nodriza cuidaba al niño en su casa, tenía que visitar a los padres del lactante varias veces al mes, para que comprobasen su buena salud. Y como las nodrizas de ordinario eran gente humilde, se les pagaba el mes por adelantado.

Pasados los años de la infancia, el joven tenía que aprender con frecuencia un oficio, en cuyo caso el padre se ponía en relación con un artesano y contrataba con él las cláusulas del aprendizaje. Se conocen varios ejemplos de este tipo. Un tal Trifón, maestro tejedor, contrató la colocación de su hijo de catorce años en casa de otro maestro tejedor, llamado Tolomeo. ¿Por qué este Trifón (rico, según sus cuentas) no enseñaba él mismo el oficio a su hijo? Porque padecía una enfermedad visual, y lo sabemos por otro documento encontrado en la ciudad donde habitaba: Trifón se había librado del reclutamiento militar por su vista defectuosa.

En cuanto a las muchachas, un contrato hallado en un sarcófago depositado en el museo de Berlín nos refiere sus condiciones de vida. El contrato menciona un empleo en una hospedería y es bastante severo. La posadera hace en el acto un préstamo de 100 dracmas a la muchacha contratada, la cual será dueña del dinero al cabo de tres años de servicio. Durante este tiempo, se le dará habitación, comida y vestido y recibirá, además, 40 dracmas al terminar su aprendizaje; a cambio, la muchacha se compromete a cuidar del ajuar y a no abandonar la hospedería sin autorización de la dueña. Si comete la menor falta, deberá reintegrar de inmediato las 100 dracmas, aumentadas con un elevado interés; también se verá obligada a indemnizar a su dueña y a pagar una multa de otras 100 dracmas. La hospedera tiene, pues, bien asida a la muchacha.

Veamos ahora otro aspecto menos sombrío de la vida femenina: el matrimonio. El contrato reviste especial importancia, por ser el más antiguo que conocemos: data de 311 antes de Cristo y sus partes son un griego y una griega de Egipto. Dice así:

"Contrato de matrimonio entre Heráclides y Demetria. Heráclides toma como legítima mujer a Demetria de Cos. Demetria aporta al matrimonio vestidos y joyas por valor de 1.000 dracmas. Heráclides se compromete a dar a Demetria todo lo adecuado a una mujer libre. Los dos contrayentes residirán en un lugar convenido y fijado por el padre de Demetria y su esposo. Si se sorprende a Demetria en mala conducta o deshonra el nombre de su marido, perderá toda su dote. En tal caso, Heráclides deberá probar el fundamento de su queja contra Demetria en presencia de tres hombres elegidos por ambas partes. Heráclides no debe ofender a Demetria tomando otra esposa, ni puede tener hijos de otra mujer o perjudicar a Demetria de

ningún modo. Si Demetria puede probar, en presencia de tres hombres elegidos por ambas partes, que Heráclides se comporta mal, Heráclides devolverá la dote a Demetria y pagará además una multa de 1.000 dracmas de plata de Alejandría."

Otro documento que data de principios de nuestra era revela en forma emotiva los cuidados y angustias dedos esposos; se trata de la carta que un trabajador de una ciudad egipcia envía a su mujer: "Debes saber —escribe— que estamos en Alejandría. No te inquiete si ves a mis amigos regresar sin mí. Te ruego con toda mi alma cuidar mucho de nuestro hijito. Cuando nos den el salario, ya te lo enviaré. Has encargado a Afrodisias que me salude de tu parte y me diga que no te olvide. ¡Qué cosas dices! ¿Cómo voy a olvidarte? Te suplico que no te inquietes". Como se ve, el autor es buen padre y esposo. Consuela a su mujer y se preocupa por su hijo. Sin embargo, la carta contiene otros pasajes escandalosos para los hombres del siglo XX. El hombre sabe que su mujer espera un hijo y añade: "Si es niño, déjalo vivir; pero si es niña, abandónala". Parece cruel, pero así procedían los padres que a duras penas podían remediar sus necesidades. Fue necesario que el cristianismo humanizara estas costumbres.

Para quien desee penetrar en los secretos domésticos, existen documentos y libros de contabilidad llevados de modo ejemplar. Examinemos el de una familia muy sencilla que vivía en una población egipcia a principios de nuestra era. El trigo del campo familiar les proporcionaba el pan cotidiano y cocían panecillos especiales para los niños, según se lee en estos libros de cuentas, añadiendo que se gastaba medio óbolo para la leche y que de vez en cuando se compraba un pichón por un óbolo. Los niños eran de edad escolar, pues su padre les había comprado una pizarra y un pizarrín por valor de un óbolo. Se adquirían cebollas, legumbres y aceite para la cocina. Cuando había invitados, se les agasajaba con espárragos y guisantes. El padre de familia gastaba un óbolo en pastelería y otro en sopa de pan para obsequiar a los hijos de sus amigos. Los niños recibían juguetes. Como regalo de aniversario se menciona un ramo de flores que valía dos óbolos. Las defunciones eran más onerosas: una dracma para la mirra y el bálsamo enviado sin duda a la casa de los muertos. Los obreros manuales, tejedores y sastres, trabajaban a menudo en el domicilio de sus clientes, donde les daban de comer.

Luego, las tumbas. Hay archivos que contienen innumerables testamentos y cartas de condolencia. Por ejemplo, una carta sencilla y emocionada, que en el siglo II después de Cristo escribió una mujer a una familia que acababa de perder a su hijo: "¡Tened valor! He derramado por vuestro hijo lágrimas amargas como en otro tiempo sobre el cuerpo muerto de mi pequeño Dídimo. Pero nadie puede oponerse a la fuerza del destino. ¡Consolaos y cuidaos bien".

Estos papiros amarillentos nos narran, pues, las diversas fases de la vida, desde el nacer hasta el morir.

Transcribiremos algunas interesantes cartas privadas, cuya lectura nos revela escasa diferencia con las actuales. Así, por ejemplo, la de un soldado de Alejandría, cuyo padre era rico sin duda: "Querida mamá: Recibe un cariñoso saludo. Espero que estéis todos bien. Necesitaría 200 dracmas a vuelta de correo: mándamelas. Estoy sin dinero, porque compré un par de mulas y me quedé sin nada (los soldados tenían que pagarse sus armas y equipo). Te lo digo para que estés al corriente de mi situación. Envíame también un manto, un capote, un pantalón, un par de chaquetas de cuero, aceite de oliva, la sartén de freír que me prometiste y algunas almohadas. ¡Envíame también la mensualidad lo antes posible! Cuando te vi por última vez, me dijiste: ‘Mandaré a uno de tus hermanos para que te visite antes de marchar a la guarnición’. Pero no lo has hecho. Al contrario, me dejas ir sin dinero. No te has acordado que me falta dinero y me dejaste marchar como un perro. Y cuando mi padre me visitó, no me dio nada, ni un capote, nada en absoluto. Mis compañeros se burlan de mí y me dicen: ‘¡Sí, su padre es soldado, pero no le ha dado nada!’ Por eso te pido, querida mamá, que me mandes

algo y no me olvides así. He tenido que pedir dinero prestado a un amigo y a un escriba militar".

Otra misiva, que pudiera ser titulada "Carta del hijo pródigo", es la que escribió en Alejandría un muchacho romano que sin duda fue allí a estudiar. Su conducta resultaba indeseable y por ello su madre quería ir a la ciudad a reprenderle. Pero el hijo se ocultó con astucia, para evitar la entrevista, hasta que se le acabó el dinero. Entonces se volvió dulce como la miel y escribió esta carta a su madre (por cierto con tantas faltas ortográficas que evidencian su poco interés por los estudios): "Antonius Longus saluda con cariño a su madre Nilus. De continuo estoy rogando por tu felicidad. Todos los días voy a rezar por ti al templo de Serapis. Créeme, mamá, que no te suponía en la ciudad y por eso no te he visitado. Además, tengo vergüenza de volver a casa, porque voy como un harapiento. Te aseguro que estoy casi desnudo. Perdóname, mamá, por favor. Ya sé que tengo muchos defectos. Según Postumus, te has topado ya con alguno que te lo ha contado todo, antes que pudiera sincerarme contigo. Pero créeme, mamá, ¡preferiría vivir en la mayor miseria que deber dinero a nadie!"

Hay cartas que tratan de asuntos más agradables, como la de un padre a su hijo recién casado: "Permíteme, primero, que te salude y felicite por el enlace afortunado, honroso y feliz que te cupo en suerte. Tu madre y yo rezamos a los dioses y éstos nos han escuchado. No he podido asistir a tu boda, pero me han contado todo y he sentido tanta alegría como si hubiera estado presente. Espero poderte visitar muy pronto y ofrecerte un festín tan bueno como el de tus bodas".

Un hombre que vivía muy lejos, en Asia menor, escribió a su hermano mayor, que vivía en la casa paterna: "He sabido que nuestra madre es tratada como una esclava. Por eso voy a pedirte una cosa, querido hermano, ¡no hagas nada que le disguste! Cuando alguno de nuestros hermanos le replique con grosería, dale un bofetón, pues tú ocupas el lugar de nuestro padre. Sé muy bien que obrarás así, aunque no te lo aconseje. No interpretes, pues, mi carta en mal sentido. Pues debemos honrar a la madre que nos llevó en su seno como si fuera el mismo dios, ya que es tan buena. Te digo esto, querido hermano, porque estoy convencido de la inmensa dicha que es tener padres. Me darás una alegría muy grande si me escribes. Adiós, querido hermano. ¡Cuídate!" Estas frases fueron escritas en el siglo II después de Cristo.

He aquí otra carta, en especial emotiva, escrita por una egipcia, Tais, al estratego Apolonio. El general se hallaba de viaje por asuntos militares después de la rebelión judía de 117 después de Cristo, cuando Egipto era una provincia romana. Por el tenor de la carta, Tais podría ser una querida o pertenecer a la servidumbre de Apolonio. Así parece desprenderse de la familiaridad que rezuma la carta, cuya escritura desgarbada y descuidadas frases le añaden un matiz más entrañable todavía. Dice así: "Tais desea a su señor toda clase de alegrías. Ante todo, recibid mi saludo, querido señor, y sabed que rezo siempre por vuestro bienestar. He sentido mucho, señor, que estuvierais enfermo; sean benditos los dioses por haberos salvado. Os ruego, señor, si os place, que nos enviéis noticias vuestras, de lo contrario, moriremos de pena; harto sufrimos por no poder veros cada día. ¡Ah, si pudiera volar para ir a besar vuestras manos! Tengo mortal tristeza cuando no puedo veros. ¡Sed bueno conmigo y escribidme algo, por poco que sea! ¡Cuidaos mucho, señor! Entre nosotros, todo va bien".

El fragmento de la carta que sigue data del período comprendido entre los años 300 y 270 antes de Cristo. Tiene importancia especial, porque está escrito por el filósofo Epicuro y va dirigida al hijo de un amigo difunto. Tras decir que espera esté bien, añade: "Obedece a tu abuelo y a tu preceptor, lo mismo hoy que ayer. Pues bien sabes que si yo y muchas otras personas te amamos tanto, es porque eres obediente en todo".

Los archivos contienen también documentos judiciales, como la querella de un viejo soldado contra unos vecinos que se llevaron sus ocho cerdos a un bosque de tamarindos y los

carnearon. Otro veterano, celoso guarda de campo, había sorprendido a unos pastores de los pueblos vecinos conduciendo los rebaños por los campos que él guardaba. El asunto acabó en una pelea y el defensor del orden arrebató el manto de uno de los infractores.

Otro papiro nos permite echar un vistazo sobre la vida nocturna de una aldea de Egipto. Un ciudadano que paseaba en compañía de unos amigos tan alegres y libertinos como él, entabló relación con una mujer asomada a una ventana. Con intenciones inequívocas, la mujer asió la capa de su interlocutor; pensando éste que la cosa iba demasiado lejos, protestó y la mujer le escupió al rostro. Los amigos ayudaron a su compañero, pero la mujer huyó al primer piso y desde allí vertió sobre el grupo de amigos callejeros no sólo los insultos que lo dictó su ira, sino también el contenido de un orinal.

Los contratos llegados a nosotros nos informan de la situación económica de Egipto, correspondiente, poco más o menos, a cuanto sabemos sobre la vida de los babilonios. Existían en Egipto, al menos en ciertos lugares, gremios regidos por normas muy estrictas de aprendizaje. Por ejemplo, un hombre enviaba a su pupilo contratado para que aprendiera un oficio durante cinco años en casa de un maestro tejedor: el aprendiz debía ser alojado y alimentado, y trabajar para su dueño desde la mañana hasta la noche. No habría de percibir salario alguno durante la primera mitad de su aprendizaje, pero luego recibiría una mensualidad que iría aumentando progresivamente.

Otro interesante contrato de mediados del siglo II después de Cristo es de un experto taquígrafo que se compromete a enseñar su sistema de escritura rápida al esclavo de un personaje por 120 dracmas como honorarios.

Una o dos generaciones antes, nadie hubiera creído que Egipto alcanzaría primordial importancia en el estudio de la Antigüedad greco-romana.

Al leer estas cartas confidenciales y penetrar así en sus pensamientos y sentimientos, comprendemos mucho mejor a los hombres de entonces. Podemos conocer al griego, no sólo como estadista o ciudadano, sino también como hombre vulgar y corriente; como un ser de carne y hueso, con sus alegrías y sus penas. No se precisan muchas palabras para simpatizar con estos hermanos y hermanas desaparecidos hace tanto tiempo. Lo que llama la atención es el modo como se expresan. ¡Cuántas cosas nos dicen dos frases que un joven griego grabó en una de las joyas de su prometida!: "Déjalos hablar cuanto quieran, me río de ellos. Lo único que me importa es que me ames tú".

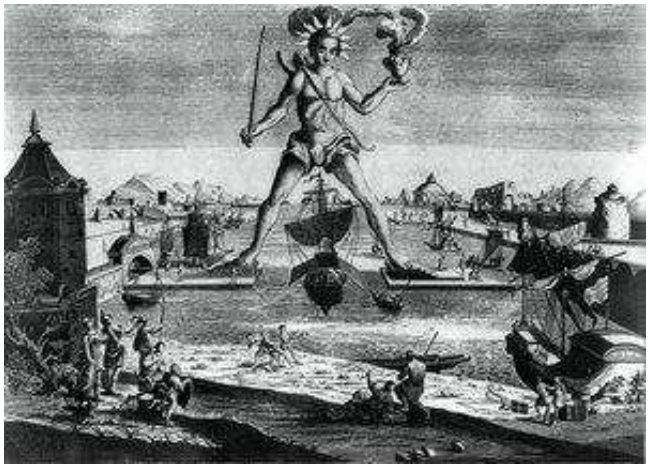
Gracias a "una de las mayores indiscreciones de la historia del mundo", nuestra época ha podido vislumbrar algunos aspectos de la vida antigua. Casi nada sabíamos de ella antes que la arena y las tumbas de Egipto nos revelaran sus secretos. Y nos muestra que el hombre es, en realidad, similar en todas partes y en cualquier tiempo.

La escultura helenística

Cuando admiramos el arte de la época helenística, podemos comprobar que las influencias son patentes, no sólo de poniente a levante, sino viceversa también. La escultura, la arquitectura y la pintura griegas no se perfeccionaron cuando los artistas descuidaron el equilibrio y la armonía (los dos títulos de nobleza del arte griego) y tendieron al colosalismo, a ejemplo de los orientales. Cuando los artistas se pusieron a trabajar cada vez más para los soberanos y a decorar sus residencias, comenzaron a gustar los materiales llamativos y nobles y el arte popular se convirtió en cortesano. La isla de Rodas, que se mantuvo independiente de los diádocos, inició su prosperidad gracias al comercio y en seguida se convirtió en morada de artistas y sabios famosos. El **grupo de Laocoonte** es una de las obras escultóricas más célebres de la escuela de Rodas. Asimismo, el gusto de la época se manifiesta en el famoso coloso, estatua de bronce de más de 30 metros de altura, que representa al dios Sol, protector de la capital. El **coloso de Rodas** fue considerado como una de las siete maravillas del

mundo. La estatua, según parece, era tan enorme, que un hombre era incapaz de rodear con sus brazos el dedo pulgar del dios. En 225 antes de Cristo, un terremoto la destruyó en pocos instantes. Su construcción había costado 300 talentos y doce años de trabajos.

Después de su caída, el coloso de Rodas pervivió en la leyenda y adquirió dimensiones mayores aún que en la realidad: por entre sus piernas entraban en el puerto navíos de gran tonelaje, y sostenía en su diestra un fanal que durante la noche guiaba a los navegantes. Pero el coloso de Rodas habría sido superado con mucho si el escultor Dinócrates hubiese podido realizar su gigantesco plan: esculpir en la marmórea peña del monte Athos, de 2.000 metros de altura, una estatua de Alejandro cuyos pies fuesen batidos por las olas del mar y la cabeza alcanzara las nubes.



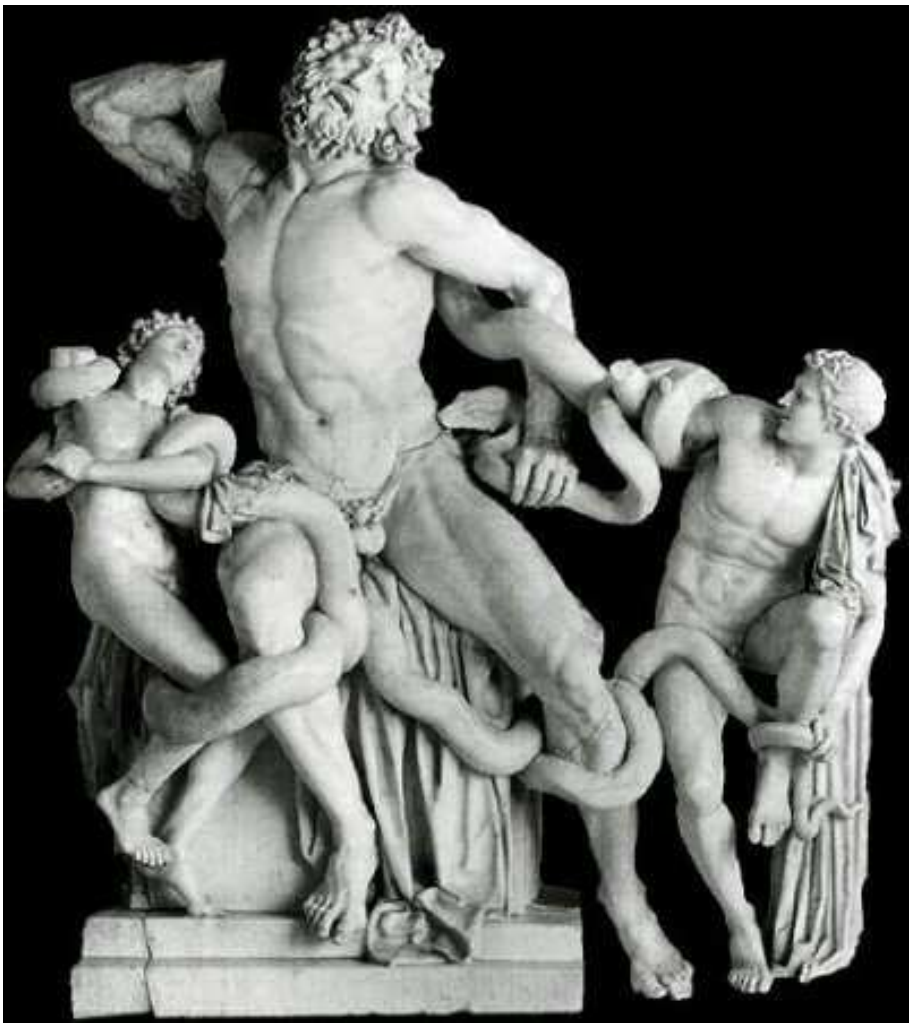
El Coloso de Rodas. Representación imaginaria.

Una característica del arte figurativo helenístico es su realismo, evidente también en literatura. El arte anterior, tal como aparece en las creaciones de Fidias y Policleto, expresaba una sublime serenidad; por el contrario, los escultores de los templos helenísticos se creen obligados a plasmar la acción y el movimiento. La obra de arte intenta, por así decir, llamar la atención del espectador y adquiere un carácter teatral. Sin embargo, al comienzo de esta época la escultura todavía mantiene las formas clásicas. Tal aparece en el **Apolo del Belvedere**, de gran belleza clásica. Las obras de Lisipo, el mayor escultor contemporáneo de Alejandro, son también armoniosas y se distinguen de las del período clásico por su refinamiento, elegancia y realismo.

Pero la armonía se rompe de pronto en las demás estatuas del periodo helenístico; en ellas el dinamismo llega a ser dramático, expansivo e indómito. El escultor no retrocede ante el dolor de la agonía o los lamentos de la desesperación. Una obra maestra como **El galo moribundo** sirve de ejemplo. Otro sería el grupo que representa a un galo que mata a su mujer y luego se suicida, por no caer prisionero. El grupo de Laocoonte participa del mismo espíritu.

El arte estaba ahora tan alejado del ideal de la época clásica, que acabó por parodiar las obras maestras de aquel tiempo, como en literatura se parodiaba a Homero. Los alejandrinos, sobre todo, se distinguían por su falta de respeto al pasado.

La época helenística fue un período de esplendor para la pintura. Los pintores de esta época, como los escultores, sentían preferencia por los asuntos trágicos y emocionantes; describían tensiones que llegan al paroxismo. Uno de los mayores pintores fue **Apeles**: desgraciadamente lo conocemos sólo por referencias.



El grupo del Laooconte

La nueva comedia de Menandro

Queda uno maravillado ante la copiosa producción de los dramaturgos griegos, comediógrafos mejor, si se recuerdan las casi 1.500 comedias áticas cuyos títulos conocemos, pues de la mayoría sabemos sólo el nombre. De todos estos comediógrafos, los más importantes son Aristófanes y Menandro. Aunque uno vivió un siglo antes que el otro, leyendo sus obras parece que los separaran milenios. Menandro se nos antoja actual. No sin motivo se denomina "antigua comedia ática" al género dramático del que Aristófanes es el mejor representante, mientras que obras como las de Menandro integran ya la "nueva comedia". Ambos géneros difieren mucho: la antigua comedia se caracteriza por una fantasía desbordada y su sátira no perdona a los dioses ni a los hombres; la nueva comedia, por el contrario, es realista y sus personajes proceden de la vida cotidiana, a menudo de la baja burguesía.

El vigor de la nueva comedia ática reside, ante todo, en la manera con que el autor estudia a la gente que le rodea. Trata a sus "héroes" dentro de lo verosímil y razonable. Nuestra comedia moderna desciende en línea recta de este estilo. De Menandro, pero a través de sus imitadores romanos, tomaron el autor de *La Celestina*, Molière y Beaumarchais, sus caracteres y los asuntos de intriga.

No hace mucho que Menandro —"la estrella brillante de la comedia ática", como le llaman los escritores antiguos— era prácticamente desconocido. Poco antes de finalizar el siglo XIX se halló un fragmento de una de sus comedias. Unos diez años más tarde, un

investigador francés realizó un descubrimiento de singular importancia en las ruinas de una casa ática de la antigua Afroditópolis, en territorio egipcio de Fayún: en una olla de barro cocido (que además contenía papiros del siglo VI después de Cristo) encontró un rollo de papiro, muy deteriorado, que contenía una comedia de Menandro, el *Arbitraje* (manuscrito conservado hoy en el Museo de El Cairo), y en el suelo, muy cerca, fragmentos de otras obras del mismo autor. La posteridad descubría así la casi totalidad del *Arbitraje* y parte de otras tres comedias escritas por Menandro. Otros descubrimientos (uno de ellos en un convento de la península del Sinaí) completaron estos fragmentos de tal forma que los investigadores han llegado reconstruir casi por entero tres comedias suyas. Y en 1957 se encontró otro papiro con el texto casi íntegro de una comedia, también de Menandro, intitulada *Byscolo* (*El Gruñón*).

Menandro

Esta obra y lo que conocemos de otras por los autores cómicos romanos Plauto y Terencio, están escritas con rara perfección y aparecen en ellas tipos que, con ligeros retoques, se hallan en la comedia nueva. Se trata, en la mayor parte de los casos, de niños abandonados al nacer y que viven una serie de peripecias hasta el día en que se descubre su verdadero origen, terminando la obra con una reconciliación general y desenlace feliz para todos los protagonistas. El tema experimenta infinidad de variantes y la intriga es ágil y movida. Otra, figuras de la comedia nueva son el señorito elegante y conversado ameno, que siente debilidad por el vino y las mujeres, el esclavo astuto, la hetaira redomada y la fiel sirvienta.

A la dionisíaca comedia de Aristófanes sucede, pues, una comedia de caracteres y de intriga harto prosaicos. En la época de Aristófanes, los atenienses todavía podían permitirse delirios de grandeza política; pero cuando Menandro comenzó su carrera de escritor —hacia el año 320 antes de Cristo—, no existía ya la más remota posibilidad, ni siquiera de independencia ateniense. Demóstenes, el infatigable adversario político de Filipo y Alejandro, acababa de poner fin a sus días y los macedonios disponían del destino de Atenas. El público de Menandro era totalmente distinto al público teatral de la época de Pericles. La gente había perdido todas sus ilusiones políticas, vivían resignados; bastante tenían con sus particulares preocupaciones. Las expediciones a Sicilia, un proceso político o una lucha de demagogos para alcanzar el poder, ya no eran la salsa de la vida cotidiana, sino que primaban los escándalos conyugales, los hijos ilegítimos o abandonados, la pérdida repentina de una fortuna, las riquezas conseguidas de la noche a la mañana, las aventuras de un hijo pródigo, las intrigas de hermosas cortesanas y esclavos desvergonzados, y otras muchas vulgaridades por el estilo.

Teócrito y Calímaco

El período alejandrino demuestra una cultura elevada. Los poetas no son vates que cantan para el pueblo bajo la inspiración del momento; los poetas alejandrinos escriben para una minoría selecta, que lee la poesía como lo haría un filólogo exigente. Estos poetas refinados buscan, ante todo, escribir en un lenguaje trabajado con arte, quieren sobresalir por sus conocimientos —sobre todo en mitología— y expresarlos en un estilo perfecto. El período helenístico no sentía el mismo ideal práctico que los siglos anteriores.

El período alejandrino produjo un verdadero genio poético, el siciliano Teócrito, nacido tal vez en la isla de Cos y que pasó la mayor parte de su vida en Sicilia y en Alejandría. Fue el único poeta de su tiempo que aportó un carácter de auténtica originalidad en la evolución de la literatura griega. Brilló en el verso bucólico o idílico, género poético que apasionó a la corte y a los salones durante el imperio romano, en el Renacimiento y en los siglos XVII y XVIII. Las composiciones habituales estaban plagadas de pastores y pastoras llamados Dafnis y Cloe, Doris y Amarilis, y otros.

Pero los pastores de Teócrito son sanos y reales y no muestran una cultura insólita como los de Virgilio, Guarini, Hooft y otros de la época neoclásica. Van vestidos con pieles de cabra y oveja y huelen un poco a macho cabrío, arden de amor por Amarilis o Nais y saben expresar sus sentimientos en un poema o en una canción. Entre ellos, todo gravita en torno al amor, el canto o la música. Esta forma de poesía, encantadora aunque artificiosa, es obra de un hombre refinado que quiere proporcionarse y ofrecer a los demás un momento de distracción cantando escenas ingenuas y campestres. Nos lleva a la naturaleza en donde zumban las abejas, cantan los grillos, balan los corderillos, triscan las cabras, murmuran los arroyos y susurran los árboles bajo el sol del estío.

Nadie como Teócrito ha descrito la abundancia de las cosechas estivales y la época de la siega, sobre todo en *Las fiestas Talisias*. Teócrito es un maestro de la forma y su lenguaje es musical. Podría decirse que su ritmo jadeante canta el amor. Se creería oír el latido de un corazón enamorado, el temblor de la pasión, en su voz vibrante. Sólo Safo puede comparársele desde este punto de vista.

Vida y drama es el poema *Las siracusas* o *las fiestas de Adonis*, donde pinta a la perfección la vida de la clase media de la época.

Teócrito

Más erudición se observa en la obra de otro poeta, Calímaco, autor de himnos, bibliotecario de Alejandría y biógrafo meritorio. Por esto, en su poesía descuella más como

bibliófilo que como poeta. No pueden estimarse sus poemas en su justo valor si se olvida que son obra del hombre más erudito de su época. Ello no obsta para que, a veces, le arrebate la inspiración, como en la última estrofa de su Himno a Zeus, compuesto en 280 antes de Cristo.

> "Salve, salve, hijo de Cronos, Zeus altísimo, dispensador de bienes, dispensador de la fortuna. Concédenos virtud y riqueza. El hombre no puede elevarse con la fortuna si falta la virtud, pero tampoco con la virtud si le falta la riqueza. Concédenos virtud y riqueza."

En su tiempo, Calímaco no sólo era célebre como autor de himnos, sino también como autor de epigramas. Su estilo elegante y gracioso, su aguda inteligencia que, sazonada de vez en cuando con un rasgo de humor, le hacen acreedor a un lugar de primer orden.

> "¡Cretis, pletórica de leyendas; Cretis, hábil en juegos agradables! Las muchachas de Samos buscan por doquier su encantadora compañía, su interminable cháchara; y ella, bajo esta losa, duerme el sueño que será el destino fatal para todas."

La más antigua parodia que se conoce en la literatura mundial

> "Al comenzar, y ante todo, ruego al coro del Helicón que me inspire para entonar el canto que hace poco consigné en las tablas, sobre mis rodillas; una lucha inmensa, obra marcial, llena de bélicos tumultos, deseando que lleguen a oídos de todos los mortales las hazañas de los ratones al atacar a las ranas, imitando las proezas de los gigantes, hijos de la Tierra. Tal como se cuenta entre los hombres, su principio fue así."

Así comienza la célebre epopeya *Guerra de las ranas y los ratones*, parodia popularísima de otras epopeyas más famosas aún: los cantos homéricos. Batallas y dioses presentes en la *Ilíada* y en la *Odisea* son parodiados en términos grandilocuentes en esta *Batracomiomaquia*, en donde abundan las expresiones y giros fraseológicos homéricos.

El príncipe de los ratones, Hurtamigas, decide aceptar la invitación del rey de las ranas, Mofletes, que propone llevarle a casa sobre las espaldas. La situación se agrava cuando aparece una horrible serpiente de mar y levanta la cabeza por encima de las aguas. Ante semejante espectáculo, la rana se sumerge y abandona a su compañero de viaje a una muerte miserable. Al morir, el príncipe de los ratones acusa a la rana de traición y conjura a las ratas para que venguen el ultraje.

En la asamblea popular, o mejor en la asamblea ratonil, el rey, Roepán, toma la palabra y se lamenta de su triste suerte: "Soy muy desgraciado, puesto que perdí tres hijos. Al mayor lo mató la odiosísima comadreja, echándole la zarpa por un agujero. Al segundo lo llevaron a la muerte los crueles hombres, con novísimas artes, inventando un fuerte armadijo que llaman ratonera y es la perdición de los ratones". La traición del rey de las ranas le arrebató al tercero de sus hijos queridos. Terminó ordenando a las ratas que se preparasen para marchar a la guerra. Todas las ratas en edad militar le obedecen.

Cuando las ranas supieron lo que se preparaba, celebraron también consejo "para deliberar sobre aquella guerra funesta". Y ellas también ultimaron sus preparativos.

> "Entonces Zeus llamó a las deidades al estrellado cielo, mostrándoles toda la batalla y los numerosos y fuertes combatientes que manejaban luengas picas como si se pusiera en marcha un ejército de centauros y de gigantes."

Sonriendo, Zeus preguntó a los dioses a quién de ambos bandos querían proteger, pero ni ranas ni ratones gozaban de simpatías en medios tan elevados; por eso, los dioses del

Olimpo decidieron —al revés de lo que hicieron en la guerra de Troya— permanecer neutrales y asistir pasivamente al combate.

La parodia se transforma en burlesca cuando el poeta dice:

> "Primeramente, Chillafuerte hirió con su pica a Lamehombres, que se hallaba entre los más avanzados luchadores, clavándosela en el vientre, en medio del hígado; el ratón cayó boca abajo, se le manchó su tierno pelo y, al caer al suelo con gran ruido, las armas resonaron sobre su cuerpo. Después, Habitagujeros, como alcanzara a Cienolento, le hundió en el pecho la robusta lanza; hizo presa en el caído la muerte negra y el alma le voló del cuerpo. Acelguívoro mató a Penetraollas arrojándole un dardo en el corazón, y en la propia orilla mató también a Roequeso."

A la larga, la situación se vuelve desesperada, pero Zeus determina entonces enviar tropas de socorro a las ranas, formadas con cangrejos de mar armados de pinzas retorcidas y cortantes. Los ratones se dieron a la fuga, y al ponerse el Sol terminó aquella batalla que había durado un solo día.

DECADENCIA DE LOS REINOS HELENÍSTICOS

Demasiado preocupados en sus rivalidades personales, los diádocos y sus sucesores no se percataron que en el oeste crecía una gran potencia, Roma, que iba a aprovecharse de sus disensiones para sobrepujar a todos y, con el tiempo, convertir sus reinos en provincias romanas. Si el imperio de Alejandro hubiese permanecido unido, la historia del mundo hubiera seguido sin duda otros derroteros. Polibio, un historiador griego del siglo II antes de Cristo, nos señala una circunstancia que contribuyó en gran manera al ocaso político de Grecia.

> "En nuestra época, Grecia entera sufre de la falta de nacimientos y de su consecuencia inmediata: disminución del número de habitantes. Las causas de ello son claras y nos toca a nosotros ponerles remedio. Las gentes se dejan llevar por el orgullo, el egoísmo, la sed de placeres, y han perdido el gusto por el matrimonio. Y si se casan, no quieren tener, en general, más que un hijo, o a lo más, dos. En efecto, sólo desean una cosa: educar a sus hijos en la opulencia y dejarles un buen patrimonio. Pero si la guerra o la enfermedad arrebata a alguno de sus hijos, o al único hijo que hay, entonces las casas se vacían y las ciudades se debilitan hasta la impotencia, como una colmena que muere."

Helenos y bárbaros, en Occidente

Tanto en Occidente como en Oriente, las mismas causas políticas condujeron al desmoronamiento del mundo heleno. Si Alejandro hubiera vivido, una de sus empresas históricas habría sido incluir a los griegos occidentales en su imperio mundial y poner fin al peligro cartaginés. La historia de Sicilia, bajo Dionisio I y Timoleón, prueba que sólo personalidades de primer orden podían mantener la cultura helénica en la isla.

Ello se confirmó una vez más con la aparición de otra figura excepcional, Agatocles, extraordinario general y organizador, cuya vida no es más que una serie ininterrumpida de aventuras y actos temerarios. Pocos años después de la muerte de Alejandro, pudo adueñarse del poder gracias a una matanza de adversarios. Pronto concibió uno de los más ambiciosos proyectos: atacar a los cartagineses en su propio país y obligarles así a sacar sus tropas de Sicilia. Su plan tuvo éxito. El desembarco de los griegos sembró el pánico en Cartago. Pero los habitantes de las ciudades se tranquilizaron al saber que las tropas de invasión sólo

alcanzaban la mitad de los efectivos cartagineses, y entonces contraatacaron victoriosamente e infligieron derrota tras derrota a los griegos.

A su regreso a Sicilia, Agatocles juzgó preferible firmar la paz con los cartagineses. Ambas partes conservaban el statu quo de sus territorios respectivos, pero, en lo sucesivo, Agatocles fue hasta su muerte el soberano más poderoso del Mediterráneo occidental. Nos recuerda a Dionisio. La historia ve en él, como en el célebre tirano, al defensor del helenismo contra los cartagineses en Sicilia, y su fallecimiento anunció la muerte de su reino. Las viejas querellas entre las distintas colonias griegas tomaron nueva virulencia. Cartagineses y romanos las aprovecharon para entablar su lucha decisiva por la posesión de Sicilia. Roma se anexó al fin la rica isla y la convirtió en provincia romana.

Los griegos, tanto de Occidente como de Oriente, habían sacrificado sus libertades a su ideal de soberanía urbana irrestricta. Cegados por esta idea, no comprendieron el peligro que amenazaba a la independencia de todos. Y quien sistemáticamente se niega a ceder algo cuando priman vientos contrarios indomables, tarde o temprano cesa de desempeñar un papel en la evolución de la Humanidad.

LOS ETRUSCOS

Los griegos han trasmitido a la Humanidad el amor a la belleza. El genio de las artes floreció como un prodigio en este pueblo bendecido por los dioses. Por primera vez allí, los pensadores intentaron penetrar en el mundo de las ideas, llevados únicamente por la razón. Los helenos fueron los creadores de la libertad de pensamiento y por eso mismo los fundadores de la ciencia. Nunca lo hubieran conseguido sin el vigoroso individualismo que caracterizó toda su historia. El individualismo griego proporcionaba a cada hombre la ocasión de desenvolverse con libertad; por eso, en cierto modo, la historia griega abunda en hombres insignes.

Pero la medalla también tiene su reverso. Hubo un tiempo en que se consideraba al mundo griego como un mundo ideal, pero un examen más atento y desapasionado nos quita esa ilusión. Ahora sabemos cuántos defectos y errores ensombrecieron la aureola de la vida griega. Basta pensar en la esclavitud y en la situación social de la mujer. Lo que constituía la fuerza de los helenos en el plano cultural, era su debilidad desde el punto de vista político. La falta de unión y las disensiones determinaron su destino.

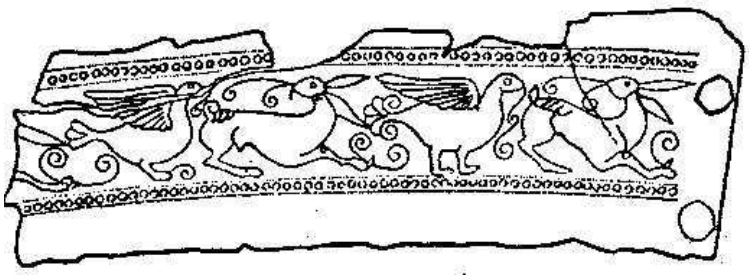
Lo que los griegos no pudieron alcanzar, lo consiguió otro pueblo menos dúctil pero más realista, asentado en la central de las tres grandes penínsulas que se desgajan del continente europeo para avanzar al Mediterráneo.

Grecia e Italia viven de espaldas una de otra. Los puertos de Grecia están situados en la costa oriental; los de Italia, en el litoral poniente. En Grecia, los campos más fértiles se encuentran en las costas orientales; las regiones más ricas de Italia se hallan al oeste de los Apeninos, protegidas de los vientos del norte.

Se puede decir, pues, que Grecia mira hacia el Oriente e Italia hacía Occidente, observación que vale tanto para la historia como para la geografía. Grecia tenía comunicaciones naturales con Asia menor y Egipto; por el contrario, los pueblos de Italia, sin ningún rosario de islas a lo largo de sus costas, vivieron mucho tiempo replegados en sí mismos. Los valles eran muy fértiles y la vida del campesino era menos peligrosa que la del marino. La Prehistoria terminó mucho más tarde en Italia que en Grecia. La población no abandonó su estado cultural primitivo sino después de mucho tiempo. En aquella época remota, la península estaba habitada por tribus que hablaban lenguas distintas, indoeuropeas o no. La arqueología puede remontar su evolución hasta la Edad de Piedra y el período de las cavernas, pero con una luz difusa e intermitente sobre ese pasado misterioso.

Dos pueblos introdujeron la cultura en Italia: los etruscos y los griegos. Aquellos se establecieron en la vertiente occidental de los Apeninos centrales; éstos, en Sicilia e Italia meridional, desde el siglo VIII antes de Cristo. Así llegaron lentamente los griegos a ser vecinos de los etruscos e influyeron en su cultura. En efecto, el influjo cultural de los helenos no se limitó a la colonización de la "Magna Grecia". Echaron también la semilla de la civilización en Etruria y en el Lacio; sin embargo, en estas dos regiones los griegos no eran ya colonos, sino simples mercaderes.

Cada ciudad etrusca se regía autónomamente, con su propio rey o magistrado supremo, llamado "lucumón", soberanos que se reunían cada año en una asamblea panetrusca. Los etruscos fueron los introductores de una agricultura más racional en Italia, y a ellos se deben grandiosas obras de desecación de pantanos, construcción de puentes, acueductos y albercas, y roturación de terrenos incultos; sembraron de trigo, vid y olivos extensas comarcas de la Italia central, yermas hasta entonces, y manifestaron siempre un espíritu práctico y utilitario. Según Heródoto, procedían de Asia Menor, llegaron por vía marítima hasta Egipto, pero rechazados en el delta del Nilo, emprendieron rumbo con sus ligeros navíos hasta las costas occidentales italianas (Toscaza).



Adorno de un bronce etrusco.

Los historiadores no están de acuerdo sobre su origen, si bien admiten unánimes que la civilización etrusca apareció en Italia central en ese mismo siglo VIII antes de Cristo sin obstáculo aparente a la civilización vilanoviana, sólidamente implantada en el Lacio desde comienzos del primer milenio antes de Cristo.

Según antiguas tradiciones griegas citadas por Heródoto, los etruscos vivieron primero en Lidia, Asia Menor, pero el hambre los ahuyentó de allí. Sea lo que fuere, los restos etruscos prueban la existencia de contactos muy estrechos con Oriente desde época muy antigua. Se ha encontrado un vaso de piedra con el nombre de un faraón egipcio que reinó hacia el año 700 antes de Cristo y varios escarabajos, algunos de los cuales son egipcios, y otros, copias etruscas.

La arquitectura ofrece semejanzas más notables aún. Los templos etruscos están construidos, a diferencia de los griegos y de los romanos de época posterior, sobre una plataforma elevada. Así se hacía en Oriente y en ello puede apreciarse la influencia de las "montañas artificiales" (zigurat) de los sumerios. Los romanos tomaron también de los etruscos su tipo singular de habitación, la casa con atrio, que consta de una sala de recepción, situada ante la casa, en cuyo muro del fondo se abren tres puertas de acceso a las habitaciones privadas. En Chipre se han descubierto palacios de trazado similar.

Como los demás pueblos del Cercano Oriente, los etruscos representaban toda clase de animales fabulosos y los muros de sus tumba,, nos ofrecen el muestrario de una fauna variadísima: esfinges, grifos y quimeras. Están inspirados en los modelos de Oriente a través de Grecia, aunque en general la influencia de ésta pronto fue mucho más intensa que la oriental. Puede decirse que el arte etrusco es, en gran medida, un producto del arte griego; la huella profunda que ejercieron las leyendas y los mitos griegos en el alma etrusca puede apreciarse en la escultura.

Sarcófago de los esposos (Cerveteri, siglo VI. a. C.). Museo de Louvre.

En su edad de oro, Etruria integraba una liga que agrupaba a doce Estados urbanos, ricos y poderosos, cada cual con un gobierno independiente. Parece que esta liga no tuvo carácter religioso, pero no debe olvidarse que en aquel tiempo religión y política iban de la mano. Las ciudades etruscas, mientras estuvieron unidas, aparecieron a veces en la escena histórica: firmaron un tratado de paz con Cartago, sometieron a Córcega y crearon dificultades a los griegos de Italia meridional. Tanto en tierra como en mar, Etruria era una potencia con la que debía contarse. Sus puertos albergaban muchos navíos que traían cargamentos desde Grecia y desde Oriente y que navegaban hasta Corinto para importar sus productos. Los arqueólogos han podido aclarar que los barcos etruscos llevaban obras de artesanía griega a Cartago. Cartago y las colonias griegas no tenían contacto directo. El servirse de Etruria como intermedio demuestra el odio mortal entre griegos y fenicios, y el hallazgo de obras típicas de la cerámica etrusca en muchos países del Mediterráneo nos comprueba las extensas relaciones comerciales de los etruscos y que los artesanos de Caere y de Tarquinia fabricaban objetos de arte apreciado por los griegos enamorados de lo bello y saturados ya de productos orientales. El comercio y la navegación enriquecían al país y por ello los etruscos tenían muchas más necesidades que sus vecinos, residentes en minúsculos Estados agrícolas atrasados, entre otros la Roma de esta época. La clase superior etrusca gozaba de elevado nivel de vida, y en Roma era proverbial la molicie de los afeminados etruscos. El arte etrusco se inspiraba en modelos griegos; sin embargo, los Estados urbanos de Etruria eran lo bastante independientes para dar un sello propio a sus productos. Con todo, lo etrusco típico nos parece más o menos rudo y, a menudo, de dudoso gusto. Cuando los etruscos iniciaron su contacto con el arte griego, éste se hallaba todavía en el estadio arcaico de su evolución. Los etruscos conservaron ese arcaísmo durante mucho tiempo, síntoma de su gusto, y cuando el arte griego pasó de la etapa arcaica a la clásica, el arte etrusco no siguió esta evolución. Debía gustarles la rigidez y ornamentación del arte arcaico. Incapaces de concebir ideas abstractas, pese a todas sus estilizaciones ornamentales, las estatuas etruscas muestran un realismo muy particular y concreto, no lo sublime o lo sobrenatural. Esto se observa aún en el arte posterior, cuando los etruscos perdieron su potencia política; entonces, abandonando el estilo arcaico, buscaban plasmar el cuerpo humano con más realismo. Es difícil poder imaginar mayor contraste que el que ofrecen las esculturas funerarias etruscas y las esculturas griegas contemporáneas. Las figuras griegas representan tipos ideales; los retratos etruscos, de un realismo despiadado, representan hombres toscos y feos. Viendo estas estatuas, hay que confesar que los romanos no se equivocaban del todo al describir a los etruscos como individuos "gordos y panzudos". Esta tendencia artística etrusca era nueva y por entero opuesta a la griega. Los romanos supieron apreciarlo en su justa medida, como tendremos ocasión de comprobar en el arte romano.

Los más bellos tesoros artísticos que los etruscos nos han legado son sus espléndidas tumbas de paredes decoradas con frescos, consideradas hoy como una de las más destacadas curiosidades arqueológicas que posee Italia. Sólo las últimas moradas de los egipcios de noble alcurnia pueden rivalizar con las tumbas etruscas desde el punto de vista ornamental. Para los etruscos, como para los egipcios, la muerte y los funerales tenían importancia capital en el terreno religioso. La muerte debía inspirarles un terror sin límites. Ningún pueblo de Europa ha imaginado criaturas más espantosas como los demonios etruscos, con garras y pico de aves de rapiña, cabellos de un rojo brillante y ojos feroces y ardientes en su rostro amarillento. Los etruscos decoraban sus tumbas con las más alegres escenas de su vida, como si quisieran contrarrestar la muerte. Se ven colosales festines, juegos y bailes en que las danzarinas marcan el ritmo con los dedos. Las tumbas de Caere recuerdan a las egipcias, en donde todo aparecía dispuesto para una nueva vida más allá de las fronteras de la muerte, y nos muestran gráficamente cómo los etruscos ricos instalaban sus casas. Las pinturas sepulcrales son muestra de una elegancia tan refinada, que recuerdan los frescos del palacio de Cnosos. Si los

escritores griegos y romanos cantaron la belleza de las mujeres etruscas, las pinturas sepulcrales confirman tal aserto. Estas mujeres dedicaban mucho tiempo al cuidado de su aspecto externo.

Músico. Detalle de un fresco de la tumba de los leopardos, Tarquinia.

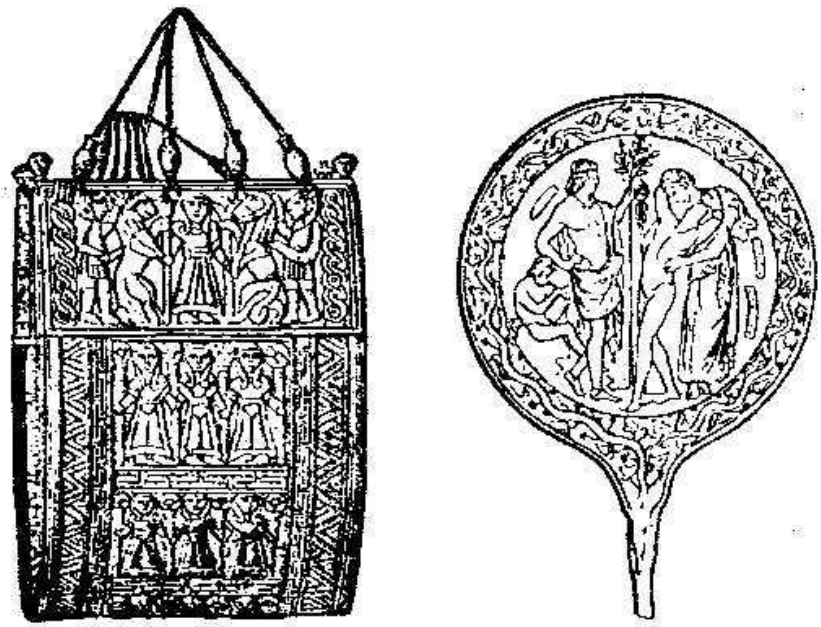
En Etruria, como en Egipto, sólo una clase social rica y limitada podía permitirse el lujo de tan magníficas tumbas. Entre los miles de sepulcros etruscos descubiertos, sólo unos ochenta están adornados con pinturas, por lo que el estudio de las sepulturas no permite sacar conclusiones en cuanto al género de vida de los etruscos, ya que nos ofrecerían un solo aspecto de la situación. Como dice un historiador inglés, "el pueblo que conquistó la mitad de Italia y la hizo alcanzar un elevado nivel de cultura, no pasó todo el tiempo asistiendo a fiestas, borracheras, carreras, combates de boxeo y de lucha, y conciertos de flauta".

La mayor parte de las tumbas han sido descubiertas en las cercanías de Tarquinia, ciudad situada a unos sesenta kilómetros al noroeste de Roma. Desde el punto de vista artístico, los hallazgos más estimados de las mismas son los vasos griegos, casi siempre de calidad incomparable. Los alfareros de Atenas exportaron durante mucho tiempo sus mejores artículos a estas regiones. Casi todo cuanto sabemos de los etruscos lo debemos a estas tumbas. En cuanto a su lengua, es todavía un enigma, pese a las valiosas aportaciones de los filólogos. Se puede leer la escritura sin dificultad, pues las letras son las del alfabeto griego, pero hasta el presente sólo ha podido traducirse un corto número de palabras. Sería muy importante determinar el grupo lingüístico al que pertenecen los etruscos, pero en esta cuestión las teorías son casi tan numerosas como las similitudes lingüísticas. ¿Era o no una lengua indoeuropea? El problema, según parece, tiene respuesta negativa.

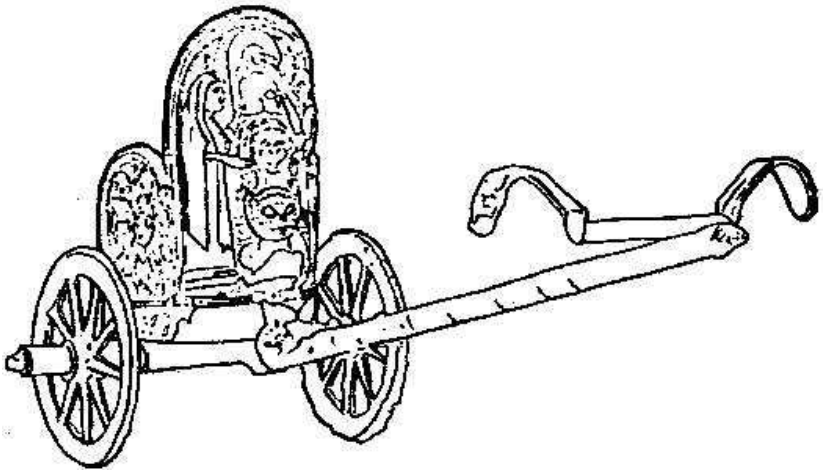
A comienzos del siglo V antes de Cristo, los etruscos estaban en la cumbre de su poderío. Después, la oleada de pueblos célticos, procedentes del norte, y los griegos, que venían del sur, dificultaron su vida. Ante esta situación, los etruscos se aliaron a Cartago, enemigo tradicional de los griegos, pero la suerte no estaba con ellos. En 480 antes de Cristo, año en que los griegos metropolitanos triunfaban de los persas, los griegos occidentales

infligieron una aplastante derrota a los cartagineses y, seis años después, les tocó la vez a los etruscos. Fueron vencidos junto a Cumas por el tirano de Siracusa, Hierón, pariente y sucesor de Gelón, y esta derrota cambió la historia de los etruscos. En lo sucesivo, fueron decayendo y su país fue conquistado poco a poco por los celtas, los samnitas y los romanos.

Cumas era una colonia griega y durante mucho tiempo uno de los principales puntos de apoyo de la expansión cultural helénica en Italia. Todo parece indicar que los romanos y otros pueblos de Italia central usaban una variante del alfabeto griego de esta región, que fue luego nuestro alfabeto latino.



Arte etrusco: a la izquierda, brazalete de oro labrado. A la derecha: reverso de un espejo etrusco. La otra cara era de plata bruñida, para reflejar la imagen.



Carro de combate etrusco ricamente decorado.

ÍNDICE

La cultura egea

Micenas, la dorada (9)
La leyenda sobre Troya.— Schliemann en pos de Agamenón.— La leyenda de Teseo y el Laberinto.

La cultura minoica (21)

Los períodos heládicos (24)
Quiénes eran los micenios.— Los micenios entran al mercado internacional.— Fierro, dorios y migraciones.

La época de Homero

Homero (35)

La vida real (36)
Pobreza ambiente.— Repúblicas más que monarquías.

Imaginación sobresaliente (38)
Las aventuras de Ulises.— El gigante Polifemo.— Ulises en los infiernos.— Las sirenas.— Los bueyes del dios Sol.— La isla de Calipso.— Regreso y venganza de Ulises.— Los trabajos de Hércules.— Orfeo y Eurídice.— Las artes plásticas.— La mitología religiosa.

Dos instituciones benéficas (58)
El oráculo de Delfos.— Los deportes.

Grecia durante los siglos VII y VI

La segunda colonización griega (67)
De campesinos a marinos.

Caracterización de la segunda colonización griega (69)
Colonias griegas y fenicias.— Colonias en Occidente.— Colonias en el mar Negro.

Patrias chicas, individuos grandes (76)
Divididos, pero políticamente activos.— De la monarquía a la república aristocrática.

Esparta, Estado inalterable (77)
Un Estado militar y aristocrático.— Las guerras mesénicas.

Atenas y sus conmociones políticas (85)
De la república aristocrática a la república democrática.— Las leyes de Dracón.— Solón.— Pisistrato y sus hijos.— Las reformas democráticas de Clístenes.— Monarquía aristocracia-tiranía-democracia.

La lírica y los presocrátícos

Orígenes de la filosofía (95)
Los filósofos jónicos.— Pitágoras y los pitagóricos.— Los filósofos de Elea.— Desarrollo de la filosofía después de los eleáticos.

Florecimiento de la poesía lírica (106)
Epigramas.— La lírica dórica.

Lírica y filosofía (112)

Occidente enfrenta a Oriente

Los griegos luchan por su libertad (115)
El prólogo.— Maratón.— Las Termópilas y Salamina.— Platea y Micala.— Los griegos occidentales luchan por la libertad.

Los griegos, capitaneados por Atenas, atacan a los persas (133)
La confederación de Delos.— La caída de Pausanias.— Política de Temístocles después de la victoria sobre los persas. Su trágico fin.

El "siglo" de oro de Pericles

La rivalidad entre Cimón y Pericles (139)

Atenas en tiempos de Pericles (142)

La primera edad de oro de la tragedia (145)
Esquilo.— Electra, de Sófocles.— La leyenda de Edipo.— Eurípides.— Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Las guerras fratricidas

La "paz de treinta años" que sólo duró quince (159)

Segunda guerra del Peloponeso (162)
Perides, el Olímpico.— El demagogo Cleón.

Tercera guerra del Peloponeso (167)
Alcibíades.— La expedición a Sicilia.— La guerra de Jonia.— La caída de Atenas.

Apogeo de la filosofía

Los sofistas (177)

Sócrates (179)
Sabio de la Antigüedad y amigo de los hombres.

La muerte de Sócrates

Las escuelas socráticas (185)
Cínicos y estoicos.— Cirenaicos y epicúreos.

Platón (189)

Aristóteles (193)

Hipócrates (195)
El padre de la medicina.

La antigua comedia ática

Aristófanes (197)

Ocaso político de Grecia

La hegemonía de Esparta (199)
La expedición de "Los diez mil".— Los espartanos atacan al imperio persa.

La hegemonía de Tebas (206)

Sicilia entre 413 y 336 antes de Cristo (209)

Hegemonía de Macedonia

Filipo de Macedonia (215)

Alejandro Magno (222)
Alejandro en el trono de Macedonia.— Los griegos atacan Persia.

El imperio (234)

Fragmentación del imperio (240)

Época helenística

Un nuevo período en la evolución económica (245)

La cultura helenística (250)
Lo que atestiguan las ruinas.— La ciencia helenística.— Lo que ocultaban las arenas del desierto.— La cultura helenística.— La nueva comedia de Menandro.— Teócrito y Calímaco.— La más antigua parodia que se conoce en la literatura mundial.

Decadencia de los reinos helenísticos (268)
Helenos y bárbaros en Occidente.

Los etruscos (271)

Índice (277).